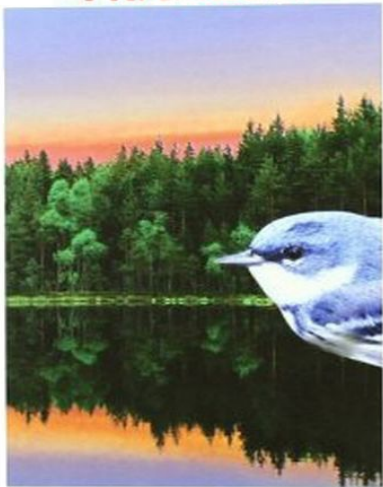


LIBERTAD
JONATHAN
FRANZEN



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

El retrato minucioso de una familia del Medio Oeste americano a lo largo de varias décadas adquiere en la prosa maestra de Jonathan Franzen un carácter universal. Ahondando en la vida íntima de unos personajes tan cercanos como identificables, la novela es una incisiva radiografía de nuestro tiempo, que ha suscitado la admiración unánime de la crítica y los lectores de todos los países donde se ha publicado hasta la fecha.

L≡**LIBROS**

Jonathan Franzen

Libertad

Para Susan Golomb y Jonathan Galassi

*Id juntos, ilustres y felices ganadores, mientras lo sois.
Cambiad vuestros regocijos con compañía. Yo, vieja tórtola, iré
a suspenderme de alguna rama seca y allí lamentaré hasta el
fin de mis días la pérdida de mi compañero, que nunca será
hallado.*

El cuento de invierno

BUENOS VECINOS

La noticia sobre Walter Berglund no apareció en la prensa local —Patty y él se habían trasladado a Washington dos años antes, y en Saint Paul ya no contaban para nadie—, pero la aristocracia urbana de Ramsey Hill no era tan leal a su ciudad como para privarse de leer el *New York Times*. Según un largo y nada halagüeño artículo de este periódico, Walter había arruinado su vida profesional allá en la capital de la nación. Sus antiguos vecinos tenían ciertas dificultades para conciliar los apelativos que utilizaba el *Times* para describirlo («arrogante», «prepotente», «éticamente dudoso») con el rubicundo, risueño y generoso empleado de 3M al que recordaban pedaleando bajo la nieve de febrero por Summit Avenue, camino de la oficina; resultaba extraño que Walter, más verde que los Verdes y él mismo de origen rural, tuviera ahora problemas por actuar en connivencia con la industria del carbón y abusar de la gente del campo. Aunque, la verdad sea dicha, con los Berglund siempre había habido algo que no terminaba de encajar.

Walter y Patty fueron los jóvenes pioneros de Ramsey Hill: los primeros graduados universitarios en comprar una vivienda en Barrier Street desde que tres décadas antes el antiguo corazón de Saint Paul se viera sumido en tiempos difíciles. Compraron su casa victoriana a precio de saldo y luego, durante diez años, se dejaron la piel reformándola. Ya, al principio, alguien muy decidido le prendió fuego al garaje y forzó un par de veces la cerradura del coche antes de que consiguieran reconstruirlo. Moteros de piel curtida invadían el solar del otro lado del callejón trasero para beber cerveza Schlitz y asar unas *knockwurst* y hacer rugir los motores a altas horas de la madrugada, hasta que Patty salía en chándal y les decía: «Eh, tíos, ¿sabéis qué os digo?» Patty no asustaba a nadie, pero había sido una destacada atleta en el instituto y la universidad y poseía la audacia típica de los atletas. Desde su primer día en el barrio llamó inevitablemente la atención. Alta, con coleta, absurdamente joven, empujando un cochecito de bebé entre coches desguazados y botellas de cerveza rotas y nieve salpicada de vómito, podría haber llevado toda su jornada en las bolsas de redecilla que colgaban del cochecito. Tras ella se adivinaban los preparativos con el engorro de un bebé para toda una mañana de recados con el engorro de un bebé; por delante, una tarde de radio pública, el popular recetario *Silver Palate*

Cookbook, pañales de tela, masilla tapajuntas y pintura de látex; luego *Buenas noches*, *Luna*, y luego una copa de zinfandel. Ella era ya en sentido pleno aquello que en el resto de la calle no había hecho más que empezar.

En los primeros años, cuando aún era posible tener un Volvo 240 sin sentirse incómodo, la misión colectiva en Ramsey Hill consistía en reaprender ciertas aptitudes para la vida que los padres de uno habían querido desaprender precisamente huyendo a las zonas residenciales de las afueras; por ejemplo, cómo despertar el interés de la policía del barrio en cumplir realmente con su cometido, cómo proteger una bicicleta de un ladrón en extremo motivado, cuándo molestarse en echar a un borracho del mobiliario de tu jardín, cómo alentar a los gatos callejeros a cagar en el cajón de arena de los hijos de otro, cómo decidir si un colegio público era tan lamentable que ni siquiera valía la pena intentar mejorarlo. Existían asimismo asuntos más contemporáneos, entre ellos los pañales de tela: ¿merecían la pena? ¿Y era verdad que aún repartían leche en botellas de cristal a domicilio? ¿Eran los boy scouts políticamente correctos? ¿Era de veras necesario el bulgur? ¿Dónde se reciclaban las pilas? ¿Cómo había que reaccionar cuando una persona pobre de color te acusaba de destruir su barrio? ¿Era verdad que el esmalte de las antiguas vajillas Fiesta contenía una cantidad peligrosa de plomo? ¿Cuán sofisticado tenía que ser un filtro de agua para la cocina? ¿Por qué no funcionaba a veces la superdirecta de tu 240 cuando apretabas el botón que decía superdirecta? ¿Qué era mejor con los mendigos: darles comida o no darles nada? ¿Era posible criar a niños inusualmente seguros de sí mismos, felices e inteligentes, si se trabajaba a jornada completa? ¿Podía molerse el café en grano la noche antes de consumirlo, o debía hacerse la misma mañana? ¿Existía alguien en la historia de Saint Paul que hubiera tenido una experiencia positiva con un techador? ¿Y alguien conocía un buen mecánico de Volvo? ¿A tu 240 también se le trababa el cable del freno de mano? Y ese interruptor del salpicadero con un rótulo enigmático, ese que producía un chasquido tan satisfactoriamente sueco pero no parecía conectado a nada, ¿qué demonios era? Para cualquier consulta, Patty Berglund era un recurso, una alegre portadora de polen sociocultural, una abeja afable. En Ramsey Hill era una de las pocas madres que no trabajaban, y se la conocía por su aversión a hablar bien de sí misma o mal de los demás. Decía que temía acabar «decapitada» algún día por una de las ventanas de guillotina cuyas cadenas había cambiado ella misma. Sus hijos «probablemente» iban a morir de triquinosis porque les había dado cerdo poco hecho. Se preguntaba si el hecho de que ya «nunca» leyera libros estaba relacionado con su «adicción» a los efluvios del aguarrás. Confesaba que tenía «prohibido» echar abono a las flores de Walter después de lo sucedido «la otra vez». Entre algunas personas esa forma de autodescrédito no sentaba bien, personas que percibían cierta condescendencia en ello, como si Patty, al exagerar sus pequeños defectos,

pretendiera ostensiblemente no herir los sentimientos de amas de casa menos expertas . Pero la mayoría de la gente consideraba sincera su modestia, o como mínimo graciosa, y en todo caso no era fácil resistirse a una mujer por quien tus propios hijos sentían tanto aprecio, y que recordaba no sólo los cumpleaños de ellos sino también el tuyo, y entonces se presentaba ante tu puerta trasera con una bandeja de galletas o una tarjeta de felicitación o lirios en un jarrón de un todo a cien que, te decía, no tenías que molestarte en devolverle.

Se sabía que Patty se había criado en la Costa Este, en un barrio residencial de las afueras de Nueva York, y había recibido una de las primeras becas completas concedidas a una mujer para jugar al baloncesto en la Universidad de Minnesota, donde, en su segundo curso, según una placa colgada en la pared del despacho de Walter en casa, había sido elegida jugadora del segundo equipo de la selección nacional. Algo curioso en Patty, habida cuenta de su marcada inclinación por la vida familiar, era que en apariencia no mantenía ningún contacto con sus raíces. Pasaba largas temporadas sin moverse de Saint Paul, y se sospechaba que nunca la había visitado nadie del este, ni siquiera sus padres. Si alguien le preguntaba a bocajarro por ellos, contestaba que los dos hacían muchas cosas buenas para mucha gente: su padre tenía un bufete en White Plains, su madre se dedicaba a la política, sí, era miembro de la Asamblea Legislativa del estado de Nueva York. Luego asentía con convicción y añadía: « En fin, sí, eso hacen » , como si el tema ya no diera más de sí.

Lograr que Patty admitiera que el comportamiento de alguien estaba « mal » podía considerarse un juego. Cuando le contaron que Seth y Merrie Paulsen celebraban una fiesta de Halloween a lo grande para sus gemelos y habían invitado a todos los niños de la manzana excepto a Connie Monaghan, Patty se limitó a decir que eso era muy « raro » . Cuando después se cruzó con los Paulsen en la calle, éstos le explicaron que se habían pasado todo el santo verano intentando disuadir a Carol, la madre de Connie Monaghan, de tirar colillas desde la ventana de su dormitorio a la piscinita de los gemelos. « Eso es francamente raro —admitió Patty con un cabeceo—, pero pensad que Connie no tiene la culpa » . Sin embargo, los Paulsen no se conformaron con ese « raro » . Ellos aspiraban a « sociópata » , aspiraban a « pasiva-agresiva » , aspiraban a « mala » . Necesitaban que Patty eligiera uno de esos epítetos y se lo aplicara a Carol Monaghan como hacían ellos, pero Patty fue incapaz de ir más allá de « raro » , y los Paulsen, por su parte, se negaron a incluir a Connie en su lista de invitados. Patty se enfadó tanto por esta injusticia que la tarde de la fiesta llevó a sus propios hijos, junto con Connie y una amiga del colegio, a visitar una granja de calabazas y a dar un paseo en un carro de heno, pero lo peor que llegó a decir en voz alta sobre los Paulsen fue que su mezquindad con una niña de siete años era muy rara.

Carol Monaghan era la única otra madre de Barrier Street que llevaba allí

tanto tiempo como Patty. Había llegado a Ramsey Hill como resultado de lo que podría llamarse un programa de intercambio de enchufes, ya que había sido secretaria de un alto cargo del condado de Hennepin que la trasladó de distrito después de dejarla embarazada. Mantener a la madre de tu hijo ilegítimo en la nómina de tu departamento: a finales de los años setenta, esas cosas ya no se consideraban en consonancia con el buen gobierno en la mayoría de jurisdicciones de las Ciudades Gemelas, el área metropolitana de Minneapolis-Saint Paul. Carol se convirtió en una funcionaria medio ausente, una de esas que se toman un descanso tras otro, adscrita al registro municipal de permisos y licencias, mientras que, a cambio, una persona tan bien relacionada como ella en Saint Paul fue contratada al otro lado del río. La casa de alquiler de Barrier Street, contigua a la de los Berglund, formaba parte del trato, cabía suponer; de lo contrario, no era fácil entender por qué Carol había accedido a vivir en lo que por entonces era aún en esencia un barrio degradado. En verano, una vez por semana, un chico de mirada vacía, con un mono del Departamento de Parques y Jardines, llegaba al anochecer en un todoterreno sin distintivos y le cortaba el césped, y en invierno ese mismo chico aparecía como de la nada para quitar la nieve de su acera.

A finales de los años ochenta, Carol era la única persona de otro nivel que quedaba en la manzana. Fumaba Parliament, se teñía de rubio, exhibía unas espeluznantes uñas como garras, daba a su hija alimentos excesivamente procesados, y los jueves por la noche llegaba a casa muy tarde (« Es la noche libre de mamá », explicaba, como si todas las mamás tuvieran una), entraba con sigilo en casa de los Berglund, usando la llave que ellos le habían dado, y recogía a Connie, que dormía en el sofá donde Patty la había tapado con unas mantas. Patty había sido de una generosidad implacable al ofrecerse a cuidar de Connie mientras Carol iba a trabajar o hacía la compra o se dedicaba a sus asuntos de la noche del jueves, y Carol había acabado dependiendo de ella para un sinfín de horas de canguro gratuitas. Difícilmente habría escapado a la atención de Patty que Carol devolvía esta generosidad actuando como si la hija de la propia Patty, Jessica, no existiese, y mimando indebidamente a su hijo, Joey (« ¿Qué? ¿No va a darme otro besazo este galán irresistible? »), y arrimándose mucho a Walter en las fiestas del barrio, con sus blusas vaporosas y sus tacones de camarera de bar de copas, elogiando las proezas de Walter en las reformas de la casa y soltando estridentes carcajadas ante todo lo que él decía; pero durante muchos años lo peor que Patty decía de Carol era que las madres solteras tenían una vida difícil, y si Carol se comportaba a veces de forma extraña con ella era seguramente por una cuestión de orgullo.

En opinión de Seth Paulsen, que hablaba de Patty un poco demasiado a menudo para gusto de su mujer, los Berglund eran de esos progresistas hiperculpabilizados que necesitaban perdonar a todo el mundo para que se les

perdonara a ellos su propia buena suerte; que carecían del valor necesario para asumir sus privilegios. Uno de los problemas de la teoría de Seth era que los Berglund no eran unos privilegiados en absoluto; su único bien conocido era la casa, que habían reformado con sus propias manos. Otro problema, como Merrie Paulsen señaló, era que el progresismo de Patty dejaba mucho que desear, por no hablar de su feminismo (se quedaba en casa con su calendario de cumpleaños, horneando sus condenadas galletas), y parecía del todo alérgica a la política. Si alguien le mencionaba unas elecciones o a un candidato, la veía esforzarse en vano por mantener su alegría natural de siempre, la veía alterarse y asentir más de la cuenta, demasiado sí, sí, sí. Merrie, que tenía diez años más que Patty y los aparentaba del primero al último, había sido miembro activo de Estudiantes por una Sociedad Democrática en Madison y ahora era activísima representante de la fiebre del *beaujolais nouveau*. Cuando Seth, en una cena, mencionó a Patty por tercera o cuarta vez, Merrie enrojeció de un color tinto *nouveau* y declaró que en la supuesta buena vecindad de Patty Berglund *no* había la menor conciencia en sentido amplio, *ni* la menor solidaridad, *ni* el menor contenido político, *ni* la menor estructura fungible, *ni* el menor espíritu comunitario; todo eran chorradas retrógradas de ama de casa, y la verdad, en opinión de Merrie, si uno rascaba bajo la superficie de aparente amabilidad, podía encontrar en Patty, para su sorpresa, algo duro y egoísta y competitivo y reaganita. Saltaba a la vista que lo único que le importaba eran sus hijos y su casa, *no* sus vecinos, *ni* los pobres, *ni* su país, *ni* sus padres, *ni* siquiera su propio marido.

Y era innegable que Patty vivía pendiente de su hijo varón. Pese a que Jessica era el motivo de orgullo más obvio para sus padres —entusiasta de los libros, apasionada de la naturaleza, flautista de talento, leal en el campo de fútbol, canguro muy solicitada, no tan guapa como para que eso la deformara moralmente, admirada incluso por Merrie Paulsen—, Joey era el niño de quien Patty hablaba continuamente. Con su autodesprecio característico, risueña, como en confianza, vertía una carretada de detalles sin filtrar sobre las dificultades que tenían Walter y ella con Joey. Presentaba en forma de queja la mayoría de sus anécdotas, y sin embargo nadie dudaba que adoraba al chico. Era como una mujer lamentándose de su novio guapo pero gilipollas. Como si se enorgulleciera de que le pisoteara el corazón: como si lo principal, quizá lo único, que le interesara dar a conocer al mundo fuera su propia predisposición a aceptar ese pisoteo.

—Está comportándose como un auténtico cabroncete —dijo una vez a las otras madres durante el largo invierno de las Guerras a la Hora de Acostarse, en la época en que Joey reafirmaba su derecho a irse a dormir a la misma hora que Patty y Walter.

—¿Tiene rabieta? ¿Llora? —preguntaron las otras madres.

—¿Estáis de broma? —contestó Patty—. Ojalá llorase. Una llorera sería algo normal, y tendría un principio y un fin.

—¿Qué hace, pues? —preguntaron las madres.

—Pone en duda los fundamentos de nuestra autoridad. Le ordenamos que apague la luz, pero su postura es que él no debería estar obligado a dormirse hasta que nosotros apaguemos la nuestra, porque es exactamente igual que nosotros. Y os lo juro por Dios, es como un reloj... cada quince minutos... os juro que se queda ahí tumbado mirando el despertador, y cada quince minutos grita: « ¡Sigo despierto! ¡Sigo aquí despierto! ». Con ese tonillo de *desprecio*, o de sarcasmo... mira que es *raro*. Yo le suplico a Walter que no pique, pero nada, llegamos otra vez a las doce menos cuarto, y ahí tienes a Walter, en la habitación de Joey a oscuras, discutiendo una vez más acerca de la diferencia entre los adultos y los niños, y de si una familia es una democracia o una dictadura blanda, hasta que al final soy yo quien se enrabieta, y entonces, tendida en la cama, empiezo a gimotear: « Basta ya, por favor, basta ya » .

Merrie Paulsen no le veía ninguna gracia a la anécdota de Patty. Más tarde, esa noche, mientras metía en el lavavajillas los platos de la reunión, le comentó a Seth que no la sorprendía que Joey no diferenciara claramente entre niños y adultos: por lo visto, su propia madre no tenía del todo claro qué era ella, si niña o adulta. ¿Había observado Seth que en las historias de Patty siempre era Walter quien imponía disciplina, como si Patty fuese sólo una espectadora irresponsable cuya única función era ser mona?

—Me pregunto si de verdad está enamorada de Walter —reflexionó Seth con optimismo en voz alta, descorchando una última botella—. Físicamente, quiero decir.

—El subtexto siempre es « mi hijo es extraordinario » —continuó Merrie—. Siempre se queja de su gran capacidad de atención.

—Bueno, para ser justos —señaló Seth—, eso debe verse en el contexto de la tozudez del niño. Su infinita paciencia a la hora de desafiar la autoridad de Walter.

—Cada palabra que Patty pronuncia sobre él es una manera velada de alardear.

—¿Y tú no alardeas nunca? —preguntó Seth con sorna.

—Quizá sí —respondió Merrie—, pero al menos soy mínimamente consciente de la impresión que causo en los demás al hablar. Y mi sentido de mi propia valía no se basa en lo extraordinarios que son nuestros hijos.

—Eres la madre perfecta —insistió Seth.

—No, ésa sería Patty —lo corrigió Merrie a la vez que aceptaba más vino—. Yo sólo soy muy buena madre.

Joey lo tenía demasiado fácil, se quejaba Patty. Con el pelo rubio como el oro, era guapo y parecía conocer de forma innata las respuestas a todo examen que pudieran ponerle en el colegio, como si llevara codificadas en el mismísimo

ADN las secuencias de opciones A, B, C y D de las pruebas de opción múltiple. Se sentía anormalmente a gusto con vecinos que le quintuplicaban la edad. Cuando su colegio o su manada de lobatos de los boy scouts lo obligaban a vender dulces o números de rifa de puerta en puerta, admitía con toda sinceridad que aquello era un «timo». Perfeccionó una sonrisa de deferencia en extremo irritante ante juguetes o juegos que tenían otros niños pero Patty y Walter se negaban a comprarle. Para borrarle esa sonrisa, sus amigos insistían en compartir sus cosas, y así llegó a ser un crack de los videojuegos, pese a que sus padres no eran partidarios de los videojuegos, y desarrolló una familiaridad enciclopédica con la música urbana de la que sus padres protegían sus oídos preadolescentes con tanto afán. No tendría más de once o doce años cuando una noche, en la cena, sin querer o adrede, llamó «hijo» a su padre, o eso contó Patty.

—No veas lo mal que le sentó a Walter —les dijo a las otras madres.

—Así es como hablan ahora los adolescentes entre ellos —comentaron las madres—. Cosas del rap.

—Eso dijo Joey —respondió Patty—. Dijo que no era más que una palabra, y ni siquiera una palabrota. Y por supuesto Walter se permitió discrepar. Y yo, allí sentada, pienso: «Wal-ter, Wal-ter, no le sigas el juego, no sirve de nada discutir»; pero no, él tiene la necesidad de explicarle que si bien «chico», por ejemplo, no es una palabrota, no puede decirse a un hombre mayor, y menos a un negro, pero, claro, el problema con Joey es que se niega a admitir que exista una diferencia entre niños y personas mayores, y al final Walter acaba diciéndole que se queda sin postre, y Joey responde que de todos modos tampoco lo quiere, que en realidad ni siquiera le *gustan* mucho los postres, y yo, allí sentada, pienso: «Wal-ter, Wal-ter, no le sigas el juego», pero Walter no puede evitarlo: necesita demostrarle a Joey que en realidad le *encantan* los postres. Pero Joey no acepta polemizar con Walter. Miente descaradamente, claro, pero afirma que sólo repite postre porque es la costumbre, no porque le guste de verdad, y el pobre Walter, que no soporta que le mientan, dice: «Vale, si no te gustan, a ver qué te parece quedarte un *mes entero* sin postre». Y yo pienso, «Uy, Wal-ter, Wal-ter, esto no va a acabar bien», porque la respuesta de Joey es «Me quedaré un año entero sin postre, no volveré a comer postre en la vida, excepto por educación en otras casas», lo que, curiosamente, es una amenaza creíble: es tan tozudo que es muy capaz. Y yo salgo con que: «Eh, chicos, tiempo muerto, el postre es un grupo alimentario importante, no nos pasemos», cosa que mina al instante la autoridad de Walter, y como toda la discusión giraba en torno a su autoridad, me las he apañado para echar por tierra todos los avances que él había conseguido.

La otra persona que quería a Joey con locura era Connie, la niña Monaghan. Era una personita seria y callada con el desconcertante hábito de sostenerte la

mirada sin parpadear, como si no tuviera nada en común contigo. Por las tardes, era parte integrante de la cocina de Patty, donde se afanaba en moldear masa de galletas en esferas geométricamente perfectas, poniendo tal empeño que la mantequilla se derretía y la masa adquiría un brillo oscuro. Patty formaba once bolas por cada una de Connie, y cuando salían del horno, Patty nunca dejaba de pedirle permiso a Connie para comerse la galleta «de verdad sobresaliente» (la más pequeña, la más plana, la más dura). Jessica, que era un año mayor que Connie, no parecía tener inconveniente en ceder la cocina a la hija de la vecina mientras ella leía libros o jugaba con sus terrarios. Connie no suponía la menor amenaza para una niña tan equilibrada como Jessica. Connie no tenía noción de totalidad: ella era todo profundidad, sin amplitud. Cuando coloreaba, se abstraía saturando una o dos áreas con un rotulador y dejaba el resto en blanco, ajena a las alentadoras e insistentes sugerencias de Patty para que probara otros colores.

La absoluta dedicación de Connie a Joey pronto fue evidente para todas las madres del barrio excepto, al parecer, para Patty, quizá por su propia dedicación a él. En Linwood Park, donde a veces Patty organizaba actividades deportivas para los niños, Connie se quedaba sentada sola en la hierba y confeccionaba collares con flores de trébol para nadie, dejando correr los minutos hasta que Joey bateaba o avanzaba con el balón de fútbol, despertando su interés momentáneamente. Era como una amiga imaginaria que daba la casualidad de que era visible. Joey, con su precoz dominio de sí mismo, rara vez consideraba necesario tratarla mal delante de sus amigos, y Connie, por su parte, cuando quedaba claro que los chicos se marchaban a hacer cosas de chicos, sabía que le convenía más retraerse y esfumarse sin reproches ni súplicas. Siempre le quedaba el día de mañana. Durante mucho tiempo, siempre le quedaba también Patty, de rodillas entre sus hortalizas o subida a una escalera con una camisa de lana salpicada de pintura, entregada a la sisífica labor del mantenimiento de la casa victoriana. Si Connie no podía estar cerca de Joey, podía al menos serle útil haciéndole compañía a su madre en su ausencia.

—¿Cómo llevamos los deberes? —preguntaba Patty desde la escalera—. ¿Necesitas ayuda?

—Ya me ayudará mi madre cuando llegue.

—Estará cansada, será tarde. Podrías sorprenderla y tenerlo ya todo hecho. ¿Quieres?

—No, esperaré.

Cuándo exactamente Connie y Joey empezaron a follar, nadie lo sabía. Seth Paulsen, sin pruebas, sólo por escandalizar a la gente, se complacía en opinar que fue cuando Joey tenía once años y Connie doce. Las especulaciones de Seth se centraban en la intimidad propiciada por un fuerte que Walter le había ayudado a construir a Joey en lo alto de un viejo manzano silvestre del descampado. Ya a finales de octavo, el nombre de Joey empezaba a salir en las respuestas de los

niños del vecindario cuando sus padres, con forzada naturalidad, los interrogaban sobre el comportamiento sexual de sus compañeros de colegio, y más tarde Jessica probablemente se había dado cuenta de algo, en los últimos días de ese verano; de pronto, sin decir por qué, comenzó a tratar con chocante desdén a Connie y a su hermano. Pero nadie los vio andar juntos por ahí hasta el siguiente invierno, cuando se embarcaron en un negocio.

Según Patty, la lección que Joey había aprendido de sus continuas discusiones con Walter era que los niños se veían obligados a obedecer a sus padres porque eran los padres quienes tenían el dinero. Eso se convirtió en un ejemplo más de la excepcionalidad de Joey: mientras que las otras madres se lamentaban de lo autorizados que se sentían sus hijos a exigir dinero, Patty presentaba cómicas caricaturas de lo mucho que mortificaba a Joey tener que suplicarle financiación a Walter. Los vecinos que contrataban los servicios de Joey sabían que paleaba nieve y rastillaba hojas con asombrosa diligencia, pero en el fondo, según Patty, detestaba la escasa paga y consideraba que retirar la nieve del camino de acceso de un adulto lo ponía en una relación poco deseable con dicho adulto. Los ridículos métodos para ganar dinero propuestos en las publicaciones de los boy scouts —vender suscripciones para la revista de puerta en puerta, aprender trucos de magia y ofrecer funciones de magia cobrando la entrada, adquirir instrumental de taxidermia y disecar la lucioperca por la que el vecino había ganado un premio de pesca— apestaban todos por igual a servilismo (« Soy un taxidermista al servicio de la clase dominante ») o, peor aún, a beneficencia. Y por tanto, inevitablemente, en su afán por liberarse de Walter, se vio atraído hacia la actividad empresarial. Alguien, tal vez incluso la propia Carol Monaghan, pagaba las mensualidades de Connie en una pequeña escuela católica, Saint Catherine's, donde las niñas vestían de uniforme y tenían prohibida toda clase de joyas salvo una sortija (« sencilla, únicamente de metal »), un reloj de pulsera (« sencillo, sin piedras preciosas ») y un par de pendientes (« sencillos, únicamente de metal, de un centímetro y medio de largo como máximo »). Dio la casualidad de que una de las niñas de noveno más admiradas del colegio de Joey, el Central High, había ido de viaje a Nueva York con su familia y había traído de allí un reloj barato, muy apreciado a la hora del almuerzo, en cuya correa amarilla de aspecto masticable un vendedor ambulante de Canal Street había termoestado, a petición de la niña, unas pequeñas letras de plástico de color rosa caramelo que componían el título de una canción de Pearl Jam, DON'T CALL ME DAUGHTER, « No me llames hija ». Como el propio Joey contaría después en sus solicitudes de plaza a las universidades, tomó de inmediato la iniciativa de investigar quién era el proveedor mayorista de aquel reloj y cuánto costaba una termoestampadora. Invertió cuatrocientos dólares de sus propios ahorros en el equipo, hizo una correa de plástico de muestra para Connie (« READY FOR THE PUSH », rezaba: « Lista para el empujón ») con la

idea de que la exhibiera en Saint Catherine's, y luego, empleando a Connie como mensajera, vendió relojes personalizados nada menos que a una cuarta parte de sus compañeras de escuela, a treinta dólares la pieza, hasta que las monjas se percataron y rectificaron el código indumentario a fin de prohibir las correas de reloj con texto estampado. Cosa que, naturalmente —como Patty contó a las otras madres—, a Joey le pareció indignante.

—No hay razón para indignarse —dijo Walter—. Tú te beneficiabas de una restricción artificial del comercio. No vi que te quejaras de las normas cuando te favorecían.

—Hice una inversión. Corrí un riesgo.

—Te aprovechabas de una laguna legal, y ellas han subsanado esa laguna. ¿Es que no lo viste venir?

—¿Y tú por qué no me avisaste?

—Sí te avisé.

—Sólo me avisaste de que podía perder dinero.

—Bueno, y ni siquiera has perdido dinero. Sencillamente no has ganado tanto como esperabas.

—Aun así, es dinero que debería haberme embolsado.

—Joey, ganar dinero no es un *derecho*. Estás vendiendo quincalla que en realidad esas niñas no necesitan y que posiblemente algunas de ellas ni siquiera puedan permitirse. Por eso el colegio de Connie impone un código indumentario: es lo más justo para todos.

—Ya, para todos menos para *mí*.

Por la manera en que Patty contó esta conversación, riéndose de la indignación inocente de Joey, Merrie Paulsen vio claro que Patty aún no tenía la menor sospecha de lo que hacía su hijo con Connie Monaghan. Para cerciorarse, Merrie sondeó un poco. ¿Sabía Patty qué sacaba Connie a cambio de sus esfuerzos? ¿Trabajaba a comisión?

—Ah, sí, le dijimos que debía darle la mitad de las ganancias —contestó Patty—. Pero lo habría hecho de todos modos. Siempre ha tenido una actitud muy protectora con ella, pese a que es menor.

—Es como un hermano para ella...

—No creas —bromeó Patty—; la trata mucho mejor. Pregúntale a Jessica cómo es ser hermana de Joey.

—Ja, sí, claro. Ja, ja —rio Merrie.

Hablando con Seth más tarde, ese mismo día, Merrie le dio el parte:

—Por asombroso que parezca, no tiene ni idea.

—Considero que recrearse en la ignorancia de otros padres es un error —respondió Seth—. Es tentar al destino, ¿no te parece?

—Lo siento, pero es una anécdota deliciosa: tiene mucha gracia. Ya te ocuparás tú de no regodearte y de mantener a raya el destino.

—Me da pena por ella.

—Pues lo siento, pero yo lo encuentro divertidísimo.

Hacia finales de ese invierno, en Grand Rapids, la madre de Walter sufrió una embolia pulmonar y se desplomó en el suelo de la boutique de ropa de mujer donde trabajaba. En Barrier Street conocían a la señora Berglund por sus visitas en Navidad, en los cumpleaños de los niños, o en su propio cumpleaños, cuando Patty la llevaba a una masajista del barrio y la colmaba de regaliz y nueces de macadamia y chocolate blanco, sus antojos preferidos. Merrie Paulsen la llamaba, sin la menor maldad, «Miss Bianca», por la ratona con gafas de los cuentos infantiles de Margery Sharp. Su rostro, en otro tiempo hermoso, tenía un aspecto apergaminado, y le temblaban la mandíbula y las manos, una de las cuales se le había quedado muy atrofiada a causa de una artritis infantil. Se había consumido, estragado físicamente, decía Walter con amargura, debido a toda una vida de duro trabajo al servicio del borracho de su padre, en el motel de carretera que tenían cerca de Hibbing, pero ella se empeñaba en conservar la independencia y un aire elegante en su viudez, y por tanto seguía yendo a la boutique al volante de su viejo Chevy Cavalier. Ante la noticia de la embolia, Patty y Walter partieron sin pérdida de tiempo rumbo al norte, dejando a Joey bajo la supervisión de su desdenosa hermana mayor. Fue poco después del subsiguiente festival de polvos adolescentes que Joey llevó a cabo en su habitación en manifiesto desafío a Jessica, y que sólo concluyó con la repentina muerte y entierro de la señora Berglund, cuando Patty se convirtió en una vecina muy distinta, una vecina mucho más sarcástica.

—Ah, Connie, sí —era ahora su cantinela—, tan buena chica, tan calladita e inofensiva, con una madre tan formal. Por cierto, me he enterado de que Carol tiene un novio nuevo, todo un macho, y ella le dobla la edad poco más o menos. ¿No sería una verdadera lástima que se mudaran ahora a otro sitio, con todo lo que ha hecho Carol para alegrarnos la vida? Y Connie... uf vaya si la echaría de menos también a ella. Ja, ja. Con lo calladita y buena y agradecida que es...

Patty tenía un aspecto lamentable: pálida, falta de sueño, desnutrida. Había tardado muchísimo en empezar a aparentar su edad, pero ahora por fin Merrie Paulsen veía recompensada su espera.

—Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que lo ha descubierto —le dijo Merrie a Seth.

—Han raptado a su cachorro: no podría haber crimen más atroz —comentó Seth.

—Se lo han raptado, exacto —convino Merrie—. El pobre Joey, inocente e intachable, secuestrado por ese pequeño portento de inteligencia de la casa de al lado.

—Bueno, tiene un año y medio más.

—Eso según el calendario.

—Tú dirás lo que quieras —observó Seth—, pero Patty quería de verdad a la madre de Walter. Tiene que estar muy apenada.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé. Seth, lo sé. Y ahora puedo sentir sincera lástima por ella.

Otros vecinos más cercanos a los Berglund que los Paulsen informaron que Miss Bianca había dejado en herencia su pequeña ratonera, a orillas de un lago menor próximo a Grand Rapids, únicamente a Walter, excluyendo a sus dos hermanos. Según contaron, hubo ciertas discrepancias entre Walter y Patty en cuanto a qué hacer al respecto, ya que Walter quería vender la casa y repartir las ganancias entre él y sus hermanos, y Patty insistía en que debía respetar la última voluntad de su madre: premiarlo por ser el hijo bueno. El hermano menor era militar de carrera y vivía en el Mojave, en la base aérea, mientras que el mayor se había pasado toda su vida adulta perseverando en el proyecto de su padre, que consistía en entregarse immoderadamente a la bebida y tener a su madre por completo abandonada salvo para explotarla económicamente. Walter y Patty siempre habían llevado a los niños a ver a la abuela durante una o dos semanas en verano, invitando a menudo a una o dos amigas de Jessica, que describían la finca como rústica y boscosa y sin más bichos de la cuenta. Quizá por consideración a Patty, que parecía haberse entregado también immoderadamente a la bebida —por la mañana, cuando salía al camino de acceso a recoger el *New York Times* con su faja azul y el *Star Tribune* con su faja verde, su tez era un gran manchurrón de color chardonnay—, Walter accedió finalmente a quedarse con la casa para pasar las vacaciones allí, y en junio, en cuanto acabaron las clases, Patty se llevó a Joey al norte para que la ayudara a vaciar los cajones y limpiar y pintar mientras Jessica permanecía en casa con Walter y hacía un curso complementario de poesía.

Ese verano, varios vecinos, entre los que no se contaban los Paulsen, llevaron a sus hijos de visita a la casa del lago. Encontraron a Patty mucho más animada. A su regreso, un padre invitó a Seth Paulsen, en privado, a imaginársela bronceada y descalza, con un bañador negro y unos vaqueros sin cinturón, un look muy del agrado de Seth. En público, todos comentaron lo atento y poco esquivo que estaba Joey, y lo bien que parecían pasárselo allí Patty y él. Habían obligado a todos los visitantes a jugar con ellos a un complicado juego de mesa que llamaban «Asociaciones». Patty se quedaba por las noches hasta tarde delante del mueble televisor de su suegra, entreteniendo a Joey con su intrincado conocimiento de las comedias de productoras independientes de los años sesenta y setenta. Joey, que descubrió que su lago no aparecía en los mapas locales —en realidad era una charca grande donde sólo había una casa más—, lo bautizó Sin Nombre, y Patty pronunciaba el nombre con ternura, con sentimentalismo, «nuestro lago Sin Nombre». Seth Paulsen se enteró de que Joey trabajaba largas jornadas allí, desatascando los canalones y raspando pintura y desbrozando, y se

preguntó si acaso Patty le daría una sustanciosa paga por sus servicios, si eso formaría parte del trato. Pero nadie lo sabía.

En cuanto a Connie, casi siempre que los Paulsen miraban por una ventana orientada hacia la casa de las Monaghan, la veían allí, esperando. Desde luego era una chica muy paciente: tenía el metabolismo de un pez en invierno. Por las noches trabajaba recogiendo mesas en W. A. Frost, pero por las tardes, entre semana, aguardaba en los escalones de la puerta de su casa mientras en la calle pasaban los vendedores de helados y jugaban los niños más pequeños, y los fines de semana se sentaba en una tumbona en la parte de atrás, lanzando esporádicas miradas a las ruidosas, violentas y arbitrarias labores de reforma en la casa y la tala de árboles en el jardín emprendidas por el nuevo novio de su madre, Blake, con sus compinches no sindicados del ramo de la construcción, pero sobre todo se limitaba a esperar.

—Y bien, Connie, ¿qué hay de interesante en tu vida últimamente? —le preguntó Seth desde el callejón que separaba los jardines traseros de ambas casas.

—¿Aparte de Blake, quieres decir?

—Sí, aparte de Blake.

Connie pensó un momento y negó con la cabeza.

—Nada —contestó.

—¿Te aburres?

—La verdad es que no.

—¿Vas al cine? ¿Lees?

Connie fijó en Seth aquella mirada suya de «tú y yo no tenemos nada en común».

—He visto *Batman*.

—¿Y qué sabes de Joey? Estabais muy unidos. Supongo que lo echas de menos.

—Volverá —dijo ella.

Una vez resuelto el viejo conflicto de las colillas —Seth y Merrie admitieron la posibilidad de haber exagerado el recuento de colillas caídas en la piscinita a lo largo del verano, e incluso la posibilidad de haberse excedido en su reacción—, habían descubierto en Carol Monaghan un pozo de información ilimitada sobre la política municipal del Partido Demócrata, en la que Merrie participaba cada vez más. Carol contaba con toda naturalidad espeluznantes anécdotas sobre la inmunda maquinaria, sobre las cloacas, subterráneas, sobre las contratas amañadas, sobre los cortafuegos permeables, sobre la contabilidad creativa, y veía complacida como Merrie se horrorizaba. Ésta acabó valorando a Carol como paradigma encarnado de la corrupción municipal que ella se proponía

combatir. La gran virtud de Carol era que en apariencia nunca cambiaba; seguía poniéndose de tiros largos los jueves por la noche para quien fuera, año tras año tras año, manteniendo viva la tradición patriarcal de la política urbana.

Y de pronto, un buen día, Carol cambió. Era algo que se respiraba en el ambiente desde hacía un tiempo. El alcalde, Norm Coleman, se había metamorfoseado en republicano, y un ex luchador profesional iba camino de la mansión del gobernador. En el caso de Carol, el catalizador fue su nuevo novio, Blake, un joven operario de excavadora con perilla al que había conocido en el registro municipal de permisos y licencias, y por quien cambió de imagen espectacularmente. Atrás quedaron los peinados complicados y los vestidos de chica de compañía, y aparecieron los pantalones ajustados, el pelo escalado y menos maquillaje. Una Carol que nadie había visto nunca, de hecho, una Carol feliz, saltaba exultante de la pickup F-250 de Blake, dejando que la palpitante música de rock progresivo se propagara por la calle, y cerraba la puerta de su lado con un brioso empujón. Al cabo de poco tiempo Blake empezó a quedarse a dormir en su casa, y se paseaba por allí con un jersey de los Vikings, las botas de trabajo desatadas y una lata de cerveza en la mano, y no mucho después ya estaba talando todos los árboles del jardín trasero con la motosierra y yendo a lo loco de aquí para allá con una excavadora alquilada. En el parachoques de su pickup llevaba una pegatina en que se leía SOY BLANCO Y VOTO.

Los Paulsen, que recientemente habían concluido también unas prolongadas reformas, eran reacios a quejarse del ruido y el caos, y Walter, el vecino del otro lado, era demasiado buena persona o estaba demasiado ocupado, pero cuando por fin Patty volvió a casa a finales de agosto, después de unos meses en el campo con Joey, casi perdió la razón ante tal horror, y se dedicó a ir de puerta en puerta por toda la calle, con la mirada enloquecida, para vilipendiar a Carol Monaghan.

—Disculpad —decía—, ¿qué ha pasado aquí? ¿Puede alguien explicarme qué ha pasado? ¿Ha declarado alguien la guerra a los árboles sin avisarme? ¿Quién es ese Paul Bunyan de la pickup? ¿De qué va esto? ¿No sigue de alquiler? ¿Está permitido exterminar los árboles siendo sólo inquilino? ¿Cómo es posible que derribe la pared trasera de una casa si ni siquiera es la dueña? ¿La ha comprado sin que nos enteremos? ¿Cómo se las ha arreglado? Ni siquiera es capaz de cambiar una bombilla sin llamar a mi marido. « Perdonas que te moleste a la hora de la cena, Walter, pero hay un interruptor que, cuando le doy, no hace nada. ¿Te importaría venir ahora mismo? Y ya que estás aquí, cielo, ¿puedes ayudarme con la declaración de la renta? Mañana termina el plazo y aún no se me ha secado el esmalte de uñas» . ¿Cómo ha podido esa misma persona conseguir una hipoteca? ¿Es que no tiene facturas pendientes de Victoria's Secret? ¿Cómo se le permite siquiera tener novio? ¿No hay cierto pez gordo en Minneapolis? ¿No debería alguien poner al corriente a ese pez gordo?

Sólo cuando Patty llegó a la puerta de los Paulsen, muy abajo en su lista de vecinos que visitar, obtuvo algunas respuestas. Merrie explicó que, en efecto, Carol Monaghan ya no era inquilina. La casa de Carol era una de los varios centenares que habían pasado a ser propiedad de la concejalía de la vivienda en los años de vacas flacas y ahora las vendían a precio de saldo.

—¿Cómo es que no me he enterado yo de eso? —preguntó Patty.

—No lo has preguntado —respondió Merrie. Y sin poder contenerse, añadió —: Nunca has mostrado especial interés por los asuntos municipales.

—¿Y dices que le ha salido barata?

—Muy barata. Resulta muy útil conocer a las personas indicadas.

—¿Y tú qué opinas de eso?

—Me da asco, tanto fiscal como filosóficamente —contestó Merrie—. Esa es una de las razones por las que colaboro con Jim Scheibel.

—A mí siempre me ha encantado este barrio, ¿sabes? —comentó Patty—. Siempre me ha gustado vivir aquí, incluso al principio. Y ahora, de pronto, lo veo todo sucio y feo.

—No te deprimas, implícate —dijo Merrie, y le dio unas octavillas.

—No me gustaría estar en la piel de Walter ahora mismo —observó Seth en cuanto Patty se fue.

—Me alegra oírte decir eso, de verdad —respondió Merrie.

—¿Ha sido una impresión mía o has captado tú también cierto tonillo de descontento conyugal? Me refiero a lo de ayudar a Carol con la declaración de la renta. ¿Sabes algo de eso? Me ha parecido muy interesante. No tenía noticia. Y ahora Walter no ha sido capaz de proteger la hermosa vista que tenían de los árboles de Carol.

—Todo el asunto es tan retrógrado, tan Ronald Reagan... —señaló Merrie—. Creía que podía vivir en su pequeña burbuja, crear su pequeño mundo. Su propia casita de muñecas.

El anexo que fue surgiendo del lodazal del jardín trasero de Carol, un fin de semana tras otro a lo largo de los siguientes nueve meses, parecía un cobertizo para barcas gigantesco y funcional, con tres ventanas sin gracia intercaladas en el amplio revestimiento de vinilo. Carol y Blake lo llamaban «gran salón», concepto hasta entonces desconocido en Ramsey Hill. Después de la controversia de las colillas, los Paulsen habían levantado una valla alta y plantado una hilera de piceas decorativas, ya bastante crecidas para tapar el espectáculo. Sólo los Berglund disfrutaban de un campo visual despejado, y al cabo de poco tiempo, los demás vecinos eludían toda conversación con Patty, cosa que nunca antes habían hecho, debido a la fijación de ella con lo que llamaba «el hangar». La saludaban desde la calle con un gesto y levantando la voz, pero se cuidaban

mucho de aminorar el paso y verse atrapados. Entre las madres trabajadoras, la opinión generalizada era que Patty tenía demasiado tiempo libre. En su momento, había sido fantástica con los niños, enseñándoles deportes y manualidades, pero ahora casi todos los chicos de la calle eran adolescentes. Por mucho que intentara llenar sus propios días, siempre tenía a la vista u oía las obras en la casa contigua. Cada pocas horas, salía de la suya y deambulaba por su jardín trasero, lanzando miradas al gran salón como un animal al que han alborotado el nido, y a veces, al anochecer, se acercaba a llamar a la puerta de contrachapado provisional del gran salón.

—Hola, Blake, ¿cómo va?

—Va bien.

—A juzgar por lo que oigo, eso parece. Oye, por cierto, esa sierra circular hace mucho ruido y ya son las ocho y media de la noche. ¿Qué tal si das la jornada por concluida?

—Pues mal, la verdad.

—Ya, ¿y si te pido que pares ya, así sin más?

—No sé qué decirte. Pero ¿y qué te parece si me dejas acabar mi trabajo?

—Pues me parece francamente mal, porque el ruido nos resulta muy molesto, la verdad.

—Ya, bueno, pues ¿sabes qué te digo? Lo siento.

Patty dejó escapar una carcajada estridente e involuntaria, como un relincho.

—¡Ja, ja, ja! ¿Lo sientes?

—Sí, oye, lamento mucho todo este ruido. Pero, según Carol, cuando vosotros reformabais la casa hubo ruido durante cinco años.

—Ja, ja, ja. No recuerdo que se quejara nunca.

—Vosotros hacíais lo que teníais que hacer. Y yo ahora hago lo que tengo que hacer.

—Pero lo que tú haces es francamente feo. Perdona, pero es que es más bien espantoso. Horrible y espantoso, así de sencillo. De verdad. Es la realidad pura y dura. Aunque no es ésa la cuestión. La cuestión es la sierra.

—Esto es una propiedad privada y tienes que marcharte ya.

—Vale, pues no me quedará más remedio que llamar a la policía, supongo.

—Me parece bien, adelante.

A continuación se la veía deambular por el callejón trasero, temblando de frustración. En efecto, avisó a la policía repetidamente por el ruido, y unas cuantas veces incluso se presentaron unos agentes y cruzaron unas palabras con Blake, pero pronto se cansaron de sus llamadas y no volvieron hasta febrero, cuando alguien rajó los cuatro preciosos neumáticos para nieve nuevos de la F-250 de Blake, y éste y Carol enviaron a los agentes a la vecina de al lado que tantas veces se había quejado por teléfono. Como consecuencia de ello, Patty volvió a recorrer la calle de puerta en puerta, despotricando.

—La sospechosa evidente, ¿eh? La madre de la casa de al lado con un par de hijos adolescentes. Yo, la delincuente empedernida, ¿eh? ¡Yo, la demente! Ese hombre tiene el vehículo más grande y más feo de la calle, lleva en el parabarrochos pegatinas de lo más ofensivas para cualquiera que no sea un supremacista blanco, y sin embargo, Dios mío, ya ves tú qué misterio: ¿quién sino yo podría querer rajarle los neumáticos?

Merrie Paulsen estaba convencida de que la rajadora era, en efecto, Patty.

—No me cuadra —dijo Seth—. Es decir, salta a la vista que lo está pasando mal, pero no es una mentirosa.

—Cierto, aunque en realidad, que yo sepa, en ningún momento ha dicho que no haya sido ella. Esperemos que tenga un buen terapeuta. Desde luego, le vendría bien. Eso, y un empleo a jornada completa.

—Mi duda es: ¿dónde está Walter?

—Walter se mata a trabajar para ganarse el salario, y así ella puede quedarse todo el día entre sus cuatro paredes y ser un ama de casa desquiciada. Él es un buen padre para Jessica y una especie de principio de realidad para Joey. Diría que con eso ya tiene más que suficiente entre manos.

La cualidad más destacada de Walter, aparte de su amor por Patty, era su bondad natural. Era de esos buenos oyentes que parecen encontrar a los demás más interesantes y admirables que él. Tenía una piel ridículamente blanca, el mentón hundido, unos rizos de querubín en lo alto de la cabeza, y llevaba desde siempre las mismas gafas redondas de montura metálica. Había iniciado su carrera profesional en 3M como abogado en el departamento de asesoría jurídica, pero allí no prosperó y lo relegaron a prestaciones sociales y obras benéficas, un callejón sin salida donde la bondad natural era un valor. En Barrier Street siempre andaba repartiendo magníficas entradas gratuitas para el teatro Guthrie y la Orquesta de Cámara y contando a los vecinos anécdotas sobre sus encuentros con famosos del lugar como Garrison Keillor y Kirby Puckett y, en una ocasión, Prince. En fecha reciente, y para sorpresa de todos, se había marchado de 3M y había entrado a trabajar en la organización ecologista Nature Conservancy como gerente de desarrollo. Salvo los Paulsen, nadie había sospechado que acumulara tal reserva de insatisfacción, pero Walter sentía tanto entusiasmo por la naturaleza como por la cultura, y el único cambio exterior en su vida fue su limitada presencia en casa los fines de semana.

Puede que esta limitada presencia fuera una de las razones por las que no intervino, como habría cabido esperar, en la batalla entre Patty y Carol Monaghan. Su respuesta, si alguien le preguntaba a bocajarro, era una risa nerviosa. «En eso soy algo así como un espectador neutral», decía. Y como espectador neutral permaneció toda la primavera y el verano del segundo curso de instituto de Joey hasta el otoño siguiente, cuando Jessica se fue a una universidad del este y Joey se marchó de casa para instalarse con Carol, Blake y

Connie.

Dicho traslado fue un pasmoso acto de sedición y una puñalada en el corazón para Patty: el principio del fin de su vida en Ramsey Hill. Joey había pasado julio y agosto en Montana, trabajando en el rancho montañoso de uno de los principales donantes de Walter para Nature Conservancy, y había regresado con unos hombros anchos y masculinos y cinco centímetros más de estatura. Walter, que por lo general no alardeaba, había admitido ante los Paulsen, en un picnic de ese agosto, que el donante le había telefoneado para decirle que estaba «alucinado» por el valor y la resistencia de Joey a la hora de traer al mundo terneros y bañar ovejas en desinfectante. Sin embargo, en ese mismo picnic, Patty tenía ya la mirada perdida a causa de la pena. En junio, antes de irse Joey a Montana, lo había llevado al lago Sin Nombre para ayudarla a reformar la casa, y el único vecino que los visitó describió una tarde espantosa en la que fue testigo de cómo madre e hijo se fustigaban una y otra vez, sacando sus respectivos trapos sucios, burlándose Joey de las rarezas de Patty y llamándola al final «estúpida» a la cara, ante lo que ella exclamó: «Ja, ja, ja! ¡ Estúpida! ¡Dios santo, Joey! Tu madurez nunca deja de asombrarme. ¡Llamar a tu madre estúpida delante de otras personas! ¡Eso causa muy buena impresión, desde luego! ¡Vaya un hombretón duro e independiente estás hecho!».

Al concluir el verano, Blake casi había terminado las obras del gran salón y lo equipaba con elementos tan blakeanos como una Playstation, un futbolín, un barril de cerveza refrigerado, un televisor de pantalla grande, un hockey de mesa, una araña de cristal con los colores de los Vikings y sillones reclinables mecanizados. A los vecinos sólo les quedaba imaginar los sarcásticos comentarios de Patty durante las cenas acerca de estas instalaciones, y los de Joey calificándola de estúpida e injusta, y los de Walter que, colérico, le exigía a Joey que se disculpara ante Patty; pero no les fue necesario imaginar la noche en que Joey desertó a la casa de al lado, porque Carol Monaghan la describía gustosamente, en voz bien alta y con cierto regodeo, a cualquier vecino lo bastante desleal con los Berglund para escucharla.

—Joey estaba tranquilo, tranquilísimo —decía Carol—. Te lo juro, como si nunca hubiese roto un plato. Fui a su casa con Connie para darle mi apoyo y asegurar a todos que apruebo plenamente el arreglo, porque, conociendo a Walter, con lo considerado que es, seguro que le preocupaba que eso fuera para mí una obligación. Y Joey se comportó de un modo muy responsable, como siempre. Sólo quería que reinara la armonía y que todas las cartas quedaran boca arriba. Explicó que Connie y él me habían planteado la situación, y yo le dije a Walter (porque sabía que eso para él era importante), le dije que la comida no sería un problema. Ahora Blake y yo somos una familia, y con mucho gusto alimentaremos una boca más, y Joey es una gran ayuda con los platos y la basura, y es ordenado, y además, le dije a Walter, antes Patty y él fueron muy

generosos con Connie, dándole de comer y demás. Yo quería mostrar mi gratitud, por lo generosos que ellos fueron cuando mi vida estaba patas arriba, y siempre les he estado muy agradecida. Y Joey es tan responsable y tranquilo... Dice que, como Patty ni siquiera deja entrar a Connie en la casa, a él no le queda más remedio para estar con ella, y yo añado que apoyo plenamente la relación (que si todos los jóvenes del mundo fueran tan responsables como ellos dos, el mundo iría mucho mejor) y que es muy preferible que estén en mi casa, sin peligro, como dos chicos responsables, en lugar de andar viéndose a escondidas y metiéndose en líos. Le estoy tan agradecida a Joey que siempre será bienvenido en mi casa. Eso les dije. Y ya sé que no le caigo bien a Patty, siempre me ha mirado por encima del hombro y ha menospreciado a Connie. Lo sé. Sé muy bien de qué es capaz Patty. Ya sabía yo que le daría un ataque. De pronto arruga la cara y sale con que: «¿Te crees que quiere a tu hija? ¿Te crees que está enamorado de ella?». Con esa vocecilla aguda. Como si fuera imposible que alguien como Joey se enamorara de Connie, porque yo no fui a la universidad o lo que sea, o no vivo en una casa tan grande o no soy de Nueva York o lo que sea y, a diferencia de ella, tengo un verdadero empleo a jornada completa de cuarenta horas semanales. Patty siente tan poco respeto por mí que casi cuesta creerlo. Pero pensé que con Walter podría hablar. La verdad es que es un encanto de hombre. Rojo como un tomate, creo que de vergüenza, va y dice: «Carol, será mejor que Connie y tú os vayáis para que hablemos con Joey en privado». Y yo no pongo ningún reparo. No he ido allí para armar lío, no soy una lianta. Pero entonces Joey va y se niega. Dice que no está pidiendo permiso, que sencillamente los está informando de lo que se propone hacer y no hay nada que hablar. Y es entonces cuando Walter pierde los papeles. Pierde los papeles, así sin más. Se lleva tal disgusto que se le saltan las lágrimas... y yo eso lo entiendo, porque Joey es su hijo menor, y Walter no tiene ninguna culpa de que Patty sea tan poco razonable y tan mala con Connie, tanto que para Joey es ya insoportable seguir viviendo con ellos. Pero Walter va y suelta a grito pelado: «¡TIENES DIECISÉIS AÑOS Y NO IRÁS A NINGUNA PARTE HASTA QUE ACABES EL INSTITUTO!» . Y Joey le sonrío, tal cual, como si nunca hubiese roto un plato, y dice que la ley no le prohíbe marcharse, y además sólo se va a la casa de al lado. Así, de lo más razonable. Ojalá yo hubiera tenido un uno por ciento de su inteligencia y sangre fría a los dieciséis años. En serio, es un chico fenomenal. De alguna manera, me dio pena por Walter, porque, de pronto, a gritos, sale con que no le va a pagar la universidad y que Joey no podrá volver a Montana el verano que viene, y que lo que le pide es que vaya a cenar allí y duerma en su propia cama y forme parte de la familia. Y Joey salta: « Todavía formo parte de la familia », algo que, por cierto, nunca había negado. Pero Walter, hecho una furia, empieza a pasearse de un lado a otro de cocina, y por un momento pienso que va a pegarle, y es que ha perdido los papeles por completo, no deja de

chillar: « ¡LARGO, LARGO, ESTOY HARTO DE ESTO, LARGO!» . Y de pronto desaparece y lo oigo en el piso de arriba, en la habitación de Joey, abriendo los cajones de Joey o yo qué sé, y Patty sube corriendo y los dos se lían a gritos, y Connie y yo abrazamos a Joey, porque es la única persona sensata en la familia, y nos da mucha pena, y es entonces cuando veo claro que lo mejor para él es venirse a vivir con nosotros. Walter, furioso, vuelve a bajar, y oímos a Patty berrear como una posesa... ha perdido los papeles por completo... y Walter se pone a gritar otra vez: « ¡¿NO TE DAS CUENTA DE LO QUE LE ESTÁS HACIENDO A TU MADRE?!» . Porque todo el problema es con Patty, ¿me explico? Siempre tiene que ser la víctima. Y Joey se queda allí de pie, negando con la cabeza, por lo evidente que es. ¿Por qué iba a querer vivir en un sitio así?

Aunque algunos vecinos sin duda se deleitaron al ver que Patty recogía ahora lo sembrado por la excepcionalidad de su hijo, el hecho era que Carol Monaghan nunca había despertado grandes simpatías en Barrier Street, Blake era aborrecido por la mayoría, Connie ponía los pelos de punta y nunca nadie había confiado realmente en Joey. Cuando corrió la voz de su insurrección, las emociones dominantes entre la aristocracia urbana de Ramsey Hill fueron de lástima por Walter, inquietud por la salud mental de Patty, y una abrumadora sensación de alivio y gratitud por lo normales que eran sus propios hijos: lo dispuestos que estaban a aceptar la prodigalidad paterna, la inocencia con que exigían ayuda para hacer sus deberes o redactar sus solicitudes de ingreso a la universidad, la docilidad con que accedían a informar por teléfono de su paradero después de clase, la desinhibición con que los ponían al corriente de sus pequeños varapalos cotidianos, la tranquilizadora previsibilidad de sus incursiones en el sexo, la hierba y el alcohol. El dolor que emanaba de la casa de los Berglund era sui géneris. Walter —ajeno, o eso era de desear, al parloteo indiscreto de Carol acerca de esa noche en que « perdió los papeles» — reconoció abochornado ante varios vecinos que Patty y él habían sido « despedidos» como padres y hacían lo posible por no tomárselo de manera demasiado personal.

—A veces viene a casa a estudiar —decía Walter—, pero ahora mismo se lo ve más a gusto pasando las noches bajo el techo de Carol. Ya veremos cuánto dura.

—Y Patty, ¿cómo lo lleva? —le preguntó Seth Paulsen.

—No muy bien.

—A Merrie y a mí nos encantaría que vinierais a cenar a casa un día de estos.

—Estaría bien —respondió Walter—, pero me temo que Patty va a marcharse una temporada a la vieja casa de mi madre. Como sabes, ha estado reformándola.

—Me tiene preocupado —comentó Seth con un punto de emoción en la voz.

—A mí también, un poco. Pero la he visto jugar dolorida. En tercer año se

destruyó la rodilla e intentó jugar otros dos partidos con la lesión.

—Pero ¿no fue entonces cuando... eh, una intervención quirúrgica puso fin a su carrera?

—Lo que yo quería remarcar es su resistencia, Seth. Su capacidad para jugar a pesar del dolor.

—Ya.

Al final, Walter y Patty no cenaron en casa de los Paulsen.

Patty se ausentó de Barrier Street durante largos períodos del invierno y la primavera siguientes, ocultándose en el lago Sin Nombre, e incluso cuando su coche estaba en el camino de acceso —por ejemplo, en Navidad, cuando Jessica volvió de la universidad y, según sus amigas, tuvo una «pelea monumental» con Joey, motivo por el cual él pasó más de una semana en su antigua habitación, regalando a su formidable hermana unas auténticas fiestas navideñas tal como ella quería—, eludía las reuniones sociales del vecindario en las que sus pasteles y su afabilidad nunca habían faltado y eran siempre bienvenidos. A veces la veían recibir la visita de cuarentonas que, a juzgar por sus peinados y las pegatinas en los parachoques de sus Subarus, debían de ser antiguas compañeras del equipo de baloncesto, y se decía que había vuelto a beber, pero eso no era más que una conjetura, y a que, pese a toda su cordialidad, nunca había entablado una verdadera amistad en Ramsey Hill.

En Año Nuevo, Joey volvió a vivir con Carol y Blake. Gran parte del atractivo de esa casa era, cabía suponer, la cama que compartía con Connie. Entre los amigos de Joey era conocida su extrema y militante reticencia a la masturbación, cuya mera mención le arrancaba siempre una sonrisa condescendiente; sostenía que una de sus ambiciones era pasar por la vida sin tener que recurrir a eso. Los vecinos más perspicaces, entre ellos Los Paulsen, sospechaban que Joey también hallaba satisfacción en ser el más listo de la casa. Erigido en príncipe del gran salón, puso los placeres de éste a la disposición de todo aquel a quien concedía su amistad (con lo que el barril de cerveza, sin supervisión adulta, se convirtió en manzana de la discordia en las cenas familiares de todo el vecindario). Su comportamiento con Carol rayaba en el coqueteo hasta límites inquietantes, y a Blake lo cautivaba entusiasmándose con todo aquello que entusiasmaba al propio Blake, en particular las herramientas eléctricas y la pickup, a cuyo volante aprendió a conducir. Por la irritante manera en que sonreía ante el fervor de sus compañeros de clase por Al Gore y el senador Wellstone, como si el progresismo fuese una debilidad comparable al onanismo, cabía inferir que incluso había adoptado algunas de las ideas políticas de Blake. El verano siguiente, en vez de volver a Montana, trabajó en la construcción.

Y todo el mundo tuvo la impresión, justa o no, de que la culpa era en cierto modo de Walter, o de su bondad natural. En lugar de llevarse a Joey a casa arrastrándolo del pelo y obligándolo a comportarse, en lugar de darle a Patty un coscorrón y obligarla a comportarse, se refugió en su trabajo al servicio de Nature Conservancy, donde en poco tiempo había accedido al cargo de director ejecutivo de la delegación estatal, y dejó la casa vacía una tarde tras otra, dejó la mala hierba crecer en los arriates de flores y los setos sin podar y los cristales de las ventanas sin limpiar, dejó que la sucia nieve urbana engullera el cartel combado de GORE LIEBERMAN, clavado aún en el jardín delantero. Incluso los Paulsen perdieron interés por los Berglund ahora que Merrie se presentaba a las elecciones municipales. Patty pasó todo el verano siguiente en el lago Sin Nombre, y al poco de su regreso —un mes después de que Joey se marchara a la Universidad de Virginia en circunstancias económicas desconocidas en Ramsey Hill, y dos semanas después de la gran tragedia nacional— apareció el cartel SE VENDE frente a la casa victoriana en la que Walter y Patty habían volcado media vida. Walter había empezado a trabajar en Washington e iba y venía todas las semanas. Si bien el precio de la vivienda se recuperaría pronto hasta alcanzar cotas sin precedentes el mercado local se encontraba aún casi al nivel más bajo de su desplome posterior al 11-S. Patty supervisó la venta de la casa, por un precio penoso, a una pareja de profesionales negros, muy serios, que tenían unos mellizos de tres años. En febrero, el matrimonio Berglund recorrió la calle puerta por puerta una última vez, despidiéndose con cortés formalidad: Walter se interesó por los hijos de todos y les deseó lo mejor a cada uno de ellos; Patty, aunque muy callada, volvía a tener un aspecto extrañamente juvenil, como el de la chica que empujaba el cochecito de bebé por la calle antes de que el vecindario fuese siquiera un vecindario.

—Es asombroso que esos dos sigan juntos —le comentó Seth Paulsen a Merrie más tarde.

Merrie negó con la cabeza.

—Creo que aún no han aprendido a vivir.

SE COMETIERON ERRORES

Autobiografía de Patty Berglund

por Patty Berglund

(escrita a sugerencia de su psicoterapeuta)

1. Complaciente

Si Patty no fuese atea, daría gracias al Señor por la existencia de actividades deportivas extraescolares, más que nada porque le salvaron la vida y le brindaron la oportunidad de realizarse como persona. Siente especial gratitud hacia Sandra Mosher del centro de enseñanza media de North Chappaqua, Elaine Carver y Jane Nagel del instituto Horace Greeley, Ernie y Rose Salvatore de los Campamentos de Baloncesto Femenino de Gettysburg, e Irene Treadwell de la Universidad de Minnesota. Gracias a estos excepcionales entrenadores, Patty aprendió disciplina, paciencia, a centrarse en un objetivo y a trabajar en equipo, así como los ideales de la deportividad, que contribuyeron a compensar su malsano espíritu competitivo y su escasa autoestima.

Patty se crio en el condado de Westchester, en Nueva York Era la mayor de cuatro hijos, de los cuales los otros tres se acercaban más a las expectativas de sus padres. Era visiblemente Más Grande que los demás, y también Menos Singular, y también sensiblemente Más Tonta. No tonta lo que se dice tonta, pero sí más tonta en términos relativos. Alcanzó el metro setenta y cuatro, casi la misma estatura que su hermano, aventajando en no pocos centímetros a las otras dos chicas, y a veces lamentaba no haber dado un estirón más y llegado al metro ochenta, ya que en cualquier caso siempre desentonaría en la familia. Ver la canasta mejor y ganar la posición más fácilmente y girar con mayor libertad en defensa tal vez habría mitigado un tanto la virulencia de su vena competitiva, y con ello habría disfrutado de una vida más feliz después de la universidad; era poco probable, desde luego, pero resultaba interesante plantearse. Ya en el nivel universitario, era por lo general una de las jugadoras más bajas de la cancha, cosa que, curiosamente, le recordaba su posición en la familia y la ayudaba a mantener la adrenalina a niveles máximos.

El primer recuerdo que Patty guarda de la práctica de un deporte en equipo hallándose su madre entre el público es también uno de los últimos. Asistía a un campamento deportivo de día para personas corrientes en el mismo complejo donde sus dos hermanas participaban en un campamento artístico para personas extraordinarias, y un día su madre y sus hermanas se presentaron durante un partido de sóftbol, cuando se jugaban ya las últimas entradas. Patty, en posición de jardinera izquierda, veía con frustración a otras niñas menos aptas cometer

errores en el cuadro y esperaba con impaciencia que alguien conectase un bateazo profundo. Sigilosamente, fue acercándose más y más a la línea divisoria, y así fue como terminó el partido. Había corredoras en la primera y la segunda base. La bateadora golpeó una bola que salió botando hacia la paradora en corto, una chica con serios problemas de coordinación; Patty se le adelantó para interceptar la pelota y, acto seguido, echó a correr con la intención de eliminar a la primera corredora y luego iniciar la persecución de la segunda, una chica de lo más delicada que seguramente había llegado a primera base por un error del equipo contrario. Patty fue tras ella como una flecha, y la niña, chillando, se desvió hacia el campo exterior, abandonando el cuadro y, por tanto, quedando automáticamente descalificada; aun así, Patty, resuelta a eliminarla, siguió en pos de ella y la tocó mientras la niña se encogía y gritaba debido al dolor en apariencia insufrible de sentir el leve contacto de un guante.

Patty tuvo clara conciencia de que ése no era su momento más glorioso por lo que a deportividad se refería. Algo se había adueñado de ella porque estaba allí su familia, viéndola. Más tarde, en el coche, su madre, con voz aun más trémula que de costumbre, le preguntó si por fuerza tenía que ser tan... tan *agresiva*. Si era necesario ser... en fin, ser tan *agresiva*. «¿Qué mal le hacía compartir un poco la pelota con sus compañeras de equipo? Patty contestó que en la posición de jardinera izquierda no le llegaba NINGUNA bola. Y su madre dijo: «No me parece mal que hagas deporte, siempre y cuando aprendas a cooperar y a tener espíritu comunitario». Y Patty replicó: «¡Pues entonces mándame a un campamento DE VERDAD, donde yo no sea la única que juegue bien! ¡No puedo cooperar con gente incapaz de atrapar la bola!». Y su madre dijo: «No sé hasta qué punto conviene fomentar tanta agresividad y competitividad. Puede que yo no sea una gran entusiasta del deporte, pero no le veo la gracia a derrotar a una persona sólo por derrotarla. ¿No sería mucho más divertido trabajar todos juntos para construir algo en cooperación?».

La madre de Patty era una demócrata profesional. Aún ahora, en el momento de escribirse esto, es miembro de la Asamblea Legislativa del estado, la honorable Joyce Emerson, conocida por su defensa de los espacios abiertos, los niños pobres y las artes. Para Joyce, el paraíso es un espacio abierto adonde los niños pobres pueden ir a ejercitarse en las artes a costa del estado. Joyce nació en Brooklyn en 1934, con el nombre de Joyce Markowitz, pero por lo visto, ya desde los albores mismos de su conciencia le desagradaba ser judía. (La autobiografía se pregunta si una de las razones por las que a Joyce siempre le tiembla tanto la voz es el enorme esfuerzo, a lo largo de toda su vida, para disimular el acento de Brooklyn). Joyce recibió una beca para estudiar Filosofía y Letras en los bosques de Maine, donde conoció al nada judío padre de Patty, con quien contrajo matrimonio en la iglesia Universalista Unitaria de Todas las Almas del Upper East Side de Manhattan. A juicio de la autobiógrafa, Joyce tuvo

a su primogénita cuando aún no estaba preparada emocionalmente para la maternidad, si bien a este respecto quizá la propia autobiografía no debería andar tirando piedras. Cuando, en 1960, Jack Kennedy fue elegido candidato demócrata, Joyce dispuso de un pretexto noble y conmovedor para salir de una casa que, por lo visto, no podía evitar llenar de niños. Luego vinieron los derechos civiles, Vietnam y Bobby Kennedy: más buenas razones para ausentarse de una casa donde apenas había espacio para cuatro niños pequeños más una niñera de Barbados instalada en el sótano. Joyce acudió a su primera convención nacional en 1968, como delegada comprometida con la causa del difunto Bobby. Ejerció el cargo de tesorera del partido a nivel del condado y después el de presidenta, y realizó tareas organizativas al servicio de Teddy en 1972 y 1980. Cada verano, por las puertas abiertas de la casa entraban y salían voluntarios en tropel de sol a sol, cargados con cajas de material para la campaña. Patty podía entrenar el regate y el gancho durante seis horas seguidas sin que nadie le prestara la menor atención ni se preocupara por ella.

El padre de Patty, Ray Emerson, era abogado y cómico aficionado, con un repertorio que incluía chistes de pedos y parodias crueles de los vecinos, los amigos y los profesores de sus hijos. Un tormento que infligía a Patty con especial deleite era imitar a la niñera de Barbados, Eulalie, cuando ésta no los oía pero rondaba cerca, diciendo: «Bazta ya de diversión, bazta ya de juegoz», etcétera, en voz cada vez más alta, hasta que Patty, abochornada, se levantaba de la mesa y salía corriendo entre los alaridos de entusiasmo de sus hermanos. También les proporcionaba interminables ratos de entretenimiento ridiculizar a Sandy Mosher, entrenadora y mentora de Patty, a quien Ray se complacía en llamar Saaaandra. Siempre andaba preguntándole a Patty si Saaaandra había recibido últimamente la visita de algún caballero o quizá, ji ji ji, ja ja ja, ¿de alguna *caballera*?. Sus hermanos prorrumpían a coro: ¡Saaaandra, Saaaandra! Otros graciosos métodos para mortificar a Patty consistían en esconder al perro de la familia, *Elmo*, y fingir que había sido sacrificado mientras Patty estaba en el entrenamiento de baloncesto de última hora de la tarde. O tomarle el pelo por ciertos lapsus de cultura general cometidos años antes, preguntándole cómo les iba la vida a los canguros en *Austria*, y si había visto la última novela de la famosa escritora contemporánea Louisa May Alcott, y si todavía pensaba que los hongos pertenecían al reino animal. «El otro día vi a uno de esos hongos de Patty perseguir un camión —decía su padre—. Mirad, miradme: así persigue un camión el hongo de Patty».

Casi todas las noches, su padre volvía a marcharse de casa después de la cena para reunirse con personas sin recursos a quienes defendía por poco dinero o gratis. Tenía un bufete delante de los juzgados de White Plains. Entre los clientes a quienes no cobraba se incluían puertorriqueños, haitianos, travestis y discapacitados físicos o mentales. Algunos se veían envueltos en tan penosos

trances que ni siquiera se burlaba de ellos a sus espaldas. Así y todo, en la medida de lo posible, procuraba verles el lado gracioso a dichos trances. En décimo curso, para un trabajo en la escuela, Patty asistió a dos juicios en los que intervenía su padre. Uno era contra un parado de Yonkers que había bebido más de la cuenta el Día Nacional de Puerto Rico y salido a buscar al hermano de su mujer con la intención de rajarlo; pero, como no lo había encontrado, había rajado a un desconocido en un bar. La desventura y necesidad del reo no sólo movieron a la risa a su padre, sino también al juez y al fiscal. Los tres se pasaron el rato cruzando guiños subrepticios. Como si el sufrimiento y los navajazos y la cárcel fueran sólo un pasatiempo de las clases bajas concebido para animarles a ellos el día, por lo demás aburrido.

En el tren, de regreso a casa, Patty le preguntó a su padre de qué lado estaba él.

—Ja, buena pregunta —contestó—. Tienes que saber que mi cliente es un embustero. La víctima es un embustero. Y el dueño del bar es un embustero. Son todos unos embusteros. Mi cliente tiene derecho a una defensa enérgica, eso por descontado. Pero también hay que intentar ponerse al servicio de la justicia. A veces, el fiscal, el juez y yo trabajamos en colaboración de la misma manera que el fiscal trabaja con la víctima o yo trabajo con el reo. ¿Has oído hablar de nuestro sistema de justicia acusatorio?

—Sí.

—Verás, a veces, el fiscal, el juez y yo acusamos a la misma persona. Procuramos esclarecer los hechos y evitar un fallo injusto. Pero eso no... mmm... eso no lo pongas en tu trabajo.

—Creía que para esclarecer los hechos están el gran jurado y el jurado.

—Y así es. Pon eso en tu trabajo, sí: un juicio con un jurado compuesto por iguales. Eso sí es importante.

—Pero la mayoría de tus clientes son inocentes, ¿no?

—Muy pocos merecen un castigo tan severo como el que algunos pretenden imponerles.

—Pero muchos de ellos son inocentes del todo, ¿no? Mamá dice que no dominan el idioma, o que a la policía le da igual a quién detiene y que son víctimas de los prejuicios y tienen pocas oportunidades.

—Todo eso es muy cierto, Pattylinda. Aun así... mmm... tu madre puede llegar a ser un poco ingenua.

Cuando el blanco de las ridiculizaciones era su madre, a Patty ya no le importaba tanto.

—En fin, ya has visto cómo es esa gente —dijo él—: « Dios mío. El ron me puso loco» .

Un detalle importante sobre la familia de Ray era que tenía mucho dinero. Sus padres vivían en una gran finca solariega, situada en los montes al noroeste de Nueva Jersey, con una preciosa casa de piedra de estilo moderno, proyectada supuestamente por Frank Lloyd Wright y decorada con obras menores de famosos impresionistas franceses. En verano, el clan de los Emerson al completo se congregaba en la finca, a orillas del lago, organizando picnics familiares que por lo general Patty no conseguía disfrutar plenamente. Al abuelo, August, le gustaba agarrar a su nieta mayor por la cintura, sentarla en su muslo y balancearla, cosa que a él, Dios sabría por qué, le proporcionaba cierto placer; desde luego, no era muy respetuoso con los límites físicos de Patty. A partir de séptimo, Patty tuvo que jugar a dobles con Ray y su socio júnior y la mujer de su socio en la pista de tenis de tierra batida de los abuelos, y verse expuesta, con su exigua ropa de tenis, a las miradas del socio, sintiéndose cohibida y desconcertada por semejante magreo ocular.

Al igual que el propio Ray, el abuelo de Patty había adquirido el derecho a la excentricidad en privado haciendo buenas obras jurídicas en público; se había labrado un buen nombre defendiendo a destacados objetores de conciencia y prófugos del servicio militar en tres guerras. En su tiempo de ocio, que era mucho, cultivaba viñas en sus tierras y fermentaba la uva en uno de los anexos de la finca. Su bodega se llamaba Anca de Cierva y era objeto de no pocas bromas en la familia. En los picnics familiares, August, con andar inestable, se paseaba de aquí para allá en chanclas, con su bañador empapado y agarrando una de sus botellas toscamente etiquetadas con la que rellenaba los vasos que sus invitados habían vaciado discretamente en la hierba o entre los arbustos. «¿Qué te parece? —preguntaba—. ¿Es un buen vino? ¿Te gusta?». Venía a ser como un niño entregado con avidez a un hobby y a la vez como un torturador empeñado en castigar a cada víctima por igual. Remitiéndose a las costumbres europeas, August creía en la conveniencia de dar vino a los niños, y cuando las jóvenes madres estaban distraídas pelando mazorcas o compitiendo en la decoración de ensaladas, aguaba su Anca de Cierva gran reserva y obligaba a tomarlo a los niños, incluso a los de tres años, sujetándoles con delicadeza la barbilla si era necesario, y vertiendo el brebaje en su boca, para asegurarse de que lo tragaban. «¿Sabes qué es? —preguntaba—. Es vino». Si después un niño empezaba a comportarse de manera anómala, August explicaba: «Esa sensación que tienes es una borrachera. Has bebido demasiado. Estás borracho». Lo decía con un asco no menos sincero por ser cordial. Patty, siempre la mayor entre los niños, observaba estas escenas con mudo horror, delegando en alguno de sus hermanos menores la misión de dar la voz de alarma: «¡El abuelo está emborrachando a los niños!» . Mientras las madres corrían a reprender a August y arrebatarle a sus

hijos, y los padres, disimulando la risa, cuchicheaban obscenamente sobre la obsesión de August con los cuartos traseros de las hembras de ciervo, Patty se adentraba en el lago a escondidas y flotaba en los bajíos, de aguas más cálidas, con los oídos tapados por el agua para aislarse de su familia.

Porque he aquí la cuestión: en todos los picnics, allá en la cocina de la casa de piedra, había siempre una botella o dos del fabuloso burdeos añejo de la legendaria bodega de August. Este vino se sacaba sólo por insistencia del padre de Patty, a un coste personal desconocido en forma de lisonjas y ruegos, y siempre era Ray quien daba la señal, un sutil gesto con la cabeza, a sus hermanos y a cualquier amigo de sexo masculino a quien hubiese invitado, aviso de que había llegado el momento de escabullirse del picnic y seguirlo. Los hombres regresaban al cabo de unos minutos con enormes copas redondas llenas a rebosar de un tinto soberbio, Ray cargado además con una botella francesa en la que quedaban a lo sumo un par de dedos, de vino, para repartirlo entre las esposas y otros visitantes menos privilegiados. August, por mucho que le suplicaran, se negaba a bajar a la bodega por otra botella; ofrecía, en su lugar, más Anca de Cierva gran reserva.

Y por Navidad sucedía siempre lo mismo: los abuelos viajaban desde Nueva Jersey en su Mercedes último modelo (August cambiaba de coche cada uno o dos años) y llegaban a la hacinada casa estilo rancho de Ray y Joyce una hora antes de la hora antes de la cual Joyce les había implorado que no llegaran y repartían regalos insultantes. Especialmente memorable fue el año en que Joyce recibió dos paños de cocina muy usados. A Ray solía tocarle uno de esos libros de arte enormes expuestos en la mesa de saldos de Barnes & Noble, a veces todavía con la pegatina del precio: 3,99 dólares. A los niños los obsequiaban con la más diversa morralla de plástico de fabricación asiática: diminutos despertadores de viaje que no funcionaban, monederos con el logo de una agencia de seguros de Nueva Jersey, burdas y aterradoras marionetas chinas para enfundarse en el dedo, surtidos de bastoncitos para cóctel. Al mismo tiempo, en la universidad de August, se construía una biblioteca con su nombre. Como los hermanos de Patty se escandalizaban ante la cicatería del abuelo y buscaban compensación reclamando a sus padres una parte escandalosa del botín navideño —cada Nochebuena, Joyce se quedaba hasta las tres de la madrugada envolviendo los regalos seleccionados a partir de las interminables y muy pormenorizadas listas de peticiones navideñas de sus hijos—, Patty se pasó al otro extremo y decidió no preocuparse de nada que no fueran los deportes.

En su día, el abuelo había sido todo un deportista, una estrella del atletismo universitario y ala cerrada en fútbol americano, y probablemente de él había heredado Patty la estatura y los reflejos. Ray también había jugado al fútbol, pero en Maine, en un colegio que apenas conseguía formar un equipo completo. Lo suyo en realidad era el tenis, el único deporte que Patty aborrecía, pese a lo

bien que se le daba. En su opinión, Björn Borg en el fondo era un débil. Por lo general, salvo contadas excepciones (por ejemplo, Joe Namath), los deportistas de sexo masculino no le causaban gran impresión. Su especialidad era encapricharse de chicos muy solicitados que, por ser mayores o más guapos, eran opciones totalmente irrealizables. Con todo, como era una persona muy complaciente, accedía a salir casi con cualquiera que se lo pidiese. Creía que los chicos tímidos o poco solicitados tenían una vida difícil, y se compadecía de ellos en la medida de lo humanamente posible. Por alguna razón, muchos de éstos practicaban la lucha. Como ella sabía por experiencia, los luchadores eran valientes, taciturnos, raros, cejjuntos y educados, y no tenían miedo a las chicas deportistas. Uno de ellos le confió que, en secundaria, sus amigos y él la llamaban « la Simia » .

Por lo que se refiere al sexo en sí, Patty tuvo su primera experiencia a los diecisiete años, en una fiesta, donde la violó un tal Ethan Post, estudiante de último curso en un internado. Ethan no practicaba ningún deporte, excepto el golf, pero aventajaba a Patty en quince centímetros y veinticinco kilos, circunstancia que no permitía crearse perspectivas muy alentadoras respecto a la fuerza muscular femenina en comparación con la de los hombres. Para Patty, lo que Ethan hizo con ella fue una violación en toda regla, sin nada de ambiguo. Cuando Patty empezó a forcejear, forcejeó con toda su alma, aunque no demasiado bien y sólo durante un rato, porque el suceso ocurrió durante una de sus primeras borracheras. ¡Hasta ese momento se había sentido tan maravillosamente libre! Acaso aquella magnífica y cálida noche de mayo, en la enorme piscina de la casa de Kim McClusky, Patty causara en Ethan Post una impresión equivocada. Era demasiado complaciente incluso cuando no estaba borracha. Allí, en la piscina, debía de estar ciega de complacencia. En resumidas cuentas, tenía mucho de que culparse. Su idea de una aventura amorosa era como la isla de Gilligan: « lo más primitiva posible » . Quedaba en un punto intermedio entre Blancanieves y Nancy Drew. Y no cabía duda de que Ethan poseía una presencia arrogante, que fue lo que le atrajo en ese momento. Parecía el objeto de deseo en una novela para chicas adolescentes con veleros en la cubierta. Después de violar a Patty, le dijo que lo sentía, que « aquello » había sido más brusco de lo que pretendía, que lo sentía mucho.

Sólo cuando se le pasaron los efectos de la piña colada, a primera hora de la mañana siguiente, en el dormitorio que, siendo ella tan complaciente como era, compartía con su hermana menor a fin de que la mediana dispusiera de un cuarto para ella sola donde poder ser Creativa y desordenada... sólo entonces se indignó. Lo indignante era que Ethan la hubiese considerado tan poca cosa como para poder violarla sin más y luego acompañarla a casa. Y ella no era poca cosa. Para empezar, ya había batido, en su tercer año en el instituto Horace Greeley, el récord de asistencias por temporada de todos los tiempos, ¡récord que

pulverizaría de nuevo al año siguiente! Además, formaba parte de la selección estatal en un estado que *incluía nada menos que Brooklyn y el Bronx*. Y aun así, un muchacho, un simple golfista al que apenas conocía, había considerado que podía violarla sin más.

Para no despertar a su hermana menor, se fue a llorar a la ducha. Ese fue, sin exagerar, el momento más desdichado de su vida. Aún hoy, cuando piensa en los oprimidos de este mundo y en las víctimas de la injusticia, y en cómo deben sentirse, se retrotrae sin querer a aquel momento. De pronto acudieron a su mente cosas que nunca había pensado, como la injusticia de que una hija mayor se viera obligada a compartir la habitación y no se le concediera la que había ocupado Eulalie en el sótano porque estaba llena hasta los topes de material obsoleto de viejas campañas electorales, o la injusticia de que su madre se sintiese fascinada por las interpretaciones teatrales de su hija mediana pero no fuese nunca a un partido de Patty. Estaba tan indignada que casi le entraron ganas de hablar con alguien. Pero temía que su entrenadora o sus compañeras de equipo se enteraran de que había bebido.

Al final, la historia, pese a todos sus esfuerzos para mantenerla oculta, salió a la luz, porque al día siguiente la entrenadora Nagel sospechó algo y la espío en el vestuario. Obligó a Patty a sentarse en su despacho y la interrogó acerca de sus magulladuras y su abatimiento. Humillándose, Patty lo confesó todo de inmediato y entre sollozos. Para su más absoluta consternación, la entrenadora le propuso entonces acompañarla al hospital y comunicar el hecho a la policía. Patty acababa de hacer tres sencillos en cuatro turnos de bateo, con dos carreras anotadas, y había intervenido en varias jugadas defensivas de mérito. Obviamente no había sufrido graves daños. Además, sus padres eran aliados políticos de los padres de Ethan, así que la idea era inviable. Se atrevió a acariciar la esperanza de que una vil disculpa por infringir el reglamento del equipo, unida a la compasión y la indulgencia de la entrenadora, permitiera zanjar el asunto. Pero, ay, qué equivocada estaba.

La entrenadora llamó a casa de Patty y habló con su madre, quien, como siempre, iba con la lengua fuera y debía marcharse a toda prisa a una reunión, y no tenía tiempo para hablar ni recursos morales para reconocer que no tenía tiempo para hablar, y la entrenadora pronunció estas indelebles palabras por el auricular beige del Departamento de Educación Física:

—Su hija acaba de decirme que anoche la violó un chico, un tal Ethan Post. —La entrenadora permaneció a la escucha durante un minuto y dijo—: No, acaba de contármelo ahora... Exacto... Anoche... Sí, está aquí. —Y le entregó el auricular a Patty.

—¿Patty? —dijo su madre—. ¿Estás... bien?

—Estoy perfectamente.

—Dice la señora Nagel que anoche hubo un incidente.

—El incidente fue que me violaron.

—Qué me dices, qué me dices. ¿Anoche?

—Sí.

—Esta mañana yo estaba en casa. ¿Por qué no me has dicho nada?

—No lo sé.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Puede que en ese momento no le haya dado mucha importancia.

—Pero sí se lo has contado a la señora Nagel.

—No —dijo Patty—. Lo que pasa es que ella es más observadora que tú.

—Esta mañana apenas te he visto.

—No te culpo de nada. Es sólo un comentario.

—Y crees que quizá te... quizá fue...

—Me violaron.

—No me lo puedo creer —replicó su madre—. Ahora mismo voy a buscarte.

—La entrenadora Nagel quiere llevarme al hospital.

—¿Es, que no te encuentras bien?

—Ya te lo he dicho, estoy perfectamente.

—Pues entonces quédate donde estás y no hagáis nada ninguna de las dos hasta que yo llegue.

Patty colgó e informó a la entrenadora de que su madre iba hacia allí.

—Vamos a meter a ese chico en la cárcel, y ahí se quedará durante mucho, mucho tiempo —aseguró la entrenadora.

—Ah no no no no —contestó Patty—. No, nada de eso.

—Patty.

—Eso no va a pasar.

—Pasará si tú quieres que pase.

—No, de verdad que no pasará. Mis padres y los Post son aliados políticos.

—Escúchame —dijo la entrenadora—: eso no tiene nada que ver, ¿entiendes?

Patty estaba convencida de que la entrenadora se equivocaba. El doctor Post era cardiólogo y su mujer procedía de una familia de mucho dinero. Su casa era una de esas que visitaban personas como Teddy Kennedy y Ed Muskie y Walter Mondale cuando andaban escasos de fondos. Con el paso de los años, Patty había oído hablar mucho a sus padres del «jardín trasero» de los Post. Por lo visto, ese «jardín trasero» era tan grande como Central Park, pero más bonito. Tal vez cualquiera de las hermanas de Patty, con su sensibilidad artística, sus sobresalientes en todas las asignaturas y un par de cursos adelantadas, podría haber causado complicaciones a los Post, pero a nadie le habría cabido en la cabeza que la atleta de la familia, una mole con notas mediocres, les abollara la armadura.

—No pienso beber nunca más —prometiò—, y problema resuelto.

—Quizá para ti —respondió la entrenadora—, pero no para otras chicas.

Mírate los brazos. Fíjate en lo que te hizo. Se lo hará a otra si tú no lo impides.

—Son sólo morados y arañazos.

Llegados a este punto, la entrenadora pronunció un discurso motivacional sobre la obligación de salir en defensa de las compañeras de equipo, que en este caso equivalía a todas las jóvenes a quienes Ethan podía llegar a conocer. En conclusión, Patty debía encajar una falta dura por el bien del equipo y presentar cargos y permitir a la entrenadora informar al colegio privado de New Hampshire donde estudiaba Ethan, para que lo expulsaran y le negaran el diploma; si Patty no lo hacía, dejaría en la estacada a su equipo.

Patty se echó a llorar otra vez, porque habría preferido la muerte antes que dejar al equipo en la estacada. Ese mismo invierno, con gripe, había jugado casi medio partido de baloncesto antes de caer desmayada en la línea de banda y acabar con una sonda intravenosa. Ahora el problema era otro: la noche anterior no había estado con su equipo. Había ido a la fiesta con su amiga Amanda, jugadora de hockey sobre hierba, cuya alma, por lo visto, no habría hallado la paz hasta lograr que Patty probara la piña colada, que, según les habían prometido, podrían tomar a cubos en casa de los McClusky. *El ron me puso loca*. En la piscina de los McClusky no había ninguna otra chica deportista. Ya casi por el hecho mismo de presentarse allí, Patty había traicionado a su verdadero y auténtico equipo. Y después había recibido su castigo. Ethan no había violado a una de aquellas otras chicas descocadas; había violado a Patty porque aquél no era su sitio: ella ni siquiera sabía beber.

Le prometió a la entrenadora que se lo pensaría.

Le chocó ver a su madre en el gimnasio, y obviamente a su madre le chocaba tanto como a ella encontrarse allí. Calzaba sus zapatos salón de diario y parecía Ricitos de Oro en el bosque sobrecogedor, mirando con aire inseguro el austero mobiliario metálico, el suelo micótico, las pelotas arracimadas en bolsas de malla. Patty se acercó a ella y se sometió a su abrazo. Al ser su madre de constitución mucho más menuda, Patty se sintió en cierto modo como un reloj de pie que Joyce, con grandes esfuerzos, intentaba levantar y mover. Se desprendió de ella y la llevó al pequeño despacho delimitado por mamparas de cristal para que se desarrollase la forzosa conversación.

—Hola, soy Jane Nagel —saludó la entrenadora.

—Sí, ya nos... conocíamos —dijo Joyce.

—Ah, sí, es verdad, nos vimos una vez.

Además de su elocución vigorosa, Joyce tenía una postura vigorosamente correcta y una Sonrisa Afable, como una máscara, apta para todas las ocasiones públicas y privadas. Como nunca levantaba la voz, ni siquiera en momentos de ira (cuando se enfurecía, simplemente hablaba con voz más tensa y temblorosa),

podía exhibir su Sonrisa A fable incluso en situaciones de extremo conflicto.

—No, más de una vez —precisó Joyce—. Varias veces.

—¿Ah, sí?

—Estoy segura.

—A mí no me consta —dijo la entrenadora.

—Esperaré fuera —anunció Patty, y cerró la puerta al salir.

La conversación entre madre y entrenadora no se alargó mucho. Joyce salió enseguida, al son de su taconeo, y dijo:

—Vámonos.

La entrenadora, de pie en el umbral de la puerta detrás de Joyce, dirigió a Patty una mirada elocuente. La mirada significaba: « No te olvides de lo que te he dicho sobre el trabajo en equipo» .

El coche de Joyce era el último que quedaba en la sección del aparcamiento de visitantes. Metió la llave en el contacto pero no la giró. Patty preguntó qué pasaría a continuación.

—Tu padre está en su despacho —contestó Joyce—. Vamos directamente allí.

Pero no giró la llave.

—Siento mucho lo que ha pasado —se disculpó Patty.

—Lo que no entiendo —prorrumpió su madre— es cómo una deportista tan destacada como tú... o sea, cómo pudo Ethan, o quien fuera...

—Ethan, fue Ethan.

—Cómo pudo quien fuera... o Ethan —prosiguió—. Tú dices que fue Ethan casi con toda seguridad. ¿Cómo pudo... si fue Ethan... cómo pudo él...? —Su madre se tapó la boca con los dedos—. Ojalá hubiera sido cualquier otro. El doctor Post y su esposa son muy buenos amigos de... buenos amigos de muchas cosas buenas. Y yo no conozco bien a Ethan, pero...

—¡Yo apenas lo conozco!

—Entonces, ¿cómo demonios ha podido pasar una cosa así?

—Vámonos a casa.

—No. Debes contármelo. Soy tu madre —insistió Joyce.

Saltó a la vista que la incomodaba pronunciar esas palabras. Pareció darse cuenta de lo inusitado que resultaba tener que recordarle a Patty quién era su madre. Y Patty, por su parte, se alegró de que por fin esa duda saliese a la luz. Si Joyce era su madre, ¿cómo era posible que no hubiese asistido a la primera ronda del torneo estatal cuando Patty, con 32 tantos, batió el récord histórico de puntuación en las competiciones femeninas del Horace Greeley? De alguna manera, las madres de todas las demás habían encontrado tiempo para ir a ese partido.

Le mostró las muñecas a Joyce.

—Esto es lo que pasó —dijo—. Mejor dicho, parte de lo que pasó.

Joyce lanzó una única mirada a las contusiones, se estremeció y volvió la cabeza, como para respetar la intimidad de Patty.

—Qué horror —dijo—. Tienes toda la razón. Es un horror.

—La entrenadora Nagel dice que debería ir a urgencias y contárselo a la policía y al director del colegio de Ethan.

—Sí, ya sé lo que quiere tu entrenadora. Por lo que se ve, para ella la castración sería el castigo idóneo. A mí lo que me interesa es saber qué piensas tú.

—No sé qué pienso.

—Si quieres ir a la policía ahora —dijo Joyce—, vamos a la policía. Tú sólo dime si es eso lo que quieres.

—Antes deberíamos contárselo a papá, supongo.

Y, dicho esto, enfilaron Saw Mill Parkway. Joyce siempre andaba de aquí para allá con los hermanos de Patty, llevándolos a Pintura, Guitarra, Ballet, Japonés, Debate, Teatro, Piano, Esgrima y Juicios Simulados, pero Patty ya rara vez iba en coche con Joyce. Entre semana, casi todos los días volvía a casa muy tarde en el autobús escolar de los que practicaban deporte. Si tenía partido, la acompañaba a casa el padre o la madre de otra chica. Si alguna vez sus amigas y ella se quedaban sin medio de transporte, sabía que no debía molestarse en llamar a sus padres; recurría directamente a los teletaxis Westchester y a uno de los billetes de veinte dólares que su madre la obligaba a llevar siempre encima.

Jamas se le ocurrió emplear esos billetes para nada que no fueran taxis, ni ir a ningún sitio después de un partido salvo directo a casa, donde deshojaba el papel de aluminio de su cena a las diez o las once de la noche y bajaba al sótano para echar a lavar el uniforme mientras cenaba y veía reestrenos. A menudo se quedaba allí dormida.

—Y ahora una pregunta hipotética —dijo Joyce mientras conducía—. ¿Crees que bastaría con que Ethan te presentara una disculpa formal?

—Ya se disculpó.

—Por...

—Por haber sido tan brusco.

—¿Y tú qué dijiste?

—Nada. Dije que me quería ir a casa.

—Pero sí se disculpó por haber sido tan brusco.

—No fue una verdadera disculpa.

—De acuerdo. Acepto tu palabra.

—Sólo quiero que él sepa que *existo*.

—Lo que *tú* digas, cielo.

Joyce pronunció este «cielo» como si fuera la primera palabra de una lengua extranjera que estuviera aprendiendo.

A modo de prueba o castigo, Patty dijo:

—Quizá bastaría con que se disculpara con verdadera sinceridad. —Y miró con atención a su madre, que hizo todo un esfuerzo (le pareció a Patty) para contener su entusiasmo.

—Esa es una solución casi ideal, diría yo —convino Joyce—. Pero sólo si de verdad crees que eso te bastaría.

—No me bastaría.

—¿Cómo dices?

—Digo que no me bastaría.

—Creía que acababas de decir que sí.

Patty se echó a llorar de nuevo desconsoladamente.

—Lo siento —dijo Joyce—. ¿He entendido mal?

—¡ME VIOLÓ COMO SI NADA! ¡PROBABLEMENTE NI SIQUIERA HE SIDO LA PRIMERA!

—Eso no lo sabes, Patty.

—Quiero ir al hospital.

—Oye, mira, ya casi hemos llegado al despacho de papá. A menos que de verdad tengas alguna herida, bien podríamos...

—Y ya sé qué dirá él, qué querrá que haga.

—Querrá que hagas lo mejor para ti. A veces le cuesta expresarlo, pero te quiere más que a nada en el mundo.

Joyce difícilmente podría haber afirmado algo que Patty hubiera anhelado creer con mayor fervor. Que hubiera deseado creer con toda su alma. ¿Acaso su padre no se mofaba de ella y la ridiculizaba de una forma que se consideraría cruel si no fuese porque en el fondo la quería más que a nada en el mundo? Pero ahora ella tenía diecisiete años y en realidad no era tonta. Sabía que uno podía querer a alguien más que a nada en el mundo y sin embargo no quererlo lo suficiente si estaba ocupado con otros asuntos.

Un olor a naftalina flotaba en el sanctasanctórum de su padre, que había heredado de su difunto socio principal sin cambiar la moqueta ni las cortinas. La precedencia exacta del olor a naftalina era uno de esos misterios de la vida.

—¡Vaya un miserable de mierda, el niño! —fue la respuesta de Ray al oír las nuevas de su hija y su mujer sobre el delito de Ethan Post.

—No tan niño, por desgracia —comentó Joyce con una risa sarcástica.

—Es un niño pervertido de mierda, una rata —dijo Ray—. ¡Mala hierba!

—Entonces ¿vamos al hospital? —preguntó Patty—. ¿O a la policía?

Su padre le pidió a su madre que telefonara al doctor Sipperstein, el viejo, pediatra, que venía participando en las actividades políticas del Partido Demócrata desde Roosevelt, y averiguara si estaba disponible para una urgencia. Mientras Joyce hacía la llamada, Ray le preguntó a Patty si sabía qué era una

violación.

Ella lo miró atónita.

—Sólo quiero asegurarme —aclaró él—, ver si conoces realmente la definición legal.

—Tuvo relaciones sexuales conmigo sin mi consentimiento.

—¿Llegaste a decir que no?

—«No», «no lo hagas», «para». En cualquier caso era evidente. Intenté arañarlo y apartarlo a empujones.

—Entonces es un mierda asqueroso.

Patty nunca había oído hablar así a su padre, y lo agradeció, pero sólo de una manera abstracta, porque no era propio de él.

—Dave Sipperstein dice que puede recibirnos a las cinco en su consulta —informó Joyce—. Le tiene tanto cariño a Patty que habría sido capaz, creo, de cancelar la cena si hubiese sido necesario.

—Ya —dijo Patty—. Seguro que soy la número uno entre sus doce mil pacientes.

Pasó a contarle la historia a su padre, y éste le explicó en qué se equivocaba la entrenadora Nagel y por qué no podía acudir a la policía.

—Chester Post no es una persona fácil —explicó Ray—. Pero hace muchas cosas buenas para el condado. Dada su... esto... posición, una acusación así generaría una publicidad extraordinaria. Todo el mundo sabría quién lo acusa. Todo el mundo. Ahora bien, lo que es malo para los Post no tiene por qué preocuparte a ti. Pero casi con toda seguridad acabarías sintiéndote más violada que ahora por todo el proceso anterior al juicio, el propio juicio y la publicidad. Y eso incluso si él se declarase culpable para conseguir un trato de favor, incluso con una suspensión condicional de la pena, incluso con un auto de reserva. Siempre habrá un acta judicial.

—Pero todo esto debe decidirlo ella, no... —terció Joyce.

—Joyce. —Ray alzó una mano para interrumpirla—. Los Post pueden permitirse cualquier abogado del país. Y en cuanto se haga pública la denuncia, ya se habrá hecho todo el daño posible al acusado. No tendrá ningún incentivo para acelerar las cosas. En realidad, él será el más beneficiado si deja que tu reputación sufra al máximo antes de una sentencia acordada o un juicio.

Patty agachó la cabeza y le preguntó a su padre qué era, en su opinión, lo que debía hacer.

—Voy a llamar a Chester ahora mismo —respondió—. Tú ve a ver al doctor Sipperstein para asegurarnos de que estás bien.

—Y para contar con él como testigo —dijo Patty.

—Sí, y podría prestar declaración si fuera necesario. Pero no habría juicio, Patty.

—¿Quedaría impune, pues? ¿Y le hará lo mismo a otra el fin de semana que

viene?

Ray levantó las manos.

—Déjame... en fin, déjame hablar con el señor Post. Puede que se avenga a un procesamiento aplazado. Viene a ser una libertad condicional pero más discreta. Una espada sobre la cabeza de Ethan.

—Pero ¡eso no es *nada*!

—En realidad, Pattylinda, es mucho. Sería la garantía que buscas de que no volverá a hacérselo a otra chica. También incluye una admisión de culpabilidad.

Ciertamente, parecía absurdo imaginar a Ethan sentado en la celda de una cárcel con un mono naranja por infligir un daño que en cualquier caso estaba básicamente en la cabeza de ella. Había hecho series de esprints tan dolorosas como una violación. Se sentía más baqueteada después de un partido de baloncesto reñido que en ese momento. Además, como deportista te acostumbras a que otras manos te toquen: cuando te dan un masaje en un músculo acalambrado, cuando defiendes al cuerpo, cuando pugnas por una pelota suelta, cuando te vendan un tobillo, cuando te corrigen la postura, cuando te ayudan a hacer estiramientos.

Y sin embargo, el sentimiento de injusticia en sí resultaba curiosamente físico. Más real incluso, en cierto modo, que su cuerpo dolorido, maloliente, sudoroso. La injusticia tenía una forma, y un peso, y una temperatura, y una textura, y muy mal sabor.

En la consulta del doctor Sipperstein se sometió al reconocimiento como una buena deportista. Después de volver a vestirse, él le preguntó si había tenido relaciones sexuales antes.

—No.

—Lo suponía. Y en cuanto a la prevención del embarazo... ¿tomó alguna medida esa otra persona?

Ella asintió.

—Fue entonces cuando intenté apartarme. Cuando vi lo que tenía.

—Un condón.

—Sí.

Todo esto y mucho más lo anotó el doctor Sipperstein en su historial. Al acabar, se quitó las gafas y dijo:

—Te espera una buena vida, Patty. El sexo es algo maravilloso, y lo disfrutarás siempre. Pero no ha sido un buen día, ¿verdad?

En casa, una hermana hacía malabarismos o algo así con destornilladores de distintos tamaños en el jardín trasero. Su hermano leía el Gibbon no abreviado.

La que subsistía a base de Yoplait y rábanos estaba en el cuarto de baño, cambiándose una vez más el color del pelo. El verdadero hogar de Patty en medio de toda esa brillante excentricidad era un banco empotrado, enmohecido, cubierto con un colchón de gomaespuma en el rincón del sótano destinado al televisor. La fragancia del ungüento para el pelo de Eulalie seguía impregnada en el banco años después de que la despidieran. Patty bajó allí con una tarrina de helado de nueces de pacana y contestó que no cuando su madre la llamó para preguntarle si subiría a cenar.

Justo cuando empezaba el programa de Mary Tyler Moore bajó su padre, después de su martini y su propia cena, y le propuso a Patty ir a dar una vuelta en coche. En esa época de su vida, Mary Tyler Moore abarcaba la totalidad de los conocimientos de Patty sobre Minnesota.

—¿Puedo ver antes este programa?

—Patty.

Sintiéndose víctima de una cruel privación, apagó el televisor. Fueron en el coche hasta el instituto y pararon en una zona bien iluminada del aparcamiento. Bajaron las ventanillas, dejando entrar el olor de un césped primaveral como aquel sobre el que había sido violada hacía no muchas horas.

—¿Así, qué? —dijo ella.

—Que Ethan lo niega —contestó su padre—. Ha dicho que fue un simple revolcón y de mutuo acuerdo.

La autobiografía describiría las lágrimas de la chica en el coche como una lluvia que empieza a caer de manera imperceptible pero, sorprendentemente, en muy poco tiempo lo cala todo. Le preguntó a su padre si había hablado con Ethan en persona.

—No, solo con su padre, dos veces —respondió—. Mentiría si dijese que la conversación ha ido bien.

—Así que obviamente el señor Post no me cree.

—Mira, Patty, Ethan es su hijo. Él no te conoce tan bien como nosotros.

—¿Tú me crees?

—Sí.

—¿Y mamá?

—Claro que sí.

—Y entonces, ¿qué hago?

Su padre se volvió hacia ella como un abogado. Como un adulto dirigiéndose a otro adulto.

—Déjalo estar —dijo—. Olvídalo. Sigue adelante con tu vida.

—¿Cómo?

—Quítatelo de la cabeza. Sigue adelante. Aprende a andar con más cuidado.

—¿Como si no hubiera pasado nada?

—Patty, en la fiesta todos eran amigos suyos. Dirán que te vieron

emborracharte y ponerte agresiva con él. Dirán que estabais detrás de un cobertizo, a menos de diez metros de la piscina, y que no oyeron nada impropio.

—Había mucho ruido. Música y voces.

—También dirán que os vieron marcharos juntos un rato más tarde y subir a su coche. Y el mundo verá a un chico de Exeter que va a ir a Princeton y que fue tan responsable como para usar un preservativo, y tan caballeroso como para dejar la fiesta y llevarte a casa en coche.

La engañosa llovizna humedecía el cuello de la camiseta de Patty.

—En realidad no estás de mi lado, ¿verdad que no?

—Claro que sí.

—No haces más que repetir «claro», «claro».

—Escúchame. El fiscal querrá saber por qué no gritaste.

—¡Me daba vergüenza! ¡Aquéllos no eran amigos míos!

—Pero ¿no te das cuenta de que a un juez o un jurado va a costarle mucho entender eso? Sólo tenías que gritar y habrías estado a salvo.

Patty no recordaba por qué no había gritado. Debía reconocer que, en retrospectiva, esa circunstancia reflejaba una extraña complacencia por su parte.

—Pero me resistí.

—Sí, pero eres una atleta del más alto nivel. Una paradora en corto siempre anda con arañazos y magulladuras, ¿no? ¿En los brazos? ¿En los muslos?

—¿Le has dicho al señor Post que soy virgen? Mejor dicho, ¿que lo era?

—Eso no me ha parecido de su incumbencia.

—Quizá tendrías que volver a llamarlo para decírselo.

—Oye —dijo su padre—. Cariño. Sé que es tremendamente injusto. Lo siento muchísimo por ti. Pero a veces lo mejor es aprender la lección y asegurarse de que uno no volverá a verse nunca más en la misma situación. Decirse: «He cometido un error, y he tenido mala suerte», y dejarlo... dejarlo... en fin, dejarlo estar.

Giró la llave de contacto hasta la mitad de su recorrido y se iluminó el salpicadero. No apartó la mano de la llave.

—Pero cometió un delito —dijo Patty.

—Ya, pero lo mejor es... mmm... La vida no siempre es justa, Patty linda. Ha dicho el señor Post que quizá Ethan estaría dispuesto a disculparse por no ser más caballeroso, pero... bueno. ¿Eso te parecería bien?

—No.

—Ya lo suponía.

—La entrenadora Nagel dice que debería ir a la policía.

—La entrenadora Nagel debería limitarse a sus regates —respondió su padre.

—Sóftbol —corrigió Patty—. Estamos en la temporada de sóftbol.

—A menos que quieras pasarte tu último curso de secundaria padeciendo una humillación pública tras otra.

—El baloncesto es en invierno y el fútbol en primavera, cuando no hace tanto frío, ¿vale?

—Mi pregunta es: ¿de verdad es así como quieres pasar el último curso?

—La entrenadora de baloncesto se llama Carver —prosiguió Patty—. La entrenadora de fútbol se llama Nagel. ¿Te enteras?

Su padre puso el motor en marcha.

En su último curso, Patty, en lugar de padecer humillaciones públicas, se convirtió en una auténtica jugadora, no ya una simple promesa. Prácticamente vivía en el pabellón deportivo. En baloncesto recibió una sanción de tres partidos sin jugar por hincarle el hombro en la espalda a una alero del New Rochelle que le había dado un codazo a una compañera de equipo de Patty, Stephanie, y aún así, batió todos los récords escolares que ella misma había establecido el año anterior, además de casi batir el récord de puntos. Aumentar el perímetro de sus lanzamientos fiables era un acicate más para buscar canasta. Se había desentendido ya del dolor físico.

En primavera, cuando el representante local de la Asamblea legislativa del estado dejó el cargo después de un largo período de servicio y la dirección del partido eligió a la madre de Patty para presentarse a las elecciones en su lugar, los Post se ofrecieron a organizar conjuntamente un acto de recaudación de fondos en el lujo verde de su jardín trasero. Joyce le pidió permiso a Patty antes de aceptar el ofrecimiento, diciendo que no haría nada que le incomodase, pero a Patty ya la traía sin cuidado lo que hiciese Joyce, y así se lo dijo. Cuando la familia de la candidata posó para la obligada foto de familia, nadie le reprochó a Patty su ausencia. Su expresión de amargura no habría favorecido la causa de Joyce.

2. Amigas íntimas

Basándose en su incapacidad para recordar su estado de conciencia durante los tres primeros años de universidad, la autobiógrafa sospecha que sencillamente carecía de estado de conciencia. Tenía la sensación de estar despierta, pero en realidad es muy posible que estuviera sonámbula. De lo contrario, es difícil entender cómo, por poner un ejemplo, entabló una intensa y estrecha amistad con cierta chica trastornada, que básicamente la acosaba.

Quizá parte de la culpa —por más que a la autobiógrafa no le guste admitirlo— resida en la liga de las Diez Grandes y el mundo artificial que ésta creaba para los estudiantes que participaban en ella, sobre todo para los chicos, pero también, ya a finales de los años setenta, para las chicas. Patty se marchó en julio a la Universidad de Minnesota, donde asistió a un campamento especial para atletas, al que siguieron unas sesiones orientativas especiales de pretemporada, solamente para atletas de primer curso, y después vivió en una residencia para atletas, trabajó amistad exclusivamente con atletas, comió exclusivamente en mesas de atletas, en las fiestas bailó en grupo con otras atletas compañeras de equipo y evitó matricularse en asignaturas donde no hubiera atletas más que suficientes con quienes sentarse y (si le quedaba tiempo) estudiar. Los atletas no tenían que vivir así forzosamente, pero en la Universidad de Minnesota la mayoría lo hacía, y Patty se entregó más que nadie a este Mundo Atleta Total, ¡porque podía! ¡Porque por fin había huido de Westchester! «Debes ir a *donde tu quieras*», le había dicho Joyce, con lo que había querido decir: es aberrante y repulsivo ir a una universidad estatal mediocre como Minnesota cuando has recibido excelentes ofertas de Vanderbilt y Northwestern (que también son más halagüeñas para mí). «Es una decisión personal *tuya* y sólo *tuya*, y te apoyaremos *decidas lo que decidas*», había añadido Joyce, con lo que quiso decir: no nos lo eches en cara a papá y a mí cuando arruines tu vida con decisiones estúpidas. La transparente aversión de Joyce por Minnesota, junto con la distancia entre Minnesota y Nueva York, fue un factor clave en la decisión de Patty. Volviendo ahora la vista atrás, la autobiógrafa considera a la persona que ella fue de joven una de esas adolescentes desdichadas, tan furiosas con sus padres que necesitaban unirse a una secta donde poder ser más amables y cordiales y generosas y serviles de lo que podían ser a esas alturas en su casa. Y

dio la casualidad de que su secta fue el baloncesto.

La primera persona no atleta que la atrajo fuera de la secta y se convirtió en alguien importante para ella fue la chica trastornada, Eliza, de quien Patty al principio, como es lógico, ignoraba que estuviera trastornada. Eliza era exactamente medio guapa. La cabeza, en lo alto, empezaba de maravilla e iba a peor poco a poco conforme uno bajaba la vista. Tenía un magnífico pelo castaño, espeso y rizado, y unos ojos grandes increíbles, y más abajo una naricita chata bastante mona, pero de pronto, en torno a la boca, la cara se le comprimía y miniaturizaba de una manera inquietante, como si fuera un bebé prematuro, y tenía una barbilla minúscula. Vestía siempre pantalones de pana anchos que le resbalaban en la cadera, y camisas ajustadas de manga corta que compraba en las secciones de chicos de tiendas de segunda mano y sólo se abrochaba los botones centrales, y calzaba Keds rojas, y llevaba una gran pelliza verde aguacate. Olía a cenicero, pero procuraba no fumar delante de Patty a menos que estuvieran al aire libre. En una ironía por entonces invisible para Patty pero ahora sobradamente visible para la autobiógrafa, Eliza poseía muchos rasgos en común con las hermanas artistoides de Patty. Tenía una guitarra eléctrica negra y un preciado amplificador pequeño, pero las pocas veces que Patty la convenció de que tocara ante ella, Eliza se puso hecha una fiera, cosa que por lo demás casi nunca ocurría (o al menos no al principio). Le reprochó a Patty que en su presencia se sentía presionada y cohibida, y por eso la cagaba una y otra vez nada más empezar la canción. Le ordenó que no la escuchara de una manera tan manifiesta, pero ni siquiera le bastó cuando Patty volvió la cabeza y fingió leer una revista. Eliza aseguró que, en cuanto Patty saliera de la habitación, ella sería capaz de tocar la canción perfectamente.

—Pero ¿ahora? Imposible. Lo siento —dijo Patty—. Siento que te pase eso por mi culpa.

—Bordo esta canción cuando tú no escuchas.

—Lo sé, lo sé. Seguro que sí.

—Es la verdad. Me da igual si me crees o no.

—¡Pero si te creo!

—Sólo digo —insistió Eliza— que me da igual si me crees o no, porque mi capacidad de bordar esta canción cuando tú no escuchas es un hecho objetivo, así de simple.

—Podrías probar con otra canción —sugirió Patty.

Pero Eliza desenchufaba y a los cables a tirones.

—Déjalo, ¿vale? No necesito tu apoyo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repitió Patty.

Había visto a Eliza por primera vez en la única asignatura donde una atleta y una poeta tenían posibilidad de coincidir, Introducción a las Ciencias de la Tierra. Patty entraba y salía de la enorme aula con otras diez atletas de primero, un

rebaño de chicas incluso más altas que ella en su mayoría, de la primera a la última con el chándal granate de las Golden Gophers o sencillas sudaderas grises, todas con el pelo húmedo en distintos grados. El rebaño incluía a unas cuantas chicas listas, entre ellas la que sería ya amiga para siempre de la autobiógrafa, Cathy Schmidt, más tarde abogada de oficio, que en cierta ocasión salió dos noches en el programa *Jeopardy!*, emitido a nivel nacional, pero la sofocante aula y aquellos chándales y el pelo mojado y la proximidad de otros cuerpos de atletas cansados siempre producían en Patty una insensibilidad al contacto. Un bajón de contacto.

A Eliza le gustaba sentarse en la fila de detrás de las atletas, justo detrás de Patty, pero repantigada en el asiento, tan hundida que sólo se le veían los voluminosos rizos oscuros. Las primeras palabras que le dirigió a Patty se las susurro al oído desde atrás, al principio de una clase.

—Eres la mejor —dijo.

Patty se volvió para ver quién le hablaba y vio mucho pelo.

—¿Cómo dices?

—Anoche te vi jugar —dijo el pelo—. Eres fenomenal y preciosa.

—Vaya, muchas gracias.

—Tienen que empezar a darte más minutos.

—Curiosamente, ja, ja, comparto esa opinión.

—Tienes que *exigir* que te den más minutos. ¿Vale?

—Ya, pero es que en el equipo hay muchas jugadoras excelentes. No me corresponde a mí decidirlo.

—Sí, pero tú eres la mejor —insistió el pelo.

—¡Vaya, muchas gracias por el cumplido! —contestó Patty animadamente para zanjar el asunto.

Por aquel entonces, creía que la violentaban los cumplidos personales directos debido a su desinteresado espíritu de equipo. Hoy en día, la autobiógrafa piensa que los cumplidos eran una especie de brebaje del que ella, inconscientemente, sabía que no debía tomar siquiera una gota, porque su sed de halagos era infinita.

Al final de la clase se rodeó de sus compañeras atletas y se cuidó de volverse a mirar a la persona del pelo. Supuso que fue sólo una extraña casualidad que una verdadera admiradora suya se hubiese sentado detrás de ella en ciencias de la tierra. En la universidad había cincuenta mil estudiantes, pero probablemente menos de quinientos (sin contar exjugadoras y amigos o parientes de jugadoras actuales) que consideraban los acontecimientos deportivos femeninos una opción de entretenimiento viable. Si una era Eliza y quería sentarse justo detrás del banquillo de las Gophers (de modo que Patty, al abandonar la cancha, no pudiera evitar verlos a su pelo y a ella, que estaba allí inclinada sobre un cuaderno), bastaba con presentarse un cuarto de hora antes del partido. Y luego, después del pitido final y el ritual cruce de palmadas, era lo más fácil del mundo salirle al

paso a Patty cerca de la puerta de los vestuarios y entregarle una hoja del cuaderno y decirle: ¿Has pedido más minutos como te dije?

Patty seguía sin saber el nombre de esa persona, pero la persona obviamente conocía el suyo, porque la palabra PATTY aparecía escrita en la hoja unas cien veces, en explosivas letras de cómic con contornos concéntricos a lápiz a fin de que pareciesen un eco de voces en el gimnasio, como si toda una muchedumbre enfervorizada corease su nombre, cosa que no podía distar más de la realidad, dado que el gimnasio por lo general se quedaba vacío en un noventa por ciento de su aforo y Patty cursaba primero y su media de minutos por partido no llegaba ni a diez; es decir, su nombre no estaba en boca de todos precisamente. Las vigorosas voces dibujadas a lápiz llenaban toda la hoja salvo por un pequeño esbozo de una jugadora driblando. Patty adivinó que la jugadora debía de ser ella, porque llevaba su número y porque ¿quién, si no, podía aparecer dibujada en un papel con la palabra PATTY escrita de arriba abajo? Igual que todo lo que hacía Eliza (como Patty no tardaría en descubrir), el dibujo era mitad magistral y mitad torpe y pobre. La forma en que el cuerpo de la jugadora se agachaba y se ladeaba bruscamente en un repentino giro era extraordinaria, pero la cara y la cabeza parecían las de una mujer genérica en un folleto de primeros auxilios.

Al mirar la hoja, Patty percibió un anticipo de la sensación de caída que experimentaría al cabo de unos meses, después de comer brownies de hachís con Eliza. Algo extremadamente inapropiado y espeluznante a lo que, sin embargo, era difícil resistirse.

—Gracias por el dibujo —dijo.

—¿Por qué no te sacan más a jugar? —preguntó Eliza—. Te has pasado casi toda la segunda mitad en el banquillo.

—En cuanto hemos tenido una buena ventaja...

—¿Eres fenomenal y te dejan sentada en el banquillo? Eso no lo entiendo. — Los rizos de Eliza se agitaban como un sauce en medio de un vendaval; estaba ciertamente exaltada.

—Dawn y Cathy y Shawna han jugado sus buenos minutos —comentó Patty—. Han sabido mantener la ventaja muy bien.

—Pero ¡tú eres mucho mejor que ellas!

—Tengo que ir a ducharme. Gracias de nuevo por el dibujo.

—Tal vez no este año, pero el que viene a más tardar todo el mundo irá detrás de ti —dijo Eliza—. Vas a ser el centro de atención. Tienes que empezar a aprender a protegerte.

Aquello era tan ridículo que Patty tuvo que pararse y aclararle las cosas.

—El exceso de atención no es un problema que tengamos en el baloncesto femenino.

—¿Y qué me dices de los hombres? ¿Sabes protegerte de los hombres?

—¿Qué quieres decir?

—Que si tienes criterio a la hora de juzgar a los hombres.

—Hoy por hoy apenas tengo tiempo para nada aparte del deporte.

—Por lo que se ve, no te das cuenta de lo increíble que eres. Ni de lo peligroso que es eso.

—Me doy cuenta de que se me da bien el deporte.

—Es casi un milagro que nadie se haya aprovechado aún de ti.

—Bueno, no bebo, y eso ayuda mucho.

—¿Por qué no bebes? —saltó Eliza.

—Porque cuando entreno no puedo. Ni siquiera un sorbo.

—¿Entrenas todos los días del año?

—Bueno, es que además tuve una mala experiencia con la bebida en secundaria, así que...

—¿Qué pasó? ¿Te violaron?

Patty enrojeció y adoptó cinco expresiones distintas, todas a la vez.

—Uf —dijo.

—¿Sí? ¿De verdad te pasó eso?

—Me voy a la ducha.

—¿Lo ves? ¡Es exactamente lo que quiero decirte! —exclamó Eliza con gran agitación—. No me conoces de nada, apenas llevamos hablando dos minutos, y ya casi me has contado que has superado una violación. ¡Estás absolutamente desprotegida!

En ese momento Patty sentía tal bochorno y tal alarma que no detectó los fallos de esa lógica.

—Sé protegerme —afirmó—. Me las arreglo bien.

—Ya, claro. No lo dudo —Eliza se encogió de hombros—. Es tu seguridad lo que está en juego, no la mía.

En el gimnasio resonó el contundente chasquido de los robustos interruptores al apagarse las hileras de luces.

—¿Practicar algún deporte? —preguntó Patty para compensar lo poco complaciente que se había mostrado.

Eliza bajó la vista para mirarse. Tenía la pelvis ancha y en forma de pala, y los pies, enfundados en unas Keds, pequeños y un poco zambos.

—¿Tengo yo o pinta de eso?

—Y yo qué sé. ¿El bádminton?

—Detesto la educación física —dijo Eliza, y se rio—. Detesto todos los deportes.

Patty también se rio, sintiendo alivio por el cambio de tema, aunque ahora estaba un tanto confusa.

—Yo ni siquiera lanzaba « como una chica », ni corría « como una chica » — explicó Eliza—. Me negaba a correr y lanzar, y punto. Si me caía una pelota en las manos, sencillamente esperaba a que alguien viniera a quitármela. Cuando

debía echarme a correr, como para llegar a la primera base, me quedaba allí plantada unos segundos y luego igual me ponía a caminar.

—Dios mío —dijo Patty.

—Sí, estuve a punto de quedarme sin el diploma por culpa de eso —añadió Eliza—. Si conseguí graduarme fue porque mis padres conocían a la psicóloga del colegio. Acabaron convalidándome la asignatura por ir en bicicleta a diario.

Patty movió la cabeza con un gesto de incertidumbre.

—Pero te encanta el baloncesto, ¿no?

—Sí, eso sí —admitió Eliza—. El baloncesto me fascina.

—Pues ya lo ves: está claro que no detestas el deporte. Según parece, lo que en realidad detestas es la educación física.

—Tienes razón. Ahí tienes razón.

—Bueno, pues eso.

—Sí, pues eso, ¿seremos amigas?

Patty soltó una carcajada.

—Si digo que sí, estaré demostrándote que no ando con cuidado al tratar con personas a las que apenas conozco.

—Eso suena que no.

—¿Y si esperamos a ver qué pasa?

—Bien. Eso sí es andarse con cuidado. Me gusta.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —Patty reía de nuevo—. ¡Me ando con más cuidado de lo que crees!

A la autobiografía no le cabe duda de que, si Patty hubiese tenido más conciencia de sí misma y prestado mínimamente la debida atención al mundo que la rodeaba, no se le habría dado ni la mitad de bien el baloncesto universitario. El éxito en el deporte es un espacio accesible sólo a la mente casi vacía. Situarse en un punto de observación desde el que poder ver a Eliza tal como era (es decir, como una trastornada) habría sido perjudicial para su juego. Una no llega a ser una lanzadora de tiros libres con un ochenta y ocho por ciento de acierto si se detiene a reflexionar sobre nimiedades.

Resultó que a Eliza no le caían bien las otras amigas de Patty, y no intentó siquiera tratar con ellas. Las llamaba colectivamente «tus lesbianas» o «las lesbianas», pese a que la mitad de ellas eran hetero. Patty pronto empezó a sentir que vivía en dos mundos mutuamente excluyentes. Por un lado, el Mundo Atleta Total, donde pasaba la mayor parte del tiempo y en el que habría preferido catear un parcial de psicología antes que escaquearse de ir a hacer la compra para una compañera de equipo con un esguince de tobillo o en cama con gripe; por otro, el oscuro y pequeño Mundo de Eliza, donde no tenía que esforzarse en ser tan buena. El único punto de contacto entre ambos mundos era el pabellón

deportivo Williams, donde Patty, cuando superaba una defensa de transición para concluir la jugada con una bandeja fácil o una asistencia sin mirar, experimentaba un extra de orgullo y placer si Eliza estaba viéndola. Incluso ese punto de contacto era fugaz, porque cuanto más tiempo pasaba Eliza con Patty, menos parecía recordar lo mucho que le interesaba el baloncesto.

Patty siempre había tenido amigas en plural, nunca nada intenso. Se le alegraba el corazón cuando veía a Eliza esperarla ante el gimnasio después del entrenamiento, sabía que tenía por delante una velada instructiva. Eliza la llevaba a ver películas subtituladas y la hacía escuchar con mucha atención discos de Patti Smith (« Me encanta que te llames igual que mi cantante preferida », decía, pasando por alto que los nombres no se escribían igual y que el nombre legal de Patty era Patrizia, que Joyce le había puesto para que fuera distinta y que a Patty le avergonzaba pronunciar en voz alta) y le prestaba libros de poemas de Denise Levertov y Frank O'Hara. Después de que el equipo de baloncesto terminara con un registro de ocho victorias y once derrotas y la eliminación del torneo en la primera ronda (pese a los catorce puntos y las numerosas asistencias de Patty), Eliza le enseñó también a disfrutar mucho, pero que mucho, el chablis Paul Masson.

Lo que hacía Eliza con el resto de su tiempo libre era un tanto impreciso. Parecía haber varios «hombres» (es decir, chicos) en su vida, y a veces mencionaba conciertos a los que había ido, pero cuando Patty manifestaba su curiosidad sobre esos conciertos, Eliza le contestaba que antes Patty debía escuchar todas las recopilaciones que Eliza le había grabado; y a Patty esas recopilaciones le estaban costando un poco. Le gustaba sinceramente Patti Smith, que parecía comprender cómo se había sentido ella en el cuarto de baño la mañana siguiente a la violación, pero la Velvet Underground, por ejemplo, le producía una sensación de soledad. Una vez le confesó a Eliza que los Eagles eran su grupo preferido, y Eliza dijo: « Eso no tiene nada de malo, los Eagles están muy bien », pero en el cuarto de Eliza en la residencia no se veía ni por asomo un disco de los Eagles.

Los padres de Eliza eran psicoterapeutas de altos vuelos en las Ciudades Gemelas y vivían en Wayzata, donde todo el mundo era rico, y ella tenía un hermano mayor que cursaba el penúltimo año en el Bard College, a quien definió como « peculiar ». Cuando Patty preguntó « ¿Peculiar en qué sentido? », Eliza contestó: « En todos ». Ella, por su parte, había conseguido acabar la secundaria ensartando cursos en tres academias distintas de las Ciudades Gemelas y estaba matriculada en la universidad porque sus padres se negaban a financiarla si no estudiaba. Las dos eran estudiantes con una media de notable, pero de una manera distinta: Patty sacaba notable en todo, mientras que Eliza sacaba sobresalientes en literatura inglesa y aprobados por los pelos en todo lo demás. Sus únicos intereses conocidos, aparte del baloncesto, eran la poesía y el placer.

Eliza estaba empeñada en lograr que Patty probara hierba, pero ésta tenía una actitud sumamente protectora con sus pulmones, y así fue como ocurrió lo de los brownies. Habían ido en el Escarabajo de Eliza a la casa de Wayzata, repleta de esculturas africanas y despejada de padres, que ese fin de semana asistían a un congreso. La intención inicial era preparar una magnífica cena a lo Julia Child, pero bebieron demasiado vino para cumplir su propósito y terminaron comiendo galletas saladas y queso, haciendo los brownies e ingiriendo lo que debió de ser una cantidad descomunal de droga. Durante las dieciséis horas que pasó colocada, una parte de Patty pensó: «No lo haré nunca más». Se sentía como si hubiera infringido el reglamento del equipo tan gravemente que ya nunca podría reparar el daño, un sentimiento sin duda desolador. También albergaba ciertos recelos respecto a Eliza: de pronto cayó en la cuenta de que lo suyo con ésta era una especie de atracción extraña y que por tanto era de capital importancia quedarse inmóvil y contenerse y no descubrir que era bisexual. Eliza le preguntaba una y otra vez cómo se encontraba, y ella contestaba una y otra vez «Muy bien, gracias», cosa que les resultaba desternillante en cada ocasión. Al escuchar entonces a la Velvet Underground, Patty lo comprendió mucho mejor; era un grupo muy obsceno, y su obscenidad se parecía a como se sentía ella, allí en Wayzata, rodeada de máscaras africanas, cosa que la reconfortaba. Fue un alivio comprobar, cuando estaba ya menos colocada, que incluso muy colocada había logrado contenerse y Eliza no la había tocado, que nunca sucedería nada lésbico.

Patty sentía curiosidad por los padres de Eliza y quería quedarse en la casa para conocerlos, pero Eliza insistió en que era una pésima idea.

—Los dos consideran al otro el amor de su vida —dijo—. Lo hacen todo juntos. Tienen despachos idénticos en el mismo piso, y firman conjuntamente todos sus artículos y libros, y presentan ponencias juntos en los congresos, y nunca *jamás* hablan de su trabajo en casa, por eso del secreto profesional. Hasta tienen una bicicleta tándem.

—¿Y qué?

—Pues que son raros y no te van a gustar, y entonces no te gustaré yo.

—Mis padres tampoco son ninguna maravilla —dijo Patty.

—Créeme, esto es distinto. Sé de qué hablo.

Mientras volvían a la ciudad en el Escarabajo, con el tibio sol primaveral de Minnesota a sus espaldas, se enzarzaron en algo semejante a su primera pelea.

—Este verano tienes que quedarte aquí —dijo Eliza—. No puedes irte.

—Eso es poco realista —contestó Patty—. Tengo que trabajar en el bufete de mi padre y pasar julio en Gettysburg.

—¿Por qué no puedes quedarte aquí e ir a tu campamento desde aquí? Podemos conseguir trabajo y tú puedes ir al gimnasio a diario.

—Tengo que volver a casa.

- Pero ¿por qué? Si aquello te horroriza.
- Si me quedo aquí, beberé vino cada noche.
- No, nada de eso. Impondremos normas estrictas. Impondremos las normas que tú quieras.
- Volveré en otoño.
- ¿Podremos vivir juntas entonces?
- No, ya le he prometido a Cathy que viviré en su apartamento.
- Dile que has cambiado de planes.
- Imposible.
- ¡Esto es absurdo! ¡Apenas nos vemos!
- Te veo más que a nadie, prácticamente. Me encanta verte.
- ¿Por qué no te quedas este verano, pues? ¿No te fías de mí?
- ¿Por qué no iba a fiarme?
- No lo sé. Es que no entiendo por qué prefieres trabajar para tu padre. Él no te cuidó, no te protegió, y yo sí lo haré. Él no piensa en lo que es mejor para ti, y yo sí.

Era cierto que el ánimo de Patty decaía ante la idea de volver a casa, pero le parecía necesario castigarse por comer brownies de hachís. Además, su padre venía haciendo un esfuerzo con ella, enviándole cartas nada menos que de su puño y letra (« Te echamos de menos en la pista de tenis ») y ofreciéndole el viejo coche de la abuela, que, en su opinión, la abuela ya no debía conducir.

Después de una ausencia de un año, Patty sentía remordimientos de conciencia por tratarlo con tanta frialdad, ¿Acaso había cometido un error? Así que volvió a casa en verano y descubrió que nada había cambiado y que no había cometido ningún error. Veía la tele hasta medianoche, se levantaba a las siete cada mañana y corría ocho kilómetros y dedicaba el día entero a subrayar nombres en documentos jurídicos y a esperar con impaciencia el correo diario, que las más de las veces contenía una larga carta mecanografiada de Eliza, diciendo lo mucho que la añoraba y contando anécdotas sobre su jefe « libidinoso » en el cine de reestreno donde trabajaba de taquillera, e instándola a contestar de inmediato, cosa que Patty hacía en la medida de sus posibilidades en el bufete con olor a naftalina de su padre, usando la Selectric y el papel de carta viejo con membrete del despacho.

En una carta Eliza escribió: « Creo que nos conviene imponernos reglas mutuamente para nuestra protección y autosuperación ». Patty se lo tomó con escepticismo, pero en la respuesta incluyó tres reglas para su amiga. « No fumar antes de la cena », « Hacer ejercicio a diario y desarrollar aptitudes atléticas » y « Asistir a TODAS las clases y hacer todas las tareas de todas las asignaturas (y no sólo de literatura inglesa) ». Sin duda debería haberla alarmado lo distintas que fueron las reglas de Eliza para ella —« Beber sólo los sábados por la noche y sólo en presencia de Eliza », « No ir a fiestas mixtas salvo en compañía de Eliza » y

«Contárselo TODO a Eliza» —, pero carecía de criterio y, en lugar de inquietarse, se sintió emocionada por disfrutar de una amistad íntima tan intensa con ella. Entre otras cosas, tener a dicha amiga le proporcionaba a Patty blindaje y munición contra su hermana mediana.

—¿Y qué? ¿Cómo va la vida en Minne-sooooo-ta? —empezaba habitualmente un encuentro con su hermana—. ¿Has comido mucho maíz? ¿Has visto a Babe, el buey azul? ¿Has estado en *Brainerd*?

Cabría esperar que Patty, una deportista adiestrada para la competición y tres años y medio mayor que su hermana (aunque sólo iba dos cursos por delante de ella), hubiese desarrollado métodos para lidiar con su denigrante estupidez. Pero en el corazón de Patty anidaba cierta vulnerabilidad congénita: la nula actitud fraternal de su hermana nunca dejaba de asombrarla. Además, era una persona realmente creativa y por lo tanto tenía especial habilidad para encontrar maneras inesperadas con que dejar a Patty sin saber qué decir.

—¿Por qué siempre me hablas con esa voz tan rara? —era por entonces la mejor defensa de Patty.

—Yo sólo te preguntaba por la vida en la gloriosa Minne-sooooo-ta.

—*Cacareas*, eso es lo que haces. Es como un *cacareo*.

Esto era acogido con un silencio y un destello en la mirada. A continuación:

—Pero ¡si es la Tierra de los Diez Mil Lagos!

—Anda, vete, por favor.

—¿Tienes novio allí?

—No.

—¿Y novia?

—No. Aunque sí he encontrado una gran amiga.

—¿La que te manda todas esas cartas, quieres decir? ¿También es atleta?

—No. Es poeta.

—Vaya. —La hermana pareció interesarse un ápice—. ¿Cómo se llama?

—Eliza.

—Eliza Doolittle. Desde luego escribe muchas cartas. ¿Seguro que no es tu novia?

—Es escritora, ¿vale? Una escritora de lo más interesante.

—Llegan ciertos rumores del vestuario, sólo eso: el hongo que no se atreve a pronunciar su nombre.

—Das asco —dijo Patty—. Tiene al menos tres novios, y es muy guay.

—*Brainerd*, Minne-sooooo-ta —fue la respuesta de la hermana—. Tienes que enviarme desde *Brainerd* una postal de Babe, el buey azul.

Se marchó cantando «me caso mañana por la mañana» con un marcado vibrato.

El otoño siguiente, ya de vuelta a la universidad, Patty conoció a un chico llamado Carter, que se convertiría, a falta de una palabra mejor, en su primer novio. A la autobiografía le parece ahora cualquier cosa menos casual que lo conociera inmediatamente después de obedecer la tercera regla de Eliza y contarle que un tío del gimnasio, un estudiante de segundo del equipo de lucha, la había invitado a cenar. Eliza quiso conocer antes al luchador, pero incluso la complacencia de Patty tenía sus límites.

—Parece muy buen tío —dijo.

—Lo siento, pero en lo que se refiere a los tíos sigues en libertad vigilada —contestó Eliza—. También creías que la persona que te violó era buen tío.

—No estoy del todo segura de haber llegado a tener esa idea en concreto. Sencillamente me atrajo su interés por mí.

—Pues ahora también hay alguien que se interesa por ti.

—Sí, pero no he bebido.

Al final acordaron que Patty iría a la habitación que Eliza tenía fuera del campus (el premio de sus padres por haber trabajado en verano) justo después de la cena, y que si a las diez no estaba allí, Eliza iría en su busca. Cuando llegó a la casa, a eso de las nueve y media, después de una cena no especialmente brillante con el luchador, encontró a Eliza en su habitación del piso superior con el tal Carter. Estaban sentados cada uno en un extremo del sofá, descalzos pero con calcetines, los pies apoyados en el cojín central planta con planta, empujándose mutuamente en una especie de pedaleo que podía interpretarse o no como un comportamiento propio de hermanos. En el equipo de música de Eliza sonaba el nuevo álbum de DEVO.

Patty vaciló en el umbral de la puerta.

—Mejor os dejo solos.

—¡Uy!, por Dios, no no no no no, ¡te queremos aquí! —exclamó Eliza—. Carter y yo somos historia pasada, ¿no es verdad?

—Muy pasada —confirmó Carter con dignidad y, pensó Patty después, con cierta irritación. Bajó los pies al suelo.

—Un volcán extinto —añadió Eliza mientras se ponía en pie de un salto para presentarlos.

Patty nunca había visto a su amiga con un chico, y le chocó lo mucho que se alteraba su personalidad: estaba ruborizada, se trababa la lengua y dejaba escapar una risita intermitente muy poco natural. Parecía haber olvidado que Patty había ido allí a darle el parte después de la cena. Todo se centró en Carter, un amigo suyo de uno de sus antiguos colegios, que se había tomado un descanso en sus estudios universitarios y trabajaba en una librería e iba a conciertos. Carter tenía un pelo en extremo lacio y de una interesante coloración oscura (henna,

resultó) y unos preciosos ojos de largas pestañas (rímel, resultó), y carecía de defectos físicos destacados salvo por los dientes, curiosamente pequeños y puntiagudos, cada uno por su lado (un gasto infantil como la ortodoncia, tan elemental en las clases medias, había escapado entre las grietas del agrio divorcio de sus padres, resultó). A Patty le gustó de inmediato el hecho de que no se sintiera cohibido por sus dientes. Se disponía a causarle una buena impresión, a intentar demostrarle que era digna de la amistad de Eliza, cuando ésta le plantó una copa de vino llena ante las narices.

—No, gracias —contestó Patty.

—Pero si es sábado por la noche —objetó Eliza.

Patty quiso señalar que las reglas no la obligaban a beber en sábado, pero en presencia de Carter percibió un atisbo objetivo de lo raras que eran las reglas de Eliza, y de lo raro que era, ya puestos, que ella tuviese que informar a Eliza de su cena con el luchador. Y por consiguiente cambió de idea y se bebió el vino, y después otra copa llena más, y se sintió a gusto y espléndidamente. La autobiógrafa es consciente de lo aburrido que es leer acerca de las experiencias con la bebida de una persona, pero a veces guardan relación con la historia. Cuando Carter se levantó para marcharse, a eso de la medianoche, se ofreció a llevar a Patty en coche a su residencia, y ante la puerta del edificio le preguntó si podía darle un beso de despedida. (« No pasa nada —pensó ella—, es amigo de Eliza »); y después de morrear un rato, de pie en el aire frío de octubre, él le preguntó si podían volver a verse al día siguiente, y ella pensó: « Vaya, éste no pierde el tiempo ».

Para reconocer lo que es justo reconocer: ese invierno fue la mejor temporada deportiva de su vida. No tuvo problemas de salud, y la entrenadora Treadwell, después de sermonearla severamente sobre la necesidad de ser menos desinteresada y más líder, la sacó como titular en la posición de escolta en todos los partidos. La propia Patty se asombró al ver que de pronto las jugadoras rivales más corpulentas que ella se movían como a cámara lenta, al descubrir la facilidad con que alargaba el brazo y les robaba la pelota y cuántos tiros en suspensión le entraban, partido tras partido. Incluso cuando le aplicaban una doble defensa, cosa que ocurría cada vez más a menudo, sentía una relación íntima especial con la canasta, sabiendo siempre exactamente dónde estaba y confiando siempre en ser su jugadora preferida en la cancha, la que mejor alimentaba su boca circular. Incluso fuera de la pista se sentía en la zona de ataque, lo que se traducía en una especie de presión reconcentrada detrás de las cejas, un sopor alerta o un aturdimiento polarizado que persistía hiciera lo que hiciera. Ese invierno durmió de maravilla y en ningún momento llegó a despertar del todo. Ni siquiera cuando le daban un codazo en la cabeza o las compañeras de su equipo, contentas, se apiñaban en torno a ella al sonar el pitido final.

Y lo suyo con Carter formó parte de eso. Carter mostraba una absoluta falta

de interés por el deporte y no parecía importarle que, en las semanas críticas, Patty no dispusiera más que de unas horas para él, a veces lo justo para hacer el amor en su apartamento y volver corriendo al campus. En cierto sentido, incluso ahora, la autobiografía considera eso una relación ideal, aunque no tan ideal, debe reconocer, cuando se permite un cálculo realista del número de chicas con que se acostó Carter durante los seis meses que Patty lo vio como su novio. Esos seis meses constituyeron el primero de los dos períodos indiscutiblemente felices en la vida de Patty, momentos en que todas las piezas encajaban. Le encantaban los dientes sin arreglar de Carter, su sincera modestia, sus expertos magreos, su paciencia con ella. Poseía sin duda excelentes cualidades, ese Carter. Lo mismo cuando le daba una indicación técnica en materia de sexo con embarazosa delicadeza que cuando le confesaba que no tenía absolutamente ningún plan de futuro (« Probablemente para lo que estoy más capacitado es para ser algo así como un chantajista discreto »), hablaba siempre con voz suave y contenida y autodespectiva... el pobre Carter, tan corrupto él, no tenía muy buen concepto de sí mismo como miembro de la especie humana.

Por su parte, Patty siguió teniendo un buen concepto de él, peligrosamente bueno, hasta la noche de un sábado de abril, cuando regresó antes de lo previsto de Chicago, adonde la entrenadora Treadwell y ella habían ido en avión para el banquete y la ceremonia de entrega de premios de la selección nacional (a Patty la habían nombrado segunda opción como escolta), para presentarse por sorpresa en la fiesta que Carter había organizado por su cumpleaños. Desde la calle, vio encendidas las luces de su apartamento, pero tuvo que llamar al timbre cuatro veces, y finalmente la voz que sonó por el portero automático fue la de Eliza.

—¿Patty? ¿No estabas en Chicago?

—He vuelto antes. Ábreme.

Se oyó crepitar el portero, y después un silencio tan largo que Patty volvió a llamar dos veces. Finalmente Eliza, con sus Keds y su pelliza, bajó corriendo la escalera y cruzó la puerta.

—¡Hola, hola, hola, hola! —dijo—. ¡No me puedo creer que estés aquí!

—¿Por qué no me has abierto desde arriba? —preguntó Patty.

—No lo sé, se me ha ocurrido bajar a verte. Eso de ahí arriba es un desmadre, y he pensado que era mejor bajar y así podemos hablar. —Tenía los ojos brillantes y se retorció las manos con desesperación—. Ahí arriba corre mucha droga, ¿y si vamos a otro sitio? Me alegro mucho de verte, en serio. Eh, ¡hola! ¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido en Chicago? ¿Cómo ha ido el banquete?

Patty frunció el cejo.

—¿Estás diciéndome que no puedo subir a ver a mi novio?

—Bueno, no, pero, no, pero... ¿novio? Ésa es una palabra un poco fuerte, ¿no te parece? Pensaba que era sólo Carter. Es decir, ya sé que te gusta, pero...

—¿Quién más hay arriba?

—Ah, bueno, otra gente, y a sabes.

—¿Quién?

—Nadie que tú conozcas. Oye, vamos a otro sitio, ¿vale?

—Pero ¿quién, por ejemplo?

—Él pensaba que no volvías hasta mañana. Habéis quedado para cenar mañana, ¿no?

—He vuelto antes para verlo.

—Vamos, no irás a decirme que estás enamorada de él... Tenemos que hablar en serio de la necesidad de protegerte mejor; yo creía que para vosotros era una diversión, o sea, tú nunca habías empleado literalmente la palabra «novio», o yo me habría enterado, ¿no? Y si no me lo cuentas todo, no puedo protegerte. Puede decirse que has incumplido una regla, ¿no te parece?

—Tú tampoco has obedecido mis reglas —dijo Patty.

—Esto no es lo que crees, te lo juro. Yo soy tu amiga. Pero aquí hay otra persona que desde luego no es amiga tuya.

—¿Una chica?

—Oye, le diré que se marche. Nos libramos de ella y luego podemos montar una fiesta nosotros tres. —Eliza dejó escapar una risita—. Carter ha conseguido una coca muy, muy, muy buena para celebrar su cumpleaños.

—Un momento. ¿Sólo estáis vosotros tres? ¿Eso es la fiesta?

—Es tan fantástica, pero tan fantástica, que tienes que probarla. Ya ha terminado la temporada, ¿no? Nos libramos de ella y podrás subir y sumarte a la fiesta. O podemos ir a mi casa, tú y yo solas. Si esperas un momento, voy por un poco de droga y nos vamos a mi casa. Tienes que probarla. No lo entenderás si no la pruebas.

—Dejar a Carter con otra e irme a tomar una droga dura contigo. Vaya, menudo plan.

—Dios mío, Patty, lo siento muchísimo. No es lo que crees. Dijo que organizaba una fiesta, pero luego consiguió la coca y cambió un poco el plan, y al final resultó que sólo me quería aquí porque la otra persona se negaba a venir si estaban ellos dos solos.

—Podías haberte marchado —señaló Patty.

—La fiesta ya había empezado, y si la pruebas, entenderás por qué no me he marchado. Te juro que ésa es la única razón por la que estoy aquí.

La noche no terminó, como debería haber sido, con un enfriamiento o la ruptura de la amistad entre Patty y Eliza, sino que Patty acabó comprometiéndose a renunciar a Carter y disculpándose con Eliza por no haberle hablado más de sus sentimientos hacia él, y Eliza a su vez se disculpó por no haberle prestado más atención y prometió atenerse más a sus propias reglas y

dejar de consumir drogas duras. Ahora, para la autobiógrafa es evidente que la perspectiva de un trío y un montículo de polvo blanco en la mesilla de noche era exactamente la idea que Carter tenía de un estupendo regalo de cumpleaños para él. Pero Eliza se sentía tan culpable y preocupada que mintió con gran convicción, y a la mañana siguiente, sin dejar a Patty siquiera una hora de vigilia para reflexionar y concluir que su supuesta mejor amiga había hecho algo retorcido con su supuesto novio, Eliza se presentó jadeante ante la puerta del apartamento universitario de Patty, vestida con lo que para ella era ropa de footing (una camiseta de Lena Lovich), un pantalón corto a la altura de las rodillas, calcetines negros, Keds) para anunciarle que acababa de dar tres vueltas a la pista de cuatrocientos metros y pedirle con insistencia que le enseñara unos ejercicios de calistenia. Exaltada, le propuso un plan para las dos —estudiar juntas cada tarde—; exaltada, proclamó su afecto por ella y su miedo a perderla. Y Patty, después de abrir los ojos dolorosamente ante la naturaleza de Carter, fue y los cerró ante la de Eliza.

La presión de Eliza en toda la cancha prosiguió hasta que Patty accedió a pasar el verano en Minneapolis con ella, momento en que Eliza volvió a dejarse ver menos y perdió interés por el ejercicio físico. Patty pasó gran parte de ese tórrido verano sola en un cuchitril subarrendado de Dinkytown lleno de cucarachas, compadeciéndose y experimentando un bajo nivel de autoestima. No entendía por qué Eliza se había empeñado tanto en vivir con ella si la mayoría de las noches llegaba a las dos de la madrugada, o no volvía siquiera. También es verdad que Eliza le sugería continuamente que probara drogas nuevas o fuera a conciertos o buscara a una persona nueva con la que acostarse, pero Patty sentía una aversión pasajera por el sexo y permanente por las drogas y el humo de tabaco. Además, su trabajo de verano en el Departamento de Educación Física apenas le daba para pagar el alquiler, y se negaba a emular a Eliza y mendigar a sus padres inyecciones de efectivo, por lo que se sentía cada vez más inútil y sola.

—¿Por qué somos amigas? —preguntó por fin una noche mientras Eliza se acicalaba con su peculiar estilo punk para otra de sus salidas.

—Porque eres genial y preciosa. Eres mi preferida en este mundo.

—Soy una atleta. Soy aburrida.

—¡No! Eres Patty Emerson, y vivimos juntas, y eso es una maravilla.

Éstas fueron literalmente sus palabras, la autobiógrafa las recuerda vívidamente.

—Pero es que no hacemos nada —objetó Patty.

—¿Qué quieres hacer?

—Estoy pensando en marcharme un tiempo a casa de mis padres.

—¿Cómo? ¿No lo dirás en serio? Pero ¡sí ni siquiera te caen bien! Tienes que quedarte aquí conmigo.

—Pero si sales casi todas las noches...

—Pues empezemos a hacer más cosas juntas.

—Pero sabes perfectamente que yo no quiero hacer esa clase de cosas.

—Pues entonces vamos al cine. Vamos al cine ahora mismo. ¿Qué quieres ver? ¿Quieres ir a ver *Días del cielo*?

Y así empezó una vez más la presión de Eliza en toda la cancha, que duró lo justo para que Patty pasara lo peor del verano y para asegurarse de que no huía. Fue durante esta tercera luna de miel de sesiones dobles y vino con soda y el desgaste de los surcos de los álbumes de Blondie cuando Patty empezó a oír hablar del músico Richard Katz.

—Dios mío —dijo Eliza—, creo que me he enamorado. Creo que quizá tenga que empezar a ser buena chica. Él es tan grande que es como si te aplastara una estrella de neutrones. Es como si te borrara una goma de borrar gigante.

La goma de borrar gigante acababa de licenciarse de Macalester College, trabajaba en demoliciones y había formado un grupo punk llamado los Traumatic, que iban a ser, Eliza estaba convencida, el no va más. Lo único que empañaba su idealización de Katz era los amigos que éste elegía.

—Vive con un empollón, un tal Walter, un parásito —explicó—, uno de esos *groupies* pures. Una cosa rara, no lo acabo de entender. Al principio pensé que era el representante de Katz o algo así, pero es demasiado muermo para eso. Salgo de la habitación de Katz por la mañana y allí está Walter, a la mesa de la cocina, con una gran macedonia de frutas que ha preparado. Está leyendo el *New York Times* y lo primero que me pregunta es si últimamente he visto alguna *buena obra*. Ya sabes, eh, una obra de teatro. Son la Extraña Pareja, tal cual. Tienes que conocer a Katz, para entender lo raro que es todo esto.

Pocas circunstancias han resultado más dolorosas para la autobiografía, a largo plazo, que el carácter entrañable de la amistad entre Walter y Richard. A simple vista, al menos, los dos eran una pareja más extraña aún que Patty y Eliza. Algún genio de la oficina de alojamiento de Macalester College había puesto en la misma habitación de la residencia de alumnos de primero a un chico de provincias de Minnesota conmovedoramente responsable y a un guitarrista ensimismado, propenso a la adicción, poco fiable y chico de la calle de Yonkers, Nueva York. Lo único que el empleado de la oficina podía saber con certeza que tenían en común era que los dos tenían becas. Walter era de color pálido, larguirucho y, aunque más alto que Patty, no se acercaba a la estatura de Richard, que medía un metro noventa, tenía los hombros anchos y la tez morena en igual medida que Walter la tenía blanca. Richard guardaba un gran parecido (que a lo largo de los años no sólo Patty notó y comentó, sino mucha otra gente) con el dictador libio Muammar el Gaddafi. El mismo pelo negro, las mismas

mejillas curtidas y picadas de viruela, la misma sonrisa^[1] hierática de despota satisfecho de sí mismo que pasa revista a la tropa y los lanzamisiles, y aparentaba unos quince años más que su amigo. Walter tenía el aspecto del «ayudante técnico» oficioso que a veces tienen los equipos deportivos en secundaria, un estudiante sin dotes atléticas que ayuda a los entrenadores y acude a los partidos con chaqueta y corbata y le dejan estar junto a la línea de banda con un sujetapapeles. Los deportistas suelen tolerar a esta clase de ayudantes técnicos porque invariablemente son unos atentos estudiosos del juego, y ése parecía un elemento del nexo entre Walter y Richard, porque Richard, por irritable y poco de fiar que fuera en casi todos los sentidos, se tomaba irremisiblemente en serio su música, y Walter poseía el bagaje de conocimientos necesario para ser admirador de una música como la de Richard. Más tarde, cuando Patty los conoció mejor, vio que en el fondo quizá no eran tan distintos: los dos se esforzaban, aunque de maneras muy distintas, por ser buenas personas.

Patty conoció a la goma de borrar la bochornosa mañana de un domingo de agosto, cuando regresó de correr y lo encontró sentado en el sofá de la sala de estar, que parecía más pequeña ante tal corpulencia, mientras Eliza se duchaba en el indescriptible cuarto de baño. Richard vestía una camiseta negra y leía un libro de bolsillo con una uve en la cubierta. Las primeras palabras que dirigió a Patty, pronunciadas sólo después de que ella se sirviera un vaso de té con hielo y se quedase allí de pie bañada en sudor, bebiendo, fueron:

—¿Y tú qué eres?

—¿Cómo dices?

—¿Qué haces aquí?

—*Vivo* aquí —contestó ella.

—Ya, eso ya lo veo.

Richard la miró de arriba abajo, parte a parte. Ella tuvo la sensación de que a cada nueva parte en que él posaba los ojos, quedaba clavada con una chincheta más a la pared que estaba detrás de ella, de modo que cuando él acabó de examinarla del todo, se había vuelto bidimensional y estaba pegada a la pared.

—¿Has visto el álbum de recortes? —preguntó él.

—Eh... ¿álbum de recortes?

—Voy a enseñártelo —dijo—. Te interesará.

Entró en la habitación de Eliza, volvió y le entregó a Patty un archivador de tres anillas, y volvió a sentarse con su novela como si se hubiera olvidado de la presencia de Patty. Era un archivador de los antiguos, con una tapa de tela azul claro, en la que aparecía escrita a tinta en mayúsculas la palabra PATTY. Contenía, hasta donde Patty pudo distinguir, todas las fotos de ella publicadas en las páginas deportivas del *Minnesota Daily*, todas las postales que ella le había enviado a Eliza, todas las tiras de fotos que se habían hecho las dos apretujándose en un fotomatón y todas las instantáneas con flash de las dos colocadas el fin de

semana de los brownies. A Patty le resultó un poco raro y emotivo, pero sobre todo se sintió apenada por Eliza, y lamentó haber puesto en tela de juicio lo mucho que ésta la quería.

—Es una niña peculiar —comentó Richard desde el sofá.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Siempre hurgas entre las cosas de la gente cuando te quedas a dormir en su casa?

Él se echó a reír.

—*J'accuse!*

—Vamos, contéstame.

—No te embales. Estaba justo detrás de la cama. A plena vista, como dice la policía.

El ruido del agua en la ducha dejó de oírse.

—Déjalo donde estaba —pidió Patty—. Por favor.

—Creía que te interesaría —dijo Richard, sin moverse del sofá.

—Por favor, déjalo donde lo has encontrado.

—Empiezo a sospechar que no tienes tu propio álbum de fotos correspondiente.

—Ahora mismo, por favor.

—Una niña muy peculiar —dijo Richard, cogiendo de sus manos el carpesano—. Por eso te he preguntado cuál es tu historia.

La artificiosidad del comportamiento de Eliza con los hombres, el continuo fluir de risitas, la efusividad y las sacudidas de pelo eran algo que una amiga suya podía llegar a aborrecer. Su desesperación por complacer a Richard se mezcló en la imaginación de Patty con la rareza del álbum de recortes y la extrema necesidad que ponía de manifiesto, y, por primera vez, la llevó a avergonzarse un poco de ser amiga de Eliza. Lo cual era extraño, ya que a Richard no parecía avergonzarle acostarse con ella y, en cualquier caso, ¿por qué habría de importarle a Patty lo que él pensara de su amistad?

Era casi su último día en el pozo de cucarachas cuando volvió a ver a Richard. Estaba otra vez en el sofá, sentado con los brazos cruzados y golpeteando sonoramente con la bota derecha y haciendo una mueca mientras Eliza, de pie frente a él, tocaba la guitarra de la única manera que Patty la había oído tocar: sin convicción.

—No pierdas el compás —indicó—. Marca el ritmo con el pie.

Pero Eliza, que transpiraba por la concentración, dejó de tocar en cuanto advirtió la presencia de Patty.

—No puedo tocar delante de ella.

—Claro que puedes —dijo Richard.

—La verdad es que no puede —confirmó Patty—. La pongo nerviosa.

—Vaya. ¿Y eso a qué se debe?

—No tengo ni idea —contestó Patty.

—Me apoya demasiado —explicó Eliza—. Siento sus ganas de que lo haga bien.

—Muy mal hecho —le dijo Richard a Patty—. Tienes que desear que fracase.

—Vale —accedió Patty—. Quiero que fracases. ¿Puedes hacerlo? Parece que eso se te da bastante bien.

Eliza la miró sorprendida. Y la propia Patty se sorprendió de sí misma.

—Perdona, me voy a mi habitación —dijo.

—Antes vamos a ver cómo fracasa —dijo Richard.

Pero Eliza ya se descolgaba la guitarra y la desenchufaba.

—Tienes que ensayar con un metrónomo —le aconsejó Richard—. ¿Tienes uno?

—Esto ha sido una idea pésima —dijo Eliza.

—¿Y por qué no tocas *tú* algo? —le preguntó Patty a Richard.

—En otro momento —respondió él.

Pero Patty recordaba la vergüenza que había sentido cuando él sacó el álbum de recortes.

—Una canción —insistió—. Un acorde, toca un acorde. Eliza dice que eres increíble.

Richard negó con la cabeza.

—Ven a algún concierto.

—Patty no va a conciertos —dijo Eliza—. No le gusta el humo.

—Hago deporte —aclaró Patty.

—Sí, ya, eso hemos visto —dijo Richard, dirigiéndole una mirada elocuente—. Una estrella del baloncesto. ¿Qué eres? ¿Alero? ¿Escolta? No tengo ni idea de lo que se considera alto en una tía.

—A mí no se me considera alta.

—Y sin embargo eres bastante alta.

—Ajá.

—Estábamos a punto de salir —intervino Eliza, poniéndose en pie.

—Por tu aspecto tú también podrías haber jugado al baloncesto —le dijo Patty a Richard.

—Es una buena manera de romperse un dedo.

—Eso no es verdad —objetó ella—. No pasa casi nunca.

Aqué! no fue un comentario interesante ni algo que hiciera avanzar la trama. Patty percibió de inmediato que, en realidad, a Richard le importaba un carajo que ella jugara al baloncesto.

—Es posible que vaya a uno de tus conciertos —dijo—. ¿Cuándo es el próximo?

—No puedes ir, hay mucho humo para ti —le recordó Eliza con tono desagradable.

—No es problema —dijo Patty.

—¿Ah, sí? Eso es nuevo.

—Trae tapones para los oídos —le recomendó Richard.

En su habitación, después de oír que se marchaban, Patty se echó a llorar por razones que en su desconuelo fue incapaz de entender. Cuando volvió a ver a Eliza, treinta y seis horas más tarde, se disculpó por haberse comportado como una auténtica hija de puta, pero para entonces, Eliza estaba de un humor excelente y le había dicho que no se preocupara por eso. Se estaba planteando vender la guitarra y gustosamente llevaría a Patty a escuchar a Richard.

Su siguiente actuación fue una noche entre semana de septiembre, en un local mal ventilado que se llamaba Longhorn, donde los Traumaticos fueron teloneros de los Buzzcoks. La primera persona que Patty vio cuando Eliza y ella llegaron fue Carter. Tenía cogida del cuello a una rubia grotescamente guapa con un minivestido de lentejuelas.

—Mierda —dijo Eliza.

Patty saludó a Carter con gesto valiente, y él enseñó sus horribles dientes y se encaminó hacia ella tranquilamente, la viva imagen de la afabilidad, con la lentejuelas a remolque. Eliza agachó la cabeza y se llevó a Patty a rastras a través de un corrillo de punkis que chupaban cigarrillos y la arrimó al escenario. Allí encontraron a un chico de cabello claro que era el famoso compañero de habitación de Richard, como adivinó Patty incluso antes de que Eliza dijera, con voz monótona y sonora:

—Hola Walter qué tal.

Como aún no conocía a Walter, Patty ignoraba lo extraño que era en él devolver ese saludo con un seco gesto de asentimiento y no con una cordial sonrisa del Medio Oeste.

—Ésta es mi mejor amiga, Patty —dijo Eliza—. ¿Puede quedarse aquí contigo un momento mientras voy a los camerinos?

—Creo que están a punto de salir —informó Walter.

—Sólo un segundo —insistió Eliza—. Tú cuida de ella, ¿vale?

—¿Por qué no vamos todos? —propuso Walter.

—No, tú tienes que guardarme el sitio aquí —le ordenó Eliza a Patty—. Enseguida vuelvo.

Descontento, Walter la observó abrirse paso entre los cuerpos y desaparecer. No se lo veía ni mucho menos tan empollón como Eliza le había hecho creer a Patty —llevaba un jersey de pico y tenía una mata de pelo rubio rojizo, greñudo y rizado, y parecía lo que era, es decir, un estudiante de primero de Derecho—, pero sí llamaba la atención entre los punkis con sus prendas y sus pelos mutilados, y Patty, que de pronto se había sentido acomplejada por su propia ropa, que

siempre le había gustado hasta hacía un momento, se alegró del aspecto normal de Walter.

—Gracias por quedarte conmigo —dijo ella.

—Me parece que vamos a estar aquí de pie un buen rato —dijo Walter.

—Me alegro de conocerte.

—Yo también me alegro de conocerte. Eres la estrella de baloncesto.

—La misma.

—Richard me ha hablado de ti. —Se volvió hacia ella—. ¿Tomas muchas drogas?

—¡No! Dios mío. ¿Por qué?

—Porque tu amiga sí.

Patty no supo qué hacer con su expresión facial.

—Delante de mí no.

—Vale, por eso se ha ido a los camerinos.

—Ya.

—Lo siento. Sé que es amiga tuya.

—No, me parece interesante saberlo.

—Da la impresión de ir muy bien de fondos.

—Sí, se lo dan sus padres.

—Claro, los padres.

Walter parecía tan preocupado por la desaparición de Eliza que Patty se quedó en silencio. Volvía a sentirse competitiva de un modo enfermizo. Casi no era consciente todavía de su interés por Richard, y aun así le resultaba injusto que Eliza se valiera de algo más que simplemente ella misma, de su belleza —que echa mano de los recursos paternos—, para retener la atención de Richard y comprar su acceso a él. ¡Qué tonta era Patty respecto a las cosas de la vida! ¡Qué rezagada iba respecto a otras personas! ¡Y qué feo se veía todo en el escenario! Los cables desnudos, los cromados fríos de la batería, los micros funcionales, la cinta aislante de secuestrador, los focos como cañones: todo parecía tan descarnado...

—¿Vas a muchos conciertos? —le preguntó Walter.

—No, nunca. Una vez.

—¿Has traído tapones para los oídos?

—No. ¿Los necesito?

—Richard toca a un volumen muy alto. Puedes usar los míos. Están casi nuevos.

Del bolsillo de la camisa se sacó una bolsita con dos larvas blanquecinas de gomaespuma. Patty las miró e hizo lo imposible por esbozar una sonrisa amable.

—No, gracias —contestó.

—Soy una persona muy limpia —aseguró él totalmente en serio—. No hay ningún riesgo para la salud.

—Pero entonces tú te quedarás sin...

—Los partiré por la mitad. Vas a necesitar algo para protegerte.

Patty lo observó mientras partía los tapones cuidadosamente.

—Quizá me los quedo en la mano y espero a ver si los necesito —dijo ella.

Permanecieron allí un cuarto de hora. Eliza, serpenteando y contoneándose, regresó por fin con aspecto radiante justo cuando las luces del local se atenuaban y el público se abalanzaba contra el escenario. Lo primero que hizo Patty fue dejar caer los tapones. Había muchos más empujones y codazos de los que parecía exigir la situación. Un gordo vestido de cuero la embistió por detrás y la aplastó contra el escenario. Eliza agitaba ya el pelo y daba brincos de expectación, y le tocó a Walter obligar a retroceder al gordo y dejarle a Patty un hueco para permanecer de pie.

Los Traumatic, que salieron corriendo al escenario, se componían de Richard, su bajista de toda la vida, Herrera, y dos chicos flacos que parecían recién salidos del instituto. Richard tenía por entonces más de showman de lo que tendría en el futuro, cuando quedó claro que nunca sería una estrella y por consiguiente sería mejor ser una antiestrella. Botaba de puntillas, realizaba pequeñas piruetas con la mano en el mástil de la guitarra y demás. Informó al público que su grupo interpretaría todas las canciones que sabía, y que eso duraría veinticinco minutos. Acto seguido, él y el grupo entraron en un estado de total desenfreno, produciendo una atroz andanada de ruido en el que Patty no distinguía el menor ritmo. Aquella música era como comida demasiado caliente para tener sabor, pero la ausencia de ritmo o melodía no fue obstáculo para que el núcleo duro de los punks de sexo masculino empezara a brincar y chocar hombro contra hombro y pisotearles los tobillos a todas las mujeres a su alcance. En un intento de mantenerse apartada de los punks, Patty acabó separándose de Walter y Eliza. El ruido era realmente insoportable. Richard y otros dos Traumatic chillaban ante sus micrófonos, « ¡Odio el sol! ¡Odio el sol! », y Patty, a quien no le gustaba bastante el sol, echó mano de sus aptitudes baloncestistas para llevar a cabo una fuga inmediata. Se adentró entre la muchedumbre con los codos en alto y, al salir de la refriega, se encontró cara a cara con Carter y su rutilante chica. Siguió adelante hasta llegar a la acera y sentir el aire cálido y limpio de septiembre, bajo un cielo de Minnesota en el que asombrosamente quedaba aún luz crepuscular.

Se quedó un rato ante la puerta del Longhorn, viendo llegar con retraso a seguidores de los Buzzcocks y esperando a ver si Eliza salía a buscarla. Pero fue Walter, no Eliza, quien apareció.

—Estoy bien —dijo ella—. Sólo que me parece que esto no es lo mío.

—¿Te acompaño a casa?

—No, vuelve dentro. Dile a Eliza que regreso a casa sola, para que no se preocupe.

—No se la ve muy preocupada. Deja que te acompañe a casa.

Patty dijo que no, Walter insistió, ella insistió en que no, él insistió en que sí. Entonces ella cayó en la cuenta de que él no tenía coche y se ofrecía a ir en autobús con ella, y ella volvió a insistir en que no, y él en que sí. Mucho después él diría que había empezado a enamorarse de ella mientras esperaban en la parada del autobús, pero en la cabeza de Patty no sonaba ninguna sintonía equivalente. Se sentía culpable por abandonar a Eliza y lamentaba haber perdido los tapones y no haberse quedado más tiempo viendo a Richard.

—Me siento como si hubiera suspendido un examen —comentó.

—Pero ¿te gusta esta clase de música?

—Me gusta Blondie. Me gusta Patti Smith. Supongo que en realidad no, no me gusta esta clase de música.

—¿Es lícito, pues, preguntar por qué has venido?

—Bueno, Richard me invitó.

Walter asintió, como si eso tuviera un significado íntimo para él.

—¿Richard es buena persona? —preguntó Patty.

—¡Buenísima persona! Mejor dicho, depende. Mira, su madre se largó cuando él era pequeño y se convirtió en una fanática religiosa. Su padre, empleado de correos y alcohólico, tuvo cáncer de pulmón cuando Richard estudiaba secundaria, Richard cuidó de él hasta su muerte. Es una persona muy leal, aunque quizá no tanto con las mujeres. De hecho, no es muy buena persona con las mujeres, si es eso lo que quieres saber.

Patty ya lo había intuido y por alguna razón no se sintió molesta por la noticia.

—¿Y tú? —preguntó Walter.

—¿Yo qué?

—¿Eres buena persona? Lo pareces. Y sin embargo...

—¿Y sin embargo?

—¡No trago a tu amiga! —soltó—. No creo que sea una gran persona. De hecho, es más bien espantosa, diría. Es embustera y mala.

—Bueno, es mi mejor amiga —replicó Patty, enfurruñada—. Conmigo no es espantosa. Tal vez simplemente habéis empezado con mal pie.

—¿Siempre te lleva a un sitio y te deja allí plantada mientras toma coca con otros?

—No, la verdad es que eso nunca había pasado.

Walter calló, simplemente se quedó reconcomiéndose en su aversión. No se divisaba ningún autobús.

—A veces me hace sentir muy, muy bien lo mucho que se interesa por mí —añadió Patty al cabo de un rato—. No es que lo haga todo el tiempo, pero cuando lo hace...

—No puedo imaginar que te cueste encontrar a gente que se interese por ti —observó Walter.

Ella negó con la cabeza.

—Pues tengo algún problema. Quiero a todas mis otras amigas, pero tengo la sensación de que siempre hay un muro entre nosotras. Como si todas ellas fueran una clase de personas y yo otra. Más competitiva y egoísta. Básicamente, menos buena. En cierto modo, siempre acabo sintiendo que finjo cuando estoy con ellas. Con Eliza no tengo que fingir nada. Puedo ser sólo yo y aun así ser mejor que ella. O sea, no soy tonta. Me doy cuenta de que está jodida. Pero a una parte de mí le encanta estar con ella. ¿Tú a veces te sientes así con Richard?

—No. En realidad, la mayor parte del tiempo es muy desagradable estar con él. Solo hay una cosa que me gustó de él a primera vista, en el primer año de universidad. Vive entregado a su música, pero también tiene curiosidad intelectual. Admiro eso.

—Eso es porque probablemente eres una persona buena de verdad —comentó Patty—. Lo quieres tal como es, no por cómo te hace sentir. Ésa es probablemente la diferencia entre tú y yo.

—¡Pero tú pareces una persona buena de verdad! —dijo Walter.

Patty sabía, en el fondo, que él se había formado una impresión equivocada de ella. Y el error que cometió a continuación, el verdadero gran error de su vida, fue dar por buena la versión que Walter tenía de ella, pese a saber que no era cierta. Él parecía tan convencido de su bondad que de pronto ella se rindió.

Cuando por fin regresaron al campus, esa primera noche, Patty se dio cuenta de que llevaba una hora hablando de sí misma sin advertir que Walter sólo hacía preguntas, sin contestar ninguna. La idea de intentar ser amable a cambio y mostrar interés le pareció simplemente agotadora, porque el chico no la atraía nada.

—¿Puedo llamarte algún día? —preguntó Walter ante la puerta de su residencia.

Ella le explicó que no haría mucha vida social en los meses siguientes, debido a los entrenamientos.

—Pero ha sido todo un detalle por tu parte acompañarme a casa —dijo—. Te lo agradezco de verdad.

—¿Te gusta el teatro? Tengo amigas con las que voy al teatro. No tendría por qué ser una cita ni nada por el estilo.

—Estoy demasiado ocupada.

—En esta ciudad hay muy buen teatro —insistió él—. Seguro que lo pasarías muy bien.

Pobre Walter: ¿sabía que lo más interesante de él, en los meses en que Patty empezó a conocerlo, era que era amigo de Richard Katz? ¿Reparó en que, cada vez que Patty lo veía, ella se las arreglaba para, con aparente indiferencia, encontrar maneras de llevar la conversación hacia Richard? ¿Sospechaba remotamente, aquella primera noche, cuando ella accedió a que la llamara, que

ella pensaba en Richard?

Ya, dentro, en el piso de arriba, encontró en la puerta un mensaje de que Eliza la había llamado por teléfono. Se sentó en su habitación con los ojos llorosos a causa del humo que tenía impregnado en el pelo y la ropa hasta que Eliza volvió a llamar al teléfono del pasillo, con el ruido del local de fondo, y la reprendió por darle un susto de muerte con su desaparición.

—Eres tú quien ha desaparecido —objetó Patty.

—Sólo he ido a saludar a Richard.

—Has tardado media hora en volver.

—¿Qué ha sido de Walter? —preguntó Eliza—. ¿Se ha marchado contigo?

—Me ha acompañado a casa.

—Uf, qué asco. ¿Te ha dicho que no me traga? Creo que tiene celos de mí. Creo que tiene una especie de cuclago con Richard. Puede que sea un rollo homosexual.

Patty miró a un lado y otro del pasillo para asegurarse de que nadie la oía.

—¿Fuiste tú quien le consiguió la droga a Carter en su cumpleaños?

—¿Cómo? No te oigo.

—¿Fuiste tú quien consiguió aquello que Carter y tú tomabais en su cumpleaños?

—¡No te oigo!

—¡LA COCA DEL CUMPLEAÑOS DE CÁRTER, ¿SE LA LLEVASTE TÚ?!

—¡No! ¡Dios mío! ¿Por eso te has ido? ¿Por eso estás molesta? ¿Eso te ha contado Walter?

Patty, con la barbilla temblándole, colgó el auricular y se pasó una hora bajo la ducha.

A eso siguió una nueva campaña de presión por parte de Eliza, pero esta vez sin gran convicción, porque ahora también andaba tras de Richard. Cuando Walter cumplió su amenaza de telefonar a Patty, ésta se sintió predispuesta a verlo, tanto por su vínculo con Richard como por la emoción de serle desleal a Eliza. Diplomático como era, Walter no volvió a mencionar a Eliza, pero Patty nunca olvidaba la opinión que tenía de su amiga, y una parte virtuosa de ella disfrutaba saliendo y dedicándose a una actividad cultural en lugar de ir a beber vino blanco con soda y escuchar los mismos discos una y otra vez. Ese otoño acabó yendo con Walter dos veces al teatro y una al cine. Cuando empezó la temporada, también lo veía sentado solo en las gradas, sonrojado, divirtiéndose, y saludándola con la mano siempre que ella miraba en su dirección. Cogió la costumbre de telefonarla al día siguiente de cada partido para elogiarla por su juego y exhibir un conocimiento sutil de la estrategia que Eliza jamás se había molestado siquiera en disimular. Si no la encontraba y le dejaba un mensaje,

Patty experimentaba la emoción añadida de devolverle la llamada con la esperanza de hablar no con él, sino con Richard, pero al parecer Richard, lamentablemente, nunca estaba en casa cuando Walter no estaba.

En los breves lapsos entre los bloques de tiempo que Patty pasaba contestando a las preguntas de Walter, llegó a saber que era de Hibbing, Minnesota, y que contribuía a pagarse la carrera de derecho trabajando a tiempo parcial como carpintero de obra para el mismo contratista que daba empleo a Richard como peón, y que tenía que levantarse a las cuatro de la mañana para estudiar. Siempre empezaba a bostezar a eso de las nueve de la noche, cosa que Patty, también con una agenda apretada, agradecía cuando salía con él. Los acompañaban, como él había prometido, tres amigas del instituto y la universidad, tres chicas inteligentes y creativas cuyos problemas de peso y vestidos de tirantes anchos habrían arrancado a Eliza comentarios mordaces si las hubiera conocido. Fue por mediación de esa triada de adoradoras que Patty empezó a descubrir la milagrosa valía de Walter.

Según sus amigas, Walter se había criado en unas minúsculas habitaciones detrás de la oficina de un motel llamado Pinos Susurrantes, con un padre alcohólico, un hermano mayor que le daba una paliza tras otra, un hermano menor que emulaba concienzudamente al mayor en su costumbre de ridiculizarlo, y una madre cuyos impedimentos físicos y ánimo depresivo limitaban a tal punto su rendimiento como cuidadora y conserje de noche del motel que en la temporada alta, en verano, Walter a menudo se pasaba toda la tarde limpiando las habitaciones y luego recibía a los clientes que llegaban a última hora del día mientras su padre bebía con sus compinches veteranos de guerra y su madre dormía. Eso además de sus obligaciones habituales para con la familia, que consistían en ayudar a su padre en el mantenimiento de las instalaciones, haciendo cualquier cosa, desde reparar el asfalto del aparcamiento hasta desatascar las cañerías, pasando por las reparaciones de la caldera. Su padre dependía de su ayuda, y Walter se la concedía con la esperanza permanente de obtener su aprobación, cosa que, según decían sus amigos, era imposible, porque Walter era demasiado sensible e intelectual y no le entusiasaban la caza, ni las pickups ni la cerveza (al contrario de sus hermanos). Pese a trabajar una cantidad de horas equivalente a un año entero a jornada completa en un empleo no remunerado, Walter había conseguido también intervenir en las obras de teatro y los musicales del colegio, inspirar una eterna devoción en numerosos amigos de la infancia, aprender de su madre cocina, costura básica, cultivar su interés por la naturaleza (peces tropicales, hormigueros artificiales, cuidados intensivos a polluelos, prensado de flores), y graduarse primero de su promoción. Le ofrecieron una beca en una universidad de élite, pero prefirió ir a Macalester, que estaba relativamente cerca de Hibbing y le permitía coger el autobús los fines de semana para ir a ayudar a su madre a

combatir la progresiva decadencia del motel (al parecer, el padre tenía por entonces enfisema y no daba más de sí). Walter había soñado con ser director de cine o incluso actor, pero en lugar de eso estudiaba Derecho en la universidad, porque, como al parecer había dicho: «Es necesario que alguien en la familia cobre un sueldo de verdad».

Patty experimentaba —dado que Walter no la atraía— cierta competitividad perversa, y se sentía vagamente ofendida por la presencia de otras chicas en lo que podían haber sido citas, y la complacía advertir que era por ella, y no por las otras, que a él le brillaban los ojos y le aparecía un incontenible rubor en la cara. Le gustaba ser la protagonista, claro que sí. En casi todas las circunstancias. La última vez que fueron al teatro, al Guthrie en diciembre, Walter llegó justo antes de levantarse el telón, medio cubierto de nieve, con regalos de Navidad: libros de bolsillo para las otras chicas y, para Patty, una enorme flor de pascua con la que había cargado en el autobús y recorrido las calles llenas de charcos y nieve sucia, y que le había costado que aceptaran en el guardarropa. Para todos quedó claro, incluso para Patty, que la intención al obsequiar a las otras chicas con libros interesantes y a ella con una planta era todo lo contrario a una falta de respeto. El hecho de que Walter no invirtiera su entusiasmo en una versión más esbelta de aquellas amables amigas que tanto lo adoraban, sino en Patty, que aplicaba su inteligencia y su creatividad fundamentalmente a concebir nuevas formas de mencionar a Richard Katz con aparente indiferencia, resultaba confuso y alarmante, pero también incuestionablemente halagüeño. Después de la representación, Walter cargó con la flor de pascua todo el camino hasta la residencia, en el autobús y por más calles llenas de charcos y nieve sucia. La tarjeta adjunta, que Patty abrió en su habitación, rezaba: «Para Patty, con mucho cariño, de su admirador».

Fue justo por aquel entonces cuando Richard decidió quitarse de encima a Eliza. Por lo visto, era de esos que abandonan sin contemplaciones. Eliza estaba fuera de sí cuando telefoneó a Patty con la noticia, quejándose de que «el maricón» había indisputado a Richard en su contra, que Richard no le daba la menor oportunidad y pidiéndole a Patty que la ayudara a concertar un encuentro con él, ya que él se negaba a dirigirle la palabra o abrirle siquiera la puerta de su apartamento.

—Tengo exámenes finales —respondió Patty con frialdad.

—Puedes ir allí y yo te acompañaré —propuso Eliza—. Sólo necesito verlo y explicárselo.

—¿Explicar qué?

—¡Que tiene que darme una oportunidad! ¡Que merezco ser escuchada.

—Walter no es gay —dijo Patty—. Eso son fantasías tuyas.

—¡Dios mío! ¡También a ti te ha puesto en mi contra!

—No. No es eso.

—Voy a tu casa ahora mismo y planeamos algo juntas.

—Mañana por la mañana tengo el examen final de historia. Necesito estudiar.

Patty descubrió entonces que Eliza había dejado de ir a clase hacía seis semanas, por la atención que dedicaba a Richard. Eso se lo había *hecho* él, ella había renunciado a todo por él, y ahora la plantaba y ella tenía que evitar que sus padres se enteraran de que iba a suspenderlo todo. Y en ese momento quería ir a la residencia de Patty, y que ésta se quedara allí a esperarla para poder hacer planes.

—Estoy muy cansada —dijo—. Tengo que estudiar y luego dormir.

—¡No me lo puedo creer! ¡Os ha puesto a los dos contra mí! ¡Mis dos personas favoritas en el mundo!

Patty consiguió poner fin a la llamada, se marchó apresuradamente a la biblioteca y se quedó allí hasta que cerraron. Estaba convencida de que Eliza estaría esperándola delante de su residencia, fumando y empeñada en tenerla media noche en vela. La horrorizaba tener que pagar ese precio por la amistad, pero a la vez se lo tomaba con resignación, y por eso experimentó una extraña decepción al llegar a su residencia y no ver ni rastro de Eliza. Casi le entraron ganas de telefonarla, pero su alivio y su cansancio pudieron más que su culpabilidad.

Durante tres días no tuvo noticias de Eliza. La noche antes de que Patty se marchara por las vacaciones de Navidad, por fin marcó su número para asegurarse de que no pasaba nada, pero el teléfono sonó y sonó. Regresó a su casa en Westchester en medio de una nube de culpabilidad y preocupación que se fue espesando a cada intento fallido, desde el teléfono de la cocina de casa de sus padres, de ponerse en contacto con su amiga. En Nochebuena llegó al extremo de telefonar al Pinos Susurrantes de Hibbing, en Minnesota.

—¡Qué magnífico regalo de Navidad! —exclamó Walter—. Saber de ti.

—Ah, bueno, gracias. En realidad, te llamo por Eliza. Es como si hubiera desaparecido.

—Considérate afortunada. Richard y yo al final tuvimos que desconectar el teléfono.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hace dos días.

—Ah, bueno, es un alivio saberlo.

Patty se quedó hablando con Walter, contestando a sus muchas preguntas, explicando el desenfrenado consumismo navideño de sus hermanos y los divertidos y humillantes recordatorios anuales de su familia sobre la edad que

tenía cuando dejó de creer en Papá Noel, y las extravagantes conversaciones sexuales y escatológicas de su padre con su hermana mediana, y las «quejas» de ésta sobre lo fácil que era el primer curso de Yale, y los comentarios de su madre cuestionando la decisión, tomada veinte años antes, de dejar de celebrar la Hanuká y otras fiestas judías.

—¿Y a ti cómo te va? —preguntó Patty al cabo de media hora.

—Bien —contestó él—. Estoy cocinando con mi madre. Richard está jugando a las damas con mi padre.

—Eso suena agradable. Me gustaría estar ahí.

—A mí también me gustaría. Podríamos hacer una excursión con raquetas de nieve.

—Eso suena muy agradable.

De verdad se lo parecía, y Patty ya no sabía si era la presencia de Richard la razón por la que Walter le resultaba atractivo o si le resultaba atractivo por sí mismo: por su capacidad de convertir el sitio donde estaba, fuera cual fuese, en un lugar acogedor.

La horrible llamada de Eliza tuvo lugar la noche de Navidad. Patty la atendió desde el supletorio del sótano, donde veía sola un partido de la NBA. Antes siquiera de poder disculparse, la propia Eliza se disculpó por su silencio y dijo que había estado ocupada yendo de médico en médico.

—Dicen que tengo leucemia —anunció.

—No.

—Empiezo el tratamiento después de Año Nuevo. Aparte de ti, sólo lo saben mis padres, y no puedes decírselo a nadie. Y mucho menos a Richard. ¿Me juras que no se lo dirás a nadie?

La nube de culpabilidad y preocupación de Patty se condensó de pronto en una tormenta de emociones. Lloró y lloró y le preguntó a Eliza si estaba *segura*, si los médicos estaban *seguros*. Eliza explicó que venía sintiéndose cada vez más molida a lo largo del otoño, pero que no había querido decírselo a nadie, porque temía que Richard la abandonase si resultaba que tenía mononucleosis, pero al final se sentía tan hecha polvo que fue al médico, y el veredicto había llegado hacía dos días: leucemia.

—¿Es de la mala?

—Todas son malas.

—Pero ¿de las que tienen cura?

—Hay muchas posibilidades de que el tratamiento ayude. Sabré más dentro de una semana.

—Volveré antes. Puedo instalarme en tu casa.

Pero Eliza, curiosamente, ya no quería a Patty en su casa.

Respecto al asunto de Papá Noel: la autobiografía no simpatiza en absoluto con los padres mentirosos, y sin embargo esto admite matizaciones. Hay mentiras que uno le dice a alguien para quien se está organizando una fiesta sorpresa, mentiras que se cuentan con ánimo jocoso, y por otro lado están las mentiras que uno le dice a alguien para que quede en ridículo si se las cree. Una Navidad, en su adolescencia, Patty se molestó tanto por las mofas de que era objeto a causa de su anormalmente duradera fe infantil en Papá Noel (que había perdurado incluso después de que dos hermanos menores la perdieran) que se negó a salir de su habitación para la cena de Navidad. Cuando su padre fue a suplicarle, por una vez dejó de sonreír y le explicó muy serio que la familia había preservado su ilusión porque su inocencia era algo hermoso y la querían especialmente por ello. Eso fue agradable de oír, pero al mismo tiempo una clara mentira, como demostraba el inmenso placer que todos experimentaban al engañarla. A juicio de Patty, los padres tenían el deber de enseñar a sus hijos a distinguir la realidad.

Baste decir que Patty, en sus muchas semanas de invierno haciendo el papel de Florence Nightingale con Eliza —abriéndose paso a través de una ventisca para llevarle sopa, limpiándole la cocina y el baño, quedándose hasta tarde por la noche con ella viendo la televisión cuando debía estar durmiendo antes de un partido, a veces dejándose vencer por el sueño abrazada a su amiga consumida, sometiéndose a palabras de cariño extremas («Eres mi ángel divino», «Ver tu cara es como estar en el cielo», etcétera, etcétera), y negándose, al mismo tiempo, a devolver las llamadas de Walter y a explicarle por qué ya no tenía tiempo para salir con él—, fue incapaz de advertir un sinfín de señales de alarma. No, decía Eliza, aquella quimioterapia en particular no era de las que provocaban la caída del cabello. Y no, no era posible programar los tratamientos en horas en que Patty pudiera acompañarla a casa desde la clínica. Y no, no quería dejar su apartamento e irse a vivir con sus padres, y si sus padres iban a verla continuamente, era sólo por casualidad que Patty nunca los encontrara, y no, no era raro que los pacientes de cáncer se administrasen antieméticos con una aguja hipodérmica como la que Patty descubrió en el suelo debajo de la mesilla de noche de Eliza.

Posiblemente la principal señal de alarma fue la forma en que ella, Patty, eludió a Walter. En enero lo vio en dos partidos y cruzó unas palabras con él, pero después él faltó a un montón de partidos, y la razón consciente de Patty para no devolverle los numerosos mensajes telefónicos posteriores fue que la avergonzaba reconocer lo mucho que veía a Eliza. Pero ¿por qué tenía que avergonzarse de cuidar de una amiga enferma de cáncer? Y análogamente ¿cuánto le habría costado, cuando estaba en quinto de primaria, abrir los oídos al cinismo de sus compañeros de clase con relación a Papá Noel, si ella hubiese tenido el mínimo interés por descubrir la verdad? Tiró a la basura la enorme flor de

pascua pese a que aún estaba viva.

Walter por fin la localizó a finales de febrero, a última hora de un día nevado en que se disputaba el gran partido de las Gophers contra la UCLA, su máximo rival de esa temporada. Ese día Patty ya estaba mal predispuesta hacia el mundo, debido a una conversación telefónica de esa mañana con su madre, que celebraba su cumpleaños. Patty había tomado la firme resolución de no parlotear sobre su vida para descubrir una vez más que Joyce no la escuchaba y le importaba un carajo el lugar en la clasificación del equipo rival, pero ni siquiera tuvo oportunidad de poner a prueba ese autodomínio, por lo eufórica que estaba Joyce a causa de la hermana mediana de Patty, que se había presentado para el papel principal en una reposición Off Broadway de *Frankie y la boda* expresamente a instancias de su profesor de Yale y había conseguido la plaza de suplente, cosa que por lo visto era todo un logro que podía dar pie a que su hermana interrumpiera sus estudios en Yale provisionalmente y viviera en casa, dedicándose plenamente al teatro; y Joyce no cabía en sí de júbilo.

Cuando Patty avistó a Walter doblando la esquina de la biblioteca Wilson, un lóbrego edificio de obra vista, se dio media vuelta y se alejó a toda prisa, pero él echó a correr detrás de ella. La nieve se había acumulado en el enorme gorro de piel de Walter, que tenía el rostro rojo como un faro de navegación. Aunque intentó sonreír y mostrarse amable, la voz le tembló cuando le preguntó a Patty si había recibido sus mensajes telefónicos.

—Es que he estado muy ocupada —respondió ella—. Siento mucho no haberte devuelto las llamadas.

—¿Es por algo que dije? ¿Te he ofendido de alguna manera?

Estaba dolido y enfadado, y ella no soportaba verlo así.

—No, no, nada de eso —dijo.

—Te habría llamado aún más, pero no quería seguir molestandote.

—Realmente estoy muy, muy ocupada —musitó ella bajo la nieve que caía.

—La persona que atiende el teléfono empezó a mostrarse muy irritada conmigo, porque siempre dejaba el mismo mensaje.

—Es que tiene la habitación justo al lado del teléfono, así que... es comprensible. Le dejan muchos mensajes.

—Para mí no es comprensible —respondió Walter casi al borde de las lágrimas—. ¿Quieres que te deje en paz? ¿Es eso?

Patty no soportaba las escenas como ésa, no las soportaba.

—De verdad que estoy muy ocupada —insistió—. Y de hecho esta noche tengo un partido importante, así que...

—No —dijo Walter—. Pasa algo. ¿Qué es? ¿Se te ve tan triste!

No quería mencionar la conversación con su madre, porque intentaba mentalizarse para el partido y era mejor no darles vueltas a esas cosas. Pero Walter exigió tan desesperadamente una explicación —la exigió de una manera

que excedía sus propios sentimientos, la exigió casi por una cuestión de *justicia*— que ella se sintió obligada a contestar algo.

—Oye —dijo—, tienes que jurarme que no se lo contarás a Richard — aunque se dio cuenta, ya en el momento mismo de decirlo, de que nunca había entendido del todo esa prohibición—, pero es que Eliza tiene leucemia. Es espantoso.

Para su sorpresa, Walter se echó a reír.

—Eso es poco probable.

—Pues es verdad —afirmó ella—. Te parezca probable o no.

—Vale. ¿Y sigue tomando heroína?

Un detalle al que ella rara vez había prestado atención —que él era dos años mayor que ella— de pronto se dejó notar.

—Tiene leucemia —dijo Patty—. No sé nada de heroína.

—Incluso Richard tiene la sensatez de no meterse eso. Lo cual ya es mucho decir, créeme.

—Yo no sé nada al respecto.

Walter asintió y sonrió.

—Entonces eres realmente una persona adorable.

—No sabría decirte —dijo Patty—. Pero ahora tengo que ir a comer y prepararme para el partido.

—Esta noche no podré ir a verte jugar —comentó Walter cuando ella se volvía para marcharse—. Tenía la intención, pero Harry Blackmun da una conferencia. Tengo que ir.

Ella se volvió hacia él, irritada.

—No pasa nada.

—Es miembro del Tribunal Supremo. Redactó Roe contra Wade.

—Ya lo sé —saltó ella—. Mi madre prácticamente le ha puesto un altar donde quema incienso. No tienes que explicarme quién es Harry Blackmun.

—Bueno. Lo siento.

La nieve se arremolinaba entre ellos.

—Bueno, pues no te molestaré más —dijo Walter—. Siento lo de Eliza. Espero que se ponga bien.

La autobiografía sólo se culpa a sí misma —no a Eliza, no a Joyce, no a Walter— de lo que ocurrió a continuación. Como todo jugador, había pasado por muchas rachas sin apenas anotar y jugado no pocos partidos a un alto nivel, pero incluso en sus peores noches se había sentido al amparo de algo mayor —del equipo, la deportividad, la idea de que el deporte era *importante*— y había obtenido verdadero consuelo de los gritos de aliento de sus hermanas de equipo y su guasa para acabar con el gafe en el descanso, las variaciones sobre los temas

«pedradas» y «manos de mantequilla», las frases hechas que ella misma había gritado mil veces antes. Siempre había querido tener la pelota, porque la pelota siempre la había salvado, la pelota era lo único que ella sabía con certeza que tenía en la vida, la pelota había sido su compañera leal en los interminables veranos de su infancia. Y como todas las actividades repetitivas que lleva a cabo la gente en la iglesia, tan anodinas o falsas a ojos de los no creyentes —el choque de palmas después de cada canasta, la piña después de cada tiro libre marcado, el choque de palmas cada vez que una jugadora abandonaba la pista, los inacabables gritos de « ¡Bien hecho, SHAWNA!» y « ¡Así se juega, CATHY, bien visto!» y « ¡ZAS, ZAS, YUJU, YUJU!» —, se habían convertido en algo tan natural en ella y tenían tanto sentido como apoyo necesario para alcanzar un alto rendimiento sin pensar, que no se le habría ocurrido avergonzarse de ello más que del hecho de sudar copiosamente por correr de un lado al otro de la cancha. El deporte femenino no era todo dulzura y luz, naturalmente. Bajo los abrazos había enconadas rivalidades y juicios morales y aguda impaciencia, Shawna echándole a Patty en cara que le diera demasiados pases de salida a Cathy y no los suficientes a ella, Patty subiéndose por las paredes cuando la lerda de la pívot suplente, Abbie Smith, desperdiciaba una posesión jugando la pelota en un salto entre dos que después no podía controlar, Mary Jane Rorabacker alimentando una rencilla eterna contra Cathy por no invitarla a compartir habitación con ella, Patty y Shawna en el primer curso a pesar de haber sido las estrellas en St. Paul Central, cada titular sintiendo un alivio culpable cuando una prometedora nueva incorporación y posible rival tenía un mal rendimiento bajo presión, etcétera, etcétera, etcétera. Pero los deportes de competición se basaban en el truco de la fe, una forma de creencia, y en cuanto te la inculcaban plenamente, a finales de primaria o en secundaria como muy tarde, no tenías que plantearte nada importante cuando ibas al gimnasio y te ponías la camiseta, conocías la Respuesta a la Pregunta, la Respuesta era el Equipo, y los insignificantes asuntos personales quedaban de lado.

Es posible que Patty, en su agitación posterior al encuentro con Walter, se olvidara de comer lo suficiente. Notó que algo andaba mal desde el momento mismo en que llegó al pabellón Williams. Las jugadoras del equipo de la UCLA eran altas y corpulentas, con tres titulares de metro ochenta o más, y el plan de juego de la entrenadora Treadwell consistía en desgastarlas en las transiciones y dejar que las jugadoras de menor estatura, en especial Patty, se escabulleran y atacaran antes de que Las Bruins pudieran organizar su defensa. En defensa el plan era emplear mayor agresividad e intentar cargar de faltas lo antes posible a las dos principales taponadoras. No se esperaba que las Gophers ganaran, pero si lo lograban, podrían situarse entre los veinte mejores equipos en la clasificación nacional ofensiva, el puesto más alto que habrían tenido durante la etapa de Patty. Y por tanto era la noche menos indicada para que ella perdiera la fe.

Experimentaba una debilidad extraña. En los estiramientos tuvo el nivel habitual de movimiento, pero en cierto modo sentía los músculos agarrotados. Los gritos de ánimo de sus compañeras le pusieron los nervios de punta, y una opresión en el pecho, cierta timidez, la inhibió de contestarles también a pleno pulmón.

Logró apartar todo pensamiento sobre Eliza, pero en cambio acabó pensando sin querer que, si bien su propia carrera terminaría para siempre pasada una temporada y media, su hermana mediana podría seguir adelante y ser una actriz famosa durante toda su vida, y que, por consiguiente, vaya una dudosa inversión de tiempo y recursos había sido para ella el deporte, y que había pasado por alto alegremente las insinuaciones de su madre a tal efecto a lo largo de los años. Ninguno de estos pensamientos —puede decirse con certeza— es recomendable antes de un partido importante.

—Basta con que seas tú misma, sé extraordinaria —le aconsejó la entrenadora Treadwell—. ¿Quién es nuestra líder?

—Yo soy nuestra líder.

—Más alto.

—¡Yo soy nuestra líder!

—¡Más alto!

—¡Yo soy nuestra líder!

Quien haya practicado alguna vez un deporte de equipo sabrá que, después de decir esto, Patty se sintió de inmediato más fuerte y más centrada y más líder. Es curioso cómo surte efecto el truco: la transfusión de aplomo por medio de simples palabras. Se sintió a gusto durante el calentamiento y a gusto con el apretón de manos de las capitanas de las Bruins y al sentir sus miradas ponderativas. Sabiendo que les habían advertido que ella era una amenaza como anotadora, además de dirigir el ataque de las Gophers; se vistió con su fama de jugadora de éxito como si se pusiera una armadura. Pero una vez que uno ha entrado en el partido y empieza sufrir una hemorragia de aplomo, ya no es posible una transfusión desde la línea de banda. Patty anotó una canasta en una transición rápida culminada con un gancho, y en esencia ahí terminó su noche. Ya en el segundo minuto, supo con un nudo en la garganta que iba a pinchar como nunca antes había pinchado. Su equivalente en las Bruins la aventajaba en cinco centímetros y quince kilos y la superaba de forma drástica en el salto, pero el problema no sólo era físico, o primordialmente físico. El problema era la sensación de derrota en su alma. En lugar de inflamarse competitivamente por la injusticia de la estatura media de las Bruins y perseguir implacablemente la pelota, como le había indicado la entrenadora, se sintió derrotada por la injusticia: se compadeció de sí misma. Las Bruins probaron con una presión en toda la cancha y descubrieron que les daba un resultado espectacular. Shawna capturaba el rebote y le pasaba la pelota a Patty, pero ésta se quedaba atrapada en el rincón

y se rendía. Volvía a recibir la pelota y pisaba fuera del campo. Volvía a recibir la pelota y la ponía directamente en manos de una defensora, como si le hiciera un regalo. La entrenadora pidió tiempo muerto y le ordenó que se situara en una posición más avanzada en las transiciones; pero allí la esperaban las Bruins. Un pase largo salió de sus manos y fue derecho a la gradería. Mientras combatía el nudo en la garganta, mientras intentaba encolerizarse, cometió una falta por una carga antirreglamentaria. No tenía elasticidad para el tiro en suspensión. Perdió la pelota dos veces bajo el aro, y la entrenadora la hizo salir para motivarla.

—¿Dónde está mi chica? ¿Dónde está mi líder?

—Esta no es mi noche.

—Claro que lo es. Lo que necesitas está dentro de ti. Encuéntralo.

—De acuerdo.

—Gritame. Déjalo salir.

Patty negó con la cabeza.

—No quiero dejarlo salir.

La entrenadora, en cuclillas, clavó la vista en su rostro, y Patty, con un gran esfuerzo de voluntad, se obligó a mirarla a los ojos.

—¿Quién es nuestra líder?

—Yo.

—Levanta la voz.

—No puedo.

—¿Quieres que te deje en el banquillo? ¿Eso es lo que quieres?

—¡No!

—Entonces sal ahí. Te necesitamos. Sea cual sea el problema, ya hablaremos de ello más tarde. ¿Vale?

—Vale.

Esta nueva transfusión se perdió directamente en la hemorragia, sin circular ni una sola vez por el cuerpo de Patty. Siguió jugando por consideración a sus compañeras, pero volvió a su antiguo hábito de actuar desinteresadamente, de seguir las jugadas en lugar de dirigirlas, de pasar la pelota en lugar de lanzar, y luego a su hábito incluso más antiguo de quedarse en la periferia de la zona y probar con tiros de lejos, algunos de los cuales quizá hubieran entrado cualquier otra noche, pero no ésa. ¡Qué difícil es esconderse en una cancha de baloncesto! Patty se vio superada en defensa una y otra vez, y cada derrota hacía más probable la siguiente derrota. Lo que sentía pasó a resultarle mucho más familiar en etapas posteriores de la vida, cuando conoció la depresión grave, pero esa noche de febrero era para ella una novedad horrenda sentir el partido arremolinarse a su alrededor, totalmente fuera de su control, e intuir que todo lo que sucedía, cada vez que la pelota se acercaba y se alejaba, cada vez que plantaba pesadamente los pies en el suelo después de un salto, cada intento de cubrir a una Bruin plenamente concentrada y resuelta, cada cordial palmada en

el hombro de una compañera durante el descanso, sólo significaba una cosa: que ella era mala, que no tenía futuro y sus esfuerzos eran inútiles.

Al final, la entrenadora la sentó definitivamente en el banquillo hacia la mitad de la segunda parte, cuando las Gophers perdían por veinticinco puntos. Se recompuso un poco en cuanto se vio libre de peligro en el banquillo. Recuperó la voz y exhortó a sus compañeras y chocó los cinco con ellas como una novata ansiosa, deleitándose en la humillación de verse reducida al papel de animadora en un partido en el que debería haber sido la protagonista, aceptando la vergüenza de verse consolada con excesiva delicadeza por sus compasivas compañeras. Sentía que merecía plenamente esa humillación y esa vergüenza, después de haberla pifiado tanto. Revolcarse en aquella mierda fue su mejor sensación del día.

Después, en el vestuario, soportó el sermón de la entrenadora sin escuchar y luego, sentada en un banco, se pasó media hora llorando. Sus amigas tuvieron la consideración de dejarla en paz.

Con su parka de plumón y su gorro de las Gophers, fue al auditorio Northrop, con la esperanza de que, por algún motivo, la conferencia de Blackmun aún no hubiera acabado, pero el edificio estaba cerrado y a oscuras. Pensó en regresar a la residencia y telefonar a Walter, pero se dio cuenta de que lo que le apetecía de verdad en ese momento era violar las reglas del entrenamiento y ponerse ciega de vino. Recorrió las calles nevadas hasta el apartamento de Eliza, y allí fue consciente de que lo que realmente le apetecía era insultar a gritos a su amiga.

Eliza, por el portero automático, adujo que era tarde y estaba cansada.

—No; tienes que dejarme subir —respondió Patty—. No es optativo.

Eliza la dejó entrar y luego se tumbó en el sofá. Estaba en pijama y escuchaba una especie de jazz vibrante. El ambiente estaba cargado de letargo y humo rancio. Patty se quedó de pie junto al sofá, arrebujada en su parka, con la nieve fundiéndose en sus zapatillas, y se fijó en la lentitud con que respiraba Eliza y lo mucho que el impulso de hablar tardaba en hacerse efectivo: varios movimientos aleatorios de músculos faciales volviéndose progresivamente menos aleatorios y al final cobrando forma de pregunta susurrada.

—¿Cómo ha ido el partido?

Patty no contestó. Al cabo de un rato, fue evidente que Eliza se había olvidado de ella.

Como no parecía tener mucho sentido insultarla a gritos en ese preciso momento, Patty optó por registrar el apartamento. Los utensilios para la droga aparecieron de inmediato, allí mismo, en el suelo, al pie del sofá: Eliza se había limitado a tapparlos con un cojín. En el fondo de un nido de revistas de poesía y música en el escritorio de Eliza estaba el archivador azul de tres anillas. Por lo que Patty vio, no había añadido nada desde el verano. Echó una ojeada a los

papeles y facturas de Eliza, buscando algo de carácter médico, pero no encontró nada. El disco de jazz sonaba en modo repetición. Patty apagó el aparato y se sentó en la mesita de centro con el álbum de recortes y los utensilios ante ella.

—Despierta —ordenó.

Eliza apretó aún más los párpados.

Patty le sacudió una pierna.

—Despierta.

—Necesito un cigarrillo. La quimio me ha dejado grogui de verdad.

Patty, agarrándola por el hombro, la obligó a erguirse de un tirón.

—Oye —dijo Eliza con una sonrisa turbia—, qué alegría verte.

—No quiero seguir siendo tu amiga —dijo Patty—. No quiero volver a verte.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Eliza cerró los ojos y cabeceó.

—Necesito tu ayuda —suplicó—. He estado drogándome por el dolor. Por el cáncer. Quería contártelo. Pero me daba vergüenza.

Se ladeó y volvió a acostarse.

—Tú no tienes cáncer —aseguró Patty—. Eso no es más que una mentira que te has inventado porque se te ha metido en la cabeza una idea absurda sobre mí.

—No; tengo leucemia. Tengo leucemia, de verdad.

—He venido a decírtelo en persona, por cortesía. Pero ahora ya me voy.

—No. Tienes que quedarte. Tengo un problema con la droga y tú tienes que ayudarme.

—No puedo ayudarte. Tendrás que acudir a tus padres.

Siguió un largo silencio.

—Dame un cigarrillo —pidió Eliza.

—Detesto tus cigarrillos.

—Creía que entendías de padres, de no ser la persona que ellos quieren.

—No entiendo nada de ti.

Siguió otro silencio. Por fin Eliza dijo:

—Ya sabes lo que pasará si te vas, ¿no? Me mataré.

—Vaya, ésa es una razón excelente para que me quede y seamos amigas —comentó Patty—. Parece un plan muy divertido para las dos.

—Sólo digo que seguramente eso es lo que haré. Tú eres la única cosa hermosa y real que tengo.

—Yo no soy una cosa —señaló Patty puntillosamente.

—¿Has visto alguna vez a alguien chutarse? Últimamente se me da bastante bien.

Patty cogió la jeringuilla y la droga y se las guardó en el bolsillo de la parka.

—¿Cuál es el número de teléfono de tus padres?

—No los llames.

—Voy a llamarlos. No es optativo.

—¿Te quedarás conmigo? ¿Vendrás a visitarme?

—Sí —mintió Patty—. Ahora dime su número.

—Siempre me preguntan por ti. Creen que eres una buena influencia en mi vida. ¿Te quedarás conmigo?

—Sí —volvió a mentir Patty—. ¿Me das el número?

Cuando llegaron los padres, pasada la medianoche, exhibían la expresión sombría de personas que ven interrumpido el disfrute de un largo período sin tener que afrontar precisamente esa clase de situaciones. A Patty la fascinó conocerlos por fin, pero obviamente el sentimiento no era mutuo. El padre tenía una barba poblada y los ojos oscuros hundidos; la madre era menuda y calzaba botas de piel con tacón, y juntos transmitían una fuerte vibración sexual que a Patty le recordó las películas francesas y los comentarios de Eliza, a saber, que se consideraban, el uno al otro, el amor de sus vidas. A Patty no le habría importado oír unas palabras de disculpa por dejar suelta a una hija trastornada cerca de terceras personas desprevenidas como ella, o unas palabras de agradecimiento por quitarles el peso de su hija durante esos últimos dos años, o unas palabras de reconocimiento hacia aquellos cuyo dinero había financiado la última crisis. Pero en cuanto la pequeña familia nuclear se reunió en la sala de estar, se desarrolló una peculiar obra dramática, de tipo diagnóstico, en la que Patty no parecía tener ningún papel.

—Bueno, qué drogas —dijo el padre.

—Mmm, caballo —contestó Eliza.

—Caballo, tabaco, alcohol. ¿Qué más? ¿Algo más?

—Un poco de coca alguna que otra vez. Ahora ya no mucha.

—¿Algo más?

—No, sólo eso.

—¿Y tu amiga?, ¿también consume?

—No, ella es una gran estrella del baloncesto —contestó Eliza—. Ya os lo conté. Es totalmente seria y maravillosa. Es fantástica.

—¿Ella sabía que consumías?

—No, le dije que tenía cáncer. No sabía nada.

—¿Y eso cuánto ha durado?

—Desde Navidad.

—Así que te creyó. Concebiste una mentira complicada que ella se creyó.

Eliza dejó escapar una risita.

—Sí, yo me lo creí —intervino Patty.

El padre ni siquiera la miró.

—¿Y esto qué es? —dijo, sosteniendo en alto el archivador azul.

—Es mi Libro de Patty —respondió Eliza.

—Parece una especie de álbum de recortes obsesivo —le dijo el padre a la

madre.

—O sea que ella te ha dicho que te abandonaba —dijo la madre— y entonces tú le has dicho que ibas a matarte.

—Algo así —admitió Eliza.

—Esto es francamente obsesivo —comentó el padre mientras pasaba las hojas.

—¿De verdad tienes inclinaciones suicidas? —preguntó la madre—. ¿O era sólo una amenaza para retener a tu amiga?

—Más que nada una amenaza —contestó Eliza.

—¿Más que nada?

—Vale, la verdad es que no tengo intenciones suicidas.

—Y sin embargo comprenderás que ahora tenemos que tomárnoslo en serio —continuó la madre—. No nos queda más remedio.

—¿Saben?, creo que me voy a ir ya —dijo Patty—. Tengo clase por la mañana, y...

—¿Qué tipo de cáncer dijiste que tenías? —preguntó el padre—. ¿En qué parte del cuerpo?

—Dije que era leucemia.

—En la sangre, pues. Un cáncer ficticio en la sangre.

Patty dejó los utensilios de la droga en el cojín de una butaca.

—Dejo esto aquí —dijo—. De verdad tengo que irme.

Los padres la miraron, se miraron, y asintieron.

Eliza se levantó del sofá.

—¿Cuándo te veré? ¿Te veré mañana?

—No —respondió Patty—. No lo creo.

—¡Espera! —Eliza se precipitó hacia ella y la cogió de la mano—. La he cagado, pero me pondré bien, y entonces podremos volver a vernos. ¿Vale?

—Sí, vale —mintió Patty mientras los padres intervenían para despegar a su hija de ella.

Fuera, el cielo se había despejado y la temperatura había descendido a casi dieciocho grados bajo cero. Patty inhaló una bocanada tras otra de aire limpio hasta lo más hondo de sus pulmones. ¡Era libre!, ¡libre! Y, ay, cómo le hubiera gustado volver atrás y jugar otra vez el partido contra la UCLA. Incluso a la una de la madrugada, incluso con el estómago vacío, se sentía preparada para triunfar. Echó a correr por la calle de Eliza, impulsada por la pura euforia de su libertad, oyendo ahora las palabras de su entrenadora por primera vez, tres horas después de haber sido pronunciadas, oyéndola decir que no era más que un partido, que todo el mundo tenía un mal partido, que volvería a ser la de siempre al día siguiente. Se sintió preparada para consagrarse con mayor intensidad que nunca a mantenerse en forma y mejorar sus aptitudes, preparada para ir más al teatro con Walter, preparada para decirle a su madre: « ¡Qué buena noticia lo de

Frankie y la boda!» . Preparada para ser una persona mejor en todos los sentidos. En su euforia, corrió tan a ciegas que no vio la placa de hielo en la acera hasta que su pierna izquierda resbaló horriblemente hacia un costado, cruzándose por detrás de la derecha, y se quedó tendida en el suelo con la rodilla destrozada.

No hay gran cosa que decir sobre las seis semanas posteriores. Se sometió a dos intervenciones quirúrgicas, la segunda como consecuencia de una infección causada por la primera, y se convirtió en un as de las muletas. Su madre viajó en avión para estar presente en la primera operación y trató al personal del hospital como si fueran paletos del Medio Oeste de dudosa inteligencia, lo que obligó a Patty a disculparse por ella y mostrarse especialmente amable siempre que su madre no estaba en la habitación. Cuando resultó que tal vez Joyce había desconfiado con razón de los médicos, Patty se sintió tan mortificada que ni siquiera la llamó para contarle sobre la segunda operación hasta el día antes. Le aseguró a Joyce que no hacía ninguna falta que volviera a viajar hasta allí: tenía un montón de amigas que cuidarían de ella.

Walter Berglund había aprendido con su propia madre a tratar con consideración a mujeres aquejadas de alguna dolencia, y aprovechó la prolongada incapacidad de Patty para reinsertarse en su vida. Al día siguiente de la primera intervención, se presentó con una araucaria de un metro veinte y comentó que quizá ella prefería una planta viva a unas flores cortadas que no durarían. Después de eso, se las arregló para ver a Patty casi a diario, salvo los fines de semana, cuando estaba en Hibbing ayudando a sus padres, y enseguida se granjeó el aprecio de sus amigas deportistas con su amabilidad. Las amigas más feúchas agradecían que las escuchara con mucha más atención que todos los chicos incapaces de ver más allá de su aspecto físico, y Cathy Schmidt, su amiga más despierta, dictaminó que Walter tenía inteligencia suficiente para formar parte del Tribunal Supremo. Constituía una novedad en el Mundo del Atleta Femenino tener cerca a un chico en cuya presencia todas se sentían a gusto y relajadas, un chico que podía estar presente en la sala de la residencia durante los descansos cuando estudiaban y ser uno más entre ellas. Y todas se daban cuenta de que estaba loco por Patty, y todas salvo Cathy Schmidt coincidían en que aquello era de lo más genial.

Cathy, como ya se ha comentado, era más perspicaz que las otras.

—En realidad no te gusta tanto, ¿verdad? —preguntó.

—Más o menos —contestó Patty—, pero menos que más.

—O sea que... no sois...

—¡No! No somos nada. Probablemente no tenía que haberle contado que me violaron. Se puso rarísimo cuando se lo conté. De lo más... *tierno*... y *protector*... y *disgustado*. Y ahora es como si esperara una autorización por

escrito, o a que yo dé el primer paso. Cosa que, con las muletas por medio, tampoco parece muy probable. Pero es como si me siguiera a todas partes un perro buenísimo y bien adiestrado.

—Eso no es ninguna maravilla —comentó Cathy.

—No. No lo es. Pero tampoco puedo deshacerme de él, porque es superbueno conmigo, y la verdad es que me encanta hablar con él.

—Entonces, ¿más o menos te gusta?

—Exacto. Tal vez un poco más que menos, incluso. Pero...

—Pero sin exagerar.

—Exacto.

A Walter todo le interesaba. Leía de pe a pa el periódico y la revista *Time*, y en abril, cuando Patty había recuperado una semimovilidad, empezó a invitarla a conferencias y a ver películas de arte y ensayo y documentales a los que de lo contrario jamás se le habría ocurrido ir. Ya fuera por el amor de él o por el vacío en su agenda creado por la lesión, ésa era la primera vez que una persona miraba más allá de su fachada de deportista y veía dentro las luces encendidas. Si bien se sentía inferior a Walter en casi todas las categorías del conocimiento humano excepto el deporte, le agradecía que le esclareciera que ciertamente ella tenía opiniones y que sus opiniones podían diferir de las de él. (Eso representaba un tonificante contraste respecto a Eliza, a quien, si le hubieras preguntado quién era el presidente de Estados Unidos, se habría echado a reír y habría declarado no tener la menor idea y puesto otro disco en su equipo de música). En Walter bullían toda clase de ideas tan serias como peculiares; detestaba al Papa y la Iglesia católica, pero veía con buenos ojos la revolución islámica en Irán, con la esperanza que llevase a un mayor ahorro energético en Estados Unidos; le gustaban las nuevas medidas para el control demográfico en China, y consideraba que Estados Unidos debía adoptar algunas similares; le preocupaba menos el accidente nuclear de Three Mile Island que el bajo coste de la gasolina y la necesidad de una red de ferrocarriles de alta velocidad que dejara obsoleto el automóvil particular; etcétera, etcétera—, y Patty encontró su papel en aprobar obstinadamente todo aquello que él desaprobaba. Disfrutaba sobre todo discrepando de él en cuanto a la Subyugación de la Mujer. Una tarde, casi al final del semestre, ante un café en la Asociación de Estudiantes, ambos sostuvieron una conversación memorable sobre el profesor de arte primitivo de Patty, cuyas clases le describió a Walter con tono de aprobación, mediante sutiles insinuaciones acerca de lo que consideraba carencias en su personalidad.

—¡Uf! —exclamó Walter—. Tiene toda la pinta de ser uno de profesores de mediana edad que no pueden dejar de hablar de sexo.

—Bueno, pero habla de estatuillas de fertilidad —aclaró Patty—. Él no tiene la culpa si la única escultura que tenemos de hace cincuenta mil años está relacionada con el sexo. Además tiene barba blanca, y ése es motivo suficiente

para que me dé pena. Piénsalo. Está ahí arriba, con ganas de decir todas esas obscenidades sobre las «jovencitas de hoy en día», ya sabes, y nuestros «muslos esqueléticos», y demás, y sabe que nos violenta, y sabe que tiene esa barba y que es de mediana edad, y que nosotras, ya me entiendes, somos más jóvenes. Pero igualmente no puede evitar decir esas cosas. Debe de ser terrible: humillarse a uno mismo sin poder evitarlo.

—Pero ¡si es de lo más ofensivo!

—Y además —prosiguió Patty—, me parece que le van de verdad los muslos voluminosos. Creo que eso es de verdad lo suyo: le va el rollo de la Edad de Piedra. Ya sabes, las gordas. Y eso es entrañable y como enternecedor, que le vaya tanto el arte antiguo.

—Pero ¿eso no te ofende como feminista?

—La verdad es que yo no me considero feminista.

—¡Es increíble! —dijo Walter, enrojeciendo, ¿No estás a favor de la igualdad de derechos de la mujer?

—Bueno, no estoy muy metida en política.

—Pero la razón por la que estás aquí en Minnesota es que tienes una beca deportiva, cosa que habría sido imposible hace sólo cinco años. Estás aquí gracias a la legislación federal feminista. Estás aquí gracias al Título Noveno.

—Pero el Título Noveno tiene que ver con la justicia básica —dijo Patty—. Si la mitad de los estudiantes son mujeres, deberían recibir la mitad del dinero destinado al deporte.

—¡Eso es el feminismo!

—No; es justicia básica. Porque, por ejemplo, Ann Meyers... ¿Sabes quiénes es? Fue una gran estrella en la UCLA y acaban de ficharla en la NBA, lo que me parece ridículo. Mide algo así como un metro sesenta y cinco, y es una chica. Nunca jugará. Los hombres tienen más dotes atléticas que las mujeres y siempre las tendrán. Por eso el baloncesto masculino tiene cien veces más público que el femenino: desde un punto de vista atlético, los hombres pueden hacer muchas más cosas. Es una tontería negarlo.

—Pero ¿y si quieres ser médico y no te dejan entrar en la facultad de Medicina porque prefieren tener estudiantes de sexo masculino?

—Eso también sería injusto, aunque yo no quiero ser médico.

—¿Y tú qué quieres ser?

Más o menos por defecto, porque su madre fomentaba con tal obcecación una carrera brillante para sus hijas, y también porque, a juicio de Patty, no había dado la talla como madre, Patty tendía a querer ser ama de casa y la mejor de las madres.

—Quiero vivir en una casa antigua y preciosa y tener dos hijos —dijo—. Quiero ser una madre estupenda de verdad.

—¿Quieres también tener una carrera?

—Criar hijos sería mi carrera.

Walter frunció el cejo y asintió.

—Ya ves —dijo ella—, no soy una persona muy interesante. No soy ni de lejos tan interesante como tus otras amigas.

—No es cierto —respondió él— Eres interesantísima.

—Bueno, es muy amable de tu parte decirme eso, pero creo que no tiene mucho sentido.

—Tienes muchos más méritos de los que quieres reconocer.

—Me temo que no tienes una imagen muy realista de mí. Seguro que eres incapaz de mencionar una sola cosa interesante de mí.

—Bueno, sin ir más lejos, tu aptitud deportiva —respondió.

—Driblar, driblar... Sí, eso es muy interesante.

—Y tu manera de pensar —añadió—. El hecho de que consideres entrañable y enternecedor a ese profesor espantoso.

—Pero ¡si en eso no estás de acuerdo conmigo!

—Y cómo hablas de tu familia. Cómo cuentas anécdotas sobre ellos. El hecho de que vivas tan lejos y hagas tu propia vida aquí. Todo eso es interesantísimo.

Patty nunca había estado cerca de un hombre tan manifiestamente enamorado de ella. De lo que los dos hablaban en el fondo, claro está, era del deseo de Walter de ponerle las manos encima. Y sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con él, mayor era su sensación de que, si bien no era una chica agradable —o quizá precisamente *porque* no era agradable, porque era enfermizamente competitiva y sentía atracción por cosas malsanas—, sí era, de hecho, una persona bastante interesante. Y Walter, al insistir con tanto fervor en lo interesante que era, sin duda estaba consiguiendo despertar a su vez el interés de ella.

—Si eres tan feminista —dijo Patty—, ¿por qué Richard es tu mejor amigo? ¿Acaso no es más bien irrespetuoso?

A Walter se le ensombreció el semblante.

—Puedes estar segura de que si yo tuviera una hermana, procuraría por todos los medios que no lo conociera.

—¿Por qué? —preguntó Patty—. ¿Porque la trataría mal? ¿Se porta mal con las mujeres?

—No es su intención. Le gustan las mujeres. Sólo que se cansa enseguida de ellas.

—¿Porque somos intercambiables? ¿Porque somos sólo objetos?

—No es una cuestión política —contestó Walter— Él está a favor de la igualdad de derechos. Es más bien su adicción, o una de ellas. Ya sabes, su padre era alcohólico, y Richard no bebe. Pero es como si vaciaras en el fregadero toda la bebida de tu mueble bar después de una borrachera. Así se comporta con las chicas cuando se cansa de ellas.

—Eso suena horrible.

—Sí, ese rasgo suyo no me gusta demasiado.

—Aun así, sigues siendo amigo suyo, pese a que tú eres feminista.

—No dejas de serle leal a un amigo sólo porque no sea perfecto.

—No, pero intentas ayudarlo a ser una persona mejor. Le explicas por qué está mal lo que hace.

—¿Eso es lo que hiciste con Eliza?

—Vale, ahí tengo que darte la razón.

La siguiente vez que habló con Walter, por fin él le propuso una auténtica cita con película y cena. La película (y esto era muy propio de Walter) resultó ser gratis, un filme en blanco y negro, griego en versión original, titulado *El Ogro de Atenas*. Mientras estaban en sus asientos en la sala de la facultad de Arte, rodeados de butacas vacías, esperando a que empezara la película, Patty le contó sus planes para el verano, que consistían en quedarse con Cathy Schmidt en la casa que sus padres tenían en las afueras, proseguir con la fisioterapia y prepararse para reincorporarse al equipo la siguiente temporada. Sin venir a cuento, en la sala vacía, Walter le preguntó si no preferiría vivir en la habitación que desocupaba Richard, quien se trasladaba a Nueva York.

—¿Richard se marcha?

—Sí. Nueva York es la ciudad donde está toda la música interesante. Herrera y él quieren reorganizar el grupo y probar suerte allí. Y a mí me quedan aún tres meses de contrato.

—Vaya. —Patty puso especial cuidado en mostrarse serena—. Y yo viviría en su habitación.

—Bueno, ya no sería su habitación —precisó Walter—. Sería la tuya. Está a un paso del gimnasio. Pienso que sería mucho más fácil que hacer el trayecto desde Edina cada día.

—O sea que me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo.

Walter se sonrojó y eludió su mirada.

—Tendrías tu propia habitación, obviamente. Pero sí, si alguna vez quisieras cenar conmigo y pasar tiempo juntos, por mí, estupendo. Creo que soy una persona que sabes que va a respetar tu espacio pero que a la vez estará a mano si quieres compañía.

Patty le escrutó el rostro, en un esfuerzo por comprender. Sintió una combinación de a) ofensa, y b) una gran pena al enterarse que Richard se marchaba. Estuvo a un tris de proponerle a Walter que si iba a pedirle que se fuera a vivir con él, antes la besara, pero era tal la ofensa que sentía que no le apetecía que la besaran en ese momento. Y justo entonces se apagaron las luces de la sala.

Tal como lo recuerda la autobiografía, *El Ogro de Atenas* trataba de un apacible contable ateniense con gafas de carey que una buena mañana, de camino al trabajo, ve su propia fotografía en la primera plana de un periódico, acompañada del titular EL OGR0 DE ATENAS TODAVÍA ANDA SUELTO. En la calle, los atenienses empiezan de inmediato a señalarlo y perseguirlo, y está a punto de ser detenido cuando lo rescata una banda de terroristas o delincuentes que lo confunden con su sangriento jefe. La banda tiene planeada una acción audaz, como volar el Partenón o algo así, y el héroe intenta explicarles una y otra vez que él es solo un apacible contable, no el ogro, pero la banda cuenta tanto con su ayuda, y el resto de la ciudad está tan decidida a matarlo, que al final se produce el asombroso momento en que, de pronto se quita las gafas bruscamente y *se convierte en el terrorífico jefe de la banda*: ¡el Ogro de Atenas!, y dice: « Vale, muchachos, el plan es éste» .

Mientras veía la película, Patty se imaginó a Walter en el papel de contable, quitándose las gafas con la misma brusquedad. Más tarde, durante la cena en Vescio's, él interpretó la película como una parábola del comunismo en la Grecia de posguerra y le explicó a Patty que Estados Unidos, necesitado de miembros para la OTAN en el sudeste europeo, había fomentado la represión política en la zona desde hacía mucho tiempo. El contable, explicó, era el clásico hombre de a pie que, aceptando por fin su responsabilidad, se une a la lucha violenta contra la represión derechista.

Patty bebía vino.

—No estoy de acuerdo en absoluto —respondió—. En mi opinión, plantea que el protagonista nunca ha tenido una vida auténtica, porque ha sido siempre muy responsable y tímido, y no tenía la menor idea de lo que en realidad es capaz de hacer. Nunca ha llegado a estar de verdad vivo hasta que lo confunden con el ogro. Pese a que después de eso sólo vive unos días, no le importa morir, porque por fin de verdad ha hecho algo con su vida, y descubierto su potencial.

Walter se mostró sorprendido.

—Pero ésa es una manera totalmente absurda de morir —afirmó—. No consiguió nada.

—¿Y por qué lo hizo, pues?

—Por solidaridad con la banda que le salva la vida. Toma conciencia de que tiene una responsabilidad para con ellos. Son oprimidos, y lo necesitan, y él les es leal. Muere por lealtad.

—Dios mío —se maravilló Patty—. Eres increíblemente buena persona.

—No es así como yo me siento. A veces me siento la persona más estúpida del mundo. Ojalá fuese capaz de engañar. Ojalá fuese tan egocéntrico como Richard para intentar ser artista de algún tipo. Y si no lo hago no es porque sea buena persona. Simplemente no tengo madera para eso.

—Pero el contable tampoco creía tener madera para lo que hace. ¡Se

sorprende a sí mismo!

—Sí, pero no es una película realista. La persona de la foto en el periódico no sólo se parecía al actor, era él. Y si se hubiese entregado a las autoridades, al final habría podido aclararlo todo. Su error es echarse a correr. Por eso digo que es una parábola. No es una historia realista.

A Patty le resultaba extraño beber vino con Walter, ya que él era abstemio, pero estaba de un humor malévolo y había bebido mucho en poco rato.

—Quítate las gafas —pidió.

—No —respondió él—. No te vería.

—No importa. Sólo soy yo, Patty. Quítate las.

—Pero ¡me encanta verte! ¡Me encanta mirarte!

Sus miradas se cruzaron.

—¿Por eso quieres que viva contigo? —preguntó Patty.

Walter se sonrojó.

—Sí.

—Pues en ese caso tal vez debamos ir a ver tu apartamento, para que yo pueda decidir.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿No estás cansada?

—No, no estoy cansada.

—¿Cómo tienes la rodilla?

—Tengo la rodilla perfectamente, gracias.

Por una vez, sólo pensaba en Walter. Si, mientras se impulsaba con sus muletas calle Cuatro abajo a través del aire suave y propicio de mayo, le hubieran preguntado si en el fondo no esperaba encontrarse con Richard en el apartamento, habría contestado que no. Quería sexo ya, y si Walter hubiese tenido una pizca de sentido común, habría dado media vuelta ante la puerta de su apartamento nada más oír el televisor al otro lado, la habría llevado a cualquier otro sitio, a la propia habitación de ella, a cualquier parte. Pero Walter creía en el amor verdadero y por lo visto temía ponerle una mano encima a Patty sin asegurarse antes de que el sentimiento era recíproco. Abrió la puerta del apartamento, y allí estaba Richard, sentado en el salón, descalzo y con los pies en alto sobre la mesita de centro, una guitarra en el regazo y un bloc de espiral a su lado en el sofá. Veía una película de guerra mientras apuraba una Pepsi gigante y escupía tabaco en una lata de tomate de un kilo. Por lo demás, la sala estaba despejada y en orden.

—Creía que estabas en un concierto —dijo Walter.

—El concierto era una mierda —contestó Richard.

—Te acuerdas de Patty, ¿no?

Ella se acercó tímidamente con sus muletas para dejarse ver.

—Hola, Richard.

—Patty, a la que no se considera alta —dijo él.

—La misma.

—Y sin embargo eres bastante alta. Me alegro de ver que por fin Walter te ha atraído hasta aquí. Empezaba a temer que eso no llegara a pasar nunca.

Patty está pensando en vivir aquí este verano —explicó Walter.

Richard enarcó las cejas.

—No me digas.

Era más delgado y más joven y más sexy de lo que Patty recordaba. Fue horrible lo pronto que quiso negar que había estado pensando en vivir allí con Walter o que esperaba acostarse con él esa noche. Pero lo que no podía negarse era su presencia allí.

—Busco un sitio cerca del gimnasio —explicó.

—Claro. Tiene su lógica.

—Patty contaba con ver tu habitación —aclaró Walter.

—Ahora mismo mi habitación está un poco desordenada.

—Lo dices como si alguna vez no lo hubiera estado —comentó Walter con una risa jovial.

—Hay épocas de relativo orden —dijo Richard. Apagó el televisor con un dedo del pie—. ¿Cómo le va a tu amiguita Eliza? —preguntó a Patty.

—Ya no es amiga mía.

—Ya te lo dije —intervino Walter.

—Quería oírlo de sus propios labios —dijo Richard—. Esa tía está jodida, ¿no te parece? Así de entrada no se veía hasta qué punto. Pero se vio, vaya si se vio.

—Yo cometí el mismo error —admitió Patty.

—Sólo Walter vio la verdad desde el primer día. «La verdad sobre Eliza». No es un mal título.

—Yo tuve la ventaja de que ella me odiara a primera vista —dijo Walter—. Eso me permitió ver más claramente cómo es.

Richard cerró su cuaderno y echó saliva marrón en la lata.

—Os dejo solos, chicos.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Patty.

—La habitual mierda inescuchable. Intentaba hacer algo con esa tía, Margaret Thatcher. La nueva primera ministra de Inglaterra.

—«Tía» es una palabra un tanto forzada para Margaret Thatcher —dijo Walter—. «Matrona» sería más adecuada.

—¿Tú qué opinas de la palabra «tía»? —le preguntó Richard a Patty.

—Bueno, no soy muy quisquillosa.

—Walter dice que no debería usarla. Dice que es degradante, aunque, según mi experiencia, a las tías no les molesta.

—Hablas como un cavernícola —observó Patty.

—Más exactamente, como un Neandertal —añadió Walter.

—Pues se sabe que los Neandertales tenían cráneos muy grandes —señaló Richard.

—Y los bueyes también —dijo Walter—. Y otros rumiantes.

Richard soltó una carcajada.

—Creía que ya sólo los jugadores de béisbol mascaban tabaco —observó Patty—. ¿Cómo es?

—Puedes probarlo, si estás de humor para vomitar —ofreció Richard, poniéndose en pie—. Me largo de aquí. Os dejo solos.

—Espera, quiero probarlo —pidió Patty.

—De verdad que no es una buena idea —dijo Richard.

—No, en serio que quiero probarlo.

El buen ambiente que se había creado con Walter se había roto de manera irreparable, y ahora sentía curiosidad por ver si tenía el poder de lograr que Richard se quedase. Por fin había encontrado la oportunidad de demostrar lo que intentaba explicarle a Walter desde la noche en que se conocieron: que como persona ella no estaba a la altura de lo que él merecía. Naturalmente, era también una oportunidad para que Walter se quitara las gafas bruscamente y se comportara como un ogro ahuyentando a su rival. Pero él, como siempre, sólo quiso que Patty obtuviese lo que ella quería.

—Deja que lo pruebe —dijo.

Ella le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, Walter.

El tabaco de mascar tenía un sabor mentolado y le provocó un desconcertante escozor en las encías. Walter le llevó un tazón de café para escupir en él, y ella se quedó sentada en el sofá como el sujeto de un experimento, esperando el efecto de la nicotina, disfrutando de la atención. Pero Walter estaba atento también a Richard, y mientras a Patty empezaba a acelerársele el corazón, recordó de pronto cómo Eliza insistía en que Walter tenía un cuelgue con su amigo: recordó los celos de Eliza.

Richard está como loco con Margaret Thatcher comentó Walter. Cree que representa los excesos que inevitablemente llevarán al capitalismo a su autodestrucción. Supongo que está escribiendo una canción de amor.

—Qué bien me conoces —dijo Richard—. Una canción de amor a la dama del pelo tieso.

—No estamos de acuerdo en cuanto a las posibilidades de una revolución marxista —le explicó Walter a Patty.

—Mmm —dijo ella, y escupió.

—Walter opina que el Estado liberal puede autocorregirse —aclaró Richard—. Opina que la burguesía americana aceptará voluntariamente restricciones cada vez mayores de sus libertades personales.

—Tengo un montón de ideas geniales para canciones que Richard inexplicablemente rechaza una tras otra.

—La canción del uso racional del combustible. La canción del transporte público. La canción de la sanidad universal. La canción de la desgravación por hijos.

—Como temas de canciones de rock, es un territorio bastante virgen —comentó Walter.

—Dos Hijos Bien, Cuatro Hijos Mal.

—Dos Hijos Bien, pero: Ningún Hijo Mejor.

—Ya veo a las masas saliendo a las calles.

—Basta con que seas increíblemente famoso y la gente te escuchará —dijo Walter.

—Eso haré, tomo nota.

Richard se volvió hacia Patty.

—¿Y tú cómo vas?

—¡Mmm! —contestó ella, escupiendo el tabaco mascado en el tazón—. Ahora entiendo lo que decías sobre los vómitos.

—Procura no hacerlo en el sofá.

—¿Estás bien? —le preguntó Walter.

La sala se mecía y palpitaba.

—No sé cómo te puede gustar esto —le dijo Patty a Richard.

—Y sin embargo me gusta.

—¿Estás bien? —repitió Walter.

—Sí. Sólo necesito quedarme sentada y muy quieta.

La verdad era que estaba muy mareada. No podía hacer nada más que permanecer en el sofá y escucharlos bromear y picarse sobre política y música. Walter, con mucho entusiasmo, le mostró el single de los Traumatic y obligó a Richard a poner las dos caras en el equipo de música. La primera canción, *Odio el sol*, que ella había oído en el club en otoño, y que ahora se le antojó el equivalente sonoro de absorber demasiada nicotina. Incluso a un volumen bajo (Walter, huelga decir, era patológicamente considerado con los vecinos), le produjo a Patty una pavorosa sensación de mareo. Sentía la mirada de Richard sobre ella mientras escuchaba su apremiante voz de barítono, y supo que no se había equivocado sobre su manera de mirarla las otras veces que lo había visto.

A eso de las once, Walter empezó a bostezar descontroladamente.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Tengo que acompañarte y a casa.

—No me importa ir sola a pie. Tengo las muletas para defenderme.

—No —insistió él—. Te llevaré en el coche de Richard.

—No, pobre, tienes que irte a dormir. Tal vez pueda llevarme él. ¿Puedes, Richard?

Walter cerró los ojos y suspiró lastimosamente, como si lo hubiesen

empujado más allá de sus límites.

—Claro —contestó Richard—. Ya te llevo yo.

—Antes tiene que ver tu habitación —dijo Walter, con los ojos todavía cerrados.

—Como quieras —respondió Richard—. Su estado habla por sí solo.

—No, quiero una visita guiada —replicó Patty, lanzándole una mirada penetrante.

La habitación tenía las paredes y el techo pintados de negro, y el desorden punk que en la sala se había contenido por influencia de Walter allí se desbocaba con saña. Había elepés y fundas de elepés por todas partes, junto con varias latas para salivazos, otra guitarra, estanterías rebosantes, un caos de calcetines y ropa interior, y una maraña de sábanas oscuras entre las cuales Eliza había sido vigorosamente borrada, cosa que resultaba interesante y por alguna razón no del todo desagradable pensar.

—¡Un color muy alegre! —exclamó Patty.

Walter volvió a bostezar.

—Obviamente la volveré a pintar.

—A menos que Patty prefiera el negro —intervino Richard desde la puerta.

—Nunca había pensado en el negro —dijo ella—. El negro tiene su interés.

—Es un color muy relajante, en mi opinión —señaló Richard.

—Conque te vas a vivir a Nueva York —comentó ella.

—Exacto.

—Apasionante. ¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas.

—Ah, yo también iré por esas fechas. Son las bodas de plata de mis padres.

Han planeado algún tipo de horrorosa celebración.

—¿Eres de Nueva York?

—Del condado de Westchester.

—Como yo. Aunque cabe suponer que de otra parte de Westchester.

—Bueno, de las afueras.

—Sin duda, un lugar muy distinto de Yonkers.

—He visto Yonkers desde el tren muchas veces.

—A eso me refiero precisamente.

—¿Y vas en coche a Nueva York? —le preguntó Patty.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Richard—. ¿Buscas quien te lleve?

—¡Sí, podría ser! ¿Me lo estás ofreciendo?

Richard negó con la cabeza.

—Tendré que pensarlo.

Al pobre Walter se le cerraban los ojos: literalmente no veía ese intercambio. La propia Patty, casi sin aliento por la culpabilidad y la confusión que aquello le creaba, se dirigió rápidamente con sus muletas hacia la puerta, donde, a

distancia, levantó la voz para darle las gracias por la velada.

—Siento estar tan cansado —se disculpó Walter—. ¿Seguro que no quieres que te lleve a casa?

—Ya la llevo yo —insistió Richard—. Tú vete a dormir.

A Walter se lo veía bastante abatido, sin duda, pero tal vez fuera sólo por el extremo cansancio. Ya en la calle, en el aire propicio, Patty y Richard caminaron en silencio hasta el Impala oxidado de él. Pareció que Richard ponía mucho cuidado en no tocarla mientras ella se acomodaba en el asiento y le entregaba las muletas.

—Creía que tendrías una furgoneta —dijo cuando él ya estaba sentado a su lado—. Creía que todos los grupos tenían una furgoneta.

—Herrera es el que tiene la furgoneta. Este es mi transportador particular.

—En esto viajaría yo a Nueva York.

—Sí, bueno, escúchame. —Metió la llave en el contacto—. O pescas o cortas el sedal. ¿Me entiendes? No es justo para Walter.

Ella fijó la mirada al frente a través del parabrisas.

—¿Qué no es justo?

—Darle esperanzas. Dejar que se haga ilusiones.

—¿Eso crees que hago?

—Es una persona extraordinaria. Es muy, muy serio. Tienes que tener un poco de cuidado con él.

—Eso ya lo sé —dijo ella—. No hace falta que me lo digas.

—Y entonces, ¿para qué habéis venido a casa? Me ha parecido que...

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido?

—Pues que yo interrumpía algo. Pero luego, cuando he intentado marcharme...

—Dios mío, eres un auténtico gilipollas.

Richard asintió con la cabeza como si le trajera sin cuidado lo que ella pensara de él, o como si estuviera harto de que mujeres estúpidas le dijeran estupideces.

—Cuando he intentado marcharme —prosiguió—, me ha parecido que no has querido captar la indirecta. Y si es así, vale, es cosa tuya. Sólo quiero que sepas que estás destrozando a Walter.

—De verdad que no quiero hablar de esto contigo.

—Bien, no hablaremos de ello. Pero os habéis estado viendo, ¿no es así? Casi a diario, ¿no? Durante semanas y semanas.

—Somos amigos. Pasamos tiempo juntos.

—Muy bonito. Y ya sabes cómo están las cosas en Hibbing.

—Sí. Su madre necesita ayuda con el hotel.

Richard esbozó una sonrisa desagradable.

—¿Eso es lo que sabes?

—Bueno, y su padre no se encuentra bien, y sus hermanos no hacen nada.

—Y eso es lo que él te ha dicho. Y nada más.

—Su padre tiene enfisema. Su madre tiene alguna discapacidad.

—Y él trabaja en la construcción veinticinco horas a la semana y saca sobresalientes en la facultad de Derecho. Y ahí lo tienes, a diario, con todo ese tiempo para andar por ahí contigo. Vaya una suerte la tuya, que tenga tanto tiempo libre. Pero eres una tía guapa, te lo mereces, ¿no? Además, tienes esa lesión espantosa. Eso y ser guapa: eso te da derecho a no hacerle siquiera una sola pregunta.

Patty ardía por la sensación de injusticia.

—Te diré una cosa —replicó vacilante—: él habla de lo gilipollas que eres con las mujeres. Habla de eso.

Eso no pareció interesarle a Richard ni remotamente.

—Sólo intento entender esto en el contexto de lo amiguitas que sois la pequeña Eliza y tú —dijo—. Ahora le veo más sentido. No se lo veía cuando te conocí. Parecías una buena chica de barrio residencial.

—Así que yo también soy una gilipollas. ¿Es eso lo que estás diciéndome? Yo soy una gilipollas y tú eres un gilipollas.

—Claro. Como quieras. Yo estoy bien, tú estás bien. Lo que tú digas. Sólo te pido que no seas una gilipollas con Walter.

—¡No lo soy!

—Yo sólo te digo lo que veo.

—Pues ves mal. Walter me cae muy bien. Lo aprecio de verdad.

—Y sin embargo, por lo visto no sabes que su padre está muriéndose de una enfermedad del hígado y su hermano mayor está en la cárcel por conducción temeraria y su otro hermano se gasta las pagas del ejército en las cuotas de su Corvette de coleccionista. Y Walter duerme una media de cuatro horas diarias mientras vosotros sois amigos y andáis por ahí, para que tú luego vengas aquí y coquetees conmigo.

Patty se quedó muy callada.

—Es verdad que yo no sabía nada de todo eso —dijo al cabo de un rato—. De toda esa información. Pero tú no deberías ser amigo suyo si te molesta que la gente coqueteé contigo.

—Ah. O sea que la culpa es mía. Ya veo.

—Pues lo siento, en parte sí lo es.

—A las pruebas me remito —dijo Richard—. Tienes que aclararte.

—Soy consciente de eso —contestó Patty—. Pero tú sigues siendo un gilipollas.

—Oye, te llevaré a Nueva York, si eso es lo que quieres. Dos gilipollas en la carretera. Podría ser divertido. Pero si eso es lo que quieres, tienes que hacerme un favor: deja de engatusar a Walter.

—Bien. Ahora, por favor, llévame a casa.

Quizá debido a la nicotina, pasó toda la noche en blanco, reproduciendo en su cabeza la velada, intentando aclararse, como Richard le había pedido. Pero era un extraño kabuki mental, porque incluso mientras daba vueltas y vueltas a la pregunta de qué clase de persona era ella y cómo iba a ser su vida, un hecho patente permanecía fijo e inmutable en el centro de su ser: deseaba hacer un viaje por carretera con Richard, y más aún, iba a hacerlo. La triste realidad era que la conversación en el coche le había producido una tremenda excitación y alivio: excitación porque Richard era excitante, y alivio porque, finalmente, después de meses intentando ser una persona que no era, o no era del todo, se había sentido y mostrado sin tapujos. Por eso sabía que encontraría la manera de hacer ese viaje por carretera. Ahora sólo tenía que superar la culpabilidad por Walter y su pena por no ser la clase de persona que tanto él como ella deseaban que fuese. ¡Qué bien había obrado él al no darse prisas con ella! ¡Qué listo había sido al notar sus titubeos! Cuando se detuvo a pensar en lo bien que él había obrado y en lo listo que había sido con ella, se sintió más triste y más culpable por defraudarlo, y se vio sumida de nuevo en el tiovivo de la indecisión.

Entonces, durante casi una semana, no tuvo noticias de él. Sospeché que guardaba las distancias a sugerencia de Richard, que Richard le había soltado un sermón misógino sobre la infidelidad de las mujeres y la necesidad de protegerse mejor el corazón. En la imaginación de Patty, eso era a la vez un inestimable servicio por parte de Richard y una manera de causarle una terrible decepción a Walter. No podía dejar de acordarse de éste cargando con plantas enormes para ella en autobuses, el rubor de flor de pascua en sus mejillas. Pensó en las noches en que, en la sala de la residencia, se había visto atrapado por la Pelma Mayor, Suzanne Storrs, que se peinaba el pelo hacia un lado con la raya muy baja, justo por encima de la oreja, y en cómo había escuchado pacientemente su monótono y agrio soliloquio sobre su dieta y las penurias de la inflación y la agobiante calefacción de su habitación y su decepción general con el personal administrativo y docente de la universidad, mientras Patty y Cathy y sus otras amigas se reían viendo *La isla de la fantasía*; en cómo ella, ostensiblemente incapacitada por su rodilla, se había abstenido de levantarse y rescatar a Walter, por temor a que entonces Suzanne se acercase e impusiera su muermo a todos los demás, y en cómo Walter, pese a ser perfectamente capaz de bromear con Patty sobre los defectos de Suzanne, y aunque sin duda se preocupaba por todo el trabajo que tenía que hacer y lo mucho que debía madurar por la mañana, se dejó atrapar de nuevo otras noches, porque Suzanne se había encaprichado de él y a él le daba pena.

Baste con decir que Patty no logró del todo obligarse a cortar el sedal. No volvieron a comunicarse hasta que Walter telefoneó desde Hibbing para disculparse por su silencio e informarla de que su padre estaba en coma.

—¡Oh, Walter, te echo de menos! —exclamó ella, pese a que ésa era *precisamente* la clase de comentario que Richard la habría instado a no hacer.

—¡Yo también te echo de menos!

Se obligó a preguntar los detalles del estado de su padre, aunque sólo tenía sentido esforzarse en sus preguntas si estaba decidida a seguir adelante con él. Walter le contó de una insuficiencia hepática, edema pulmonar, un pronóstico bastante jodido.

—Lo siento mucho —dijo ella—. Pero oye, en cuanto a la habitación...

—Ah, eso no hace falta que lo decidas ahora.

—No, pero necesitas una respuesta. Si vas a alquilarla a otra persona...

—¡Prefiero alquilarla a ti!

—Bueno, ya, y puede que yo la quiera, pero tengo que marcharme a casa la semana que viene, y estaba planteándome viajar a Nueva York en coche con Richard. Ya que él viaja en la misma fecha.

Todo temor a que Walter no captara la trascendencia de aquello quedó disipado por su repentino silencio.

—¿No tienes ya billete de avión? —preguntó por fin.

—Es de los que te devuelven el dinero —mintió ella.

—Bueno, me parece estupendo. Pero, ya sabes, Richard no es muy de fiar.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —convino—. Tienes razón. Sólo he pensado que así puedo ahorrarme un dinero que luego destinaría al alquiler. —Una mentira sobre otra. Sus padres le habían pagado el billete—. Lo que es seguro es que pase lo que pase pagaré el alquiler de junio.

—Eso no tiene sentido si no vas a vivir allí.

—Bueno, lo más probable es que sí, eso te estoy diciendo. Sólo que todavía no lo tengo del todo claro.

—Vale.

—Me apetece mucho. Sólo que no lo tengo del todo claro. Así que si encuentras otro inquilino, quizá debas aceptarlo. Pero lo que es seguro es que pagaré junio.

Se produjo otro silencio antes de que Walter, con cierto desánimo, dijo que tenía que colgar.

Estimulada por haber logrado mantener esa difícil conversación, telefoneó a Richard y le aseguró que había hecho el corte de sedal necesario. En ese punto, Richard mencionó que la fecha de su marcha no estaba del todo decidida y que había un par de conciertos en Chicago que quería ver.

—Me da igual mientras esté en Nueva York el sábado —dijo Patty.

—Ya, las bodas de plata. ¿Dónde se celebrarán?

—En Mohonk Mountain House, pero me basta con llegar a Westchester.

—Ya veré qué puedo hacer.

No es muy divertido hacer un viaje por carretera con un conductor que te

considera, a ti y quizá a todas las mujeres, un incordio, pero Patty eso no lo supo hasta que lo probó. El problema empezó con la fecha de la marcha, que fue necesario adelantar por ella. Luego una avería mecánica en la furgoneta demoró a Herrera, y como eran los amigos de Herrera en Chicago con quienes Richard planeaba alojarse, y como Patty en todo caso no formaba parte de ese trato, el asunto prometía ser un tanto incómodo. A Patty tampoco se le daba bien calcular distancias, y por tanto, cuando Richard pasó a recogerla con tres horas de retraso y no salieron de Minneapolis hasta media tarde, ella no se hizo una idea de lo tarde que llegarían a Chicago y lo importante que era ir a buena marcha por la I-94. No fue culpa de *ella* que salieran tarde. No le pareció un exceso pedir, cerca de Eau Claire, un alto para ir al baño, y luego, una hora después, cerca de ninguna parte, otro para cenar. ¡Ése era su viaje por carretera y tenía la intención de disfrutarlo! Pero el asiento trasero iba cargado de equipo que Richard no se atrevía a perder de vista, y él satisfacía sus propias necesidades básicas con su tabaco de mascar (llevaba una enorme lata escupidora en el suelo), y aunque no criticó lo mucho que las muletas entorpecían y complicaban todos los movimientos de ella, tampoco le dijo que se relajara y se tomara su tiempo. Y mientras cruzaban todo Wisconsin, cada minuto del viaje, pese a su sequedad e irritación apenas reprimida ante las necesidades humanas y totalmente razonables de Patty, ella sintió la presión casi física del interés de él por *follar*, y eso tampoco contribuyó mucho a mejorar el ambiente en el coche. No es que ella no se sintiera muy atraída por él. Pero necesitaba un mínimo de tiempo y cierta distancia, e incluso teniendo en cuenta su juventud e inexperiencia, la autobiógrafa admite abochornada que su manera de ganar ese tiempo y espacio consistió en llevar la conversación, retorcidamente, hacia Walter.

Al principio, Richard no quería hablar de él, pero en cuanto Patty tiró del hilo se enteró de muchas cosas acerca de los años universitarios de Walter. Acerca de los simposios que había organizado sobre la superpoblación, sobre la reforma del sistema electoral a los que apenas asistieron estudiantes. Acerca del innovador programa de música New Wave que había presentado durante cuatro años en la emisora de radio del campus. Acerca de su recogida de firmas para exigir ventanas mejor aisladas en las residencias de Macalester. Acerca de los editoriales que había escrito el periódico universitario en relación con, por ejemplo, las bandejas de comida que manipulaba en la cinta transportadora del comedor: cómo había calculado el número de familias de St. Paul a las que se podía alimentar con los desperdicios de una sola noche, y que él había recordado a sus compañeros que otros seres humanos debían vérselas con los pegotes de mantequilla de cacahuete que lo pringaban todo, y cómo había lidiado filosóficamente con el hábito de sus compañeros de poner el triple de leche en los cereales y luego dejar los tazones rebosantes de leche sobrante en sus bandejas: ¿acaso pensaban que la leche era un bien gratuito e inagotable, como el agua, sin

consecuencias para el medio ambiente? Richard contó todo esto con el mismo tono protector que había empleado con Patty dos semanas antes, un tono de pesar peculiarmente tierno por Walter, como si hiciera una mueca por el dolor que éste se autoinfligía al darse cabezazos contra la cruda realidad.

—¿Ha tenido novias?—preguntó Patty.

—Las elegía mal. Se colgaba de tías imposibles. Tías que tenían novios artístoides que se movían en otro tipo de círculos. Hubo una de segundo que lo llevó por la calle de la amargura durante todo su último curso. Walter le cedió su espacio radiofónico de viernes por la noche y se quedó con el del martes por la tarde. Cuando me enteré, ya era demasiado tarde para impedirlo. Le reescribí los trabajos, la llevaba a conciertos. Era lamentable ver cómo ella lo tenía en el bolsillo. Siempre se presentaba en nuestra habitación en el momento más inoportuno.

—Qué curioso —se extrañó Patty—. Me pregunto por qué las cosas eran así.

—Nunca hace caso de mis advertencias. Es muy obstinado. Y aunque a primera vista no dé esa impresión, siempre va por las más guapas. Por las guapas y bien formadas. En ese sentido es ambicioso. Eso no le propició tiempos felices en la universidad.

—Y esa chica que se presentaba en vuestra habitación, ¿a ti te gustaba?

—No me gustaba lo que hacía con Walter.

—Ésa parece tu especialidad, ¿no?

—La tía tenía un gusto de mierda y un espacio el viernes por la noche. Llegó un momento en que sólo había una forma de hacerle llegar el mensaje a Walter. De aclararle con qué clase de tía trataba.

—Ah, así que le hiciste un favor. Ya entiendo.

—Todos somos moralistas.

—No, en serio, ya veo por qué no nos respetas. Si lo único que ves, año tras año, son chicas que quieren que traiciones a tu mejor amigo... Ya veo que es una situación algo rara.

—Yo a ti te respeto —dijo Richard.

—Ja, ja, ja.

—Tienes buena cabeza. No me importaría verte este verano, si te pasas por Nueva York

—Eso no me parece muy viable.

—Sólo digo que estaría bien.

Patty dispuso de unas tres horas para alimentar esta fantasía —fijando la mirada en las luces de posición del tráfico que avanzaba velozmente en una fila interminable hacia la gran metrópoli, y preguntándose cómo se sentiría siendo la chica de Richard, preguntándose si una mujer que él respetase lograría cambiarlo, imaginando que nunca regresaría a Minnesota, intentando representarse el apartamento en que tal vez acabarían viviendo, saboreando la

idea de soltarle a Richard a su desdenosa hermana mediana, visualizando la consternación de su familia por lo moderna que había terminado siendo, e imaginándose a sí misma borrada cada noche— hasta que aterrizaron en la realidad del South Side de Chicago. Eran las dos de la madrugada, y Richard no encontraba el edificio de los amigos de Herrera. Apartaderos ferroviarios y un río oscuro y embrujado les obstruían el paso una y otra vez. Las calles estaban vacías salvo por taxis ilegales y algún que otro Aterrador Joven Negro de esos sobre los que uno leía.

—Habría ido bien tener un plano —comentó Patty.

—Por aquí las calles van numeradas. No debería ser muy difícil.

Los amigos de Herrera eran artistas. Su edificio, que Richard localizó por fin con la ayuda de un taxista, parecía deshabitado. Tenía un timbre suspendido de dos cables que, contra todo pronóstico, funcionaba. Alguien apartó una lona que cubría una ventana de la parte delantera y bajó para expresar sus quejas a Richard.

—Lo siento, tío —se disculpó él—. Hemos tenido un contratiempo ineludible. Sólo necesitamos un sitio para dormir un par de noches.

El artista vestía unos calzoncillos baratos y deformes.

—Hoy hemos empezado a tapar las juntas en esa habitación dijo—. Aún no se ha secado bien. Herrera dijo que vendrías el fin de semana, o algo así.

—¿No te llamó ayer?

—Sí que llamó. Y le dije que la habitación de invitados está hecha una mierda.

—Ningún problema. Te damos las gracias. Tenemos algunas cosas que entrar.

Patty, incapacitada para acarrear bultos, vigiló el coche mientras Richard lo vaciaba lentamente. En la habitación que les dieron flotaba un intenso olor que ella era demasiado joven para identificar como masilla, demasiado joven para que le resultara doméstico y reconfortante. La única luz procedía de una cegadora lámpara de pinza de aluminio prendida a una escalera de mano embadurnada de masilla.

—¡Dios mío! —exclamó Richard—. ¿A quién tienen aquí enmasillando? ¿A chimpancés?

Debajo de unos plásticos polvorientos y salpicados de masilla había un colchón de matrimonio desnudo y manchado de herrumbre.

—Me temo que esto no está al nivel Sheraton al que estás acostumbrada —comentó Richard.

—¿Hay sábanas? —preguntó Patty tímidamente.

Él se fue a revolver al espacio principal y volvió con una manta de punto, una colcha india y un cojín de velvetón.

—Tú duermes aquí —dijo—. Tienen un sofá donde puedo dormir yo.

Ella le lanzó una mirada interrogativa.

—Es tarde —dijo él—. Necesitas dormir.

—¿Seguro? Aquí hay espacio de sobra. El sofá te va a quedar pequeño.

Estaba adormilada, pero lo deseaba e iba provista del material necesario, y el instinto la empujaba a hacer lo que tenía que hacerse ya, a registrarlo irrevocablemente en los anales, antes de tener tiempo para pensárselo demasiado y cambiar de idea. Y pasarían muchos años, casi media vida, hasta que comprendió y se sintió debidamente desconcertada por el motivo que tuvo Richard para actuar de pronto de un modo tan caballeroso. En su momento, en aquella habitación húmeda de masilla, su única conclusión fue que de algún modo se había equivocado con él, o que había enfriado su interés por ser un incordio e inútil para acarrear bultos.

—Allí hay lo que podría llamarse un lavabo —indicó él—. Puede que tengas más suerte que yo y encuentres el interruptor de la luz.

Patty le dirigió una mirada anhelante que él eludió resueltamente. El agujonazo y la sorpresa ante aquello, la tensión del viaje en coche, el estrés de la llegada, la lobreguez de la habitación: apagó la luz, se tendió vestida y lloró durante largo rato, procurando que no la oyeran, hasta que su decepción se disolvió en el sueño.

A la mañana siguiente, despertada a las seis por un sol feroz, y totalmente irritada más tarde, después de horas y horas de espera hasta que alguien más se moviera en el apartamento, se convirtió realmente en un incordio. El día entero representó algo así como el nadir de la complacencia en su vida. Los amigos de Herrera eran físicamente desagradables, y la hicieron sentirse insignificante por no entender las referencias culturales guays. Le concedieron tres breves oportunidades para ver si se enteraba, y después de eso pasaron de ella brutalmente, tras lo cual, para su alivio, se marcharon del apartamento con Richard, que regresó solo con una caja de donúts para el desayuno.

—Hoy voy a echarle unas horas a esa habitación —anunció—. Me pone enfermo ver el trabajo de mierda que están haciendo. ¿Te apetece lijar un poco?

—He pensado que podíamos ir al lago o algo así. Es que aquí hace tanto calor... ¿O a un museo, quizá?

Él la observó muy serio.

—Quieres ir a un museo.

—Lo que sea con tal de salir y disfrutar de Chicago.

—Eso ya lo haremos esta noche. Hoy toca Magazine. ¿Conoces a Magazine?

—No conozco nada. ¿Es que no es evidente?

—Estás de mal humor. Quieres coger la carretera otra vez.

—No quiero nada.

—Si arreglamos la habitación, esta noche dormirás mejor.

—Me da igual. La cuestión es que no me apetece lijar.

El espacio de cocina era una pocilga nauseabunda jamás limpiada, que olía a

enfermedad mental. Sentada en el sofá donde había dormido Richard, Patty intentó leer uno de los libros que se había llevado con la esperanza de impresionarlo, una novela de Hemingway en la que le fue imposible concentrarse a causa del calor y el olor y el cansancio y el nudo en la garganta y los álbumes de Magazine que ponía Richard. Cuando el calor se hizo insoportable, entró en la habitación donde él estaba enyesando y le dijo que se iba a dar una vuelta.

Él iba sin camisa, con el vello del pecho aplastado y lacio a causa del sudor que le corría por el mismo.

—No es el barrio ideal para eso —dijo.

—Pues podrías acompañarme.

—Dame una hora más.

—No, déjalo —dijo ella—. Iré sola. ¿Tenemos llave de la casa?

—¿De verdad quieres irte sola con muletas?

—Sí, a no ser que quieras acompañarme.

—Cosa que, como te he dicho, haré dentro de una hora.

—Pues no me apetece esperar una hora.

—En ese caso —dijo Richard—, la llave está en la mesa de la cocina.

—¿Por qué me tratas tan mal?

Richard cerró los ojos y pareció contar en silencio hasta diez. Era obvio lo mucho que le desagradaban las mujeres y todo lo que decían.

—¿Por qué no te das una ducha de agua fría —propuso— y esperas a que termine?

—¿Sabes?, ayer, durante un rato, me dio la impresión de que yo te gustaba.

—Y me gustas. Lo que pasa es que ahora mismo estoy trabajando.

—Estupendo —dijo ella—. Trabaja.

Bajo el sol de la tarde hacía aún más calor en las calles que en el apartamento. Patty, con su andar oscilante, avanzó a buen paso, procurando no llorar de manera demasiado visible, procurando aparentar que sabía adónde iba. El río, cuando llegó, le pareció más benévolo que durante la noche y, más que maligno y engullidor, simplemente se veía lleno de hierbajos y contaminado. Al otro lado había calles mexicanas engalanadas para alguna celebración mexicana inminente o reciente, o quizá estaban siempre engalanadas. Encontró una taquería con aire acondicionado donde la miraron descaradamente pero no la acosaron y pudo quedarse allí sentada y beber una Coca-Cola y recrearse en su sufrimiento adolescente. Su cuerpo deseaba intensamente a Richard, pero el resto de ella comprendía que había cometido un gran error al viajar con él: que todo lo que había esperado de él y de Chicago había sido una enorme fantasía suya. Frases que le sonaban de las clases de español en el instituto, «lo siento» y «hace mucho calor» y «¿qué quiere la señora?», afloraban una y otra vez a la superficie en el bullicio que la rodeaba. Se armó de valor y pidió tres tacos. Los

devoró y contempló el paso de incontables autobuses por las ventanas, cada uno dejando una estela de mugre iridiscente. El tiempo pasó de una manera extraña, que la autobiógrafa, con su ahora muy abundante experiencia en tardes asesinas, es capaz de identificar como *deprimente* (interminable y vertiginosamente rápida a la vez; rebosante segundo a segundo, vacía de contenido hora a hora), hasta que, al final de la jornada laboral, llegaron grupos de jóvenes obreros y empezaron a prestarle demasiada atención, hablando de sus «muletas», y tuvo que marcharse.

Cuando volvió sobre sus pasos, el sol era una esfera naranja al final de las calles en dirección este-oeste. Su intención, como ahora se permitió reconocer, había sido ausentarse el tiempo necesario para que Richard se preocupase por ella, y en eso parecía haber fracasado por completo. En el apartamento no había nadie. Las paredes de su habitación estaban casi terminadas, el suelo bien barrido, la cama perfectamente hecha para ella con sábanas y almohadas de verdad. Sobre la colcha india vio una nota de Richard, en letras mayúsculas microscópicas, en la que le daba la dirección de un local e indicaciones para llegar allí en metro. Concluía así: UNA ADVERTENCIA: HE TENIDO QUE LLEVARME CONMIGO A NUESTROS ANFITRIONES.

Antes de decidir si saldría, Patty se acostó para echar una cabezada y se despertó muchas horas después, desorientada, al oír llegar a los amigos de Herrera. Entró cojeando en la habitación principal y allí se enteró, por mediación del más desagradable de ellos, el de los calzoncillos de la noche anterior, de que Richard se había largado con otra gente y les había pedido que le dijeran que no lo esperara levantada: llegaría con tiempo de sobra para llevarla a Nueva York.

—¿Qué hora es? —preguntó Patty.

—Alrededor de la una.

—¿De la madrugada?

El amigo de Herrera le lanzó una mirada maliciosa.

—No; hay un eclipse total de sol.

—¿Y dónde está Richard?

—Se ha ido con un par de chicas que ha conocido. No ha dicho adónde.

Como ya se ha señalado, a Patty se le daba mal calcular distancias en los viajes por carretera. Si quería llegar a Westchester a tiempo para ir con su familia al Mohonk Mountain House, Richard y ella habrían tenido que salir de Chicago a las cinco de la mañana. Durmió hasta mucho después de esa hora y al despertar el día estaba gris y tormentoso: una ciudad distinta, un clima distinto. Richard seguía sin aparecer. Comió donuts pasados y leyó unas cuantas páginas de Hemingway hasta que dieron las once. Entonces, incluso ella se dio cuenta de que la cosa no cuadraba.

Hizo de tripas corazón y telefoneó a sus padres a cobro revertido.

—¡Chicago! —exclamó Joyce—. Esto es increíble. ¿Estás cerca de un

aeropuerto? ¿Puedes coger un avión? Pensábamos que a estas horas ya estarías aquí. Papá quiere salir temprano, pensando en el tráfico de fin de semana.

—La he pifiado —dijo Patty—. Lo siento mucho.

—Bueno, ¿puedes llegar mañana por la mañana? La gran cena no es hasta mañana por la noche.

—Lo intentaré por todos los medios —aseguró.

Su madre llevaba ya tres años en la Asamblea Legislativa del estado. Si no hubiese pasado a enumerar a todos los parientes y amigos de la familia que coincidirían en el Mohonk para ese importante homenaje a un matrimonio, y la extraordinaria emoción con que los tres hermanos de Patty esperaban ese fin de semana, y lo muy honrada que ella (Joyce) se sentía por la efusión de sentimientos que le llegaba de, literalmente, las cuatro puntas del país, es posible que Patty hubiese hecho lo que hiciera falta para llegar al Mohonk. Así las cosas, sin embargo, se adueñó de ella una extraña paz y certidumbre mientras escuchaba a su madre. Había empezado a lloviznar sobre Chicago; el viento que agitaba las cortinas de lona arrastró al interior los agradables olores del hormigón saciado y el lago Michigan. Con una ausencia de resentimiento desconocida para ella, con una nueva mirada fría, Patty miró en su propio interior y vio que no haría ningún daño a nadie, y ni siquiera nadie se sentiría muy dolido, si ella sencillamente se saltaba las bodas de plata. Casi todo el trabajo estaba ya hecho. Vio que era casi libre, y dar el último paso le produjo una sensación horrible, pero no horrible en el mal sentido, si es que eso tiene alguna lógica.

Estaba sentada junto a la ventana, oliendo la lluvia y observando cómo el viento hacía cimbra los hierbajos y los arbustos en la azotea de una fábrica abandonada hacía mucho tiempo, cuando Richard llamó por teléfono.

—Lo siento —se disculpó—. Estaré ahí dentro de una hora.

—No hace falta que corras —dijo ella—. Ya es demasiado tarde.

—Pero tu fiesta es mañana por la noche.

—No, Richard, eso era la cena. En principio tenía que estar allí hoy. Hoy a las cinco.

—Mierda. ¿Lo dices en serio?

—¿De verdad no te acordabas?

—En estos momentos tengo la cabeza un poco confusa. Ando un poco escaso de sueño.

—Vale, bien, da igual. No hay ninguna prisa. Creo que ahora me voy a casa.

Y a casa se fue. Empujó la maleta escaleras abajo y la siguió con sus muletas, paró un taxi ilegal en Halstead Street y cogió un autobús de la Greyhound con destino a Minneapolis y otro a Hibbing, donde Gene Berglund agonizaba en un hospital luterano. La temperatura era de unos cinco grados y llovía a cántaros en las calles del centro de Hibbing, vacías a esas horas de la madrugada. Walter tenía las mejillas más sonrojadas que nunca. Frente a la

estación de autobuses, en el cacharro de su padre, que consumía litros y litros y apestaba a tabaco, Patty le echó los brazos al cuello y se aventuró a ver cómo besaba, y descubrió complacida que lo hacía muy bien.

3. El libre mercado promueve la competencia

En caso que, con respecto a los padres de Patty, se haya filtrado en estas páginas un tono de queja o incluso una clara culpabilización, la autobiografía admite en este punto su profundo agradecimiento a Joyce y Ray al menos por una cosa, a saber, no haberla animado nunca a ser Creativa en las Artes, como hicieron con sus hermanas. La desatención de ambos para con Patty, pese a lo mucho que la hirió cuando era más joven, ahora parece cada vez más benigna cuando piensa en sus hermanas, que ya son cuarentonas y viven solas en Nueva York, demasiado excéntricas y creyéndose demasiado estupendas para mantener una relación a largo plazo, y aceptando aún la ayuda paterna mientras se afanan por alcanzar un éxito artístico que estaban convencidas de que sería su destino natural. Al final resultó que era mejor ser considerada tonta e insulsa que brillante y extraordinaria. Así, el hecho de que Patty sea incluso algo Creativa pasa a ser una grata sorpresa en lugar de un motivo de vergüenza el no serlo más.

Una de las cosas buenas del joven Walter era lo mucho que deseaba ver ganar a Patty. Mientras que Eliza, en otro tiempo, apenas conseguía expresar insatisfactorias pizcas de partidismo a su favor, Walter le administraba auténticas recargas de hostilidad hacia cualquiera (sus padres, sus hermanos) que la hiciera sentir mal. Y como era tan intelectualmente honrado en otros ámbitos de la vida, poseía una excelente credibilidad cuando criticaba a la familia de ella y secundaba las cuestionables campañas de Patty cuando entraba en liza con ellos. Puede que él no fuese exactamente lo que buscaba en un hombre, pero era insuperable a la hora de proporcionar la furibunda adoración que, por entonces, ella necesitaba incluso más que el amor romántico.

Ahora es fácil ver que a Patty le habría convenido dedicar unos años a desarrollar una carrera y una identidad posdeportiva más sólida, adquirir cierta experiencia con otra clase de hombres y, en términos generales, mayor madurez antes de embarcarse en la tarea de ser madre. Pero, si bien estaba acabada como jugadora universitaria, aún tenía un cronómetro de veinticuatro segundos en la cabeza, vivía aún esclavizada por la chicharra, necesitaba ganar más que nunca. Y la manera de hacerlo —su lanzamiento perfecto para derrotar a sus hermanas y su madre— era casarse con el hombre más agradable de Minnesota, vivir en una casa mayor y mejor y más interesante que la de cualquier otro

miembro de su familia, parir niños, y hacer todo lo que no había hecho Joyce como madre. Y Walter, pese a ser un feminista declarado y un miembro estudiantil de Crecimiento Demográfico Cero que renovaba anualmente su afiliación, acogió sin reservas el programa doméstico entero de Patty, porque en realidad ella sí era exactamente lo que él buscaba en una mujer.

Se casaron tres semanas después de que Patty se licenciase, casi un año después de que cogiera el autobús a Hibbing. En la madre de Walter, Dorothy, recayó la misión de fruncir el cejo y expresar su preocupación, tan delicada y vacilante como siempre y, sin embargo, francamente obstinada, por el empeño de Patty de casarse en el juzgado del condado de Hennepin en lugar de celebrar una boda como era debido en casa de sus padres en Westchester. ¿No sería mejor incluir a los Emerson?, se preguntaba Dorothy delicadamente. Entendía que Patty no estuviera muy unida a su familia, pero, aun así, ¿no pensaba que tal vez más adelante lamentaría haberlos excluido de una ocasión tan memorable? Patty intentó transmitirle la imagen de cómo sería una boda en Westchester: unos doscientos amigos íntimos de Joyce y Ray y los más conspicuos contribuyentes a las costosas campañas de Joyce; la presión ejercida por Joyce sobre Patty para que eligiera a su hermana mediana como dama de honor y permitiera que su otra hermana ejecutase un número de danza durante la ceremonia; el consumo desenfrenado de champán que llevaría a Ray a dejar caer algún chiste sobre lesbianas para que lo oyeran las amigas baloncestistas de Patty. A Dorothy se le humedecieron un poco los ojos, tal vez por compasión hacia Patty o tal vez por pena ante su frialdad y aspereza respecto a su familia. ¿No sería posible, perseveró con discreción, insistir en una pequeña ceremonia íntima en la que todo fuera exactamente como Patty quería?

Una de las razones de Patty, no la menor, para eludir esa clase de boda era el hecho de que Richard tendría que haber sido el padrino de Walter. Aquí su razonamiento en parte era obvio y en parte tenía que ver con su temor a lo que sucedería si Richard llegaba a conocer a su hermana mediana. (La autobiografía se armará por fin de valor y dará el nombre de esa hermana: Abigail). Ya bastante malo era que Richard hubiese pasado por manos de Eliza; verlo liarse con Abigail, aunque fuera sólo por una noche, habría sido el colmo para Patty. Eso, ni que decir tiene, no se lo mencionó a Dorothy. Se limitó a explicarle que no era mujer de ceremonias.

A modo de concesión, sí llevó a Walter a conocer a su familia, en primavera, antes de casarse. Para la autobiografía es doloroso admitir que le dio un poco de vergüenza que su familia lo viera y, más aún, que acaso eso fuera otra de las razones por las que no deseaba una boda. Lo quería (y lo quiere, lo quiere de verdad) por unas cualidades que para ella tenían pleno sentido en su mundo privado de dos personas, pero que no eran necesariamente visibles para la clase de ojo crítico que sin duda sus hermanas, en particular Abigail, posarían en él. La

risita nerviosa de Walter, su propensión al rubor, la circunstancia misma de que fuese tan buena persona: dichos atributos le eran entrañables en el contexto más amplio del hombre en sí. Motivo de orgullo, incluso. Pero la parte malvada de ella, que siempre parecía aflorar con contundencia al verse expuesta a su familia, no podía evitar lamentar que él no midiera un metro noventa y fuese muy guay.

Joyce y Ray, justo es reconocerlo, y quizá por el alivio oculto que experimentaron al descubrir que Patty era heterosexual (oculto porque Joyce, por su parte, estaba preparada para brindar una vigorosa acogida a la diferencia), exhibieron su mejor comportamiento. Al enterarse de que Walter nunca había estado en Nueva York, se convirtieron en gentiles embajadores de la ciudad, instando a Patty a llevarlo a exposiciones que la propia Joyce, ocupada como estaba en Albany, no había visto, y reuniéndose luego con ellos para cenar en restaurantes aprobados por el *Times*, incluido uno en el Soho, que por entonces aún era un barrio oscuro y emocionante. La preocupación de Patty ante la posibilidad de que sus padres se burlaran de Walter dio paso a la preocupación de que éste se pusiera del lado de ellos y no viese por qué a ella le resultaban insoportables: de que empezara a sospechar que el verdadero problema era Patty, y de que perdiese aquella fe ciega en su bondad, una fe de la que ella, en menos de un año de relación, ya dependía desesperadamente.

Por suerte, Abigail, que era una entusiasta buscadora de restaurantes de alto nivel e insistió en convertir varias de las salidas nocturnas en incómodas cenas de cinco comensales, estaba en plena fase de antipatía. Incapaz de concebir que la gente se reuniese para algo que no fuera escucharla a ella, parloteara sobre el mundo del teatro neoyorquino (por definición un mundo injusto, visto que ella no había progresado en él desde su irrupción como actriz suplente); sobre el «repugnante canalla» profesor de Yale, con el que había tenido insuperables diferencias Creativas; sobre una amiga suya llamada Tammy que había autofinanciado una producción de *Hedda Gabler* en la que ella (Tammy) había interpretado brillantemente el papel principal; sobre las resacas y la regulación de los alquileres y perturbadores incidentes sexuales de terceros sobre los que Ray, mientras se llenaba una y otra vez la copa de vino, exigía los detalles más escabrosos. A mediados de la última cena, en el SOHO, Patty estaba tan harta de que Abigail acaparara la atención que debería habersele prodigado a Walter (quien cortésmente había escuchado hasta la última palabra de ésta) que le dijo a las claras a su hermana que se callara y dejara hablar a los demás. A esto siguió un molesto intervalo de silenciosa manipulación de cubiertos. Hasta que Patty, imitando cómicamente el movimiento de sacar agua de un pozo, indujo a Walter a hablar de sí mismo. Lo que, en retrospectiva, fue un error, porque Walter era un apasionado de las políticas públicas y, en su desconocimiento de cómo eran los verdaderos políticos, creyó que a una representante de la Asamblea Legislativa

le interesaría oír sus ideas.

Le preguntó a Joyce si conocía el Club de Roma. Joyce admitió que no. Él le explicó que el Club de Roma (a uno de cuyos miembros había invitado a Macalester para dar una charla hacía dos años) se dedicaba a explorar los límites del crecimiento. La teoría económica dominante, tanto la marxista como la del libre mercado, dijo Walter, daba por supuesto que el crecimiento económico era siempre algo positivo. Un índice de crecimiento del PIB de uno o dos por ciento se consideraba moderado, y un crecimiento demográfico del uno por ciento se consideraba deseable, y sin embargo, si se combinaban estos índices a lo largo de un período de cien años, las cifras resultantes eran calamitosas: una población mundial de dieciocho mil millones y un consumo energético mundial diez veces superior al de hoy en día. Y pasados otros cien años con un crecimiento sostenido... en fin, las cifras eran sencillamente inconcebibles. Así que el Club de Roma buscaba formas más racionales y humanas de frenar el crecimiento en lugar de destruir el planeta sin más y propiciar que todo el mundo muriera de hambre o se matara entre sí.

—El Club de Roma —dijo Abigail—. ¿Eso es como un Club Playboy italiano?

—No —respondió Walter con toda tranquilidad—. Es un grupo de personas que ponen en tela de juicio nuestro interés por el crecimiento. Es decir, todo el mundo está obsesionado con el crecimiento, pero bien mirado, en un organismo maduro todo crecimiento se corresponde en esencia con un tumor, ¿no? Si crece algo en la boca, o crece en el colon, mal asunto, ¿no? Así que existe este pequeño grupo de intelectuales y filántropos que intentan apartarse de nuestra visión limitada e influir en la política gubernamental al más alto nivel, tanto en Europa como en el hemisferio occidental.

—Las conejitas de Roma —dijo Abigail.

—¡*Sfogliatella!* —dijo Ray con un grotesco acento italiano.

Joyce se aclaró la garganta sonoramente. En familia, cuando su marido decía tonterías y obscenidades por efecto del vino, ella sencillamente se refugiaba en sus ensoñaciones joyceanas privadas, pero en presencia de su futuro yerno no le quedo más remedio que avergonzarse.

—Walter habla de una idea interesante —dijo—. Yo no conozco esa idea en concreto, ni ese... club. Pero sin duda es una perspectiva nueva sobre nuestra situación mundial que da que pensar.

Walter, que no vio el pequeño gesto de degüello de Patty, siguió con lo suyo:

—La principal razón por la que necesitamos algo como el Club de Roma —afirmó— es que tendrá que entablarse un diálogo sobre el crecimiento fuera de los canales políticos corrientes. Obviamente, tú eso ya lo sabes, Joyce. Si quieres ganar unas elecciones, ni siquiera puedes hablar de ralentizar el índice de crecimiento, y menos aún de invertirlo. Eso es puro veneno político.

—Ya lo creo —convino Joyce, y soltó una risita irónica.

—Pero alguien tiene que hablar de eso e intentar influir en la política, porque de lo contrario vamos a matar el planeta. Nos vamos a ahogar en nuestra propia multiplicación.

—Hablando de ahogarse, papá —intervino Abigail—, ¿ésa es tu botella particular o nosotros también podemos tomar un poco?

—Pediremos otra —respondió Ray.

—No creo que necesitemos otra —dijo Joyce.

Ray levantó la mano que solía usar para apaciguar a Joyce.

—A ver, Joyce, calma, calma. Que estamos muy bien.

Patty, con una sonrisa estática, contempló desde su silla los grupos glamurosos y plutocráticos de comensales en las otras mesas a la agradable y discreta luz del restaurante. Por supuesto, no había en el mundo ningún otro sitio mejor donde estar que Nueva York. Este hecho constituía los cimientos de la autosatisfacción de su familia, la plataforma desde la que podía ridiculizarse todo lo demás, el aval de sofisticación adulta que garantizaba el derecho a comportarse como niños. Ser Patty y hallarse en ese restaurante del SoHo equivalía a enfrentarse a una fuerza contra la que no tenía la menor posibilidad de competir. Su familia se había adueñado de Nueva York y no pensaba ceder. La única salida de Patty era sencillamente no volver nunca allí, olvidarse de que esa clase de escenas en restaurantes existían siquiera.

—Tú no eres bebedor de vino —le dijo Ray a Walter.

—Seguro que podría serlo si quisiera— dijo Patty.

—Éste es un amarone excelente, si quieres probarlo —insistió Ray.

—No, gracias.

—¿Seguro? —Ray blandió la botella en dirección a Walter.

—¡Sí, segurísimo! —exclamó Patty—. ¡Sólo lo ha dicho cada noche durante las últimas cuatro noches! Eh, Ray, ¿me escuchas? No todo el mundo quiere emborracharse y comportarse de forma grosera y repugnante. Algunas personas disfrutan de verdad con una conversación adulta en lugar de pasarse dos horas contando chistes verdes.

Ray sonrió como si su hija hubiese dicho algo gracioso. Joyce desplegó sus gafas de media lente para examinar la carta de postres mientras Walter se sonrojaba. Abigail, con una torsión de cuello espasmódica y un ceño adusto, dijo:

—¿« Ray » ? ¿« Ray » ? ¿Ahora lo llamamos « Ray » ?

A la mañana siguiente, Joyce le dijo a Patty con voz trémula:

—Walter es mucho más... no sé si la palabra adecuada es conservador, o qué, supongo que no exactamente conservador, aunque, en realidad, desde el punto de vista del proceso democrático, y del poder emanado del pueblo, y de la prosperidad para todos, no es exactamente *autocrático*, pero en cierto modo, sí, casi conservador... más de lo que yo esperaba.

Ray, al cabo de dos meses, en la ceremonia de graduación de Patty, le dijo

con una sonrisita mal disimulada:

—Walter se puso tan rojo por aquello del crecimiento... Dios mío, pensé que iba a darle un *síncope*.

Y Abigail, seis meses después de eso, en el único día de Acción de Gracias que Patty y Walter cometieron la estupidez de celebrar en Westchester, le dijo a Patty:

—¿Cómo van las cosas con el « Club de Roma » ? ¿Os habéis asociado ya al « Club de Roma » ? ¿Os sabéis las contraseñas? ¿Os habéis sentado en las butacas de piel?

Patty, en el aeropuerto de LaGuardia, le dijo a Walter entre sollozos:

—¡No soporto a mi familia!

Y él respondió animosamente:

—¡Ya fundaremos nosotros una familia propia!

Pobre Walter. Primero había dejado de lado sus sueños de actor y cineasta por un sentido de la responsabilidad económica para con sus padres, y después, en cuanto su padre lo liberó con su muerte, fue a juntarse con Patty y dejó de lado su aspiración de salvar el planeta y entró a trabajar en 3M, para que Patty pudiera tener su fabulosa casa antigua y quedarse allí con los niños. Todo ocurrió casi sin siquiera plantárselo. Él se entusiasmaba con los planes que la entusiasmaban a ella, se entregó a las reformas de la casa y a defenderla contra su familia. Sólo años más tarde —cuando Patty había empezado a defraudarlo—, se volvió más indulgente con los otros Emerson e insistió en que ella era la afortunada, la única Emerson que había escapado del naufragio y vivido para contarlo. Según él, Abigail, que se había quedado varada en una isla aquejada de gran escasez (¡la isla de Manhattan!) y escarbaba en los desperdicios en busca de sustento emocional, debía ser perdonada por monopolizar las conversaciones en un intento de nutrirse. Según él, Patty debía compadecer a sus hermanos, no culparlos, por no haber tenido la fortaleza o la buena fortuna de escapar: por ser tan voraces. Pero todo eso sucedió mucho más tarde. En los primeros años, era tal su fervor por Patty que a sus ojos ella no podía hacer nada mal. Y sin duda fueron muy buenos años.

La competitividad del propio Walter no se centraba en la familia. Cuando ella lo conoció, él ya había ganado esa partida. En la mesa de póquer de ser un Berglund, había recibido todos los ases excepto, quizá, el de la buena presencia y la desenvoltura con las mujeres. (Fue su hermano mayor —que en estos momentos va por su tercera esposa, una joven que se mata a trabajar para mantenerlo— quien recibió ese as en particular). Walter no sólo conocía el Club de Roma y leía novelas difíciles y sabía valorar a Igor Stravinski, sino que además sabía soldar la junta de una tubería de cobre y hacer trabajos de ebanistería e identificar aves por su canto y cuidar bien de una mujer conflictiva. Hasta tal punto era el triunfador de su familia que podía permitirse con

regularidad viajes de regreso para ayudar a los demás.

—Supongo que ahora tendrás que ver donde me crie —Le había dicho a Patty frente a la estación de autobuses de Hibbing, después de interrumpir ella el viaje por carretera con Richard. Estaban en el Crown Victoria del padre de Walter, cuyos cristales habían empañado con sus acalorados jadeos.

—Quiero ver tu habitación —dijo Patty—. Quiero verlo todo. ¡Creo que eres una persona maravillosa!

Al oír eso, Walter tuvo que besarla un buen rato más antes de sumirse de nuevo en su inquietud.

—Sea como sea —dijo—, sigue dándome vergüenza llevarte a mi casa.

—No te avergüences. Deberías ver la mía. Está llena de fenómenos de feria.

—Ya, claro, esto mío no tiene ni mucho menos tanto interés. Esto no es más que la simple miseria de las Montañas del Hierro.

—Pues vamos. Quiero verlo. Quiero dormir contigo.

—Es una buena idea —dijo él—, pero me temo que eso incomodaría a mi madre.

—Quiero dormir *cerca* de ti. Y luego quiero desayunar contigo.

—Eso sí podemos arreglarlo.

En realidad, el panorama en el motel Pinos Susurrantes frenó un poco a Patty y le provocó un momento de duda sobre su decisión de ir a Hibbing; alteró ese estado de ánimo autónomo que la había empujado a echarse en brazos de un hombre que físicamente no le despertaba las mismas sensaciones que el mejor amigo de éste. Visto desde fuera, el motel no estaba tan mal, y en el aparcamiento la cantidad de coches no era deprimente, pero desde luego la zona de vivienda detrás de la recepción distaba mucho de Westchester. Iluminó todo un universo de privilegios antes invisible, sus propios privilegios de barrio residencial; y sintió una inesperada punzada de añoranza. Los suelos, cubiertos por una moqueta esponjosa, tenían una perceptible pendiente hacia el arroyo de la parte de atrás. En el salón comedor había un cenicero de cerámica del tamaño de un tapacubos ampliamente almenado, al alcance del sofá donde Gene Berglund leía antes sus revistas de caza y pesca y veía los programas de los canales de las Ciudades Gemelas y Duluth que la antena del motel (instalada, como ella vio a la mañana siguiente, en lo alto de un pino desmochado detrás del terreno donde estaba la fosa séptica) lograba captar. La pequeña habitación de Walter, que había compartido con su hermano menor, estaba en la parte baja de la pendiente y en ella sí percibía siempre la humedad que provenía del arroyo cercano. En el centro de la moqueta, de un extremo a otro de la habitación, se veía aún una raya del residuo pegajoso dejado por la cinta adhesiva que Walter había colocado allí de niño para delimitar su espacio privado. La parafernalia de su esforzada infancia seguía dispuesta contra la pared del fondo: manuales y trofeos de los boy scouts, una colección completa de biografías de presidentes abreviadas, una

colección parcial de volúmenes de la Enciclopedia Universal, esqueletos de animales pequeños, un acuario vacío, colecciones de sellos y monedas, un termómetro barómetro científico con unos cables que salían por la ventana. De la puerta alabeada de la habitación colgaba un cartel amarillento de confección casera, escrito con lápiz rojo, donde se leía « Prohibido Fumar », la pe y la efe vacilantes pero enormes en su desafío.

—Mi primer acto de rebelión —dijo Walter.

—¿Qué edad tenías? —preguntó Patty.

—No lo sé. Tal vez diez años. Mi hermano pequeño tenía fuertes ataques de asma.

Fuera llovía torrencialmente. Dorothy dormía en su habitación, pero Walter y Patty ardían aún de deseo. Él le enseñó el « salón-bar » que antes regentaba su padre, la impresionante lucio-perca disecada en la pared, la barra de contrachapado de abedul que él había ayudado a construir a su padre. Hasta hacía poco tiempo, cuando tuvo que ser ingresado, Gene se instalaba detrás de aquella barra a última hora de la tarde, fumando y bebiendo, mientras esperaba a que sus amigos salieran del trabajo y le activaran el negocio.

—Pues esto es lo que soy —dijo Walter—. De aquí he salido.

—Me encanta que hayas salido de aquí.

—No sé muy bien qué quieres decir con eso, pero lo acepto.

—Sólo que te admiro mucho.

—Eso está bien. Supongo.

Se acercó al mostrador de recepción y miró las llaves.

—¿Qué te parece la habitación número 21?

—¿Es una buena habitación?

—Se parece mucho a todas las demás.

—Tengo veintiún años. Así que es perfecta.

La habitación 21 estaba llena de superficies desvaídas y gastadas que en lugar de sustituirse, habían sido sometidas a décadas de vigorosos restregones. La humedad del arroyo era perceptible pero no abrumadora. Las camas eran bajas e individuales, no de matrimonio.

—No tienes que quedarte aquí si no quieres —dijo Walter a la vez que dejaba la bolsa de Patty en el suelo. Puedo llevarte a la estación mañana por la mañana.

—¡No! Esto es perfecto. No he venido de vacaciones. He venido a verte, y a intentar ser útil.

—Ya. Es sólo que me preocupa no ser lo que tú en realidad quieres.

—Ah, pues por eso no te preocupes más.

—Pues aún así estoy preocupado.

Ella lo obligó a tumbarse en una de las camas e intentó tranquilizarlo con su cuerpo. Pero la preocupación de él no tardó en dispararse de nuevo. Se incorporó y le preguntó por qué se había ido en coche con Richard. Era una pregunta que

Patty se había permitido esperar que él no planteara.

—No lo sé —dijo—. Supongo que quería ver cómo era un viaje por carretera.

—Mmm.

—Había algo que necesitaba descubrir. No tengo otra manera de explicarlo. Había algo que necesitaba averiguar. Y lo he averiguado, y ahora estoy aquí.

—¿Qué has averiguado?

—Dónde quería estar, y con quién quería estar.

—Pues qué rapidez.

—Fue un error estúpido —admitió Patty—. Él tiene esa manera de mirar a una persona, como sin duda tú ya sabes. Todos tardamos un tiempo en entender qué queremos de verdad. No me culpes por eso, por favor.

—Es sólo que me impresiona lo deprisa que lo has entendido.

Patty sintió el impulso de echarse a llorar, y sucumbió a él, y durante un rato Walter hizo lo que pudo por consolarla.

—No me ha tratado bien —dijo ella entre lágrimas—. Y tú eres todo lo contrario. Y ahora mismo lo contrario es lo que yo más necesito. ¿Puedes tratarme bien, por favor?

—Puedo tratarte bien —afirmó él, acariciándole el pelo.

—Te juro que no lo lamentarás.

Estas fueron las palabras exactas de Patty, según el triste recuerdo de la autobiógrafa.

He aquí otro vívido recuerdo de la autobiógrafa: la violencia con que Walter la cogió por los hombros, la tumbó de espaldas, se colocó sobre ella, encajándose por la fuerza entre sus piernas, con una expresión en el rostro que ella nunca le había visto. Era una expresión de rabia, y le favorecía. Fue como si de pronto se hubiese apartado una cortina dejando a la vista algo hermoso y viril.

—Esto no tiene que ver contigo —dijo él—. ¿Lo entiendes? Te quiero, trozo a trozo. Centímetro a centímetro. Cada centímetro. Desde el momento en que te vi. ¿Lo entiendes?

—Sí —respondió ella—. O sea, gracias. Más o menos ya lo intuía, pero resulta muy agradable oírlo.

Sin embargo, él no había acabado.

—¿Entiendes que tengo un... un...? —Buscó la palabra—. Un problema. Con Richard. Tengo un *problema*.

—¿Qué problema?

—No me fio de él. Lo quiero, pero no me fio de él.

—Dios mío —dijo Patty—, te aseguro que puedes fiarte de él. Está claro que él también te aprecia. Tiene una actitud increíblemente protectora contigo.

—No siempre.

—Pues desde luego en mi presencia sí la ha tenido. ¿Eres consciente de lo

mucho que te admira?

Walter fijó en ella una mirada colérica.

—Entonces, ¿por qué te fuiste con él? ¿Qué hacía él en Chicago contigo? ¿A qué coño vino eso? ¡No lo entiendo!

Al oírle decir « coño » y ver lo horrorizado que estaba por su propia ira, Patty se echó a llorar otra vez.

—Dios mío, por favor, Dios mío, por favor, Dios mío, por favor —dijo ella—. Estoy aquí, ¿no? ¡Estoy aquí por ti! Y en Chicago no pasó nada. De verdad.

Ella lo estrechó, se apretó contra sus caderas. Pero en lugar de tocarle los pechos o de bajarle el vaquero, como sin duda habría hecho Richard, Walter se levantó y empezó a pasearse por la habitación 21.

—No sé si esto es lo correcto —dijo—. Porque, mira, no soy tonto. Tengo ojos y oídos, no soy tonto. La verdad es que ahora no sé qué hacer.

Fue un alivio oír que no era tonto por lo que a Richard se refería; pero ella tuvo la sensación de que se le habían agotado los recursos para disipar sus dudas. Sencillamente se quedó allí, tendida en la cama, escuchando la lluvia contra el tejado, consciente de que podría haber evitado toda aquella escena si no se hubiese subido al coche con Richard; consciente de que merecía un castigo. Y sin embargo era difícil no imaginar otras posibilidades mejores en el desarrollo de los acontecimientos. Aquél fue un anticipo de las escenas nocturnas de años posteriores: la hermosa ira de Walter malgastándose mientras ella lloraba y él la castigaba y le pedía perdón por castigarla, diciendo que los dos estaban agotados y era muy tarde, y en efecto lo era: tan tarde que era temprano.

—Voy a darme un baño —dijo Patty por fin.

Él estaba sentado en la otra cama, con la cara entre las manos.

—Lo siento. Te aseguro que esto no tiene nada que ver contigo.

—Oye, ¿sabes qué te digo? Ésta no es una de mis frases favoritas, de las que me gusta oír una y otra vez.

—Lo siento. Lo creas o no, lo digo como algo positivo.

—Y en estos momentos « lo siento » tampoco ocupa un lugar muy alto en mi lista.

Sin apartarse las manos de la cara, Walter le preguntó si necesitaba ayuda con el baño.

—Ya me las arreglo sola —respondió ella, aunque era todo un número bañarse manteniendo fuera del agua la rodilla vendada e inmovilizada por la abrazadera.

Cuando al cabo de media hora salió del cuarto de baño con su pijama, daba la impresión de que Walter no había movido un solo músculo. Se plantó frente a él, contemplando sus rizos claros y sus hombros estrechos.

—Oye, Walter —dijo—. Puedo marcharme mañana por la mañana si quieres. Pero ahora necesito dormir un poco. Tú también deberías acostarte.

Él asintió.

—Lamento haberme ido a Chicago con Richard. La idea fue mía, no suya. Debes echarme la culpa a mí, no a él. Pero ahora mismo... haces que me sienta como una piltrafa.

Él asintió y se puso en pie.

—¿Un beso de buenas noches? —preguntó ella.

Walter se lo dio, y fue mejor que discutir, tanto mejor que enseguida estaban bajo las mantas y apagaban la lámpara. La luz del día se filtraba en torno a las cortinas: allí en el norte en mayo amanecía pronto.

—En realidad no sé nada de sexo —admitió Walter.

—Ah, bueno —dijo ella—, no es muy complicado.

Y así empezaron los años más felices de sus vidas. Para Walter, especialmente, fueron tiempos vertiginosos. Tomó posesión de la chica que deseaba, la chica que podía haberse ido con Richard pero lo había elegido a él, y de pronto, tres días después, en el hospital luterano, la lucha de toda una vida contra su padre concluyó con la muerte de éste. (Un padre no puede estar más derrotado que cuando está muerto). Esa mañana Patty estaba en el hospital con Walter y Dorothy, y las lágrimas de ambos la conmovieron tanto que ella también lloró un poco, y tuvo la sensación, mientras regresaban en coche al motel en un silencio casi absoluto, de que ya estaba prácticamente casada.

Después de que Dorothy entrara a descansar un rato, Patty vio a Walter hacer una cosa extraña. Echó una carrera de punta a punta del aparcamiento, brincando mientras corría, apoyándose sobre los dedos de los pies, y al llegar al extremo, dio la vuelta y siguió corriendo. Era una mañana despejada y espléndida, con una brisa fuerte y continua del norte, y en la orilla del arroyo los pinos susurraban, literalmente. Al final de una de sus carreras, Walter saltó varias veces, dio la espalda a Patty y echó a correr por la carretera estatal 73, llegó a la curva, se perdió de vista y no volvió a aparecer hasta pasada una hora.

La tarde siguiente, en la habitación 21, a plena luz del día, con las ventanas abiertas y las deslucidas cortinas hinchadas por el viento, rieron y lloraron y follaron con una alegría cuya seriedad e inocencia causa no pocos estragos en el ánimo de la autobiógrafa al acordarse, y lloraron un poco más y follaron un poco más y se quedaron tendidos el uno al lado del otro con los cuerpos sudorosos y los corazones rebosantes y escucharon los susurros de los pinos. Patty tenía la sensación de haber tomado una potente droga cuyo efecto no disminuía, o de haber entrado en un sueño increíblemente vívido del que no despertaba, sólo que era plenamente consciente, segundo a segundo, de que eso que le sucedía no era una droga ni un sueño, sino sencillamente la vida, una vida sólo con presente y sin pasado, un amor distinto de cualquier amor que hubiese imaginado. ¡Y todo gracias a la habitación 21! ¿Cómo no podría haber imaginado la habitación 21? Era una habitación tan encantadoramente limpia y anticuada, y Walter era una

persona tan encantadoramente limpia y anticuada... Ella tenía veintiún años y podía sentir su condición de veintiañera en el viento joven, limpio y fuerte que soplaba desde Canadá. Su breve experiencia de la eternidad.

Más de cuatrocientas personas asistieron al entierro del padre de Walter. En nombre de Gene, sin haberlo conocido siquiera, Patty se enorgulleció de la gran afluencia de gente. (Si uno quiere un gran funeral, morir a una edad no muy avanzada ayuda). Gene había sido un hombre hospitalario a quien le gustaba pescar y cazar y estar con sus amigos, en su mayoría veteranos de guerra, y que había tenido la desgracia de ser alcohólico y poco cultivado y estar casado con una persona que depositó sus esperanzas y sus sueños y lo mejor de su amor en su hijo mediano, no en él. Walter nunca le perdonaría a Gene haber obligado a Dorothy a matarse a trabajar en el motel, pero sinceramente, en opinión de la autobiógrafa, si bien Dorothy era un encanto de persona, desde luego era también la típica mártir. La recepción después del funeral, en una sala parroquial luterana, fue para Patty un curso intensivo de inmersión total en la familia amplia de Walter: un festival de roscones y la determinación de ver el lado bueno de las cosas. Estaban presentes los cinco hermanos vivos de Dorothy, como también el hermano mayor de Walter, recién salido de la cárcel, con su mujer (la primera), de una belleza barriobajera, y sus dos hijos, y también el taciturno hermano menor con su uniforme militar de gala. El único ausente digno de mención era, en realidad, Richard.

Walter le había telefoneado para darle la noticia, claro, aunque incluso eso había sido complicado, ya que significaba localizar a Herrera, el escurridizo bajista de Richard, en Minneapolis. Richard acababa de llegar a Hoboken, Nueva Jersey. Después de darle el pésame a Walter por teléfono, dijo que estaba con las finanzas a cero y lamentaba no poder ir al funeral. Walter le aseguró que daba igual, y luego tardó años en perdonarle que no hubiera hecho el esfuerzo, cosa que no era del todo justa, dado que Walter por entonces, para sus adentros, ya estaba enfadado con Richard y ni siquiera *quería* verlo en el funeral. Pero Patty se cuidó muy mucho de señalárselo.

Cuando viajaron a Nueva York, un año después, ella le propuso que quedara con Richard y pasara una tarde con él, pero Walter le explicó que había telefoneado a Richard dos veces en los últimos meses mientras que Richard no lo había llamado *nunca* por iniciativa propia. Patty dijo: «Pero es tu mejor amigo», y Walter dijo: «No, *tú eres* mi mejor amiga», y Patty dijo: «Bueno, pues él es tu mejor amigo hombre, y deberías quedar con él». Pero Walter insistió en que siempre había sido así —que siempre se había sentido más como el perseguidor que como el perseguido; que existía entre ellos una propensión a llevar esas situaciones al límite, a entablar una competencia por no ser el primero en pestañear y mostrar necesidad—, y él ya estaba hasta la coronilla. Dijo que no era la primera vez que Richard desaparecía así. Si aún quería ser amigo suyo,

dijo Walter, quizá, para variar, podía tomarse la molestia de ser él quien llamara. Si bien Patty sospechaba que Richard estaba avergonzado por el episodio de Chicago y procuraba no entrometerse en la dicha doméstica de Walter, y por tanto le correspondía a éste convencerlo de que su presencia seguía siendo bien recibida, una vez se cuidó muy mucho de presionarlo.

En tanto que Eliza había imaginado un rollo homosexual entre Walter y Richard, la autobiógrafa ahora ve un asunto fraternal. Una vez superada la edad en que Walter recibía puñetazos en la cabeza de su hermano mayor, sentado encima de él, y él daba puñetazos a su hermano menor, sentado encima de él, desapareció toda competencia satisfactoria en su propia familia. Había necesitado otro hermano a quien amar y odiar y con quien competir. Y la pregunta que siempre atormentó a Walter, tal como lo ve la autobiógrafa, fue si Richard era el hermano menor o el mayor, el jodido o el héroe, el amigo querido y maltratado por la vida o el rival peligroso.

Como en el caso de Patty, Walter sostenía que lo suyo con Richard había sido amor a primera vista. Sucedió la primera noche que pasó en Macalester, cuando su padre lo dejó allí y volvió a toda prisa a Hibbing, donde el Canadian Club lo reclamaba desde el salón-bar del motel. Walter le había enviado a Richard una amable carta en verano, a una dirección facilitada por la oficina de alojamiento de la universidad, pero Richard no había contestado. En una de las camas de la habitación de la residencia había una funda de guitarra, una caja de cartón y un petate. Walter no vio al dueño de ese mínimo equipaje hasta después de la cena, en una reunión en el salón de la planta. Fue un momento que después le describió a Patty varias veces: de pie en un rincón, separado de los demás, había un chico del que no podía apartar la vista, muy alto, con acné, pelo afro y una camiseta de Iggy Pop, una persona que no se parecía en nada a los otros estudiantes de primero y no reía, ni siquiera sonreía educadamente, ante la charla orientativa salpicada de chistes que les daba el representante estudiantil de la residencia. Walter, por su parte, sentía gran compasión por la gente que pretendía ser graciosa, y se reía a carcajadas para recompensarla por su esfuerzo, y sin embargo supo al instante que deseaba ser amigo de aquella persona alta sin sonrisa. Albergó la esperanza de que fuera su compañero de habitación, y lo era.

Asombrosamente, a Richard le cayó bien. Todo empezó por la azarosa circunstancia de que Walter fuese del pueblo donde se crio Bob Dylan. Ya en la habitación, después de la reunión Richard lo acribilló a preguntas sobre Hibbing: qué ambiente había, y si Walter había conocido a algún Zimmerman. Walter le explicó que el motel estaba en las afueras, a varios kilómetros del pueblo, pero el motel en sí impresionó a Richard, igual que el hecho de que Walter fuese un estudiante becado con un padre alcohólico. Richard le explicó que no había contestado su carta porque su propio padre había muerto de cáncer de pulmón hacía cinco semanas. Dijo que como Bob Dylan era un gilipollas, la clase de

gilipollas de una hermosa pureza que hacía que un joven músico deseara ser también un gilipollas, siempre había imaginado que Hibbing era un sitio lleno de gilipollas. El imberbe Walter, sentado en aquella habitación de la residencia, escuchando atentamente a su nuevo compañero de habitación y tratando por todos los medios de impresionarlo, era la viva refutación de esa teoría.

Ya esa primera noche Richard hizo comentarios sobre las chicas que Walter nunca olvidó. Dijo que no lo había impresionado favorablemente el alto porcentaje de tías obesas de Macalester. Dijo que se había pasado la tarde paseando por las calles de los alrededores, para descubrir por dónde rondaban las tías autóctonas. Dijo que lo había sorprendido cuánta gente le había sonreído y saludado. Incluso le habían sonreído y saludado las tías guapas. ¿También pasaba eso en Hibbing? Dijo que en el funeral de su padre había conocido a una prima que estaba muy buena y que por desgracia sólo tenía trece años, y ahora le enviaba cartas sobre sus aventuras con la masturbación. Si bien Walter nunca necesitó que nadie lo obligara a comportarse solícitamente con las mujeres, la autobiógrafa no puede por menos de pensar en la especialización polarizada de los logros que acompaña la rivalidad entre hermanos, y preguntarse si la obsesión de Richard con ligar no fue quizá un incentivo más para que Walter no compitiese en ese terreno en particular.

Un dato importante: Richard no tenía trato con su madre. Ella ni siquiera asistió al funeral del padre de Richard. Según la versión del propio Richard tal como se la contó a Patty (mucho más tarde), la madre era una persona inestable que acabó siendo una fanática religiosa, pero no antes de convertir en un infierno la vida del hombre que la había dejado embarazada a los diecinueve años. El padre de Richard era por entonces saxofonista, un bohemio del Greenwich Village. La madre era una chica blanca, alta y rebelde, de buena familia protestante y poco autocontrol. Después de cuatro escandalosos años de bebida e infidelidad en serie, le endosó al señor Katz la tarea de criar a su hijo (primero en el Village, después en Yonkers) mientras ella se marchaba a California y encontraba a Jesucristo y traía al mundo a otros cuatro niños. El señor Katz abandonó la música pero no, lamentablemente, la bebida. Acabó trabajando en correos y no volvió a casarse, y podemos afirmar sin temor a equivocarnos que sus varias jóvenes novias, en los años anteriores a que la bebida acabara con él, no sirvieron para proporcionar la presencia maternal estabilizadora que Richard necesitaba. Una de ellas les desvalijó el apartamento antes de desaparecer; otra liberó a Richard de su virginidad mientras le hacía de canguro. Poco después de este episodio, el señor Katz mandó a Richard a pasar un verano con su madre y sus hermanastros, pero Richard no aguantó ni una semana con ellos. El primer día de su estancia en California, la familia entera se reunió en torno a él y enlazó las manos para dar gracias al Señor porque había llegado sano y salvo, y por lo visto de ahí en adelante los desvaríos fueron en aumento.

Los padres de Walter, que se limitaban a ir a misa por razones sociales, abrieron las puertas de su casa al espigado huérfano. Fue Dorothy quien más se encariñó con Richard —incluso puede que, a la recatada manera de Dorothy, se encaprichara de él— e insistió en que pasara las vacaciones en Hibbing. Richard no necesitó mucha insistencia, dado que no tenía ningún otro sitio adonde ir. Conquistó a Gene con su interés por las escopetas y, en un sentido más general, por no ser la clase de «pedante» con la que, se había temido Gene, Walter acabaría relacionándose, y causó buena impresión a Dorothy colaborando en los quehaceres domésticos. Como ya se ha observado, Richard sentía un vivo (aunque muy intermitente) deseo de ser buena persona, y era escrupulosamente educado con la gente a la que consideraba buena, como era el caso de Dorothy. Su conducta con ella, cuando la interrogaba sobre algún guiso normal y corriente que había preparado, preguntando de dónde había sacado la receta y dónde podía uno informarse sobre dietas equilibradas, a Walter le parecía falsa y condescendiente, porque las posibilidades de que Richard alguna vez fuera a hacer la compra y preparara él mismo un guiso eran nulas, y porque en cuanto Dorothy salía de la habitación, Richard volvía a recuperar su actitud dura de siempre. Pero Walter competía con él, y si bien puede que no destacara ligando con las tías del pueblo, escuchar a las mujeres con sincera atención era sin lugar a dudas su territorio, y lo protegía celosamente. La autobiografía se considera, pues, más fiable que Walter en lo referente a la autenticidad del respeto de Richard por la bondad.

Lo que sin duda era admirable en Richard era su afán por mejorarse a sí mismo y llenar el vacío creado por la ausencia de atenciones paternas. Había sobrevivido a la infancia tocando música y leyendo libros de su propia idiosincrásica elección, y parte de lo que lo atraía de Walter era su intelecto y su ética del trabajo. Richard era muy leído en ciertas áreas (existencialismo francés, literatura latinoamericana), pero carecía de método, de sistema, y sentía auténtica veneración por la firme orientación intelectual de Walter. Si bien concedía a éste el respeto de no tratarlo nunca con la hipereducación que reservaba a aquellos a quienes consideraba Buenos, le encantaba oír sus ideas y lo instaba a explicar sus convicciones políticas poco comunes.

La autobiografía sospecha que la amistad con un chico poco enrollado de una zona rural del norte suponía una perversa ventaja «competitiva» para Richard. Era una manera de diferenciarse de los modernos de Macalaster que procedían de entornos más privilegiados. Richard despreciaba a esos modernos (incluidas las chicas, aunque eso no le impedía tirárselas cuando surgía la oportunidad) con la misma intensidad con que los modernos despreciaban a personas como Walter. El documental *Don't Look Back*, sobre Bob Dylan, fue tal hito tanto para Richard como para Walter que al final Patty lo alquiló y lo vio con Walter una noche, cuando los niños eran pequeños, para presenciar la famosa escena en que Dylan

eclipsaba y humillaba al cantante Donovan en una fiesta para gente guay en Londres, por el simple placer de comportarse como un gilipollas. Aunque Walter sentía lástima por Donovan, es más, se sentía mal por no desear parecerse más a Dylan y menos a Donovan, a Patty la escena le resultó emocionante. ¡La sobrecogedora desnudez de la competitividad de Dylan! Lo que sintió fue: No nos engañemos, la victoria es muy dulce. La escena la ayudó a entender por qué Richard prefería andar con alguien tan poco musical como Walter en vez de con los modernos.

En el plano intelectual, Walter era a todas luces el hermano mayor y Richard su seguidor. Y sin embargo, para Richard, ser listo, como ser bueno, era sólo un aspecto secundario del gran esfuerzo competitivo. A eso se refería Walter al decir que no se fiaba de su amigo. Nunca pudo desprenderse de la sensación de que Richard le escondía algo; de que una faceta oscura de él se perdía en la noche para satisfacer motivaciones que él mismo se negaba a reconocer; de que estaba dispuesto a ser amigo de Walter siempre y cuando quedase claro que él llevaba la voz cantante. Richard era menos fiable que nunca cuando había una chica por medio, y Walter sentía celos de esas chicas por captar la atención de Richard más que él, aunque fuera sólo momentáneamente. El propio Richard nunca lo vio así, porque enseguida se cansaba de las chicas y siempre acababa dándoles la patada; siempre volvía a Walter, de quien no se cansaba. Pero Walter consideraba una deslealtad por parte de su amigo destinar tanta energía a andar detrás de gente que ni siquiera le caía bien. Esa actitud creaba en Walter una sensación de debilidad e insignificancia por el hecho de estar siempre disponible cuando Richard volvía. Lo atormentaba la sospecha de que él quería a Richard más de lo que Richard lo quería a él, y se esforzaba más que Richard por mantener la amistad.

La primera gran crisis se produjo durante el último curso de la universidad, dos años antes de que Patty los conociera, cuando Walter había perdido la cabeza por el nefasto personaje de segundo llamado Nomi. Según la versión de Richard (tal como Patty la oyó en su momento), la situación era muy clara: su amigo, sexualmente ingenuo, estaba siendo utilizado por una mujer despreciable sin ningún interés real por él, y Richard finalmente asumió la responsabilidad de poner en evidencia lo despreciable que era Nomi. En su opinión, la chica no merecía siquiera que compitieran por ella; no era más que un mosquito que aplastar. Pero Walter veía las cosas de manera muy distinta, y se enfadó tanto con Richard que se negó a hablar con él durante semanas. Compartían uno de esos apartamentos de dos habitaciones reservados para los estudiantes de último curso, y cada noche, cuando Richard llegaba y cruzaba la habitación de Walter de camino a la suya, más privada, se detenía para entablar una conversación unilateral que un observador desinteresado seguramente habría encontrado graciosa.

Richard: « Sigues sin hablarme. Esto es asombroso. ¿Cuánto tiempo va a durar?» .

Walter: silencio.

Richard: « Si no quieres que me sienta y te mire mientras lees, basta con que lo digas» .

Walter: silencio.

Richard: « ¿Es interesante el libro? Yo diría que no pasas las páginas» .

Walter: silencio.

Richard: « ¿Sabes cómo te estás comportando? Como una chica. Esto es lo que hacen las chicas. Es una idiotez, Walter. Empiezo a cabrear» .

Walter: silencio.

Richard: « Si esperas que me disculpe, olvídalo. Te lo digo así de claro. Siento que estás dolido, pero tengo la conciencia tranquila» .

Walter: silencio.

Richard: « Tú ya sabes, imagino, que eres la única razón por la que sigo aquí. Si hace cuatro años me hubieras preguntado qué probabilidades había de que me sacara el título, te habría dicho que entre pocas y ninguna» .

Walter: silencio.

Richard: « En serio, estoy un poco decepcionado» .

Walter: silencio.

Richard: « Vale. Joder. Compórtate como una chica. Me da igual» .

Walter: silencio.

Richard: « Oye. Si yo tuviera un problema con la droga y tú me tiraras la droga a la basura, me cabrearía contigo, pero también entendería que pretendías hacerme un favor» .

Walter: silencio.

Richard: « Reconozco que la analogía no es perfecta, en el sentido de que en realidad yo consumí la droga, por así decirlo, en lugar de tirarla a la basura sin más. Pero tú eras propenso a una adicción muy dañina, mientras que para mí se trataba sólo de una actividad recreativa, y partiendo de la idea de que es una lástima desperdiciar una buena droga...» .

Walter: silencio.

Richard: « De acuerdo, es una analogía tonta» .

Walter: silencio.

Richard: « Tiene gracia. Deberías reírte» .

Walter: silencio.

Al menos así lo imagina la autobiógrafa, basándose en el posterior testimonio de las dos partes. Walter mantuvo su silencio hasta las vacaciones de Pascua, cuando volvió a casa solo y Dorothy consiguió sonsacarle la razón por la que no había llevado a Richard. Debes aceptar a la gente tal como es —dijo Dorothy—. Richard es un buen amigo, y debes serle leal». (Dorothy concedía gran

importancia a la lealtad —daba sentido a su vida no muy agradable—, y Patty oyó a Walter reproducir esa amonestación a menudo; casi parecía atribuirle una trascendencia bíblica). Walter señaló que el propio Richard había sido tremendamente *desleal* al quitarle la chica a la que quería, pero Dorothy, que tal vez había caído también bajo el hechizo katziano, adujo que no creía que Richard lo hubiera hecho con la intención de herirlo. « En la vida es bueno tener amigos —dijo—. Si quieres tener amigos, debes recordar que nadie es perfecto» .

Otro matiz molesto del asunto de las chicas era la circunstancia de que aquellas a las que Richard atraía eran casi invariablemente grandes fans^[2] de la música, y de que Walter, siendo el fan mayor y más antiguo de Richard, estaba en enconada competencia con ellas. Chicas que quizá de lo contrario habrían sido cordiales con el mejor amigo de un novio, o al menos tolerantes con él, tenían la necesidad de tratarlo fríamente, porque las fans de verdad siempre necesitan sentir una conexión única con el objeto de su admiración; por nimios e imaginarios que sean, protegen celosamente esos puntos de conexión que justifican la sensación de singularidad. Para las chicas, comprensiblemente, no había manera de estar más conectadas con Richard que acopladas en el coito con él, mezclando fluidos reales. Veían a Walter como un insecto insignificante y molesto, pese a que era Walter quien había dado a conocer a Richard la obra de Antón von Webern y Benjamín Britten, era Walter quien había dado un marco político a sus primeras canciones más rabiosas, era Walter la persona a quien Richard en realidad quería de una manera significativa. Y si ya era de por sí bastante malo ser tratado con esa frialdad sistemática por chicas *sexys*, peor aún era la sospecha de Walter —confesada a Patty durante los años en que no tenían secretos el uno para el otro— de que en el fondo él no era distinto de esas chicas: de que también él era una especie de parásito de Richard, intentando sentirse más enrollado y mejor consigo mismo por medio de su conexión única con él. Y lo peor era su sospecha de que Richard lo sabía, y eso lo hacía sentirse mucho más solo y lo volvía mucho más cauto.

La situación fue especialmente ponzoñosa en el caso de Eliza, quien, no contenta con mostrarse indiferente a Walter, hacía lo indecible para que éste se sintiera mal. ¿Cómo podía Richard, se preguntaba Walter, seguir acostándose con una persona tan intencionadamente desagradable con su mejor amigo? Para entonces, Walter era ya lo bastante maduro para no recurrir a la táctica del silencio, pero sí dejó de prepararle la comida a Richard, y la principal razón por la que siguió yendo a sus actuaciones fue para poner de manifiesto su antipatía hacia Eliza y, más adelante, para intentar disuadir a Richard, a fuerza de avergonzarlo, de consumir la coca que ella le suministraba continuamente. Por supuesto, era imposible disuadir a Richard de nada a fuerza de avergonzarlo. Ni por aquel entonces ni nunca.

Lamentablemente, se desconocen los detalles de sus conversaciones acerca

de Patty, pero la autobiografía se complace en pensar que no se parecían en nada a sus conversaciones acerca de Nomi o Eliza. Es posible que Richard instase a Walter a mostrarse más enérgico y decidido con ella, y que Walter respondiese con alguna parida como que la habían violado o que iba con muletas, pero hay pocas cosas más difíciles de imaginar que las conversaciones de los demás sobre uno mismo. Lo que Richard sentía en privado hacia Patty, ella al final lo vio más claro (en esa dirección avanza la autobiografía, aunque muy lentamente). De momento, baste señalar que Richard emigró a Nueva York y se quedó allí, y que durante muchos años Walter estuvo tan ocupado construyendo su propia vida con Patty que en apariencia apenas lo echó de menos.

Lo que sucedía era que Richard estaba convirtiéndose más en Richard y Walter más en Walter. Richard se estableció en Jersey City, decidió que por fin ya no había riesgos en incorporar el alcohol a su vida social, y después, al cabo de un período que más tarde describió como « bastante disoluto » , concluyó que sí, que si había riesgos. Mientras vivió con Walter eludió la bebida, que había arruinado la vida de su padre, consumió coca sólo cuando pagaban otros y avanzó con paso firme en su música. Cuando se quedó solo, su vida fue un absoluto desastre durante bastante tiempo. Herrera y él tardaron tres años en reconstituir los Traumatic, con la rubia guapa y maltrecha, Molly Tremain, como covocalista, y en sacar a la luz su primer elepé, *Saludos desde el fondo del pozo de la mina*, con una discográfica minúscula. Walter fue al Entry para ver tocar al grupo cuando pasó por Minneapolis, pero a las diez y media de la noche ya estaba de vuelta en casa con Patty y Jessica, entonces un bebé, cargado con seis copias del elepé. Durante el día, Richard se había forjado un hueco en la construcción de terrazas de azotea para individuos de la clase acomodada del Bajo Manhattan que se sentían enrollados por andar en compañía de artistas y músicos, es decir, no les importaba si la jornada de trabajo empezaba a las dos de la tarde y acababa unas pocas horas después, y por tanto se tardaba tres semanas en completar un encargo de cinco días. El segundo disco del grupo, *Por si te ha pasado inadvertido*, pasó tan inadvertido como el primero, pero el tercero, *Esplendor reaccionario*, lo grabaron con un sello menos minúsculo y salió en varias listas de los diez mejores discos del año. Esta vez, cuando Richard visitó Minnesota, telefoneó con antelación y pudo pasar la tarde en casa de Patty y Walter con la educada pero aburrida y en general silenciosa Molly, que era o no su novia.

Esa tarde —en la pequeñísima medida en que lo recuerda la autobiografía— fue grata como pocas para Walter. Patty estaba desbordada por los niños y sus propios intentos de inducir a Molly a pronunciar polisílabos, pero Walter pudo alardear de todas las reformas que hacía en la casa, y de los hermosos y enérgicos vástagos que había concebido con Patty, y contemplar a Richard y Molly mientras degustaban la mejor comida de toda su gira y, no menos

importante, obtener de Richard abundantes datos sobre el ambiente de la música alternativa, datos a los que Walter daría buen uso en los meses posteriores, comprando los discos de todos los artistas que Richard había mencionado, poniéndolos mientras trabajaba en las reformas, impresionando a sus vecinos y colegas varones que se las daban de estar en la onda musicalmente, y sintiendo que tenía lo mejor de ambos mundos. Ese día, el estado de la rivalidad entre ellos fue muy satisfactorio para él. Richard era pobre y estaba apagado y flaco, y su pareja era rara y desdichada. Walter, ahora incuestionablemente el hermano mayor, podía relajarse y disfrutar del éxito de Richard como algo accesorio al suyo propio, algo que estimulaba y daba realce a su imagen de tío enrollado.

En ese momento, lo único que podría haber arrastrado a Walter de nuevo a los malos hábitos en que había incurrido en la universidad, cuando lo atormentaba su sensación de derrota ante la persona a la que quería demasiado como para que le interesara vencerla, habría sido una secuencia de acontecimientos patológica y anómala. Las cosas en casa tendrían que haberse agriado en extremo. Walter tendría que haber tenido tremendos conflictos con Joey, y haber sido incapaz de comprenderlo y ganarse su respeto, y descubrirse, en general, reproduciendo la relación con su propio padre, y la carrera de Richard tendría que haber tomado un inesperado cambio de rumbo hacia mejor en el último momento, y Patty tendría que haberse enamorado perdidamente de Richard. ¿Cuales eran las posibilidades de que ocurriese todo eso?

No nulas, por desgracia.

Uno vacila al atribuirle demasiada significación explicativa al sexo y sin embargo la autobiografía descuidaría sus obligaciones si no dedicara un incómodo párrafo al tema. La triste realidad es que Patty pronto empezó a encontrar el sexo un tanto aburrido y carente de sentido —la misma monotonía de siempre— y a practicarlo básicamente por Walter. Y sí, a no practicarlo muy bien, sin duda. Por lo general, daba la impresión de que habría preferido estar haciendo otra cosa. Las más de las veces habría preferido dormir. O un ruido en la habitación de los niños la distraía o la preocupaba vagamente. O calculaba mentalmente cuántos entretenidos nulos minutos de cierto partido de baloncesto universitario de la Costa Oeste quedarían cuando por fin se le permitiera volver a encender la tele. Pero incluso tareas básicas de jardinería o limpieza o la compra podían antojársele deliciosas y apremiantes en comparación con follar, y en cuanto a una se le metía en la cabeza que necesitaba relajarse deprisa y sentirse satisfecha deprisa para poder bajar y plantar las balsaminas que estaban marchitándose en sus pequeñas macetas de plástico, ya no había manera. Intentó tomar atajos, intentó tácticas preventivas haciéndoselo a Walter con la boca, intentó decirle que tenía sueño y que, adelante, que se lo pasara bien él y no se preocupara por ella. Pero al pobre Walter, por su propia naturaleza, le importaba menos su propia satisfacción que la de ella, o al menos basaba la suya en la de

ella, y Patty nunca parecía encontrar una manera amable de explicarle en qué mala posición la dejaba eso, porque, en última instancia, implicaba decirle que ella no lo deseaba tanto como él a ella: que desear sexo con su pareja era una de las cosas (vale, lo principal) a las que había renunciado a cambio de todas las cosas buenas de su vida en común. Y ésa resultaba una confesión harto difícil para hacérsela a un hombre a quien uno quería. Walter buscó por todos los medios formas de sexo mejores para ella, excepto lo único que acaso habría dado resultado, que era dejar de preocuparse por buscar lo mejor para ella y sencillamente obligarla a doblarse sobre la mesa de la cocina una noche y darle por detrás. Pero el Walter que habría sido capaz de eso no habría sido Walter. Él era lo que era y quería ser lo que era ser lo que quería Patty. ¡Quería que las cosas fueran mutuas! Y por lo tanto la desventaja de chupársela era que luego él siempre quería lamerla a ella, y eso a ella le provocaba unas cosquillas tremendas. Al final, después de años de resistirse, Patty consiguió que él dejara de intentarlo. Y se sentía en extremo culpable, pero también *indignada* y *molesta*, porque la hicieran sentirse una fracasada. En el cansancio de Richard y Molly, la tarde de su visita, Patty creyó ver el cansancio de personas que se habían pasado la noche en vela follando, y eso dice mucho sobre su estado de ánimo en aquel momento, sobre lo muerto que estaba el sexo para ella, sobre lo absoluto de su inmersión en el papel de madre de Jessica y Joey, hasta el punto de que ni siquiera los envidió por ello. A ella el sexo le parecía una diversión para jóvenes sin nada mejor que hacer. Desde luego, ni a Richard ni a Molly parecía levantarles el ánimo.

Y los Traumaticos se marcharon camino de su siguiente actuación en Madison y camino de la publicación de otros discos con títulos mordaces que a cierta clase de críticos y a unas cinco mil personas más en el mundo les gustaba escuchar, y camino de actuaciones en locales pequeños a los que asistían hombres blancos cultos y desaliñados que ya no eran tan jóvenes como antes, mientras Patty y Walter continuaban con su vida cotidiana en general muy absorbente, en la que los treinta minutos semanales de tensión sexual eran una incomodidad crónica pero de baja intensidad, como la humedad en Florida. La autobiografía sí reconoce la posible relación entre esa pequeña incomodidad y los grandes errores que Patty cometió como madre en esos años. En tanto que los padres de Eliza, en otro tiempo, habían errado por estar demasiado pendientes el uno del otro y no lo suficiente de Eliza, quizá pueda decirse que Patty cometió el error contrario con Joey. Pero hay tantos otros errores no atribuibles a los padres que referir en estas páginas, que resulta casi inhumanamente doloroso entretenerse también en los errores que Patty cometió con Joey; la autobiografía teme que eso la llevaría a tumbarse en el suelo y no levantarse nunca más.

Lo que ocurrió en primer lugar fue que Walter y Richard volvieron a ser grandes amigos. Walter conocía a mucha gente, pero la voz que más deseaba oír

en el contestador automático al llegar a casa era la de Richard, diciendo cosas como « Hey, aquí Jersey City. Me preguntaba si puedes conseguir que me sienta mejor por la situación en Kuwait. Dame un toque ». Tanto por la frecuencia de las llamadas de Richard como por la actitud menos a la defensiva con que le hablaba a Walter ahora —diciéndole que no conocía a nadie más como él y Patty, que eran la cuerda de salvamento que lo unía a un mundo de cordura y esperanza—, Walter por fin comprendió que Richard lo apreciaba de verdad y le necesitaba y no se limitaba a consentir pasivamente en ser su amigo. (Este era el contexto en el que Walter, agradecido, hacía referencia al consejo de su madre sobre la lealtad). Cada vez que una nueva gira llevaba a los Traumaticos a la ciudad, Richard encontraba un rato para dejarse caer por la casa, en general solo. Se interesó en especial por Jessica, a quien tenía por un Alma Genuinamente Buena a imagen de su abuela, y la acribillaba a preguntas sobre sus escritores preferidos y su trabajo de voluntaria en el comedor de beneficencia del barrio. Si bien Patty quizá habría deseado una hija más parecida a ella, para quien su propio caudal de experiencia en la comisión de errores habría sido un recurso reconfortante, en general se enorgullecía de tener una hija que sabía muy bien cómo funcionaban las cosas. La complacía ver a Jessica a través de los ojos admirativos de Richard, y cuando Walter y él salían juntos, Patty se sentía segura al verlos a los dos subir en el coche, al tipo maravilloso con quien se había casado y al sexy con quien no se había casado. El afecto de Richard por Walter la llevó a sentirse mejor ella misma respecto a Walter; el carisma de Richard tenía la virtud de ratificar todo lo que tocaba.

Una sombra digna de mención era la desaprobación por parte de Walter de la situación entre Richard y Molly Tremain. Ésta tenía una voz hermosa, pero era depresiva y posiblemente bipolar y pasaba una enorme cantidad de tiempo sola en su apartamento del Lower East Side, corrigiendo galeradas como autónoma por la noche y durmiendo de día. Molly estaba siempre disponible cuando Richard quería acercarse a verla, y él sostenía que ella se conformaba con ser su amante a tiempo parcial, pero Walter no podía sacudirse la sospecha de que su relación se basaba en malentendidos. A lo largo de los años Patty le había sonsacado a Walter varios inquietantes comentarios que Richard le había hecho en privado, entre ellos: « A veces pienso que mi finalidad en este mundo es meter el pene en la vagina del mayor número de mujeres posible » y « A mí la idea de acostarme con la misma persona el resto de mi vida me parece la muerte ». La sospecha de Walter de que Molly en el fondo creía que él, al madurar, dejaría atrás esa actitud resultó acertada. Molly tenía dos años más que Richard, y cuando de pronto decidió que quería un hijo antes de que fuera demasiado tarde, Richard se sintió obligado a explicarle por qué eso nunca ocurriría. Las cosas entre ellos se deterioraron tan deprisa que él la abandonó del todo y ella a su vez dejó el grupo.

Daba la casualidad de que la madre de Molly era, desde hacía años, una de las redactoras de la sección de cultura del *New York Times*, circunstancia que acaso explique por qué los Traumatic, pese a unas ventas discográficas en la franja baja de las cuatro cifras y un promedio de público en las actuaciones en la franja alta de las dos cifras, habían obtenido varias críticas extensas en el *Times* (« Plenamente original, perennemente inaudito » , « Inmunes a la indiferencia, los Traumatic siguen en la brecha »), amén de reseñas breves de cada uno de sus discos a partir de *Por si te ha pasado inadvertido*. Fuera coincidencia o no, *Demencialmente feliz* —su primer disco sin Molly y, como se vería, el último— no recibió la menor atención del *Times*, como tampoco de los semanarios gratuitos de la ciudad que habían sido tradicionalmente bastiones del apoyo a los Traumatic. Lo que había sucedido, según la teoría expuesta por Richard durante una cena temprana con Walter y Patty cuando el grupo pasó a rastras una vez más por las Ciudades Gemelas, fue que, sin darse cuenta, había estado comprando la atención de la prensa a crédito desde el principio y al final la prensa había llegado a la conclusión de que conocer a los Traumatic nunca sería una necesidad ni para la formación cultural ni para la credibilidad de nadie, y por tanto no había razón para ampliarles el crédito.

Esa noche, Patty, provista de tapones para los oídos, fue con Walter a la actuación. Las Sick Chelseas, un cuarteto de chicas autóctonas asonantes poco mayores que Jessica, salieron como teloneras de los Traumatic, y Patty, sin poder evitarlo, intentó adivinar a cuál de las cuatro le había tirado los tejos Richard en el camerino, no sentía celos de las chicas; sentía lástima por Richard. Por fin empezaba a comprender, tanto ella como Walter, que pese a ser un buen músico y un buen compositor, la de Richard no era la mejor de las vidas: que no estaba bromeando, pues, al manifestar su autodesprecio y confesar la admiración y envidia que sentía por ella y Walter. Después de tocar las Sick Chelseas, sus amigos, todos en la adolescencia tardía, abandonaron el local y dejaron allí a no más de treinta seguidores incombustibles de los Traumatic — blancos, varones, desaliñados y menos jóvenes aún que antes— para oír las salidas de Richard, con su humor imperturbable (« Queremos daros las gracias por venir a este Bar 400 y no al otro Bar 400, más popular... Por lo que se ve, nosotros hemos cometido el mismo error »), y luego una trepidante interpretación de la canción que daba título a su nuevo disco:

¡Vaya cabezas tan pequeñas en esos cuatro por cuatro tan grandes!

Amigos míos, se os ve demencialmente felices al volante.

¡Y cientos de Kathy Lees sonríen en Circuit City!

¡Una pared entera de Regis Philbins! ¡En serio, empiezo a estar

DEMENCIALMENTE FELIZ, DEMENCIALMENTE FELIZ!

Y, después, una canción interminable, y repelente de un modo más propio de ellos, *TPC*, consistente sobre todo en un ruido de guitarra que recordaba a cuchillas de afeitar y cristales rotos, por encima del cual Richard recitaba su poesía:

Os pueden comprar

Os pueden destripar

Un yogur de etiqueta simpática y banal

Ayer vomitó el gato

Técno crema, amarillo beige

Golosina creada por aduladores

Os pueden achantar

Os pueden enterrar

Juventud pisoteada, asfixiada, ignorante

Adoctrinada por patanes para el consumismo

Esto no puede ser lo mejor del país

Esto no puede ser lo mejor del país

y por último su canción lenta, con sonido country, *El lado oscuro del bar*, con la que a Patty se le empañaron los ojos de tristeza por él:

Hay una puerta sin rótulo a ninguna parte

En el lado oscuro del bar

Y lo único que yo siempre quise

Fue perderme en el espacio contigo

La noticia de nuestra desaparición

Nos persigue por el vacío

Nos equivocamos al doblar en las cabinas telefónicas

Y ya nunca volvieron a vernos

El grupo era bueno —Richard y Herrera llevaban casi veinte años tocando juntos—, pero costaba imaginar a una banda tan buena como para vencer la desolación de aquel local demasiado pequeño. Después de un único bis, *Odio el sol*, Richard no abandonó el escenario por la salida lateral, sino que se limitó a aparcarse la guitarra en un soporte, encender un cigarrillo y saltar al suelo.

—Ha sido un detalle quedaros —les dijo a los Berglund—. Sé que tenéis que madurar.

—¡Ha sido magnífico! ¡Has estado magnífico! —exclamó Patty.

—Creo que éste es tu mejor disco hasta el momento, de verdad —dijo Walter—. Las canciones son geniales. Es otro paso de gigante.

—Ya.

Richard, distraído, escudriñaba el fondo del local para ver si se había quedado alguna de las Sick Chelseas. Y en efecto una de ellas andaba aún por allí. No era la bajista, de una belleza convencional y por la que habría apostado Patty, sino la baterista, alta y adusta, de apariencia arisca, cosa que Patty vio más lógica, claro está, en cuanto se detuvo a pensarlo.

—Ahí hay alguien esperándome para hablar conmigo —dijo Richard—. Supongo que querréis iros a casa directamente, pero si os parece, podemos salir todos juntos.

—No, ve tú —lo instó Walter.

—Ha sido una maravilla oírte tocar, Richard, de verdad —dijo Patty. En un gesto amistoso, le apoyó una mano en el brazo y luego lo observó acercarse a la baterista adusta.

De camino a su casa en Ramsey Hill, en el Volvo familiar, Walter elogió con entusiasmo las excelencias de *Demencialmente feliz* y el gusto degradado del público norteamericano, que se presentaba a millones en los conciertos de la Dave Matthews Band y ni siquiera conocía la existencia de Richard Katz.

—Perdona —dijo Patty—. ¿Puedes recordarme qué tiene de malo Dave Matthews?

—Básicamente todo, salvo la maestría técnica —respondió Walter.

—Ya.

—Pero quizá sobre todo la banalidad de las letras. «Tengo que ser libre, muy libre, yeah, yeah. No puedo vivir sin mi libertad, yeah, yeah». A eso se reducen casi todas las canciones.

Patty se echó a reír.

—¿Crees que Richard iba a acostarse con esa chica?

—No me cabe duda de que lo intentará —respondió Walter—. Y probablemente lo consiga.

—No me han parecido muy buenas, esas chicas.

—No, no lo eran. Si Richard se acuesta con ella, no será un refrendo del talento del grupo.

En casa, después de ir a ver si los niños estaban bien, Patty se puso una camiseta sin mangas y un pantalón corto muy exiguo de algodón y, ya en la cama, fue a por Walter. Era un comportamiento muy poco habitual en ella, pero afortunadamente no tan inaudito como para suscitar comentarios o interrogatorios; y Walter no se hizo de rogar. No fue nada del otro mundo, sólo una pequeña sorpresa ya entrada la noche, y sin embargo ahora, desde la retrospectiva autobiográfica, parece casi el punto culminante de su vida juntos. O quizá, para ser más exactos, el punto final: la última vez que ella recuerda

haberse sentido segura en el matrimonio. El sentimiento de cercanía con Walter en el Bar 400, el recuerdo de las circunstancias en que se conocieron, el ambiente distendido en compañía de Richard, la cordial calidez de los dos como pareja, el elemental placer de tener un amigo tan viejo y querido, y luego el raro deleite, para ambos, del intenso y repentino deseo de Patty de sentir a Walter dentro de ella: *el matrimonio iba bien*. Y no parecía haber ninguna razón de peso para que dejara de ir bien, quizá incluso cada vez mejor y mejor.

Pocas semanas después, Dorothy se desplomó en la boutique de Grand Rapids. Patty, hablando como su propia madre, le expresó a Walter su preocupación por la asistencia hospitalaria que recibía, y sus recelos se vieron trágicamente confirmados cuando Dorothy sufrió un fallo orgánico múltiple y falleció. El dolor de Walter fue por una parte generalizado, abarcando no sólo la pérdida de su madre sino las dimensiones atrofiadas de toda la vida de ella, pero a la vez quedó amortiguado por el hecho de que su muerte fue para él también un alivio y una liberación: el final de sus responsabilidades para con ella, el corte de su principal atadura con Minnesota. Patty se sorprendió por la intensidad de su propio dolor. Al igual que Walter, Dorothy siempre había tenido el mejor concepto posible de ella, y Patty lamentaba que, tratándose de alguien con un espíritu tan generoso como Dorothy, no hubiese podido haber una excepción a la regla de que en último extremo todo el mundo muere solo. Que Dorothy, en su bondad eternamente confiada, hubiese tenido que cruzar la amarga puerta de la muerte sin compañía de nadie: eso sencillamente le desgarró el corazón.

Naturalmente, también se compadecía a sí misma, como siempre hace la gente que se compadece de los demás por su muerte solitaria. Se ocupó de los preparativos del funeral en un estado mental cuya fragilidad, espera la autobiógrafa, quizá explique al menos en parte su deficiente proceder al descubrir que una vecina de mayor edad, Connie Monaghan, había estado aprovechándose sexualmente de Joey. La larga sucesión de errores que cometió con posteridad a este descubrimiento superaría la actual extensión de este documento ya de por sí largo. La autobiógrafa sigue sintiéndose tan avergonzada por lo que le hizo a Joey que no sabría ni cómo plasmarlo en una narración coherente. Cuando te descubres a ti misma en el callejón trasero de la casa de tu vecino a las tres de la mañana con un cúter en la mano, destrozando los neumáticos de su pickup, puedes alegar demencia como defensa legal. Pero ¿y moralmente?

Sostiene la defensa: Patty había intentado, al principio, prevenir a Walter sobre la clase de persona que ella era. Le había dicho con insistencia que no era normal.

Sostiene la acusación: Walter actuó con la debida cautela. Fue Patty quien lo siguió hasta Hibbing y se echó en sus brazos.

Sostiene la defensa: Pero ¡ella intentaba ser buena y crear una buena vida! Y

luego renunció a todos los demás y se afaná por ser una madre y un ama de casa extraordinaria.

Sostiene la acusación: Sus motivaciones no eran las correctas. Competía con su madre y sus hermanas. Quería que sus hijos fuesen un reproche para ellas.

Sostiene la defensa: ¡Ella quería a sus hijos!

Sostiene la acusación: Ella quería a Jessica en la justa medida, pero quería a Joey mucho más de lo debido. Era consciente de lo que hacía, y sin embargo no desistió, porque estaba enfadada con Walter por no ser lo que ella de verdad quería, y porque tenía mal carácter y sentía que merecía una compensación por ser una estrella y una competidora atrapada en una vida de ama de casa.

Sostiene la defensa: Pero el amor surge sin más. Ella no tenía la culpa si todo en Joey, hasta el último detalle, le producía tanta satisfacción.

Sostiene la acusación: La culpa era de ella. Uno no puede tener una pasión desmedida por las galletas y el helado y luego, cuando acaba pesando ciento cincuenta kilos, decir que no tiene la culpa.

Sostiene la defensa: Pero ¡ella eso no lo sabía! Pensaba que hacía lo correcto al conceder a sus hijos la atención y el amor que sus propios padres no le habían concedido.

Sostiene la acusación: Sí lo sabía, porque Walter se lo dijo, y se lo repitió, y se lo volvió a repetir.

Sostiene la defensa: Pero no se podía confiar en Walter. Ella creía que debía hacer piña con Joey y ser el poli bueno porque Walter era el poli malo.

Sostiene la acusación: El problema no era entre Walter y Joey. El problema era entre Patty y Walter, y ella lo sabía.

Sostiene la defensa: ¡Ella quiere a Walter!

Sostiene la acusación: Las pruebas lo desmienten.

Sostiene la defensa: Pues entonces Walter tampoco la quiere a ella. No quiere a la verdadera Patty, quiere a una idea equivocada de ella.

Sostiene la acusación: Eso vendría al caso si fuese mínimamente cierto. Por desgracia para Patty, él no se casó con ella a pesar de quién era ella; se casó con ella porque era ella. Las personas buenas no se enamoran forzosamente de personas buenas.

Sostiene la defensa: ¡No es justo decir que ella no lo quiere!

Sostiene la acusación: Si ella no es capaz de comportarse, da igual si lo quiere o no.

Walter sabía que Patty había rajado los neumáticos de la espantosa pickup de su espantoso vecino. Nunca hablaron de ello, pero él lo sabía. El hecho mismo de que nunca hablaran de ello era el motivo por el que ella sabía que él lo sabía. El vecino, Blake, estaba construyendo un espantoso anexo en la parte de atrás de la casa de su espantosa novia, la espantosa madre de Connie Monaghan, y ese invierno Patty consideraba oportuno beberse una botella o más de vino cada

tarde, y despertarse después en plena noche bañada en un sudor fruto de la ansiedad y la rabia y deambular por la planta baja de su casa en pleno delirio y con el corazón acelerado. Blake desplegaba una estúpida suficiencia que ella, en su estado de privación del sueño, identificaba con la estúpida suficiencia del fiscal especial que había llevado a Bill Clinton a mentir sobre Monica Lewinsky, y la estúpida suficiencia de los congresistas que acababan de someterlo a una moción de censura. Bill Clinton era uno de los pocos políticos que Patty no consideraba mojigato —que no pretendía estar libre de todo pecado—, y ella se contaba entre los varios millones de mujeres norteamericanas que se habrían acostado con él sin pensárselo dos veces. Pinchar los neumáticos del espantoso Blake era el menor de los golpes que deseaba asestar en defensa de su presidente. Con esto no se pretende en modo alguno exculparla, sino sólo esclarecer su estado mental.

Un elemento irritante más directo fue el hecho de que Joey, ese invierno, fingía admirar a Blake. Joey era demasiado listo para admirar de verdad a Blake, pero atravesaba una etapa de rebelión adolescente que le exigía apreciar todo aquello que Patty más detestaba para alejarla. Probablemente ella se lo merecía, debido a los miles de errores que había cometido por quererlo demasiado, pero en ese momento ella no creía merecerlo. Se sentía como si la azotaran en la cara con un látigo. Y debido a las cosas monstruosamente malvadas que era capaz de decirle a Joey, como había comprobado en varias ocasiones en las que, mordiendo el anzuelo, había perdido el control y le había devuelto los latigazos, hacía lo posible por desahogar su dolor y su ira en terceras partes de menor riesgo, como eran Blake y Walter.

No se consideraba alcohólica. No era una alcohólica. Simplemente empezaba a parecerse a su padre, quien a veces huía de su familia excediéndose con la bebida. En otro tiempo, Walter incluso veía con manifiesta *satisfacción* que ella disfrutara de una o dos copas de vino después de acostar a los niños. Decía que se había pasado la infancia sintiendo náuseas por el olor a alcohol y sin embargo había aprendido a perdonarlo y amarlo en el aliento de Patty, porque amaba su aliento, porque su aliento salía de muy dentro de ella y él amaba el interior de ella. Esas eran las cosas que solía decirle: la clase de declaración a la que ella no podía corresponder y que, aun así, la embriagaba. Pero en cuanto ese par de copas se convirtió en seis u ocho, todo cambió. Walter por las noches la necesitaba sobria para que escuchara todo aquello que él consideraba moralmente defectuoso en su hijo, mientras que ella necesitaba no estar sobria para no tener que escucharlo. No era alcoholismo, era defensa propia.

Y aquí: aquí tenemos un grave defecto de Walter: no podía aceptar que Joey no fuese como él. Si Joey hubiese sido tímido y cohibido con las chicas, si Joey hubiese disfrutado desempeñando el papel de niño, si Joey hubiese deseado un padre capaz de enseñarle cosas, si Joey hubiese sido irremediabilmente franco, si Joey se hubiese puesto del lado de los desvalidos, si Joey hubiese amado la

naturaleza, si Joey hubiese sido indiferente al dinero, él y Walter se habrían llevado de maravilla. Pero Joey, desde la infancia, fue una persona más bien del estilo de Richard Katz, sereno de una manera espontánea, dotado de una seguridad en sí mismo inquebrantable, totalmente encauzado a conseguir lo que quería, impermeable a la moralización, sin miedo a las chicas—, y Walter arrastraba toda la frustración y el desengaño causados por su hijo y los colocaba a los pies de Patty, como si la culpable fuera ella. Él venía rogándole desde hacía quince años que lo respaldara cuando intentaba inculcar disciplina en Joey, que lo ayudara a hacer cumplir las reglas de la casa sobre los videojuegos y el exceso de televisión y la música que denigraba a las mujeres, pero Patty no podía evitar querer a Joey tal como era. Admiraba y encontraba gratos sus muchos recursos para eludir las prohibiciones: ella lo consideraba un fuera de serie. Un estudiante de sobresalientes, muy aplicado, querido en el colegio, extraordinariamente emprendedor. Si hubiese sido madre soltera, tal vez se habría preocupado más de inculcarle disciplina. Pero Walter había asumido esa tarea, y ella se había permitido creer que tenía una amistad excepcional con su hijo. Escuchaba absorta las malévolas imitaciones que Joey hacía de los profesores que no le caían bien, lo ponía al corriente acerca de los chismes más escabrosos del vecindario sin censura alguna, se sentaba en la cama de él con los brazos alrededor de las rodillas y no se detenía ante nada con tal de hacerlo reír; ni siquiera Walter quedaba a salvo. Ella no tenía la sensación de ser desleal con su marido cuando hacía reír a Joey con las excentricidades de Walter —su abstinencia absoluta de alcohol, su insistencia en ir en bicicleta al trabajo en plena ventisca, su indefensión ante los pelmazos, su odio a los gatos, su desaprobación de los rollos de papel de cocina, su entusiasmo por el teatro difícil—, porque todas esas eran cosas que ella misma había aprendido a amar en él, o al menos a encontrar curiosamente divertidas, y quería que Joey viese a Walter como lo veía ella. O así lo interpretaba, ya que si hubiese sido sincera consigo misma, habría admitido que lo que de verdad quería era que Joey estuviese deslumbrado con ella.

Patty no se explicaba cómo era posible que Joey sintiera tanta *lealtad* y *devoción* hacia la vecina. Pensó que aquella Connie Monaghan, aquella taimada competidora, había conseguido de algún modo tenerlo bajo su sucio yugo sólo momentáneamente. Tardó un tiempo catastrófico en comprender la gravedad de la amenaza Monaghan, y durante los meses en que subestimó los sentimientos de Joey hacia la chica —cuando creyó que bastaría con neutralizar a Connie y burlarse alegremente de su chabacana madre y del alcorneque que ésta tenía por novio, y que pronto Joey se reiría de ellos también—, consiguió echar por tierra quince años de esfuerzos por ser buena madre. La suya fue una pagada mayúscula, y acto seguido pasó a desquiciarse casi por completo. Se enzarzó en tremendas peleas con Walter en las que él la culpaba de convertir a Joey en un

chico ingobernable y ella era incapaz de defenderse debidamente, porque no se permitía expresar la convicción malsana que albergaba en el fondo de su alma: que Walter había arruinado la amistad entre ella y su hijo. Durmiendo en la misma cama que ella, siendo su marido, reivindicando su pertenencia al bando de los adultos, Walter había llevado a Joey a creer que Patty estaba del lado del enemigo. Odiaba a Walter por eso y se sentía a disgusto en su matrimonio, y Joey se marchó de casa y se instaló en la de los Monaghan e hizo pagar a todos sus errores con amargas lágrimas.

Aunque esto equivale a escarbar apenas en la superficie, ya es más de lo que la autobiografía se proponía decir sobre esos años, y ahora seguirá adelante valerosamente.

Una pequeña ventaja de tener toda la casa para ella sola era que Patty podía escuchar la música que le apetecía, sobre todo la música country ante la que Joey aullaba de dolor y repugnancia sólo de oír un acorde y de la que Walter, con sus gustos de radio universitaria, podía tolerar sólo una selección limitada y en general antigua: Patsy Cline, Hank Williams, Roy Orbison, Johnny Cash. A la propia Patty le gustaban todos esos cantantes, pero no le gustaban menos Garth Brooks y las Dixie Chicks. En cuanto Walter se iba a trabajar por la mañana, ella subía el equipo a un volumen incompatible con toda forma de pensamiento y se sumergía en penas lo bastante parecidas a las suyas como para reconfortarla y lo bastante distintas para resultarle incluso un tanto graciosas. A Patty sólo le iban las canciones con una buena letra y una buena historia detrás. Walter había desistido hacía tiempo de despertarle interés por Ligeti y Yo La Tengo, y nunca se cansaba de los hombres traicioneros y las mujeres fuertes y el indómito espíritu humano.

Por esas mismas fechas, Richard creaba Walnut Surprise, su nuevo grupo de country alternativo, con tres chicos cuyas edades sumadas no eran muy superiores a la suya. Richard podría haber perseverado con los Traumatic, y lanzar más discos al vacío, a no ser por un extraño accidente que sólo podía ocurrirle a Herrera, su viejo amigo y bajista, una persona cuyos niveles de dejadez y desorganización eran tales que a su lado Richard parecía el hombre del traje gris. Tras decidir que Jersey City era un sitio demasiado burgués (!) y no lo bastante deprimente, Herrera se había mudado a Bridgeport, Connecticut, instalándose en una barriada. Un día fue a una concentración de apoyo a Ralph Nader y otros candidatos del Partido Verde celebrada en Hartford y allí montó un espectáculo que llamó Pulpodoppler, que consistió en alquilar un pulpo de feria en cuyos tentáculos se sentaron él y siete amigos suyos para interpretar música fúnebre por medio de amplificadores portátiles, mientras el aparato los zarandeaba y distorsionaba la música produciendo un interesante sonido. Más tarde, la novia de Herrera le contó a Richard que el Pulpodoppler había sido « increíble », un « gran éxito » entre las « más de cien » personas que asistieron a la concentración, pero después, cuando Herrera estaba recogiendo el equipo, su

furgoneta empezó a rodar cuesta abajo, y Herrera salió corriendo detrás y metió los brazos por la ventanilla y agarró el volante, con lo que la furgoneta viró contra una tapia de ladrillo y lo aplastó. A saber cómo, consiguió acabar de recoger y regresar a Bridgeport, escupiendo sangre, donde habría expirado a causa de una rotura de bazo, cinco costillas rotas, una fractura de clavícula y un pulmón perforado si su novia no lo hubiese llevado al hospital. El accidente, posterior a la decepción de *Demencialmente feliz*, fue para Richard como una señal cósmica, y como no podía vivir sin hacer música, formó equipo con un joven fan suyo que tocaba de muerte la guitarra acústica con pedal, y así nació Walnut Surprise.

La vida personal de Richard no iba mucho mejor que la de Walter y Patty. Había perdido unos miles de dólares en la última gira de los Traumatic y le había «prestado» a Herrera, que no tenía seguro, otros pocos miles para gastos médicos, y su situación doméstica, tal como se la describió a Walter por teléfono, se desmoronaba. Lo que había hecho viable toda su existencia, durante casi veinte años, era el enorme apartamento en una planta baja de Jersey City por el que pagaba un alquiler tan bajo que podía considerarse literalmente simbólico. Richard nunca se tomaba la molestia de deshacerse de nada, y en el apartamento tenía tanto espacio que tampoco le hacía falta. Walter había estado allí en uno de sus viajes a Nueva York y después había contado que el rellano, ante la puerta de Richard, estaba lleno de equipos estéreo desechados, colchones y piezas de recambio de su pickup, y que el patio trasero estaba llenándose de pertrechos y material sobrante de su oficio de techador. Lo mejor era la habitación del sótano justo debajo del apartamento, donde antes los Traumatic podían ensayar (y más tarde grabar) sin molestar más de la cuenta a los otros inquilinos. Richard siempre había procurado mantener buenas relaciones con ellos, pero después de su ruptura con Molly había cometido el error garrafal de dar un paso más y liarse con una vecina.

En su día, nadie lo vio como un error excepto Walter, que se consideraba la única persona apta para detectar los fantaseos en el trato de su amigo con las mujeres. Cuando Richard dijo, por teléfono, que había llegado el momento de dejar atrás las puerilidades y mantener una relación auténtica con una mujer adulta, todas las alarmas se dispararon en la cabeza de Walter. La mujer era una ecuatoriana llamada Ellie Posada. Se acercaba a la cuarentena y tenía dos hijos cuyo padre, un chófer de limusina, había muerto al ser embestido por otro vehículo cuando su coche se averió en la Pulaski Skyway. (A Patty no le pasó inadvertido que, si bien Richard se tiraba a muchas chicas muy jóvenes por diversión, las mujeres con quienes tenía relaciones más largas eran de su edad o incluso mayores). Ellie trabajaba para una compañía de seguros y vivía en el apartamento de enfrente, al otro lado del rellano. Durante casi un año, Richard le ofreció a Walter informes optimistas sobre lo inesperadamente bien que los hijos de ella lo aceptaban, y él a ellos, y lo maravilloso que era encontrarse con Ellie

al volver a casa, y el poco interés que le despertaban las otras mujeres que no eran Ellie, y que no comía tan bien ni se sentía tan sano desde los tiempos en que vivía con Walter, y (esto último activó ya del todo la alarma de Walter) lo fascinante que era el mundo de los seguros. Walter le explicó a Patty que percibía algo reveladoramente abstracto, o teórico, o remoto, en la voz de Richard durante ese año ostensiblemente feliz, y no lo cogió por sorpresa cuando la verdadera naturaleza de Richard por fin se impuso. Resultó que la música que había empezado a hacer con Walnut Surprise era incluso más fascinante que el mundo de los seguros, y resultó que las tías flacas en la órbita de sus jóvenes compañeros de grupo sí le despertaban, después de todo, más interés del que creía, y resultó que Ellie era estrictamente textualista en lo tocante a contratos sexuales en exclusiva, y Richard no tardó en temer volver a casa por la noche, a su propio edificio, porque Ellie lo esperaba allí emboscada. Al poco tiempo, Ellie organizó a los demás inquilinos del edificio para quejarse de su descarada apropiación del espacio comunitario, y su casero, hasta entonces ausente, le envió severas cartas por correo certificado, y Richard se quedó sin casa, a la edad de cuarenta y cuatro años, en pleno invierno, con el límite de crédito superado en todas sus tarjetas y un recibo de trescientos dólares mensuales de un guardamuebles por almacenar allí sus trastos.

Ese fue el momento de gloria de Walter como hermano mayor de Richard. Le ofreció una manera de vivir exenta de alquiler, dedicarse en soledad a componer canciones y ganar un buen dinero a la vez que ponía en orden su vida. Walter había heredado de Dorothy su encantadora casita a orillas de un lago, cerca de Grand Rapids. Tenía planeado llevar a cabo ciertas obras de rehabilitación en el interior y el exterior, y desde que había dejado 3M y se había incorporado a Nature Conservancy, estaba desesperado porque no encontraba nunca tiempo para ocuparse él mismo, así que le propuso a Richard ir a vivir a la casa, empezar de firme con la reforma de la cocina y luego, cuando llegara el deshielo, construir una amplia terraza en la parte trasera, con vistas al lago. Richard recibiría treinta dólares por hora, más electricidad y calefacción gratis, y podría trabajar conforme a su propio horario. Y Richard, que atravesaba horas bajas y (como dijo a Patty más tarde, con conmovedora sencillez) había llegado a considerar a los Berglund lo más parecido que tenía a una familia, necesitó sólo un día para pensárselo antes de aceptar el ofrecimiento. Para Walter, su asentimiento fue una grata confirmación más de que Richard lo quería de verdad. Para Patty, en fin, aquello ocurrió en un momento peligroso.

Richard se detuvo con su vieja pickup Toyota cargada hasta los topes para pasar la noche en Saint Paul de camino al norte. Patty había dado ya cuenta de una botella entera cuando él llegó, a las tres de la tarde, y no desempeñó bien su papel de anfitriona. Walter cocinó mientras ella bebía por los tres. Fue como si ambos hubiesen estado esperando a ver a su viejo amigo para airear sus

versiones en conflicto de por qué Joey, en lugar de cenar con ellos, estaba jugando al hockey de mesa con un cretino de derechas en la casa de al lado. Richard, perplejo, salía una y otra vez a fumar y fortalecerse para el siguiente asalto de tirantez entre los Berglund.

—Todo se arreglará —dijo al volver a entrar una de las veces—. Sois unos padres excelentes. Es sólo que, ya sabéis, cuando un chico tiene una gran personalidad, pueden surgir grandes conflictos de individuación. Lleva su tiempo resolver esas cosas.

—Dios mío —exclamó Patty—. ¿Cómo es que sabes tanto?

—Richard es una de esas raras personas que aún leen libros y realmente piensan acerca de las cosas —comentó Walter.

—Ya, no como yo, ya lo sé. —Se volvió hacia Richard—. Resulta que muy de vez en cuando no leo todos los libros que él me recomienda. A veces decido... saltarme alguno, así sin más. Creo que aquí ése es el subtexto. Mi intelecto inferior.

Richard le lanzó una mirada severa.

—Deberías aflojar un poco con la bebida —dijo.

Eso le sentó a Patty como un puñetazo en el esternón. Así como la desaprobación de Walter fomentaba activamente su mala conducta, la de Richard tenía el efecto de poner en evidencia su infantilismo, de sacar a la luz su lado menos atractivo.

—Patty está sufriendo mucho —explicó Walter en voz baja, como para advertirle a Richard que seguía depositando en ella su lealtad, por inexplicable que eso fuera.

—Por mí puedes beber todo lo que te dé la gana —dijo Richard—. Lo que estoy diciendo es que si quieres que el chico vuelva a casa, puede que sirva de algo tener la casa en orden.

—Ni siquiera sé muy bien si lo *quiero* en casa en estos momentos —declaró Walter—. En cierto modo, no me ha venido mal descansar un poco de su desprecio.

—Vamos a ver —dijo Patty—. Tenemos individuación para Joey, tenemos alivio para Walter, pero ¿qué hay para Patty? ¿Qué recibe ella? Vino, supongo. ¿No? Patty recibe vino.

—¡Vaya! —exclamó Richard—. Ahí detecto cierta autocompasión.

—Por el amor de Dios —dijo Walter.

Para Patty, era espantoso ver, a través de los ojos de Richard, en qué se había convertido. A dos mil kilómetros de distancia había sido fácil sonreír ante las complicaciones amorosas de Richard, su eterna adolescencia, su fallida determinación de dejar atrás las puerilidades, y sentir que allí, en Ramsey Hill, se desarrollaba una clase de vida más adulta. Pero ahora Patty estaba en la cocina con Richard —siendo su estatura, como siempre, una sobrecogedora

sorpesa para ella, sus facciones gaddafianas ahora curtidas y más pronunciadas, su mata de cabello oscuro salpicada de atractivas canas—, y en un instante él puso al descubierto hasta qué punto, encerrándose entre las cuatro paredes de su preciosa casa, se las había arreglado para seguir siendo una niña ensimismada. Había huido del infantilismo de su familia sólo para ser ella misma igual de infantil. No trabajaba, sus hijos eran más adultos que ella, apenas había sexo en su vida. Le daba vergüenza que él la viera. Durante todos esos años, había guardado como un tesoro el recuerdo de aquel viaje por carretera, lo había tenido a buen recaudo en algún rincón profundo de su interior, dejándolo envejecer como un vino, de forma que, simbólicamente, lo que podría haber ocurrido entre los dos permaneció vivo y acumuló años a la vez que ellos. La naturaleza de la posibilidad se alteró al envejecer en su botella herméticamente cerrada, pero no se echó a perder, siguió siendo potencialmente bebible. Era como si le diese tranquilidad: el casquivano Richard Katz la había invitado en su día a irse a Nueva York con él, y ella se había negado. Y ahora se daba cuenta de que no era así como se hacían las cosas. Tenía cuarenta y dos años y la nariz cada vez más roja a fuerza de beber.

Se levantó con cuidado, procurando no tambalearse, y vertió por el desagüe el resto de una botella medio extinta. Dejó su copa vacía en el fregadero y anunció que subía a echarse un rato, y que los hombres podían cenar sin ella.

—Patty —dijo Walter.

—Estoy bien. De verdad que estoy bien. Es sólo que he bebido demasiado. Puede que baje después. Lo siento, Richard. Me he alegrado mucho de verte. Lo que pasa es que estoy un poco alterada.

Aunque Patty adoraba la casa del lago y se retiraba allí sola durante semanas enteras, no fue ni una sola vez en la primavera que Richard pasó allí reformándola. Walter encontró tiempo para ir varios fines de semana largos y echar una mano, pero a Patty la vencía la vergüenza. Se quedó en casa y se puso en forma: siguió el consejo de Richard en cuanto a la bebida, empezó a comer y a correr otra vez, ganó suficiente peso como para rellenar las arrugas más visibles en su rostro demacrado, y en general reconoció las realidades de su aspecto físico que venía pasando por alto en su mundo de fantasía. Una de las razones por las que se había resistido a someterse a cualquier cambio de look era que su detestable vecina Carol Monaghan había hecho precisamente eso cuando Blake, su detestable gigoló, apareció en escena. Todo lo que hacía Carol era por definición anatema para Patty; aun así, aceptó la humillación y siguió el ejemplo de Carol. Se quitó la cola de caballo, se tiñó el pelo, se hizo un peinado acorde con su edad. Se esforzaba por ver más a menudo a sus viejas amigas del baloncesto, y ellas la premiaban diciéndole lo guapa que estaba.

En principio, Richard tenía intención de volver al este a finales de mayo, pero, como era Richard, trabajaba aún en la terraza a mediados de junio, cuando

Patty fue a disfrutar de unas semanas en el campo. Walter la acompañó y se quedó los cuatro primeros días. Iba de camino a una excursión de pesca para personas importantes, organizada con fines recaudatorios por uno de los principales donantes de Nature Conservancy en su «campamento» de lujo en Saskatchewan. Para compensar su deplorable espectáculo de ese invierno, Patty fue un torbellino de hospitalidad en la casa del lago, preparando magníficas comidas para Walter y Richard mientras ellos daban martillazos y serraban en el jardín trasero. Permaneció orgullosamente sobria todo el tiempo. Por la noche sin Joey en la casa, no sintió el menor interés por la televisión. Se sentaba en la butaca preferida de Dorothy a leer *Guerra y paz* por recomendación, ya antigua, de Walter, mientras los hombres jugaban al ajedrez. Afortunadamente para todos los afectados Walter era mejor que Richard en el ajedrez y solía ganar, pero Richard era terco y siempre quería jugar una partida más, y Patty sabía que eso era duro para Walter, que se esforzaba mucho por ganar, poniéndose muy tenso, y después tardaba horas en conciliar el sueño.

—Ya estamos con el rollo de apelonar piezas en el centro del tablero —se quejó Richard—. Siempre estás acaparando el centro. Eso me fastidia.

—Soy un apelonador del centro —afirmó Walter con voz ahogada por contener el júbilo competitivo.

—Me saca de quicio.

—Ya, porque es eficaz —dijo Walter.

—Sólo es eficaz porque yo no tengo la disciplina suficiente para hacerte pagar por ello.

—Tienes una manera de jugar muy entretenida. Nunca adivino qué vas a mover.

—Sí, y siempre pierdo.

Los días eran soleados y largos, las noches sorprendentemente frescas. A Patty le encantaban los inicios del verano en el norte, la transportaban a sus primeros tiempos en Hibbing con Walter. El aire tonificante y la tierra húmeda, el olor de las coníferas, los albores de su vida. Sentía que nunca había sido tan joven como a los veintiún años. Fue como si su infancia en Westchester, aunque cronológicamente anterior, de algún modo hubiese tenido lugar en una etapa más tardía y decadente. Dentro de la casa flotaba un tenue y agradable olor a humedad que le recordaba a Dorothy. Fuera estaba el lago que Joey y Patty habían decidido llamar Sin Nombre, recién deshelado, oscurecido por la corteza de los árboles y la pinaza, reflejando las resplandecientes nubes del buen tiempo. En verano, los árboles caducifolios ocultaban la única otra casa de las inmediaciones, que utilizaba una familia, los Lundner, los fines de semana en agosto. Entre la casa de los Berglund y el lago había una loma cubierta de hierba con unos cuantos abedules ya maduros, y cuando el sol o la brisa ahuyentaban a los mosquitos, podía tumbarse en la hierba con un libro durante horas y sentirse

totalmente apartada del mundo, salvo por algún esporádico avión en el cielo o algún coche aún más esporádico que circulaba por el camino sin asfaltar.

El día antes de marcharse Walter a Saskatchewan, Patty notó que empezaba a acelerársele el corazón. Era cosa exclusivamente de su corazón, eso de acelerarse. A la mañana siguiente, después de llevar a Walter al aeródromo de Grand Rapids y regresar a casa, se le aceleró de tal modo que se le resbaló un huevo de la mano y cayó al suelo mientras preparaba masa para tortitas. Apoyó las manos en la encimera y respiró hondo varias veces antes de arrodillarse para limpiarlo. De los acabados de la cocina se ocuparía Walter en fecha posterior, pero enlechar el suelo recién embaldosado debería contarse entre las aptitudes de Richard, y aún no se había puesto a ello. A cambio, como les había dicho, había aprendido por su cuenta a tocar el banjo.

Aunque el sol había salido hacía cuatro horas, era aún bastante temprano cuando él salió de su habitación con vaqueros y una camiseta que anunciaba su apoyo al subcomandante Marcos y la liberación de Chiapas.

—¿Unas tortitas de trigo sarraceno?—ofreció Patty animadamente.

—No estaría nada mal.

—Puedo freírte unos huevos, si lo prefieres.

—Nada me gusta más que una buena tortita.

—No me costaría nada preparar también un poco de beicon.

—Al beicon no diría que no.

—¡Perfecto! Marchando una de tortitas y beicon.

Si a Richard también se le aceleraba el corazón, no dio la menor señal. Allí de pie, Patty lo observó mientras liquidaba dos pilas de tortitas con el tenedor cogido civilizadamente, cosa que, como ella por casualidad sabía, le había enseñado a hacer Walter en su primer año de universidad.

—¿Qué planes tienes para hoy?—preguntó él con un interés entre bajo y moderado.

—Caramba. No me lo había planteado. ¡Ninguno! Estoy de vacaciones. Creo que esta mañana no haré nada y luego te prepararé la comida.

Él asintió y comió, y ella se vio como una persona que se abstraía en fantasías esencialmente desconectadas de la realidad. Fue al cuarto de baño y se sentó en la tapa cerrada del inodoro, con el corazón acelerado, hasta que oyó a Richard salir y empezar a manipular tablonos. Existe una tristeza peligrosa en los primeros sonidos del trabajo de una persona por la mañana; es como si la quietud experimentara dolor al verse interrumpida. El primer minuto de la jornada laboral recuerda todos los demás minutos de que se compone el día, y nunca es bueno pensar en los minutos, como unidades individuales. Sólo cuando otros minutos se han sumado al primer minuto desnudo y solitario el día pasa a estar más sólidamente integrado en su diurnidad. Patty, antes de salir del cuarto de baño, esperó a que eso sucediera.

Cogió *Guerra y paz* y se fue al montículo cubierto de hierba, con la vaga y antigua finalidad de impresionar a Richard con su cultura, pero estaba atascada en un pasaje militar y no paraba de leer la misma página una y otra vez. Un pájaro melodioso cuyo nombre Walter había intentado enseñarle hasta la desesperación, un zorzalito, o algo por el estilo, se acostumbró a su presencia e inició su canto en un árbol justo encima de ella. Sus trinos eran como una idea fija que no podía quitarse de su cabecita.

Se sentía así: como si una partida de combatientes de la resistencia, bien organizada e implacable, se hubiese reunido al amparo de la oscuridad de su mente, y por tanto era *absolutamente vital* impedir que el foco de su conciencia iluminara cualquier sitio cerca de ellos, ni siquiera por un segundo. Su amor por Walter y su lealtad hacia él, su deseo de ser buena persona, su comprensión de la eterna competencia entre Walter y Richard, su valoración sobria de la personalidad de Richard, y sencillamente la total mezquindad implícita en el hecho de acostarse con el mejor amigo del esposo de una: estas consideraciones superiores estaban listas para aniquilar a los combatientes de la resistencia. Y por eso debía mantener las fuerzas de la conciencia distraídas. Ni siquiera podía plantearse cómo iba vestida. Tuvo que apartar al instante la idea de ponerse una prenda sin mangas especialmente favorecedora antes de llevarle a Richard el café y las galletas de media mañana, tuvo que descartar la idea en el acto—, porque el menor asomo de coqueteo normal y corriente atraería el haz del reflector, y el espectáculo que éste iluminaría sería demasiado repulsivo y vergonzoso y deplorable. Aun cuando a Richard no le causase repugnancia, se la causaría a ella. Y si él lo notaba y le llamaba la atención al respecto, tal como lo había hecho en cuanto a la bebida: desastre, humillación, lo peor.

Ahora bien, su pulso sabía —y se lo revelaba con su aceleración— que probablemente no surgiría otra ocasión como aquella. No antes de que ella estuviese ya claramente cuesta abajo en el sentido físico. Su pulso registraba la conciencia encubierta y nítida de que al campamento de pesca de Saskatchewan sólo podía accederse mediante biplano, radio o teléfono por vía satélite, y que Walter no la llamaría en los siguientes cinco días a menos que hubiese una urgencia.

Dejó la comida de Richard en la mesa y se fue a la cercana aldea de Fen City. Vio lo fácil que era tener un accidente de tráfico, y se abstraigo tanto en imaginarse a sí misma muerta y a Walter llorando junto a su cuerpo mutilado y a Richard consolándolo heroicamente, que estuvo a punto de saltarse el único stop de Fen City; apenas oyó el chirrido de los frenos.

¡Todo estaba en su cabeza, todo estaba en su cabeza! Lo único que le daba esperanza era lo bien que ocultaba su agitación interior. Había estado un poco ensimismada y nerviosa los últimos cuatro días, pero se había comportado infinitamente mejor que en febrero. Si ella misma era capaz de mantener ocultas

sus fuerzas oscuras, en buena lógica cabía pensar que quizá existían en Richard las correspondientes fuerzas oscuras que él conseguía ocultar igual de bien. Pero ése era ciertamente un mínimo atisbo de esperanza; era la manera de razonar de las personas dementes absortas en fantasías.

Se detuvo ante la exigua selección de cervezas nacionales de la cooperativa de Fen City, las Miller y las Coors y las Budweiser, e intentó tomar una decisión. Cogió un pack de seis en la mano como si pudiera juzgar por adelantado, a través del aluminio de las latas, cómo se sentiría si las bebiera. Richard le había dicho que debía aflojar un poco con la bebida; ebria, él la había encontrado desagradable. Volvió a dejar el pack en la estantería y se obligó a alejarse hacia zonas menos tentadoras de la tienda, pero resultaba difícil planear la cena con ganas de vomitar. Volvió a la estantería de las cervezas como un pájaro que repite su canto. Las diversas latas tenían distintas ornamentaciones, pero todas contenían la misma bebida barata y de baja graduación. Le pasó por la cabeza ir hasta Grand Rapids y comprar vino de verdad. Le pasó por la cabeza volver a la casa sin comprar nada de nada. Pero ¿en qué situación estaría entonces? La invadió una sensación de hastío mientras permanecía allí inmóvil, vacilante: una premonición de que ninguno de los posibles desenlaces inminentes le proporcionaría tanto alivio o satisfacción como para justificar aquella desdicha que le aceleraba el corazón. En otras palabras, vio qué implicaba haberse convertido en una persona profundamente infeliz. Así y todo, la autobiografía ahora envidia y compadece a esa Patty más joven que estaba allí en la cooperativa de Fen City y creía inocentemente haber tocado fondo: que, de una manera u otra, la crisis se resolvería en el transcurso de los siguientes cinco días.

Su parálisis había despertado el interés de la cajera, una adolescente recordeta. Patty le dirigió una sonrisa de loca y fue a por un pollo envuelto en plástico, cinco patatas feas y unos puerros humildes y mustios. Lo único peor que vivir sobria su angustia, decidió, sería estar ebria y seguir viviéndola.

—Voy a preparar un pollo al horno para los dos —le anunció a Richard al llegar a casa.

Motas de serrín se habían posado en su pelo y sus cejas y se habían adherido a su frente ancha y sudorosa.

—Muy amable por tu parte —dijo él.

—La terraza está quedando muy bien —comentó ella—. Es una mejora extraordinaria. ¿Cuánto tiempo crees que te llevará acabarla?

—Un par de días, quizá.

—Oye, podemos terminarla Walter y yo si prefieres volver ya mismo a Nueva York. Sé que querías estar allí por estas fechas.

—Me gusta ver un trabajo acabado —dijo él—. No serán más que un par de días. A menos que quieras quedarte sola aquí.

—¿Que si yo quiero quedarme sola aquí?

—Bueno, lo digo por el ruido.

—Ah, no; me gustan los ruidos de las obras. Tienen algo de reconfortante.

—A menos que sean las de tus vecinos.

—Ya, pero eso es distinto: odio a esos vecinos.

—Vale.

—Quizá deba ponerme ya a preparar el pollo.

Debió de delatar algo al decirlo, porque Richard la miró con presión un poco ceñuda.

—¿Algún problema?

—No no no —contestó ella—. Me encanta estar aquí. Me encanta. Este es mi sitio preferido en el mundo. No resuelve nada, no sé si me explico. Pero me encanta levantarme por la mañana. Me encanta el olor del aire.

—Quería decir si tienes algún problema con que yo esté aquí.

—Claro que no. Dios mío. No. Claro que no. ¡Nada más lejos! O sea, ya sabes lo mucho que te quiere Walter. Yo tengo la sensación de que somos amigos tuyos desde hace un montón de tiempo, pero en realidad apenas he hablado contigo. Ésta es una buena oportunidad. Pero desde luego no deberías sentirte obligado a quedarte si quieres volver a Nueva York. Estoy más que acostumbrada a estar aquí sola. No pasa nada.

Tuvo la impresión de que había tardado mucho en llegar al final de esta alocución. Siguió un breve silencio.

—Sólo intento captar lo que de verdad estás diciendo —explicó Richard—. Si de verdad quieres que me quede o no.

—¡Por Dios! —exclamó ella—. No paro de repetirlo, ¿no? ¿No acabo de decirlo?

Ella advirtió que a él se le agotaba la paciencia con ella, la paciencia con una mujer. Richard alzó la vista al cielo y cogió un tablón de cinco por diez.

—Voy a guardar las cosas y después me voy a nadar.

—El agua estará fría.

—Cada día un poco menos.

Cuando Patty volvió a entrar en la casa, sintió un aguijonazo de envidia al pensar que Walter podía decirle a Richard que lo quería, sin desear a cambio nada desestabilizador, nada peor que ser querido a su vez. ¡Qué fácil lo tenían los hombres! En comparación ella se sentía como una araña sedentaria y abotargada, tejiendo su tela año tras año, esperando. De pronto entendió cómo se sentían las chicas tiempo atrás, las chicas de la universidad molestas por el libre acceso de Walter a Richard e irritadas por su fastidiosa presencia. Vio a Walter, por un momento, como lo había visto Eliza.

Puede que tenga que hacerlo, puede que tenga que hacerlo, puede que tenga que hacerlo, se dijo mientras lavaba el pollo y se aseguraba a sí misma que no lo pensaba en serio. Oyó un chapuzón en el lago y vio a Richard nadar a la sombra

de los árboles en dirección a las aguas aún doradas por la luz vespertina. Si de verdad odiaba el sol, tal como afirmaba en su antigua canción, el norte de Minnesota en junio era un sitio que debía de ponerlo a prueba. Los días se alargaban tanto que uno se sorprendía de que el sol no se quedase sin combustible al final de la jornada. Seguía ardiendo y ardiendo. Cedió a un impulso de llevarse la mano entre las piernas, para sondear las aguas, por sentir la impresión que le causaría, en lugar de ir a darse un baño ella misma. ¿Estoy viva? ¿Tengo un cuerpo?

Al cortar las patatas, los trozos formaban ángulos muy extraños. Parecían una especie de rompecabezas geométrico.

Richard, después de la ducha, entró en la cocina con una camiseta sin texto que décadas atrás debió de ser de un vivo color rojo. Tenía el pelo momentáneamente bajo control, de un negro brillante y juvenil.

—Este invierno has cambiado de look—le comentó a Patty.

—No.

—¿Cómo que no? Llevas un peinado distinto, y te queda muy bien.

—En realidad no es muy distinto. Sólo un poco distinto.

—Y... ¿es posible que hayas aumentado un poco de peso?

—No. Bueno, sí. Un poco.

—Te sienta bien. Se te ve más guapa cuando no estás tan flaca.

—¿Es una manera delicada de decir que he engordado?

Richard cerró los ojos e hizo una mueca como en un esfuerzo por no perder la paciencia. Cuando volvió a abrirlos, dijo:

—¿A qué viene toda esta tontería?

—¿Eh?

—¿Quieres que me vaya? ¿Es eso? Con ese comportamiento tan raro y poptizo tuyo, tengo la impresión de que no estás a gusto conmigo.

El pollo al horno olía como uno de los platos que ella solía comer. Se lavó y secó las manos, hurgó en el fondo de un armario inacabado y encontró una botella de jerez para cocinar cubierta de polvo de las obras. Llenó de jerez un vaso grande y se sentó a la mesa.

—Vale, ¿quieres que te sea sincera? Tu presencia me pone un poco nerviosa.

—No tiene por qué.

—No puedo evitarlo.

—No hay ninguna razón para eso.

Eso era lo que ella no quería oír.

—Voy a tomarme sólo este vaso—dijo.

—Te equivocas. Me importa un carajo lo que bebes.

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Vale. Muy bien. Bueno es saberlo.

—¿Has estado deseando una copa todo este tiempo? Dios mío. Tómate una

copa.

—Es lo que estoy haciendo.

—Eres muy rara, ¿sabes? Y lo digo como un cumplido.

—Y así me lo tomo.

—Walter tuvo mucha, mucha suerte.

—Ya, en fin, he ahí la desgracia, ¿no? No sé si él sigue viéndolo de esa manera.

—Desde luego que sí. Créeme, lo ve así.

Ella negó con la cabeza.

—Iba a decir que dudo que le gusten esas cosas raras en mí. Si le gusta lo raro bueno, pero no está muy contento con lo raro malo, y últimamente lo que recibe es sobre todo lo raro malo. Iba a decir que resulta curioso que tú, a quien no parece importarle lo raro malo, no seas la persona con quien me casé.

—Tú no querías estar casada conmigo.

—No, seguro que iría muy mal. Ya he oído tus historias.

—Lamento saberlo, aunque no me sorprende.

—Walter me lo cuenta todo.

—No me cabe duda.

En el lago un pato graznaba como respondiendo a algo. En el extremo más alejado, entre los juncos, anidaban ánades reales.

—¿Walter te ha contado que rajé los neumáticos de nieve de los Blake? —preguntó Patty.

Richard enarcó las cejas, y ella se lo contó.

—Eso sí que es estar mal del coco —dijo él con admiración cuando acabó.

—Lo sé. ¿Verdad que sí?

—¿Walter lo sabe?

—Mmm. Buena pregunta.

—Deduzco que no se lo cuentas todo.

—Vamos, Richard, por Dios, no le cuento nada.

—Pues podrías, creo yo. Quizá descubrieras que sabe muchas más cosas de lo que crees.

Patty respiró hondo y preguntó qué clase de secretos sabía Walter sobre ella.

—Sabe que no eres feliz.

—Sinceramente, no creo que eso requiera un gran poder de discernimiento.

¿Qué más?

—Sabe que lo culpas a él de que Joey se haya marchado de casa.

—Ah, eso. Eso se lo he dicho yo, más o menos, así que no vale.

—De acuerdo. Pues entonces, ¿por qué no me lo cuentas tú? Aparte del hecho de que te dedicas a rajar neumáticos, ¿qué más no sabe de ti?

Cuando Patty se detuvo a pensar en la pregunta, lo único que vio fue el gran vacío de su vida, el vacío de su nido, el sinsentido de su existencia ahora que los

chicos habían alzado el vuelo. El jerez la había entristecido.

—¿Por qué no me cantas una canción mientras yo sirvo la cena? ¿Quieres?.

—No lo sé —contestó Richard—. Me resulta un poco raro.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sencillamente me resulta raro.

—Eres cantante. A eso te dedicas, a cantar.

—Creo que siempre he tenido la sensación de que no te gusta especialmente lo que canto.

—Cántame *El lado oscuro del bar*. Esa me encanta.

Richard suspiró y agachó la cabeza y se cruzó de brazos y pareció dormirse.

—Y bien —dijo ella.

—Creo que me iré mañana, si no te importa.

—Vale.

—No quedan más de un par de días de trabajo. La terraza ya puede utilizarse tal como está ahora.

—Vale. —Patty se levantó y dejó el vaso de jerez en el fregadero—. Pero ¿puedo preguntarte el motivo? Lo digo porque es muy agradable tenerte aquí.

—Pienso que es mejor que me vaya, sólo eso.

—Vale. Lo que más te convenga. Creo que al pollo le faltan otros diez minutos, por si quieres ir poniendo la mesa.

Él no se movió de la silla.

—Molly compuso esa canción —dijo al cabo de un rato—. La verdad es que no tenía ningún derecho a grabarla. Fue una cabronada por mi parte. Una cabronada con toda la intención y mala fe.

—Es muy triste y bonita. ¿Qué ibas a hacer? ¿No usarla?

—Pues sí, eso: no usarla. Habría sido lo correcto.

—Lamento lo vuestro. Estuvisteis juntos mucho tiempo.

—Lo estábamos y no lo estábamos.

—Sí, ya lo sé, pero aun así...

Él se quedó cavilando mientras ella ponía la mesa, revolvió la ensalada y trinchaba el pollo. Pensaba que no tendría apetito, pero en cuanto comió un trozo de pollo, recordó que no probaba bocado desde la noche anterior, y que su día había empezado a las cinco de la mañana. Richard también comió, en silencio. En un momento dado, el silencio pasó a ser perceptible y emocionante, y luego, al cabo de un rato, agotador y descorazonador. Ella recogió la mesa, guardó las sobras, lavó los platos y vio que Richard se había retirado a fumar al pequeño porche cerrado con mosquiteras. El sol por fin se había puesto, pero el cielo seguía iluminado. Sí, pensó Patty, era mejor que se fuese. Mejor, mejor, mejor.

Salió al porche.

—Me parece que me voy a la cama a leer un rato —anunció.

Richard asintió.

—Buena idea. Ya nos veremos por la mañana.

—Los atardeceres son larguísimos —dijo ella—. La luz se niega a extinguirse.

—Ha sido maravilloso estar en un sitio como éste. Habéis sido muy generosos.

—Ah, eso fue cosa de Walter. A mí no se me ocurrió ofrecértelo, la verdad.

—Él confía en ti —dijo Richard—. Si tú confías en él, todo irá bien.

—Ya, bueno, puede que sí, puede que no.

—¿No quieres estar con él?

Ésa era una buena pregunta.

—No quiero perderlo —contestó ella—, si te refieres a eso. No me paso la vida pensando en dejarlo. Más bien cuento los días que tardará Joey en hartarse de los Monaghan. Todavía le queda todo un año de instituto.

—No acabo de entender qué quieres decir con eso.

—Sólo que sigo comprometida con mi familia.

—Eso está bien. Es una familia fantástica.

—En fin, ya nos veremos por la mañana.

—Patty. —Richard apagó el cigarrillo en el cuenco navideño danés de Dorothy que empleaba como cenicero—. No voy a ser yo quien destruya el matrimonio de mi mejor amigo.

—¡No! ¡Por Dios! ¡Claro que no! —Casi rompió a llorar por la decepción—. A ver, Richard, perdona pero, en serio, ¿yo qué he dicho? Sólo he dicho que me iba a la cama y que ya nos veremos por la mañana. ¡No he dicho nada más! He dicho que me importa mi familia. Eso es lo que he dicho exactamente.

Él le lanzó una mirada de extrema impaciencia y escepticismo.

—¡Es la verdad! —dijo Patty.

—Vale, sí —dijo él—. No pretendía dar nada por supuesto. Sólo intentaba entender la tensión en el ambiente. Recordarás que ya tuvimos en su día una conversación como ésta.

—Lo recuerdo, sí.

—Y he pensado que era preferible comentarlo a no comentarlo.

—Me parece bien. Te lo agradezco. Eres un buen amigo, desde luego. Y no debes sentirte obligado a marcharte mañana por mí. Aquí no hay nada que temer. No hay razón para que huyas.

—Gracias. Pero es posible que me vaya igualmente.

—Me parece bien.

Y entró a acostarse en la cama de Dorothy, que Richard había estado usando hasta que Walter y ella llegaron y lo echaron. El aire fresco salía de los rincones donde se había escondido durante el largo día, pero el crepúsculo azul persistía en todas las ventanas. Era una luz de ensueño, una luz delirante, se negaba a desaparecer. Para atenuarla, encendió una lámpara. ¡Los combatientes de la resistencia habían quedado al descubierto! ¡Se acabó lo que se daba! Se tendió

con su pijama de franela y reprodujo todo lo que había dicho en las últimas horas, y la mayor parte la horrorizó. Oyó la resonancia armoniosa del inodoro mientras Richard vaciaba la vejiga, y luego la cadena, y el agua armoniosa en las cañerías, y la bomba de agua activándose por un momento con voz más grave. Por la mera necesidad de darse un respiro de sí misma, cogió *Guerra y paz* y leyó durante largo rato.

La autobiografía se pregunta si las cosas se habrían desarrollado de otra manera en el caso de que ella no hubiese llegado precisamente a las páginas en que Natasha Rostov, destinada sin lugar a dudas al torpe y bonachón Pierre, se enamora de su gran amigo el superguay príncipe Andréi. Patty no lo había visto venir. La pérdida de Pierre se desplegó ante ella, mientras la leía, como una catástrofe en cámara lenta. Probablemente los acontecimientos no se habrían desarrollado de una manera distinta, pero el efecto que ejercieron esas páginas en ella, su pertinencia, fue casi psicodélico. Leyó hasta pasadas las doce de la noche, absorta ahora incluso en la parte militar, y vio con alivio, al apagar la lamparilla, que por fin la luz crepuscular había desaparecido.

Dormida, a alguna hora todavía oscura después de ese momento, se levantó de la cama y, dejándose llevar, salió al pasillo, entró en la habitación de Richard y se metió en su cama. La habitación estaba fría, y se arrimó a él.

—Patty —dijo Richard.

Pero ella estaba dormida y cabeceó, resistiéndose a despertar, y no había manera de oponerse a ella, tal era su determinación en el sueño. Se extendió sobre él y en torno a él, intentando maximizar el contacto, sintiéndose tan grande como para cubrirlo por entero, apretando la cara contra su cabeza.

—Patty.

—Mmm.

—Si estás dormida, tienes que despertarte.

—No; estoy dormida... estoy durmiendo. No me despiertes.

El pene de Richard forcejeaba por escapar del calzoncillo. Ella se lo frotó con el vientre.

—Lo siento —dijo él, revolviéndose bajo ella—. Tienes que despertarte.

—No, no me despiertes. Sólo fóllame.

—Por Dios. —Intentó apartarse, pero ella se pegó a él como una lapa. La agarró por las muñecas para mantenerla a distancia—. Personas en estado de inconsciencia: lo creas o no, es ahí donde pongo el límite.

—Mmm —dijo ella, mientras se desabrochaba el pijama—. Estamos los dos dormidos. Estamos teniendo los dos un sueño maravilloso.

—Sí, pero la gente se despierta por la mañana y se acuerda de los sueños.

—Pero si son sólo sueños... estoy soñando. Me vuelvo a dormir. Tú duérmete también. Duerme. Dormiremos los dos... y luego me iré.

El hecho de que pudiera decir todo esto, y no sólo decirlo, sino recordarlo

más tarde con claridad, arroja dudas, debe admitirse, sobre la autenticidad de su sonambulismo. Pero la autobiografía es *rotunda* al insistir en que no estaba despierta en el momento en que traicionó a Wallter y sintió que su amigo la abría en dos. Tal vez fuera por la forma en que emulaba al proverbial avestruz y mantenía los ojos firmemente cerrados, o tal vez fuera por la circunstancia de que luego no conservó recuerdo alguno de un placer concreto, sino sólo la conciencia abstracta del acto realizado, pero si lleva a cabo un experimento mental e imagina que suena un teléfono en medio de ese acto, el estado al que imagina que es lanzada por el sobresalto es uno de vigilia, de lo que se desprende lógicamente, a falta de un teléfono sonando, que el estado en que se hallaba era de sueño.

Sólo después de consumado el acto despertó realmente, un tanto alarmada, se obligó a reflexionar y se obligó a volver rápidamente a su cama. No tuvo conciencia de nada más hasta que vio luz por las ventanas. Oyó a Richard levantarse y hacer pis en el cuarto de baño. Aguzó el oído para descifrar los sonidos que él producía a continuación: si estaba cargando sus bártulos en la pickup o si reanudaba el trabajo. ¡Daba la impresión de que reanudaba el trabajo! Cuando por fin Patty reunió valor para salir de su escondrijo, lo encontró arrodillado en la parte de atrás de la casa, ordenando una pila de tabloncillos sobrantes. Brillaba el sol, pero no era más que un disco tenue entre nubes vaporosas. Un cambio de tiempo rizaba la superficie del lago. Sin el juego de luces y sombras de los días anteriores, el bosque parecía menos espeso y más vacío.

—Eh, buenos días —saludó Patty.

—Buenos días —contestó Richard sin levantar la vista hacia ella.

—¿Has desayunado? ¿Te apetece desayunar? ¿Te preparo unos huevos?

—Ya he tomado un café, gracias.

—Te prepararé unos huevos.

Él se irguió, poniéndose en jarras, y examinó los tabloncillos, todavía sin mirarla.

—Estoy poniendo esto en orden para Walter; así sabrá lo que hay.

—Vale.

—Tardaré un par de horas en recoger mis cosas. Mejor será que tú sigas con lo tuyo.

—Vale. ¿Necesitas ayuda?

Richard negó con la cabeza.

—¿Y seguro que no quieres desayunar?

A eso no respondió.

En la mente de Patty cobró forma con curiosa nitidez una especie de lista de nombres en PowerPoint ordenada de mayor a menor conforme a la bondad de cada uno de ellos, encabezada naturalmente por Walter, seguido de cerca por Jessica y, ya a cierta distancia, por Joey y Richard, y luego, muy abajo, en el

sótano, en último y solitario lugar, aparecía su propio y vil nombre.

Se llevó el café a su habitación y se sentó a escuchar los sonidos de Richard mientras organizaba el material, el tintineo de los clavos al guardarlos, el ruido de las cajas de herramientas. A última hora de la mañana se atrevió a salir para preguntarle si al menos se quedaría a comer algo antes de marcharse. Él contestó con un gesto de asentimiento, aunque no de manera cordial. Ella, asustada como estaba, ni siquiera tenía ganas de llorar, así que fue a hervir unos huevos para una ensalada. Su plan o su esperanza o su fantasía, en la medida en que se permitió ser consciente de que lo tenía, era que Richard olvidase su propósito de marcharse aquel día, y poder volver ella a su estado de sonambulismo esa noche, y que al día siguiente todo fuera de nuevo agradable y tácito, y luego más sonambulismo, y luego otro día agradable, y que luego Richard cargara su pickup y regresara a Nueva York, y mucho más adelante en la vida ella recordaría los sueños asombrosos e intensos que había tenido durante unas noches en el lago Sin Nombre, y se preguntaría sin riesgo si había ocurrido algo. Este viejo plan (o esperanza, o fantasía) se había ido al garete. Su nuevo plan le exigía un denodado esfuerzo para olvidar la noche anterior y fingir que no había ocurrido.

Lo que desde luego no incluía su plan —y puede afirmarse sin riesgo alguno— es que el almuerzo quedaría a medio comer en la mesa y de pronto ella se encontraría con los vaqueros en el suelo y la entepierna del bañador dolorosamente apartada a un lado mientras él la llevaba a embestidas hasta el éxtasis contra la pared inocentemente empapelada de la antigua sala de estar de Dorothy, a plena luz del día y estando ella tan despierta como podía estarlo un ser humano. No quedó ninguna marca en la pared, y sin embargo el punto permaneció allí, claro e inconfundible, para siempre. Era una pequeña coordenada del universo permanentemente colmada de sentido y alterada por su propia historia. Dicho punto se convirtió en una silenciosa tercera presencia en la sala, junto con ella y Walter, los fines de semana que más tarde pasaron allí solos, en todo caso, a Patty le pareció que por primera vez en su vida follaba de verdad. Le abrió los ojos, por así decirlo. Y a partir de ese momento estuvo perdida, aunque tardó un tiempo en darse cuenta.

—Muy bien, pues —dijo ella, ya sentada en el suelo con la cabeza contra el punto donde antes tenía el culo—. Pues ha sido interesante.

Richard se había puesto el pantalón y se paseaba de un lado a otro sin finalidad alguna.

—Voy a pasar de todo y fumar dentro de tu casa si no te importa.

—Creo que, dadas las circunstancias, puede hacerse una excepción.

El día se había encapotado por completo, y una brisa fresca traspasaba las mosquiteras exteriores y la puerta mosquitera. El canto de los pájaros había cesado del todo, y el lago ofrecía un aspecto desolado: la naturaleza en espera de que pasara el frío.

—Por cierto, ¿para qué llevas bañador? —le preguntó Richard, mientras encendía el cigarrillo.

Patty se echó a reír.

—Había pensado en ir a darme un baño cuando te fueras.

—Hace un frío que pela.

—Bueno, no habría sido un baño muy largo, obviamente.

—Sólo un poco de mortificación para la carne.

—Exacto.

La brisa fresca y el humo del Camel de Richard se mezclaban como el júbilo y el remordimiento. Patty se rio otra vez pero en este otro juego buscó algo gracioso que decir.

—Puede que el ajedrez se te dé fatal —dijo—, pero en este otro juego desde luego llevas las de ganar.

—Calla, joder —la atajó Richard.

Patty no conseguía calibrar del todo su tono, pero, temiendo que fuese de cólera, hizo lo posible por dejar de reírse.

Richard se sentó en la mesita de centro y fumó con gran determinación.

—No tenemos que hacer esto nunca más —dijo.

A ella se le escapó otra risita burlona; no pudo contenerse.

—O quizá sólo un par de veces y luego ya nunca más.

—Ya, ¿y eso adónde nos lleva?

—Cabe la posibilidad de que así nos quitemos las ganas, y así se acabe todo.

—No es así como van estas cosas, según mi experiencia.

—Bueno, supongo que tendré que rendirme a tu experiencia, ¿no? Puesto que yo no la tengo.

—He aquí la alternativa —dijo Richard—: cortamos ya o dejamos a Walter. Y como esto último no es aceptable, cortamos ya.

—O, tercera posibilidad, no cortamos y yo sencillamente no se lo cuento.

—Yo no quiero vivir así. ¿Y tú?

—Es cierto que dos de las tres personas a las que él más quiere en el mundo somos tú y yo.

—Y la tercera es Jessica.

—Es un consuelo saber que ella me odiaría durante el resto de mi vida y se pondría plenamente del lado de Walter —dijo Patty—. A él siempre le quedaría eso.

—Eso no es lo que él quiere, y no voy a hacérselo yo.

Patty volvió a reír al acordarse de Jessica, una joven muy buena, sería a más no poder y esforzadamente madura, cuya exasperación ante Patty y Joey —su madre irresponsable, su hermano sin escrúpulos— rara vez era tan extrema como para no resultar cómica. Patty apreciaba mucho a Jessica y ciertamente, siendo realistas, quedaría sumida en el mayor desconsuelo si su hija dejaba de

tener una buena opinión de ella. Así y todo, no pudo por menos de ver con humor el oprobio de Jessica. Eso formaba parte de la relación entre ellas, y su hija estaba demasiado absorta en su propia seriedad para que algo así la preocupara.

—Oye —le dijo a Richard—, ¿crees que es posible que seas homosexual?

—¿Y me lo preguntas ahora?

—No lo sé. Es sólo que veces los tíos que necesitan tirarse a un millón de mujeres intentan demostrar algo. Desmentir algo. Y a mí me da la impresión de que te importa más la felicidad de Walter que la mía.

—Una cosa puedes tener por segura: no siento el menor interés en besar a Walter.

—No, eso ya lo sé. Lo sé. Pero me refiero a otra cosa. Es decir, seguro que pronto te cansarías de mí. Me verías desnuda a los cuarenta y cinco años, y pensarías: Mmm, ¿aún deseo esto? ¡Creo que no! En tanto que, como no te apetece besar a Walter, nunca tienes por qué cansarte de él. Puedes mantener siempre una relación estrecha con él.

—Eso es D. H. Lawrence —señaló Richard con impaciencia.

—Otro autor que tengo que leer.

—O no.

Patty se frotó los ojos cansados y los labios raspados. Se sentía, en conjunto, muy satisfecha del giro que habían dado las cosas.

—Manejas muy bien las herramientas, francamente —dijo con otra risita burlona.

Richard empezó a pasearse de nuevo.

—Procura hablar en serio, ¿vale? Haz un esfuerzo.

—Ahora mismo ésta es nuestra oportunidad, Richard. Yo sólo digo eso. Tenemos un par días, y los aprovecharemos o no. En cualquier caso, pronto pasarán.

—He cometido un error —admitió él—. Debería haberlo pensado mejor. Tendría que haberme largado ayer por la mañana.

—Toda yo excepto una parte se habría alegrado si te hubieras ido. Aunque debo reconocer que esa parte es bastante importante.

—Me gusta verte. Me gusta estar contigo. Me hace feliz pensar que Walter está contigo: eres esa clase de persona. Pensé que no pasaría nada si me quedaba un par de días más. Pero ha sido un error.

—Bienvenido a Pattylandia. El Reino de los Errores.

—Ni se me pasó por la cabeza que te daría por el sonambulismo.

Ella se rio.

—Esa sí que es buena, ¿no?

—Por Dios. No te pases, ¿eh? Acabaré enfadándome contigo.

—Ya, pero lo bueno es que eso ni siquiera importa. ¿Qué es lo peor que puede pasar ahora? Que te enfades conmigo y te vayas.

En ese momento él la miró y sonrió, y la sala se llenó (metafóricamente) de sol. Era, en opinión de Patty, un hombre muy bello.

—Sí me gustas —dijo él—. Me gustas mucho. Siempre me has gustado.

—Lo mismo digo.

—Quería que tuvieras una buena vida. ¿Lo entiendes? Te consideraba una persona verdaderamente digna de Walter.

—Y por eso te largaste aquella noche en Chicago y ya no volviste.

—No nos habría ido bien en Nueva York. La cosa habría acabado mal.

—Si tú lo dices.

—Sí lo digo.

Patty asintió.

—Así que realmente deseabas acostarte conmigo aquella noche.

—Sí. Mucho. Pero no sólo acostarme contigo. Hablar contigo. Escucharte. Esa era la diferencia.

—Bueno, bien está saberlo, supongo. Ahora puedo tachar esa preocupación de mi lista, veinte años después.

Richard encendió otro cigarrillo y se quedaron allí sentados durante un rato, separados por una alfombra oriental vieja y barata de Dorothy. Se oía el murmullo de los árboles, la voz de un otoño que nunca estaba lejos en el norte de Minnesota.

—Esto es potencialmente una situación, digamos, complicada, ¿no? —dijo Patty por fin.

—Ajá.

—Más complicada, quizá, de lo que yo imaginaba.

—Ajá.

—Posiblemente habría sido mejor que no me hubiera dado por el sonambulismo.

—Ajá.

Patty empezó a llorar por Walter. Habían pasado tan pocas noches separados a lo largo de los años que ella nunca había tenido ocasión de echarlo de menos y valorarlo tal como lo echaba de menos y lo valoraba en ese momento. Ese fue el principio de una atroz confusión en su corazón, una confusión que la autobiógrafa aún padece ahora. Ya entonces, allí, en el lago Sin Nombre, en la inmutable luz de aquel día nublado, veía el problema con toda claridad. Se había enamorado del único hombre en el mundo que se preocupaba tanto por Walter y tenía una actitud tan protectora hacia él como ella misma; cualquier otro tal vez habría intentado volverla contra él. Y peor aún era en cierto modo la responsabilidad que ella sentía para con Richard, consciente de que él no tenía a nadie como Walter en su vida, y de que su lealtad hacia éste era, según él mismo, una de las pocas cosas que, aparte de la música, lo salvaban como ser humano. Y todo esto lo había puesto en peligro ella, con su egoísmo, mientras dormía. Se había

aprovechado de una persona que pasaba por un mal momento y era vulnerable, y aun así se esforzaba por mantener cierto orden moral en su vida. Por tanto, también lloraba por Richard, pero más aún por Walter, y por sí misma, una persona desafortunada que obraba mal.

—Es bueno llorar —dijo Richard—, aunque no puedo decir que yo lo haya intentado nunca.

—En cuanto empiezas, es como un pozo sin fondo —gimoteó Patty.

De pronto, allí, en bañador, le entró frío y cierto malestar físico. Se acercó a Richard y, rodeándole con los brazos los hombros cálidos y anchos, se tendió con él en la alfombra oriental, y así pasó aquella larga tarde gris y luminosa.

Tres veces, en total. Una, dos, tres. Una dormida, una violentamente, y una más con la orquesta al completo. Tres: un número pequeño y patético. La autobiógrafa ha pasado buena parte de su mediana edad enumerándolas una y otra vez, pero nunca ascienden a más de tres.

Por lo demás, no hay gran cosa que contar, y la mayor parte de lo que queda es una suma de nuevos errores. El primero de ellos lo cometió de común acuerdo con Richard mientras yacían aún en la alfombra. Juntos decidieron —acordaron— que él debía marcharse. Lo decidieron deprisa, mientras estaban aún escocidos y exhaustos: él debía irse de inmediato, antes de que la cosa fuera a más, y después los dos dedicarían detenidas reflexiones a la situación y tomarían una decisión sensata, la cual, si el resultado era negativo, sería más dolorosa en caso de quedarse él más tiempo.

Una vez tomada esa decisión, Patty se incorporó y se sorprendió al ver que los árboles y la terraza estaban mojados. La llovizna era tan tenue que no la había oído sobre el tejado, tan delicada que no había goteado en los canalones. Se puso la camiseta roja deslucida de Richard y le preguntó si podía quedársela.

—¿Para qué quieres mi camiseta?

—Huele a ti.

—Eso en general no se considera una ventaja.

—Sólo quiero algo tuyo.

—De acuerdo. Esperemos que sea lo único.

—Tengo cuarenta y dos años —dijo ella—. Me costaría veinte mil dólares quedarme embarazada. No es que quiera quitarte la ilusión ni nada por el estilo.

—Estoy muy orgulloso de mi media de bateo: cero. Procura no estropearla, ¿vale?

—¿Y yo qué? ¿Debo preocuparme por la posibilidad de llevar alguna enfermedad a casa?

—Tomo todas las precauciones, si te refieres a eso. Normalmente soy cuidadoso hasta la paranoia.

—Seguro que eso se lo dices a todas.

Y así sucesivamente. Fue todo muy íntimo y natural, y en el desenfado del

momento ella le dijo que ya no tenía excusa para negarse a cantarle una canción antes de irse. Él sacó el banjo de la funda y empezó a puntear mientras ella preparaba unos bocadillos y los envolvía con papel de aluminio.

—Tal vez deberías pasar aquí la noche y salir mañana temprano —sugirió Patty levantando la voz.

Él sonrió como si no considerara esa proposición digna de respuesta.

—Lo digo en serio —insistió ella—. Lluve y ya casi es de noche.

—Ni hablar —contestó él—. Lo siento. Nunca volveré a fiarme de ti. Vas a tener que convivir con eso.

—Ja, ja, ja. ¿Por qué no estás cantando? Quiero oír tu voz.

Por pura amabilidad, cantó *Shady Grove*. Con el paso de los años, contra todo pronóstico, había llegado a ser un vocalista de gran destreza y notable capacidad de matización, y tenía el pecho tan ancho que podía echar la casa abajo.

—Vale, ya entiendo lo que quieres decir —dijo ella cuando él acabó—. Esto no me está facilitando las cosas.

Pero en cuanto un músico entra en calor, no hay quien lo pare. Richard afinó la guitarra y cantó tres canciones country que más tarde Walnut Surprise grabó para el álbum *Lago sin nombre*. Algunas de las letras eran poco más que sílabas sin sentido, que desecharían y sustituirían por otras considerablemente mejores, pero Patty seguía tan afectada y emocionada por las canciones, de un estilo country que reconocía y apreciaba, que en medio de la tercera exclamó:

—¡PARA! ¡VALE! ¡YA BASTA! ¡PARA! ¡YA BASTA! ¡VALE!

Pero él no paraba, y viéndolo así de abstraído en su música, se sintió tan sola y abandonada que se echó a llorar entrecortadamente y al final era tal su histeria que él no tuvo más remedio que dejar de cantar —¡aunque a todas luces cabreado por la interrupción!— e intentar, en vano, calmarla.

—Aquí tienes tus bocadillos —dijo Patty, lanzándoselos a los brazos—, y ahí está la puerta. Hemos dicho que te irías, y por tanto te vas. ¿Vale? Ya mismo. ¡Lo digo en serio! Ya mismo. Siento haberte pedido que cantaras... ¡CULPA MÍA OTRA VEZ!, pero intentemos aprender de nuestros errores, ¿vale?

Él respiró hondo y se irguió como si fuera a hacer una declaración, pero encorvó los hombros y dejó escapar la gran alocución de sus pulmones sin pronunciarla.

—Tienes razón —dijo, irritado—. Paso.

—Hemos tomado una buena decisión, ¿no te parece?

—Probablemente, sí.

—Pues vete.

Y se fue.

Y ella se convirtió en mejor lectora. Al principio en un escapismo desesperado, después en busca de ayuda. Para cuando Walter volvió de Saskatchewan, había liquidado el resto de *Guerra y paz* en tres días de lectura

maratoniana. Natasha se había prometido con Andréi, pero luego fue corrompida por el malvado Anatole, y Andréi se marchó sumido en la desesperación, para acabar mortalmente herido en combate, sobreviviendo sólo el tiempo necesario para recibir los cuidados de Natasha y perdonarla, con lo cual el bueno de Pierre, un hombre excelente, que en su etapa de prisionero de guerra había madurado y reflexionado a fondo, dio un paso al frente para presentarse ante Natasha como premio de consolación; y a eso siguieron muchos bebés. Patty tuvo la sensación de haber vivido toda una vida comprimida en esos tres días, y cuando su propio Pierre regresó de tierras agrestes, con la piel muy quemada pese a untarse religiosamente capas y capas de crema solar con máximo factor de protección, estaba preparada para intentar amarlo de nuevo. Fue a recogerlo a Duluth y recibió el parte de sus días en compañía de millonarios amantes de la naturaleza, que por lo visto le habían abierto de par en par sus carteras.

—Es increíble —dijo Walter cuando llegaron a casa y vio la terraza casi acabada—. Se pasa aquí cuatro meses y no puede hacer las últimas ocho horas de trabajo.

—Me parece que estaba harto del bosque —comentó Patty—. Le dije que debía volverse a Nueva York. Ha compuesto aquí unas cuantas canciones magníficas. Estaba ya listo para irse.

Walter frunció el entrecejo.

—¿Te tocó sus canciones?

—Tres —contestó ella, dándose la vuelta.

—¿Y eran buenas?

—Muy buenas.

Patty descendió hacia el lago, y Walter la siguió. No le costó mantenerse a distancia de él. Sólo muy al principio habían sido de esas parejas que se abrazan y besuquean cada vez que uno llega a casa.

—¿Os habéis llevado bien? —preguntó Walter.

—Fue un poco incómodo. Me alegré cuando se marchó. Tuve que tomarme un gran vaso de jerez la única noche que pasó aquí.

—Eso no es muy grave. Un vaso.

Parte del trato que había hecho consigo misma era no contarle a Walter ninguna mentira, ni siquiera pequeña; no pronunciar palabras que no pudieran interpretarse como la estricta verdad.

—He leído un montón —dijo ella—. Creo que *Guerra y paz* es desde luego el mejor libro que he leído en la vida.

—Qué envidia —dijo Walter.

—¿Cómo?

—Leer ese libro por primera vez. Disponer de días enteros para hacerlo.

—Ha sido maravilloso. Es como si la lectura me hubiera cambiado.

—De hecho, sí te noto un poco cambiada.

—No para mal, espero.

—No. Sólo distinta.

Esa noche, en la cama con él, Patty se quitó el pijama y sintió alivio al descubrir que lo deseaba más, no menos, por lo que había hecho. Estaba bien, el sexo con él no estaba tan mal.

—Esto tenemos que hacerlo más a menudo —dijo.

—Cuando quieras. Literalmente: cuando quieras.

Ese verano tuvieron algo así como una segunda luna de miel, alimentada por el arrepentimiento y la nueva inquietud de Patty por el sexo. Puso todo su empeño en ser una buena esposa, y en complacer a su muy buen marido, pero una descripción completa del éxito de sus esfuerzos debe incluir los mensajes que ella y Richard empezaron a cruzar por correo electrónico a los pocos días de marcharse él, y el permiso que en cierto modo ella le dio, unas semanas más tarde, para coger un avión hasta Minneapolis e ir al lago Sin Nombre con ella mientras Walter organizaba otra reunión de personas importantes en Boundary Waters. Borró de inmediato el mensaje con los datos del vuelo de Richard, como había borrado todos los demás, pero no antes de memorizar el número de vuelo y la hora de llegada.

Una semana antes de la fecha se retiró al lago en total soledad y se entregó por completo a su trastorno. Esto consistió en beber hasta tambalearse cada noche, despertar luego sumida en el pánico y el remordimiento y la indecisión, después dormir toda la mañana, después leer novelas en un estado de falsa calma, en suspenso, después levantarse de pronto y pasearse durante una hora o más cerca del teléfono, intentando decidir si llamaba a Richard para decirle que no fuera, y finalmente abrir una botella para alejarlo todo por unas horas.

El resto de los días transcurrió lentamente en una cuenta atrás. La última noche se emborrachó hasta vomitar, se quedó dormida en la sala, y recobró el conocimiento con una sacudida poco antes del amanecer. Para contener el temblor de manos y brazos lo suficiente y marcar el número de Richard, tuvo que tumbarse en el suelo de la cocina aún sin enlechar.

Saltó el buzón de voz. Richard había encontrado un nuevo apartamento, más pequeño, a unas manzanas del anterior. Lo único que ella podía imaginar de ese nuevo espacio era una versión mayor de la habitación negra del apartamento que él había compartido con Walter en otro tiempo, el apartamento del que ella lo había desplazado. Marcó de nuevo, y de nuevo salió el buzón de voz. Marcó por tercera vez y Richard respondió.

—No vengas —dijo Patty—. No puedo hacerlo.

Él guardó silencio, pero ella oyó su respiración.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Por qué no vuelves a llamarme dentro de un par de horas. O a ver cómo te sientes por la mañana.

—He estado vomitando. Echando las tripas.

—Lamento oírlo.

—Por favor, no vengas. Te prometo que no te molestaré más. Creo que sólo necesitaba llevar las cosas al límite para darme cuenta de que soy incapaz.

—Eso tiene su lógica, supongo.

—Es lo correcto, ¿no te parece?

—Probablemente. Sí. Probablemente lo sea.

—No puedo hacerle eso.

—Pues muy bien. No iré.

—No es que no quiera que vengas. Sólo te lo pido.

—Haré lo que quieras.

—No, por Dios, escúchame. Te pido que hagas lo que no quiero.

Posiblemente en Jersey City, Nueva Jersey, Richard alzó la vista al techo a oírlo. Pero ella sabía que él quería verla, que estaba dispuesto a coger un avión a la mañana siguiente, y la única manera de llegar al acuerdo definitivo de que él no debía ir era prolongar la conversación durante dos horas, dándole vueltas y más vueltas, representando el conflicto irresoluble, hasta que los dos se sintieran tan sucios y agotados, y hartos de sí mismos y hartos el uno del otro, que la perspectiva de reunirse dejara de parecerles apetecible.

Entre los ingredientes de la desdicha de Patty, cuando por fin colgaron, su sensación de desperdiciar el amor de Richard no fue el menos importante. Le constaba que era un hombre a quien irritaban soberanamente las bobadas femeninas, y el hecho de que hubiera soportado dos horas ininterrumpidas de las bobadas de ella, que era alrededor de 119 minutos más de lo que por su propia naturaleza era capaz de soportar, la llenó de gratitud y pesar por el *desperdicio*, el *desperdicio*. El desperdicio de su amor.

Cosa que la llevó —de más está decirlo— a llamarlo otra vez al cabo de veinte minutos y a arrastrarlo a una versión un tanto más breve pero incluso más lamentable de la primera llamada. Fue un pequeño avance de lo que hizo posteriormente en Washington con Walter de forma más extensa: cuanto más se empeñaba ella en agotarle la paciencia, tanta más paciencia mostraba él, y cuanto más paciencia mostraba él, más le costaba a ella dejarlo en paz. Por suerte, la paciencia de Richard con ella, a diferencia de la de Walter, no era ni remotamente inagotable. Al final se limitó a colgarle, y no le contestó cuando ella volvió a telefonear, al cabo de una hora, poco antes de la hora a la que, según sus cálculos, debía salir con rumbo al aeropuerto de Newark para coger el avión.

A pesar de no haber dormido apenas, y a pesar de haber vomitado lo poco que había comido el día anterior, se sintió inmediatamente más fresca y despejada y enérgica. Limpió la casa, leyó la mitad de una novela de Joseph Conrad que Walter le había recomendado y no compró más vino. Cuando Walter regresó de Boundary Waters, le preparo una cena magnífica y le echó los brazos

al cuello, y él —hecho insólito— incluso se encogió un poco ante la intensidad de su afecto.

En ese momento, ella debería haber buscado empleo o vuelto a estudiar o empezado a trabajar de voluntaria. Pero siempre parecía surgir algún obstáculo. Primero fue la posibilidad de que Joey claudicara y volviera a casa durante el último curso de instituto. Luego fueron la casa y el jardín, que ella había descuidado durante el año de borracheras y depresión. Luego su preciada libertad para marcharse al lago Sin Nombre durante varias semanas siempre que le apetecía. Luego esa otra libertad más general que, como ella bien sabía, estaba matándola pero a la que era incapaz de renunciar. Luego el Fin de Semana de los Padres en la universidad de Jessica en Filadelfia: Walter no podía asistir, pero veía con satisfacción el interés de Patty por ir, ya que a veces le preocupaba que ella y Jessica no estuviesen lo bastante unidas. Y luego las semanas previas al Fin de Semana de los Padres, semanas de mensajes de correo electrónico entre ella y Richard, semanas imaginando la habitación del hotel de Filadelfia en la que pasaría *un día y una noche* fuera del radar. Y luego los meses de profunda depresión después del Fin de Semana de los Padres.

Ella había viajado en avión a Filadelfia un jueves, a fin de pasar, como puso especial empeño en explicarle a Walter, todo un día sola haciendo turismo. Mientras iba en taxi al centro de la ciudad, sintió de improviso una punzada de pesar por no hacer precisamente eso: no pasear por las calles como una mujer adulta e independiente, no cultivar una vida independiente, no ser una turista sensata y curiosa en lugar de una mujer enloquecida en busca del amor.

Por increíble que pueda parecer, no había estado sola en un hotel desde su estancia en la habitación 21, y se quedó muy impresionada con su habitación moderna y lujosa del Sofitel. Examinó minuciosamente todas las comodidades mientras esperaba a Richard, y luego volvió a examinarlas cuando la hora acordada llegó y pasó. Intentó ver la televisión pero no pudo. Era un manejo de nervios cuando por fin sonó el teléfono.

—Ha surgido algo —dijo Richard.

—De acuerdo. Vale. Ha surgido algo. Vale. —Se acercó a la ventana y contempló Filadelfia—. ¿Qué ha sido? ¿Unas faldas?

—Muy graciosa.

—Sí —dijo ella—, dame un poco de tiempo y te recitaré todos los tópicos habidos y por haber. Todavía no hemos empezado siquiera con lo de los celos. Esto viene a ser el Minuto Uno de los celos.

—No hay ninguna otra.

—¿Ninguna? ¿No ha habido ninguna? Dios mío, incluso yo me he portado peor. A mi modesta manera conyugal.

—No he dicho que no haya habido ninguna. He dicho que no hay ninguna.

Patty apretó la cabeza contra la ventana.

—Lo siento —se disculpó—. Esta situación hace que me sienta demasiado vieja, demasiado fea, demasiado estúpida, demasiado celosa. No soporto oír lo que sale de mi boca.

—Me ha llamado esta mañana —dijo Richard.

—¿Quién?

—Walter. Tenía que haberlo dejado sonar, pero lo he cogido. Ha dicho que se ha levantado temprano para llevarte al aeropuerto, y que te echaba de menos. Ha dicho que las cosas van muy bien entre vosotros. «Hace años que no éramos tan felices»: creo que ésas han sido textualmente sus palabras.

Patty permaneció callada.

—Ha dicho que te habías ido a ver a Jessica, que Jessica, en secreto, estaba muy contenta, aunque la preocupaba que pudieras decir algo raro y abochornarla, o que no te caiga bien su nuevo novio. En suma, Walter está muy contento de que hagas esto por ella.

Patty se movió inquieta junto a la ventana en su esfuerzo por escuchar.

—Ha dicho que se sentía mal por algunas de las cosas que me comentó el invierno pasado. Ha dicho que no quería que me quedara una idea equivocada de ti. Ha dicho que el invierno pasado fue un horror, por lo de Joey, pero ahora las cosas van mucho mejor. «Hace años que no éramos tan felices»: sí, seguro que ésas han sido textualmente sus palabras.

Una combinación de arcadas y sollozos provocó en Patty un eructo absurdo y doloroso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Richard.

—Nada. Perdona.

—Bueno, el caso es...

—El caso es...

—He decidido no ir.

—Ya. Lo entiendo. Claro.

—Bien, pues...

—Pero por qué no vienes igualmente. O sea, teniendo en cuenta que yo y ya estoy aquí. Y luego puedo volver a esa vida mía increíblemente feliz, y tú puedes volver a Nueva Jersey.

—Sólo estoy repitiéndote lo que me ha dicho él.

—Esa vida mía maravillosamente feliz, maravillosa.

Ay, las tentaciones de la autocompasión. Tan placentera para ella, tan irresistible que no podía evitar expresarla, y tan repugnante para él. Ella percibió el momento exacto en que se pasó de la raya. Si hubiese conservado la calma, tal vez habría conseguido inducirlo a viajar a Filadelfia haciendo uso de sus encantos y engatusándolo. ¿Quién sabe? Tal vez no habría vuelto nunca a casa. Pero la pifió con la autocompasión. Notó el tono de Richard, cada vez más frío y distante, con lo que se compadeció aún más de sí misma, y así sucesivamente, hasta que

al final tuvo que colgar y abandonarse por entero a ese otro placer.

¿De dónde salía esa autocompasión, en cantidad tan desproporcionada? Se mirase como se mirase, llevaba una vida de lujo. Todos los días disponía de la jornada entera para concebir una manera aceptable y satisfactoria de vivir, y sin embargo lo único que parecía sacar de todas sus opciones y toda su libertad era más desdicha. La autobiografía casi se ve obligada a extraer la conclusión de que se compadecía de sí misma por ser tan libre.

Esa noche en Filadelfia se produjo un breve incidente lamentable: bajó al bar del hotel con la intención de ligar. Enseguida descubrió que el mundo se divide en los que saben sentirse a gusto solos en la silla de un bar y los que no saben. Por otra parte, le pareció que los hombres tenían pinta de estúpidos, y por primera vez en mucho tiempo empezó a pensar en qué se sentía cuando una estaba borracha y era violada, y volvió a subir a su moderna habitación a deleitarse en nuevos arrebatos de autocompasión.

A la mañana siguiente, cogió un tren de cercanías para ir a la universidad de Jessica en un estado de necesidad del que no podía salir nada bueno. A pesar de que, durante diecinueve años, había intentado hacer por Jessica todo lo que su propia madre no había hecho por ella —no se había perdido un solo partido suyo, le había prodigado su aprobación, se había familiarizado con las complejidades de su vida social, había estado de su lado en todas las pequeñas penas y decepciones, se había involucrado profundamente en el drama de sus solicitudes de acceso a la universidad—, no existía entre ellas, como se ha observado, una relación verdaderamente estrecha. Esto se debía en parte a la personalidad autosuficiente de Jessica, y en parte al comportamiento extremo de Patty con Joey. Fue en Joey, y no en Jessica, en quien ella depositó su corazón desbordante. Pero ahora la puerta de acceso a Joey estaba cerrada a cal y canto, debido a los propios errores de Patty, y llegó al hermoso campus cuáquero sin importarle en absoluto el Fin de Semana de los Padres. Sólo quería un rato de intimidad con su hija.

Por desgracia, el nuevo novio de Jessica, William, era incapaz de captar una indirecta. William era un chico californiano, jugador de fútbol, rubio y de buen carácter, cuyos padres no habían ido a visitarlo. Siguió a Patty y Jessica al almuerzo, a la clase de Historia del Arte de Jessica de esa tarde, y a la habitación de Jessica en la residencia, y cuando Patty, en una clara insinuación, invitó a su hija a cenar en la ciudad, ella contestó que ya había reservado mesa para tres cerca de allí. En el restaurante, Patty escuchó estoicamente mientras Jessica incitaba a William a describir la organización benéfica que había fundado en el instituto: un programa ridículamente bienintencionado por el que los clubes de fútbol de San Francisco financiaban la educación de niñas pobres de Malawi. A Patty no le quedó mucha más opción que seguir bebiendo vino. A la cuarta copa, decidió que William debía saber que ella misma había destacado en otro tiempo

en la práctica deportiva interuniversitaria. Como Jessica se abstuvo de aportar el dato de que su madre había sido miembro de la segunda selección a nivel nacional, se vio obligada a aportarlo ella, y como dio la impresión de que se jactaba, consideró que debía compensarlo contando la historia de su *groupie*, y eso llevó a la drogadicción y las mentiras sobre la leucemia de Eliza, y a su rodilla destrozada. Hablaba en voz alta y, creía ella, amenamente, pero William, en lugar de reírse, lanzaba miradas nerviosas a Jessica, quien por su parte permanecía inmóvil, con los brazos cruzados y semblante hosco.

—¿Y todo eso a qué viene?—preguntó por fin su hija.

—A nada —contestó Patty—. Sólo os explico cómo eran las cosas cuando yo estudiaba. No me había dado cuenta de que no os interesaba.

—A mí sí me interesa —tuvo la amabilidad de decir William.

—A mí lo que me parece interesante —comentó Jessica— es que nunca había oído nada de eso.

—¿Nunca te había hablado de Eliza?

—No. Debiste de contárselo a Joey.

—Seguro que la he mencionado alguna vez.

—No, mamá. Lo siento. Nunca.

—Bueno, da igual, la menciono ahora, aunque quizá ya haya hablado bastante.

—¡Quizá!

Patty sabía que estaba comportándose mal, pero no podía evitarlo. Viendo la ternura entre Jessica y William, se acordó de ella misma a los diecinueve años, se acordó de su formación mediocre y de sus relaciones enfermizas con Carter y Eliza, y lamentó su vida, y se compadeció de sí misma. Empezaba a caer en una depresión que se precipitó vertiginosamente el día siguiente, cuando volvió a la universidad y sobrellevó un paseo por el suntuoso recinto, una comida en el jardín de la casa del rector y un coloquio vespertino («Desarrollar la identidad en un mundo polivalente») al que asistieron docenas de padres. A todos se los veía radiantes, mejor adaptados de lo que ella se sentía. Los estudiantes parecían alegres y aptos para cualquier cosa, incluyendo sin duda sentarse con toda tranquilidad en la silla de un bar, y los demás padres parecían muy orgullosos de ellos, encantados de ser sus amigos, y la propia universidad parecía orgullosísima de su riqueza y su misión altruista. Patty había sido realmente una buena madre; había conseguido preparar a su hija para una vida más feliz y más fácil que la suya; pero, por el lenguaje corporal de las otras familias, veía claro que no había sido una gran madre en el sentido que más contaba. En tanto que las otras madres e hijas caminaban hombro con hombro por los senderos pavimentados, riéndose o comparando teléfonos móviles, Jessica iba por la hierba uno o dos pasos por delante de Patty. El único rol que ofreció a Patty ese fin de semana fue el de mostrarse impresionada ante aquella fabulosa universidad. Patty hizo cuanto

estuvo en su mano por desempeñar ese rol, pero al final, en un acceso depresivo, se sentó en una de las sillas Adirondack dispersas por el jardín principal y rogó a Jessica que fuera a la ciudad a cenar con ella sin William, quien, por suerte, esa tarde tenía un partido.

Jessica se mantuvo a cierta distancia y la observó con cautela.

—Esta noche William y yo tenemos que estudiar —dijo—. En circunstancias normales me habría pasado todo el día de ayer y de hoy estudiando.

—Siento que no hayas podido hacerlo por mi culpa —se disculpó Patty con depresiva sinceridad.

—No, no pasa nada. Tenía muchas ganas de que vinieras. Teníamos muchas ganas de que vieras el sitio donde voy a pasar cuatro años de mi vida. El problema es que el volumen de trabajo es muy grande.

—Ya, claro. Me parece estupendo. Me parece estupendo que puedas con él. Estoy orgullosa de ti. De verdad, Jessica. Tengo una gran opinión de ti.

—Vaya, gracias.

—Lo que pasa es que... ¿Y si vamos a la habitación de mi hotel? Es genial. Podemos encargarnos de la cena al servicio de habitaciones y ver películas y beber algo del minibar. Mejor dicho, tú puedes beber algo del minibar; esta noche yo no beberé. Pero que sea una noche de chicas, tú y yo solas, por una noche. Tienes el resto del otoño para estudiar.

Mantuvo la mirada fija en el suelo, esperando la sentencia de Jessica. Era claramente consciente de que estaba proponiendo algo nuevo para ellas.

—Creo que tengo que quedarme a trabajar, de verdad —insistió Jessica—. Ya se lo he prometido a William.

—Pero, Jessie, te lo pido por favor. Por una noche no vas a morirte. Significaría mucho para mí.

Como Jessica no contestó, Patty se obligó a alzar la vista. Su hija contemplaba con sombrío dominio de sí misma el edificio principal de la universidad, en una de cuyas fachadas Patty había visto una losa que llevaba esculpidas las sabias palabras de la promoción de 1920: USA BIEN TU LIBERTAD.

—¿Por favor?

—No —respondió Jessica, sin mirarla—. ¡No! No me apetece.

—Siento haber bebido más de la cuenta y haber dicho tantas estupideces anoche. Ojalá me dejaras compensarte.

—No es mi intención castigarte —dijo Jessica—. Es sólo que... es evidente que no te gusta mi universidad, es evidente que no te gusta mi novio...

—No, si William está bien, es buen chico, si me cae bien. Es sólo que he venido aquí para verte a ti, no a él.

—Mamá, yo te facilito mucho la vida. ¿Te haces una idea de cuánto te la facilito? No me drogo, no hago ninguna de esas gilipolleces que hace Joey, no te abochorno, no monto números, nunca he hecho nada de eso...

—¡Lo sé! Y te estoy sinceramente agradecida.

—Vale, pero entonces no te quejes si tengo mi vida y mis amigos y no me apetece reorganizarlo todo de pronto por ti. Disfrutas del sinfín de ventajas que supone que yo cuide de mí misma, así que lo mínimo que puedes hacer es no culpabilizarme por eso.

—Pero, Jessie, estamos hablando de una sola noche. Es una tontería darle tanta importancia.

—Pues no se la des.

El dominio de sí misma y la impasibilidad de Jessica se le antojaron a Patty un castigo justo por lo rigorista y fría que ella había sido con su propia madre a los diecinueve años. De hecho, se sentía tan mal consigo misma que casi cualquier castigo le habría parecido apropiado. Guardándose las lágrimas para más tarde —pensando que *no merecía* la ventaja emocional, fuera cual fuese, que podía obtener llorando, o echando a correr enfurruñada camino de la estación—, ejerció su propio dominio de sí misma y cenó temprano en el comedor con Jessica y su compañera de habitación. Se comportó como una adulta pese a que tenía la sensación de que, de ellas dos, Jessica era la auténtica adulta.

De vuelta en Saint Paul, prosiguió su caída por el pozo minero de la salud mental, y no llegaron más mensajes de Richard. A la autobiógrafa le gustaría poder decir que tampoco ella le envió ningún mensaje, pero a estas alturas debería estar claro que su capacidad para el error, el martirio y la autohumillación es ilimitada. El único mensaje que considera correcto haberle mandado fue escrito después de comunicarle Walter la noticia de que Molly Tremain se había quitado la vida con somníferos en su apartamento del Lower East Side. Patty mostró lo mejor de sí misma en ese mensaje, y espera que sea así como Richard la recuerde.

El resto de la historia sobre las actividades de Richard durante ese invierno y esa primavera se ha contado ya en otros sitios, en especial en *People* y *Spin* y *Entertainment Weekly* después de la publicación de *Lago sin nombre* y el nacimiento de un «culto» a Richard Katz. Michael Stipe y Jeff Tweedy se encontraban entre las personalidades que se prestaron a respaldar a Walnut Surprise y admitir haber sido seguidores encubiertos de los Traumaticos toda su vida. Puede que los fans de Richard, aquellos varones blancos, cultos y desaliñados de antes, ya no fueran tan jóvenes, pero unos cuantos eran ahora influyentes directores de secciones de cultura.

En cuanto a Walter, el resentimiento que siente uno cuando su grupo desconocido favorito empieza de pronto a aparecer en la lista de reproducción de todo el mundo se multiplicó por mil. Walter se enorgullecía, por supuesto, de que el nuevo disco llevara por título el nombre del lago de Dorothy, y de que muchas de las canciones se hubiesen compuesto en esa casa. Por fortuna, Richard había

presentado hábilmente la letra de cada canción para que el «tú», que era Patty, pudiera confundirse con la difunta Molly; ésa fue la orientación hacia la que dirigió a los entrevistadores, sabiendo que Walter leía y guardaba todos los recortes de prensa relacionados con él. Pero en esencia Walter se sintió decepcionado y dolido por el momento de gloria de Richard. Aseguraba que entendía por qué Richard apenas lo llamaba ya, que entendía que ahora Richard tenía muchas cosas entre manos, pero en realidad no lo entendía. El verdadero estado de su amistad se convertía exactamente en lo que él siempre había temido. Richard, incluso cuando más hundido parecía, nunca estaba realmente hundido. Richard siempre había tenido su proyecto musical secreto, un proyecto que no incluía a Walter, y en último extremo siempre había actuado con sus fans en mente, sin apartar la vista del premio. Un par de periodistas musicales menores fueron tan diligentes que telefonearon a Walter para entrevistarlo, y su nombre apareció en unos cuantos espacios marginales, en su mayoría online, pero Richard, en las entrevistas que Walter leyó, aludió a él sencillamente como «un muy buen amigo de la universidad», y ninguna de las grandes revistas lo mencionó por su nombre. A Walter no le habría importado que se le atribuyese un poco más de mérito por haberle ofrecido a Richard tanto apoyo moral, intelectual e incluso económico, pero lo que de verdad le dolió fue lo poco que él en apariencia le importaba a Richard en comparación con lo mucho que Richard le importaba a él. Y, naturalmente, Patty no podía darle a conocer la mejor prueba de lo mucho que en realidad le importaba a Richard. Cuando éste encontraba un momento para ponerse en contacto con él por teléfono, el resentimiento de Walter emponzoñaba sus conversaciones, y Richard, a raíz de eso, sentía cada vez menos predisposición a llamarlo.

Y por tanto Walter pasó a tener una actitud competitiva. Se había dejado llevar por la idea de que él era el hermano mayor, y ahora Richard había puesto los puntos sobre las íes otra vez. Puede que en privado a Richard se le dieran fatal el ajedrez, las relaciones a largo plazo y el civismo, pero en público era querido y admirado y elogiado por su tenacidad, la pureza de sus propósitos, sus magníficas últimas canciones. Todo eso llevó a Walter a aborrecer la casa y el jardín y las pequeñas cosas por las que había apostado en Minnesota buena parte de su vida y su energía; Patty estaba sorprendida por la amargura con que quitaba valor a sus propios logros. Unas semanas después del lanzamiento de *Lago sin nombre*, viajó a Houston para su primera entrevista con el multimillonario Vin Haven, y al cabo de un mes empezó a pasar la semana laborable en Washington D.C. Para Patty era evidente, aunque acaso no para el propio Walter, que su firme decisión de ir a Washington y crear la Fundación Monte Cerúleo y convertirse en una figura más ambiciosa y de ámbito internacional fue alimentada por el deseo de competir. En diciembre, cuando Walnut Surprise tocó con Wilco en el Orpheum un viernes por la noche, Walter ni

siquiera voló a Saint Paul a tiempo para verlos.

La propia Patty prefirió perderse esa actuación. No soportaba escuchar el nuevo disco —era incapaz de ir más allá del pretérito de la segunda canción:

*Nadie hubo como tú
Para mí. Nadie
Con nadie vivo. Amo
A nadie. Fuiste ese cuerpo
Como ningún otro
Fuiste ese cuerpo
Ese cuerpo para mí
Nadie hubo como tú*

y por tanto se esforzó por seguir el ejemplo de Richard y relegarlo al pasado. Había algo emocionante, algo casi del Ogro de Atenas, en la renovada energía de Walter, y ella logró concebir la esperanza de que los dos pudieran iniciar una nueva vida en Washington. Todavía adoraba la casa del lago Sin Nombre, pero no quería saber nada más de la casa de Barrier Street, que no había bastado para retener a Joey. Visitó Georgetown una tarde, un sábado otoñal hermoso y melancólico en que el viento de Minnesota agitaba los árboles en pleno cambio de color, y dijo « Sí, vale, me veo capaz ». (¿También le rondaba acaso por la cabeza la proximidad de la Universidad de Virginia, donde acababa de matricularse Joey? ¿Quizá su conocimiento de la geografía no era tan malo como siempre había pensado?). Por increíble que parezca, sólo cuando por fin se instaló en Washington —cuando cruzaba Rock Creek en taxi con dos maletas—, recordó lo mucho que había odiado siempre la política y a los políticos. Entró en la casa de la calle Veintinueve y comprendió, en el acto, que había cometido un error más.

2004

Explotación a cielo abierto

Cuando era ya inevitable que Richard Katz regresara al estudio con sus impacientes compañeros de grupo y comenzara a grabar un segundo álbum con Walnut Surprise —cuando hubo agotado todas las formas posibles de dilación y huida, primero tocando en todas las ciudades posibles de Estados Unidos y luego yéndose de gira a países cada vez más remotos, hasta que añadió Chipre en el viaje a Turquía y sus compañeros del grupo se sublevaron, y luego fracturándose el dedo índice de la mano izquierda al detener el ejemplar en rústica del influyente estudio de Samantha Power sobre el genocidio en el mundo que lanzó con excesiva violencia el baterista del grupo, Tim, desde el extremo opuesto de la habitación del hotel de Ankara, y luego retirándose en solitario a una cabaña en los Adirondacks para componer la banda sonora de una película danesa de arte y ensayo y, aburrido a más no poder con el proyecto, buscando un camello de coca en Plattsburgh y esnifándose cinco mil euros de la subvención para las artes del Estado danés, y luego desapareciendo sin previo aviso durante un período de onerosa disipación en Nueva York y Florida que no acabó hasta que lo detuvieron en Miami por conducir bajo los efectos del alcohol y por posesión de estupefacientes, y luego ingresando por propia voluntad en la clínica Gubser de Tallahassee durante seis semanas de desintoxicación y desdeñosa resistencia al evangelio de la rehabilitación, y luego curándose del herpes que no había prevenido debidamente durante un brote de varicela en la Gubser, y luego realizando doscientas cincuenta horas de servicios a la comunidad agradablemente rutinarios en un parque del condado de Dade, y luego negándose sin más a contestar el teléfono o consultar su correo electrónico mientras leía libros en su apartamento so pretexto de reforzar sus defensas contra las tías y las drogas, de las que sus compañeros de grupo al parecer eran capaces de disfrutar sin graves excesos—, envió a Tim una postal y le dijo que anunciara a los demás que estaba sin un duro e iba a dedicarse otra vez a jornada completa a su oficio de techador; y los demás miembros de Walnut Surprise empezaron a sentirse idiotas por haberlo esperado.

Aunque no tenía mucha importancia, era verdad que Katz estaba sin blanca. Los ingresos y los gastos habían cuadrado más o menos durante el año y medio de giras del grupo; siempre que corría riesgo de superávit, aumentaba la

categoría de los hoteles y pagaba rondas para todos en bares llenos de fans y desconocidos. Aunque *Lago sin nombre* y el recién avivado interés de los consumidores por las viejas grabaciones de los Traumaticos le habían proporcionado más dinero que sus veinte años anteriores de trabajo en total, se las había ingeniado para dilapidar hasta el último centavo en su afán por reubicar la identidad que había colocado donde no debía. Los sucesos más traumáticos acaecidos al eterno líder de los Traumaticos habían sido 1) recibir una nominación a los Grammy, 2) oír su música en la Radio Pública Nacional, y 3) deducir, a partir de las cifras de ventas de diciembre, que *Lago sin nombre* había constituido el regalito de Navidad ideal para dejar al pie del árbol primorosamente adornado en varios centenares de miles de casas de oyentes de la RPN. El bochorno por la nominación a los Grammy le había causado especial desorientación.

Katz había acumulado numerosas lecturas de libros de divulgación sobre sociobiología, y en sus reflexiones sobre la personalidad depresiva y la persistencia en apariencia pertinaz de ésta en el banco genético humano había llegado a la conclusión de que la depresión constituía una adaptación exitosa al dolor y las penalidades incesantes. El pesimismo, los sentimientos de inutilidad y carencia de derechos, la incapacidad para obtener satisfacción del placer, la atormentadora conciencia de que el mundo en general era una mierda: para los judíos antepasados paternos de Katz, que habían sido expulsados de un *shtetl* a otro por implacables antisemitas, al igual que para los antiguos anglos y sajones de la línea materna, que habían bregado por cultivar centeno y cebada en las tierras improductivas y los veranos cortos de la Europa septentrional, sentirse mal permanentemente y esperar lo peor se había convertido en la manera natural de mantener el equilibrio entre ellos y sus miserables circunstancias. A fin de cuentas, pocas cosas resultan más gratificantes para los depresivos que las noticias realmente malas. Obviamente, ésta no era una manera óptima de vivir, pero poseía sus ventajas desde el punto de vista evolutivo. En situaciones adversas, los depresivos transmitían sus genes, aunque fuera a la desesperada, en tanto que quienes tendían al automejoramiento se convertían al cristianismo o se trasladaban a lugares más soleados. Las situaciones adversas eran el hábitat de Katz del mismo modo que las aguas turbias lo eran de la carpa. Sus mejores años con los Traumaticos habían coincidido con Reagan I, Reagan II y Bush I; Bill Clinton (al menos en la época pre-Lewinsky) en cierto modo había sido una dura prueba para él. Ahora llegaba Bush II, el peor régimen de todos, y bien podría haber vuelto a hacer música otra vez de no ser por el accidente del éxito. Muy a su semejanza de una carpa, se sacudió en el suelo, forzando en vano sus agallas psíquicas para extraer oscuro sustento de ese ambiente de aprobación y plenitud. Se sentía libre como no se había sentido desde la pubertad, y al mismo tiempo más cerca que nunca del suicidio. En los últimos días de 2003 volvió a construir terrazas.

Tuvo suerte con sus dos primeros clientes, un par de chicos dedicados al capital riesgo, seguidores entusiastas de los Chili Peppers que no distinguían a Richard Katz de Ludwig van Beethoven. Aserró y utilizó la pistola de clavos en sus terrazas en relativa paz. Fue en el tercer encargo, iniciado en febrero, cuando tuvo la mala suerte de trabajar para personas que creían saber quién era. El edificio se hallaba en White Street, entre Church y Broadway, y el cliente, un rico que se dedicaba a editar libros de arte, tenía la obra incompleta de los Traumatic en vinilo, y pareció dolido porque Katz no recordaba haber visto su cara en diversas ocasiones entre el escaso público del Maxwell, en Hoboken, a lo largo de los años.

—Son tantas las caras... —dijo Katz—. Soy mal fisonomista.

—Aquella noche que Molly se cayó del escenario y después tomamos todos unas copas juntos. Aún conservo en algún sitio una servilleta ensangrentada. ¿No te acuerdas?

—Tengo una laguna. Lo siento.

—Bueno, da igual. Fue estupendo ver que recibías algo del reconocimiento que mereces.

—Preferiría no hablar de eso —lo atajó Katz—. Mejor hablemos de tu terraza.

—Básicamente, lo que quiero es que seas creativo y me presentes la factura —dijo el cliente—. Quiero tener una terraza construida por Richard Katz. Dudo que hagas esto durante mucho tiempo. Me costó creerlo cuando me enteré de que te dedicabas a esto.

—En todo caso, sería útil tener una idea aproximada de los metros cuadrados y las preferencias en materiales.

—Cualquier cosa, en serio. Tú sé creativo y ya está. No tiene la menor importancia.

—Aun así, dame el gusto y simula que sí tiene importancia —insistió Katz—. Porque si de verdad no la tiene, no sé hasta qué punto...

—Tú cúbrelo todo, ¿vale? Que sea grande. —El cliente parecía molesto con él—. Lucy quiere dar fiestas aquí. Esa es una de las razones por las que compramos este apartamento.

El cliente tenía un hijo, Zachary, en el último curso del instituto Stuyvesant por lo visto con ínfulas de guitarrista, un moderno en ciernes que se presentó en la terraza después de clase el primer día de trabajo de Katz y, desde una distancia prudencial, como si Katz fuese un león encadenado, lo machacó a preguntas concebidas para demostrar sus propios conocimientos de las guitarras antiguas, que Katz consideraba un fetiche consumista especialmente irritante. Así se lo dijo, y el chico se marchó molesto con él.

El segundo día de trabajo de Katz, mientras subía tablones de Trex y listones a la terraza, la madre de Zachary lo abordó en el descansillo de la tercera planta

y le ofreció, sin él pedirla, su opinión sobre los Traumatic: uno de esos grupos juveniles con pose adolescente y cierto regodeo en la angustia que a ella nunca le habían interesado. Acto seguido, con los labios separados y una expresión de insolente desafío en la mirada, esperó a ver qué efecto tenía en él su presencia, el dramatismo de ser ella. A la manera propia de las tías de su estilo, parecía convencida de la originalidad de su provocación. Katz se había topado con esa misma provocación, planteada casi textualmente, ya un centenar de veces antes, lo que ahora lo ponía en la ridícula situación de sentirse mal por ser incapaz de simular que se lo tomaba como una provocación: de compadecerse del pequeño y aguerrido ego de Lucy, de su estado de flotación en el mar de inseguridad de una mujer y a de cierta edad. Dudaba que pudiese llegar a alguna parte con ella aun cuando le apeteciese intentarlo, pero sabía que heriría su orgullo si no hacía al menos un simbólico esfuerzo para mostrarse desagradable.

—Lo sé —dijo, dejando los tablones detrás apoyados contra una pared—. Por eso para mí fue un paso decisivo crear un disco basado en auténticos sentimientos adultos que también las mujeres pudieran valorar.

—¿Qué te lleva a pensar que me gustó *Lago sin nombre*? —preguntó Lucy.

—¿Y a ti qué te lleva a pensar que a mí eso me importa? —replicó Katz con tono pendenciero. Llevaba toda la mañana subiendo y bajando escaleras, pero lo que de verdad lo agotaba era tener que interpretarse a sí mismo.

—No me pareció mal —dijo ella—. Sólo que quizá fue un pelín sobrevalorado.

—No encuentro palabras para discrepar —respondió Katz.

Ella se marchó molesta con él.

En los años ochenta y noventa, para no debilitar la principal baza de su negocio como contratista —el hecho de que creaba música minoritaria merecedora de apoyo económico—, prácticamente se le exigía un comportamiento poco profesional. La clientela con la que se ganaba la vida por entonces se componía de artistas y gente del cine residente en Tribeca, que le daban comida y a veces drogas y habrían puesto en tela de juicio su compromiso artístico si se hubiese presentado a trabajar antes de media tarde, si se hubiese abstenido de abordar a mujeres no disponibles o cumplido el plazo acordado y sin salirse del presupuesto. Ahora, con Tribeca del todo anexionada a la industria financiera, y con Lucy solazándose en su cama Dux toda la mañana, sentada con las piernas cruzadas, sin más ropa que una camiseta de tirantes y apenas unas bragas minúsculas mientras leía el Times o hablaba por teléfono, saludándolo con la mano a través de la claraboya siempre que él pasaba por encima, su pelambrea apenas cubierta y sus imponentes muslos permanentemente observables, Katz se convirtió en un obseso de la profesionalidad y la virtud protestante, llegando puntualmente a las nueve y trabajando aún varias horas después de oscurecer, con la idea de recortarle un par de días al proyecto y

largarse de allí cuanto antes.

Había regresado de Florida experimentando la misma aversión por el sexo que por la música. Esa clase de aversión era una novedad para él, y conservaba la lucidez suficiente para reconocer que tenía mucho que ver con su estado mental y poco o nada que ver con la realidad. Al igual que la uniformidad esencial de los cuerpos femeninos en modo alguno impedía la infinita diversidad, no existía ninguna razón racional para desesperarse por la uniformidad de las piezas de construcción que componían la música popular, los acordes de quinta vacía mayores y menores, los compases de dos por cuatro y cuatro por cuatro, la estructura ABABC. A cada hora del día, en algún lugar del área metropolitana neoyorquina, un joven enérgico trabajaba en una canción que sonaría, al menos las primeras veces que se la escuchara —quizá veinte o treinta veces— tan novedosa como la mañana de la Creación. Desde que el juez dio por concluida su libertad condicional en Florida y Katz se despidió de su tetuda supervisora del Departamento de Parques y Jardines, Marta Molina, era incapaz de encender su aparato estéreo o tocar un instrumento o imaginarse dejando entrar a alguien en su cama, ni entonces ni nunca más en la vida. Apenas pasaba un día sin que oyera un sonido nuevo arrebatador procedente de un sótano donde alguien ensayaba o incluso (podía suceder) del interior de un Banana Republic o un Gap, y sin que viera, en las calles del Bajo Manhattan, una tía joven que cambiaría la vida de alguien, pero había dejado de creer que ese alguien pudiera ser él.

Hasta que llegó la gélida tarde de un jueves, con un cielo uniformemente gris y una ligera nevada que daba una apariencia menos negativa al espacio negativo del perfil urbano del centro de Nueva York, desdibujando el edificio Woolworth y sus torrecillas de cuento de hadas, los tensores meteorológicos deslizándose los copos de nieve suave y oblicuamente Hudson abajo y aguas adentro en el oscuro Atlántico, y distrayendo a Katz de la marabunta de peatones y tráfico cuatro plantas más abajo. La humedad fundida de las calles elevaba gratamente los agudos del murmullo del tráfico y anulaba la mayor parte de los acúfenos de Katz. Se sentía dentro de un útero por partida doble, gracias a la nieve y al trabajo manual, mientras cortaba y acoplaba los tabloncillos de Trex en los complicados espacios entre tres chimeneas. El mediodía dio paso al crepúsculo sin que él se acordara ni una sola vez del tabaco, y dado que los intervalos entre un cigarrillo y otro eran la forma en que dividía actualmente sus días en bocados digeribles, tenía la sensación de que no había pasado más de un cuarto de hora entre el sandwich del almuerzo y la repentina e inoportuna aparición de Zachary.

El chico llevaba una sudadera con capucha y uno de esos pantalones estrechos de cintura baja que Katz había visto por primera vez en Londres.

—¿Qué piensas de los Tutsi Picnic? —preguntó—. ¿Te molan?

—No los conozco —respondió Katz.

—¡Imposible! No me lo creo.

—Pues sí, es verdad.

—¿Y qué me dices de los Flagrants? ¿No son una pasada? ¿Esa canción suya de treinta y siete minutos?

—No he tenido el placer.

—A ver —prosiguió Zachary, sin sucumbir al desaliento—, ¿y qué hay de esos grupos psicodélicos de Houston que grabaron con Pink Pillow a finales de los sesenta? Parte de su sonido me recuerda mucho a lo que hacías en tu primera etapa.

—Necesito el tablón que estás pisando —dijo Katz.

—He pensado que quizá alguno de éstos te hubiera influido. Concretamente Peshawar Rickshaw.

—¿Te importaría levantar el pie un segundo?

—Oye, ¿puedo hacerte otra pregunta?

—Y ahora esta sierra hará un poco de ruido.

—Sólo una pregunta más.

—De acuerdo.

—¿Esto forma parte de tu método musical? ¿Volver a trabajar en tu antiguo oficio?

—La verdad es que no me lo había planteado.

—Verás, es que me lo preguntan los amigos del instituto. Yo les he dicho que me parece que es parte de tu método. O sea, que a lo mejor estás entrando otra vez en contacto con el obrero porque necesitas reunir material para tu próximo disco.

—Hazme un favor —dijo Katz—, diles a tus amigos que les digan a sus padres que me llamen si quieren entarimar una terraza. Estoy dispuesto a trabajar en cualquier sitio por debajo de la calle Catorce y al oeste de Broadway.

—En serio, ¿lo haces por eso?

—La sierra es muy ruidosa.

—Vale, pero una pregunta más. Te juro que es la última. ¿Puedo entrevistarte?

Katz accionó brevemente la sierra.

—Por favor —insistió Zachary—. Hay una chica en mi clase que está como loca con *Lago sin nombre*. Me sería de gran ayuda, para conseguir que ella me haga caso, que pudiera grabar digitalmente una breve entrevista contigo y colgarla online.

Katz dejó la sierra y observó a Zachary con expresión seria.

—¿Tocas la guitarra y estás diciéndome que te cuesta despertar el interés de las chicas?

—Bueno, de ésta en particular, sí. Tiene unos gustos más bien convencionales. Ha sido una auténtica batalla.

—Y ella es justo la que necesitas, esa sin la que no puedes vivir.

—Más o menos.

—Y está en el último curso —dijo Katz sucumbiendo al viejo impulso calculador antes de poder disuadirse de hacerlo—. No se ha saltado ningún curso ni nada por el estilo.

—No que yo sepa.

—¿Se llama?

—Caitlyn.

—Tráela mañana después de clase.

—Pero no se creerá que estás aquí. Por eso quiero hacerte la entrevista, para demostrar que lo estás. Así querrá venir a conocerte.

A Katz le faltaban dos días para cumplir las ocho semanas de celibato. Durante las anteriores siete, abjurar del sexo le había parecido el complemento natural a mantenerse al margen de las drogas y el alcohol, como si las distintas formas de virtud se reforzaran entre sí. Hacía tan sólo cinco horas, echando una ojeada por la claraboya a la madre exhibicionista de Zachary, había experimentado un desinterés rayano en la ligera náusea. Pero de repente, con claridad adivinatoria, vio que se quedaría a un día del récord de las ocho semanas: se entregaría a la meticulosa adquisición de Caitlyn, y de paso borraría de su mente los incontables momentos de conciencia entre entonces y la noche del día siguiente imaginando el millón de rostros y cuerpos sutilmente distintos que quizá ella poseyera, y después ejercitando su maestría y gozando de los frutos de tal ejercicio; todo al servicio quizá meritorio de aplastar a Zachary y decepcionar a una admiradora de dieciocho años con gustos «convencionales». Se dio cuenta de que sencillamente había hecho una virtud de su falta de interés por el vicio.

—He aquí el trato —propuso—. Tú lo montas, piensas tus preguntitas, y yo bajo dentro de un par de horas. Pero necesito los resultados mañana. Necesito ver que esto no es sólo una de tus gilipolleces.

—Alucinante —dijo Zachary.

—Pero me has oído bien, ¿no? Ya no concedo entrevistas. Si hago una excepción, necesitamos resultados.

—Te juro que querrá venir. Seguro que querrá conocerte.

—Bien, pues vete a meditar sobre el enorme favor que te estoy haciendo. Bajaré a eso de las siete.

Había oscurecido. La nevada había quedado en un aguacero, y había comenzado la pesadilla nocturna del tráfico en el túnel de Holland. Todas las líneas de metro de la ciudad salvo dos, así como el indispensable tren PATH, convergían en un radio de trescientos metros en torno al punto donde Katz se hallaba. Aquel barrio seguía siendo el centro de confluencia del mundo. Allí estaba la cicatriz iluminada del World Trade Center, allí el oro atesorado en la Reserva Federal, allí la cárcel Tombs y la Bolsa y el ayuntamiento, allí Morgan

Stanley y American Express y los monolitos sin ventanas de Verizon, allí las conmovedoras vistas de la lejana Libertad con su piel de óxido verde al otro lado del puerto. Los burócratas, mujeres robustas y hombres fibrosos gracias a los cuales funcionaba la ciudad, abarrotaban Chambers Street con pequeños paraguas de vivos colores, camino de sus casas en Queens y Brooklyn. Por un momento, antes de encender sus luces de trabajo, Katz casi se sintió feliz, casi se reconoció a sí mismo otra vez; pero cuando recogió sus herramientas, al cabo de dos horas, era consciente de las distintas maneras en que ya detestaba a Caitlyn, y de lo cruel y extraño que era aquel universo que lo impulsaba a querer follarse a una tía porque la detestaba, y lo mal que acabaría ese episodio, como muchos otros antes, y de cómo se desperdiciaría así ese tiempo de abstinencia acumulado. Detestaba a Caitlyn aún más por ese desperdicio.

Y sin embargo era importante que Zachary fuera aplastado. Habían puesto a disposición del chico una sala de ensayo, un espacio cúbico revestido de espuma insonorizante, con más guitarras esparcidas por allí de las que Katz había tenido en treinta años. Ya entonces, en cuanto a pura técnica, a juzgar por lo que Katz había oído en sus idas y venidas, el chico era un solista más espectacular de lo que Katz lo había sido o lo sería en la vida. Pero lo mismo podía decirse de otros cien mil estudiantes de instituto en Estados Unidos. ¿Y qué? En lugar de frustrar las ambiciones rockeras que su padre depositaba en él dedicándose a la entomología o interesándose por los derivados financieros, Zachary imitaba diligentemente a Jimi Hendrix. En algún punto se había producido un fracaso de la imaginación.

El chico esperaba en su sala de ensayo con un portátil Apple y un listado de preguntas cuando Katz entró, moqueando y sintiendo dolor en las manos heladas por el contraste con el calor interior. Zachary le señaló la silla plegable en la que debía sentarse.

—He pensado —dijo— que podías empezar tocando una canción y quizá al final, cuando acabemos, tocar otra.

—No, por ahí no paso —respondió Katz.

—Una sola canción. Sería genial.

—Tú hazme tus preguntas, ¿vale? Esto y a es algo bastante humillante.

P: Vale, Richard Katz, han pasado ya tres años desde *Lago sin nombre*, y dos exactamente desde que Walnut Surprise fue nominado para un Grammy. ¿Puedes hablarme un poco de cómo ha cambiado tu vida desde entonces?

R: No puedo contestar a eso. Debes hacerme mejores preguntas.

P: Bueno, pues entonces, puedes hablarme un poco de tu decisión de volver a dedicarte a un trabajo manual. ¿Te sientes bloqueado artísticamente?

R: En serio, cambia de rollo.

P: Vale. ¿Qué opinas de la revolución del MP3?

R: Ah, revolución, vaya. Me encanta volver a oír la palabra «revolución».

Me encanta que ahora una canción cueste exactamente lo mismo que un paquete de chicle y dure exactamente el mismo tiempo hasta que pierde su sabor y tienes que gastarte otro pavo. Esos tiempos que por fin acabaron, no sé... ayer... ya me entiendes, esos tiempos en que fingíamos que el rock era el azote del conformismo y el consumismo, en lugar de su siervo ungido... a mí esos tiempos me resultaban de verdad irritantes. Me parece bueno para la honradez del rock and roll y bueno para el país en general que por fin veamos a Bob Dylan e Iggy Pop tal como fueron en realidad: como fabricantes de chicles de menta.

P: ¿Quieres decir entonces que el rock ha perdido su carácter subversivo?

R: Quiero decir que nunca ha tenido carácter subversivo. Siempre ha sido chicle de menta, y simplemente nos gustaba creer lo contrario.

P: ¿Y qué me dices de cuando Dylan se pasó a la guitarra eléctrica?

R: Si vas a hablar de historia antigua, remontémonos a la Revolución francesa. Acuérdate de cuando aquel... cómo se llamaba... aquel rockero que compuso la Marsellesa, Jean Jacques no sé cuántos... acuérdate de cuando su canción empezó a acaparar todo aquel tiempo en antena en 1792, y de pronto el campesinado se sublevó y derrocó a la aristocracia. Esa sí fue una canción que cambió el mundo. Descaro, eso es lo que les faltaba a los campesinos. Ya tenían todo lo demás: un estado de servidumbre humillante, una miseria absoluta, deudas impagables, condiciones laborales espantosas. Pero sin una canción, tío, todo eso se quedaba en nada. El estilo *sans-culotte* fue lo que de verdad cambió el mundo.

P: ¿Y cuál es el siguiente paso para Richard Katz?

R: Estoy implicándome en la política republicana.

P: Ja, ja.

R: En serio. La nominación para un Grammy fue un honor tan inesperado que considero un deber sacarle el máximo provecho en este año electoral crítico. Se me ha concedido la oportunidad de participar en la música pop convencional y fabricar chicles, y ayudar a convencer a los chicos de catorce años de que la imagen y la sensación creadas por los productos de Apple Computer indican el compromiso de Apple Computer para convertir el mundo en un lugar mejor. Porque convertir el mundo en un lugar mejor es guay, ¿no? Y Apple Computer debe de estar mucho más comprometida con un mundo mejor, porque los iPods son mucho más guays que otros reproductores MP3, y por eso son mucho más caros e incompatibles con el software de otras marcas, porque... bueno, la verdad es que no está muy claro por qué en un mundo mejor los productos más superguays deben dejar unos beneficios superescandalosos a un reducidísimo número de habitantes de dicho mundo mejor. Puede que éste sea uno de esos casos en que tienes que dar un paso atrás y observar las cosas con perspectiva y entender que llegar a tener tu propio iPod es en sí mismo lo que convierte el mundo en un lugar mejor. Y eso es lo que considero tan refrescante en el Partido

Republicano. Dejan en manos del individuo la decisión de cómo podría ser un mundo mejor. Es el partido de la libertad, ¿no? Por eso no me explico por qué esos moralistas cristianos intolerantes tienen tanta influencia en el partido. Esa gente es muy antielección. Algunos incluso se oponen al culto al dinero y los bienes materiales. Creo que el iPod es la verdadera cara de la política republicana, y yo soy partidario de que la industria de la música se ponga seriamente al frente de esto y sea más activa políticamente, y se levante orgullosa y diga en voz alta: a nosotros los del sector de la fabricación de chicle no nos interesa la justicia social, no nos interesa la información precisa y objetivamente comprobable, no nos interesa el trabajo con sentido, no nos interesa un conjunto coherente de ideales nacionales, no nos interesa la sabiduría. Nos interesa elegir lo que *nosotros* queremos escuchar y pasar de todo lo demás. Nos interesa ridiculizar a la gente que tiene la poca educación de no querer ser guay como nosotros. Nos interesa concedernos un capricho para sentirnos bien cada cinco minutos sin tener que pensar. Nos interesa la implacable explotación y aplicación de nuestros derechos de propiedad intelectual. Nos interesa convencer a los niños de diez años para que gasten veinticinco dólares en una fundita de silicona guay para el iPod, cuya fabricación le cuesta a la filial autorizada de Apple Computer treinta y nueve centavos.

P: Venga, en serio. En los Grammys del año pasado había un ambiente antibelicista muy fuerte. Muchos de los nominados hablaron muy claro. ¿Crees que los músicos de éxito tienen la responsabilidad de convertirse en modelos de conducta?

R: Yo yo yo, compra compra compra, fiesta fiesta fiesta. Quédate sentado en tu pequeño mundo, escuchando música, con los ojos cerrados. Lo que intento decir es que ya somos modelos de conducta republicanos perfectos.

P: Si eso es así, ¿por qué el año pasado en la entrega de premios había un censor para asegurarse de que nadie se pronunciara contra la guerra? ¿Estás diciendo que Sheryl Crow es republicana?

R: Eso espero. Se la ve tan buena persona que no me gustaría nada que fuera demócrata.

P: Se ha manifestado muy abiertamente contra la guerra.

R: ¿Crees que George Bush de verdad detesta a los gays? ¿Crees que el aborto le importa un carajo personalmente? ¿Crees que Dick Cheney se cree de verdad que Saddam Hussein tramó el 11-S? Sheryl Crow es una fabricante de chicle, y lo digo como fabricante de chicle desde hace muchos años. La persona a quien le preocupa lo que Sheryl Crow piense sobre la guerra de Iraq es la misma persona que va a comprar un reproductor MP3 escandalosamente caro porque lo promociona para su propio beneficio Bono Vox.

P: Pero en la sociedad también hay espacio para los líderes, ¿o no? ¿No era eso lo que intentaba reprimir el corporativismo americano en los Grammys?

¿Las voces de los líderes potenciales de un movimiento antibelicista?

R: ¿Quieres que el director general de la fábrica de chicles sea un líder en la lucha contra la caries? ¿Que use los mismos métodos publicitarios para vender goma de mascar y para decirle al mundo que la goma de mascar es perjudicial para ti? Sé que acabo de reírme de Bono, pero él tiene más integridad que todo el resto del mundo de la música junto. Si te haces rico vendiendo chicle, bien puedes dar un paso más y vender también iPods a un precio excesivo, y enriquecerte aún más, y luego emplear tu dinero y tu posición para tener acceso a la Casa Blanca e intentar hacer el bien de una manera práctica en África. En suma, sé un hombre, échale un par de huevos, admite que te gusta formar parte de la clase dominante, y que crees en la clase dominante, y que harás lo que haga falta para consolidar tu posición en ella.

P: ¿Estás diciendo que apoyaste la invasión de Iraq?

R: Lo que estoy diciendo es que si invadir Iraq hubiese sido una de esas cosas que una persona como yo apoyara, no habría ocurrido.

P: Volvamos por un momento a Richard Katz como persona.

R: No; apaguemos tu aparatito. Creo que ya hemos terminado.

—Ha sido genial—dijo Zachary, moviendo el puntero y pulsando el botón del ratón—. Ha sido perfecto. Voy a colgar esto ahora mismo y enviarle el link a Caitlyn.

—¿Tienes su dirección de correo?

—No, pero sé quién la tiene.

—Entonces ya os veré a los dos mañana después de clase.

Katz recorrió Church Street hacia el tren PATH envuelto en una nube de remordimientos post-entrevista que ya le era más que conocida. No le preocupaba haber sido ofensivo; ser ofensivo era lo suyo. Le preocupaba haber dado una imagen patética, haberse mostrado demasiado transparente, como un talento venido a menos cuyo único recurso era despellejar a los que eran mejores que él. Le desagradaba profundamente la persona que por desgracia era, como acababa de demostrar una vez más. Y ésta era, por supuesto, la definición más sencilla de la depresión que conocía: el profundo desagrado hacia uno mismo.

Ya de vuelta en Jersey City, pasó por el griego que le servía tres o cuatro cenas por semana, se marchó con una bolsa pesada y maloliente llena de pita y carnes de la peor calidad y subió la escalera a su apartamento, del que había estado ausente tanto tiempo en los últimos dos años y medio que parecía haberse vuelto contra él, no desear ya ser su casa. Todo esto lo habría cambiado un poco de coca —podría haberle devuelto al apartamento el barniz de cordialidad perdido—, pero sólo durante unas horas, o a lo sumo unos días, tras lo cual lo empeoraría todo aún más. La única habitación que aún le gustaba a medias era la cocina, cuya áspera iluminación fluorescente se ajustaba a su estado de ánimo.

Se sentó a su antigua mesa de tablero esmaltado y, para evadirse del sabor de la cena, leyó a Thomas Bernhard, su nuevo escritor preferido.

A sus espaldas, en la encimera abarrotada de platos sucios, sonó el teléfono fijo. En el identificador de llamadas ponía WALTER BERGLUND.

—Walter, mi conciencia —se dijo Katz—. ¿Por qué me asaltas ahora?

A su pesar, sintió la tentación de descolgar, porque últimamente se había dado cuenta de que echaba de menos a Walter, pero recordó, justo a tiempo, que fácilmente podría ser Patty llamándolo desde el teléfono de su casa. Por su experiencia con Molly Tremain, había aprendido que uno no debía intentar salvar a una mujer que se ahogaba a menos que estuviera dispuesto a ahogarse él mismo, y por tanto se había quedado en el muelle observando, inmóvil, mientras Patty agitaba los brazos y pedía socorro a gritos. Se sintiera como se sintiera Patty en esos momentos, él no tenía el menor interés en saberlo. La gran ventaja de alargar las giras de *Lago sin nombre* hasta la saciedad —hacia el final, era capaz de hilvanar largos pensamientos mientras tocaba, capaz de repasar las cuentas del grupo y contemplar la adquisición de nuevas drogas y experimentar remordimientos por su última entrevista sin perder el compás ni saltarse un verso — fue que así pudo despojar a las letras de todo sentido, distanciar permanentemente sus canciones del estado de tristeza (por Molly, por Patty) en el que las había compuesto. Llegó al punto de creer que las giras habían consumido la propia tristeza. Pero no tenía la menor intención de descolgar el teléfono.

Sí escuchó, no obstante, el buzón de voz.

«¿Richard? Soy Walter, Walter Berglund. No sé si estás ahí, probablemente ni siquiera estés en el país, pero me gustaría saber si hay alguna posibilidad de que andes por ahí mañana. Viajo a Nueva York por trabajo, y tengo una pequeña propuesta que hacerte. Perdóname por avisarte con tan poco tiempo. Más que nada quiero saludarte. Patty también te manda saludos. ¡Espero que estés bien!».

Para borrar este mensaje, pulse 3.

Hacía dos años que Katz no sabía nada de Walter. Al prolongarse el silencio, había empezado a pensar que Patty, en un momento de estupidez o angustia, le había confesado lo ocurrido en el lago Sin Nombre. Walter, con su feminismo, con su irritante doble moral invertida, se habría apresurado a perdonar a Patty y dejado que Katz cargara con toda la culpa de la traición. Eso era lo curioso en Walter: una y otra vez, las circunstancias se confabulaban para que Katz, quien por lo demás no temía a nadie, se sintiese empujado e intimidado por él. Renunciando a Patty, sacrificando su propio placer y decepcionándola brutalmente para preservar su matrimonio, había alcanzado por un momento el nivel de excelencia de Walter, y sin embargo, lo único que había conseguido a cambio de sus esfuerzos era envidiar a su amigo por la incuestionada posesión de su mujer. Había intentado fingir que hacía un favor a los Berglund

interrumpiendo toda comunicación con ellos, pero lo había hecho sobre todo para no enterarse de que eran felices y su matrimonio no corría peligro.

Katz no habría sabido decir el motivo exacto por el que Walter le importaba. Sin duda, parte de ello no era más que la prolongación accidental de unas condiciones preexistentes: un apego nacido a una edad en que uno es fácilmente influenciable, antes de fijarse del todo los contornos de la personalidad. Walter se había colado en su vida antes de que él cerrara la puerta al mundo de la gente normal y uniera su suerte a los inadaptados y marginados. Tampoco es que Walter fuera tan normal. Era a la vez irremediabilmente ingenuo y muy astuto, tenaz y bien informado. Y a eso se añadía la complicación de Patty, quien, pese a sus esfuerzos desde hacía tanto tiempo por fingir lo contrario, era aún menos normal que Walter, y se añadía también la complicación de que Katz no se sintiera menos atraído por Patty que Walter, y posiblemente se sintiera más atraído por Walter que Patty. Eso era a todas luces una situación rara. Con ningún hombre había experimentado la sensación de calor en la entrepierna que le producía ver a Walter después de una larga ausencia. Ese acaloramiento inguinal no guardaba mayor relación con el sexo real, no era más homo que las erecciones que tenía ante una primera esnifada deseada durante mucho tiempo, pero sin duda alguna existía allí algo profundamente químico. Algo que insistía en hacerse llamar amor. A Katz le había complacido ir viendo a los Berglund mientras la familia crecía, le había complacido saber de ellos, le había complacido saber que estaban allí, en el Medio Oeste, disfrutando de una buena vida en la que él podía dejarse caer cuando no se sentía del todo bien. Y de pronto, un día lo había echado a perder permitiéndose pasar una noche a solas en una casa de veraneo con una antigua jugadora de baloncesto experta en colarse por estrechos pasillos de oportunidad. Lo que había sido para Katz un mundo difusamente acogedor de amparo doméstico se había venido abajo de la noche a la mañana, en el microcosmos voraz y caliente del coño de Patty. Al que aún no podía creerse que hubiera tenido un acceso tan cruelmente fugaz.

«Patty también te manda saludos».

—Ya, y una mierda —dijo Katz mientras comía su pita con carne.

Pero en cuanto substituyó el apetito por un profundo malestar gástrico debido al medio elegido para satisfacerlo, le devolvió la llamada a Walter. Por suerte, contestó el propio Walter.

—Qué me cuentas —dijo Katz.

—¿Qué me cuentas tú? —replicó Walter con una amabilidad arrolladora—. Según parece, has estado por todas partes.

—Sí, *cantando al cuerpo eléctrico*. Unos tiempos de vértigo.

—*Bailando al son de la luz fantástica*.

—Exacto. En una celda de la cárcel del condado de Dade.

—Sí, y a lo leí. Pero ¿qué demonios hacías en Florida?

—Una tía sudamericana a la que confundí con un ser humano.

—Creía que formaba parte del asunto mismo de la fama —dijo Walter—. «La fama exige toda clase de excesos». Me acordé de que antes hablábamos de eso.

—Por suerte, eso ya lo he dejado atrás. Me he apeado del carro.

—¿Qué quieres decir?

—He vuelto al montaje de terrazas.

—¿Terrazas? ¿Estás de broma? ¡Eso es absurdo! Deberías estar por ahí destrozando habitaciones de hotel y grabando esas canciones tuyas en las que mandas a la mierda a todo el mundo, las más repelentes.

—Eso ya está muy visto, tío. Estoy haciendo lo único honroso que se me ocurre.

—Pero ¡qué desperdicio!

—Cuidado con lo que dices. Podrías ofenderme.

—En serio, Richard, tienes mucho talento. No puedes dejarlo sin más porque resulte que a la gente le gusta uno de tus discos.

—«Mucho talento». Eso es como decir que alguien es un genio jugando al tres en raya. Hablamos de música pop.

—¡Uy uy uy! —exclamó Walter—. No es eso lo que yo esperaba oír. Pensaba que estarías acabando un disco y preparándote para otra gira. Te habría llamado antes si hubiese sabido que te dedicabas a montar terrazas. No quería molestarte.

—Eso no deberías pensarlo nunca.

—Bueno, como no sabía nada de ti, daba por supuesto que andarías ocupado.

—Mea culpa —dijo Katz—. ¿Cómo os va? ¿Todo bien?

—Más o menos. Sabes que nos hemos ido a vivir a Washington, ¿no?

Katz cerró los ojos y fustigó a sus neuronas para generar un recuerdo de confirmación de eso.

—Sí —contestó—, creo que ya lo sabía.

—Bueno, resulta que las cosas se han complicado un poco. De hecho, por eso te llamo. Quiero proponerte algo. ¿Tienes un rato mañana por la tarde? ¿Tirando a primera hora?

—A primera hora no me viene bien. ¿Qué tal por la mañana?

Walter le explicó que al mediodía tenía una cita con Robert Kennedy Jr. y que debía volver a Washington por la noche para coger un vuelo a Texas el sábado por la mañana.

—Podríamos hablar por teléfono ahora —dijo—, pero mi ayudante tiene muchas ganas de conocerte. Sería ella con quien trabajarías. Preferiría no quitarle la primicia adelantándote algo ahora.

—Tu ayudante —repitió Katz.

—Lalitha. Es jovencísima y muy lista. Y además es vecina nuestra, vive en

el piso de arriba. Creo que te caerá muy bien.

A Katz no le pasaron inadvertidos la viveza y el entusiasmo en la voz de Walter, el amago de culpabilidad o emoción en las palabras «y además».

—Lalitha —repitió Katz—. ¿Qué nombre es ése?

—Indio. Bengali. Se crio en Missouri. Y además es muy guapa.

—Ya veo. ¿Y en qué consiste su propuesta?

—En salvar el planeta.

—Ya veo.

Katz sospechó que Walter estaba presentándole premeditadamente a esa Lalitha como cebo, y le irritó que lo considerara tan fácilmente manipulable. Así y todo —consciente de que Walter era un hombre que no calificaba de guapa a una mujer sin una buena razón—, se dejó manipular, se quedó intrigado.

—Déjame ver si puedo reorganizar mis asuntos de mañana por la tarde —contestó.

—Estupendo —dijo Walter.

Lo que tuviera que ser sería y lo que no, no. Katz sabía por experiencia que, por lo general, no iba mal hacer esperar a las tías. Llamó a White Street e informó a Zachary de que el encuentro con Caitlyn tendría que aplazarse.

Al día siguiente por la tarde, a las tres y cuarto, con sólo quince minutos de retraso, entró con paso enérgico en Walker's y vio a Walter y a la tía india en una mesa de un rincón, esperando. Antes siquiera de llegar a la mesa, supo que no tenía la menor posibilidad con ella. Existían dieciocho palabras del lenguaje corporal con las que las mujeres expresaban disponibilidad y sometimiento, y Lalitha dirigía a Walter por lo menos doce al mismo tiempo. Parecía la viva imagen de la expresión «se bebía sus palabras». Cuando Walter se levantó de la mesa para abrazar a Katz, la chica mantuvo la mirada fija en Walter; y en eso el universo sí había dado realmente un giro extraño. Nunca antes Katz había visto a Walter en modalidad galán, consiguiendo que una chica guapa volviera la cabeza. Vestía un buen traje oscuro y había adquirido cierta corpulencia propia de la mediana edad. Sus hombros presentaban mayor anchura, su pecho mayor prominencia.

—Richard, Lalitha —presentó.

—Encantada de conocerte —dijo Lalitha con un blando apretón de manos, sin añadir nada del estilo de que era un honor para ella o que se sentía muy emocionada, nada del estilo de que era una gran admiradora.

Katz se dejó caer en una silla sintiéndose sacudido de improviso por una toma de conciencia condenatoria: contrariamente a las mentiras que se había dicho a sí mismo, deseaba a las mujeres de Walter no a pesar de su amistad con él, sino a causa de ella. Durante dos años se había visto sistemáticamente agobiado por las declaraciones de admiración de las fans, y ahora, de pronto se sentía decepcionado por no oír esa forma de declaración de Lalitha, por la manera en

que ella miraba a Walter. Tenía la piel morena y su constitución era una compleja mezcla de redondez y gracilidad. Ojos redondos, cara redonda, pechos redondos; cuello y brazos gráciles y esbeltos. Un incuestionable notable alto que podía convertirse en sobresaliente bajo si la chica se aplicaba un poco para subir nota. Katz se deslizó los dedos entre el pelo, sacudiéndose el polvo de Trex. Su viejo amigo y enemigo lucía una radiante sonrisa por el puro placer de volver a verlo.

—¿Y bien?, ¿qué hay? —dijo Katz.

—En fin, muchas cosas —contestó Walter—. ¿Por dónde empezar?

—Un traje bonito, por cierto. Tienes buen aspecto.

—Ah, ¿te gusta? —Walter bajó la vista para mirarse—. Lalitha me obligó a comprarlo.

—Me he cansado de decirle que vestía de pena —aclaró la joven—. ¡Hacía diez años que no se compraba un traje!

Tenía un sutil acento subcontinental, martilleante, como de ir al grano, y hablaba de Walter como si fuera de su propiedad. Si su cuerpo no hubiese expresado tal ansiedad por complacer, Katz pensaría que éste ya se la había beneficiado.

—Tú también tienes buen aspecto —dijo Walter.

—Gracias por mentir.

—No; tienes buen aspecto, un poco al estilo Keith Richards.

—Ah, ahora sí eres sincero. Keith Richards parece un lobo disfrazado con el gorro de la abuela. Con esa cinta en la cabeza.

Walter consultó con Lalitha.

—¿Crees que Richard parece una abuela?

—No —contestó ella con una «O» redonda y tajante.

—Así que estás en Washington —comentó Katz.

—Sí, es una situación un tanto extraña —contestó Walter— Trabajo para un tal Vin Haven, que vive en Houston, un magnate del petróleo y el gas. El padre de su mujer era un republicano de la vieja escuela. Colaboró con la administración de Nixon, Ford y Reagan. Le dejó una mansión en Georgetown que apenas usaban. Cuando Vin montó la fundación, instaló las oficinas en la planta baja y nos vendió a Patty y a mí los dos pisos de arriba a un precio inferior al de mercado. El último piso incluye un pequeño apartamento para el servicio, que es donde vive Lalitha.

—Soy la tercera persona en Washington que más cerca vive de su lugar de trabajo —dijo Lalitha—. Walter lo tiene aún más cerca que el presidente. Todos compartimos la misma cocina.

—Entrañable cuadro —comentó Katz, lanzándole a Walter una mirada elocuente que éste no pareció captar—. ¿Y de qué va esa fundación?

—Creo que ya te lo expliqué la última vez que hablamos.

—En aquella época me drogaba tanto que tendrás que volver a contármelo todo al menos dos veces.

—Es la Fundación Monte Cerúleo —respondió Lalitha—. Propone un enfoque totalmente nuevo de la conservación ambiental. Fue idea de Walter.

—En realidad la idea fue de Vin, al menos inicialmente.

—Pero las ideas originales de verdad son todas de Walter —aseguró Lalitha.

Una camarera (nada del otro mundo, Katz ya la conocía y la había descartado) les tomó nota de los cafés, y Walter empezó a contar la historia de la Fundación Monte Cerúleo. Vin Haven, explicó, era un hombre muy poco corriente. Él y su mujer, Kiki, eran unos apasionados amantes de las aves que casualmente también eran amigos personales de George y Laura Bush y Dick y Lynne Cheney. Vin había acumulado una fortuna de nueve cifras a base de perder dinero provechosamente en pozos de petróleo y gas de Texas y Oklahoma. Rondaba ya cierta edad y, como no había tenido hijos con Kiki, había decidido pulirse más de la mitad de la pasta en la preservación de una sola especie de ave, la reinita cerúlea, que, precisó Walter, no sólo era una criatura hermosa, sino además el ave canora en más rápido declive en América del Norte.

—Es nuestro pájaro emblemático —dijo Lalitha, y sacó un folleto de su maletín.

A Katz la reinita de la portada se le antojó un ave anodina. Azulada, pequeña, sin inteligencia.

—Eso es un pájaro, no cabe duda —observó.

—Tú espera —dijo Lalitha—. La cuestión no es el pájaro. Es mucho más que eso. Espera y escucha la visión de Walter.

¡Visión! Katz empezaba a pensar que la verdadera intención de Walter al organizar ese encuentro se reducía a obligarlo a presenciar el hecho de que lo adoraba una chica de veinticinco años bastante guapa.

La reinita cerúlea, explicó Walter, se reproducía exclusivamente en los bosques caducifolios maduros de clima templado, y su principal bastión se hallaba en los Apalaches centrales. Existía una población especialmente saludable en el sur de Virginia Occidental, y Vin Haven, gracias a sus vínculos con la industria de la energía no renovable, había visto una oportunidad de asociarse a las compañías mineras del carbón a fin de crear una gran reserva privada permanente para la reinita y otras especies amenazadas que anidan en árboles caducifolios. Las compañías mineras tenían motivos para temer que la reinita pronto apareciese en la lista de animales amparados por la Ley de Especies en Peligro de Extinción, con efectos potencialmente nocivos para su libertad para talar bosques y volar montañas. Vin creía que era posible convencerlas de que ayudaran a la reinita, a fin de evitar la incorporación del ave a la lista de Especies Amenazadas y cosechar un poco de buena prensa, tan

necesaria, mientras se les permitía continuar con la extracción de carbón. Y así fue como Walter consiguió el empleo de director gerente de la fundación. En Minnesota, cuando trabajaba para Nature Conservancy, había fraguado una buena relación con los grupos de presión mineros, y era por consiguiente una persona anormalmente abierta al compromiso constructivo con el sector del carbón.

—El señor Haven entrevistó a media docena de candidatos antes que a Walter —explicó Lalitha—. Algunos se pusieron de pie y lo dejaron allí plantado en plena entrevista. ¡Así de estrechos de miras eran y tanto temían las críticas! Sólo Walter vio el potencial de la oferta para alguien dispuesto a asumir un gran riesgo y preocuparse menos por la opinión predominante.

Walter hizo una mueca al oír el cumplido, pero saltaba a la vista que lo había complacido.

—Todas esas personas tenían empleos mejores que el mío. Tenían más que perder.

—Pero ¿qué ecologista se preocupa más por salvar el empleo que por salvar tierras amenazadas?

—Pues, por desgracia, muchos. Tienen familia y responsabilidades.

—¡Y tú también!

—Acéptalo, tío, eres perfecto —dijo Katz, sin amabilidad. Aún albergaba la esperanza de constatar, cuando Lalitha se levantara para irse, que tenía el culo grande o los muslos gruesos.

Para ayudar a salvar a la reinita cerúlea, dijo Walter, la fundación aspiraba a crear una extensión de veinticinco mil hectáreas sin carreteras —en la práctica se las conocía como «las Veinticinco Mil de Haven»— en el condado de Wyoming, Virginia Occidental, rodeada de una «zona de contención» más amplia abierta a la caza y el ocio motorizado. Para poder pagar tanto los derechos de superficie como los derechos de minería de una única parcela de tales dimensiones, la fundación primero tendría que permitir la extracción de carbón en casi una tercera parte del terreno, por medio de la explotación a cielo abierto. Esa era la perspectiva que había ahuyentado a los otros candidatos. La explotación a cielo abierto tal como se practicaba en ese momento era ecológicamente deplorable: la capa rocosa de la cima de los montes se volaba con dinamita para dejar al descubierto las vetas de carbón subyacentes; los valles contiguos se convertían en escombreras; se destruían torrentes biológicamente ricos. Así y todo, Walter creía que un posterior esfuerzo de recuperación del terreno bien administrado podía mitigar los daños mucho más de lo que la gente imaginaba, y la gran ventaja de una tierra con los recursos mineros ya explotados era que nadie volvería a excavarla.

Katz empezaba a recordar que una de las cosas de Walter que había echado de menos era una buena discusión sobre ideas de verdad.

—Pero ¿no queremos dejar el carbón bajo tierra? —preguntó—. Creía que detestábamos el carbón.

—Eso es una discusión más larga que dejaremos para otro día —dijo Walter.

—Walter tiene una serie de propuestas excelentes y muy originales sobre los combustibles fósiles frente a la energía nuclear y eólica.

—Baste decir que somos realistas respecto al carbón —dijo Walter.

Lo entusiasmaba más aún, prosiguió, el dinero que la fundación inyectaba a manos llenas en Sudamérica, donde la reinita cerúlea, como tantas otras aves canoras de América del Norte, pasaba el invierno. Los bosques andinos estaban desapareciendo a un ritmo desastroso, y en los últimos dos años Walter había viajado mensualmente a Colombia para comprar extensos terrenos y coordinarse con las ONG locales que fomentaban el ecoturismo y ayudaban a los campesinos a sustituir sus estufas de leña por calefacción solar y eléctrica. Un dólar daba aún para mucho en el hemisferio sur, y la mitad sudamericana del Parque Panamericano de la Reinita ya estaba creada.

—El señor Haven no tenía previsto hacer nada en Sudamérica —dijo Lalitha—. Había descuidado por completo esa parte del asunto hasta que Walter le llamó la atención al respecto.

—Aparte de todo lo demás —intervino Walter—, pensé que quizá fundar un parque que abarcase dos continentes tendría una utilidad didáctica. Para dejar clara la idea de que todo está interrelacionado. Con el tiempo, esperamos patrocinar algunas reservas más pequeñas en la ruta migratoria de la reinita, en Texas y México.

—Me parece muy bien —dijo Katz con manifiesta apatía—. Buena idea.

—Muy buena idea —afinó Lalitha, sin apartar la mirada de Walter.

—La cuestión es —continuó éste— que la tierra sin edificar desaparece a tal ritmo que no tiene sentido esperar a que los gobiernos se ocupen de la conservación. El problema de los gobiernos es que los eligen mayorías a las que les importa un bledo la biodiversidad. Los multimillonarios, en cambio, sí suelen preocuparse por eso. Tienen un interés directo en evitar que el planeta se joda del todo, porque ellos y sus herederos serán los únicos con dinero suficiente para disfrutar del planeta. La razón por la que Vin Haven empezó a aplicar medidas conservacionistas en sus ranchos de Texas es que le gusta cazar las aves más grandes y contemplar las pequeñas. Un interés egoísta, desde luego, pero ahí sí tenemos todas las de ganar. A la hora de cerrar el hábitat para salvarlo del desarrollo urbanístico, resulta mucho más fácil convertir a un puñado de multimillonarios que educar al votante estadounidense, que está la mar de contento con su televisión por cable, su Xbox y su banda ancha.

—Además, tampoco te conviene tener a trescientos millones de americanos paseándose por tus espacios naturales —señaló Katz.

—Exacto. Dejarían de ser espacios naturales.

—O sea, que básicamente estás diciéndome que te has pasado al lado oscuro.

Walter se echó a reír.

—Así es.

—Tienes que conocer al señor Haven —le dijo Lalitha a Katz—. Es todo un personaje.

—Si es amigo de George y Dick, ya me lo has dicho todo.

—No, Richard, no —aseguró ella—. No te lo he dicho todo ni mucho menos.

Su encantadora pronunciación de la O de «no» incitaba a Katz a desear llevarle la contraria una y otra vez.

—Y ese tío es cazador —dijo—. Probablemente incluso salga de caza con Dick, ¿no?

—Pues mira, sí, de vez en cuando va de caza con Dick —confirmó Walter—. Pero los Haven se comen lo que matan, y administran sus tierras teniendo en cuenta la fauna. La caza no es el problema. Tampoco los Bush son el problema. Cuando Vin viene a la ciudad, va a la Casa Blanca a ver los partidos de los Longhorns, y en el descanso intenta ganarse a Laura. Ha conseguido despertar su interés por las aves marinas de Hawai. Creo que pronto veremos acción por ese lado. La conexión Bush por sí misma no es el problema.

—Y entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Katz.

Walter y Lalitha cruzaron miradas de inquietud.

—Verás, hay varios —respondió Walter—. El dinero es uno de ellos. Dada la cantidad que estamos inyectando en Sudamérica, habría sido una verdadera ayuda recibir financiación pública en Virginia Occidental. Y el asunto de la explotación a cielo abierto ha resultado muy espinoso y ha ido de mal en peor. Todos los grupos de base locales han demonizado la industria del carbón y en particular la ECA.

—Explotación a cielo abierto —explicó Lalitha.

—El *New York Times* da carta blanca a Bush y Cheney en cuanto a Iraq pero saca un puto editorial tras otro sobre la lacra de la ECA —dijo Walter—. Tanto a nivel estatal y federal como en el sector privado, nadie quiere meterse en un proyecto que implica sacrificar la cima de las montañas y desplazar a familias pobres de sus tierras ancestrales. No quieren ni oír hablar sobre la recuperación del bosque, no quieren ni oír hablar de empleos verdes sostenibles. El condado de Wyoming está muy, muy vacío: el número total de familias que padecerán el impacto directo de nuestro proyecto no llega a doscientas. Pero al final todo queda reducido a un enfrentamiento entre corporaciones malvadas y el indefenso hombre de a pie.

—Es todo estúpido y absurdo —intervino Lalitha—. Ni siquiera se prestan a escuchar a Walter. Tiene cosas muy positivas que decir acerca de la recuperación del suelo, pero en cuanto entramos en una sala, la gente se cierra en banda.

—Está la llamada Iniciativa de Repoblación Forestal para la Región de los Apalaches —dijo Walter—. ¿Te interesan mínimamente los detalles?

—Me interesa oír hablar del tema —respondió Katz.

—Verás, en pocas palabras, la mala fama de la ECA se debe a que la mayoría de los propietarios de los derechos de superficie no exigen después una recuperación del suelo como es debido. Antes de que una compañía minera pueda ejercer sus derechos de minería y excavar una montaña, tiene que depositar una fianza que no se le reembolsa hasta que devuelve la tierra en condiciones. Y el problema es que esos propietarios siempre se conforman con prados estériles, llanos, propensos al hundimiento, con la esperanza de que aparezca algún promotor inmobiliario y construya en ellos bloques de apartamentos de lujo, aunque estén en medio de la nada. El hecho es que se puede conseguir un bosque frondoso y biodiverso si la recuperación se lleva a cabo correctamente: utilizando algo más de un metro de mantillo y arenisca erosionada en lugar del medio metro habitual; procurando no compactarlo demasiado, y luego plantando la mezcla adecuada de especies de árbol de crecimiento rápido y lento en la época del año adecuada. Tenemos pruebas de que, de hecho, los bosques de este tipo son más adecuados para las reinitas que los bosques secundarios a los que sustituyen. Nuestro proyecto no se limita, pues, a la preservación de la reinita; pretende ser una manera de promocionar las cosas bien hechas. Pero la corriente dominante entre los ecologistas no quiere hablar de cosas bien hechas, porque si las cosas se hicieran bien, las compañías mineras ya no se verían tanto como el villano y la ECA resultaría más digerible desde el punto de vista político. Y por tanto nos fue imposible conseguir dinero de fuera, y la opinión pública se inclina en contra de nosotros.

—Pero el problema de actuar en solitario —dijo Lalitha— era que o bien nos conformábamos con un parque más pequeño, demasiado pequeño para convertirse en un bastión de la reinita, o bien hacíamos demasiadas concesiones a las compañías mineras.

—Que realmente son un tanto malvadas —apostilló Walter.

—Así que no podíamos poner muchos reparos al dinero del señor Haven.

—Por lo que parece, estás metidos a fondo en el tema —comentó Katz—. Si yo fuera multimillonario, sacaría el talonario ahora mismo.

—Pero hay cosas aún peores —dijo Lalitha con un extraño brillo en los ojos.

—¿Te aburrirnos ya? —preguntó Walter.

—Ni mucho menos. Sinceramente, ando un poco privado de estímulos intelectuales.

—Bueno, el problema es que, por desgracia, Vin tiene otras motivaciones, como se ha visto.

—Los ricos son como niños pequeños —dijo Lalitha—. Como niños pequeños, joder.

—Repite eso —saltó Katz.

—Repetir ¿qué?

—Joder. Me gusta cómo lo pronuncias.

Ella se sonrojó: el señor Katz le había hecho mella.

—Joder, joder, joder —dijo alegremente para él—. Antes yo trabajaba en Conservancy, y cuando celebrábamos la gala anual, los ricos estaban dispuestos a pagar veinte mil dólares por una mesa, pero sólo si recibían su bolsa de regalo al final de la velada. La bolsa de regalo contenía morralla donada por alguno de ellos. Pero si no recibían su bolsa de regalo, no donaban otros veinte mil al año siguiente.

—Necesito que me asegures que no mencionarás nada de esto a nadie —pidió Walter.

—Asegurado queda.

La Fundación Monte Cerúleo, prosiguió Walter, fue concebida en la primavera de 2001, cuando Vin Haven viajaba a Washington para participar en las actividades del famoso Grupo Operativo de la Energía, aquel cuya lista de invitados Dick Cheney aún pretendía ocultar, defendiéndose contra la Ley de Libertad de Información a costa de los dólares del contribuyente. Una noche, durante un cóctel, tras un largo día de operaciones en grupo, Vin habló con los presidentes de Nardone Energy y Blasco y los sondeó acerca del tema de la reinita cerúlea. En cuanto los convenció de que no les tomaba el pelo —de que para Vin la salvación de un ave vedada a la caza era un asunto muy serio—, alcanzaron un principio de acuerdo: Vin compraría una enorme extensión de tierra cuyo núcleo mineral sería extraíble por medio de la ECA, pero después se recuperaría y se dejaría en estado natural para siempre. Walter conocía este acuerdo cuando aceptó el empleo como director gerente de la fundación. Lo que no sabía entonces —y había descubierto hacía poco— era que el vicepresidente, esa misma semana de 2001, le había comentado en privado a Vin Haven que el presidente tenía la intención de llevar a cabo ciertos cambios en la normativa y en el código fiscal para que la extracción de gas natural fuese económicamente viable en los Apalaches. Ni que Vin había procedido a comprar derechos de explotación minera a gran escala no sólo en el condado de Wyoming, sino en otras varias zonas de Virginia Occidental que o bien no tenían carbón, o habían sido ya explotadas. Esas grandes adquisiciones de derechos en apariencia inútiles tal vez habrían disparado las alarmas, dijo Walter, si Vin no hubiese podido aducir que estaba salvaguardando posibles reservas naturales futuras para la fundación.

—En resumidas cuentas —añadió Lalitha—, nos estaba usando como tapadera.

—Sin perder de vista, claro está —dijo Walter—, que Vin es realmente un auténtico apasionado de las aves y hace cosas maravillosas por la reinita cerúlea.

—Sencillamente, él quería también su pequeña bolsa de regalos —aclaró

Lalitha.

—Su bolsa de regalos no tan pequeña, por lo que se ha visto —dijo Walter—. Casi toda esta información aún está fuera del alcance del radar, así que probablemente no hayas oído nada todavía, pero están a punto de perforar Virginia Occidental hasta cargársela. Miles y miles de hectáreas que todos suponíamos preservadas para siempre se encuentran ahora, mientras nosotros estamos aquí sentados, en vías de ser destruidas. Por lo que se refiere a la fragmentación y la alteración del hábitat, es tan grave como lo peor que haya hecho la industria del carbón. Si tienes los derechos de minería, puedes hacer lo que te salga de los huevos para ejercerlos, incluso en tierras públicas. Carreteras nuevas en todas partes, miles de torres de perforación, maquinaria ruidosa en funcionamiento las veinticuatro horas del día, luces cegadoras toda la noche.

—Y entretanto los derechos de minería de tu jefe pasan a ser de pronto mucho más valiosos —observó Katz.

—Exacto.

—¿Y ahora está vendiendo las tierras que teóricamente había comprado para vosotros?

—Parte de las tierras, sí.

—Increíble.

—Bueno, aun así, sigue gastándose un pastón. Y tomará medidas para mitigar el impacto de la perforación allí donde aún conserva los derechos. Pero se ha visto obligado a vender muchos derechos para cubrir grandes gastos que no habríamos tenido si la opinión pública nos hubiese respaldado. Conclusión: en realidad nunca tuvo la intención de invertir en la fundación tanto como yo pensaba en un principio.

—En otras palabras, te la han jugado.

—Sí, me la han jugado, un poco sí. De todos modos, el Parque de la Reinita sigue en marcha. Pero sí, me la han jugado. Y te ruego que no se lo comentes a nadie.

—Bueno, ¿y qué quiere decir todo esto? —preguntó Katz—. O sea, aparte de confirmar que, como yo pensaba, los amigos de Bush son mala gente.

—Quiere decir que Walter y yo nos hemos convertido en empleados desleales —dijo Lalitha con aquel peculiar brillo en la mirada.

—Desleales no —se apresuró a corregir Walter—. No digas desleales. No somos desleales.

—Es que sí somos bastante desleales, la verdad.

—También me gusta cómo dices «desleales» —señaló Katz.

—Seguimos apreciando mucho a Vin —aclaró Walter—. Vin es único en su especie. Es sólo que consideramos que, como no ha jugado del todo limpio con nosotros, no hay necesidad de que nosotros juguemos del todo limpio con él.

—Tenemos unos cuantos mapas y gráficos que enseñarte —dijo Lalitha,

revolviendo en su maletín.

El público de media tarde en el Walker's, los agentes de la comisaría situada a la vuelta de la esquina y los repartidores, empezaban a ocupar las mesas y sitiar la barra. Fuera, a la persistente luz de finales de invierno de una tarde de febrero, el tráfico de los túneles propio de un viernes colapsaba las calles. En un universo paralelo, con los difusos contornos de la irrealidad, Katz seguía en la terraza de White Street, coqueteando resueltamente con la núbil Caitlyn. Ahora le parecía que la chica apenas merecía la molestia. Aunque su preocupación por la naturaleza era muy relativa, Katz no podía dejar de envidiar a Walter por plantarles cara a los compinches de Bush e intentar ganarles en su propio juego. En comparación con fabricar chicles o construir terrazas para gente despreciable, aquello sí parecía interesante.

—Para empezar —explicó Walter—, acepté el empleo porque no podía dormir por las noches. No podía soportar lo que estaba pasando en el país. Clinton había hecho menos que nada por el medio ambiente. Resultado neto negativo. La única preocupación de Clinton era que todo el mundo bailara al son de Fleetwood Mac. *¿No dejes de pensar en el mañana?* Hay que joderse. Pensar en el mañana fue precisamente lo que no hizo en su política medioambiental. Y luego Gore fue demasiado blandengue para enarbolar su bandera verde y demasiado buena persona para jugar sucio en Florida. Me sentía más o menos bien cuando no salía de Saint Paul, pero tenía que viajar por todo el estado para Conservancy, y cada vez que cruzaba el término municipal era como si me echaran ácido a la cara. No sólo por las explotaciones agrícolas industriales, sino que todo era expansión urbanística, y más expansión, y más expansión; y el desarrollo urbanístico de baja densidad es lo peor que hay. Y todoterrenos por todas partes, motonieves por todas partes, motos acuáticas por todas partes, quads por todas partes, jardines de ocho mil metros cuadrados por todas partes. Esos malditos jardines verdes anegados de productos químicos monoespecíficos.

—Aquí tienes los mapas —dijo Lalitha.

—Sí, éstos muestran la fragmentación —explicó Walter, entregándole a Katz dos mapas plastificados—. Éste es el hábitat natural en 1900; éste, el hábitat natural en 2000.

—Son los efectos de la prosperidad —dijo Katz.

—Pero el desarrollo urbanístico se ha llevado a cabo de una manera muy estúpida —precisó Walter—. Aún quedaria tierra de sobra para que sobrevivan otras especies si no estuviera todo tan fragmentado.

—Bonita fantasía, lo admito —dijo Katz.

En retrospectiva, supuso que era inevitable que su amigo se hubiera convertido en una de esas personas que llevaba material gráfico plastificado de aquí para allá. Pero aún lo sorprendía que en los últimos dos años Walter se hubiera convertido en semejante cascarrabias.

—Eso era lo que me quitaba el sueño por la noche —continuó Walter—: esa fragmentación. Porque vemos el mismo problema en todas partes. Pasa en internet, o en la televisión por cable: nunca hay un centro, nunca hay acuerdo comunitario; sólo hay un billón de pequeñas fracciones de ruido que nos distrae. Nunca podemos sentarnos a mantener una conversación sin interrupciones; todo es basura de tercera y urbanismo de mierda. Todo lo real, todo lo auténtico, todo lo honrado, está extinguiéndose. Intelectual y culturalmente, no hacemos más que rebotar de un sitio a otro como bolas de billar lanzadas al azar, reaccionando ante los últimos estímulos producidos al azar.

—En internet hay porno que no está nada mal —comentó Katz. O eso dicen.

—En Minnesota no conseguía llevar a cabo un trabajo sistemático. Nos limitábamos a reunir fragmentos de belleza inconexos. En Norteamérica anidan aproximadamente seiscientas especies de ave, y tal vez un tercio sufre los efectos devastadores de la fragmentación. La idea de Vin consistía en que si doscientas personas muy ricas elegían una especie cada una e intentaban poner freno a la fragmentación de sus bastiones, tal vez lograríamos salvarlas a todas.

—La reinita cerúlea es un pajarito muy selectivo —terció Lalitha.

—Anida en las copas de los árboles de bosques caducifolios maduros —explicó Walter—. Y después, en cuanto las crías pueden volar, la familia, en busca de seguridad, se traslada al monte bajo. Pero todos los bosques originales se talaron para obtener madera y carbón, y los bosques secundarios no cuentan con la clase de monte bajo adecuado y están todos fragmentados por carreteras y granjas y terreno parcelado y yacimientos carboníferos, lo que deja a la reinita a merced de los gatos, los mapaches y los cuervos.

—Y así, sin que nos demos cuenta, desaparece la reinita cerúlea —concluyó Lalitha.

—Eso sí es tremendo —dijo Katz—. Aunque no es más que un pájaro.

—Toda especie tiene el derecho inalienable a seguir existiendo —declaró Walter.

—Ya. Claro. Sólo intento ver a qué viene todo esto. No recuerdo que te preocuparan tanto los pájaros cuando estábamos en la universidad. Por entonces, si la memoria no me engaña, el problema era más bien la superpoblación y los límites del crecimiento.

Walter y Lalitha cruzaron otra mirada.

—Precisamente con eso queremos que nos ayudes: con la superpoblación —dijo ella.

Katz se echó a reír.

—A ese respecto ya hago todo lo que está en mis manos.

Walter hojeaba unos gráficos plastificados.

—Empecé a buscar la raíz del problema —dijo—, porque seguía sin poder dormir. ¿Te acuerdas de Aristóteles y las distintas clases de causa? ¿La eficiente y

la formal y la final? Verás, la depredación de nidos por parte de los cuervos y los gatos salvajes es una causa eficiente del declive de la reinita. Y la fragmentación del hábitat es una causa formal de eso mismo. Pero ¿cuál es la causa final? La causa final es el origen de prácticamente todos nuestros males. La causa final es el exceso de gente en el planeta. Esto se ve sobre todo cuando vamos a Sudamérica. Sí, el consumo per cápita está aumentando. Sí, los chinos están chupando ilegalmente los recursos de esa zona. Pero el verdadero problema es la presión demográfica. Seis niños por familia frente al uno coma cinco. La gente se desespera para dar de comer a los hijos que el Papa, en su infinita sabiduría, les obliga a tener, y entonces se carga el medio ambiente.

—Deberías venir con nosotros a Sudamérica —dijo Lalitha—. Vas por esas carreteritas, y te envuelven esos humos de escape espantosos de los motores de mala calidad y la gasolina demasiado barata; las laderas de las montañas están todas deforestadas, y las familias tienen todas ocho o diez hijos... Es penoso. Deberías venir con nosotros alguna vez y comprobar si te gusta lo que ves allí. Porque ésa es la película que vas a ver aquí dentro de nada.

Una chiflada, pensó Katz. Una chiflada muy sexy.

Walter le entregó un gráfico de barras plastificado.

—Sólo en Estados Unidos —dijo—, la población va a crecer un cincuenta por ciento en las próximas cuatro décadas. Piensa en lo saturadas que están ya las zonas residenciales de las afueras, piensa en el tráfico y la expansión urbanística y la degradación del medio ambiente y la dependencia del petróleo extranjero. Y a eso súmale el cincuenta por ciento. Y eso sólo en Estados Unidos, que teóricamente es capaz de mantener a una población mayor. Y luego piensa en las emisiones de carbono globales, y en el genocidio y la hambruna en África, y las clases marginadas radicalizadas sin porvenir en el mundo árabe, y la sobreexplotación pesquera de los océanos, los asentamientos ilegales de Israel, la ocupación del Tibet, los cien millones de pobres en el Paquistán nuclear: no hay casi ningún problema en el mundo que no se pueda resolver, o paliar enormemente al menos, reduciendo la población. Y sin embargo —le dio a Katz otro gráfico— en 2050 tendremos otros tres mil millones de personas. En otras palabras, se producirá un aumento equivalente a toda la población mundial que existía en los tiempos en que tú y yo echábamos unas monedas a las huchas de la UNICEF en las colectas. Toda pequeña acción que llevemos a cabo ahora para tratar de salvar un poco de naturaleza y preservar cierta forma de calidad de vida se verá desbordada por las puras cifras, porque la gente puede cambiar de hábitos de consumo (eso lleva tiempo y esfuerzo, pero es posible), pero si la población sigue creciendo, nada de lo que hagamos servirá. Y sin embargo nadie habla de ese problema en público. Es la política del avestruz, y va a ser nuestra perdición.

—Esto ya me suena más —dijo Katz—. Recuerdo alguna que otra

conversación bastante larga.

—En la universidad ése era un tema que desde luego me preocupaba. Pero después, en fin, yo mismo me dediqué a la reproducción.

Katz enarcó las cejas. La «reproducción» era un término interesante para referirse a esposa e hijos propios.

—A mi manera —continuó Walter—, formé parte, supongo, de una nueva tendencia cultural más amplia que surgió en los ochenta y noventa. La superpoblación sin duda formó parte del diálogo público en los setenta, con Paul Ehrlich y el Club de Roma y Crecimiento Demográfico Cero. Y de pronto desapareció. Se convirtió en algo sencillamente inmencionable. En parte se debió a la Revolución Verde; es decir, seguía habiendo muchas hambrunas, pero ya no apocalípticas. Y luego el control demográfico pasó a tener mala fama desde el punto de vista político. La China totalitaria con su mandato de hijo único, Indira Gandhi con las esterilizaciones forzosas, el movimiento estadounidense Crecimiento Demográfico Cero presentado como xenófobo y racista. Los progresistas se asustaron y callaron. Incluso se asustó el Sierra Club. Y a los conservadores, por supuesto, ya de entrada nunca les importó una mierda, porque toda su ideología se reduce al interés egoísta a corto plazo y al designio divino y demás. Y por lo tanto el problema se convirtió en un cáncer que sabes que crece dentro de ti, pero decides que es mejor no pensar en él.

—¿Y eso qué tiene que ver con vuestra reinita cerúlea?

—Tiene mucho que ver —respondió Lalitha.

—Como he dicho —intervino Walter—, hemos decidido tomarnos ciertas libertades a la hora de interpretar la misión de la fundación, que es asegurar la supervivencia de la reinita. Seguimos buscando la raíz del problema, seguimos buscándola. Y llegamos a la conclusión de que, en cuanto a causa final o primer motor inmóvil, ahora, en 2004, hablar de invertir el crecimiento demográfico se ha convertido en un tema totalmente envenenado, un tema nada guay.

—Y entonces yo le pregunto a Walter —recordó Lalitha—: ¿quién es la persona más enrollada que conoces?

Katz se echó a reír y negó con la cabeza.

—Ah, no. No, no, no.

—Escúchame, Richard —dijo Walter—. Ganaron los conservadores. Convertieron a los demócratas en un partido de centroderecha. Pusieron al país entero a cantar «Dios bendiga América» en todos los partidos de béisbol de primera división, haciendo especial hincapié en «Dios». Joder, ganaron en todos los frentes, pero ganaron sobre todo en el plano cultural, y en especial en lo referente a los niños. En 1970 preocuparse por el futuro del planeta y no tener hijos era de enrollados. Ahora todo el mundo, la derecha y la izquierda, coincide en lo maravilloso que es tener muchos niños. Cuantos más, mejor. Kate Winslet está embarazada, hurra hurra. Una tarada de Iowa acaba de tener octillizos,

hurra hurra. La conversación sobre la estupidez de tener un todoterreno se interrumpe en el acto cuando la gente dice que lo compra para proteger a sus preciosos niños.

—Un niño muerto no es una imagen muy bonita —comentó Katz—. O sea, se supone que no estáis defendiendo el infanticidio.

—Claro que no —respondió Walter—. Sólo queremos que la gente se avergüence más de tener hijos. Como se avergüenza de fumar. Como se avergüenza de la obesidad. Como se avergonzaría de conducir un Escalade si no fuera por el argumento de los críos. Como debería avergonzarse de vivir en una casa de cuatrocientos metros cuadrados en una parcela de ocho mil.

—«Hazo si no puedes evitarlo —dijo Lalitha—, pero no esperes que te feliciten». —Ese es el mensaje que debemos difundir.

Katz fijó la mirada en sus ojos de chiflada.

—Tú no quieres tener hijos.

—No —contestó ella sin apartar la vista.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Veintisiete.

—Puede que cambies de idea dentro de cinco años. El temporizador del horno suena a eso de los treinta. Al menos ésa es mi experiencia con las mujeres.

—No será mi caso —replicó ella y, para mayor énfasis, abrió aún más los ojos, ya de por sí muy redondos.

—Los niños son una maravilla —dijo Walter—. Los niños siempre han dado sentido a la vida. Te enamoras, te reproduces, y luego tus hijos crecen, se enamoran y se reproducen. Precisamente ésa ha sido siempre la finalidad de la vida. El embarazo. Más vida. Pero ahora el problema es que más vida sigue siendo algo maravilloso y lleno de sentido en el plano individual, pero para el mundo en su totalidad sólo significa más muerte. Y no una muerte agradable, además. Nos hallamos ante la pérdida de la mitad de las especies del mundo en los próximos cien años. Nos enfrentamos a la mayor extinción masiva desde al menos el cretácico terciario. Primero conseguiremos la total eliminación de los ecosistemas del mundo, luego la muerte por inanición y/o enfermedad y/o matanzas en masa. Lo que sigue siendo «normal» en el plano individual es horrendo y no tiene precedentes en el plano global.

—Es como el problema de los mininos —dijo Lalitha.

—Los mini ¿qué?

—Los gatos —aclaró—. Todo el mundo adora a su gatito y lo deja corretear libremente. Es un solo gato: ¿a cuántos pájaros puede matar? Pues bien, cada año mueren asesinados en Estados Unidos mil millones de aves canoras en las garras de gatos domésticos y salvajes. Es una de las principales causas del declive de las aves canoras en América del Norte. Pero a nadie le importa una mierda porque cada persona adora a su gatito en particular.

—Nadie quiere pensar en eso —dijo Walter—. Lo único que quiere todo el mundo es una vida normal.

—Queremos que nos ayudes a conseguir que la gente piense en eso —explicó Lalitha—: en la superpoblación. No tenemos recursos para dedicarnos a la planificación familiar y la educación de la mujer en el extranjero. Somos un grupo conservacionista concentrado en una especie. ¿Qué podemos hacer, pues, para influir? ¿Cómo podemos hacer para que los gobiernos y las ONG quintupliquen su inversión en el control de la natalidad?

Katz le sonrió a Walter.

—¿Le has contado que tú y yo ya hemos pasado por esto? ¿Le has hablado de las canciones que querías que yo escribiera?

—No. Pero ¿te acuerdas de lo que decías? Decías que a nadie le importaban tus canciones porque no eras famoso.

—Hemos buscado tu nombre en Google —dijo Lalitha—. Sale una lista impresionante de músicos conocidos que dicen que os admiran a ti y a los Traumatic.

—Los Traumatic están muertos, encanto. Walnut Surprise también.

—Pues he aquí la propuesta —planteó Walter—: sea cuanto sea el dinero que ganes construyendo terrazas, lo multiplicaremos varias veces durante el tiempo que trabajes para nosotros, sea cuanto sea. Hemos pensado en una especie de festival veraniego de música y política, tal vez en Virginia Occidental, con varias figuras de primera, todas muy enrolladas, para fomentar la conciencia en torno a las cuestiones demográficas. Todo dirigido exclusivamente a los jóvenes.

—Estamos dispuestos a ofrecer a universitarios de todo el país la posibilidad de trabajar con nosotros en verano como estudiantes en prácticas —explicó Lalitha—. También en Canadá y latinoamérica. Podemos financiar a veinte o treinta estudiantes en prácticas con los fondos discrecionales de Walter. La cuestión es que antes tenemos que presentar esa opción de trabajo como algo muy guay. Como lo que los chicos muy enrollados harán este verano.

—Vin me da carta blanca en cuanto a la gestión de los fondos discrecionales —dijo Walter—. Mientras mencione a la reinita cerúlea en las publicaciones, puedo hacer lo que me dé la gana.

—Pero hay que actuar deprisa —aclaró Lalitha—. Los chicos ya están pensando qué harán este verano. Tenemos que acceder a ellos en las próximas semanas.

—Necesitaríamos tu nombre y tu imagen como mínimo —dijo Walter—. Si pudieras hacer un vídeo para nosotros, tanto mejor. Si pudieras escribir unas canciones para nosotros, mejor aún. Si pudieras telefonear a Jeff Tweedy, y a Ben Gibbard, y a Jack White, y encontrar gente dispuesta a trabajar en el festival sin cobrar, o a patrocinarlo comercialmente, sería lo ideal.

—También sería fantástico poder decirles a los posibles estudiantes en

prácticas que trabajarán directamente contigo —añadió Lalitha.

—Incluso la promesa de un mínimo contacto con ellos sería extraordinaria —apuntó Walter.

—Si pudiéramos poner en el póster «Colabora con la leyenda del rock Richard Katz en Washington este verano» o algo por el estilo —dijo Lalitha.

—Necesitamos presentarlo como algo guay, y necesitamos que se vuelva viral —precisó Walter.

Mientras sobrellevaba este bombardeo, Katz se sentía triste y distante. Walter y la chica parecían haberse desquiciado bajo la presión de pensar con demasiado detalle en lo jodido que estaba el mundo. Se había adueñado de ambos una idea y se habían inculcado mutuamente la fe en ella. A fuerza de soplar habían creado una burbuja que al final se había desprendido de la realidad y se los había llevado consigo. Al parecer, no eran conscientes de que moraban en un mundo con una población de dos habitantes.

—No sé qué decir —dijo Katz.

—¡Di que sí! —exclamó Lalitha con aquel brillo en la mirada.

—Estaré en Houston un par de días —informó Walter—, pero te enviaré unos cuantos links y podemos hablar otra vez el martes.

—O di que sí ahora —insistió Lalitha.

La ilusionada expectación de los dos era como una bombilla de un resplandor insoportable. Katz volvió la cabeza para eludirla y dijo:

—Lo pensaré.

Mientras se despedía de la chica en la acera, delante del Walker's, Katz comprobó que no se advertía nada objetable en la mitad inferior de su cuerpo, pero ahora eso ya daba igual, y no hizo más que aumentar su tristeza por Walter. La chica se iba a Brooklyn a ver a una amiga suya de la universidad. Como a Katz también le iba bien coger el PATH en Penn Station, acompañó a Walter hacia Canal Street. Por delante, en la creciente penumbra del crepúsculo, veían las ventanas amigablemente iluminadas de la isla más superpoblada del mundo.

—Dios mío, me encanta Nueva York —dijo Walter—. Hay algo profundamente negativo en Washington.

—Aquí también hay muchas cosas negativas —afirmó Katz, y se apartó para dejar pasar a una veloz mamá haciendo footing en tándem con su cochecito de bebé.

—Pero al menos éste es un sitio real. Washington es pura abstracción. Allí todo gira en torno al acceso al poder, y punto. Quiero decir que seguro que es divertido tener por vecino a Seinfeld, o Tom Wolfe, o Mike Bloomberg, pero la vida en Nueva York no gira en torno a tener vecinos como éstos. En Washington, la gente habla literalmente de la distancia en metros que hay entre su casa y la de John Kerry. Los barrios son de lo más insípidos; la proximidad al poder es lo único que excita a sus habitantes. Es una cultura totalmente fetichista. A la gente

le entra una especie de temblor orgásmico cuando te cuenta que se ha sentado al lado de Paul Wolfowitz en una conferencia o ha recibido una invitación al desayuno de Grover Norquist. Todo el mundo vive obsesionado las veinticuatro horas del día, tratando de buscar su espacio en relación con el poder. Incluso en el entorno de los negros hay algo que no funciona. Ser un negro pobre es por fuerza más desalentador en Washington que en cualquier otra parte del país. Allí ni siquiera das miedo. No eres más que factor añadido.

—Te recuerdo que Bad Brains e Ian MacKaye salieron de Washington.

—Sí, eso fue un extraño accidente de la historia.

—Y sin embargo los admiramos en nuestra juventud.

—¡Dios, me encanta el metro de Nueva York! —exclamó Walter mientras seguía a Katz por el andén único de los trenes que iban hacia la parte alta de Manhattan—. Así es como se supone que deben vivir los seres humanos. ¡Alta densidad! ¡Alto rendimiento! —Lanzó una mirada benévola a los cansinos pasajeros del metro.

A Katz le pasó por la cabeza preguntarle por Patty, pero no se atrevió a pronunciar su nombre.

—¿Y esa tía está soltera o qué? —preguntó.

—¿Quién? ¿Lalitha? No. Tiene el mismo novio desde la universidad.

—¿Él también vive con vosotros?

—No, vive en Nashville. Estudió Medicina en Baltimore, y ahora está haciendo la especialidad.

—Y sin embargo ella se quedó en Washington.

—Es que se ha implicado mucho en este proyecto —explicó Walter—. Y para serte sincero, sospecho que no tardará en darle el pasaporte al novio. Es un indio chapado a la antigua. No veas el número que montó cuando ella se negó a marcharse a Nashville con él.

—¿Tú qué le aconsejaste?

—Le insistí en que se hiciera valer. Él habría podido encontrar una plaza en Washington si se lo hubiera propuesto. Le dije que no tenía que sacrificarlo todo por la carrera de él. Lalitha y yo tenemos una especie de relación padre-hija. Sus padres son muy conservadores. Creo que Lalitha agradece trabajar para alguien que cree en ella y no la ve sólo como la futura esposa de alguien.

—Y para dejar las cosas claras entre tú y yo —dijo Katz—, ¿te has dado cuenta de que está enamorada de ti?

Walter se ruborizó.

—No lo sé. Quizá un poco. En realidad creo que es una idealización intelectual. Más bien una relación padre-hija.

—Ya, tú sigue soñando. ¿Esperas que me crea que no has imaginado esos ojos mirándote radiantes mientras su cabeza oscila sobre tu regazo?

—Por Dios, no. Procuero no imaginar cosas así, y menos tratándose de una

empleada.

—Pero tal vez no siempre lo consigas.

Walter miró alrededor para ver si alguien en el andén los oía y bajó la voz.

—Aparte de todo lo demás —dijo—, creo que hay algo objetivamente degradante en que una mujer se ponga de rodillas.

—¿Por qué no lo pruebas alguna vez y dejas que eso lo juzgue ella?

—Porque, verás, Richard —respondió Walter, aún ruborizado, pero también dejando escapar una risita desagradable—, da la casualidad de que pienso que las mujeres tienen circuitos diferentes que los hombres.

—¿Y qué ha sido de la igualdad entre sexos? Si no recuerdo mal, era lo que predicabas antes.

—Sólo pienso que si tú tuvieras una hija, serías un poco más comprensivo con el bando femenino.

—Acabas de mencionar la principal razón por la que no quiero tener una hija.

—Pues si la tuvieras, quizá te permitirías reconocer el hecho no muy difícil de reconocer de que las mujeres muy jóvenes pueden no distinguir entre su deseo y su admiración y su amor por una persona, sin entender...

—Sin entender ¿qué?

—Que para el hombre son sólo un objeto. Que a lo mejor el hombre sólo quiere que una mujer más joven y bonita le, ya sabes, le, ya sabes... —bajó la voz casi a un susurro— le chupe la polla. Que quizá el único interés del hombre sea ése.

—Lo siento, pero no cuadra —dijo Katz—. ¿Qué tiene de malo que te admiren? No cuadra en absoluto.

—De verdad que no quiero hablar del tema.

Llegó un tren A, y subieron entre la multitud. Casi de inmediato, Katz advirtió que a un universitario, de pie junto a las puertas del lado opuesto, se le iluminaba la mirada al reconocerlo. Él agachó la cabeza y se volvió, pero el chico tuvo la osadía de tocarle el hombro.

—¿Puedo hacerle una pregunta, si no es molestia? —dijo—. Usted es el músico, ¿no? Usted es Richard Katz.

—No sabes hasta qué punto es una molestia —contestó Katz.

—No es mi intención importunarlo. Sólo quería decirle lo mucho que me gusta su trabajo.

—Vale, tío, gracias —dijo Katz con la mirada fija en el suelo.

—Sobre todo las canciones más antiguas, que justo ahora empiezo a escuchar. ¿*Esplendor reaccionario*? Joder, qué pasada. Las tengo aquí, en mi iPod. Mire, ahora se lo enseño.

—Vale, vale. Te creo.

—Ah, sí, claro. Perdona si lo he importunado. Es sólo que soy un gran admirador tuyo.

—Nada, no te preocupes.

Walter permanecía atento a este intercambio con una expresión facial tan antigua como las fiestas universitarias a las que él, en un ejercicio de masoquismo, había asistido en compañía de Katz; una expresión de asombro, orgullo, afecto y rabia y la soledad del invisible, nada de lo cual era del agrado de Katz, ni en la universidad ni menos aún ahora.

—Debe de ser muy raro ser tú —comentó Walter cuando se apearon en la calle Treinta y cuatro.

—No tengo otra manera de ser con la que compararla.

—Pero debe de ser maravilloso. Me cuesta creer que no lo disfrutes al menos a cierto nivel.

Katz se planteó la pregunta con franqueza.

—Se trata más bien de una situación en la que no me gustaría nada la ausencia de la cosa, pero la cosa en sí tampoco me gusta.

—Pues yo creo que a mí sí me gustaría.

—Yo también lo creo.

Como no podía otorgarle a Walter el don de la fama, Katz lo acompañó hasta el panel de salidas de Amtrak, que anunciaba un retraso de cuarenta y cinco minutos para el Acela con rumbo al sur.

—Tengo una gran fe en los trenes —dijo Walter—. Y siempre acabo pagando el precio.

—Esperaré contigo.

—No hace falta, no hace falta.

—No; te invito a una Coca-Cola. ¿O te has dado a la bebida en Washington?

—Qué va, sigo siendo abstemio. Una palabra estúpida.

Para Katz, el retraso del tren era señal de que estaban condenados a sacar el tema de Patty. Pero cuando él lo sacó, en el bar de la estación, al irritante son de una canción de Alanis Morissette, a los ojos de Walter asomó una expresión severa y distante. Tomó aliento como para hablar, pero no dijo nada.

—Debe de resultaros un poco raro —instó Katz—, eso de tener a la chica en el piso de arriba y la oficina en el de abajo.

—No sé qué decirte, Richard. La verdad es que no sé qué decirte.

—¿Os va bien? ¿Patty está haciendo algo interesante?

—Trabaja en un gimnasio de Georgetown. ¿Eso se considera interesante? —Walter negó con la cabeza con semblante lúgubre—. Hace mucho tiempo que vivo con una persona deprimida. No sé por qué es tan infeliz, no sé por qué no es capaz de superarlo. Hubo una breve etapa, más o menos cuando nos trasladamos a Washington, en que se la veía mejor. Había ido a una psicoterapeuta en Saint Paul que la inició en una especie de proyecto de escritura. Una especie de historia personal o diario de su vida que llevaba muy calladita y en secreto. Mientras trabajaba en eso, las cosas no fueron tan mal. Pero durante los dos

últimos años todo ha ido fatal. La idea era que ella buscara un empleo en cuanto llegáramos a Washington y empezara una especie de segunda carrera, pero a su edad, y sin aptitudes valoradas en el mercado laboral, eso es un poco difícil. Es muy lista y muy orgullosa, y no soportaba verse rechazada ni empezar por el nivel más bajo. Intentó hacer trabajo de voluntariado, por ejemplo, actividades deportivas para escolares en colegios de Washington, pero eso tampoco le fue bien. Al final, la convencí de que probara un antidepresivo, que la habría ayudado, creo, si no hubiese abandonado el tratamiento, pero no le gustaba cómo se sentía, y la verdad es que estuvo bastante inaguantable mientras lo tomó. Le provocó un cambio de personalidad, se convirtió en una mujer llena de manías, y lo dejó antes de que le ajustaran bien el cóctel. Y al final, el otoño pasado, poco más o menos la obligué a ponerse a trabajar. No por mí, que gano un sueldazo, y Jessica ya ha acabado la universidad, y Joey ya no depende de mí. Pero me di cuenta de que Patty tenía tanto tiempo libre que eso la estaba matando. Y el empleo que eligió fue en la recepción de un gimnasio. Bueno, es un gimnasio de lo más agradable; allí va uno de los miembros de mi consejo de dirección, y al menos uno de mis principales donantes. Y allí la tienes, allí tienes a mi mujer, que es una de las personas más listas que conozco, pasando por el escáner los carnets de los socios y deseándoles una buena sesión. Además, ha desarrollado una auténtica adicción al ejercicio. Entrena una hora al día, como mínimo: está estupenda. Y llega a casa a las once con comida preparada, y si estoy en Washington, cenamos juntos y me pregunta cómo es que todavía no me acuesto con mi ayudante. Un poco como lo que tú acabas de hacer, sólo que no de manera tan clara. Ni tan directa.

—Perdona. Ni se me habría ocurrido.

—¿Cómo ibas a imaginarlo? ¿A quién iba a pasárselo por la cabeza? Siempre le digo lo mismo, que yo la quiero a ella, que yo la deseo a ella, y entonces cambiamos de tema. Por ejemplo, desde hace dos o tres semanas (más que nada para sacarme de quicio, creo) habla de operarse las tetas. Y a mí me entran ganas de llorar, Richard. En serio, está perfecta. Al menos lo está por fuera. Es un delirio absoluto. Pero ella dice que morirá pronto y piensa que sería interesante, antes de morir, ver qué se siente teniendo el pecho un poco grande. Dice que eso le daría un objetivo para ahorrar dinero ahora que... —Moviò la cabeza con gesto de desesperación.

—Ahora que qué.

—Nada. Antes hacía con su dinero otra cosa que yo no veía nada bien.

—¿Está enferma? ¿Tiene algún problema de salud?

—No. Físicamente no. Cuando habla de morir pronto, creo que quiere decir en los próximos cuarenta años. Igual que vamos a morir pronto todos.

—Lo siento mucho, tío. No tenía ni idea.

Bajo los Levi's negros de Katz, una baliza de navegación, un transmisor

aletargado desde hacía tiempo y enterrado por una civilización más evolucionada, cobraba vida con un chisporroteo. Cuando debería sentir culpabilidad, se le estaba empujando. Ay la clarividencia de la polla: adivinaba el futuro al vuelo, mientras el cerebro, rezagado, tenía que encontrar la ruta necesaria desde el presente soterrado hasta el desenlace predestinado. Katz comprendió que en realidad Patty, en el aparentemente azaroso deambular por la vida que Walter acababa de describirle, había estado dibujando señales a pisotones intencionadamente en un maizal, transmitiendo un mensaje ilegible para Walter a nivel del suelo pero diáfano para Katz desde el aire a gran altura. NO SE HA ACABADO, NO SE HA ACABADO. Los paralelismos entre la vida de él y la de ella eran desde luego casi espeluznantes: un breve período de productividad creativa, seguido de un cambio importante que terminó siendo una decepción y un desastre, seguido de las drogas y la desesperación, seguidas de un trabajo sin sentido. Katz había dado por supuesto que su problema era sencillamente que el éxito lo había echado a perder, pero también era verdad, cayó en la cuenta, que sus peores años como compositor habían coincidido exactamente con sus años de distanciamiento de los Berglund. Y sí, había pensado más bien poco en Patty en los últimos dos años, pero ahora sentía, bajo el pantalón, que eso era sobre todo porque había dado por supuesto que lo suyo se había acabado.

—¿Cómo se llevan Patty y la chica?

—No se hablan —respondió Walter.

—O sea, no son íntimas.

—No; quiero decir que literalmente no se hablan. Cada una sabe cuándo suele estar la otra en la cocina. Hacen todo lo posible por evitarse mutuamente.

—¿Y quién empezó?

—No quiero hablar de eso.

—Vale.

Por los altavoces del bar de la estación sonaba *That's What I Like About You*. A Katz le pareció la banda sonora perfecta para el letrero de neón de Bud Light, las pantallas de falso cristal emplomado de las lámparas, el mobiliario barato de duradero poliuretano con la mugre incrustada por el paso de tanto viajero de cercanías. Aún estaba razonablemente a salvo de oír una de sus canciones en un sitio como aquél, pero sabía que ése era un peligro eludido sólo por una cuestión de cantidad, no de calidad.

—Patty ha decidido que no le cae bien nadie de menos de treinta años —dijo Walter—. Se ha creado un prejuicio contra toda una generación. Y siendo como es, se pone muy graciosa cuando habla del tema. Pero la cosa ha llegado a un límite bastante maligno y descontrolado.

—Mientras que tú, por lo visto, le has cogido apego a la generación más joven —comentó Katz.

—Para demostrar la falsedad de una ley general basta con encontrar un ejemplo contrario. Tengo al menos dos muestras excelentes en Jessica y Lalitha.

—Pero ¿no en Joey?

—Y si hay dos —prosiguió Walter como si no hubiera oído el nombre de su hijo—, por fuerza tiene que haber más. Ésa es la premisa para lo que pretendo hacer este verano: confiar en que los jóvenes aún tienen cerebro y conciencia social, y después darles algo en lo que trabajar.

—¿Sabes? Tú y yo somos muy distintos —señaló Katz—. A mí no me van las visiones. A mí no me va la fe. Y pierdo la paciencia con los chavales. Recuerdas eso de mí, ¿no?

—Lo que recuerdo es que a menudo te equivocas respecto a ti mismo. Me parece que crees en muchas más cosas de las que admites. Te has convertido en un músico de culto por tu integridad.

—La integridad es un valor neutro. Las hienas también tienen integridad. Son pura hiena.

—Y entonces, ¿qué? ¿No debería haberte llamado? —preguntó Walter con un temblor en la voz—. Una parte de mí no quería molestarte, pero Lalitha me convenció.

—No; has hecho bien en llamarme. Ha pasado demasiado tiempo.

—Creía, me parece, que ya no estábamos a tu nivel o algo así. Es decir, sé que no soy una persona enrollada. Pensaba que ya no querías saber nada de nosotros.

—Lo siento, tío. Es sólo que estaba muy ocupado.

Pero Walter empezaba a alterarse, como si estuviera al borde del llanto.

—Casi parecía que te avergonzabas de mí. Cosa que entiendo, pero que sigue sin parecerme bien. Yo creía que éramos amigos.

—He dicho que lo siento —repitió Katz. Lo indignaba tanto la emoción de Walter como la ironía o la injusticia de que necesitara pedir disculpas, y encima dos veces, por haber intentado hacerle un favor. Por lo general, él seguía la política de no disculparse nunca.

—No sé qué esperaba —prosiguió Walter—. Pero quizá cierto reconocimiento por el hecho de que Patty y yo te ayudamos. De que compusiste todas esas canciones en casa de mi madre. De que éramos tus más viejos amigos. No voy a darle muchas vueltas a eso, pero quiero aclarar las cosas y hacerte saber cómo me he sentido, para no tener que sentirme así nunca más.

Aquel hervor de indignación en la sangre de Katz y las adivinaciones de su polla formaban parte de lo mismo. Ahora voy a hacerte un favor de otra clase, viejo amigo, pensó. Vamos a acabar un asunto inacabado, y la chica y tú me daréis las gracias por ello.

—Es bueno aclarar las cosas —dijo.

El país de las mujeres

A lo largo de su infancia y adolescencia en Saint Paul, Joey Berglund había recibido incontables garantías de que estaba destinado a tener suerte en la vida. Tal como los *halfbach* fuera de serie hablan de una gran carrera a campo abierto, esa sensación de recortar y zigzaguear a toda velocidad a través de una defensa que se mueve a cámara lenta, con todo el terreno de juego plenamente visible y asimilable en el acto, como un videojuego a nivel de principiante, así era como había percibido cada faceta de su vida durante sus primeros dieciocho años. El mundo había sido pródigo con él, y él había aceptado gustosamente sus dádivas. Llegó a Charlottesville para empezar su primer curso con la indumentaria y el corte de pelo idóneos y le asignaron el compañero de habitación perfecto, un chico de NoVa (como llamaban allí a las zonas residenciales de Washington en territorio de Virginia). Durante dos semanas y media, la universidad le pareció una prolongación del mundo que había conocido hasta entonces, sólo que mejor. Tan convencido estaba de eso —tan por sentado lo daba— que la mañana del 11 de Septiembre llegó al extremo de dejar a su compañero, Jonathan, en la habitación, pendiente de los incendios del World Trade Center y del Pentágono, mientras él se iba corriendo a su clase de Economía 201. Sólo cuando entró en la inmensa aula y la encontró casi vacía, comprendió que se había producido un fallo muy grave en el sistema.

Por más que lo intentó, durante las semanas y los meses posteriores fue incapaz de recordar en qué pensaba mientras cruzaba el campus semidesierto. No era nada propio de él estar tan en la inopia, y la profunda mortificación que experimentó entonces, en la escalinata del edificio de Química, se convirtió en el germen de su resentimiento intensamente personal por los atentados terroristas. Más tarde, cuando sus problemas fueron en aumento, tendría la impresión de que su mismísima buena suerte, que la infancia le había enseñado a considerar un derecho de nacimiento, se había truncado a causa de un golpe de mala suerte de magnitud superior, tan perverso que ni siquiera parecía real. A partir de ese momento esperó que su perversidad, su fraudulencia, quedarán al descubierto y que el mundo se enderezara, para que él pudiese disfrutar de la experiencia universitaria que tenía prevista. Como esto no ocurrió, se apoderó de él una rabia cuyo objetivo específico se resistía a mostrarse con nitidez. En retrospectiva, el

culpable casi parecía Ben Laden, pero no lo era exactamente. El culpable era algo más profundo, algo no político, algo estructuralmente malévol, como un bache en una acera con el que tropiezas y caes de bruces mientras das un paseo inocente.

De pronto, en los días posteriores al 11-S, Joey lo encontraba todo sumamente estúpido. Era una estupidez celebrar una « vigilia de preocupación » sin ninguna razón práctica concebible; era una estupidez que la gente no dejara de ver una y otra vez las mismas imágenes de la catástrofe; era una estupidez que los chicos de la fraternidad Chi Phi colgaran una pancarta de « apoyo » en su edificio; era una estupidez que se hubiera anulado el partido de fútbol contra la Universidad de Pensilvania; era una estupidez que los chicos se marcharan del recinto para estar con sus familias (y era una estupidez que en Virginia todo el mundo dijera « recinto » en lugar de « campus »). Los cuatro chicos progresistas de la planta de Joey en la residencia universitaria sostenían interminables discusiones estúpidas con los veinte chicos conservadores, como si a alguien le importara lo que pudiera opinar un puñado de chavales de dieciocho años sobre Oriente Medio. Se armó un revuelo estúpidamente grande por los estudiantes que habían perdido parientes o amigos de la familia en los atentados como si las otras formas de muerte horrible que se producían continuamente en el mundo no importaran tanto; se oyeron elogios estúpidos cuando una furgoneta llena de estudiantes de los últimos cursos partió solemnemente hacia Nueva York para unir sus fuerzas a las de quienes trabajaban en la Zona Cero, como si en Nueva York no hubiera ya gente de sobra para eso. Lo único que Joey deseaba era que la vida normal regresara cuanto antes. Se sentía como si su viejo discman se hubiera dado un golpe contra una pared y, con la sacudida, el láser hubiera saltado de una pista que escuchaba con placer a otra que no reconocía ni le gustaba, y para colmo le fuera imposible apagarlo. Al cabo de no mucho tiempo, se sentía tan solo y aislado y ávido de circunstancias familiares que cometió el error más bien grave de darle permiso a Connie Monaghan para subirse a un autobús de la Greyhound y visitarlo en Charlottesville, echando por tierra los esfuerzos de todo un verano preparando el terreno para la inevitable ruptura.

A lo largo de ese verano, Joey se había afanado por inculcar en Connie la importancia de no verse durante al menos nueve meses con el objetivo de poner a prueba sus sentimientos mutuos. La idea era desarrollar identidades independientes y después comprobar si esas identidades independientes seguían formando buena pareja, pero para Joey eso era una « prueba » en igual medida que un experimento de química en el instituto era « investigación ». Connie acabaría quedándose en Minnesota mientras él estudiaba Empresariales y conocía a chicas más exóticas y evolucionadas y bien relacionadas. O eso había imaginado antes del 11-S.

Tomó la precaución de programar la visita de Connie para unos días en que

Jonathan se iba a su casa, en No Va, para una festividad judía. Ella pasó todo el fin de semana acampada en la cama de Joey, con su bolsa de viaje a un lado en el suelo para guardar las cosas en cuanto ya no las necesitara, un intento de minimizar las huellas de su paso por allí. Mientras Joey acometía la tarea de leer a Platón para una clase del lunes por la mañana, ella examinó los rostros del anuario de Joey de primero y se rio de los que tenían expresiones raras o nombres desafortunados. Bailey Hodsworth, Crampton Ott, Taylor Tuttle. Según la fiable contabilidad de Joey, hicieron el amor ocho veces en cuarenta horas, y se colocaron repetidamente con la maría de cultivo hidropónico que ella había llevado. Cuando llegó el momento de acompañarla a la estación de autobuses, él le cargó un montón de canciones nuevas en el reproductor MP3 para las agotadoras veinte horas del viaje de vuelta a Minnesota. La triste realidad era que se sentía responsable de ella, sabía que aun así era necesario que rompieran, y no se le ocurría cómo hacerlo.

En la estación de autobuses, él sacó a relucir el tema de los estudios, que ella había prometido continuar y sin embargo, por alguna razón, con su obstinación característica, sin ninguna explicación, no lo había hecho.

—Debes empezar las clases en enero —dijo Joey—. Empezar en Inver Hills y luego quizá ir a la universidad el año que viene.

—Vale —contestó ella.

—Eres muy lista —afirmó él—. No vas a ser camarera toda la vida.

—Vale. —Desvió la mirada con cara de desolación hacia la cola que se formaba junto a su autobús—. Lo haré por ti.

—No por mí. Por ti. Como prometiste.

Ella negó con la cabeza.

—Tú lo que quieres es que me olvide de ti.

—No es verdad, no es verdad ni mucho menos —se defendió Joey, aunque era verdad en gran medida.

—Estudiaré —aseguró ella—. Pero no por eso me olvidaré de ti. No me olvidaré de ti por nada.

—Ya —dijo él—. De todos modos, necesitamos averiguar quiénes somos. Los dos necesitamos madurar un poco.

—Yo ya sé quién soy.

—Pero quizá te equivocas. Quizá aún necesitas...

—No —lo atajó ella—. No me equivoco. Yo sólo quiero estar contigo. Eso es lo único que quiero en la vida. Eres la mejor persona del mundo. Tú puedes conseguir lo que quieras, y yo estaré a tu lado. Serás dueño de muchas empresas y yo trabajaré para ti. O puedes presentarte para presidente, y yo trabajaré en la campaña. Haré las cosas que nadie quiera hacer. Si necesitas que al guien viole la ley, yo lo haré por ti. Si quieres hijos, yo los criaré por ti.

Joey era consciente de que necesitaba un alto grado de lucidez para contestar

a esa declaración en extremo alarmante, pero por desgracia seguía un poco colocado.

—Te diré lo que quiero que hagas —dijo—. Quiero que vayas a la universidad. Me explico —cometió la insensatez de añadir—: si, por ejemplo, trabajaras para mí, tendrías que saber de todo un poco.

—Por eso he dicho que estudiaré por ti —aclaró Connie—. ¿Es que no me escuchabas?

Joey empezaba a comprender, como no lo había comprendido en Saint Paul, que el precio de las cosas no siempre era evidente a primera vista: que podía tener aún por delante el grueso de los intereses por sus placeres durante los años de instituto.

—Mejor será que nos pongamos en la cola —sugirió—. Si quieres encontrar un buen asiento.

—Vale.

—Además —dijo Joey—, creo que deberíamos dejar pasar al menos una semana sin llamarnos. Es necesario que volvamos a ser más disciplinados.

—Vale —dijo ella, y se encaminó obedientemente hacia el autobús.

Joey la siguió con la bolsa de viaje. Al menos no tenía por qué preocuparse por la posibilidad de que ella le montara un número. Nunca lo había puesto en situaciones comprometidas, nunca había insistido en pasear por la calle cogidos de la mano, nunca había sido de las que se pegaban como una lapa, hacían mohines o lanzaban reproches. Se guardaba todo el ardor para cuando estaban solos, en eso era una especialista. Cuando las puertas del autobús se abrieron, clavó en él una mirada abrasadora y luego le entregó su bolsa de viaje al conductor y subió. No se anduvo con las típicas tonterías propias de las despedidas: todos esos aspavientos desde el otro lado de la ventanilla o el lanzamiento de besos. Se puso los auriculares y, repantigándose, se perdió de vista.

Tampoco se anduvo con tonterías en las semanas posteriores. Obediente, se abstuvo de llamarlo, y mientras se desencadenaba la fiebre nacional y el otoño avanzaba en los montes Blue Ridge, acompañado de una luz trigueña y de penetrantes aromas de césped tibio y de hojas que cambiaban de color, Joey asistió a derrotas aplastantes de los Cavaliers, el equipo de fútbol de la universidad, y frecuentó el gimnasio y ganó bastantes kilos a base de cerveza. En su vida social, tendió a acercarse a los compañeros de residencia de familias prósperas que creían que la solución al mundo islámico era el bombardeo por saturación hasta que esa gente aprendiera a comportarse. Él personalmente no era de extrema derecha, pero se sentía a gusto con quienes sí lo eran. Arrasar Afganistán no era exactamente lo que le pedía su sensación de dislocación, pero sí se aproximaba lo suficiente para proporcionarle cierta satisfacción.

Sólo se sentía aislado cuando, en las reuniones, se había consumido suficiente

cerveza como para que la conversación empezara a girar en torno al sexo. Lo suyo con Connie era demasiado intenso y extraño —demasiado sincero, demasiado enturbiado por el amor— para emplear como moneda de cambio en los alardes. Despreciaba a la vez que envidiaba a sus compañeros de residencia por su fanfarronería colectiva, sus confesiones porno de lo que deseaban hacer con las chicas más selectas del anuario o supuestamente habían hecho, en casos aislados, estando como cubas, y al parecer sin arrepentimiento ni consecuencia alguna, a diversas chicas, también como cubas, de sus antiguas academias e institutos. Los anhelos de sus compañeros de residencia aún se centraban en gran medida en la mamada, cosa que sólo Joey, por lo visto, consideraba poco más que una paja, un pasatiempo para el aparcamiento a la hora del almuerzo.

La masturbación en sí era una disipación degradante cuya utilidad no obstante aprendía a valorar a medida que intentaba desprenderse de las faldas de Connie. Su lugar preferido para buscar alivio era el lavabo de minusválidos de la biblioteca de Ciencias, en cuyo mostrador de reservas ganaba 7,65 dólares por hora por leer libros de texto y el *Wall Street Journal* y, de vez en cuando, ir a buscar libros para los empollones de Ciencias. Conseguir un empleo en el mostrador de reservas que podía combinar con los estudios le había parecido una confirmación más de que estaba destinado a tener suerte en la vida. Lo asombraba que la biblioteca conservara aún material impreso de tal rareza y generalizado interés que tuviese que guardarse en pilas aparte y no pudiese sacarse del edificio. Era inevitable que en cuestión de años se digitalizase todo. Muchos de los textos de uso restringido estaban escritos en lenguas extranjeras antes populares e ilustrados con suntuosas láminas en color; los alemanes del siglo XIX habían sido catalogadores del conocimiento humano especialmente aplicados. Incluso se podía dignificar la masturbación, un poco, empleando un atlas de anatomía sexual alemán con un siglo de antigüedad a modo de material auxiliar. Sabía que tarde o temprano tendría que romper su silencio con Connie, pero al final de la jornada, después de utilizar los grifos con mango alargado del lavabo de minusválidos para enjuagarse los gametos y fluidos prostáticos de las manos, decidía arriesgarse a esperar un día más, hasta que por fin, una tarde, a última hora, en el mostrador de reservas, justo el mismo día en que comprendió que probablemente había esperado un día más de la cuenta, recibió una llamada de la madre de Connie.

—Carol —saludó afablemente—. Hola.

—Hola, Joey. Supongo que sabrás por qué te llamo.

—No, la verdad.

—Pues porque casi le has roto el corazón a nuestra amiguita, por eso.

Con un súbito nudo en el estómago, Joey retrocedió a la intimidad de las pilas de libros.

—Pensaba llamarla esta noche —le dijo a Carol.

—Esta noche. Ya. Pensabas llamarla esta noche.

—Sí.

—¿Por qué será que no te creo?

—No lo sé.

—Pues se ha ido a la cama, así que mejor que no la hayas llamado. Se ha ido a la cama sin cenar. Se ha ido a la cama a las siete.

—Menos mal que no he llamado.

—Esto no tiene gracia, Joey. Está muy deprimida. Le has provocado una depresión y debes dejarte de tonterías. ¿Lo entiendes? Mi hija no es un perro que puedes atar a un parquímetro y olvidarte de él.

—Quizá deberías conseguirle un antidepresivo.

—No es tu animal de compañía que puedes dejar en el asiento trasero y encima con las ventanas subidas —dijo Carol, recreándose en su metáfora—. Formamos parte de tu vida, Joey. Creo que merecemos algo más que lo que estás dándonos, que es nada. Éste ha sido un otoño aterrador para todos los afectados, y tú has estado ausente.

—Oye, tengo clases a las que asistir y otros temas.

—Ya, demasiado ocupado para una llamada de cinco minutos. Después de tres semanas y media de silencio.

—De verdad que pensaba llamarla esta noche.

—No hablemos más de Connie —dijo Carol—. Dejemos a Connie a un lado por un momento. Tú y yo hemos vivido juntos como una familia durante casi dos años. Nunca pensé que me oiría decir esto, pero empiezo a hacerme una idea de lo que le hiciste pasar a tu madre. En serio. Hasta este otoño no me había dado cuenta de lo frío que eres.

Joey dirigió al techo una sonrisa de pura opresión. Siempre había percibido algo un tanto anormal en su relación con Carol, Ella era lo que los chicos preuniversitarios de su residencia y los hermanos de la fraternidad que lo evaluaban como aspirante a miembro tendían a llamar MQMF (Madre Que Me Follaría). Aunque en general dormía bien, alguna noche, durante su estancia en casa de la familia Monaghan, se había despertado con premoniciones extrañas acerca de sí mismo: como el intruso inconsciente y horrorizado en la cama de su hermana, por ejemplo, o como la persona que por accidente disparaba un clavo a la frente de Blake con la pistola de clavos de Blake, o, lo más extraño, como la enorme grúa en un importante astillero de los Grandes Lagos, levantando mediante su miembro horizontal pesados contenedores de la cubierta de un buque nodriza y, con un balanceo, depositándolos suavemente en una gabarra más plana y pequeña. Estas visiones tendían a producirse momentos después de una conexión poco apropiada con Carol: la imagen de su culo desnudo por el resquicio de la puerta casi cerrada del dormitorio de ella y Blake; el guiño de complicidad que le dirigía a Joey después de un eructo de Blake en la mesa; el

prolongado y explícito razonamiento que le ofreció (ilustrado con gráficas anécdotas de su descuidada juventud) cuando decidió que Connie tomara anticonceptivos. Como Connie, por naturaleza, era incapaz de disgustarse con Joey, había recaído en su madre la labor de dejar constancia de su descontento. Carol era el órgano locuaz de Connie, su defensora sin pelos en la lengua, y Joey, a veces, las noches de los fines de semana en que Blake salía con sus amigos, se sentía el elemento central de lo que era casi un trío, recitando Carol sin parar todo aquello que Connie se callaba, haciendo Connie después en silencio con Joey todo aquello que Carol no podía hacer, y despertándose Joey sobresaltado a altas horas de la madrugada con la sensación de hallarse atrapado en algo no del todo correcto. MQMF.

—¿Y qué se supone que debo hacer?—preguntó.

—Bueno, para empezar, quiero que seas un novio más responsable.

—No soy su novio. Estamos en un paréntesis.

—¿Qué paréntesis? ¿Qué significa eso?

—Significa que estamos experimentando cómo nos sentimos al pasar un tiempo separados.

—Eso no es lo que dice Connie. Connie dice que quieres que estudie para que pueda aprender tareas de administración y ser ayudante tuya en tus proyectos.

—Oye, Carol. Cuando dije eso estaba colocado. Dije por error lo que no debía mientras estaba colocado con la potentísima hierba que compra Connie.

—¿Crees que no sé que fuma? ¿Crees que Blake y yo no tenemos olfato? No estás diciéndome nada que no sepa. Chivándote, lo único que consigues es quedar como un mal novio.

—La cuestión es que dije lo que no debía. Y no he tenido ocasión de rectificar, porque acordamos no hablar durante un tiempo.

—¿Y quién es el responsable de eso? Sabes que para ella eres como un dios. Como un dios textualmente, Joey. Le dices que contenga la respiración, y la contendrá hasta desmayarse. Le dices que se siente en un rincón, y se quedará sentada en un rincón hasta caerse redonda de hambre.

—Ya, ¿y quién tiene la culpa de eso?—preguntó Joey.

—Tú.

—No, Carol. La tienes tú. Tú eres su madre. Es en tu casa donde vive. Yo sólo estuve de paso.

—Sí, y ahora sigues tu camino, sin asumir la responsabilidad. Después de haber estado prácticamente casado con ella. Después de formar parte de nuestra familia.

—Alto ahí. Alto ahí. Carol, estoy en primer año de carrera. ¿Lo entiendes? Lo raro es el hecho mismo de que tengamos esta conversación.

—Lo que entiendo es que cuando yo era un año mayor que tú ahora, tuve una hija y no me quedó más remedio que abrirme paso sola en la vida.

—¿Y cómo te ha ido?

—No muy mal, la verdad. No pensaba decírtelo, porque aún es pronto, pero ya que me lo preguntas, Blake y yo vamos a tener otro hijo. Nuestra pequeña familia está a punto de crecer un poco.

Joey tardó un momento en asimilar que estaba anunciándole su embarazo.

—Oye —dijo—. Aún estoy en el trabajo. O sea, enhorabuena y todo eso. Pero en este preciso momento estoy ocupado.

—Ocupado. Ya.

—Te prometo que la llamaré mañana por la tarde.

—No, perdona pero eso no bastará —respondió Carol— Tienes que venir cuanto antes y pasar un tiempo con ella.

—No es posible.

—Entonces ven una semana en Acción de Gracias. Celebraremos un agradable día de Acción de Gracias en familia, los cuatro. Así ella tendrá algo con que ilusionarse y tú podrás ver con tus propios ojos lo deprimida que está.

Joey había planeado pasar esas fiestas en Washington con su compañero de habitación, Jonathan, cuya hermana mayor, estudiante de tercero en Duke, o era engañosamente fotogénica o era alguien a quien valía la pena conocer en persona. La hermana se llamaba Jenna, y a Joey su nombre lo llevaba a evocar a las gemelas Bush y todas las juergas y la moral relajada que acompañaban al apellido Bush.

—No tengo dinero para el vuelo —pretextó.

—Puedes venir en autobús, igual que Connie. ¿O el autobús no está a la altura de Joey Berglund?

—Además, tengo otros planes.

—Pues más vale que los cambies —zanjó Carol—. Tu novia de los últimos cuatro años está gravemente deprimida. Se pasa horas llorando, no come. He tenido que hablar con su jefe del Frost's para que no la echen, porque se le olvidan los pedidos, se lía, no sonríe nunca. Es posible que se coloque en el trabajo, no me extrañaría. Después viene a casa y se va directo a la cama y ahí se queda. Cuando le toca el turno de tarde, tengo que venir a casa al mediodía para asegurarme de que se ha levantado y vestido para ir a trabajar, porque se niega a coger el teléfono. Luego tengo que llevarla al Frost's y asegurarme de que entra. Mandé a Blake para que lo hiciera por mí, pero ahora ella se niega a obedecerle y no le dirige siquiera la palabra. A veces pienso que pretendo destruir mi relación con él, sólo por despecho, porque tú te has ido. Cuando le digo que vaya al médico, contesta que no necesita un médico. Cuando le pregunto qué quiere demostrar, y qué se propone hacer en la vida, dice que se propone estar contigo. Sólo eso. Así que, sean cuales sean tus planes para Acción de Gracias, más vale que los cambies.

—He dicho que la llamaré mañana.

—¿De verdad crees que puedes usar a mi hija como amigueta sexual durante cuatro años y dejarla plantada cuando te conviene? ¿Eso es lo que crees? Sólo era una niña cuando empezaste a tener relaciones con ella.

Joey se acordó del trascendental día en su viejo fortín del árbol, cuando Connie se frotó la entrepierna de sus pantalones de perneras recortadas y luego, cogiéndole a él la mano un poco más pequeña, le enseñó dónde tocarla: qué poca persuasión había necesitado Joey.

—Yo también era un niño, no lo olvidemos —dijo.

—Tú nunca has sido un niño, guapo —respondió Carol—. Siempre has sido muy frío y dueño de ti mismo. No creas que no te conocía ya cuando eras pequeño. ¡Ni siquiera llorabas! Jamás he visto algo parecido. Ni siquiera llorabas al darte un golpe en un dedo del pie. Contraías la cara pero no decías ni pío.

—No es verdad. Sí lloraba. Lo recuerdo claramente.

—La utilizaste, me utilizaste a mí, utilizaste a Blake. ¿Y ahora crees que puedes darnos la espalda y marcharte sin más? ¿Crees que es así como funciona el mundo? ¿Crees que estamos todos aquí sólo para tu disfrute personal?

—Intentaré convencerla para que vaya al médico, y a ver si le recetan algo. Pero oye, Carol, esta conversación que estamos manteniendo es francamente rara. No es una conversación muy adecuada.

—Pues más vale que vayas acostumbrándote, porque volveremos a tenerla mañana, y pasado, y al otro, hasta que te oiga decir que vienes en Acción de Gracias.

—No voy a ir en Acción de Gracias.

—En ese caso, más vale que te acostumbres a mis llamadas.

Al cerrar la biblioteca, salió a la fría noche y se sentó en un banco frente a la residencia, acariciando su teléfono y preguntándose a quién podía llamar. En Saint Paul les había dejado claro a todos sus amigos que su historia con Connie era coto cerrado para cualquier conversación, y en Virginia la había mantenido en secreto. La mayoría de los estudiantes de la residencia se comunicaba con sus padres a diario, por no decir a todas horas, y aunque eso le generaba un inesperado sentimiento de gratitud hacia sus propios padres, que se habían mostrado mucho más desapegados y respetuosos con sus deseos de lo que había podido observar mientras vivía en la casa de al lado, también le provocaba algo parecido al pánico. Él había pedido la libertad, ellos se la habían concedido, y ahora ya no podía volverse atrás. Hubo una breve racha de llamadas telefónicas familiares después del 11-S, pero las conversaciones fueron en general impersonales, quejándose su madre cómicamente de que no podía dejar de ver la CNN pese a estar convencida de que ver tanto la CNN le hacía daño, aprovechando su padre la ocasión para airear su arraigada hostilidad contra la religión organizada, y exhibiendo Jessica sus conocimientos sobre las culturas no occidentales y explicando la legitimidad de su resentimiento hacia el

imperialismo estadounidense. Jessica estaba muy abajo en la lista de personas a quienes Joey telefonaría en un momento de angustia. Tal vez si fuera su última conocida viva y a él lo hubiesen detenido en Corea del Norte y estuviera dispuesto a soportar un severo sermón: tal vez entonces sí.

Como para asegurarse de que Carol se había equivocado respecto a él, lloró un poco en la oscuridad, en su banco. Lloró por Connie en su desdicha, lloró por haberla dejado a merced de Carol, por no ser la persona que podía salvarla. Luego se enjugó las lágrimas y llamó a su propia madre, cuyo teléfono Carol probablemente habría oído sonar si hubiese estado junto a una ventana y escuchado con atención.

—Joseph Berglund —dijo su madre—. Ese nombre me suena de algo.

—Hola, mamá.

Inmediatamente, un silencio.

—Disculpa por no haber llamado desde hace un tiempo —dijo Joey.

—Bah —contestó ella—, la verdad es que por aquí no ha pasado gran cosa aparte de las amenazas de ántrax, un agente inmobiliario muy poco realista que intenta vender nuestra casa y tu padre que no para de coger el avión para ir y venir de Washington. ¿Sabías que a todos los que viajan a Washington en avión los obligan a quedarse en el asiento durante una hora antes de aterrizar? Me parece una norma un poco extraña. ¿Qué se han creído? ¿Que los terroristas van a anular sus perversos planes sólo porque está encendida la señal luminosa del cinturón de seguridad? Papá dice que nada más despegar, las azafatas empiezan a avisar a los pasajeros que deben ir al lavabo enseguida, antes de que sea demasiado tarde. Y luego empiezan a repartir latas de refrescos.

Hablaba como una vieja parlanchina, no como la fuerza vital que Joey aún imaginaba cuando se permitía pensar en ella. Tuvo que apretar los párpados para contener un renovado llanto. Todo lo que había hecho en los últimos tres años con relación a ella tenía la finalidad de poner fin a las conversaciones intensamente personales que habían mantenido cuando él era más joven: hacerla callar de una vez, aleccionarla para que aprendiera a contenerse, obligarla a dejar de agobiarlo con su corazón rebosante y su personalidad sin censura. Y ahora que el aleccionamiento había terminado y ella era obedientemente superficial en su trato con él, se sentía privado de su madre y quería dar marcha atrás.

—¿Se me permite preguntar si te va todo bien? —dijo ella.

—Me va todo bien.

—¿La vida te es grata en los antiguos estados esclavistas?

—Muy grata. Ha hecho un tiempo magnífico.

—Ya, ésa es la ventaja de criarse en Minnesota. Allí adonde vayas, el tiempo es mejor.

—Sí.

—¿Estás haciendo muchos amigos nuevos? ¿Conociendo a mucha gente?

—Sí.

—Pues bien bien bien. Bien bien bien. Es todo un detalle que hayas llamado, Joey. Sé que no tienes ninguna obligación de hacerlo, quiero decir, así que es todo un detalle. Por aquí tienes auténticos admiradores.

Una manada de estudiantes de primero, todos chicos, salió en tropel al jardín de la residencia, amplificadas sus voces por la cerveza.

—Jo-eeey, Jo-eeey —vocearon con tono afectuoso.

Él los saludó con un imperturbable gesto.

—Parece que también ahí tienes admiradores —comentó Patty.

—Sí.

—Qué popular, mi chico.

—Sí.

Se produjo otro silencio mientras la manada se alejaba hacia nuevos abrevaderos. Joey sintió una punzante sensación de desventaja al verlos marcharse. Ya se había gastado el dinero del mes siguiente según su presupuesto del semestre. No quería ser el chico pobre que sólo bebía una cerveza mientras todos los demás tomaban seis, pero tampoco quería quedar como un gorrón. Quería mostrarse dominante y generoso, y para eso necesitaba fondos.

—¿Qué tal papá en su trabajo nuevo? —le preguntó a su madre no sin cierto esfuerzo.

—Creo que le gusta bastante. Es una situación que lo está volviendo un poco loco. Imagínate: de pronto dispone de un montón de dinero de otra persona para gastarlo en arreglar todo aquello que, según él, va mal en el mundo. Antes se quejaba de que nadie lo arreglaba. Ahora tiene que intentar hacerlo él mismo, cosa que es imposible, naturalmente, ya que se está yendo todo al garete. Me manda e-mails a las tres de la mañana. Creo que no duerme mucho.

—¿Y tú qué? ¿Cómo estás?

—Bueno, es un detalle que lo preguntes, pero en realidad no te interesa saberlo.

—Claro que sí.

—No, créeme, en realidad no te interesa. Y no te preocupes, no lo digo con mala intención. No es un reproche. Tú tienes tu vida y yo tengo la mía. Todo va bien bien bien.

—No, pero, vamos a ver, ¿qué haces durante el día?

—Mira, para tu información —contestó su madre—, ésa puede ser una pregunta muy indiscreta. Es un poco como preguntarle a una pareja sin hijos por qué no tiene hijos, o a una persona soltera por qué no se ha casado. Ten cuidado con ciertas preguntas que a ti puedan parecerte completamente inofensivas.

—Mmm.

—Ahora estoy un poco como en compás de espera. Me cuesta hacer grandes cambios en la vida sabiendo que voy a trasladarme. Me metí en un pequeño

proyecto de escritura creativa, por puro entretenimiento. Además, tengo que mantener esto como una casa de huéspedes por si se presenta un agente inmobiliario con un posible incauto. Me paso horas comprobando que las revistas estén bien ordenaditas, en abanico.

El sentimiento de privación de Joey empezaba a dar paso a la irritación, porque, por más que ella lo desmintiera, parecía incapaz de dejar de hacerle reproches. Las madres y sus reproches, era el cuento de nunca acabar. La telefoneaba en busca de cierto apoyo, y por poco, casi sin darse cuenta, era él quien tenía que darle apoyo a ella.

—¿Y cómo vas de dinero? —preguntó su madre, como si percibiese su irritación—. ¿Te alcanza?

—Voy un poco justo —reconoció él.

—¡No me extraña!

—En cuanto me den la residencia en el estado, bajarán las mensualidades considerablemente. Sólo este primer curso será así de duro.

—¿Quieres que te mande dinero?

Joey sonrió en la oscuridad. La apreciaba, a pesar de todo; no podía evitarlo.

—Según tenía entendido, papá había dicho que nada de dinero.

—Papá no tiene por qué enterarse de todo.

—La universidad no me considerará residente del estado si recibo dinero de ti.

—La universidad tampoco tiene que enterarse de todo. Puedo mandar un cheque al portador, si eso te sirve.

—Sí, y luego ¿qué?

—Luego nada. Te lo prometo. Sin compromisos. Lo que te quiero decir es que ya has dejado clara tu postura ante papá. No hace falta que asumas una deuda monstruosa a un interés altísimo sólo para seguir demostrando una postura que ya está clara.

—Déjame pensarlo.

—Mira, te mando el cheque por correo. Luego tú ya decidirás si quieres hacerlo efectivo o no. Así no tendrás que hablar de ello conmigo.

Joey volvió a sonreír.

—¿Por qué lo haces?

—Bueno, ya sabes, Joey, lo creas o no, quiero que tengas la vida que quieres tener. He dispuesto de un tiempo libre para plantearme ciertas preguntas mientras ponía las revistas en abanico en la mesita de centro y demás. Como por ejemplo: si tú nos dijeras a tu padre y a mí que no quieres volver a vernos en tu vida, ¿seguiría yo deseando tu felicidad?

—Esa es una pregunta hipotética muy extraña. No tiene relación con la realidad.

—Me alegra oírlo, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que todos

creemos conocer la respuesta a la pregunta. Los padres estamos programados para desear lo mejor para los hijos, al margen de lo que recibamos a cambio. En eso consiste teóricamente el amor, ¿no? Pero de hecho, si te paras a pensarlo, ésa es una convicción más bien rara, dado lo que sabemos acerca de cómo es en realidad la gente. Interesada y corta de miras y ególatra y llena de carencias. ¿Por qué ser padre, por sí solo y en sí mismo, habría de conferir de algún modo una personalidad superior a todo aquel que lo intenta? Obviamente no es así. Ya te he contado un poco de mis padres, sin ir más lejos.

—No mucho —dijo Joey.

—Bueno, quizá alguna vez te cuente más, si me lo pides amablemente. Pero la cuestión es que le he dado muchas vueltas al tema del amor, respecto a ti. Y he decidido...

—Mamá, ¿te importa si hablamos de otra cosa?

—He decidido...

—¿O si lo dejamos para otro día? ¿La semana que viene, quizá? Tengo muchas cosas que hacer antes de acostarme.

Un silencio dolido se impuso en Saint Paul.

—Perdona —dijo Joey—. Es que es muy tarde, y estoy cansado y aún tengo cosas por hacer.

—Sólo quería explicarte —respondió su madre en voz mucho más baja— por qué voy a mandarte un cheque.

—Ya, gracias. Es un detalle por tu parte.

En voz aún más baja y dolida, su madre le agradeció la llamada y colgó.

Joey buscó en el jardín unos arbustos o algún hueco arquitectónico donde poder llorar sin que lo vieran las pandillas que pasaban por allí. Al no encontrar ningún sitio oportuno, entró corriendo en la residencia y, a ciegas, como si necesitara vomitar, se metió en el primer cuarto de baño que tuvo a mano, en una planta que no era la suya, y se encerró en un retrete, donde sollozó de odio a su madre. Alguien se duchaba en medio de una nube de olor a jabón desodorante y moho. En la puerta manchada de herrumbre del retrete había dibujada con rotulador una enorme erección de rostro sonriente, elevándose en el aire como Superman, escupiendo unas gotitas. Debajo alguien había escrito: VEN A FOLLAR O VETE ACAGAR.

La naturaleza del reproche de su madre presentaba una complejidad ausente en el de Carol Monaghan. Carol, a diferencia de su hija, no tenía muchas luces. Connie poseía una inteligencia compacta, mordaz, un clítoris de discernimiento y sensibilidad pequeño y firme al que permitía acceder a Joey sólo a puerta cerrada. Cuando ella, Carol, Blake y Joey cenaban juntos, Connie comía con la mirada baja y parecía abstraída en sus extraños pensamientos, pero después, a solas con Joey en su habitación, podía reproducir hasta el último de los deplorables detalles del comportamiento de Carol y Blake en la mesa. En una

ocasión, le preguntó a Joey si se había dado cuenta de que la esencia de casi cualquier comentario de Blake era el grado de estupidez de los demás y lo superior y sufrido que era él, Blake. Según éste, el parte meteorológico matutino de la KSTP había sido estúpido, los Paulsen habían puesto su cubo de reciclaje en un sitio estúpido, era una estupidez que la alarma del cinturón de seguridad de su furgoneta no se apagara al cabo de sesenta segundos, los conductores que no excedían el límite de velocidad por Summit Avenue eran estúpidos, el semáforo en el cruce de Summit y Lexington estaba sincronizado estúpidamente, su jefe en el trabajo era estúpido, la normativa municipal para la construcción era estúpida. Joey se echó a reír mientras Connie proseguía, con implacable memoria, enumerando ejemplos: el mando a distancia del nuevo televisor estaba diseñado por estúpidos, la programación de máxima audiencia de la NBC había sido reorganizada estúpidamente, la Liga Nacional de Béisbol era estúpida por no adoptar la regla del bateador designado, los Vikings eran estúpidos por haber dejado escapar a Brad Johnson y Jeff George, el moderador del segundo debate presidencial había sido estúpido por no poner en evidencia a Al Gore y sus mentiras, el estado de Minnesota era estúpido por obligar a pagar a sus laboriosos ciudadanos la atención médica gratuita *de primer nivel* para los inmigrantes ilegales mexicanos y los que practicaban el fraude al sistema de asistencia social, atención médica gratuita *de primer nivel*...

—¿Y quieres que te diga una cosa? —dijo Connie para acabar.

—¿Qué? —preguntó Joey.

—Tú eso nunca lo haces. Tú eres realmente más listo que los demás, y por eso no te hace falta llamarlos estúpidos.

Joey aceptó incómodo su cumplido. Para empezar, percibió un marcado tufo de rivalidad en la comparación directa entre él y Blake: una inquietante sensación de ser un trofeo o una prenda en una compleja lucha entre madre e hija. Y si bien era cierto que al trasladarse a casa de los Monaghan había dejado fuera muchas de sus opiniones, antes de eso había declarado estúpidas las cosas más diversas, en concreto a su madre, que había acabado pareciéndole una fuente de interminable y crispante estulticia. Ahora Connie parecía sugerir que la causa de que la gente se quejara de la estupidez era su propia estupidez.

En realidad, la única estupidez que podía reprochársele a su madre era su comportamiento con el propio Joey. Ciertamente era que también había sido muy tonta, por ejemplo, al mostrarse tan poco respetuosa con Tupac, cuyo mejor material Joey consideraba una obra indiscutiblemente genial, o tan hostil con *Matrimonio con hijos*, cuya propia estupidez era tan intencionada y extrema que resultaba absolutamente brillante. Pero ella jamás habría despotricado de *Matrimonio con hijos* si Joey no hubiese seguido con tanto interés las reposiciones, ni habría caído tan bajo como para hacer sus caricaturas bochornosamente improcedentes de Tupac si Joey no lo hubiese admirado tanto. La causa profunda de su estupidez

era en realidad el deseo de que Joey siguiera siendo su colega: que continuara considerando más divertida y fascinante a su madre que a un excelente programa de televisión o un auténtico genio del rap. En eso residía el núcleo enfermizo de su idiotez: ella *competía*.

Al final, la desesperación de Joey era tal que se empeñó en hacerle comprender de una vez que él ya no quería ser su colega. Eso ni siquiera obedeció a un plan consciente; fue más bien un efecto derivado de su arraigada irritación con la moralista de su hermana, a quien tanto deseaba encolerizar y escandalizar que no se le ocurrió otra cosa que invitar a un puñado de amigos a casa y emborracharse con Jim Beam mientras sus padres estaban con la abuela enferma en Grand Rapids, y luego, la noche siguiente, follarse a Connie de manera hiperespecialmente ruidosa contra el tabique que separaba su habitación de la de Jessica, incitándola así a subir el volumen de sus insoportables Belle and Sebastian a niveles de discoteca y más tarde, pasadas ya las doce de la noche, a aporrear la puerta cerrada de la habitación de Joey con sus nudillos virtuosamente blancos...

—¡Maldita sea, Joey! ¡Para ahora mismo! Ahora mismo, ¿me oyes?

—Eh, oye, estoy haciéndote un favor.

—¿Cómo?

—¿No estás harta de no chivarte de mí? ¡Estoy haciéndote un favor? ¡Estoy dándote la oportunidad!

—Voy a chivarme ahora. Voy a llamar a papá ahora mismo.

—¡Adelante! ¿Es que no me has oído? He dicho que estaba haciéndote un favor.

—Capullo. Te lo tienes muy creído, capullo. Voy a llamar a papá ahora mismo...

Y entretanto Connie, en cueros, allí sentada, con los labios y los pezones enrojecidos, contenía la respiración y miraba a Joey con una mezcla de temor y asombro y emoción y lealtad y placer que lo convenció, como nada antes y muy pocas cosas después, de que a ella ninguna norma o convención o ley moral le importaba ni una milésima parte de lo que le importaba ser la chica elegida por él y su cómplice en el crimen.

No esperaba que su abuela muriera esa semana: tampoco era tan mayor. Al armarla así de gorda un día antes de su fallecimiento, Joey se indispuso en extremo con su familia. Hasta qué punto se indispuso quedó claro por el hecho de que ni siquiera le levantaron la voz. En Hibbing, durante el funeral, sus padres sencillamente lo excluyeron con la mayor frialdad. Lo dejaron al margen, cociéndose en su culpabilidad, mientras el resto de la familia se unía en el dolor que él debería haber estado experimentando con ellos. Dorothy había sido la única abuela en su vida, y había dejado huella en él, cuando aún era muy pequeño, invitándolo a coger su mano deformada y ver que seguía siendo la

mano de una persona y no tenía por qué darle miedo. A partir de eso, ya nunca se opuso a los gestos amables que sus padres le pedían que hiciera por ella cuando iba de visita. Era una persona, quizá la única persona, con quien se había portado bien al ciento por ciento. Y ahora de pronto había muerto.

Al funeral siguieron unas semanas de tregua por parte de su madre, unas semanas de bien acogida frialdad, pero poco a poco empezó a agobiarlo de nuevo. Aprovechando el pretexto de la franqueza de Joey respecto a Connie, su madre adoptó a su vez una actitud indebidamente franca con él. Trató de convertirlo en su Buen Entendedor Designado, y eso resultó peor aún que ser su colega. Era una táctica retorcida e irresistible. Empezó con una confidencia: una tarde se sentó en la cama de Joey y se lanzó a contarle que había sido acosada en la universidad por una drogadicta y mentirosa patológica a quien sin embargo ella había querido y a la que el padre de Joey no veía con buenos ojos.

—Tenía que contárselo a alguien —dijo—, y no quería contárselo a papá. Ayer fui a renovar el carnet de conducir, y me di cuenta de que ella estaba en la cola delante de mí. No había vuelto a verla desde la noche en que me destrocé la rodilla. De eso hará... ¿veinte años? Ha engordado mucho, pero sin duda era ella. Y me llevé un susto tremendo al verla. Me di cuenta de que me sentía culpable.

—¿Por qué te asustaste? —sintió el impulso de preguntar, como la psiquiatra de Tony Soprano—. ¿Por qué te sentiste culpable?

—No lo sé. Salí corriendo antes de que ella se diera la vuelta y me viese. Aún no he ido por mi carnet. Pero me aterrorizó la posibilidad de que se volviera y me viese. Me aterrorizó lo que iba a ocurrir. Porque, ya me entiendes, no tengo nada de lesbiana. Créeme, si lo fuera, lo sabría: la mitad de mis viejas amigas son homosexuales. Y yo no lo soy, eso lo tengo claro.

—Me alegra oírlo —contestó él con una sonrisa nerviosa.

—Pero ayer, al verla, me di cuenta de que había estado enamorada de ella. Y nunca fui capaz de afrontarlo. Y ahora ella tiene esa clase de obesidad propia del litio...

—¿Qué es el litio?

—Lo que toman los maniaco-depresivos. Los que tienen trastorno bipolar.

—Ah.

—Y yo la abandoné por completo, porque papá la odiaba. Ella sufría y yo nunca volví a llamarla, y tiré sus cartas a la basura sin abrirlas siquiera.

—Pero te mintió. Daba miedo.

—Lo sé, lo sé. Aun así, me siento culpable.

En los meses posteriores, su madre le contó muchos más secretos. Secretos que resultaron ser como caramelos rellenos de arsénico. Durante un tiempo, incluso se consideró afortunado por tener una madre tan enrollada y comunicativa. En respuesta, él le reveló diversas perversiones y pequeños delitos de sus compañeros de clase, a fin de impresionarla demostrándole que sus

coetáneos eran mucho más expertos y disolutos que los jóvenes de los años setenta. Y de pronto, un día, en una conversación sobre las citas que acababan en violación, su madre consideró lo más natural del mundo contarle que ella misma había sido violada durante una cita en su adolescencia, y que no debía decirle jamás una palabra a Jessica, porque Jessica no la entendía como la entendía él: nadie la entendía como la entendía él. Después de esa conversación, él se quedó en vela varias noches, sintiendo una rabia asesina contra el violador de su madre, e indignación por las injusticias de este mundo, y culpabilidad por todo lo negativo que había dicho o sentido alguna vez sobre ella, y una sensación de privilegio e importancia por habersele concedido acceso al mundo de los secretos adultos. Y de pronto, una mañana se despertó odiándola con tal vehemencia que, en adelante, cada vez que se encontraba en la misma habitación que ella, se le ponía carne de gallina y se le revolvió el estómago. Fue como una transformación química, como si sus órganos y su médula ósea rezumaran arsénico.

Lo que lo había afectado en la conversación telefónica de esa noche fue que ella no le pareció en absoluto estúpida. De hecho, ésa fue la esencia del reproche de su madre. Por lo visto, no se le daba muy bien vivir su vida, pero no porque fuera estúpida. Casi podía decirse que, en cierto modo, era por todo lo contrario. Poseía un sentido tragicómico de sí misma y, además, parecía disculparse sinceramente por ser como era. Y aun así, todo junto equivalía a un reproche a él. Como si hablara una lengua indígena compleja pero en vías de extinción cuya perpetuación o la responsabilidad de su desaparición recayera en manos de la generación más joven (esto es, Joey). O como si ella fuera una de las aves en peligro de su padre, entonando su canto obsoleto en el bosque con la triste esperanza de que pasara por allí algún espíritu bondadoso y lo oyera. Allí estaba ella, y en el lado opuesto estaba el resto del mundo, y por la misma manera en que ella decidió hablarle, le reprochaba que depositase su lealtad en el resto del mundo. ¿Y quién podía echarle a Joey en cara que prefiriese al mundo? ¡Tenía su propia vida para intentar vivirla! El problema era que él, con unos años menos, en su debilidad le había hecho creer que sí entendía esa lengua y sí reconocía su canto, y ahora ella, al parecer, no podía evitar recordarle que él aún conservaba esas aptitudes dentro de sí, por sí en algún momento le apetecía ejercerlas otra vez.

Quienquiera que estuviese duchándose en el cuarto de baño de la residencia había acabado ya y estaba secándose. La puerta del pasillo se abrió y se cerró, se abrió y se cerró; un olor mentolado a dentífrico flotó desde los lavamanos y le llegó a Joey en su retrete. El llanto le había provocado una erección que extrajo del calzoncillo y el pantalón caqui y a la que se aferró como si le fuera la vida en ello. Si se apretaba la base con mucha fuerza, conseguía que la cabeza quedara enorme y horrenda y casi negra por la acumulación de sangre venosa. Le

gustaba tanto mirársela, disfrutaba tanto con el sentimiento de protección e independencia que le proporcionaba su repulsiva belleza, que se resistió a correrse y dejar de tener entre los dedos esa dureza. Si uno se paseara erecto a todas horas del día sería lo que la gente llamaba un capullo, desde luego. Y eso era Blake. Joey no quería ser como Blake, pero quería aún menos ser el Buen Entendedor Designado de su madre. Con dedos silenciosamente espásticos, contemplando la dureza de su miembro, se corrió en el inodoro boquiabierto y tiró de la cadena de inmediato.

En el piso de arriba, en su habitación de la esquina, encontró a Jonathan leyendo a John Stuart Mill y viendo la novena entrada de un partido de la Serie Mundial.

—¡Qué situación tan desconcertante! —comentó Jonathan—. Siento auténticas punzadas de compasión por los Yankees.

Joey, que nunca veía solo los partidos de béisbol, pero se avenía a verlos en compañía de otros, se sentó en su cama mientras Randy Johnson lanzaba bolas rápidas a un jugador de los Yankees con expresión de derrota. El marcador estaba en 4-0.

—Aún podrían remontar —dijo Joey.

—Eso no va a pasar —respondió Jonathan—. Y perdona, pero ¿desde cuándo un equipo asciende a primera y consigue jugar en la Serie después de sólo cuatro temporadas? Aún no acabo de asimilar la idea de que Arizona tiene equipo.

—Me alegro de que por fin veas la luz de la razón.

—No me malinterpretes. Sigue sin haber mayor placer que una derrota de los Yankees, preferiblemente por una carrera, preferiblemente a causa de una pelota perdida por Jorge Posada, la maravilla sin mentón. Pero éste es el único año en que medio quieres que ganen. Es un sacrificio patriótico que todos tenemos que hacer por Nueva York.

—Yo quiero que ganen ellos todos los años —afirmó Joey, aunque tampoco le quitaba el sueño.

—Ya, ¿y eso a qué viene? ¿No se supone que vas con los Twins?

—Quizá porque mis padres detestan a los Yankees. Mi padre es un forofo de los Twins porque tienen una ficha baja, y naturalmente los Yankees son el enemigo en lo que se refiere a fichas. Y mi madre es una obsesa anti-Nueva York en general.

Jonathan le dirigió una mirada de interés. Hasta ese momento, Joey había contado muy poco de sus padres, sólo lo suficiente para no mostrarse irritantemente misterioso en cuanto a ellos.

—¿Por qué detesta Nueva York?

—No lo sé. Supongo que porque ella es de allí.

En el televisor de Jonathan, Derek Jeter quedó fuera al batear una bola directamente hacia el segundo base, y se acabó el partido.

—Qué mezcla de emociones tan compleja... —dijo Jonathan, apagando el televisor.

—¿Sabes? Ni siquiera conozco a mis abuelos —dijo Joey—. Mi madre tiene una actitud muy extraña hacia ellos. En toda mi infancia nos vinieron a ver una sola vez, durante unas cuarenta y ocho horas. Mi madre se comportó de una manera increíblemente neurótica y falsa todo el tiempo. Otra vez fuimos a verlos nosotros, estando en Nueva York de vacaciones, y también entonces la cosa fue mal. Por mi cumpleaños, me llegaban de ellos unas tarjetas de felicitación con tres semanas de retraso, y mi madre... en fin, digamos que los maldecía por retrasarse tanto, aunque en realidad ellos no tenían la culpa. A ver, ¿cómo iban a acordarse del cumpleaños de alguien a quien nunca veían?

Jonathan frunció el entrecejo en una expresión pensativa.

—¿De qué parte de Nueva York?

—No lo sé. Algún sitio de las afueras. Mi abuela se dedica a la política. Está en la Asamblea Legislativa del estado o algo así. Es esa clase de señora judía agradable y elegante con quien mi madre, según parece, es incapaz de estar en la misma habitación.

—¡Anda, no me digas! —Jonathan se irguió en la cama—. ¿Tu madre es judía?

—En teoría, sí, supongo.

—¡Chaval, eres judío! ¡No tenía ni idea!

—Digamos que sólo en una cuarta parte —contestó Joey—. Lo tengo muy agudo.

—Podrías emigrar a Israel ahora mismo y nadie te preguntaría nada.

—El sueño de toda mi vida hecho realidad.

—Yo sólo lo digo. Podrías llevar al cinto una Desert Eagle, o pilotar uno de esos cazas a reacción y salir con una auténtica *sabra*.

Para ilustrar el comentario, Jonathan abrió su ordenador portátil y navegó hasta una web dedicada a imágenes de diosas israelíes bronceadas que llevaban cananas en bandolera, con cartuchos de gran calibre, cruzadas entre los pechos desnudos de copa D.

—No es lo mío —dijo Joey.

—Ni lo mío —convino Jonathan, quizá no del todo sincero—. Yo sólo lo digo, por si acaso fuera lo tuyo.

—Además, ¿no hay un pequeño problema con los asentamientos ilegales y los palestinos privados de derechos?

—¡Sí que hay un problema! El problema es ser un islote de democracia y gobierno prooccidental rodeado de fanáticos musulmanes y dictadores hostiles.

—Ya, pero eso sólo significa que fue una estupidez elegir ese sitio para poner el islote —contestó Joey—. Si los judíos no se hubieran ido a Oriente Próximo, y si no tuviéramos que seguir apoyándolos, tal vez los países árabes no serían tan

hostiles con nosotros.

—Oye, chaval, ¿te suena de algo el Holocausto?

—Sí, ya. Pero ¿por qué no fueron a Nueva York? Los habríamos dejado entrar. Aquí habrían podido tener sus sinagogas y demás, y nosotros podríamos haber tenido una relación normal con los árabes.

—Pero el Holocausto tuvo lugar en Europa, que supuestamente era civilizada. Cuando pierdes la mitad de tu población mundial en un genocidio, dejas de confiar en que alguien vaya a protegerte si no lo haces tú mismo.

Joey, incómodo, tomó conciencia de que estaba exhibiendo posturas más propias de sus padres que de él, y que por eso mismo estaba a punto de perder una discusión que ni siquiera le importaba ganar.

—Bien —insistió de todos modos—, pero ¿por qué tiene que ser eso problema nuestro?

—Porque nos toca a nosotros apoyar la democracia y el libre mercado allí donde estén —dijo Jonathan—. Ese es el problema en Arabia Saudita: demasiada gente indignada sin perspectivas económicas. Es eso lo que permite a Ben Laden reclutar gente allí. Coincido plenamente contigo en cuanto a los palestinos. Aquello es un puto criadero de terroristas descomunal. Por eso debemos intentar llevar la libertad a todos los países árabes. Pero eso no vas a conseguirlo dejando en la estacada a la única democracia operativa en toda la región.

Joey admiraba a Jonathan no sólo por lo enrollado que era, sino también por tener el aplomo de no hacerse pasar por estúpido para seguir siéndolo. Dominaba el difícil arte de dar la impresión de que ser inteligente era enrollado.

—Oye —dijo Joey, para cambiar de tema—, ¿se mantiene en pie la invitación para Acción de Gracias?

—¿Que si se mantiene? Ahora estás doblemente invitado. Mi familia no es de esa clase de judíos que se odian a sí mismos. Mis padres se pirran por los judíos. Te tenderán la alfombra roja.

Al día siguiente por la tarde, solo en su habitación y agobiado por no haber hecho aún la llamada prometida a Connie para hablar de la posibilidad de que fuera al médico, Joey, sin proponérselo, abrió el portátil de Jonathan y buscó las fotografías de su hermana, Jenna. Consideró que si iba directamente a las fotos de la familia que éste ya le había enseñado, no estaría husmeando. El entusiasmo demostrado por su compañero de habitación ante su origen judío quizá presagiara una recepción igual de cálida por parte de Jenna, y copió las dos fotografías de ella más favorecedoras en su disco duro, cambiando las extensiones de archivo para que nadie pudiera encontrarlas salvo él; así podía representarse una alternativa concreta a Connie antes de hacerle la temida llamada.

De momento, el panorama femenino en la universidad había resultado poco satisfactorio. En comparación con Connie, las chicas verdaderamente atractivas que había conocido en Virginia parecían todas rociadas con teflón, revestidas de

desconfianza hacia las intenciones de él. Incluso las más guapas se maquillaban demasiado y llevaban ropa en exceso formal y se vestían para los partidos de los Cavaliers como si fueran al Derby de Kentucky. Cierto que, en las fiestas, determinadas chicas de segunda fila, después de beber más de la cuenta, le habían dado a entender que era un chico con posibilidades de ligar. Pero por alguna razón, ya fuese porque era un apocado, o porque no le gustaba levantar la voz para hacerse oír por encima de la música, o porque tenía un concepto muy elevado de sí mismo, o porque era incapaz de pasar por alto lo estúpidas y molestas que llegaban a ponerse las chicas después de excederse con el alcohol, pronto desarrolló un prejuicio contra esas fiestas y los consiguientes ligues y decidió que sin lugar a dudas prefería salir por ahí con otros chicos.

Se sentó con el teléfono entre las manos durante largo rato, quizá media hora, mientras en las ventanas el cielo adquiría una coloración gris camino de la lluvia. Esperó tanto, presa de su reticencia, que fue casi como un tiro con arco zen cuando el pulgar, por propia iniciativa, pulsó el botón de marcación rápida correspondiente al número de Connie y el timbre lo arrastró a la acción.

—¡Eh! —contestó ella con su alegre voz de costumbre, una voz que Joey había echado de menos, como comprendió en ese momento—. ¿Dónde estás?

—En mi habitación.

—¿Qué tiempo hace por ahí?

—No sé. Tirando a gris.

—Pues aquí esta mañana nevaba. Ya es invierno.

—Ya, oye... —dijo él—, ¿estás bien?

—¿Yo? —Pareció sorprendida por la pregunta—. Sí. Te echo de menos todos los minutos del día, pero ya empiezo a acostumbrarme.

—Perdóname por haber tardado tanto en llamar.

—No pasa nada. Me encanta hablar contigo, pero entiendo la necesidad de que seamos más disciplinados. Ahora mismo estaba rellenando mi solicitud para Inver Hills. También me he inscrito para las pruebas de acceso a la universidad, para presentarme en diciembre, como tú sugeriste.

—¿Yo sugerí eso?

—Si he de estudiar en serio el próximo otoño, como tú dijiste, eso es lo que tengo que hacer. Me he comprado un libro para saber cómo prepararme. Voy a dedicarle tres horas al día.

—Estás bien de verdad, pues.

—¡Sí! ¿Y tú cómo estás?

Joey se esforzó por conciliar la descripción de Connie ofrecida por Carol con la imagen de lucidez y serenidad que daba por teléfono.

—Anoche hablé con tu madre —dijo él.

—Ya lo sé. Me lo contó.

—Me dijo que está embarazada.

—Sí, un venturoso acontecimiento viene de camino. Creo que serán gemelos.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—No lo sé. Lo presiento. Presiento que por alguna razón será algo especialmente horrendo.

—De hecho, toda la conversación fue bastante rara.

—Ya le he dado un toque —dijo Connie—. No volverá a llamarte. Si te llama, avísame y le pararé los pies.

—Dijo que estabas muy deprimida —soltó Joey de pronto.

Ante eso se produjo un repentino silencio, absoluto a la manera de un agujero negro, como sólo Connie era capaz de guardar silencio.

—Dijo que te pasas el día durmiendo y que no comes lo suficiente —continuó Joey—. La noté muy preocupada por ti.

Después de otro silencio, Connie dijo:

—Estuve un poco deprimida durante unos días. Pero eso no era asunto de Carol. Y ahora estoy mejor.

—Pero ¿no necesitarás un antidepresivo o algo así?

—No; estoy mucho mejor.

—Vaya, estupendo —respondió Joey, aunque tuvo la sensación de que por alguna razón aquello no tenía nada de estupendo, de que una debilidad enfermiza y una dependencia pegajosa por parte de ella quizá le habrían proporcionado una escapatoria viable.

—¿Qué, has estado acostándote con otras? —preguntó Connie—. Creía que a lo mejor por eso no llamabas.

—¡No! No. Nada de eso.

—A mí no me importa si lo haces. Quería decírtelo el mes pasado. Eres un hombre, tienes tus necesidades. No espero que seas un monje. Es sólo sexo. ¿Qué más da?

—Bueno, lo mismo digo —respondió él, agradecido, adivinando allí otra posible escapatoria.

—Sólo que a mí eso no va a pasarme —aseguró Connie—. A mí nadie me ve como tú. Soy invisible para los hombres.

—Eso me cuesta creerlo.

—No; es verdad. A veces, en el restaurante, intento ser amable, o incluso coqueteo. Pero es como si fuera invisible. De todas formas, me da igual. Yo sólo quiero estar contigo. Creo que la gente lo percibe.

—Yo también quiero estar contigo —masculló él a su pesar, contraviniendo ciertas directrices de seguridad que se había impuesto a sí mismo.

—Lo sé —dijo ella—. Pero los hombres son distintos, sólo digo eso. Debes sentirte libre.

—La verdad es que he estado haciéndome muchas pajas.

—Ya, yo también. Durante horas y horas. Hay días en que es lo único que

me apetece hacer. Quizá por eso Carol piensa que estoy deprimida.

—Pero a lo mejor sí estás deprimida.

—No, sólo me apetece correrme muchas veces. Pienso en ti, y me corro. Pienso un poco más en ti, y me corro un poco más. Es sólo eso.

La conversación degeneró rápidamente en sexo telefónico, cosas que no hacían desde sus primeros tiempos, cuando se veían a escondidas y hablaban en susurros por teléfono desde sus respectivas habitaciones. Ahora había pasado a ser mucho más interesante, porque sabían cómo hablarse. Al mismo tiempo fue como si nunca hubiesen hecho el amor: fue cataclísmico.

—Ojalá pudiera lamerlo de tus dedos —dijo Connie cuando terminaron.

—Estoy lamiéndolo y o por ti —contestó Joey.

—Así me gusta. Lámelo por mí. ¿Sabe bien?

—Sí.

—Siento el sabor en mi boca, te lo juro.

—Yo también siento tu sabor.

—Cariño...

Cosa que llevó inmediatamente a más sexo telefónico, esta vez una versión más nerviosa, ya que las clases vespertinas de Jonathan estaban a punto de acabarse y pronto volvería.

—Amor mío —dijo Connie—. Ay, mi amor, mi amor.

Joey, cuando alcanzó de nuevo el climax, creyó ser Connie en su habitación de Barrier Street, que su propia espalda arqueada era la espalda arqueada de ella, que sus propios pechos pequeños eran los pequeños pechos de ella. Tendidos, respiraban por el móvil como una sola persona. La noche anterior se había equivocado al decirle a Carol que era ella, no él, la responsable de la manera de ser de Connie. Ahora percibía en su propio cuerpo cómo cada uno había transformado al otro en quien era.

—Tu madre quiere que pase Acción de Gracias con vosotros —dijo él al cabo de un rato.

—No tienes por qué. Acordamos que intentaríamos esperar nueve meses.

—Pues se puso un poco borde con el tema.

—Mi madre es así: una borde. Pero ya le he dado un toque, y no volverá a ocurrir.

—¿A ti te da igual lo que haga, pues?

—Tú ya sabes lo que quiero. El día de Acción de Gracias no tiene nada que ver con eso.

Por motivos paradójicamente opuestos, Joey albergaba la esperanza de que Connie, al igual que Carol, insistiera en que regresara para pasar las fiestas con ellos. Por un lado, quería verla y acostarse con ella y, por otro, quería encontrar cualquier cosa que echarle en cara, para tener algo a lo que resistirse y de lo que escapar. En cambio, ella, con su lucidez serena, recolocaba un anzuelo del que

durante un tiempo, en las últimas semanas, él había conseguido zafarse a medias. Lo recolocaba clavándolo más hondo que nunca.

—Creo que debería colgar ya —dijo Joey—. Jonathan está a punto de llegar.

—De acuerdo —respondió Connie, y lo dejó marchar.

La conversación se había desviado tan disparatadamente de las expectativas de Joey que ya ni siquiera recordaba cuáles eran esas expectativas. Se levantó de la cama como si aflorara a la superficie a través de un agujero de gusano en el tejido de la realidad, con el corazón acelerado, la visión alterada, y deambuló por la habitación bajo la mirada conjunta de Tupac y Natalie Portman. Connie siempre lo había atraído mucho. Siempre. ¿Y por qué ahora, pues, entre todos los posibles momentos inoportunos, se veía arrastrado, como si fuera la primera vez, por una resaca tan colosal de *auténtica atracción* por ella? ¿Cómo era posible que después de años de hacer el amor con ella, años de despertar ella su ternura y sentimiento de protección, precisamente ahora se viese absorbido por tan poderosas aguas de afecto? ¿Que se sintiera vinculado a ella de una manera tan temiblemente trascendental? ¿Por qué ahora?

Allí algo fallaba, algo fallaba, sabía que algo fallaba. Se sentó ante su ordenador para ver las fotografías de la hermana de Jonathan e intentar restablecer cierto orden. Por suerte, antes de devolver a los archivos las extensiones JPG y ser sorprendido in fraganti, llegó el propio Jonathan.

—Mi hombre, mi hermano judío —dijo, desplomándose en la cama como la víctima de un disparo—. ¿Qué tal?

—Qué tal —respondió Joey, apresurándose a cerrar una ventana gráfica.

—Vaya, Dios mío, aquí el aire huele un poco a cloro. ¿Has ido a la piscina o qué?

En ese preciso momento, Joey estuvo a punto de contárselo todo a su compañero de habitación, su historia completa con Connie hasta la fecha. Pero el mundo de ensueño en que había estado, el espacio abisal de identidades sexualmente fusionadas, retrocedía rápidamente ante la presencia masculina de Jonathan.

—No sé de qué hablas —respondió con una sonrisa.

—Abre una ventana, por Dios. O sea, me caes bien y tal, pero aún no estoy dispuesto a llegar al final contigo.

Tomándose en serio la queja de Jonathan, a partir de entonces Joey abría siempre las ventanas. Volvió a telefonar a Connie al día siguiente, y otra vez al cabo de dos días. Aparcó calladamente sus sólidos argumentos contra las llamadas demasiado frecuentes y recurrió agradecido al sexo telefónico como sucedáneo de su solitaria masturbación en la biblioteca de ciencias, que ahora se le antojaba una sórdida aberración de la que le daba vergüenza acordarse. Logró convencerse de que, siempre y cuando eludiese el parloteo cotidiano sobre las últimas novedades y hablase exclusivamente de sexo, no había inconveniente en

explotar esa laguna en su por lo demás estricta prohibición de contacto excesivo. Sin embargo, conforme siguieron explotándolo, y octubre dio paso a noviembre y los días se acortaron, cayó en la cuenta de que su contacto se volvía tanto más profundo y real al oír a Connie poner en palabras finalmente las cosas que habían hecho y las cosas que ella imaginaba que harían en el futuro. Esta mayor profundidad resultaba en cierto modo extraña, ya que lo único que hacían era llevarse mutuamente al orgasmo. Pero en retrospectiva él tenía la impresión de que, en Saint Paul, el silencio de Connie había constituido una especie de barrera protectora: había dado a sus coitos lo que los políticos llamaban «negabilidad». Descubrir, de pronto, que el sexo había quedado plenamente registrado en ella como lenguaje —como palabras que era capaz de pronunciar de viva voz— la convertía para él en una persona mucho más real. Ninguno de los dos podía ya fingir que eran sólo jóvenes animales mudos abortos en lo suyo mecánicamente. Con las palabras, todo era más arriesgado, las palabras no tenían límites, las palabras creaban su propio mundo. Una tarde, según la descripción de Connie, su clitoris excitado creció hasta alcanzar una longitud de veinte centímetros, un lápiz descollante de ternura con el que separaba delicadamente los labios del pene de Joey y descendía hasta la base de su verga. Otro día, a instancias de ella, Joey le describió la consistencia lustrosa y cálida de sus cagarros mientras salían del ano y caían en la boca abierta de él, donde, como aquello eran sólo palabras, sabían a excelente chocolate negro. Siempre y cuando las palabras de Connie continuaran en su oído, alentándolo, él no se avergonzaba de nada. Regresaba al agujero de gusano tres o cuatro o incluso cinco veces por semana, desaparecía en el mundo que los dos habían creado, y después resurgía y cerraba las ventanas y salía al comedor o iba al salón de su residencia y, sin esfuerzo, practicaba la afabilidad superficial que le exigía la vida universitaria.

Como Connie había dicho, era sólo sexo, y el permiso concedido por ella para buscarlo en otra parte estaba muy presente en la cabeza de Joey cuando viajó con Jonathan a Nova para el día de Acción de Gracias. Iban en el Land Cruiser de Jonathan, que había recibido como regalo de graduación en el instituto y aparcaba cerca del campus en manifiesto desafío a la prohibición de coches durante el primer curso. Joey tenía la impresión, por influencia del cine y las novelas, de que era mucho lo que podía ocurrir en muy poco tiempo cuando se daba rienda suelta a los estudiantes universitarios en Acción de Gracias. A lo largo del otoño, se había cuidado mucho de preguntarle a Jonathan por su hermana, Jenna, pensando que nada ganaba con suscitar los recelos de su amigo prematuramente. Pero apenas mencionó a Jenna en el Land Cruiser, comprobó que toda su cautela había sido en balde. Jonathan le dirigió una mirada de complicidad y dijo:

—Tiene un novio muy serio.

—No lo dudo.

—Ah, no, perdona, me he expresado mal. Debería haber dicho que ella va muy en serio con un novio que, de hecho, es un tipo ridículo y un idiota de primera. No insultaré mi propia inteligencia preguntándote por qué me preguntas por ella.

—Era sólo por cortesía —respondió Joey.

—Ja, ja. Cuando Jenna se marchó por fin a la universidad, fue muy interesante averiguar quienes eran mis amigos de verdad y a cuáles les interesaba venir a casa sólo si ella estaba. Resultó que estos eran más o menos el cincuenta por ciento.

—Yo tuve el mismo problema, pero no con mi hermana —dijo Joey, sonriendo al acordarse de Jessica—. En mi caso, eran un fútbolín, un hockey de mesa y un barril de cerveza a presión.

Y con la libertad que da estar en la carretera, procedió a contarle a Jonathan las circunstancias de sus dos últimos años de instituto. Su compañero escuchó con relativa atención, pero sólo mostró interés en una parte de la historia, la relativa al tiempo que vivió con su novia.

—¿Y dónde está esa persona ahora?

—En Saint Paul. Sigue en su casa.

—No jodas —dijo Jonathan, muy impresionado—. Pero un momento. Esa chica que Casey vio entrar en nuestra habitación en el Yom Kippur... no sería ésa, ¿verdad?

—Pues sí —respondió Joey—. Rompimos, pero tuvimos una especie de recaída.

—¡Eres un embustero de mierda! Me dijiste que era sólo un ligue.

—No. Sólo dije que no quería hablar del tema.

—Me hiciste creer que era un ligue. Me parece increíble que la trajeras intencionadamente cuando yo no estaba.

—Como te he dicho, tuvimos una recaída. Ya hemos roto.

—¿En serio? ¿No hablas con ella por teléfono?

—Sólo un poco. Está muy deprimida.

—Me impresiona lo listillo y embustero que me has salido.

—No soy un embustero.

—Dijo el embustero. ¿Tienes una foto de ella en tu ordenador?

—No —mintió Joey.

—Joey el semental secreto —dijo Jonathan—. Joey el fugitivo. Dios mío. Ahora te entiendo mejor.

—Vale, pero aún soy judío, así que aún tengo que caerte bien.

—No he dicho que me caigas mal. He dicho que ahora te entiendo mejor. Me la trae floja que tengas novia, no se lo diré a Jenna. Pero te aviso ya mismo: tú no tienes la llave de su corazón.

—¿Y cuáles?

—Un empleo en Goldman Sachs. Eso es lo que tiene su novio. Según él mismo, su ambición consiste en haber amasado cien millones a los treinta años.

—¿Estará en casa de tus padres?

—No; está en Singapur. Acabó la carrera el año pasado, y lo mandan ya al puto Singapur para no sé qué rollo, una operación de mil millones de dólares que lo tiene ocupado día y noche. Muchacho, mi hermana estará sola en casa suspirando por él.

El padre de Jonathan era el fundador e ínclito presidente de un laboratorio de ideas destinado a la promoción del ejercicio unilateral de la supremacía militar estadounidense con el objetivo de conseguir un mundo más libre y más seguro, sobre todo para Estados Unidos e Israel. A lo largo de octubre y noviembre, rara vez pasaba una semana sin que Jonathan le mostrase a Joey un artículo de opinión en el *Times* o el *Journal* en que su padre se explayaba sobre la amenaza del islamismo radical. También lo habían visto en *News Hour* y en Fox News. Tenía la boca llena de dientes excepcionalmente blancos que resplandecían cada vez que hablaba, y aparentaba edad suficiente para ser el abuelo de Jonathan. Además de Jonathan y Jenna, tenía otros tres hijos mucho mayores de anteriores matrimonios, más dos ex esposas.

La casa de su tercer matrimonio estaba en McLean, Virginia, en una arbolada calle sin salida que semejaba una visión del lugar donde Joey quería vivir en cuanto se hiciese rico. Dentro de la casa, de suelos de roble de veta fina, parecía haber un sinfín de habitaciones que daban a un barranco boscoso donde los pájaros carpinteros volaban vertiginosamente entre árboles en su mayor parte deshojados. Pese a haberse criado en una casa que consideraba llena de libros y buen gusto, Joey se quedó atónito ante la cantidad de libros encuadernados en tapa dura y la evidente gran calidad del botín multicultural que el padre de Jonathan había acumulado durante sus distinguidas etapas de residencia en el extranjero. Si Jonathan se había sorprendido al enterarse de las aventuras de Joey en el instituto, éste no se sorprendía menos ahora al ver el lujoso entorno de clase alta del que procedía su compañero de habitación, un chico desordenado y de modales más bien toscos. Lo único que desentonaba realmente era la recargada y chabacana parafernalia judía, dispuesta en distintos huecos y rincones. Al ver a Joey hacer una mueca ante una menorá plateada especialmente monstruosa, Jonathan le aseguró que era en extremo antigua, rara y valiosa.

La madre de, Jonathan, Tamara, que en su día había sido un auténtico bombón y que en cierto modo todavía lo era, le enseñó a Joey la lujosa habitación con cuarto de baño que sería para su uso exclusivo.

—Jonathan me ha dicho que eres judío —comentó.

—Sí, eso parece —contestó Joey.

—Pero ¿no practicante?

—De hecho, ni siquiera era consciente de serlo hasta hace un mes.

Támara negó con la cabeza.

—Eso no lo entiendo —dijo—. Sé que es muy habitual, pero nunca lo he entendido.

—Tampoco es que fuera cristiano ni nada por el estilo —aclaró Joey a modo de excusa—. No era un asunto importante.

—Bueno, bienvenido seas a esta casa. Quizá encuentres interesante conocer un poco mejor tu legado. Como verás, Howard y yo no somos especialmente conservadores. Sólo pensamos que es importante ser consciente y preservar la memoria.

—Aquí te meterán en vereda a latigazos —dijo Jonathan.

—No te preocupes, serán latigazos muy delicados —le aseguró Tamara con una sonrisa a lo MQMF.

—Me parece muy bien —dijo Joey—. Estoy dispuesto a lo que haga falta.

En cuanto pudieron, los dos se escaparon a la sala de juegos del sótano, cuyo equipamiento habría eclipsado incluso el del gran salón de Blake y Carol. Prácticamente se habría podido jugar al tenis en la superficie de fieltro azul de la mesa de billar de caoba. Jonathan introdujo a Joey en un juego complicado, interminable y frustrante que se llamaba Billar Vaquero y requería una mesa sin mecanismo central de recolección de bolas. Cuando Joey se disponía a sugerir que lo dejaran para pasar al hockey de mesa, juego en el que poseía una pericia aniquiladora, bajó la hermana, Jenna. Desde la cima de sus dos años de ventaja, reconoció apenas la presencia de Joey y empezó a hablar de apremiantes asuntos familiares con su hermano.

Joey comprendió de pronto, como nunca antes, a qué se refería la gente al decir «quedarse sin aliento». Jenna poseía esa inquietante belleza ante la que todo alrededor, incluso las funciones orgánicas básicas del observador, se veía relegado al rango de consideración secundaria. Al lado de su silueta y su tez y su estructura ósea, las facciones que él tanto había admirado en otras chicas «guapas» ahora le parecían burdas aproximaciones a la belleza; ni siquiera sus fotos le hacían justicia. Tenía el pelo espeso y reluciente, de un rubio rojizo, y llevaba un chándal de Duke un par de tallas grandes y un pantalón de pijama de franela, que, lejos de ocultar la perfección de su cuerpo, ponían de manifiesto el poder de éste para imponerse incluso a las prendas más holgadas. Todos los demás objetos en los que Joey posaba la vista en la sala de juegos se distinguían sólo por el hecho de no ser ella: todo era la misma bazofia. Y sin embargo, cuando Joey conseguía por fin lanzarle una mirada furtiva, tenía el cerebro tan alterado que no veía gran cosa. En conjunto, aquello le resultó extrañamente agotador. No sabía qué cara poner que no resultase falsa y afectada. Tenía viva conciencia de estar allí plantado, con la mirada fija en el suelo y una mueca estúpida, mientras ella y su hermano, asombrosamente impertérrito, discutían

sobre la expedición a Nueva York que ella se proponía hacer el viernes para ir de tiendas.

—No puedes endosarnos el Cabriolet —protestó Jonathan—. Montados en ese trasto, Joey y yo pareceríamos una pareja de hecho.

El único defecto evidente de Jenna era su voz, que era aflautada e infantil.

—Sí, claro —dijo—. Una pareja de hecho con vaqueros caídos hasta medio culo.

—Es sólo que no entiendo por qué no puedes ir tú a Nueva York en el Cabriolet —replicó Jonathan—. No sería la primera vez.

—Porque mamá no me deja. No en un puente de fin de semana. El Land Cruiser es más seguro. Te lo devolveré el domingo.

—¿Lo dices en serio? El Land Cruiser es una máquina de volcar. Es un peligro mortal.

—Eso díselo a mamá. Dile que tu coche de estudiante de primero es una máquina de volcar peligrosa y que por eso no puedo llevármelo a Nueva York

—¡Eh! —Jonathan se volvió hacia Joey—. ¿A ti te apetecería pasar el fin de semana en Nueva York?

—¡Claro!

—Tú coge el Cabriolet —dijo Jenna—. Por tres días no te pasará nada.

—No, si me parece una idea genial —dijo Jonathan—. Podemos viajar todos a Nueva York en el Land Cruiser e ir de compras. Puedes ayudarme a buscar un pantalón que esté a la altura de tus exigencias.

—¿Quieres saber las razones por las que ese plan no es ni mínimamente viable? Para empezar, no tenéis dónde alojaros.

—¿Por qué no podemos instalarnos contigo en casa de Nick? ¿Él no está en... Singapur o algo así?

—Nick no querrá que una panda de pipiolos de primero de universidad invadan su apartamento. Además, quizá vuelva el sábado por la noche.

—Dos no son una panda. Sólo seríamos yo y mi compañero de habitación de Minnesota, un chico increíblemente ordenado.

—Soy muy ordenado —aseguró Joey.

—No lo dudo —dijo ella desde su pedestal, con nulo interés. Aun así, la presencia de Joey parecía dificultar su resistencia: no podía mostrarse tan displicente con un desconocido como con su propio hermano—. En el fondo me da igual. Se lo preguntaré a Nick. Pero si él dice que no, no podréis venir.

En cuanto ella se marchó, Jonathan chocó los cinco con Joey.

—New York, New York —canturreó—. Seguro que podremos instalarnos en casa de la familia de Casey si Nick se pone tan gilipollas como de costumbre. Viven por el Upper East Side.

Joey estaba sencillamente anonadado por la belleza de Jenna. Penetró en el espacio que ella había ocupado, que olía ligeramente a pachulí. El hecho de que

podiera pasar todo un fin de semana cerca de ella, por la pura casualidad de ser compañero de habitación de Jonathan, se le antojaba una especie de milagro.

—Tú también, veo —dijo Jonathan, negando con la cabeza con gesto pesaroso—. He aquí la historia de mi joven vida.

Joey se sintió enrojecer.

—Lo que no me explico es cómo has salido tú tan feo.

—Ja, ya sabes lo que dicen de los padres mayores. Mi padre tenía cincuenta y un años cuando nací, hubo dos años cruciales de deterioro genético. No todos los chicos son niños bonitos como tú.

—No me había dado cuenta de que sintieras eso por mí —respondió Joey.

—Pero ¿qué dices? Yo sólo busco la belleza en las chicas, donde tiene que estar.

—Anda y que te den por culo, niño rico.

—Niño bonito, niño bonito.

—Que te den por culo. Venga, vamos a jugar a hockey, y ya verás la paliza que te meto.

—Bueno, mientras lo que quieras meterme sea sólo una paliza...

Pese a las amenazas de Tamara, durante la estancia de Joey en McLean afortunadamente no hubo mucho adoctrinamiento religioso, ni de hecho interacción paterna invasiva de ningún tipo. Jonathan y él se apalancaron ante el *home cinema* del sótano, provisto de asientos abatibles y una pantalla de cien pulgadas, y allí se quedaron hasta las cuatro de la madrugada viendo programas malos de televisión y calumniando el uno al otro su heterosexualidad. El día de Acción de Gracias, cuando por fin se despertaron, llegaba ya a la casa una multitud de parientes. Como Jonathan estaba obligado a hablar con ellos, Joey, sin darse cuenta, acabó flotando por las preciosas habitaciones como una molécula de helio, dedicándose a dibujar líneas visuales por las que podría pasar Jenna o, mejor aún, en las que podría posarse. La inminente excursión a Nueva York, para la que asombrosamente su novio había dado el visto bueno, era una apuesta segura: dispondría, como mínimo, de dos largos viajes en coche para impresionarla. De momento, sólo quería que su vista se acostumbrara a ella, que mirarla no le fuese tan imposible. Llevaba un recatado vestido de cuello alto, un vestido « amistoso », y sabía maquillarse muy bien o apenas se maquillaba. Joey reparó en sus buenos modales, puestos de manifiesto en su paciencia con los tíos calvos y las tías con liftings que al parecer tenían muchas cosas que contarle.

Antes de servirse la cena, Joey se escabulló a su habitación para telefonear a Saint Paul. En su presente estado, llamar a Connie quedaba descartado; la vergüenza por sus conversaciones obscenas, curiosamente adormecida durante todo el otoño, ahora empezaba a dejarse notar. Otra cosa eran sus padres, aunque sólo fuese por los cheques de su madre que venía haciendo efectivos.

En Saint Paul fue su padre quien cogió el teléfono, y habló con él durante no

más de dos minutos antes de entregarle el auricular a su madre, cosa que Joey interpretó como una especie de traición. La verdad era que sentía bastante respeto por su padre —por la coherencia de sus críticas; por el rigor de sus principios—, y habría sentido aún más si su padre no hubiese sido tan deferente con su madre. A Joey le habría venido bien un poco de respaldo masculino, y sin embargo su padre siempre se lo quitaba de encima para endilgárselo a su madre y se desentendía de los dos.

—Eh, hola —dijo ella con una calidez que le erizó el vello.

De inmediato, tomó la determinación de tratarla con severidad, pero, como tantas veces, ella lo desarmó mediante su humor y su arrolladora risa. Casi sin saber cómo, ya le había descrito todo el panorama en McLean, excluyendo a Jenna.

—¡Una casa llena de judíos! —exclamó Patty—. Muy interesante para ti.

—Tú misma eres judía. Y eso me convierte a mí en judío. Y a Jessica, y a los hijos de Jessica si algún día los tiene.

—No, eso es sólo para quienes se han creído el cuento. —Después de tres meses en el este, Joey percibía en ella cierto acento de Minnesota—. Verás, por lo que se refiere a la religión, eres sólo lo que tú dices que eres. Nadie más puede decirlo por ti.

—Pero tú no tienes ninguna religión.

—Precisamente a eso voy. Esa fue una de las pocas cosas en que estuvimos de acuerdo mis padres y yo, alabados sean: en que la religión es una estupidez. Aunque, por lo visto, mi hermana ahora discrepa de mí, lo que significa que nuestro historial de discrepancia acerca de absolutamente todo sigue intacto.

—¿Qué hermana?

—Tu tía Abigail. Por lo visto, está muy metida en la Cábala y en el redescubrimiento de sus raíces judías, por así decirlo. ¿Cómo lo sé?, te preguntarás. Porque nos llegó una de esas cartas en cadena, o de hecho un e-mail, sobre la Cábala, firmada por ella. No me pareció de recibo, así que cogí y le contesté, pidiéndole que por favor no me enviara más cartas en cadena, y ella me respondió hablándome de su Viaje.

—Ni siquiera sé qué es la Cábala —dijo Joey.

—Ah, seguro que Abigail te lo explicaría encantada, si alguna vez te apetece ponerte en contacto con ella. Es muy Importante y Místico; creo que Madonna también anda metida, y con eso ya está dicho todo.

—¿Madonna es judía?

—Sí, claro, Joey, por eso se llama así —se burló su madre.

—Bueno, el caso es que yo intento planteármelo con una mentalidad abierta —contestó—. No me apetece rechazar algo sobre lo que todavía ni siquiera he averiguado nada.

—Eso está bien. ¿Y quién sabe? A lo mejor incluso te es útil.

—A lo mejor —repitió él con frialdad.

En la larguísima mesa del comedor, le tocó sentarse en el mismo lado que Jenna, lo que le ahorró tenerla ante sus ojos y le permitió concentrarse en la conversación con uno de los tíos calvos, quien dio por supuesto que era judío y lo obsequió con una descripción de su reciente viaje de trabajo-barra-ocio a Israel. Joey fingió estar familiarizado y quedar muy impresionado con gran parte de lo que para él era totalmente ajeno: el Muro de las Lamentaciones y sus túneles, la Torre de David, Masada, Yad Vashem. Un rencor de efecto retardado hacia su madre, unido a la magnificencia de la casa y la fascinación con Jenna y cierto sentimiento desconocido de auténtica curiosidad intelectual, lo llevó a concebir el sincero deseo de ser más judío: de ver cómo podía llegar a sentirse uno con esa clase de pertenencia.

El padre de Jonathan y Jenna, en el extremo opuesto de la mesa, pontificaba sobre política exterior, explayándose de manera tan imperiosa que, poco a poco, las demás conversaciones se apagaron. Las carnosidades que le colgaban del cuello, semejantes a las de un pavo, se notaban más en vivo que por televisión, y resultó que su sonrisa blanca-blanca destacaba tanto a causa de la pequeñez de su cráneo, que casi parecía haberse encogido. La circunstancia de que una persona tan marchita hubiese engendrado a la asombrosa Jenna se le antojó a Joey algo tan enigmático como su propia eminencia. Hablaba del «nuevo libelo de sangre» que circulaba en el mundo árabe, la mentira de que no había judíos en las Torres Gemelas el 11-S, y de la necesidad, en tiempos de emergencia nacional, de contrarrestar esas mentiras malignas con benévolas medias verdades. Habló de Platón como si hubiese sido personalmente instruido por él sentado a sus pies atenienses. Llamaba a los miembros del gabinete presidencial por su nombre de pila, explicando que «nosotros» hemos estado «presionando» al presidente para que aproveche este momento histórico único, resuelva un estancamiento geopolítico sin solución y expanda radicalmente el ámbito de la libertad. En épocas normales, dijo, la gran masa de la opinión pública norteamericana era aislacionista e ignorante, pero los atentados terroristas «nos» habían proporcionado una oportunidad de oro, la primera desde el final de la Guerra Fría, para que «el filósofo» (qué filósofo, exactamente, no le quedó claro a Joey, o acaso se le escapara una mención anterior) interviniera y uniese al país en apoyo de la misión que, como había revelado su filosofía, era correcta y necesaria.

—Tenemos que aprender a no sentirnos incómodos por forzar algunos datos —dijo, con su sonrisa, a un tío que había puesto en duda discretamente la capacidad nuclear de Iraq—. Nuestros medios de comunicación modernos son sombras muy borrosas en la pared, y el filósofo tiene que estar dispuesto a manipular dichas sombras al servicio de una verdad mayor.

Entre el impulso de Joey por impresionar a Jenna y la irrupción de este

impulso en forma de palabras reales existió sólo un breve segundo de terror en caída libre.

—Pero ¿cómo sabe que es la verdad?—preguntó, levantando la voz.

Todas las cabezas se volvieron hacia él, y el corazón empezó a palparle con fuerza.

—Nunca lo sabemos con certeza —dijo el padre de Jenna, recurriendo al truco de la sonrisa—. En eso tienes razón. Pero cuando descubrimos que nuestra comprensión del mundo, basada en décadas de atento estudio empírico por parte de las mentes más brillantes, concuerda sorprendentemente con el principio inductivo de la libertad humana universal, tenemos un buen indicio de que nuestro pensamiento está al menos bastante bien encaminado.

Joey movió la cabeza en un entusiasta gesto de asentimiento, para manifestar su total y profunda conformidad, y se sorprendió cuando, a su pesar, insistió:

—Pero podría decirse que, en cuanto empezamos a mentir sobre Iraq, no somos mejores que los árabes con su mentira de que el 11-S no murió ningún judío.

El padre de Jenna, sin inmutarse lo más mínimo, dijo:

—Eres un joven muy inteligente, ¿eh?

Joey no supo si el comentario era irónico.

—Según Jonathan, eres un excelente estudiante —prosiguió el viejo con amabilidad—. Y supongo, pues, que ya has pasado por la experiencia de sentir frustración ante personas que no son tan inteligentes como tú. Personas que no sólo son incapaces de reconocer ciertas verdades cuya lógica para ti es evidente, sino que, además, se niegan a hacerlo. Y ni siquiera parece importarles que su lógica sea defectuosa. ¿Nunca has sentido esa clase de frustración?

—Pero eso es porque son libres —dijo Joey—. ¿La libertad no es eso? ¿El derecho a pensar lo que uno quiere? Y sí, lo admito, a veces es un coñazo.

En torno a la mesa, los comensales rieron entre dientes.

—En eso tienes toda la razón —convino el padre de Jenna—. La libertad es un coñazo. Y por eso precisamente es tan importante que aprovechemos la oportunidad que se nos ha presentado este otoño. Conseguir, por cualquier medio a nuestro alcance, que una nación de personas libres se desprenda de su lógica defectuosa y se adhiera a una lógica mejor.

Incapaz de seguir siendo el centro de atención un solo segundo más, Joey asintió con la cabeza en un gesto aún más entusiasta.

—Tiene razón —dijo—. Ya veo, sí, tiene razón.

El padre de Jenna continuó desembuchando datos forzados y opiniones firmes de los que Joey apenas oyó nada. Le palpitaba todo el cuerpo por la emoción de haber manifestado su punto de vista y haber sido oído por Jenna. Estaba recuperando la sensación que había perdido en otoño, la sensación de ser un protagonista. Cuando Jonathan se levantó de la mesa, Joey, vacilante, se puso en

pie y lo siguió hasta la cocina, donde reunieron vino no consumido suficiente para llenarse sendos vasos de medio litro.

—Eh, chaval —dijo Joey—, no hay que mezclar así el tinto y el blanco.

—Es rosado, memo —contestó Jonathan—. ¿Desde cuándo vas de enólogo?

Se llevaron sus vasos rebosantes al sótano y consumieron el vino mientras jugaban al hockey de mesa. Joey aún se sentía palpar tanto que apenas notó los efectos, y menos mal, porque el padre de Jonathan bajó y se unió a ellos.

—¿Y si jugamos un rato al Billar Vaquero? —propuso, frotándose las manos—. ¿Supongo que Jonathan ya te ha enseñado el juego de la casa?

—Sí, se me da fatal —admitió Joey.

—Es el rey de todos los juegos de billar. Combina lo mejor del billar francés y el billar americano —dijo el viejo mientras colocaba la bola 1, la bola 3 y la bola 5 en sus sitios correspondientes.

A Jonathan, la presencia de su padre parecía abochornarlo un poco, cosa que interesó a Joey, ya que tendía a dar por supuesto que sólo sus propios padres podían abochornar a alguien.

—Tenemos otra regla especial de la casa que estoy dispuesto a aplicarme esta noche. ¿Tú qué opinas, Jonathan? La finalidad es impedir que un jugador muy hábil sitúe la bola blanca en buena posición para colar la 5 y anotarse los puntos. Vosotros sí podréis hacerlo, en el supuesto de que dominéis ya el tiro directo con la bola blanca, mientras que yo estoy obligado a hacer una carambola o meter una de las otras bolas cada vez que meta la 5.

Jonathan puso los ojos en blanco.

—Ya, nos parece muy bien, papá.

—Venga, pongamos las bolas en marcha.

Joey y Jonathan se miraron y prorrumpieron en risitas de mofa. El viejo ni se dio cuenta.

A Joey le fastidiaba jugar tan mal a algo, y los efectos del vino se pusieron de manifiesto cuando el viejo le dio unas cuantas pistas que sólo sirvieron para demostrar que jugaba aún peor. Jonathan, entretanto, competía con intensidad, esforzándose con una expresión de absoluta seriedad que Joey no le había visto hasta entonces. Durante una de sus series más largas de jugadas sucesivas, su padre se llevó a Joey aparte y le preguntó por sus planes para el verano.

—Para eso aún falta mucho —contestó él.

—No tanto, en realidad. ¿Cuáles son tus principales áreas de interés?

—Básicamente necesito ganar dinero, y quedarme en Virginia. Me pago yo los estudios.

—Eso me ha contado Jonathan. Me parece una ambición loable. Y perdona si me meto donde no debo, pero me ha dicho mi mujer que empiezas a desarrollar cierto interés por tu legado judío sin haber sido educado en la fe. No sé si eso tiene algo que ver con tu decisión de abrirte paso en la vida por ti mismo, pero si

es el caso, quiero felicitarte por tu pensamiento independiente y por el valor que eso presupone. A su debido tiempo, incluso es posible que vuelvas para guiar a tu familia en su propia exploración.

—Desde luego, lamento no saber nada al respecto.

El viejo negó con la cabeza con el mismo gesto de desaprobación que su esposa.

—Tenemos la tradición más maravillosa y perdurable del mundo —dijo—. Creo que debería ejercer especial atracción entre los jóvenes de hoy en día, porque tiene que ver con la elección personal. Nadie le dice a un judío qué debe creer. Uno tiene que decidirlo por sí solo. Puedes elegir tus propias aplicaciones y funcionalidades, por así decirlo.

—Ya, muy interesante —respondió Joey.

—¿Y qué otros planes tienes? ¿Te interesa una carrera en el mundo de la empresa, tal como por lo visto interesa a todos en estos tiempos?

—Sí, por supuesto. Tengo la intención de especializarme en Empresariales.

—Eso está bien. Querer ganar dinero no tiene nada de malo. La verdad es que yo no tuve que ganármelo, aunque admito sin ningún empacho que he administrado bien el que recibí. Estoy muy en deuda con mi bisabuelo de Cincinnati, que llegó aquí sin nada. Este país le dio una oportunidad y la libertad de sacarle el máximo provecho a sus aptitudes. Por eso decidí dedicar mi vida a lo que la he dedicado: a honrar esa libertad y asegurarme de que en el siglo que ahora empieza Estados Unidos disfrute de las mismas ventajas. Ganar dinero no tiene nada de malo, nada en absoluto. Pero en tu vida debe haber algo más que eso. Debes elegir de qué bando estás, y luchar por él.

—Coincido plenamente —dijo Joey.

—Es posible que este verano haya algún empleo bien pagado en el Instituto, si te interesa hacer algo por tu país. Nuestra recaudación de fondos se ha disparado desde los atentados, cosa muy gratificante. Podrías plantearte solicitar una plaza si ése es tu deseo.

—¡Por supuesto! —exclamó Joey. Al oírse, tuvo la sensación de ser él mismo uno de los jóvenes interlocutores de Sócrates, cuyos diálogos, página tras página, consistían en variaciones de « Sí, incuestionablemente» y « Sin duda así debe ser» —. Me parece una idea excelente. Presentaré la solicitud, por supuesto.

Dándole demasiado efecto abajo a la bola blanca, Jonathan marró el tiro inesperadamente, y quedaron así anulados todos los puntos que había acumulado en su serie.

—¡Mierda! —exclamó, y por si no había quedado claro, añadió—: ¡Mierda!

Golpeó el borde de la mesa con el taco, a lo que siguió un momento un poco incómodo.

—Debes ser especialmente cuidadoso cuando has sumado muchos tantos en una serie —dijo su padre.

—Ya lo sé, papá. Ya lo sé. Iba con mucho cuidado. Es sólo que vuestra conversación me ha distraído un poco.

—Joey, ¿te toca a ti?

¿Por qué presenciar el hundimiento de un amigo le producía el deseo incontrolable de sonreír? Experimentó un maravilloso sentimiento de liberación por no tener que interactuar así con su propio padre. A cada instante que pasaba, sentía que recobraba la buena suerte. En interés de Jonathan, se alegró de fallar su siguiente tiro.

Pero Jonathan se cabreó con él de todos modos. Después de marcharse su padre, vencedor en dos ocasiones, empezó a llamar a Joey maricón de maneras ya menos graciosas y para acabar dijo que ir a Nueva York con Jenna ya no le parecía tan buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó Joey, acongojado.

—No lo sé. No me apetece, así de sencillo.

—Pero será una pasada. Podemos intentar entrar en la Zona Cero y ver cómo ha quedado.

—Está prohibido el acceso. No se ve nada.

—También quiero ver dónde ruedan el programa *Today show*

—Es una tontería. Sólo es una ventana.

—Venga, es Nueva York. Tenemos que ir.

—Ve tú con Jenna, pues. En definitiva, eso es lo que quieres, ¿no? Ve a Manhattan con mi hermana, y luego trabaja para mi padre el verano que viene. Y mi madre monta muy bien a caballo. Quizá también quieras salir a montar con ella.

El único lado malo de la buena suerte de Joey eran los momentos en que parecía llegarle a costa de otra persona. Como él no conocía la envidia, se impacientaba con las manifestaciones de dicho sentimiento en otros. En el instituto, más de una vez había tenido que poner fin a la amistad con chicos incapaces de asumir que él tuviese tantos amigos más. En esos casos, pensaba: madura de una puta vez. Pero su amistad con Jonathan no admitía esa clase de fin, al menos durante el resto del curso académico, y si bien a Joey le molestó su enfurruñamiento, entendía plenamente el dolor de ser hijo.

—Vale —dijo—. Nos quedaremos aquí. Puedes enseñarme Washington. ¿Es eso lo que prefieres?

Jonathan se encogió de hombros.

—Lo digo en serio —insistió Joey—. Quedémonos en Washington.

Jonathan reflexionó un momento. Por fin contestó:

—Lo tenías en el bolsillo. Con todo ese rollo sobre la mentira noble... Lo tenías en un puño, y de pronto te descuelgas con esa sonrisa de comemierda. Eres un puto maricón lameculos, das pena.

—Ya, pero tú tampoco has dicho ni pío, como he podido comprobar.

—Yo ya he pasado por eso.

—¿Y por qué he de pasar yo, pues?

—Porque no has pasado todavía. No te has ganado aún el derecho a no pasar por eso. No te has ganado una mierda.

—Dijo el chico del Land Cruiser.

—Oye, no quiero hablar más del tema. Me voy a leer un rato.

—Bien.

—Iré a Nueva York contigo. Y me da lo mismo si te acuestas con mi hermana. Probablemente os merecéis el uno al otro.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo descubrirás.

—Venga, seamos amigos, ¿vale? No tengo ninguna necesidad de ir a Nueva York

—No, no, iremos —insistió Jonathan—. Por patético que parezca, la verdad es que no quiero conducir ese Cabriolet.

Arriba en su habitación, que olía a pavo, Joey encontró una pila de libros en la mesilla —Elie Wiesel, Chaim Potok, *Éxodo, La historia del pueblo judío*— y una nota del padre de Jonathan: « Un pequeño incentivo para ti. Puedes quedártelos o dárselos a otro con entera libertad. Howard» . Mientras los hojeaba, sintiendo una profunda falta de interés personal y a la vez un respeto cada vez mayor por quienes sí se interesaban, Joey volvió a indignarse con su madre. De pronto, vio su escaso respeto por la religión como una manifestación más de su yo y yo: su copernicano deseo competitivo de ser el sol en torno al que giraban todas las cosas. Antes de acostarse, marcó el 411 y pidió el número de Abigail Emerson en Manhattan.

Al día siguiente, cuando Jonathan aún dormía, telefoneó a Abigail y se presentó como el hijo de su hermana y le anunció que iría a Nueva York. En respuesta, su tía soltó una extraña risotada y le preguntó si se le daba bien la fontanería.

—¿Cómo dices?

—Las cosas bajan pero no se quedan abajo —explicó Abigail—. Es lo mismo que me pasa a mí cuando bebo demasiado coñac.

Procedió a hablarle de la escasa altitud de Greenwich Village y su obsoleto sistema de alcantarillado, de los planes para el puente de Acción de Gracias del encargado de mantenimiento, de los pros y contras de los apartamentos en una planta baja con patio interior, y del « placer» de regresar en plena noche el día de Acción de Gracias y encontrarse los residuos no plenamente desintegrados de los retretes de los vecinos flotando en su bañera y acumulados en el contorno del fregadero de su cocina.

—Es todo muy, pero que muuy agradable —dijo—. El punto de partida ideal para un largo puente sin encargado.

—Bueno, ya, el caso es que he pensado que a lo mejor podríamos vernos o algo así —sugirió Joey.

Ya empezaba a arrepentirse, pero de pronto su tía se mostró receptiva, como si su monólogo hubiese sido un residuo de sí misma que necesitaba eliminar tirando de la cadena.

—¿Sabes? —dijo—, he visto fotos de ti y de tu hermana. Unas fotos muuuy bonitas, en vuestra casa, una casa muuuy hermosa. Creo que incluso te reconocería si te viera por la calle.

—Ajá.

—Por desgracia, mi apartamento no está tan hermoso en estos momentos. ¡Por no hablar de ciertas fragancias! Pero si te apetece quedar conmigo en mi cafetería preferida, y ser atendido por el camarero más gay del Village, que es mi mejor amigo personal de sexo masculino, estaría muuuy encantada. Podré contarte todas las cosas que tu madre no quiere que sepas sobre nosotros.

Eso le gustó más a Joey, y concertaron una cita.

Para el viaje a Nueva York, Jenna se llevó a una amiga de sus tiempos en el instituto, Bethany, que era una chica del montón sólo comparativamente. Se sentaron detrás, donde Joey no podía ver a Jenna ni oír, con el interminable gimoteo en estéreo de Slim Shady y el canturreo de Jonathan, la conversación entre ambas. Las únicas interacciones entre los asientos delantero y trasero eran las críticas de Jenna a la manera de conducir de su hermano. Como si su hostilidad hacia Joey de la noche anterior se hubiese transmutado en violencia vial, Jonathan conducía pegado al coche de delante a ciento treinta por hora e insultaba entre dientes a los conductores menos agresivos; en términos generales, parecía recrearse en su conducta de capullo.

—Gracias por no matarnos —dijo Jenna cuando el todoterreno acababa de detenerse en un aparcamiento desorbitantemente caro del centro, y la música, afortunadamente, había cesado.

Pronto se comprobó que el viaje contenía todos los ingredientes de un desastre. El novio de Jenna, Nick, compartía un apartamento decrepito y laberíntico, en la calle Cincuenta y cuatro, con otros dos agentes de Wall Street en prácticas, que también se habían ido a pasar el fin de semana fuera. Joey quería ver la ciudad, y más aún quería no darle a Jenna la imagen de que era uno de esos criajos que sólo oían a Eminem; pero el salón estaba equipado con un enorme televisor de plasma y una Xbox último modelo que Jonathan insistió en que debían empezar a disfrutar de inmediato.

—Hasta luego, chicos —se despidió Jenna cuando Bethany y ella se marcharon a ver a otros amigos.

Al cabo de tres horas, Joey propuso salir a dar una vuelta antes de que se hiciera demasiado tarde, y Jonathan le contestó que se dejara de mariconadas.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le preguntó Joey.

—No, perdona, ¿qué te pasa a ti? Si querías hacer cosas de chicas, tenías que haberte pegado a las faldas de Jenna.

La verdad era que a Joey le atraía bastante hacer cosas de chicas. Le gustaban las chicas, añoraba su compañía y su manera de hablar de las cosas; echaba de menos a Connie.

—Eres tú quien dijo que quería ir de compras.

—¿Qué problema tienes? ¿Es que los pantalones no me marcan el culo lo suficiente?

—Tampoco estaría de más cenar algo.

—Ya, en algún sitio romántico, solos tú y yo.

—¿Una pizza de Nueva York? ¿No se supone que es la mejor pizza del mundo?

—No, la mejor es la de New Haven.

—Vale, un deli, pues. Un deli de Nueva York. Me muero de hambre.

—Pues ve a mirar en la nevera.

—Ve tú a mirar en la puta nevera. Yo me largo de aquí.

—Sí, muy bien. Tú verás.

—¿Estarás aquí cuando vuelva? ¿Para poder entrar?

—Sí, cielo.

Con un nudo en la garganta, femeninamente cerca del llanto, Joey salió de allí y se adentró en la noche. Lo decepcionaba que Jonathan, siempre tan enrollado, ahora estuviera así. De pronto tenía una clara percepción de su propia madurez superior, y mientras vagaba entre el gentío que iba de tiendas por la Quinta Avenida a última hora del día, se planteó cómo transmitirle esa madurez a Jenna. Le compró dos salchichas polacas a un vendedor ambulante y se abrió paso entre una muchedumbre aún más densa ante el Rockefeller Center y vio a los patinadores sobre hielo y admiró el enorme árbol de Navidad apagado, las conmovedoras alturas iluminadas con focos de la torre de la NBC. Pues sí, le gustaba hacer cosas de chicas, ¿y qué? Eso no lo convertía en un afeminado. Simplemente le creaba una sensación de gran soledad. Mientras veía a los patinadores, lleno de añoranza por Saint Paul, telefoneó a Connie. Estaba trabajando en el Frost's y sólo pudo hablar lo justo para que él le dijera que la echaba de menos, le describiera el sitio donde estaba y añadiera que ojalá pudiera enseñárselo.

—Te quiero, cariño —dijo ella.

—Yo también te quiero.

A la mañana siguiente, tuvo su oportunidad con Jenna. Al parecer, ella era muy madrugadora y ya había salido a comprar el desayuno cuando Joey, también madrugador, entró en la cocina con una camiseta de la Universidad de Virginia y unos calzoncillos bóxer con estampado de cachemira. Al encontrarla leyendo un libro a la mesa de la cocina, se sintió casi en cueros.

—He comprado unos bagels para ti y mi hermano, aunque él no se lo

merece.

—Gracias —contestó, dudando si debía ir a ponerse un pantalón o sencillamente seguir exhibiendo el paquete. Como Jenna no mostró mayor interés por él, decidió correr el riesgo de no vestirse. Pero de pronto, mientras esperaba a que se tostara un bagel y lanzaba miradas furtivas al pelo de Jenna y a sus hombros y sus piernas desnudas cruzadas, empezó a empalmarse. Cuando estaba a punto de huir al salón, ella alzó la vista y dijo:

—Lo siento, pero este libro... Este libro es un soberano tostón.

Él se resguardó detrás de una silla.

—¿De qué trata?

—Yo creía que trataba de la esclavitud. Ahora ya ni siquiera sé muy bien de qué va. —Le mostró dos páginas opuestas de apretada prosa—. ¿Sabes lo más curioso? Ésta es la segunda vez que lo leo. Es lectura obligatoria en la mitad de las asignaturas en Duke. Y sigo sin descifrar el argumento. Ya me entiendes, lo que les pasa realmente a los personajes.

—Yo leí *La canción de Salomón* en el instituto el año pasado —dijo Joey—. Me impresionó bastante. Diría que es la mejor novela que he leído en mi vida.

Jenna adoptó una complicada expresión de indiferencia hacia él y de irritación con su libro. Joey se sentó a la mesa frente a ella, mordió el bagel y masticó un rato, masticó un poco más y finalmente comprendió que tragar iba a ser un problema. Pero no había ninguna prisa, ya que Jenna aún intentaba leer.

—¿Qué crees que le pasa a tu hermano? —preguntó después de conseguir bajar unos cuantos bocados.

—¿A qué te refieres?

—Está un poco agilipollado. Un poco inmaduro. ¿No te parece?

—A mí no me preguntes. Es tu amigo.

Jenna mantuvo la mirada fija en su libro. Su desdeñosa impasibilidad era idéntica a la de las chicas de primero en la Universidad de Virginia. La única diferencia era que a él le resultaba aún más atractiva que esas otras chicas, y que ahora la tenía tan cerca que olía su champú. Debajo de la mesa, en sus bóxers, su erección a media asta apuntaba hacia ella como la figura del capó de un Jaguar.

—¿Y qué planes tienes para hoy? —preguntó Joey.

Jenna cerró el libro como si se resignase a la permanente presencia de él.

—Iré de compras —contestó—. Y esta noche hay una fiesta en Brooklyn. ¿Y vosotros?

—Por lo visto, nada, ya que tu hermano no quiere salir del apartamento. Tengo una tía con la que en principio he quedado a las cuatro, pero eso es todo.

—Me parece que para los chicos es más difícil —dijo Jenna—. Estar en casa. Mi padre es un hombre *extraordinario*, y yo eso lo llevo bien, llevo bien que sea famoso. Pero creo que Jonathan siempre tiene la sensación de que debe demostrar algo.

—¿Viendo la televisión diez horas seguidas?

Ella frunció el cejo y miró a Joey a la cara.

—¿Mi hermano te cae bien, al menos?

—Por supuesto. Pero es que está muy raro desde el jueves por la noche. Por ejemplo, su manera de conducir ayer... He pensado que a lo mejor tú tenías alguna explicación.

—Creo que para él lo más importante es que lo acepten por sí mismo. Ya me entiendes, y no por ser quien es nuestro padre.

—Ya —dijo Joey. Y tuvo la inspiración de añadir—: O por ser quien es su hermana.

¡Ella se ruborizó! Un poco. Y negó con la cabeza.

—Yo no soy nadie.

—Ja, ja, ja —dijo él, ruborizándose también.

—Bueno, desde luego no soy como mi padre. No tengo grandes ideas, ni una gran ambición. Si a eso vamos, soy una persona insignificante y egoísta. Cuarenta hectáreas en Connecticut, unos cuantos caballos y un mozo de cuadra a jornada completa. Quizá un jet privado, y con eso me conformo.

Joey advirtió que había bastado una simple alusión a su belleza para hacer que se abriera y empezara a hablar de sí misma. Y en cuanto la puerta se abrió apenas un milímetro, en cuanto él se coló a través de la rendija, supo qué hacer. Cómo escuchar y cómo entender. No era una manera falsa de escuchar ni una manera falsa de entender. Era Joey en el País de las Mujeres. Poco después, a la turbia luz invernal de la cocina, mientras recibía instrucciones de Jenna sobre cómo rellenar un bagel debidamente con salmón ahumado, cebolla y alcaparras, no se sentía mucho más incómodo de lo que se habría sentido hablando con Connie, o su propia madre, o su abuela, o la madre de Connie. La belleza de Jenna no era ahora menos deslumbrante, pero su erección había remitido por completo. Joey le contó algunos detalles sobre sus circunstancias familiares, y ella a cambio reconoció que su propia familia no estaba muy contenta con su novio.

—Es delirante —comentó—. Creo que ésa es una de las razones por las que Jonathan quería venir y ahora se niega a salir del apartamento. Cree que así conseguirá interponerse entre Nick y yo de alguna manera. Como si metiéndose por medio y rondando alrededor pudiera poner fin a la relación.

—¿Por qué no les cae bien Nick?

—Bueno, para empezar, es católico. Y en la universidad jugaba en el primer equipo de lacrosse. Es superinteligente, pero no inteligente de la manera que ellos ven con buenos ojos. —Jenna soltó un risita—. Una vez le hablé del laboratorio de ideas de mi padre, y en la siguiente fiesta de su fraternidad colgaron un cartel en el barril de cerveza donde ponía «Laboratorio de ideas». Me pareció para desternillarse de risa. En fin, y a te haces una idea.

—¿Te emborrachas mucho?

—No; tengo el aguante de una pulga. Nick también dejó de beber en cuanto empezó a trabajar. Ahora toma un cubata de Jack Daniels por semana. Está totalmente centrado en abrirse camino. Fue el primero en su familia que estudió una carrera universitaria, todo lo contrario que en la mía, donde no eres nadie si tienes un solo doctorado.

—¿Y te trata bien?

Ella desvió la mirada con un asomo de algo en el rostro.

—Con él me siento increíblemente segura. Por ejemplo, pensé, si hubiésemos estado en las torres el 11 de Septiembre, incluso en un piso alto, él habría encontrado la manera de sacarnos. Lo habría conseguido, ésa es la sensación que tengo.

—En Cantor Fitzgerald había muchos tíos así —señaló Joey—. Unos *traders* muy duros. Y no salieron de allí.

—Entonces no eran como Nick—aseguró ella.

Al verla cerrarse en banda de ese modo, Joey se preguntó hasta qué punto tendría que endurecerse, y cuánto dinero tendría que ganar para participar siquiera en la competición por mujeres como ella. Bajo el bóxer, su polla se agitó de nuevo, como declarando que estaba dispuesta a aceptar el desafío. Pero otras partes más blandas de él, su corazón y su cerebro, sucumbieron a la desesperanza ante la envergadura del reto.

—Puede que hoy me dé una vuelta por Wall Street —anunció.

—Los sábados está todo cerrado.

—Sólo quiero ver cómo es, porque a lo mejor acabo trabajando allí.

—Sin ánimo de ofender —dijo Jenna a la vez que volvía a abrir el libro—, a ti se te ve demasiado buena persona para eso.

Cuatro semanas después, Joey estaba otra vez en Manhattan, cuidando la casa de su tía Abigail. Se había pasado el otoño agobiado planteándose dónde pasar las vacaciones de Navidad, porque sus dos casas rivales en Saint Paul se excluían mutuamente, y porque tres semanas eran demasiado tiempo para abusar de la hospitalidad de la familia de un amigo reciente de la universidad. Había planeado vagamente pasarlas con uno de sus mejores amigos del instituto, y así estaría en situación de visitar por separado a sus padres y los Monaghan, pero dio la casualidad de que Abigail se iba esas navidades a Aviñón para asistir a un taller internacional de mímica y, en el puente de Acción de Gracias, cuando se vieron, estaba preocupada por quién se quedaría en su apartamento de Charles Street y velaría por las complejas necesidades dietéticas de sus gatos, *Tigger* y *Piglet*.

El encuentro con su tía había sido interesante, aunque unilateral. Abigail, si bien más joven que su madre, parecía considerablemente mayor en todos los

sentidos excepto en la indumentaria, que era de putilla adolescente. Olía a tabaco, y tenía una manera conmovedora de comerse el pastel de mousse de chocolate, troceando cada pequeño bocado para un intensivo paladeo, como si eso fuera lo mejor que iba a ocurrirle ese día. Las contadas preguntas que dirigió a Joey las respondió ella misma sin darle tiempo a decir nada. Básicamente, recitó un monólogo, salpicado de comentarios irónicos y afectadas exclamaciones, que era como un tren al que dejaba subir a Joey de un salto para viajar con ella un rato, y él mismo debía aportar el contexto e intentar adivinar el sentido de muchas alusiones. Al oír su cháchara, Joey tuvo la sensación de estar ante una triste versión caricaturesca de su madre, una advertencia de lo que ésta podía llegar a ser si no se andaba con cuidado.

Por lo visto, para Abigail, la mera existencia de Joey era un reproche que exigía una extensa descripción de su vida. Ella no estaba hecha para el rollo tradicional matrimonio-niños-casa, dijo, ni para el mundo superficial y mercantilista del teatro convencional, con sus degradantes audiciones amañadas y sus directores de reparto que sólo querían a la modelo del año y no tenían ni remota idea de lo que era originalidad de expresión, ni para el mundo de los monologuistas, en el que había intentado entrar malgastando un tiempo muuy valioso, desarrollando un material excelente sobre la «verdad» de la infancia en los barrios residenciales de las ciudades estadounidenses, hasta caer en la cuenta de que todo se reducía a testosterona y humor escatológico. Criticó exhaustivamente a Tina Fey y Sarah Silverman y luego ensalzó el talento de varios «artistas», todos hombres, que, concluyó Joey, debían de ser mimos o payasos, y con quienes ella mantenía un contacto cada vez mayor, aunque todavía básicamente a través de talleres, hecho por el que se consideraba afortunada. Mientras ella hablaba y hablaba sin parar, Joey se dio cuenta de que admiraba la determinación de Abigail de sobrevivir sin el tipo de éxito que para él aún era una posibilidad verosímil. Estaba tan chiflada y absorta en sí misma que Joey se libró de la molestia de sentirse culpable y pudo pasar directamente a la compasión. Percibió que, como representante no sólo de su propia suerte superior, sino también de la suerte de la hermana de Abigail, no podía dar mayor muestra de consideración a su tía que dejarla justificarse ante él y prometerle ir a verla actuar en cuanto tuviera ocasión. A cambio, Abigail lo recompensó con el ofrecimiento de que le cuidara la casa.

Los primeros días en la ciudad, mientras iba de tienda en tienda con Casey, su compañero de planta en la residencia, fueron como una continuación hipervivida de los sueños urbanos que tenía durante la noche. Una masa de humanidad echándose sobre él desde todas direcciones. Músicos andinos tocando la flauta y el tambor en Union Square. Bomberos solemnes saludando con la cabeza a la multitud congregada ante un santuario dedicado al 11-S frente a un cuartel de bomberos. Un par de mujeres con abrigos de piel apropiándose descaradamente

de un taxi que Casey había parado delante de Bloomingdale's. Lolitas de secundaria, con vaqueros bajo las minifaldas, repantigadas en el metro con las piernas abiertas. Chavales negros con trenzas africanas y enormes y amenazadoras parkas, soldados de la Guardia Nacional de patrulla en Grand Central con armas de última generación. Y la abuela china pregonando DVD de películas que ni siquiera se habían estrenado, el bailarín de breakdance que se desgarró un músculo o un tendón y se sentó en el suelo meciéndose de dolor en un vagón de metro de la línea 6, el saxofonista insistente al que Joey dio cinco dólares para que pudiera trasladarse hasta el local donde tenía un concierto, pese a advertirle Casey que era un timo: cada encuentro era como un poema que memorizaba al instante.

Los padres de Casey vivían en un apartamento con un ascensor cuyas puertas daban directamente a la vivienda, elemento imprescindible, decidió Joey, si alguna vez triunfaba en Nueva York Comió con ellos en Nochebuena y Navidad, apuntalando así las mentiras que les había contado a sus padres sobre dónde pasaría las fiestas. Pero Casey y su familia se iban a esquiar a la mañana siguiente, y en cualquier caso Joey sabía que su hospitalidad para con él empezaba a agotarse. Cuando regresó al apartamento, maloliente y lleno de trastos, y se encontró con que *Piglet y/o Tigger* habían vomitado en varios sitios, en una punitiva protesta felina por ausentarse él todo el día, tomó conciencia súbitamente de lo raro y estúpido que era su plan de pasar dos semanas enteras solo.

De inmediato lo empeoró todo aún más hablando con su madre y reconociendo que parte de sus planes « se habían venido abajo » y « en lugar de eso » estaba cuidándole la casa a la hermana de ella.

—¿En el apartamento de Abigail? —preguntó su madre—. ¿Tú solo? ¿Y ella ni siquiera se habla conmigo? ¿En Nueva York? ¿Tú solo?

—Sí —contestó Joey.

—Lo siento, pero tienes que decirle que es inaceptable. Dile que me llame en el acto. Esta noche. En el acto. De inmediato. Sin falta.

—Ya es tarde para eso. Está en Francia. Pero no pasa nada. Éste es un barrio muy seguro.

Su madre ya no escuchaba. Cruzaba unas palabras con su padre, palabras que Joey no distinguió pero que le parecieron un tanto históricas. Y de pronto su padre se puso al aparato.

—¿Joey? Escúchame. ¿Estás ahí?

—¿Dónde voy a estar?

—Escúchame. Si no tienes la decencia de venir a pasar unos días con tu madre en una casa que ha significado tanto para ella y en la que nunca más vas a poner los pies, por mí no hay inconveniente. Ha sido una horrenda decisión tuya de la que ya tendrás tiempo de arrepentirte. Y las cosas que dejaste en tu

habitación, de las que esperábamos que vinieras a ocuparte... en fin, ya las donaremos a la beneficencia, o dejaremos que los basureros se lo lleven todo. Es algo que pierdes tú, no nosotros. Pero estar solo en una ciudad donde eres demasiado joven para estar solo, una ciudad donde se han producido repetidamente atentados terroristas, y donde vas a estar no sólo una noche o dos, sino semanas, es la mejor manera de provocar en tu madre un estado de angustia permanente.

—Papá, es un barrio totalmente seguro. Es Greenwich Village.

—Pues le has amargado las fiestas a tu madre. Y vas a amargarle los últimos días en esta casa. No sé por qué a estas alturas sigo esperando más de ti, pero estás demostrándole un *egoísmo brutal* a una persona que te quiere más de lo que ni siquiera puedes imaginar.

—¿Y por qué no me lo dice ella? —replicó Joey—. ¿Por qué tienes que decirme tú? ¿Cómo sé que es verdad?

—Si tuvieras una pizca de imaginación, sabrías que es verdad.

—¡Pues no, si ella misma nunca lo dice! Y si tú tienes un problema conmigo, ¿por qué no me dices cuál es tu problema, en lugar de hablar siempre de los problemas de ella?

—Porque, sinceramente, yo no estoy tan preocupado como ella —contestó su padre—. No creo que seas tan listo como te crees, me temo que no eres consciente de todos los peligros que hay en el mundo. Pero sí creo que eres lo bastante listo y sabes cuidarte solo. Si alguna vez te metes en un aprieto, espero que seamos los primeros a quienes llames. Por lo demás, has tomado tu decisión en la vida y yo no puedo hacer nada al respecto.

—Pues muchas gracias —dijo Joey, sólo con relativo sarcasmo.

—No me des las gracias. Siento muy poco respeto por lo que estás haciendo. Me limito a reconocer que tienes dieciocho años y eres libre de actuar a tu antojo. De lo que hablo es de mi decepción personal ante el hecho de que a un hijo nuestro no le salga de dentro ser más considerado con su madre.

—¿Por qué no le preguntas a ella por qué? —replicó Joey con saña—. ¡Ella sabe por qué no lo soy, papá! Joder si lo sabe. Ya que estás tan maravillosamente preocupado por su felicidad, ¿por qué no se lo preguntas a ella en lugar de fastidiarme a mí?

—No me hables así.

—Pues tú no me hables así a mí.

—De acuerdo, bien, no lo haré.

Su padre pareció alegrarse de cambiar de tema, y Joey también se alegró. Prefería sentirse tranquilo y dueño de su vida, y lo perturbaba descubrir dentro de sí eso otro, ese pozo de rabia, ese cúmulo de sentimientos de la vida familiar que súbitamente podía estallar y adueñarse de él. Las palabras de ira que acababa de dirigir a su padre le habían parecido preformadas, como si durante

las veinticuatro horas del día llevara dentro un segundo yo ofendido, por lo común invisible, pero sin duda plenamente sensible y dispuesto a desahogarse, sin previo aviso, en forma de frases independientes de su propia voluntad. Lo llevó a preguntarse quién era su verdadero yo, y eso le resultaba muy inquietante.

—Si cambias de idea —dijo su padre cuando agotaron la limitada provisión de cháchara navideña—, te pagaré encantado un billete de avión para que vengas unos días. Le darías una gran alegría a tu madre. Y a mí también. Sería una satisfacción para mí.

—Gracias —contestó Joey—, pero es que no puedo. Están los gatos.

—Puedes llevarlos a una residencia. Tu tía no se enterará. También lo pagaré yo.

—Vale, es una posibilidad. Probablemente no lo haga, pero es una posibilidad.

—De acuerdo, pues, feliz Navidad —dijo su padre—. Mamá también te desea feliz Navidad.

Joey la oyó decirlo de fondo. ¿Por qué razón, exactamente, no volvió a ponerse al aparato y se lo dijo en persona? Parecía otra prueba condenatoria contra ella. Otra manera de reconocer en vano su culpabilidad.

Aunque el apartamento de Abigail no era pequeño, no había un solo palmo que no estuviera ocupado por Abigail. Los gatos lo patrullaban como sus plenipotenciarios, depositando pelo por todas partes. En el armario del dormitorio, desordenadas y densas pilas de pantalones y jerséis se amontonaban hasta el nivel de los abrigos y vestidos, y los cajones estaban tan llenos que era imposible abrirlos. Los CD eran todos de infumables cantantes francesas y murmullos New Age, colocados en doble fila en los estantes y encajonados de lado en todos los huecos. Incluso en los libros estaba presente Abigail: abarcaban temas como el Flujo, la visualización creativa y cómo vencer la inseguridad. Había asimismo toda clase de accesorios místicos, no sólo objetos judíos, sino también incensarios orientales y estatuillas con cabeza de elefante. Lo único que no abundaba era la comida. En ese momento, mientras se paseaba por la cocina, Joey empezó a pensar que si no quería comer pizza tres veces al día tendría que ir a un supermercado a comprar y prepararse la comida él mismo. La provisión de alimentos de Abigail consistía en galletas de arroz, cuarenta y siete formas de chocolate y cacao, y fideos ramen instantáneos de esos que te saciaban durante diez minutos y luego te despertaban un hambre nueva y voraz.

Pensó en la espaciosa casa de Barrier Street, pensó en los excelentes guisos de su madre, pensó en rendirse y aceptar el billete de avión ofrecido por su padre, pero estaba decidido a no conceder a su yo oculto más ocasiones para desahogarse, y su única opción para no seguir pensando en Saint Paul era ir a la cama de latón de Abigail y meneársela, y luego meneársela otra vez mientras los gatos lanzaban maullidos de reproche frente a la puerta de la habitación, y luego, aún no satisfecho, encender el ordenador de su tía, ya que allí no tenía

acceso a internet en su propio ordenador, y buscar porno para meneársela un poco más. Como suele ocurrir, cada web gratuita en la que caía lo remitía a otra aún más explícita y cautivadora. Al final, una de esas webs empezó a generar ventanas emergentes como en una pesadilla del Aprendiz de Brujo; la cosa se complicó tanto que tuvo que apagar el ordenador. Al reiniciarlo con impaciencia, mientras la polla maltratada y pringosa se le quedaba flácida en la mano, se encontró con que el sistema se hallaba bajo el control de un software extraño que sobrecargaba el disco duro e impedía el uso del teclado. Le daba igual si por su culpa se había colado un virus en el ordenador de su tía. En ese preciso momento no podía conseguir lo único que deseaba en el mundo, que era ver otra bonita cara femenina en la distensión del éxtasis, a fin de poder correrse por quinta vez e intentar dormir un poco. Cerró los ojos y se acarició, esforzándose por evocar imágenes suficientes para completar la tarea, pero los maullidos de los gatos lo distraían. Se fue a la cocina y desprecintó una botella de coñac, esperando que no le saliera muy caro sustituirla.

Al despertarse resacoso a la mañana siguiente, y a tarde, olió lo que esperaba que fuera sólo mierda de gato, pero cuando se aventuró a entrar en el cuarto de baño abarrotado e infernalmente sobrecalentado, resultó ser puras aguas negras. Llamó al encargado de mantenimiento, el señor Jiménez, que llegó al cabo de dos horas con un carrito de la compra lleno de herramientas de fontanería.

—Este viejo edificio tiene muchos problemas —comentó el señor Jiménez, moviendo la cabeza con actitud fatalista.

Le recomendó a Joey que cerrara el desagüe de la bañera y dejara puestos los tapones en las pilas cuando no las usara. De hecho, estas instrucciones estaban incluidas en la lista de Abigail, junto con los complicados protocolos de la alimentación felina, pero él, en sus prisas por huir de allí y llegar a casa de Casey el día anterior, se había olvidado de seguirlas.

—Muchos, muchos problemas —repitió el señor Jiménez, usando un desatascador para impeler los residuos del West Village de regreso al alcantarillado.

En cuanto Joey se quedó solo de nuevo y volvió a enfrentarse al espectro de dos semanas de soledad y excesos con el coñac y/o la masturbación, telefoneó a Connie y le dijo que le pagaría el billete de autobús si iba a pasar unos días con él. Ella accedió al instante, excepto en lo que se refería a que pagara él; y Joey salvó así sus vacaciones.

Contrató a un informático para que arreglase el ordenador de su tía y reconfigurase el suyo, se gastó sesenta dólares en comida preparada en Dean & DeLuca, y cuando fue a Port Authority y recibió a Connie en la puerta de llegadas, pensó que nunca se había alegrado tanto de verla. Durante el mes anterior, comparándola mentalmente con la incomparable Jenna, había perdido de vista lo atractiva que era, a su manera esbelta, austera y ardiente. Vestía un

chaquetón de marinero que él no conocía y fue derecho hacia él y acercó la cara a la suya y los ojos muy abiertos a los suyos, como si se apretase contra un espejo. En el interior de Joey se produjo un drástico derretimiento de todos los órganos. Estaba a punto de echar unos cuarenta polvos, pero era más que eso. Era como si la estación de autobuses y todos los viajeros de bajo poder adquisitivo que pasaban alrededor de ellos dos estuvieran equipados con ajustes de brillo y color cuya intensidad había sido reducida radicalmente por la mera presencia de aquella chica que Joey conocía desde siempre. Todo parecía desvanecerse y alejarse mientras él la conducía por los pasillos y las salas que había visto en vividos colores no hacía ni treinta minutos.

En las horas posteriores, Connie lo hizo partícipe de varias revelaciones algo alarmantes. La primera llegó cuando viajaban en metro hacia Charles Street y Joey le preguntó cómo había conseguido tantos días libres en el restaurante, si había encontrado a alguien que la sustituyera.

—No; me he despedido —dijo ella.

—¿Te has *despedido*? ¿No es una mala época del año para hacerles eso?

Connie se encogió de hombros.

—Tú me necesitabas aquí. Ya te dije que lo único que tenías que hacer era llamarme.

La alarma de Joey ante esta revelación devolvió el brillo y el color al vagón de metro. Sintió lo mismo que después de fumar hierba, su cerebro saltó de pronto a la conciencia del presente tras estar perdido en las profundas ensoñaciones del colocón: veía que los otros pasajeros del metro continuaban con sus vidas, perseguían sus objetivos, y que eso era lo que él debía proponerse. En lugar de dejarse absorber demasiado por situaciones que era incapaz de controlar.

Teniendo en mente uno de sus episodios de sexo telefónico más disparatados, en el que los labios de la vagina de Connie se abrían de manera tan fantasiosamente extrema que le cubrían toda la cara, y la lengua de él era tan larga que llegaba con la punta a las profundidades inescrutables de su vagina, Joey se había afeitado con gran esmero antes de salir camino de la estación. Sin embargo, ahora que los dos estaban juntos en carne y hueso, se puso de manifiesto lo absurdo de esas fantasías y resultaba desagradable recordarlas. En el apartamento, en vez de llevar a Connie derecho a la cama, como había hecho durante el fin de semana en Virginia, encendió el televisor para conocer el resultado de un partido de fútbol de un torneo navideño que le traía sin cuidado. Después consideró de máxima urgencia consultar su correo electrónico y ver si en las últimas tres horas le había escrito algún amigo. Connie se sentó en el sofá con los gatos y esperó pacientemente mientras él encendía su ordenador.

—Por cierto —dijo ella—, tu madre te manda saludos.

—¿Cómo dices?

—Tu madre te manda saludos. Cuando salí de casa, ella estaba quitando el hielo. Me vio con la bolsa de viaje y me preguntó adonde iba.

—Y no irás a decirme que se lo dijiste...

Connie reaccionó con una inocente expresión de sorpresa.

—¿Es que no debía? Me dijo que lo pasara bien y que te diera saludos.

—¿Con sarcasmo?

—No lo sé. Puede que sí, ahora que lo pienso. Yo me di por contenta con que me hablara. Sé que me detesta. Pero pensé que a lo mejor por fin empieza a acostumbrarse a mí.

—Lo dudo.

—Perdóname si dije lo que no debía. Ya sabes que yo nunca diría lo que no debo sabiendo que no debo. Lo sabes, ¿no?

Joey dejó el ordenador y se puso en pie, procurando no enfadarse.

—No pasa nada —dijo—. No es culpa tuya. O sólo es culpa tuya en muy poca medida.

—¿Te avergüenzas de mí, cariño?

—No.

—¿Te avergüenzas de las cosas que dijimos por teléfono? ¿Es eso?

—No.

—Yo sí, un poco. Algunas eran bastante asquerosas. No sé si quiero seguir con eso.

—¡Fuiste tú quien empezó!

—Lo sé. Lo sé, lo sé. Pero no puedes echarme la culpa de todo. Sólo puedes echarme la culpa de la mitad.

Como para admitir la verdad de estas palabras, Joey se acercó al sofá donde ella estaba sentada y se arrodilló a sus pies, agachando la cabeza y apoyando las manos en sus piernas. Tan cerca de los vaqueros de Connie, sus mejores vaqueros ajustados, pensó en las largas horas que ella había pasado sentada en el autobús de la Greyhound mientras él veía partidos de fútbol universitario de segunda y hablaba por teléfono con sus amigos. Estaba en apuros, estaba cayendo por una fisura imprevista del mundo corriente, y no soportaba alzar la vista y mirarla a la cara. Ella apoyó las manos en la cabeza de Joey y no ofreció la menor resistencia cuando él, poco a poco, empujó al frente y apretó la cara contra la cremallera revestida de tela vaquera.

—Tranquilo —dijo Connie con buen criterio, acariciándole el pelo—. No pasa nada, cariño. Todo irá bien.

Agradecido, Joey le bajó los vaqueros y apoyó los ojos cerrados en sus bragas, y después se las bajó, para poder apretar los labios y el mentón afeitado contra el vello cesposo, que, advirtió, se había recortado para él. Percibió que uno de los gatos se encaramaba a sus pies, reclamando atención. Minino, minino.

—Sólo quiero quedarme aquí tres horas seguidas —dijo él, inhalando el olor

de Connie.

—Puedes quedarte ahí toda la noche —dijo ella—. No tengo ningún plan.

Pero de pronto a Joey le sonó el teléfono en el bolsillo del pantalón. Cuando lo sacó para apagarlo, vio que era su antiguo número de Saint Paul y le entraron ganas de hacerlo añicos de pura ira contra su madre. Le separó las piernas a Connie y acometió con la lengua, hurgando y hurgando, intentando llenarse de ella.

La tercera y más alarmante revelación de Connie llegó esa misma tarde, un rato después, durante un interludio poscoital. Unos vecinos hasta ese momento ausentes pisaban ruidosamente el suelo por encima de su cama; los gatos maullaban con saña ante la puerta. Connie le hablaba de la prueba de acceso a la universidad, que él ni recordaba que ella tuviera intención de hacer, y de lo mucho que le había sorprendido que las preguntas reales hubiesen sido tanto más fáciles que los ejercicios de sus libros de texto. Se sentía animada a solicitar una plaza en centros universitarios a pocas horas de Charlottesville, incluido el Morton College, que buscaba a alumnos del Medio Oeste por la diversidad geográfica y al que ahora ella se creía capacitada para acceder.

Joey se horrorizó.

—Pensaba que irías a la universidad estatal —dijo.

—No lo descarto —respondió ella—. Pero de pronto se me ocurrió que sería mucho mejor estar cerca de ti, para poder vernos los fines de semana. Es decir, suponiendo que todo vaya bien y aún sea eso lo que queramos. ¿No te gustaría?

Joey desenredó las piernas de las de ella, buscando cierta claridad.

—Quizá sí, por supuesto, pero ya sabes que los centros privados son carísimos.

Eso era verdad, concedió Connie. Pero Morton ofrecía financiación, y ella había hablado con Carol sobre su fideicomiso para educación, y Carol había admitido que quedaba aún mucho dinero.

—¿Como cuánto? —preguntó Joey.

—Como mucho. Como unos setenta y cinco mil. Podría alcanzar para tres años si además consigo financiación. Y luego están los doce mil que he ahorrado, y puedo trabajar los veranos.

—Fantástico —se obligó a decir Joey.

—Mi idea era esperar hasta cumplir los veintiuno y entonces quedarme el dinero. Pero luego pensé en lo que dijiste, y comprendí que tenías razón en eso de tener una buena educación.

—Pero si fueras a la universidad estatal —adujo Joey—, tendrías también una educación y conservarías el dinero al acabar.

En el piso de arriba un televisor empezó a bramar y siguieron oyéndose ruidosas pisadas.

—Da la impresión de que no me quieres cerca —observó Connie con tono

neutro, sin reproches, sólo presentándolo como un hecho.

—No, no. Ni mucho menos. Esa posibilidad me parece genial. Sólo intento plantearlo desde un punto de vista práctico.

—Ahora mismo no soporto estar en esa casa. Y pronto Carol tendrá sus bebés, y será aún peor. No puedo seguir allí.

Joey, no por primera vez, experimentó un oscuro resentimiento hacia el padre de Connie. El hombre había muerto hacía ya unos años, y Connie nunca había tenido relación con él y rara vez mencionaba su existencia, pero por algún motivo eso, a ojos de Joey, lo convertía aún más en rival masculino. Era el hombre que había estado allí primero. Había abandonado a su hija y comprado a Carol con una casa de alquiler reducido, pero su dinero había seguido fluyendo para pagar el colegio católico de Connie. Era una presencia en la vida de ella que no tenía nada que ver con Joey, y si bien Joey debería haberse alegrado de que Connie tuviera otros recursos aparte de él —de que él no tuviera la responsabilidad plena sobre ella—, sucumbía igualmente a la desaprobación moral hacia el padre, a quien consideraba el origen de todo lo que había de amoral en la propia Connie, su extraña indiferencia a las reglas y las convenciones, su ilimitada capacidad para el amor idólatra, su irresistible intensidad. Y ahora, encima de todo eso, Joey sentía rencor hacia el padre también por dejarla en una situación económica mejor que la de él. El hecho de que a ella no le importara el dinero ni un uno por ciento de lo que le importaba a él sólo empeoraba las cosas.

—Hazme algo nuevo —le dijo ella al oído.

—Ese televisor me molesta de verdad.

—Haz aquello de lo que hablamos, cariño. Podemos escuchar la misma música los dos. Quiero sentirte dentro de mi culo.

Joey se olvidó del televisor, en su cabeza la sangre ahogó ese sonido mientras hacía lo que ella le había pedido. Una vez cruzado el nuevo umbral, superadas las resistencias, percibidos los placeres específicos, fue a lavarse al cuarto de baño de Abigail, dio de comer a los gatos y se entretuvo en el salón, sintiendo la necesidad de poner cierta distancia, aunque fuese débilmente y con retraso. Sacó el ordenador del estado de hibernación, pero sólo tenía un mensaje nuevo. Era de un remitente desconocido de duke.edu y lo encabezaba el siguiente asunto: «¿en la ciudad?». Sólo cuando lo abrió y empezó a leerlo, llegó a la plena comprensión de que era de Jenna. Había sido escrito, carácter a carácter, por los privilegiados dedos de Jenna.

hola señor Bergland. me dice Jonathan que estás en la gran ciudad, como yo. ¿quién iba a decir que se podían ver tantos partidos de fútbol y que los jóvenes banqueros podían apostar tanto dinero en ellos? yo no, desde luego, es posible que aún hagas cosas navideñas como tus progenitores

rubios y protestantes, pero dice Nick que vengas si tienes alguna pregunta que hacerle sobre wall st, está dispuesto a contestarte, te aconsejo que actúes ya mientras le dure el ánimo generoso (¡y las vacaciones!) por lo visto incluso goldman cierra en estos días del año, quién iba a decirlo, tu amiga, jenna.

Joey leyó el mensaje cinco veces antes de que empezara a perder su sabor. Le pareció tan limpio y fresco como sucio y agotado se sentía él. Jenna estaba mostrándose excepcionalmente considerada o, si se proponía restregarle por la cara su estrecha relación con Nick, excepcionalmente cruel. En cualquier caso, a Joey le quedó claro que había conseguido impresionarla.

Del dormitorio le llegó el humo de un porro, seguido de Connie, tan desnuda e ingrávida como los gatos. Joey cerró el portátil y dio una calada al canuto que ella sostuvo en alto ante su cara, y luego otra calada, y otra más, y otra, y otra, y otra, y otra.

La ira del hombre bueno

A última hora de una lúgubre tarde de marzo, bajo una llovizna fría y grasienta, Walter viajaba en coche con su ayudante, Lalitha, camino de las montañas del sur de Virginia Occidental procedente de Charleston. Aunque Lalitha era una conductora veloz y un tanto temeraria, Walter había acabado prefiriendo el malestar de ser su pasajero a la ira justiciera que lo consumía cuando se ponía él al volante: la sensación en apariencia ineludible de que, entre todos los conductores de la carretera, sólo él iba exactamente a la velocidad correcta, sólo él alcanzaba el debido equilibrio entre obedecer puntillosamente las normas de tráfico y transgredirlas peligrosamente. En los últimos dos años había pasado muchas horas coléricas en las carreteras de Virginia Occidental, pegándose a los idiotas que iban a paso de tortuga y luego reduciendo la velocidad para castigar a los maleducados que se pegaban a él, cerrando el paso implacablemente en las interestatales a los gilipollas que intentaban adelantarle por la derecha, pasando él mismo al carril derecho cuando un cretino o un maniaco del móvil o un mojigato puntilloso con los límites de velocidad obstruía el carril rápido; elaborando el perfil y psicoanalizando obsesivamente a los conductores que se negaban a usar los intermitentes (casi siempre jovenzuelos para quienes el uso del intermitente era al parecer una afrenta a su masculinidad, ya puesta en tela de juicio, como evidenciaba el gigantismo compensador de sus pickups y todoterrenos); experimentando un odio asesino hacia los camioneros que transportaban carbón y circulaban por carriles prohibidos, responsables literalmente de un accidente mortal por semana en Virginia Occidental; culpando con impotencia a los corruptos legisladores del estado que se resistían a disminuir el límite de peso de los camiones de carbón por debajo de las cincuenta toneladas pese a las clamorosas pruebas de los estragos que causaban; mascullando « ¡Increíble! ¡Increíble! » cuando un conductor frenaba delante de él en un semáforo en verde y de pronto aceleraba para pasar en ámbar y lo dejaba a él encallado en el rojo, reconcomiéndose mientras esperaba un minuto entero en cruces sin tráfico transversal visible a kilómetros de distancia, y tragándose dolorosamente, en atención a Lalitha, los improperios que de buena gana habría soltado al verse obstaculizado por un conductor que se negaba a realizar un giro permitido a la derecha con el semáforo en rojo: « ¡Vamos! ¡Que no te enteras! ¡No estás solo

en el mundo! ¡Los demás existimos! ¡Aprende a conducir! ¡Espabila!» . La subida de adrenalina cuando Lalitha pisaba el acelerador a fondo para adelantar camiones que forcejeaban cuesta arriba era preferible al estrés que padecían sus arterias cerebrales al sentarse él mismo al volante y quedarse atascado detrás de aquellos mismos camiones. Así podía contemplar los bosques de los Apalaches, con sus árboles sin hojas alineados como cerillas y las cimas estragadas por la minería, y encauzar su ira hacia problemas más dignos de ella.

Lalitha estaba exultante mientras ascendían como si nada en su coche de alquiler los veinticinco kilómetros de pendiente de la I-64, una obra pública fenomenalmente cara financiada con fondos federales obtenidos por el senador Byrd para su estado.

—Tengo ganas de celebrarlo —dijo ella—. ¿Me llevarás esta noche a celebrarlo?

—Habrá que ver si hay algún restaurante decente en Beckley —respondió Walter—, aunque es poco probable, me temo.

—¡Emborrachémonos! Podemos ir al mejor local del pueblo y tomarnos unos dry martinis.

—¡Cómo no! Te invitaré a un dry martini de tamaño familiar. A más de uno, si quieres.

—Vale, pero tú también tienes que tomarte uno —dijo ella—. Sólo por una vez. Sáltate la norma para esta ocasión.

—A estas alturas de la vida me temo que un dry martini podría matarme, la verdad.

—Pues entonces una cerveza de baja graduación. Yo tomaré tres dry martinis, y luego ya me llevarás tú a mi habitación.

A él le molestaba oírle hablar así. No sabía lo que decía, era sólo una joven animosa —a decir verdad, el único rayo de luz que brillaba intensamente en la vida de Walter por aquel entonces—, y no entendía que el contacto físico entre jefe y empleada no debería ser motivo de bromas.

—Si te tomas tres dry martinis esta noche, mañana por la mañana tendrás tal dolor de cabeza que encontrarás nuevo sentido a la palabra « taladrar » —dijo en una deslucida referencia a la demolición que presenciarían en el condado de Wyoming y por la que realizaban ese viaje.

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste una copa?

—Nunca. Nunca he tomado una copa.

—¿Ni siquiera en el instituto?

—Nunca.

—¡Eso es increíble, Walter! ¡Tienes que probarlo! A veces beber es divertidísimo. Por una cerveza no te convertirás en alcohólico.

—No es eso lo que me preocupa —dijo él, preguntándose si era sincero. Su padre y su hermano mayor, que juntos habían sido la cruz de su juventud, eran

alcohólicos, y su mujer, que iba camino de convertirse en la cruz de su mediana edad, tenía tendencia al alcoholismo. Siempre había considerado su rigurosa abstinencia como una forma de oposición a ellos: primero, como el deseo de diferenciarse lo máximo posible de su padre y de su hermano; más tarde, como el deseo de tratar a Patty tan indefectiblemente bien como ella, borracha, podía tratarlo mal a él. Era una de las pautas que Patty y él habían aprendido para poder convivir: él siempre sobrio, ella a veces borracha, sin que ninguno de los dos le propusiera jamás al otro que cambiase.

—¿Qué te preocupa, entonces?—preguntó Lalitha.

—Supongo que cambiar algo que me ha ido perfectamente bien durante los últimos cuarenta y siete años. Si algo no se ha estropeado, ¿por qué arreglarlo?

—¡Porque es divertido! —Dio un volantazo para adelantar a un tráiler que avanzaba envuelto en su propia nube de partículas de agua—. Te pediré una cerveza y te obligaré a tomar al menos un sorbo para celebrarlo.

Incluso en esa época del año, en las vísperas del equinoccio, el bosque septentrional caducifolio del sur de Charleston era un severo tapiz de grises y negros. Al cabo de una semana o dos llegaría el aire cálido del sur para reverdecer esas arboledas, y un mes más tarde las aves canoras con aguante suficiente para migrar desde el trópico los llenarían con su canto, pero a Walter el invierno gris le parecía el verdadero estado natural del bosque septentrional. El verano no era más que un don accidental que recaía en él anualmente.

En Charleston, unas horas antes, Lalitha, él y sus abogados locales habían hecho entrega formal a los socios mercantiles de la Fundación Monte Cerúleo, Nardone y Blasco, de los documentos necesarios para iniciar la demolición de Forster Hollow y destinar cinco mil quinientas hectáreas de la futura reserva natural de la reinita a la explotación minera a cielo abierto. Los representantes de Nardone y Blasco habían firmado a continuación las toneladas de papel que los abogados de la fundación venían preparando desde hacía dos años, mediante las cuales las compañías mineras se comprometían oficialmente a un paquete de acuerdos de recuperación del terreno y traspaso de derechos que, en conjunto, garantizarían que la tierra explotada siguiera siendo por siempre jamás un espacio «natural». Vin Haven, el presidente del consejo de la fundación, había estado «presente» por medio de una teleconferencia y más tarde telefonó a Walter directamente al móvil para darle la enhorabuena. Pero Walter no estaba para celebraciones, sino todo lo contrario. Por fin había posibilitado la aniquilación de decenas de plácidas cimas boscosas y un sinfín de kilómetros de torrentes de aguas cristalinas y de gran riqueza biótica de clases III, IV y V. Además, para conseguirlo, Vin Haven había tenido que vender veinte millones de dólares en derechos mineros, en otras zonas del estado, a unas compañías extractoras de gas dispuestas a arrasar la tierra y luego entregar lo recaudado a terceros por los que Walter no sentía ninguna simpatía. ¿Y todo para qué? Por el

«bastión» de una especie en peligro de extinción que, visto en un mapa de carreteras de Virginia Occidental, podría taparse con un sello de correos.

En su rabia y decepción con el mundo, Walter se sentía como aquel gris bosque septentrional. Y Lalitha, que había nacido en la calidez del sur de Asia, era la luz del sol que infundía en su alma una especie de verano momentáneo. Lo único que le apetecía celebrar esa noche, tras el «éxito» en Virginia Occidental, era que ya podían acometer su iniciativa respecto a la superpoblación. Pero era consciente de la juventud de su ayudante y no quería desanimarla.

—De acuerdo —dijo—. Probaré una cerveza, sólo una. En tu honor.

—No, Walter, en tu honor. Esto ha sido todo obra tuya.

Él negó con la cabeza, a sabiendas de que en eso concretamente Lalitha se equivocaba. Sin la calidez, el encanto y el valor de ella, el acuerdo con Nardone y Blasco casi con toda seguridad se habría malogrado. Era cierto que él había aportado las mejores ideas, pero al parecer no tenía más que buenas ideas. Ahora Lalitha era en todos los demás sentidos la conductora. Llevaba un chubasquero de nailon, y su brillante pelo negro llenaba la capucha echada hacia atrás como si de una cesta se tratase, encima del traje milrayas que se había puesto para las formalidades de la mañana. Mantenía las manos en el volante en la posición de las dos menos diez, las muñecas desnudas, las pulseras de plata ocultas bajo los puños del chubasquero. Se contaban por millares las cosas que Walter aborrecía de la modernidad en general y de la cultura del coche en particular, pero entre ellas no estaba el aplomo de las jóvenes conductoras, la autonomía que habían logrado en los últimos cien años. Al ver la igualdad de sexos, tal como se manifestaba en la presión del bonito pie de Lalitha sobre el acelerador, se alegraba de vivir en el siglo XXI.

El problema más complicado que había tenido que resolver para la fundación había sido qué hacer con las doscientas familias poco más o menos, en su mayoría muy pobres, propietarias de casas o caravanas en parcelas pequeñas o relativamente pequeñas dentro de los límites previstos del Parque de la Reinita. Algunos de los hombres trabajaban aún en la industria del carbón, ya fuera bajo tierra o como conductores, pero en su mayoría estaban en el paro y se pasaban el día trajinando con armas y motores de combustión interna, complementando la dieta de sus familias mediante la caza obtenida en la espesura del bosque y transportada en todoterrenos. Walter se había apresurado a comprar las propiedades del mayor número de familias posible antes de que la fundación atrajese publicidad; había llegado a pagar sumas tan risibles como quinientos dólares la hectárea por ciertos terrenos en laderas. Pero cuando fracasaron sus intentos de congraciarse con la comunidad ecologista local y Jocelyn Zorn, una activista temiblemente motivada, empezó a hacer campaña contra la fundación, se resistían aún más de cien familias, la mayoría en el valle de Nine Mile Creek, situado en el camino a Forster Hollow.

A excepción del problema de Forster Hollow, Vin Haven había encontrado allí las veinticinco mil hectáreas idóneas para crear el núcleo central de la reserva. Los derechos de superficie del noventa y ocho por ciento de su totalidad estaban en manos de sólo tres compañías, dos de ellas holdings anónimos y económicamente racionales, y la tercera, propiedad exclusiva de los Forster, una familia que había huido del estado hacía más de un siglo y ahora se disipaba cómodamente en la opulencia costera. Las tres compañías poseían licencia para administrar las tierras como explotaciones forestales y no tenían ningún motivo para no vender a la fundación a un precio justo de mercado. También había, cerca del punto central de las Veinticinco Mil de Haven, en forma similar a un reloj de arena, un vasto cúmulo de filones de carbón muy ricos. Hasta el momento nadie había explotado el mineral de esas cinco mil quinientas hectáreas, porque el condado de Wyoming era un lugar muy remoto y montañoso, incluso para Virginia Occidental. Una pésima y angosta carretera, intransitable para los camiones de carbón, ascendía tortuosamente hasta las montañas por Nine Mile Creek; en lo alto del valle, cerca del cuello del reloj de arena, se encontraba Forster Hollow y el clan y los amigos de Coyle Mathis.

A lo largo de los años, Nardone y Blasco, cada una por su lado, habían intentado en vano tratar con Mathis, y como resultado de sus molestias se habían granjeado su eterna animadversión. De hecho, uno de los principales cebos que Vin Haven había tendido a las compañías mineras durante las negociaciones iniciales fue la promesa de liberarlas del problema de Coyle. « Forma parte de la sinergia mágica que tenemos aquí en marcha —le había dicho Haven a Walter—. Somos un elemento nuevo, y Mathis no tiene ninguna razón para guardarnos rencor. En el caso de Nardone en particular conseguí un trato muy favorable en el apartado de recuperación con la promesa de quitarle de encima a Mathis. Un poco de buena voluntad con la que me topé por casualidad, por el mero hecho de no ser Nardone, resulta que vale un par de millones» .

¡Ojalá!

Coyle Mathis encarnaba el más puro espíritu negativo de la rusticidad de Virginia Occidental. Era sistemáticamente antipático con todo el mundo sin excepción. Ser enemigo del enemigo de Mathis sólo te convertía en otro de sus enemigos. Las grandes compañías mineras, el Sindicato de los Trabajadores Mineros, los ecologistas, toda forma de gobierno, los negros, los yanquis blancos entrometidos: a todos los odiaba por igual. Su filosofía de vida se resumía en « Lárgate de aquí de una puta vez o vive para lamentarlo» . Seis generaciones de Mathis huraños habían sido enterradas en la escarpada ladera que estaría entre los primeros enclaves dinamitados cuando llegasen las compañías mineras. (Nadie había prevenido a Walter sobre el problema de los cementerios en Virginia Occidental cuando aceptó el empleo con la fundación, pero desde luego no tardó en enterarse).

Conocedor él mismo de alguna que otra cosa sobre la ira omnidireccional, Walter habría sido capaz de hacer entrar en razón a Mathis si éste no le hubiera recordado tanto a su propio padre. Su despecho obstinado y autodestructivo. Walter llevaba ya preparado un buen paquete de atractivas ofertas cuando Lalitha y él, después de no recibir respuesta a un buen número de cartas amistosas, recorrieron la polvorienta carretera del valle de Nine Mile, sin invitación previa, una calurosa y clara mañana de julio. Estaba dispuesto a darles a los Mathis y sus vecinos hasta 2.400 dólares por hectárea, además de tierras en una hondonada razonablemente agradable en el límite meridional de la reserva, más los costes de reasentamiento, más la exhumación y nueva sepultura de todos los huesos de los Mathis con los métodos más modernos. Pero Coyle Mathis ni siquiera esperó a oír los detalles. Dijo: « No, N-O » , y añadió que tenía intención de ser enterrado en el cementerio familiar y nadie iba a impedirselo. Y de pronto Walter tenía otra vez dieciséis años y estaba mareado de ira. Una ira dirigida no sólo hacia Mathis por sus malos modales y nulo sentido común, sino también, paradójicamente, hacia Vin Haven, por obligarlo a enfrentarse a un hombre cuya irracionalidad reconocía y admiraba a cierto nivel.

—Perdone, pero eso es una estupidez —dijo, sudando copiosamente en aquel camino lleno de huellas, bajo un sol de justicia, ante un patio lleno de chatarra en el que Mathis, con toda la intención, no lo había invitado a entrar.

Lalitha, a su lado, sosteniendo un maletín lleno de documentos que esperaban, con vana ilusión, que Mathis firmara, se aclaró la garganta en un sonoro reproche por esa deplorable palabra.

Mathis, un hombre esbelto y sorprendentemente apuesto de casi sesenta años, miró alrededor con una sonrisa complacida, contemplando las cumbres verdes, envueltas en el zumbido de los insectos. Uno de sus perros, un mestizo bigotudo con fisonomía de demente, empezó a gruñir.

—¡Estupidez! —repitió Mathis—. Curiosa palabra le ha dado por usar, caballero. Casi me ha alegrado el día. No todos los días me llaman estúpido. Digamos que por aquí la gente sabe lo que le conviene.

—Oiga, no me cabe duda que es usted un hombre muy listo —dijo Walter—. Me refería a...

—Supongo que soy lo bastante listo como para contar hasta diez —contestó Mathis—. ¿Y usted, señor mío? Se diría que tiene estudios. ¿Sabe usted contar hasta diez?

—Yo, de hecho, sé contar hasta dos mil cuatrocientos —respondió Walter—, y sé multiplicar eso por ciento noventa, y sumar al producto resultante doscientos mil. Y si dedica usted un minuto a escuchar...

—Mi pregunta —dijo Mathis— es si sabe usted contar hacia atrás. Veamos, empezaré yo por usted. Diez, nueve...

—Oiga, lamento mucho haber empleado la palabra « estupidez » . Aquí fuera

aprieta el sol. No era mi intención...

—Ocho, siete...

—Quizá sea mejor que volvamos en otro momento —propuso Lalitha—. Podemos dejarle algún material para que lo lea cuando guste.

—Ah, conque dan por supuesto que sé leer, ¿eh? —Mathis exhibía una sonrisa radiante. Ahora gruñían sus tres perros—. Creo que voy por el seis. ¿O era el cinco? Estúpido de mí, ya se me ha olvidado.

—Oiga —dijo Walter—, me disculpo sinceramente...

—¡Cuatro tres dos!

Los perros, al parecer también bastante inteligentes, avanzaron con las orejas hacia atrás.

—Volveremos —advirtió Walter, batiéndose en retirada a toda prisa con Lalitha.

—¡Si vuelven, le pegaré un tiro a su coche! —exclamó Mathis alegremente a sus espaldas.

Durante todo el camino por aquella espantosa carretera hasta la autopista estatal, Walter maldijo en voz alta su propia estupidez y su incapacidad para controlar la ira, mientras Lalitha, normalmente una fuente de elogios y palabras tranquilizadoras, permanecía pensativa en el asiento del acompañante, reflexionando sobre lo que debían hacer a continuación. No era exagerado afirmar que, sin la cooperación de Mathis, el resto del trabajo realizado para conseguir las Veinticinco Mil de Haven no serviría de nada. Al final del polvoriento valle, Lalitha pronunció su dictamen:

—Hay que tratarlo como a un hombre importante.

—Es un sociópata de tres al cuarto —contestó Walter.

—Comoquiera que sea —respondió ella, y tenía una manera india especialmente encantadora de pronunciar esa expresión, una de las preferidas de Walter, una cadencia entrecortada de sentido práctico que nunca se cansaba de oír—, vamos a tener que halagarlo para que se sienta importante. Tiene que ser el salvador, no el traidor.

—Ya, pero por desgracia lo único que le pedimos es que sea el traidor.

—Tal vez podría volver yo y hablar con algunas de las mujeres.

—Esto es un puto patriarcado —dijo Walter—. ¿Es que no te has dado cuenta?

—No, Walter, las mujeres son muy fuertes. ¿Por qué no me dejas hablar con ellas?

—Esto es una pesadilla. Una pesadilla.

—Comoquiera que sea —repitió Lalitha—, me pregunto si no debería quedarme e intentar hablar con la gente.

—Él ya ha rechazado la oferta. Categóricamente.

—Habrás que mejorar la oferta, pues. Tendrás que hablar con el señor Haven sobre cómo mejorar la oferta. Vuelve a Washington y habla con él. Quizá sería

preferible que tú no volvieras al valle. Pero a lo mejor yo sola no les parezco tan amenazadora.

—Eso no puedo consentirlo.

—No me dan miedo los perros. Te echaría los perros a ti, pero no a mí, me parece.

—No hay nada que hacer.

—Puede que no, puede que sí —dijo Lalitha.

Dejando de lado su valentía, en cuanto mujer sola de piel oscura, complejión menuda y rasgos seductores, para volver a un lugar de blancos pobres donde ya había recibido una amenaza de daños físicos, en los meses posteriores, Walter vio con perplejidad cómo era ella, la hija de un ingeniero electrónico de un barrio residencial urbano, y no él, el hijo pueblerino de un borracho irascible, quien obraba el milagro en Forster Hollow. Walter no sólo carecía del don para tratar con la gente sencilla; toda su personalidad se había constituido en oposición a la rusticidad de la que procedía. Mathis, con su sinrazón y sus resentimientos de blanco pobre, había ofendido la esencia misma de Walter: lo había cegado de ira. En tanto que Lalitha, sin experiencia previa con individuos como Mathis, había sido capaz de regresar con mente abierta y corazón comprensivo. Había abordado a los orgullosos pobres rurales del mismo modo que conducía, como si una persona con tal alegría y buena voluntad estuviera exenta de todo mal; y los orgullosos pobres rurales le habían concedido el respeto que le habían negado al irascible Walter. Ante el éxito de ella, él se sentía inferior e indigno de su admiración, y por tanto aún más agradecido. Cosa que lo llevó a concebir un entusiasmo más general hacia los jóvenes y su capacidad para hacer el bien en el mundo. Y también —aunque se resistía a aceptarlo conscientemente— a amarla mucho más de lo aconsejable.

Basándose en información recabada por Lalitha en su regreso a Forster Hollow, Walter y Vin Haven habían ingeniado una nueva oferta para sus habitantes, escandalosamente cara. Sólo ofrecer más dinero, dijo Lalitha, no surtiría efecto. Para que Mathis salvara las apariencias, necesitaba ser el Moisés que conducía a su pueblo a una nueva tierra prometida. Lamentablemente, por lo que Walter sabía, la gente de Forster Hollow poseía escasas habilidades aparte de la caza, la reparación de motores, el cultivo de hortalizas, la recolección de hierbas y el cobro del cheque de la asistencia social. No obstante, Vin Haven había tenido la gentileza de hacer averiguaciones dentro de su amplio círculo de amistades en el mundo de los negocios y planteado a Walter una interesante posibilidad: el blindaje corporal.

Antes de volar a Houston y conocer a Haven, en el verano de 2001, Walter ignoraba el concepto del « buen texano », debido a lo dominadas que estaban las noticias nacionales por los malos texanos. Haven tenía un rancho enorme en la región central de Texas y otro aún mayor al sur de Corpus Christi, ambos

primorosamente administrados para proporcionar un hábitat a las aves de caza. Haven era uno de esos texanos amantes de la naturaleza que alegremente erradicaba a tiros cercetas coloradas del cielo y a la vez pasaba horas observando embelesado, por medio de una cámara de circuito cerrado, el crecimiento de unas crías de lechuza en uno de los ponederos que había en su rancho, y era capaz de hablar con fervor y conocimiento acerca de la gradación de color en el plumaje invernal del playero de Baird. Era un hombre bajo, tosco, de cabeza redonda, y a Walter le cayó bien desde el primer momento en su entrevista inicial.

—Una apuesta de cien millones por una especie paseriforme —había dicho Walter—. Una asignación de fondos interesante.

Haven había ladeado su redonda cabeza.

—¿Eso representa para usted algún problema?

—No necesariamente. Pero teniendo en cuenta que el ave todavía no ha sido incluida siquiera en las listas federales, siento curiosidad por saber cuál es su razonamiento.

—Mi razonamiento es: los cien millones son míos y puedo gastármelos como me dé la gana.

—Bien pensado.

—Los datos científicos más fiables que tenemos sobre la reinita cerúlea muestran que la población ha decrecido en un tres por ciento anual en los últimos cuarenta años. Aunque no haya cruzado el umbral de lo que federalmente se considera amenazado, es fácil ver que esa evolución descendente acaba en cero. Es ahí hacia donde apunta: hacia el cero.

—Ya. Y sin embargo...

—Y sin embargo hay otras especies aún más cerca del cero. Lo sé. Y pido a Dios que algún otro se preocupe por ellas. A menudo me pregunto si me rajaría la garganta en caso de que se me garantizara que, rajándomela, podría salvar una especie. Todos sabemos que una vida humana vale más que la vida de un pájaro, pero ¿vale más mi pequeña y triste vida que toda una especie?

—Por suerte no es una elección que se le plantee a nadie.

—En cierto sentido, es verdad —dijo Haven—. Pero en un sentido más amplio, es una elección que hace todo el mundo. En febrero me llamó el director de la National Audubon Society, justo después de la toma de posesión. El hombre se llama Martin Byrd, ¿no es increíble? Eso sí es tener un nombre adecuado para el puesto. Martin Byrd quiere saber si puedo organizarle una pequeña reunión con Karl Rove en la Casa Blanca. Dice que le basta con una hora para convencer a Karl Rove de que dar prioridad a la conservación es un éxito político seguro para la nueva administración. Así que le digo: sí, me parece que puedo conseguirle una hora con Rove, pero le diré lo que usted tiene que hacer antes por mí. Tiene que conseguir que una empresa encuestadora de prestigio e independiente haga

un sondeo sobre la prioridad que dan los votantes indecisos al medio ambiente. Si puede enseñarle a Karl Rove cifras atractivas, será todo oídos. Y Martin Byrd se deshace en agradecimientos, gracias, gracias, fabuloso, delo por hecho. Y entonces le digo a Martin Byrd: eso sí, antes de encargar ese sondeo y enseñárselo a Rove, puede que le interese hacerse una idea clara de cuál va a ser el resultado. De eso hace seis meses. No he vuelto a saber de él.

—Usted y yo tenemos una perspectiva política muy parecida a este respecto —comentó Walter.

—Kiki y yo estamos trabajándonos un poco a Laura siempre que tenemos ocasión —dijo Haven—. Puede que haya más posibilidades por ese lado.

—Eso es extraordinario, es increíble.

—No se haga ilusiones. A veces pienso que W. está más casado con Rove que con Laura. Aunque eso usted no me lo ha oído decir.

—Pero entonces, ¿por qué la reinita cerúlea?

—Porque ese pájaro me gusta. Es muy pequeño y bonito. Pesa menos que la falange de mi pulgar y va y viene cada año desde Sudamérica hasta aquí. Eso de por sí ya es una maravilla. Un hombre, una especie. ¿No basta con eso? Sólo con que consiguiéramos a otros seiscientos veinte hombres, tendríamos cubiertas todas las aves reproductoras de América del Norte. Si uno tuviera la suerte de que le tocara el petirrojo, ni siquiera necesitaría gastar un centavo para conservarlo. A mí, sin embargo, me gustan los desafíos. Y la región carbonífera de los Apalaches es todo un desafío. Eso es algo que sencillamente va a tener que aceptar si quiere dirigir esta organización para mí. Deberá contemplar con amplitud de miras la explotación minera a cielo abierto.

En sus cuarenta años en el mundo del petróleo y el gas, al frente de una compañía llamada Pelican Oil, Vin Haven había entablado relación prácticamente con todas las personas dignas de conocerse en Texas, desde Ken Lay y Rusty Rose hasta Ann Richards y el padre Tom Pincelli, el «sacerdote ornitólogo» del cauce bajo del Río Grande. Mantenía un vínculo especialmente estrecho con la gente de LBI, el gigante de los servicios en el sector de la extracción petrolífera, que, como su archirrival Halliburton, se había expandido hasta convertirse en uno de los principales contratistas en el ámbito de la defensa nacional bajo las administraciones de Reagan y Bush padre. Precisamente a LBI recurrió Haven en busca de una solución al problema de Coyle Mathis. A diferencia de Halliburton, cuyo anterior presidente dirigía ahora el país, LBI pugnaba aún por tener un contacto privilegiado con el nuevo gobierno y por lo tanto estaba más que dispuesta a hacerle un favor a un amigo íntimo de George y Laura.

Una subsidiaria de LBI, ArDee Enterprises, había obtenido recientemente una importante contrata para suministrar blindaje corporal de alto nivel, cuya apremiante necesidad habían descubierto tardíamente las fuerzas

estadounidenses cuando empezaron a estallar artefactos explosivos improvisados por todos los rincones de Iraq. Virginia Occidental, que tenía mano de obra barata y una legislación permisiva en materia medioambiental, y que, inesperadamente, había proporcionado a Bush y Cheney su margen de victoria en 2000 —eligiendo a un candidato republicano por primera vez desde la victoria arrolladora de Nixon en 1972—, tenía buena prensa en los círculos en los que se movía Vin Haven. ArDee Enterprises estaba construyendo a marchas forzadas una fábrica de blindaje corporal en el condado de Whitman y Haven, poniéndose en contacto con ArDee antes de que iniciara la contratación de personal para la planta, consiguió que le garantizaran 120 empleos fijos para la población de Forster Hollow a cambio de un paquete de concesiones tan generoso que a ArDee la mano de obra le saldría prácticamente gratis. Haven le prometió a Coyle Mathis, por mediación de Lalitha, viviendas gratuitas de alta calidad y formación profesional para él y las demás familias de Forster Hollow, y para acabar de dorar la píldora agregó un pago único a ArDee de una suma que alcanzaba para financiar el seguro médico de los trabajadores y los planes de jubilación para los siguientes veinte años. En cuanto a la seguridad del empleo, bastaba señalar las declaraciones, hechas por distintos miembros del gobierno Bush, según las cuales Estados Unidos se defendería en Oriente Medio durante generaciones. No había un final previsible para la guerra contra el terrorismo, y por tanto no había final para la demanda de blindaje corporal.

A Walter, que tenía una mala opinión sobre la operación de Bush y Cheney en Iraq y peor aún sobre la catadura moral de los contratistas del sector de la defensa, lo incomodaba colaborar con LBI y proporcionar así más munición a los ecologistas de izquierdas que se oponían a él en Virginia Occidental. Lalitha, en cambio, reaccionó con intenso entusiasmo.

—Es perfecto —le comentó a Walter—. Así podemos ser algo más que un modelo de recuperación basado en estudios científicos. Podemos ser un modelo de reasentamiento compasivo y rehabilitación laboral de las personas desplazadas por la conservación de una especie en peligro de extinción.

—Y los que vendieron al principio, pues mala suerte, que se jodan —dijo Walter.

—Si aún están en apuros, podemos ofrecerles también puestos de trabajo.

—Por otra cantidad indeterminada de millones.

—¡Y el hecho de que sea patriótico también resulta perfecto! —señaló Lalitha—. La gente hará algo para ayudar a su país en tiempo de guerra.

—A mí me da que esta gente no pierde mucho el sueño por ayudar a su país.

—No, Walter, ahí te equivocas. Luanne Coffey tiene dos hijos en Iraq. Odia al gobierno por no hacer más para protegerlos. De hecho, ella y yo hemos hablado del tema. Odia al gobierno, pero odia aún más a los terroristas. Es perfecto.

Así pues, en diciembre, Vin Haven viajó a Charleston en su jet y acompañó personalmente a Lalitha a Forster Hollow mientras Walter se quedaba reconcomiéndose, con su rabia y su humillación, en la habitación de un motel de Beckley. No se sorprendió al oír contar a Lalitha que Coyle Mathis seguía dale que dale con la cantinela de lo arrogante, remilgado y necio que era su jefe. Ella había desempeñado a fondo el papel de poli bueno y Vin Haven, que sí tenía el don para tratar con la gente corriente (como ponía de manifiesto su amistad con George W.), por lo visto también fue razonablemente tolerado en Forster Hollow. Mientras un pequeño grupo de manifestantes ajenos al valle de Nine Mile, encabezados por la chiflada de Jocelyn Zorn, desfilaba con pancartas (« ¡DE LA FUNDACIÓN NO SE FÍA NI TU TÍA!») delante de la pequeñísima escuela de primaria donde se celebraba la reunión, las ochenta familias del valle renunciaron a sus derechos y aceptaron, en el acto, ochenta sustanciosos talones certificados extendidos por la fundación en Washington.

Y ahora, noventa días después, Forster Hollow era un pueblo fantasma propiedad de la fundación y su demolición estaba prevista para las seis de la mañana del día siguiente. Walter no había visto motivo alguno para asistir a la primera mañana de demolición, más bien había visto varios motivos para no asistir, pero Lalitha estaba que no cabía en sí de gozo ante la inminente eliminación de las últimas construcciones permanentes en el Parque de la Reinita. Al contratarla, Walter había utilizado a modo de señuelo la imagen de las veinticinco mil hectáreas libres de todo rastro humano, y ella se había tragado la imagen íntegramente. Como ella había llevado esa imagen al borde de la realización, lógicamente él no podía negarle la satisfacción de ir a Forster Hollow. Dado que no podía concederle su amor, quería concederle todo lo que estuviera a su alcance. Le consentía los caprichos tal como a menudo había sentido la tentación de consentírselos a Jessica, aunque con ella por lo general se había abstenido, en aras de una paternidad responsable.

Cuando entraron en Beckley, donde llovía con mayor intensidad, Lalitha, llena de expectación, se inclinó sobre el volante del coche de alquiler.

—Mañana esta carretera dará pena —dijo Walter, contemplando la lluvia y advirtiendo en su voz, con desagrado, el mal humor propio de un viejo.

—Nos levantaremos a las cuatro e iremos despacio —sugirió Lalitha.

—Ja, eso sí sería una novedad. ¿Te he visto alguna vez ir despacio por una carretera?

—¡Estoy muy emocionada, Walter!

—Yo ni siquiera debería estar aquí —dijo él malhumorado—. Mañana por la mañana debería dar esa rueda de prensa.

—Dice Cynthia que el lunes es el mejor día para el ciclo de las noticias —señaló Lalitha, refiriéndose a su encargada de prensa, cuyo trabajo, hasta la fecha, había consistido básicamente en eludir todo contacto con la prensa.

—No sé qué temo más: que no se presente nadie o que tengamos la sala llena de periodistas.

—Ah, está claro que nos interesa tener la sala llena. Esto es una noticia extraordinaria, si se explica bien.

—Sólo sé que me da miedo.

Alojarse en hoteles con Lalitha se había convertido, quizá, en la parte más difícil de su relación de trabajo. En Washington, donde ella era la vecina de arriba, al menos vivían en plantas distintas, y Patty rondaba por allí para perturbar el panorama. En el Days Inn de Beckley, introdujeron tarjetas llave idénticas en puertas idénticas, a cinco metros una de otra, y entraron en habitaciones cuya profunda insipidez idéntica sólo podía superarse mediante una tórrida relación ilícita. Walter no podía dejar de pensar en lo sola que estaba Lalitha en su habitación idéntica. Parte de su sentimiento de inferioridad residía en la elemental envidia —envidia de su juventud; envidia de su idealismo inocente; envidia de la simplicidad de su situación en comparación con la imposibilidad de la suya—, y se le antojaba que la habitación de ella, aunque en apariencia idéntica, era la habitación de la plenitud, la habitación del anhelo hermoso y permisible, mientras que la suya era la habitación del vacío y la prohibición estéril. Puso la CNN, por el mero ruido, y vio un reportaje sobre la última carnicería en Iraq mientras se desvestía para darse una ducha solitaria.

La mañana anterior, antes de salir hacia el aeropuerto, Patty se había presentado ante la puerta del dormitorio.

—Permíteme expresarlo de la manera más clara posible —dijo—. Te doy mi permiso.

—¿Permiso para qué?

—Ya sabes para qué. Y estoy diciéndote que te lo doy.

Walter casi habría creído que lo decía en serio si Patty no hubiese estado tan desencajada y no se hubiera retorcido las manos de manera tan lastimera mientras hablaba.

—No sé a qué te refieres —dijo él—, pero, sea lo que sea, no quiero tu permiso.

Ella lo miró con expresión suplicante y luego con desesperación, y al final lo dejó solo. Al cabo de media hora, cuando Walter se disponía a irse, llamó a la puerta de la pequeña habitación donde ella escribía y mandaba sus e-mails y donde, de un tiempo a esa parte, dormía cada vez con mayor frecuencia.

—Cielo —dijo a través de la puerta—. Hasta el jueves por la noche.

Como Patty no contestó, volvió a llamar y entró. Estaba sentada en el sofá cama, estrujándose los dedos de una mano con la otra. Tenía la cara enrojecida, descompuesta y surcada de lágrimas. Walter se puso en cuclillas a sus pies y le cogió las manos, que envejecían más deprisa que el resto de su cuerpo; las tenía huesudas, con la piel frágil.

—Te quiero —dijo—. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, mordiéndose los labios, agradecida pero sin convicción.

—Vale —respondió con voz quebrada, susurrante—. Será mejor que te vayas.

¿Cuántas miles de veces más, se preguntó él mientras descendía por la escalera a las oficinas de la fundación, voy a consentir que esta mujer me apuñale el corazón?

La pobre Patty, la pobre extraviada y competitiva Patty, que no hacía nada ni remotamente valiente o admirable en Washington, no podía dejar de advertir la admiración de Walter por Lalitha. La razón por la que él ni siquiera se permitía pensar en amar a Lalitha, y menos aún en hacer nada al respecto, era Patty. No era sólo porque respetara al pie de la letra la ley conyugal, era también porque no soportaba la idea de que Patty supiera que existía alguien de quien él tenía mejor concepto que de ella. Lalitha sí era mejor que Patty. Eso era un hecho. Pero Walter sentía que preferiría morir a reconocer ante Patty ese hecho evidente, ya que, por mucho que acabara amando a Lalitha, y por inviable que fuera ahora su vida con Patty, amaba a Patty de una manera totalmente distinta, de una manera más amplia y abstracta, y no obstante esencial, que tenía que ver con toda una vida de responsabilidad; con ser buena persona. Si despidiera a Lalitha, literal y/o figuradamente, ella lloraría durante unos meses y después seguiría con su vida y haría cosas buenas con otra persona. Lalitha era joven y poseía el don de la lucidez. Mientras que Patty, aunque a menudo lo trataba con crueldad y últimamente, cada vez más, rehuía sus caricias, aún necesitaba que él la tuviera en un pedestal. Eso él lo sabía, o si no, ¿por qué no lo había abandonado? Lo sabía muy pero que muy bien. Dentro de Patty existía un vacío, y a él le había tocado en suerte hacer todo lo posible por llenarlo de amor. Existía en ella un débil asomo de esperanza que sólo él podía salvaguardar. Y por tanto, aunque su situación era ya imposible y parecía volverse más imposible a diario, no tenía más remedio que persistir.

Al salir de la ducha del motel, teniendo la cautela de no mirar en el espejo el lamentable cuerpo pálido de mediana edad, consultó su BlackBerry y encontró un mensaje de Richard Katz.

« Eh, colega, aquí trabajo concluido. ¿Nos vemos en Washington ahora o qué? ¿Dormiré en un hotel o en tu sofá? Quiero todos los extras que me merezco.

Saludos a tus hermosas mujeres. RK»

Walter examinó el mensaje con una inquietud de origen incierto. Posiblemente se debiera a aquella errata, que le recordaba la dejadez innata de Richard, pero posiblemente también al regusto de su encuentro en Manhattan dos semanas antes. Si bien Walter se había alegrado mucho de volver a ver a su viejo amigo, desde entonces lo obsesionaba la insistencia con que Richard, en el restaurante, había pedido a Lalitha que repitiera la palabra «joder», y las

posteriores insinuaciones sobre su interés en el sexo oral, y la manera en que él mismo, en el bar de Penn Station, procedió a hablar mal de Patty, cosa que jamás se permitía ante nadie. Tener cuarenta y siete años e intentar aún impresionar a su compañero de habitación de la universidad denigrando a su mujer y aireando confidencias que era mejor no airear: eso sí era deplorable. Aunque Richard también parecía haberse alegrado de verlo, Walter no podía quitarse de encima la sensación ya más que conocida de que pretendía imponerle su visión katziana del mundo y, en consecuencia, derrotarlo. Cuando, para sorpresa de Walter, antes de despedirse, Richard accedió a prestar su nombre e imagen a la campaña contra la superpoblación, Walter telefoneó de inmediato a Lalitha con la excelente noticia. Pero sólo ella fue capaz de saborearla con pleno entusiasmo. Él subió al tren con destino a Washington preguntándose si había obrado bien.

¿Y por qué, en su mensaje, Richard mencionaba la belleza de Lalitha y Patty? ¿Por qué las saludaba a ellas y no al propio Walter? ¿Era sólo otro descuido fruto de su dejadez? Lo dudaba.

A un paso del Days Inn, en la misma calle, había un asador totalmente de plástico pero provisto de un bar muy bien surtido. Era un lugar absurdo al que ir, ya que ni Walter ni Lalitha comían carne de ternera, pero el recepcionista del motel no tenía nada mejor que recomendar. En un reservado con asientos de plástico, Walter entrechocó el borde de su vaso de cerveza contra la copa de dry martini de Lalitha, que ella procedió a liquidar en un instante. Con una seña, Walter le pidió otro a la camarera y luego, no sin sufrimiento, examinó la carta. Entre los horrores del metano expelido por el ganado bovino, las cuencas hidrográficas devastadas por los lagos de excrementos que generaban las granjas de cerdos y pollos, la catastrófica sobreexplotación pesquera de los océanos, la pesadilla ecológica de las gambas y el salmón de vivero, la orgía antibiótica de las centrales lecheras y el combustible derrochado por la globalización de la producción agrícola, eran pocos los platos que podía pedir sin remordimientos de conciencia salvo patatas, judías y tilapia criada en agua dulce.

—A la mierda —dijo, cerrando la carta—. Voy a pedir el entrecot.

—Una celebración excelente, excelente —convino Lalitha, ya sonrojada—. Yo, el delicioso sandwich de queso gratinado del menú infantil.

La cerveza era interesante. Inesperadamente amarga y no precisamente deliciosa, como si fuera masa de pan bebible. Después de sólo tres o cuatro sorbos, ciertos vasos sanguíneos del cerebro de los que Walter apenas tenía noticia empezaron a palpar inquietantemente.

—Me ha llegado un mail de Richard —dijo—. Está dispuesto a venir a preparar la estrategia con nosotros. Le he dicho que venga el fin de semana.

—¡Ja! ¿Lo ves? Y decías que ni siquiera valía la pena pedirselo.

—Ya. En eso tenías razón.

Lalitha notó algo en su cara.

—¿No te alegras?

—No, no es eso —contestó él—. En teoría, sí. Sólo que hay algo que no... no me inspira confianza. Supongo que no acabo de entender por qué lo hace.

—¡Porque fuimos sumamente convincentes!

—Sí, es posible. O porque tú eres sumamente guapa.

Lalitha pareció complacida y confusa al oírlo.

—Es tu mejor amigo, ¿no?

—Lo era. Pero luego se hizo famoso. Y ahora sólo veo el lado de él que no me inspira confianza.

—¿Qué no te inspira confianza en él?

Walter negó con la cabeza, resistiéndose a contestar.

—¿No te inspira confianza por lo que a mí respecta?

—No, eso sería una estupidez, ¿no? Es decir, lo que tú hagas no es asunto mío. Eres una mujer adulta, sabes cuidar de ti misma.

Lalitha se rio, ahora ya sólo complacida, en absoluto confusa.

—Creo que es muy divertido y carismático —dijo—. Pero básicamente me dio pena. ¿Entiendes lo que quiero decir? Parece uno de esos hombres que han de pasarse la vida manteniendo una pose, porque por dentro son débiles. No es un hombre como tú ni mucho menos. Mientras hablábamos, lo único que vi fue lo mucho que te admira, y que procuraba disimularlo lo mejor posible. ¿Tú no te diste cuenta?

Eso le proporcionó a Walter tal grado de satisfacción que se le antojó peligroso. Deseó creerlo, pero tenía sus dudas al respecto, porque le constaba que Richard era, a su manera, implacable.

—En serio, Walter. Los hombres así son muy primitivos. En él, todo se reduce a dignidad, dominio de sí mismo y pose. Él tiene solamente eso, mientras que tú tienes muchas otras cosas.

—Pero eso que él tiene es lo que todo el mundo quiere. Has leído lo que aparece en Nexis sobre él, ya sabes de qué hablo. El mundo no premia las ideas o las emociones, premia al hombre íntegro e imperturbable. Y por eso no me inspira confianza. Ha montado el juego de manera que le permita ganar siempre. En el fondo, puede que admire lo que hacemos, pero nunca lo reconocerá abiertamente, porque ha de mantener su pose, porque eso es lo que todo el mundo quiere, y él lo sabe.

—Sí, pero por eso nos conviene tanto que trabaje con nosotros. Yo no quiero que tú seas imperturbable, no me gustan los hombres imperturbables. Me gustan los hombres como tú. Pero Richard va a ayudarnos a transmitir el mensaje.

Para Walter fue un alivio que la camarera se acercara a tomar nota y pusiera fin al placer de oír las razones por las que él le gustaba a Lalitha. Pero el peligro no hizo más que agravarse cuando ella se tomó el segundo dry martini.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?—dijo Lalitha.

—Eh... sí, claro.

—La pregunta es: ¿crees que debería hacerme una ligadura de trompas?

Había levantado la voz lo suficiente como para que la oyeran en otras mesas, y Walter, en un acto reflejo, se llevó un dedo a los labios. Ya desde el primer momento se sentía blanco de todas las miradas, se sentía llamativamente urbano, allí sentado con una chica de otra raza en medio de las dos variedades de habitantes de la Virginia rural: los obesos y los escuálidos.

—Parece lo lógico —añadió ella en voz más baja—, porque ya sé que no quiero tener hijos.

—Pues yo no... yo no... —Quería decir que, como Lalitha rara vez veía a Jairam, su novio de toda la vida, el embarazo no parecía una preocupación muy acuciante, y que, si alguna vez se quedaba embarazada por accidente, siempre podía abortar. Pero le parecía una frivolidad impropia hablar de las trompas de su ayudante. En su aturdimiento etílico, ella le sonreía con cierta timidez, como si buscara su permiso o temiera su desaprobación—. En realidad creo... considero que Richard tenía razón, no sé si lo recuerdas. Dijo que la gente cambia de opinión sobre estas cosas. Quizá lo mejor sea dejar las puertas abiertas.

—Pero ¿y qué pasa si estoy convencida de que tengo razón ahora, y no me fio de la persona que seré en el futuro?

—En fin, en el futuro ya no serás la persona que eres ahora. Serás esa nueva persona. Y esa nueva persona tal vez quiera cosas distintas.

—Pues que se vaya a la mierda la persona que seré en el futuro —replicó Lalitha, inclinándose sobre la mesa—. Si quiere reproducirse, desde ahora ya no me merece respeto.

Walter se obligó a no mirar a los demás comensales.

—¿Y a qué viene esto ahora? Apenas ves a Jairam.

—Lo digo porque Jairam quiere hijos, por eso. No se cree hasta qué punto hablo en serio cuando digo que yo no quiero. Necesito demostrárselo, para que no me dé más la lata. Ya no quiero ser su novia.

—La verdad es que no sé si tú y yo deberíamos hablar de estas cosas.

—Vale, pero entonces, ¿con quién puedo hablar? Eres el único que me comprende.

—Vamos, Lalitha, por favor. —A Walter el cerebro le nadaba en cerveza—. Lo siento. Lo siento mucho. Tengo la sensación de que te he empujado a algo a lo que no quería empujarte. Aún tienes toda la vida por delante, y yo... tengo la sensación de que te he empujado a algo.

Todo aquello parecía una gran equivocación. Al intentar decir algo concreto, algo ceñido al problema de la demografía mundial, sin querer había dado la impresión de que hablaba en sentido amplio sobre ellos dos. Parecía haber descartado una posibilidad mayor que aún no estaba preparado para descartar,

pese a ser consciente de que en realidad no era una posibilidad.

—Estas ideas son mías, no tuyas —afirmó Lalitha—. No me las has inculcado tú. Sólo te he pedido un consejo.

—Bien, pues creo que mi consejo es que no lo hagas.

—De acuerdo. Entonces tomaré otra copa. ¿O me aconsejas que no lo haga?

—Sí, te aconsejo que no lo hagas.

—Pídeme una igualmente, por favor.

Un abismo se abrió ante Walter, allí a su alcance para precipitarse en él de inmediato. Le sorprendió la rapidez con que algo así podía abrirse ante él. La otra única vez —no, no, no, la única vez— que se había enamorado, tardó casi un año en actuar, y aun así fue Patty quien hizo la mayor parte del trabajo pesado. Ahora parecía que esas cosas podían gestionarse en cuestión de minutos. Unas cuantas palabras inconscientes más, otro trago de cerveza, y sólo Dios sabía...

—Yo únicamente quería decir —continuó— que puede que te haya empujado a implicarte más de la cuenta en esto de la superpoblación. A fanatizarte. Con mi propia ira estúpida, mis propios conflictos. Sólo pretendía decir eso.

Ella asintió. Pequeñas perlas de llanto se adherían a sus pestañas.

—Tú me inspiras un sentimiento paternal —balbuceó.

—Lo entiendo.

Pero «paternal» también era una equivocación: descartaba casi por completo la clase de amor que, por doloroso que fuera admitirlo, nunca se permitiría.

—Obviamente soy demasiado joven para ser tu padre —dijo—, o casi demasiado joven, dejando de lado que, en todo caso, tú ya tienes un padre. En realidad sólo me refería al hecho de que me hayas pedido un consejo paternal. Al hecho de que, como jefe tuyo y persona considerablemente mayor, siento cierta clase de... preocupación por ti. «Paternal» en ese sentido. Nada que ver con alguna clase de tabú, o algo así.

A Walter aquello le pareció a todas luces absurdo incluso mientras lo decía. Los putos tabúes eran precisamente su problema. Lalitha, que parecía saberlo, levantó sus preciosos ojos y lo miró a la cara.

—No tienes que querirme, Walter. Puedo quererte sólo yo. ¿De acuerdo? No puedes impedirme que te quiera.

El abismo se ensanchó vertiginosamente.

—Pero ¡si yo te quiero! —exclamó él—. Es decir, en cierto sentido. En un sentido muy concreto. Sin duda te quiero. Mucho. Muchísimo, en realidad. ¿Vale? Sólo que no creo que eso nos lleve a ninguna parte. Es decir, si vamos a seguir trabajando juntos, no podemos hablar de esta manera bajo ningún concepto. Esto está ya muy, muy, muy, muy mal.

—Sí, ya lo sé. —Bajó los ojos—. Y tú estás casado.

—¡Sí, exacto! Exacto. Así son las cosas.

—Así son las cosas.

—Déjame pedir tu copa.

Una vez declarado el amor, una vez eludido el desastre, Walter fue a buscar a la camarera y pidió un tercer dry martini, largo de vermut. Su rubor, que durante toda su vida había sido algo que iba y venía continuamente, ahora le había venido y no se había ido. Con el rostro encendido, entró tambaleándose en el aseo de hombres e intentó orinar. Su necesidad era apremiante y al mismo tiempo le costaba satisfacerla. Permaneció ante el urinario, respirando hondo, y cuando por fin estaba a punto de conseguir que las cosas fluyeran, la puerta se abrió de par en par y entró alguien. Walter oyó al hombre lavarse las manos y secárselas mientras él seguía allí inmóvil, con las mejillas al rojo, esperando a que la vejiga venciese su timidez. Otra vez estaba a punto de lograrlo cuando se dio cuenta de que el hombre en el lavabo se demoraba adrede. Desistió de orinar, malgastó agua tirando innecesariamente de la cadena y se subió la cremallera.

—Tío, quizá te convenga consultarle a un médico sobre esas dificultades urinarias —comentó sádicamente el hombre frente al lavabo, arrastrando las palabras. Blanco, de treinta y tantos años, con una vida dura grabada en el rostro, concordaba a la perfección con el perfil que Walter se había formado del conductor que no creía en los intermitentes. Se quedó junto al hombro de Walter mientras éste se lavaba apresuradamente las manos y se las secaba.

—Te gusta la carne negra, ¿eh?

—¿Cómo?

—Digo que he visto lo que hacías con esa negrita.

—Es asiática —lo corrigió Walter, rodeándolo—. Si me permite...

—Con las palabras te la camelas, pero con unas copas vas que vuelas, ¿a que sí tío?

Su voz destilaba tal odio que Walter, temiendo violencia, huyó por la puerta sin replicar. No había dado un puñetazo ni encajado uno en treinta y cinco años, y sospechaba que un puñetazo sentaría mucho peor a los cuarenta y siete que a los doce. Cuando se sentó en el reservado ante una ensalada de lechuga iceberg, todo el cuerpo le vibraba de violencia contenida y la cabeza le daba vueltas por la sensación de injusticia.

—¿Qué tal la cerveza? —preguntó Lalitha.

—Es interesante —contestó Walter, y se bebió el resto de un trago. Tenía la impresión de que la cabeza podía desprenderse del cuello y elevarse hacia el techo como un globo de fiesta.

—Perdona si he dicho algo indebido.

—No te preocupes —dijo él—. Estoy... —«enamorado de ti. Estoy perdidamente enamorado de ti»—. Estoy en una posición difícil, cariño. Es decir, «cariño» no. «Cariño» no. Lalitha. Cariño. Estoy en una posición difícil.

—Tal vez deberías tomarte otra cerveza —sugirió ella con una sonrisa pícaro.

—Verás, lo que pasa es que también quiero a mi mujer.

—Sí, claro —dijo ella. Pero ni siquiera intentaba ayudarlo a salir del atolladero. Arqueó la espalda como un gato y se estiró hacia delante por encima de la mesa, exhibiendo las diez pálidas uñas de sus manos jóvenes y hermosas a ambos lados del plato de ensalada de Walter e invitándolo a tocárselas—. ¡Estoy muy borracha! —exclamó, sonriéndole traviesa.

Walter recorrió con la mirada el comedor de plástico para ver si su torturador de los lavabos estaba presenciando aquello. En apariencia el individuo no se hallaba a la vista, ni los observaba nadie de manera indebida. Al mirar a Lalitha, que acariciaba la superficie de plástico de la mesa con la mejilla como si fuera la más suave de las almohadas, recordó textualmente la profecía de Richard. La chica de rodillas, la cabeza oscilante, sonriendo desde abajo. Ay, la mísera lucidez de la visión del mundo de Richard Katz. Un súbito resquemor traspasó el subidón de Walter y lo serenó. Aprovecharse de esa chica era la forma de actuar propia de Richard, no la suya.

—Siéntate bien —dijo con severidad.

—Enseguida —musitó ella, moviendo sinuosamente los dedos extendidos.

—No, siéntate bien ya. Somos la fachada pública de la fundación, y no debemos olvidarlo.

—Creo que quizá tengas que llevarme a casa, Walter.

—Antes tienes que comer algo.

—Mmm —dijo ella, sonriendo con los ojos cerrados.

Él se levantó, se acercó a la camarera y pidió que les envolvieran los segundos para llevárselos. Lalitha seguía desplomada en la mesa, con el tercer dry martini a medias junto al codo, cuando él regresó al reservado. De un tirón, la obligó a levantarse y, sujetándola firmemente por el brazo, la sacó a la calle y la instaló en el asiento del acompañante. Al entrar de nuevo por la comida, se encontró en el vestíbulo acristalado con su torturador de los lavabos.

—Vaya un puto aficionado a la carne negra —dijo el individuo—. Vaya un puto espectáculo. ¿Qué cojones haces tú aquí?

Walter intentó rodearlo, pero el hombre le cortó el paso.

—Te he hecho una pregunta.

—No me interesa —contestó Walter. Intentó apartarlo, pero se vio lanzado de un empujón contra el cristal laminado, lo que hizo temblar la estructura del vestíbulo. En ese momento, antes de que las cosas fueran a mayores, se abrió la puerta interior y la fogueada jefa de camareras preguntó qué pasaba.

—Este individuo está molestándome —respondió Walter con la respiración entrecortada.

—Vaya con el puto perverso.

—Tendrán que tratar el asunto fuera del establecimiento —ordenó la

camarera jefa.

—¡Y una mierda! Yo no me voy a ninguna parte. El que se va es este perverso —dijo el hombre.

—Pues vuelva a su mesa y siéntese y a mí no me hable en ese tono.

—Este tío me revuelve tanto el estómago que no puedo ni comer.

Dejando que los dos resolvieran las cosas entre ellos, Walter entró y se vio en el punto de mira de una joven rubia y fornida, a todas luces la acompañante de su torturador, que lo observaba con odio asesino desde una mesa cercana a la puerta. Mientras Walter esperaba la comida, se preguntó por qué precisamente esa noche, entre todas las noches, Lalitha y él habían suscitado semejante odio. Habían sido blanco de alguna que otra mirada, sobre todo en los pueblos más pequeños, pero nunca nada a ese nivel. De hecho, se había llevado una grata sorpresa al ver en Charleston tantas parejas mixtas de negros y blancos, y descubrir la escasa prioridad que en general merecía el racismo entre los muchos males de ese estado. La mayor parte de Virginia Occidental era demasiado blanca para que la raza fuera un problema capital. Inevitablemente llegó a la conclusión de que lo que había atraído la atención de la joven pareja era la culpabilidad, la inmundicia culpabilidad, que él irradiaba desde su reservado. No odiaban a Lalitha, lo odiaban a él. Y se lo tenía bien merecido. Cuando por fin llegó la comida, le temblaban tanto las manos que apenas pudo firmar el resguardo de la tarjeta de crédito.

Ya en el Days Inn, llevó a Lalitha en brazos bajo la lluvia y la dejó delante de su puerta. No dudaba de que podría haber ido por su propio pie, pero quiso concederle el deseo de ser llevada a su habitación. Y de hecho a Walter le fue útil tenerla en brazos como a una niña: le recordó sus responsabilidades. Cuando ella se sentó en la cama y cayó de lado, él la tapó con la colcha como en otro tiempo tapaba a Jessica y Joey.

—Me voy a cenar a mi habitación —dijo, alisándole el pelo con ternura desde la frente—. Te dejo aquí tu comida.

—No, no te vayas —rogó ella—. Quédate a ver la televisión. Cuando esté serena, podemos cenar juntos.

También le concedió ese capricho y, localizando la PBS en la televisión por cable, vio el final de *NewsHour*: una discusión sobre el historial de guerra de John Kerry cuya intrascendencia lo puso tan nervioso que apenas pudo seguirla. Ya le era casi imposible soportar los noticieros de cualquier tipo. Todo se movía demasiado deprisa, demasiado deprisa. Sintió una punzada de compasión por la campaña de Kerry, que en ese momento disponía de menos de siete meses para dar la vuelta a los ánimos del país y sacar a la luz tres años de manipulación y mentiras de alta tecnología.

Él mismo se había visto sometido a una presión extrema para conseguir que se firmaran los contratos con Nardone y Blasco antes de que caducara el pacto

inicial con Vin Haven, el 30 de junio, para no verse forzados a una renegociación. En sus prisas por resolver el asunto de Coyle Mathis y cumplir el plazo, no le quedó más remedio que acceder al acuerdo del blindaje corporal con LBI, pese a lo exorbitante y repulsivo que era. Y ahora, antes de que pudiera contemplarse otra alternativa, las compañías mineras iban a destruir sin pérdida de tiempo el valle de Nine Mile y adentrarse en las montañas con sus grúas de cable, cosa que podían hacer con entera libertad porque uno de los pocos éxitos claros de Walter, en Virginia Occidental, había sido agilizar los permisos para la explotación a cielo abierto y convencer al Departamento del Medio Ambiente de los Apalaches de que excluyera los yacimientos de Nine Miles de su pleito dilatorio. Se cerró el acuerdo, y ahora Walter tenía que olvidarse de Virginia Occidental y empezar a trabajar de firme en su campaña contra la superpoblación: tenía que poner en marcha el programa de jóvenes en prácticas antes de que los estudiantes universitarios más progresistas de la nación hicieran sus planes de verano y optaran por trabajar en la campaña de Kerry.

En las dos semanas y media transcurridas desde su encuentro con Richard en Manhattan, la población mundial había aumentado en siete millones de personas. Un aumento neto de siete millones de seres humanos —el equivalente a la población de Nueva York— destinados a deforestar montes y contaminar arroyos y cubrir prados de asfalto y tirar basura plástica al océano Pacífico y quemar gasolina y carbón y exterminar otras especies y obedecer al puto Papa y producir familias de doce miembros. Desde el punto de vista de Walter, no existía en el mundo mayor fuerza del mal que la Iglesia católica, ni causa más perentoria para la desesperanza respecto al futuro de la humanidad y del asombroso planeta que se le había concedido, aunque cabía reconocer que en esos tiempos la seguían muy de cerca los fundamentalismos siameses de Bush y Ben Laden. Walter no podía ver una iglesia ni el letrero LOS HOMBRES DE VERDAD AMAN A JESÚS ni un símbolo de un pez en un coche sin notar una opresión de ira en el pecho. En un lugar como Virginia Occidental, eso significaba que montaba en cólera casi cada vez que se atrevía a salir a la luz del día, lo que sin duda contribuía a su violencia vial. Y el problema no era sólo la religión, ni sólo ese tamaño gigante de todo al que sus compatriotas estadounidenses parecían sentirse con derecho en exclusiva, ni tampoco los Walmarts y los cubos de jarabe de maíz y los *monster trucks*; era la sensación de que nadie más en el país dedicaba siquiera cinco segundos a pensar en lo que implicaba traer a la limitada superficie de este mundo otros trece millones de grandes primates mensualmente. La serenidad sin sombras de la indiferencia de sus paisanos lo enloquecía de ira.

Patty había sugerido recientemente, como antídoto a la violencia vial, que se distrajese con la radio mientras conducía, pero para Walter el mensaje de todas y cada una de las emisoras era que nadie más en Estados Unidos pensaba en la

degradación del planeta. Todas las emisoras de Dios y las emisoras de country y las emisoras de Limbaugh jaleaban esa degradación activamente, claro está; las emisoras de rock clásico y de noticias armaban continuamente revuelo por cualquier intrascendencia; y la Radio Pública Nacional era, para Walter, incluso peor. *Mountain Stage* y *A Prairie Home Companion*: ¡se perdían literalmente en la música de violines mientras ardía el planeta! Y los peores eran *Morning Edition* y *All Things Considered*. El departamento de informativos de la Radio Nacional Pública, en otro tiempo bastante progresista, se había convertido en un portavoz más de la ideología centroderechista del libre mercado, presentando incluso la más ligera ralentización del crecimiento económico de la nación como « mala noticia » y desperdiciando adrede valiosos minutos de tiempo de emisión cada mañana y cada noche — minutos que podrían haberse dedicado a fomentar la alarma sobre la superpoblación y las extinciones en masa — en reseñas presuntuosamente serias de novelas literarias y grupos musicales extravagantes como Walnut Surprise.

Y la televisión: la televisión era como la radio, sólo que diez veces peor. Para Walter, un país que seguía minuto a minuto cada falso giro de *American Idol* mientras el mundo se incendiaba merecía plenamente la pesadilla que le deparase el futuro, fuera cual fuese.

Naturalmente, se daba cuenta de que no estaba bien sentirse así: aunque sólo fuera porque en Saint Paul, durante casi veinte años, eso no le había pasado. Era consciente de la estrecha conexión entre la ira y la depresión, consciente de que era malsano desde el punto de vista mental obsesionarse exclusivamente con situaciones apocalípticas, consciente de que, en su caso, la obsesión se alimentaba de la frustración con su mujer y la decepción con su hijo. Probablemente, si hubiese estado de verdad solo en su ira, no lo habría soportado.

Pero Lalitha lo acompañaba en cada paso del camino. Ella corroboraba su visión del mundo y compartía su sensación de apremio. En su primera entrevista, le había hablado de su viaje en familia a Bengala Occidental a los catorce años. Tenía la edad idónea para no sólo entristecerse y horrorizarse, sino sentir además repugnancia por la densidad y la miseria de la vida humana en Calcuta. Su repugnancia la había llevado, a su regreso a Estados Unidos, al vegetarianismo y los estudios del medio ambiente, con especial atención, ya en la universidad, a los problemas de la mujer en los países en vías de desarrollo. Pese a que casualmente había conseguido un buen empleo en Natural Conservancy al acabar la carrera, su verdadero interés había sido siempre — como el del propio Walter en su juventud — los problemas de la demografía y la sostenibilidad.

Sin lugar a dudas, Lalitha tenía otra faceta muy distinta, una faceta sensible a los hombres fuertes y tradicionales. Su novio, Jairam, era de constitución recia y bastante feo, pero arrogante y resuelto, un cirujano cardiovascular residente, y Lalitha no era ni mucho menos la primera joven atractiva a quien Walter había

visto conceder sus favores a alguien como Jairam a fin de evitar que le tiraran los tejos allí adonde fuera. Pero después de aguantar los seis años de crecientes disparates de Jairam parecía empezar por fin a curarse de él. Para Walter, lo único verdaderamente sorprendente sobre su pregunta de esa noche, la pregunta acerca de la esterilización, era que ella hubiese sentido siquiera la necesidad de plantearla.

¿Por qué, a fin de cuentas, se la había planteado a él?

Apagó el televisor y se paseó por la habitación para reflexionar más detenidamente al respecto, y de inmediato encontró la respuesta: le había preguntado si tal vez él querría tener un hijo con ella algún día. O quizá, más exactamente, le había advertido que aunque él quisiera, tal vez ella no.

Y lo repugante —si era sincero consigo mismo— era que sí deseaba tener un hijo con ella. No es que no adorase a Jessica ni que, de un modo más abstracto, no amara a Joey. Pero de pronto sentía muy lejos a la madre de los dos. Patty era una persona que seguramente ni siquiera había sentido un gran deseo de casarse con él, una persona de la que había oído hablar por primera vez a Richard, que una noche de verano en Minneapolis, hacía mucho tiempo, le había mencionado que la tía con quien se acostaba vivía con una estrella del baloncesto que desbarataba sus prejuicios sobre las mujeres deportistas. Patty había estado a punto de irse con Richard, y a partir del gratificante hecho de que no lo hubiese hecho —de que hubiera sucumbido en cambio al amor de Walter— se había desarrollado toda su vida juntos, su matrimonio y su casa y sus hijos. Siempre habían formado buena pareja, pero una pareja extraña; ahora daba cada vez más la impresión de que sencillamente estaban mal emparejados. En cambio, Lalitha era un auténtico espíritu afin, un alma gemela que lo adoraba sinceramente. Si alguna vez tenían un hijo, ese hijo se parecería a él.

Siguió paseándose por la habitación, muy agitado. Mientras el alcohol y los pueblerinos lo tenían distraído, el abismo abierto a sus pies se había ensanchado más y más. ¡Ahora pensaba en tener hijos con su ayudante! ¡Y ni siquiera fingía lo contrario! Y todo era una novedad de esa última hora. Sabía que era una novedad porque, al desaconsejarle la ligadura trompas, era verdad que no pensaba en sí mismo.

—¿Walter? —dijo Lalitha desde la cama.

—Sí, ¿cómo te encuentras? —respondió él, y acudió a su lado.

—Pensaba que iba a vomitar, pero ahora creo que se me ha pasado.

—¡Mejor así!

Ella lo miró con un rápido parpadeo y una tierna sonrisa.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Ah, de nada.

—¿Cómo llevas tú la cerveza?

—Ni siquiera lo sé.

Los labios de Lalitha estaban allí mismo, su boca estaba allí mismo, y a Walter le palpitaba el corazón de tal modo que tenía la sensación de que iba a romperse la caja torácica. ¡Bésala! ¡Bésala! ¡Bésala!, le decía.

Y de pronto le sonó la BlackBerry. El tono era el canto de la reinita cerúlea.

—Cógelo —le dijo Lalitha.

—Mmm...

—No, cógelo. Estoy bien aquí, en la cama.

La llamada era de Jessica, no era urgente, hablaban a diario. Pero ver su nombre en el visor bastó para apartar a Walter del borde del abismo. Se sentó en la otra cama y contestó.

—Parece que estás andando —dijo Jessica—. ¿Vas con prisas a algún sitio?

—No. En realidad estoy celebrando.

—Por como jadeas, parece que estás en la cinta de un gimnasio.

Le flaqueaba tanto el brazo que apenas podía sostener el teléfono junto al oído. Se tendió de costado y le contó a su hija los acontecimientos de la mañana y sus diversos recelos, respecto a los cuales ella procuró tranquilizarlo. Con el tiempo, Walter había empezado a agradecer el ritmo de sus llamadas diarias. Jessica era la única persona del mundo a quien permitía preguntarle por sus propias cosas antes de asediarla a preguntas sobre su vida; ella cuidaba así de él; era la hija que había heredado su sentido de la responsabilidad. Aunque aún ambicionaba ser escritora, y por entonces trabajaba como ayudante editorial apenas remunerada en Manhattan, tenía una profunda veta ecologista y esperaba convertir los problemas del medio ambiente en el eje de sus futuros escritos. Walter le contó que Richard viajaría a Washington y le preguntó si aún tenía previsto reunirse con ellos el fin de semana, para aportar su valiosa inteligencia juvenil a las conversaciones. Ella aseguró que sí.

—¿Y a ti cómo te ha ido el día? —le preguntó Walter.

—Bah —contestó Jessica—. Mis compañeras de piso siguen aquí, nadie las ha sustituido por arte de magia mientras estaba en la oficina. Tengo ropa apilada en torno a la puerta para que no entre el humo.

—No las dejes fumar dentro de casa. Diselo.

—Ya, pero en la votación ganan por mayoría, ése es el problema. Las dos acaban de empezar. Todavía es posible que entiendan lo estúpido que es y lo dejen. Mientras tanto, contengo la respiración, literalmente.

—¿Y qué tal el trabajo?

—Como siempre. Simon está cada vez más repelente. Parece una fábrica de sebo. Cuando se te acerca a la mesa, después hay que limpiarlo todo. Hoy ha estado merodeando alrededor de la mesa de Emily durante casi una hora, intentando convencerla para que lo acompañe a un partido de los Knicks. Por razones que desconozco, los editores reciben un montón de entradas gratis para toda clase de actos, incluidos los deportivos. Supongo que los Knicks deben de

estar desesperados por llenar sus localidades de lujo en estos momentos. Y Emily en plan: ¿cuántos cientos de maneras hay de decir que no? Al final me he acercado y le he preguntado a Simon por su mujer. Ya me entiendes: ¿Tu mujer? ¿Tus tres hijos en Teaneck? ¡Eh, Simon! ¿Y si dejas ya de mirar el escote de Emily?

Walter cerró los ojos y buscó algo que decir.

—¿Papá? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí, sí. ¿Qué edad tiene... ese...? ¿Simon?

—No lo sé. Indeterminada. Probablemente no más del doble que Emily. Especulamos sobre si se tiñe el pelo o no. A veces el color parece un poco distinto, de una semana a otra, pero eso podría deberse a la grasa capilar. Por suerte no es jefe directo mío.

De pronto, Walter temió echarse a llorar.

—¿Papá? ¿Estás ahí?

—Sí, sí.

—Es que tu móvil se queda en silencio total cuando no hablas.

—Ya, escucha —dijo él—, me parece fantástico que vengas este fin de semana. Creo que pondremos a Richard en la habitación de invitados. Haremos una reunión larga el sábado y una más corta el domingo. Intenta planificar algo concreto. Lalitha tiene ya unas cuantas ideas muy buenas.

—No lo dudo —contestó Jessica.

—Genial, pues. Hablamos mañana.

—De acuerdo. Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, cielo.

Dejó que el teléfono se le cayera de la mano y se quedó llorando un rato, en silencio, sacudiendo la cama barata. No sabía qué hacer, no sabía cómo vivir. Cada cosa nueva con la que se cruzaba en la vida lo impulsaba en una dirección que lo convencía plenamente de que era la correcta, pero de pronto surgía ante él otra cosa nueva y lo impulsaba en la dirección opuesta, que también se le antojaba correcta. No había una línea argumental: se veía a sí mismo como la bola puramente reactiva de una máquina del millón, en un juego cuyo único objetivo era seguir vivo por el mero hecho de seguir vivo. Echar a perder su matrimonio y seguir a Lalitha le había parecido irresistible hasta el momento en que se había visto a sí mismo personificado en el maduro compañero de trabajo de Jessica, como otro americano blanco que consumía en exceso y se creía con derecho a más y más y más: vio el imperialismo romántico presente en el hecho de enamorarse de una mujer joven y asiática, una vez agotadas sus provisiones nacionales. Lo mismo podía decirse de la trayectoria que había seguido durante dos años y medio con la fundación, convencido de la solidez de sus argumentos y la rectitud de su misión, para acabar pensando, esa mañana en Charleston, que no había hecho más que cometer errores garrafales. Y lo mismo podía decirse de la

iniciativa de la superpoblación: ¿qué mejor manera había de vivir que acometer el reto más crítico de su época? Un reto que le parecía falso y estéril cuando pensaba en su Lalitha con las trompas ligadas. ¿Cómo vivir?

Estaba enjugándose las lágrimas, serenándose, cuando Lalitha se levantó, se acercó y le apoyó una mano en el hombro. Exhalaba un olor dulzón a dry martini.

—Jefe mío —susurró, acariciándole el hombro—. Eres el mejor jefe del mundo. Eres un hombre extraordinario. Mañana, cuando nos levantemos, todo estará en orden.

Walter asintió, se sorbió la nariz y ahogó un sollozo.

—No te esterilices, por favor —dijo.

—No —contestó ella, acariciándolo—. No lo haré esta noche.

—No hay por qué darse prisas con nada. Todo debe ir más despacio.

—Despacio, despacio, sí. Todo irá despacio.

Si Lalitha lo hubiera besado, Walter le habría devuelto el beso, pero ella se limitó a seguir acariciándole el hombro, y al cabo de un rato él consiguió reconstruir cierta apariencia de su imagen profesional. A Lalitha se la veía triste pero no demasiado decepcionada. Bostezó y se desperezó como una niña soñolienta. Walter la dejó con su sandwich y se fue a la habitación de al lado con su entrecot, que devoró con una ferocidad culpable, cogiéndolo con las manos y despedazándolo con los dientes, manchándose de grasa el mentón. Volvió a pensar en Simon, el compañero sebo y saqueador.

Apaciguado por eso, y por la soledad y la asepsia de la habitación, se lavó la cara y atendió el correo electrónico durante dos horas, mientras Lalitha dormía en su habitación no mancillada y soñaba con... ¿qué? No podía imaginárselo. Pero sí sentía que, al acercarse tanto al borde del abismo y luego retirarse tan torpemente, se habían vacunado contra el peligro de volver a acercarse tanto. Y eso ahora le parecía bien. Y era así como él sabía vivir: con disciplina y abnegación. Encontraba consuelo en el largo tiempo que transcurriría hasta que volvieran a viajar juntos.

Cynthia, la encargada de prensa, le había enviado en un mensaje la redacción final del comunicado completo y del anuncio preliminar que saldría a la luz a las doce del día siguiente, en cuanto se hubiera iniciado la demolición de Forster Hollow. También encontró una nota lacónica y descontenta de Eduardo Soquel, el representante de la fundación en Colombia, confirmando que estaba dispuesto a perderse la «quinceañera» de su hija mayor el domingo y viajar a Washington. Walter necesitaba a Soquel a su lado en la rueda de prensa del lunes, para hacer hincapié en el carácter panamericano del parque y poner de relieve los éxitos de la fundación en Sudamérica.

No era raro mantener en secreto los grandes acuerdos para la conservación de tierras hasta que se cerraran, pero eran pocos los acuerdos que contenían una

bomba de la magnitud de las 5.500 hectáreas de bosque asignadas a la ECA. A finales de 2002, cuando Walter no había hecho más que insinuar a la comunidad ecologista local que tal vez la fundación permitiera la ECA en su reserva de la reinita, Jocelyn Zorn puso sobre aviso a todos los periodistas anti-carbón de Virginia Occidental. El resultado fue un revuelo de artículos desfavorables, y Walter llegó a la conclusión de que, sencillamente, no podía permitirse sacarlo todo a la luz pública. El reloj avanzaba: no había tiempo para la lenta labor de educar a la gente y formar su opinión. Era mejor mantener ocultas las negociaciones con Nardone y Blasco, mejor permitir que Lalitha convenciera a Coyle Mathis y sus vecinos de que firmaran acuerdos de confidencialidad, y esperar a que todo fueran hechos consumados. Pero ahora había llegado la hora de la verdad, la maquinaria pesada estaba ya en marcha. Walter sabía que debía salir en defensa de la noticia y presentarla a su manera, como una « historia de éxito », el éxito de una recuperación basada en estudios científicos y un reasentamiento compasivo. Y sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que la prensa iba a crucificarlo por el asunto de la ECA. Posiblemente tendría que pasarse semanas dedicándose exclusivamente a apagar fuegos. Y entretanto el reloj corría también para su iniciativa con respecto a la superpoblación, que era lo único que de verdad le preocupaba ahora.

Después de releer con profunda inquietud el comunicado de prensa, consultó la bandeja de entrada de su correo por última vez y encontró un nuevo mensaje, de caperville@nytimes.com:

« Hola, señor Berglund:

Me llamo Dan Caperville y estoy preparando un artículo sobre la conservación de tierras en los Apalaches. Tengo entendido que la Fundación Monte Cerúleo acaba de cerrar un acuerdo para la preservación de una amplia parcela de bosque en el condado de Wyoming, Virginia Occidental. Me encantaría hablar de eso con usted en cuanto le sea posible... » .

Pero ¿qué coño...? ¿Cómo se había enterado ya el *Times* de la firma de esa mañana? En sus circunstancias presentes, Walter se hallaba en tan pésimas condiciones para reflexionar sobre ese mensaje que redactó de inmediato la respuesta y la envió sin concederse un momento para recapitular:

« Apreciado señor Caperville:

¡Gracias por su interés! Sería un placer para mí hablar con usted sobre las apasionantes actividades que la fundación tiene previstas. De hecho, voy a conceder una rueda de prensa el lunes próximo por la mañana en Washington con intención de anunciar una destacada y apasionante nueva iniciativa medioambiental a la que espero que pueda usted asistir. En consideración a la importancia de su periódico, puedo adelantarle asimismo una copia de nuestro

comunicado de prensa el domingo por la tarde. Si le es posible hablar conmigo el lunes por la mañana a primera hora, antes de la rueda de prensa, quizá yo también consiga encontrar un hueco.

Estaré encantado de colaborar con usted,
Walter E. Berglund
Director ejecutivo, Fundación Monte Cerúleo»

Les mandó copia de todo a Cynthia y Lalitha, con el comentario ¿Qué coño es esto?, y luego se paseó por la habitación agitado, pensando en lo bien que le sentaría una segunda cerveza en ese momento. (Una cerveza en cuarenta y siete años, y ya se sentía como un adicto). Así las cosas, lo acertado sería probablemente despertar a Lalitha, volver a Charleston, coger el primer vuelo de la mañana siguiente, adelantar la rueda de prensa al viernes y salir en defensa de la noticia. Pero parecía que el mundo, ese mundo acelerado y enloquecedor, conspiraba para privarlo de las dos únicas cosas que de verdad deseaba ahora. Después de verse ya privado de besar a Lalitha, quería al menos pasar el fin de semana planeando la iniciativa sobre la superpoblación con ella, Jessica y Richard, antes de afrontar el lío de Virginia Occidental.

A las diez y media, paseándose aún por la habitación, su sensación de privación y angustia y autocompasión era tal que telefoneó a Patty. Deseaba que se le reconociera algún mérito por su fidelidad, o quizá sólo deseaba volcar algo de ira en una persona querida.

—Ah, hola —dijo Patty—. No esperaba saber de ti. ¿Va todo bien?

—Va todo fatal.

—¡Pues no me extraña! No es fácil decir que no cuando quieres decir que sí, ¿verdad?

—Por Dios, no empieces —contestó él—. Te lo ruego, por lo que más quieras, no empieces con eso esta noche.

—Lo siento. Sólo pretendía ser comprensiva.

—Lo que tengo entre manos es un problema profesional, Patty, no una simple pequeñez personal relacionada con las emociones, lo creas o no. Es una dificultad profesional grave y no me vendrían mal unas palabras de apoyo. Esta mañana, algún asistente a la reunión le ha filtrado algo a la prensa, y tengo que salir en defensa de una noticia de la que ni siquiera sé si quiero salir en defensa, porque empiezo a tener la sensación de que la he pifiado, de que lo único que he conseguido es entregar cinco mil quinientas hectáreas para que las dinamiten hasta reducirlas a un paisaje lunar, y ahora hay que informar al mundo y ya ni siquiera me interesa el proyecto.

—Ya, bueno —dijo Patty—, la verdad es que eso del paisaje lunar suena fatal.

—¡Gracias! ¡Gracias por animarme!

—Precisamente esta mañana he leído un artículo sobre eso en el *Times*.

—¿Hoy?

—Sí, de hecho mencionaban a tu reinita, y lo mucho que la perjudicaba la explotación a cielo abierto.

—¡No me lo puedo creer! ¿Hoy?

—Sí, hoy.

—¡Joder! Alguien debe de haber visto la noticia en el periódico de hoy y después ha telefoneado al periodista con la filtración. Acabo de saber de él hace media hora.

—Bueno, en cualquier caso estoy segura de que sabes lo que haces —dijo Patty—, aunque eso de la explotación a cielo abierto suena francamente mal.

Walter se apretó la frente, sintiéndose otra vez al borde del llanto. Apenas podía creer que estuviera oyendo eso de labios de su mujer, en ese momento, precisamente en un día como aquél.

—¿Desde cuándo eres tan aficionada al *Times*? —preguntó.

—Sólo he dicho que suena bastante mal. Ni siquiera parece que nadie ponga en duda lo malo que es.

—Eres la misma persona que se reía de su madre por creerse todo lo que leía en el *Times*.

—¡Ja, ja, ja! ¿Ahora soy mi madre? Como no me gusta la explotación a cielo abierto, ¿de pronto me convierto en Joyce?

—Sólo digo que el asunto tiene otros enfoques.

—Crees que deberíamos quemar más carbón. Facilitar las cosas para quemar más carbón. A pesar del calentamiento global.

Walter se tapó los ojos con la mano y se los apretó hasta que le dolieron.

—¿Quieres que te explique la razón? ¿Tengo que hacerlo?

—Si quieres.

—Vamos camino de una catástrofe, Patty. Vamos camino de un desmoronamiento total.

—Bueno, eso a mí, y sinceramente no sé a ti, digamos que empieza a parecerme un alivio.

—¡No hablo de nosotros!

—¡Ja, ja, ja! La verdad es que no lo he captado. No he entendido a qué te referías, en serio.

—Me refería a que, en algún momento, la población mundial y el consumo de energía van a tener que reducirse drásticamente. Incluso ahora hemos dejado de ser sostenibles en gran medida. En cuanto se produzca el desmoronamiento, surgirá una oportunidad para que los ecosistemas se recuperen, pero sólo si queda algo de naturaleza. La cuestión es, pues, qué proporción del planeta se destruye antes del desmoronamiento. ¿Lo agotamos por completo, talamos todos los árboles y dejamos estériles todos los mares, y luego nos desmoronamos? ¿O

sobrevivirá algún bastión intacto?

—En cualquier caso, para entonces tú y yo ya estaremos muertos hará tiempo —dijo Patty.

—Pues antes de morir pretendo crear un bastión. Un refugio. Algo que ayude a un par de ecosistemas a superar el punto crítico. En eso consiste el proyecto en su totalidad.

—O sea —persistió ella—, como que habrá una epidemia mundial y se formará una cola larguísima para el Tamiflu, o el Cipro, y gracias a ti seremos las dos últimas personas de la cola. « Ah, lo siento, chicos, maldita sea, se nos ha acabado hace un momento». Entonces seremos amables y corteses y complacientes, y nos moriremos.

—El calentamiento global es una gran amenaza —afirmó Walter, negándose a morder el anzuelo—, pero sigue sin ser tan grave como los residuos radioactivos. Resulta que las especies pueden adaptarse mucho más rápido de lo que creíamos. Si el cambio climático se produce a lo largo de cien años, un ecosistema frágil tiene la posibilidad de resistir. Pero cuando un reactor revienta, todo se jode de inmediato y sigue jodido durante los próximos cinco mil años.

—Así que viva el carbón. Quememos más carbón. Hurra, hurra.

—Es complicado, Patty. El panorama se complica cuando contemplas las alternativas. La energía nuclear es una catástrofe asegurada a la espera de suceder en cualquier momento. Hay cero posibilidades de que los ecosistemas se recuperen de una catástrofe. Todo el mundo habla de la energía eólica, pero el viento tampoco es ninguna maravilla. Esa idiota de Jocelyn Zorn tiene un folleto que muestra las dos opciones... las dos únicas opciones, cabe suponer. La ilustración A muestra un paisaje desértico devastado, posterior a la ECA; la ilustración B muestra diez molinos de viento en un paisaje montañoso immaculado. ¿Y cuál es el fallo de esa ilustración? El fallo es que hay sólo diez molinos. Cuando en realidad se necesitan diez mil molinos. Se necesitan turbinas en las cimas de todas las montañas de Virginia Occidental. Imagina que eres un ave migratoria e intentas atravesar eso volando. Y si cubres todo el estado de molinos, ¿crees que seguirá siendo una atracción turística? Y además, para competir con el carbón, esos molinos deben funcionar eternamente. Dentro de cien años, esas monstruosidades seguirán ofendiendo a la vista, rebanando las pocas aves que queden. En tanto que el yacimiento de una mina a cielo abierto, dentro de cien años, si recuperas el terreno debidamente, tal vez no sea perfecto, pero sí será un valioso bosque maduro.

—Y tú eso lo sabes y el periódico no —dijo Patty.

—Exacto.

—Y no cabe ninguna posibilidad de que te equivoques.

—No en cuanto al carbón comparado con las energías eólica o nuclear.

—Pues quizá si explicas todo eso, tal como acabas de explicármelo a mí, la

gente lo crea y no tengas ningún problema.

—¿Tú lo crees?

—No tengo todos los datos.

—Pero ¡yo sí tengo los datos, y te los estoy dando! ¿Por qué no me crees?
¿Por qué no me animas?

—Creía que eso era tarea de Cara Bonita. Estoy un poco desentrenada desde que esa función la asumió ella. Además, ella lo hace mucho mejor.

Walter puso fin a la conversación antes de que se torciera aún más. Apagó todas las luces y se preparó para acostarse bajo el resplandor del aparcamiento que entraba por las ventanas. La oscuridad era el único alivio disponible para su estado de desdicha en carne viva. Corrió las cortinas opacas, pero seguía filtrándose luz por debajo, así que retiró las almohadas y la colcha de la cama libre y las usó para impedir su paso en la medida de lo posible. Se puso un antifaz de dormir y se tendió con una almohada encima de la cara, pero incluso así, por más que se reacomodase el antifaz, una ligera insinuación de fotones extraviados chocaba aún contra sus párpados firmemente cerrados, la oscuridad no era del todo perfecta.

Su mujer y él se querían y se causaban dolor mutuamente a diario. Todo lo demás que hacía en la vida, incluso su deseo por Laliha, se reducía a poco más que una huida de esa circunstancia. Patty y él no podían vivir juntos ni concebían la posibilidad de vivir separados. Cada vez que pensaba que habían llegado al insostenible punto de ruptura, resultaba que aún podían continuar sin romper.

El verano anterior, una noche de tormenta en Washington, se dispuso a tachar una de las tareas pendientes en su lista personal desalentadoramente larga abriendo una cuenta bancaria online, cosa que venía proponiéndose desde hacía años. Desde el traslado a Washington, Patty asumía cada vez menos parte de su carga en las responsabilidades de la casa y ya ni siquiera se ocupaba de la compra, pero sí seguía pagando las facturas y llevaba las cuentas familiares. Walter nunca había examinado los extractos de la cuenta corriente hasta que, después de cuarenta y cinco minutos de frustración con el software del banco, las cifras aparecieron en la pantalla de su ordenador. Cuando vio la extraña pauta de retiradas de efectivo mensuales por valor de quinientos dólares, lo primero que pensó fue que algún hacker había estado robándoles desde Nigeria o Moscú. Pero por fuerza Patty se habría dado cuenta, ¿o no?

Subió a la pequeña habitación de Patty, donde ella charlaba animadamente por teléfono con una de sus antiguas amigas del baloncesto —aún prodigaba risas e ingenio a las personas de su vida que no eran Walter—, y le dio a entender que no iba a marcharse hasta que colgara.

—Necesitaba efectivo —dijo ella cuando él le enseñó el listado con los movimientos de cuenta—. Usé unos cuantos cheques para sacar dinero.

—¿Quinientos al mes? ¿Casi a finales de cada mes?

—Es cuando saco el dinero del banco.

—No, tú sacas doscientos dólares cada dos semanas. Sé cómo son tus retiradas de dinero. Y aquí también hay una comisión por un cheque certificado. ¿El quince de mayo?

—Sí.

—Eso parece un cheque certificado, no una simple retirada en efectivo.

Allá por el Observatorio Naval, más o menos donde vivía Dick Cheney, los truenos resonaban en un cielo vespertino del color de las aguas del Potomac. Patty, en su pequeño sofá, se cruzó de brazos en un gesto de desafío.

—¡Vale! —dijo—. ¡Me has pillado! Joey necesitaba pagar por adelantado el alquiler de todo el verano. Lo devolverá cuando lo gane, pero no disponía de dinero en ese momento.

Por segundo verano consecutivo Joey trabajaba en Washington sin vivir en casa. Su rechazo de la ayuda y la hospitalidad de sus padres era ya de por sí suficiente motivo de irritación para Walter, pero más grave aún era la identidad de quien le proporcionaba el trabajo de verano: una pequeña empresa corrupta —financiada (aunque eso todavía no le importaba mucho a Walter) por los amigos de Vin Haven en LBI— que acababa de crearse y había ganado, sin concurso previo, la contrata para la privatización de la industria panificadora en el Iraq recién liberado. Walter y Joey ya habían tenido su gran pelea por eso unas semanas antes, el Cuatro de Julio, cuando Joey fue a casa de sus padres para un picnic y, muy tardíamente, dio a conocer sus planes para el verano. Walter perdió el control, Patty corrió a esconderse en su habitación, y Joey se quedó allí sentado, luciendo su sonrisita republicana. Su sonrisita de Wall Street. Como si tolerase al paleta y estúpido de su padre, con sus principios chapados a la antigua; como si él ya supiera lo que hacía.

—Pues aquí dispone de una habitación más que apta —dijo Walter—, pero eso a él no le basta. No sería lo bastante adulto. No molaría. ¡Tal vez incluso tendría que ir al trabajo en autobús! ¡Con la gente corriente!

—Tiene que conservar la residencia en Virginia, Walter. Y lo devolverá, ¿vale? Sabía lo que dirías si te lo preguntaba, así que lo hice sin decírtelo. Si no quieres que tome mis propias decisiones, confisca el talonario. Retírame la tarjeta de crédito. Acudiré a ti a mendigarte el dinero cada vez que lo necesite.

—¡Cada mes! ¡Has estado enviándole dinero cada mes! ¡Al Hombre Independiente!

—Estoy prestándole dinero, ¿vale? Sus amigos, en general, tienen recursos ilimitados. Él es muy austero, pero si va a relacionarse con esa gente y estar en ese mundo...

—Ese gran mundo de las fraternidades, lleno de lo mejorcito...

—Tiene un proyecto. Tiene un proyecto y quiere impresionarte.

—¡Ahora me entero!

—Lo destina todo a ropa y vida social —dijo Patty—. Se paga él mismo los estudios, se paga la habitación y la comida, y tal vez si fueras capaz de perdonarle por no ser una réplica de ti en todos los sentidos, verías lo mucho que os parecéis. Tú te mantenías exactamente igual que él cuando tenías su edad.

—Ya, sólo que yo llevé los mismos tres pantalones de pana durante los cuatro años de universidad, y no salía de bares cinco noches a la semana, y desde luego no recibía dinero de mi madre.

—*Mira, Walter, ahora el mundo es muy distinto.* Y quizá, *sólo quizá*, él sabe mejor que tú lo que hay que hacer para salir adelante en un mundo así.

—Trabajar para un contratista del sector de la defensa, pillar una mierda cada noche con los republicanos de la fraternidad. ¿De verdad es ésa la única manera de salir adelante? ¿Es ésa la única opción?

—Tú no te haces cargo de lo asustados que están esos chicos. Viven sometidos a una gran presión. Por eso les gusta tanto irse de juerga... ¿Y qué?

El aire acondicionado de la vieja mansión no podía con la humedad insuflada desde el exterior. Los truenos empezaban a ser incansantes y omnidireccionales; las ramas del peral ornamental frente a la ventana se sacudían como si alguien trepara por él. A Walter le resbalaba el sudor por todas las zonas del cuerpo que no estaban en contacto directo con la ropa.

—Resulta interesante verte defender de pronto a los jóvenes —dijo—, teniendo en cuenta que por lo general eres tan...

—Estoy defendiendo a tu hijo —replicó ella—. Que, por si no te has dado cuenta, no es uno de esos descerebrados que van por la vida en chanclas. Es, con diferencia, más interesante que...

—¡Me cuesta creer que hayas estado mandándole dinero para ir de copas! ¿Sabes a qué es comparable eso exactamente? Es comparable a las ayudas estatales a las empresas. Todas esas empresas que presuntamente operan en el mercado libre pero viven de la teta del gobierno federal. «Tenemos que restringir la intervención del gobierno, no queremos normativas, no queremos impuestos, pero... ah, por cierto...» .

—Aquí nadie vive de la teta de nadie, Walter —respondió Patty con saña.

—Habla en términos metafóricos.

—Pues te diré que has elegido una metáfora interesante.

—Pues la he elegido con sumo cuidado. Todas esas empresas que se las dan de adultas y partidarias del libre mercado cuando en realidad no son más que niños grandes devorando el presupuesto federal mientras los demás se mueren de hambre. Año tras año se recorta el presupuesto de la Agencia para la Protección de la Fauna, un cinco por ciento anual. Si vas a sus oficinas locales, ahora son oficinas fantasma. No queda personal, no queda dinero para la adquisición de tierras, no...

—Ay, la preciada fauna...

—A MÍ ME IMPORTA. ¿Es que no puedes entenderlo? ¿Es que no puedes respetarlo? Si no puedes respetar eso, ¿para qué vives conmigo? ¿Por qué no te vas y punto?

—Porque irse no es la solución. Dios mío, ¿te crees que no se me ha pasado por la cabeza? ¿Coger mis grandes aptitudes y experiencia laboral y mi gran cuerpo de mediana edad y salir al mercado abierto? Me parece maravilloso lo que haces por tu reinita, la verdad...

—Y una mierda.

—Bueno, vale, no tengo un interés personal, pero...

—¿Y a ti qué te interesa? No te interesa nada. Te quedas sentada de brazos cruzados sin hacer nada de nada de nada de nada, a diario, y no lo soporto. Si salieras en serio a buscar trabajo y te ganaras un sueldo de verdad, o si hicieras algo por otro ser humano, en lugar de quedarte aquí sentada en tu habitación, compadeciéndote, quizá te sentirías menos inútil, eso es lo que digo.

—Muy bien, cariño, pero nadie está dispuesto a pagarme ciento ochenta mil al año por salvar reinitas. Es un buen trabajo si lo consigues. Pero yo no voy a conseguirlo. ¿Quieres que prepare frappuccinos en un Starbucks? ¿Crees que pasando ocho horas al día en un Starbucks voy a sentirme útil?

—¡A lo mejor sí! ¡Si al menos lo intentarás! ¡Cosa que no has hecho nunca, en toda tu vida!

—¡Ah, por fin ha salido! ¡Por fin vamos a alguna parte!

—No debería haber permitido que te quedaras en casa. Ése fue el error. No entiendo por qué tus padres no te obligaron a buscar trabajo, pero...

—¡He trabajado! Maldita sea, Walter. —Trató de asestarle un puntapié y por poco no le alcanzó en la rodilla—. Me pasé todo un verano espantoso trabajando para mi padre. Y luego tú mismo me viste en la universidad, sabes que soy capaz de hacerlo. Allí trabajé dos años enteros. Seguí incluso cuando estaba embarazada de ocho meses.

—Andabas de aquí para allá con Treadwell, tomando café y viendo partidos grabados. Eso no es un trabajo, Patty. Es un favor de personas que te quieren. Primero trabajaste para tu padre, luego trabajaste para tus amigas en el Departamento de Educación Física.

—¿Y las dieciséis horas diarias en casa durante veinte años? ¿Sin remuneración? ¿Eso no cuenta? ¿Eso fue también sólo un «favor»? ¿Criar a tus hijos? ¿Trabajar en tu casa?

—Eso era lo que querías.

—¿Y tú no?

—Por ti. Yo lo quería por ti.

—Y una mierda, una mierda, una mierda. También lo querías por ti. Competías con Richard continuamente, y tú lo sabes. La única razón por la que no lo recuerdas ahora es que no te ha salido muy bien. Ya no vas ganando.

—Aquí no se trata de ganar.

—¡Mentira! Eres tan competitivo como yo, sólo que tú no lo admites. Por eso no me dejas en paz. Por eso tengo que encontrar ese preciado trabajo. Porque yo te hago quedar como un perdedor.

—No puedo seguir escuchando esto. Esto es una realidad alternativa.

—Bueno, como quieras, no escuches, pero sigo en tu equipo. Y, lo creas o no, sigo queriendo que ganes. Si ayudo a Joey es porque es de nuestro equipo, y a ti también te ayudaré. Mañana voy a salir, por ti, y voy a...

—Por mí no.

—¡SÍ, POR TI! ¿Es que no lo entiendes? Yo no hago nada por mí. No creo en nada. No tengo fe en nada. Lo único que tengo es el equipo. Y buscaré algún trabajo por ti. Y así podrás dejarme en paz de una vez, y permitirme mandar a Joey todo el dinero que gane. Ya no me verás tanto: no tendrás que estar tan disgustado.

—No estoy disgustado.

—Pues eso escapa a mi comprensión.

—Y no tienes que buscar trabajo si no quieres.

—¡Sí que quiero! Eso está bastante claro, ¿no? Tú lo has dejado bastante claro.

—No. No tienes que hacer nada. Basta con que seas otra vez mi Patty. Basta con que vuelvas a mí.

Entonces ella se echó a llorar torrencialmente, y él se tumbó a su lado. Las peleas se habían convertido en su portal de acceso al sexo, ya casi el único camino por el que llegaban. Mientras la lluvia azotaba y el cielo relampagueaba, él intentó infundirle autoestima y deseo, intentó transmitirle lo mucho que necesitaba que fuera ella la persona en quien él pudiera concentrar sus atenciones. Nunca acababa de surtir efecto, y sin embargo, cuando terminaban, seguían unos minutos en que permanecían tendidos y abrazados en la silenciosa majestuosidad de un largo matrimonio, se olvidaban de sí mismos en la tristeza compartida y el perdón por todo el daño que se habían causado mutuamente, y descansaban.

A la mañana siguiente Patty salió a buscar trabajo. Al cabo de apenas dos horas regresó y entró animosamente en el despacho de Walter, en el «invernadero» acristalado de la mansión, para anunciar que el República de la Salud del barrio la había contratado como recepcionista.

—No lo veo claro —dijo Walter.

—¿Cómo? ¿Por qué no? Es literalmente el único lugar de Georgetown que no me avergüenza ni me hace sentir mal. ¡Y tenían una vacante! Ha sido un golpe de suerte.

—Dado tu talento, un trabajo de recepcionista no me parece apropiado.

—¿Apropiado para quién?

—Para la gente que pueda verte.

—¿Y qué gente es ésa?

—No lo sé. Gente a la que yo podría pedir dinero, o respaldo legislativo, o ayuda legal.

—Dios mío. ¿Te oyes a ti mismo? ¿Has oído lo que acabas de decir?

—Oye, procuro ser sincero contigo. No me castigues por ser sincero.

—Te castigo por lo que hay detrás de eso, Walter, no por tu sinceridad. ¡Desde luego! « No me parece apropiado » . ¡Hay que ver!

—Estoy diciendo que eres demasiado lista para un empleo de bajo nivel en un gimnasio.

—No, estás diciendo que soy demasiado mayor. No tendrías inconveniente en que Jessica trabajara allí en verano.

—La verdad es que me decepcionaría si ésa fuera su única aspiración para el verano.

—Vaya por Dios. Está claro que llevo las de perder. « Cualquier trabajo es mejor que no tener trabajo, o... pero no, perdona, un momento, el trabajo que de verdad quieres y para el que estás preparada no es mejor que no tener trabajo » .

—Bueno, de acuerdo. Cógelo. Me da igual.

—¡Gracias por tu indiferencia!

—Sólo pienso que eso está muy por debajo de tus posibilidades.

—Bueno, puede que sea sólo temporal —señaló Patty—. Quizá me saque la licencia de agente inmobiliario, como hacen por aquí todas las esposas sin opción real de trabajar, y me dedique a vender minúsculas casas antiguas con el suelo torcido por dos millones de dólares. « En 1962, en este mismo cuarto de baño, Hubert Humphrey tuvo una gran evacuación de vientre y, en reconocimiento de esta histórica evacuación, la casa fue declarada Patrimonio Nacional, lo que explica que los propietarios exijan el plus de cien mil dólares. Además, detrás de la ventana de la cocina hay una azalea pequeña pero muy bonita ». Puedo empezar a vestir de rosa o de verde y a ponerme una gabardina Burberrys. Y me compraré un SUV Lexus con mi primera comisión importante. Será mucho más apropiado.

—He dicho que de acuerdo.

—¡Gracias, cariño! ¡Gracias por permitirme aceptar el trabajo que quiero!

Walter la observó salir airadamente y detenerse ante el escritorio de Lalitha.

—Hola, Lalitha —dijo—, acabo de conseguir un empleo. Voy a trabajar en mi gimnasio.

—Qué bien. A ti te gusta ese gimnasio.

—Sí, pero Walter lo considera inapropiado. ¿Tú qué opinas?

—Yo opino que cualquier trabajo honrado da dignidad a un ser humano.

—Patty —dijo Walter, levantando la voz—. He dicho que de acuerdo.

—¿Lo ves? Ahora ha cambiado de opinión —le dijo ella a Lalitha—. Antes

decía que era inapropiado.

—Sí, ya lo he oído.

—Claro, ja, ja, ja. Seguro que lo has oído. Pero es importante fingir lo contrario, ¿no?

—No dejes la puerta abierta si no quieres que te oigan —respondió Lalitha con frialdad.

—Todos tenemos que hacer un gran esfuerzo por fingir.

Ser recepcionista en el República de la Salud produjo en el ánimo de Patty todos los efectos que Walter esperaba de un trabajo. Todos y, por desgracia, alguno más. En apariencia, la depresión se le pasó de inmediato, pero eso sólo indicaba lo engañosa que era la palabra «depresión», porque Walter estaba convencido de que su infelicidad y su rabia y su desesperación de antes seguían presentes bajo aquella nueva manera de ser alegre y falsamente segura. Por las mañanas no salía de su habitación; hacía el turno de tarde en el gimnasio y no llegaba a casa hasta después de las diez. Empezó a leer revistas de belleza y salud y a maquillarse los ojos de manera ostensible. Los pantalones de chándal y los vaqueros anchos que venía poniéndose en Washington, el tipo de ropa holgada que los enfermos mentales llevaban a todas horas, dieron paso a vaqueros más ajustados que costaban una pasta.

—Estás estupenda —comentó Walter una noche, procurando mostrarse amable.

—Bueno, ahora que tengo ingresos —respondió ella—, necesito algo en que gastarlos, ¿no?

—También podrías hacer donaciones a la Fundación Monte Cérúleo.

—¡Ja, ja, ja!

—Estamos muy necesitados.

—Me lo estoy pasando bien, Walter. Sólo es una pequeña diversión.

Pero la verdad era que no parecía divertirse. Parecía decidida a hacerle daño, o a fastidiarlo, o a demostrar algo. El propio Walter empezó a ir al República de la Salud, utilizando un montón de pases gratuitos que ella le había dado, y lo inquietaba la intensidad de la cordialidad que Patty prodigaba a los socios cuyos carnets pasaba por el escáner. Llevaba camisetas del República de manga muy corta con provocativos eslóganes (EMPUJA, SUDA, LEVANTA) que ponían de relieve sus bíceps bellamente tonificados. Los ojos le brillaban como a un consumidor de *speed*, y su risa, que siempre había fascinado a Walter, sonaba falsa y siniestra cuando él oía el eco a sus espaldas en el vestíbulo del gimnasio. Ahora la concedía a todo el mundo, la concedía indiscriminadamente, despojada de sentido, a todo socio que entrase por la puerta de Wisconsin Avenue. Y de pronto, un día, en casa, vio un folleto sobre el aumento de pecho en el escritorio de Patty.

—Dios mío —dijo, examinándolo—. Esto es indecente.

—En realidad es un folleto médico.

—Es un folleto sobre la *enfermedad mental*, Patty. Parece una guía para aprender a estar aún peor de la cabeza.

—Pues perdona, pero he pensado que quizá no estaría mal, para lo poco que me queda de relativa juventud, tener un poco de pecho de verdad. Ver cómo sería.

—Ya tienes pecho. Me encanta tu pecho.

—Bueno, muy amable, querido, pero el caso es que la decisión no te corresponde a ti, porque no es tu cuerpo, es el mío. ¿No es eso lo que siempre has dicho? El feminista de la familia eres tú.

—¿Por qué haces esto? No entiendo qué estás haciéndote a ti misma.

—Pues si no te gusta, quizá deberías irte y punto. ¿Te lo has planteado? Resolvería todo el problema... digamos que al instante.

—Pues eso no va a ocurrir, así que...

—¡YA SÉ QUE NO VA A OCURRIR!

—Eh, eh, eh...

—Así que bien puedo emplear mi dinero en agrandarme un poco las tetas, para ayudarme a ir pasando los años y tener un motivo para ahorrar, sólo digo eso. No estoy pensando en unas tetas grotescamente grandes. Puede que incluso descubras que te gustan. ¿Te has parado a pensarlo?

A Walter le asustaba la toxicidad a largo plazo que estaban generando con sus peleas. Sentía que anegaba su matrimonio como los residuos de carbón inundaban los estanques en los valles de los Apalaches. Donde existían importantes depósitos de carbón, como en el condado de Wyoming, las compañías mineras construían plantas de procesamiento al lado mismo de las minas y empleaban el agua del torrente más cercano para lavar el carbón. El agua contaminada se recogía en grandes estanques de residuos tóxicos, y a Walter había llegado a preocuparle tanto la posibilidad de encontrar residuos embalsados en medio del Parque de la Reinita que había encargado a Lalitha la tarea de enseñarle a no preocuparse tanto al respecto. No había sido una tarea fácil, ya que resultaba imposible soslayar el hecho de que cuando se extraía carbón también se desenterraban perniciosas sustancias químicas como el arsénico y el cadmio que habían permanecido a buen recaudo bajo tierra durante millones de años. Cabía la posibilidad de verter el veneno otra vez en minas subterráneas abandonadas, pero tendía a filtrarse hacia la capa freática y acababa en el agua destinada al consumo. Realmente, se parecía mucho al pozo de mierda que se revolvió cuando un matrimonio se peleaba: una vez dichas ciertas cosas, ¿cómo podían olvidarse? Lalitha consiguió llevar a cabo investigaciones suficientes para asegurarle a Walter que, si los residuos se aislaban con cuidado y se guardaban debidamente, al final se desecaban y era posible cubrirlos con roca triturada y mantillo y hacer como si no existieran. Esa

idea se había convertido en el evangelio del estanque de residuos, y era lo que Walter tenía la firme determinación de difundir en Virginia Occidental. Creía en él igual que creía en los bastiones ecológicos y la recuperación científica de la tierra, porque tenía que creer en él, a causa de Patty. Pero ahora, mientras yacía e intentaba conciliar el sueño en el hostil colchón del Days Inn, entre las ásperas sábanas del Days Inn, se preguntaba si todo aquello era verdad...

Debió de adormilarse en algún momento, porque cuando sonó el despertador, a las 3.40, se sintió arrancado cruelmente de la inconsciencia. Tenía por delante otras dieciocho horas de temor e ira en estado de vigilia. Lalitha llamó a su puerta a las cuatro en punto, fresca como una rosa con sus informales vaqueros y calzado de montaña.

—¡Me encuentro fatal! —dijo—. ¿Y tú?

—También. Tú al menos no lo aparentas, y o sí.

Durante la noche, la lluvia había cesado, dando paso a una niebla densa con olor a sur que mojaba casi igual. Durante el desayuno, en una cafetería de camioneros al otro lado de la carretera, Walter le comentó a Lalitha el mensaje enviado por Dan Caperville del *Times*.

—¿Quieres volver a casa? —preguntó ella—. ¿Adelantamos la rueda de prensa a mañana?

—Le dije a Caperville que será el lunes.

—Puedes decirle que la has cambiado de día. Quitátela de encima, y así tendremos el fin de semana libre.

Pero Walter estaba tan tremendamente agotado que no se veía capaz de dar una rueda de prensa a la mañana siguiente. Allí sentado, sufrió en silencio mientras Lalitha, haciendo lo que él no se había atrevido a hacer la noche anterior, leía el artículo del *Times* en su BlackBerry.

—Son sólo doce párrafos —dijo—. No es tan grave.

—Supongo que por eso no lo vio nadie más y tuve que enterarme por mi mujer.

—Así que anoche hablaste con ella.

Lalitha parecía dar a entender algo con ese comentario, pero él, cansado como estaba, fue incapaz de interpretarlo.

—Me pregunto quién lo ha filtrado —dijo—. Y qué se ha filtrado.

—Puede que lo filtrara tu mujer.

—Ya. —Walter se echó a reír y advirtió la expresión de severidad en el rostro de Lalitha—. Ella no haría una cosa así. Aunque solo sea porque no le importa tanto como para eso.

—Mmm.

Lalitha dio un bocado y echó una ojeada al comedor con la misma expresión de severidad y pesar. Esa mañana tenía desde luego sobrados motivos para estar molesta con Patty, y con Walter. Para sentirse rechazada y sola. Y éstos fueron

los primeros instantes en que él percibió algo parecido a la frialdad en ella; y fueron espantosos. Lo que él nunca había entendido sobre los hombres en su situación, en todos los libros que había leído y las películas que había visto, ahora lo veía con mayor claridad: no se podía esperar un amor sin reservas si no se correspondía a él en algún momento. Al simple hecho de ser bueno no se le concedía el menor mérito.

—Lo único que quiero es celebrar nuestra reunión este fin de semana —dijo él—. Si dispongo de dos días para trabajar en la superpoblación, puedo enfrentarme a cualquier cosa el lunes.

Lalitha se acabó el desayuno sin hablarle. Walter también se obligó a comer parte del suyo y salieron a la oscura madrugada contaminada por las luces de la calle. En el coche de alquiler, Lalitha ajustó el asiento y los retrovisores, que él había cambiado de posición la noche anterior. Mientras ella cruzaba el brazo ante el cuerpo para abrocharse el cinturón, Walter, torpemente, la cogió por el cuello y la acercó a él. Se miraron intensamente a los ojos bajo la luz de la farola del arcén.

—Me es imposible aguantar cinco minutos sin tenerte a mi lado —dijo—. Ni cinco minutos. ¿Lo entiendes?

Tras una breve reflexión, ella asintió. Acto seguido, soltando el cinturón, apoyó las manos en los hombros de Walter, le dio un solemne beso y se echó atrás para calibrar su efecto. Walter tuvo la sensación de haber hecho cuanto estaba a su alcance y no poder ir más allá de eso por propia iniciativa. Se limitó a esperar mientras ella, con un infantil ceño de concentración, le quitó las gafas, las dejó en el salpicadero, le rodeó la cabeza con las manos y rozó con su pequeña nariz la de él. Por un momento, Walter se inquietó por lo mucho que se parecía su cara a la de Patty en esa proximidad extrema, pero sólo tuvo que cerrar los ojos y besarla, y pasó a ser Lalitha en estado puro: sus labios suaves, su boca dulce como un melocotón, su cabeza cálida y arrebatada bajo el pelo sedoso. Trató de vencer la resistencia causada por lo mal que le parecía besar a alguien tan joven. Sentía la juventud de ella como una especie de fragilidad en sus manos y experimentó alivio cuando Lalitha volvió a echarse atrás para mirarlo, con los ojos brillantes. Creyó que en ese momento tocaba decir algo a modo de reconocimiento, pero no podía dejar de mirarla, y por lo visto ella lo interpretó como una invitación a pasar como pudo por encima del cambio de marchas y sentarse, incómoda, a horcajadas sobre él en el asiento, para que pudiera rodearla del todo con sus brazos. La agresividad con que ella lo besó entonces, el voraz abandono, generó en Walter un júbilo tan extremo que el suelo desapareció debajo de él. Entró en caída libre, todo aquello en lo que creía se alejó en la oscuridad, y se echó a llorar.

—Oh, ¿qué te pasa? —preguntó ella.

—Connmigo tienes que ir despacio.

—Espacio, espacio, sí —repitió, besándole las lágrimas, enjugándose las con sus pulgares aterciopelados—. ¿Estás triste, Walter?

—No, cariño, todo lo contrario.

—Entonces, déjame quererte.

—Vale. Vale.

—¿De verdad?

—Sí —contestó él, sollozando—. Pero quizá deberíamos ponernos en marcha.

—Enseguida.

Ella acercó la lengua a sus labios, y él los separó para dejarla entrar. Percibió en la boca de Lalitha más deseo por él que en todo el cuerpo de Patty. Sus hombros bajo el chubasquero de nailon, cuando Walter cerró las manos en torno a ellos, parecían puro hueso y grasa infantil, sin nada de músculo, todo ávida maleabilidad. Lalitha irguió la espalda y se apretó contra él, presionándole el pecho con las caderas; y él no estaba a punto. Estaba más cerca pero no del todo todavía. Su reticencia de la noche anterior no había sido sólo cuestión de tabúes o principios, sus lágrimas no eran todas de júbilo.

Al percibirlo, Lalitha se echó atrás y examinó su rostro. En respuesta a lo que fuera que advirtió en él, volvió a su asiento y lo observó desde más lejos. Walter, ahora que la había apartado, la deseó con intensidad otra vez, pero recordaba vagamente, de las historias que había oído y leído sobre hombres en su situación, que eso era lo horrible de ellos: lo que se conocía como tener a una chica en vilo. Permaneció inmóvil un momento bajo la luz inmutable de tono violáceo, escuchando el paso de los camiones por la interestatal.

—Lo siento —dijo—, todavía estoy intentando averiguar cómo vivir.

—Tranquilo. Date un poco de tiempo.

Walter asintió, tomando buena nota de la palabra « poco » .

—Pero ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Lalitha.

—Puedes hacerme un millón de preguntas.

—Bueno, de momento basta con una. ¿Crees que podrías llegar a quererme?

Él sonrió.

—Sí, sobre eso no me cabe la menor duda.

—Con eso tengo suficiente. —Y arrancó.

En algún punto por encima de la niebla, el cielo se volvía azul. Lalitha salió de Beckley por carreteras secundarias a velocidades francamente ilegales, y Walter se contentó con mirar por la ventanilla y abstenerse de pensar qué le ocurría a él, limitándose a vivir la caída libre. El hecho de que los bosques caducifolios de los Apalaches se hallaran entre los ecosistemas templados más biodiversos del mundo, hábitat de muy distintas especies de árboles y orquídeas e invertebrados de agua dulce cuya abundancia envidiaban los altiplanos y las costas arenosas, no era algo que se viera a simple vista desde las carreteras por las que circulaban. Allí la tierra se había traicionado a sí misma, siendo su topografía nudosa y su

sinfin de recursos extraíbles pobre incentivo para el igualitarismo de los pequeños hacendados de Jefferson, fomentando en lugar de eso la concentración de los derechos sobre la superficie y el mineral en manos de ricos absentistas, y relegando a los márgenes a la población autóctona pobre y a los jornaleros llegados de fuera: a la tala de árboles, al trabajo en las minas, a llevar miserables existencias primero pre y luego posindustriales en parcelas de tierra sobrante que, movidos por el mismo instinto de apareo que ahora se adueñaba de Walter y Lalitha, habían superpoblado a fuerza de generaciones poco espaciadas y familias demasiado numerosas. Virginia Occidental era la república bananera de la nación, su Congo, su Guyana, su Honduras. Las carreteras eran razonablemente pintorescas en verano, pero ahora, con los árboles todavía deshojados, todo quedaba a la vista: los prados salpicados de rocas y medio pelados, las endebles enramadas de jóvenes bosques secundarios, las laderas perforadas y los torrentes dañados por la minería, los establos decrepitos y las casas sin pintar, las caravanas medio hundidas en residuos de plástico y metal, los caminos de tierra en estado lastimoso que no conducían a ninguna parte.

Adentrándose en el territorio, el paisaje no era tan desalentador. La lejanía proporcionaba el alivio de la ausencia de gente, y la ausencia de gente implicaba más de todo lo otro. Lalitha dio un volantazo para esquivar un urogallo que salía a darles la bienvenida, un embajador aviar de las buenas intenciones invitándolos a valorar la forestación más robusta y las cumbres menos deterioradas y los torrentes más cristalinos del condado de Wyoming. Incluso el cielo se despejaba para ellos.

—Te deseo —dijo Walter.

Ella negó con la cabeza.

—No digas nada más, ¿vale? Aún tenemos trabajo pendiente. Ocupémonos de nuestras obligaciones y después ya veremos.

Él estuvo tentado de obligarla a parar en uno de los pequeños merenderos rústicos a orillas del Black Jewel Creek (cuyo principal afluente era el Nine Mile), pero habría sido una irresponsabilidad, pensó, volver a tocarla sin tener la certeza de que estaba a punto. El aplazamiento era soportable si la gratificación se daba por segura. Y allí la belleza del paisaje, la dulce humedad repleta de esporas del aire de principios de primavera, se lo aseguraba.

Pasaban ya de las seis cuando llegaron al desvío de Forster Hollow. Walter había previsto encontrar un denso tráfico de camiones pesados y maquinaria de excavación en el camino de Nine Mile, pero no había un solo vehículo a la vista. Sí vieron profundas huellas de neumáticos y orugas en el barro. Allí donde el bosque invadía el camino, las ramas recién partidas yacían en el suelo, o pendían precariamente de los árboles más cercanos.

—Según parece alguien ha llegado aquí muy temprano —comentó Walter.

Con sus repentinos acelerones y bruscos virajes para evitar las ramas caídas

más grandes, Lalitha hacía colear el coche en el barro y lo acercaba peligrosamente al borde del camino.

—Me pregunto si llegaron ayer —añadió Walter—. O si hubo un malentendido y trajeron la maquinaria ayer para empezar temprano.

—Legalmente, tenían derecho desde el mediodía.

—Pero no es eso lo que nos dijeron. Nos dijeron a las seis de hoy.

—Sí, pero son compañías mineras, Walter.

Llegaron a uno de los tramos más estrechos del camino y se encontraron con que habían talado los árboles cercanos y aplanado el terreno con bulldozers, arrojando los troncos al barranco. Lalitha dio gas y, entre sacudidas y vibraciones, atravesó un trecho de barro y piedra y tocones nivelado precipitadamente.

—¡Menos mal que es un coche de alquiler! —dijo mientras aceleraba con brío ya en el camino más despejado.

Al cabo de tres kilómetros, en los límites de las tierras ahora propiedad de la fundación, obstruían el paso un par de automóviles aparcados delante de una verja de tela metálica que en ese momento montaban unos trabajadores con chalecos naranja. Walter vio a Jocelyn Zorn y a algunas de sus chicas departiendo con un capataz que llevaba casco y sostenía una tablilla portapapeles. En otro mundo, no muy distinto, tal vez Walter habría sido amigo de Jocelyn Zorn. Se parecía a la Eva del famoso retablo de Van Eyck; era pálida, de ojos apagados y aspecto un tanto macrocéfalo por lo alto que tenía el nacimiento del pelo. Pero poseía una serenidad notable e inquietante, una imperturbabilidad en la que se adivinaba ironía, y era la clase de hoja de ensalada amarga que en general gustaba a Walter. Se acercó por el camino para recibirlos cuando ambos se apeaban en el barro.

—Buenos días, Walter —saludó—. ¿Puedes explicarme qué pasa aquí?

—Parece que hay obras —dijo con doblez.

—El arroyo trae mucha tierra. Ya está turbio a medio camino del Black Jewel. No veo que se haga un gran esfuerzo por mitigar la erosión. Más bien no veo ninguno.

—Ya hablaremos de eso con ellos.

—Le he pedido al Departamento de Protección del Medio Ambiente que venga y eche un vistazo. Me imagino que llegarán aquí en junio o algo así. ¿También los habéis comprado a ellos?

Bajo las salpicaduras marrones en el parachoques del coche situado más atrás, Walter leyó el mensaje A NARDONE NO HAY QUIEN LA PERDONE.

—Recapitemos un poco, Jocelyn —dijo—. ¿Podemos dar un paso atrás y ver el cuadro completo?

—No —respondió ella—. Eso no me interesa. A mí lo que me interesa es esa tierra en el arroyo. También me interesa lo que está pasando detrás de la

alambrada.

—Lo que pasa es que nos proponemos preservar veinticinco mil hectáreas de bosque, sin una sola carretera, para toda la eternidad. Estamos asegurando un hábitat no fragmentado, para nada menos que dos mil parejas reproductoras de reinitas cerúleas.

Zorn fijó sus apagados ojos en la tierra embarrada.

—Ya. La especie de tu interés. Es muy bonita.

—¿Por qué no vamos a otro sitio? —propuso Lalitha desenfadadamente—. Y nos sentamos a hablar del tema en su conjunto. Nosotros estamos de vuestro lado, debes saberlo.

—No —dijo Zorn—. Voy a quedarme aquí un rato. Le he pedido a un amigo mío del *Gazette* que venga a echar un vistazo.

—¿También has hablado con el *New York Times*? —se le ocurrió preguntar a Walter.

—Sí. Parecían muy interesados, a decir verdad. Hoy día « explotación a cielo abierto » son palabras mágicas. Eso es lo que estáis haciendo allá arriba, ¿no?

—El lunes damos una rueda de prensa —contestó él—. Presentaré el plan completo. Cuando oigas los detalles, creo que te entusiasmarás. Podemos pagarte el billete de avión si quieres venir. Me encantaría tenerte allí. Tú y yo incluso podríamos mantener un breve diálogo en público, si quieres expresar tus preocupaciones.

—¿En Washington?

—Sí.

—Me lo imaginaba.

—Allí tenemos la sede.

—Ya. Allí está la sede de todo.

—Jocelyn, aquí hay veinte mil hectáreas que quedarán intactas para siempre. El resto entrará en un proceso de sucesión ecológica dentro de unos años. Creo que hemos tomado muy buenas decisiones.

—En ese caso, me temo que no estamos de acuerdo.

—Plantéate en serio venir a Washington el lunes. Y dile a tu amigo del *Gazette* que me telefonee hoy. —Walter le entregó una tarjeta de visita que sacó de su cartera—. Dile que con mucho gusto lo llevaremos también a Washington, si le interesa.

De las montañas, más arriba, llegó el murmullo de un trueno que sonó como una detonación, probablemente en Forster Hollow. Zorn se guardó la tarjeta en un bolsillo de la parka impermeable.

—Por cierto —dijo—, he hablado con Coyle Mathis. Ya sé qué estáis haciendo.

—Coyle Mathis tiene prohibido legalmente hablar del tema —respondió Walter—. Pero yo mismo me sentaré a charlar contigo encantado.

—El hecho de que viva en un rancho de cinco habitaciones recién construido en Whitmanville habla por sí solo.

—Es una casa bonita, ¿eh? —terció Lalitha—. Mucho, mucho más bonita que la que tenía antes.

—Puede que quieras hacerle una visita y ver si está de acuerdo contigo en eso.

—Sea como sea —dijo Walter—, tenéis que apartar los coches del camino para dejarnos pasar.

—Mmm —respondió Zorn sin el menor interés—. Supongo que podríais llamar a la grúa para que se los lleve si aquí hubiera cobertura para el móvil. Pero no la hay.

—Vamos, Jocelyn. —La ira de Walter empezaba a rebasar las barricadas que había levantado para contenerla—. ¿Podríamos al menos tratar esto como adultos? Reconocerás que en el fondo estamos en el mismo bando, aunque discrepemos en cuanto a los métodos, ¿no?

—Lo siento, pero no. Mi método consiste en cortar el camino.

Temiendo soltar algún despropósito, Walter repechó la cuesta con paso enérgico y dejó que Lalitha corriera tras él. Una calamidad, la mañana entera estaba convirtiéndose en una calamidad. El capataz del casco, que no parecía mucho mayor que Jessica, explicaba a las otras mujeres, con notable cortesía, por qué debían retirar sus coches.

—¿Tienes una radio? —le preguntó Walter con brusquedad.

—Perdone. ¿Usted quién es?

—Soy el director de la Fundación Monte Cerúleo. Nos esperaban al final de este camino a las seis.

—Entiendo, caballero. Pero me temo que eso va a ser complicado si estas señoras no retiran sus coches.

—Ya, ¿y si llamamos por radio y pedimos que vengan a buscarnos?

—Por desgracia, aquí estamos fuera de alcance. Estos condenados valles son zonas muertas.

—Vale. —Walter respiró hondo. Vio una pickup aparcada al otro lado de la verja—. Entonces, podrías llevarnos hasta allí arriba.

—Me temo que no estoy autorizado a abandonar la verja.

—Pues préstanos la pickup.

—Tampoco puedo hacerlo, caballero. El seguro no los cubre en el recinto del yacimiento. Pero si estas señoras se apartan un segundo, podrá usted seguir adelante libremente con su propio vehículo.

Walter se volvió hacia las mujeres, ninguna de las cuales aparentaba menos de sesenta años, y sonrió con una vaga expresión de súplica.

—Por favor —dijo—, no somos de la compañía minera. Somos conservacionistas.

—Sí, conservacionistas, ¡y una mierda! —dijo la de mayor edad.

—No, en serio —intervino Lalitha con tono apaciguador—. Si nos permitieran el paso, redundaría en beneficio de todos. Hemos venido aquí para supervisar los trabajos y asegurarnos de que se llevan a cabo de una manera responsable. Puede decirse que estamos en el mismo bando, y compartimos su preocupación por el medio ambiente. De hecho, si una o dos de ustedes quisieran acompañarnos...

—Me temo que para eso no tienen autorización —intervino el capataz.

—¡Qué autorización ni qué puñetas! —saltó Walter—. ¡Tenemos que cruzar esta verja! ¡Soy el dueño de estas putas tierras! ¿Lo entiendes? *Soy el dueño de todo lo que ves.*

—¿Y ahora qué? ¿Qué te parece? —le preguntó la mujer de mayor edad a Walter—. Esto ya no te gusta tanto, ¿verdad que no? Verte al otro lado de la alameda.

—Es usted muy libre de entrar a pie, caballero —dijo el capataz—, aunque aquello queda un poco lejos. Calculo que, con todo este barro, será una caminata de un par de horas.

—Tú déjame la pickup, ¿vale? Te indemnizaré, o puedes decir que la he robado, lo que tú prefieras, pero déjame la puta pickup.

Walter notó la mano de Lalitha en el brazo.

—Walter... Vamos a sentarnos en el coche un momento. —Se volvió hacia las mujeres—. Estamos en el mismo bando, y les agradecemos que hayan venido a expresar su preocupación por este bosque maravilloso, a cuya conservación nos dedicamos de pleno.

—Interesante manera de conservarlo, la suya —dijo la mujer de mayor edad.

Mientras Lalitha llevaba a Walter de regreso al coche de alquiler, oyeron más abajo el retumbo de máquinas pesadas que subían por el camino. El rumor se convirtió en estruendo, y al cabo de un momento éste cobró la forma de dos excavadoras gigantes, tan anchas como el propio camino, con las orugas embarradas. El conductor de la primera dejó el motor expulsando humo de escape mientras bajaba de un salto para cruzar unas palabras con Walter.

—Oiga, va a tener que seguir subiendo con su coche hasta algún sitio donde podamos adelantarlo.

—¿Y usted cree que eso es posible? —preguntó Walter, fuera de sí—. ¿Eso cree, joder?

—No sabría decirle. Pero nosotros no podemos dar marcha atrás. Hay casi dos kilómetros hasta el próximo ensanchamiento.

Antes de que Walter pudiera enfurecerse aún más, Lalitha lo cogió por los brazos y lo miró muy seria.

—Déjame esto a mí. Estás muy alterado.

—¡Estoy alterado, y con razón!

—Walter, ¡siéntate en el coche! Ahora mismo.

Obedeció. Se quedó allí sentado más de una hora, jugueteando con su BlackBerry sin cobertura y escuchando el absurdo derroche de combustibles fósiles de la excavadora al ralenti detrás de él. Cuando al conductor se le ocurrió por fin apagar el motor, oyó un coro de motores más abajo: otros cuatro o cinco camiones pesados y bulldozers formaban cola detrás. Alguien tenía que llamar a la policía estatal para que se ocupara de Zorn y sus fanáticas. Entretanto, por increíble que pareciera, Walter se hallaba en lo más recóndito del condado de Wyoming, inmovilizado en un atasco. Lalitha corría cuesta arriba y cuesta abajo, conversando con las distintas partes, haciendo lo posible por difundir buena voluntad. Para matar el tiempo, Walter calculaba mentalmente todo lo que había ido mal en el mundo durante las horas transcurridas desde que se había despertado en el Days Inn. Aumento neto de la población: 60.000. Hectáreas recién urbanizadas en Estados Unidos: 400. Aves muertas a garras de gatos domésticos y felinos salvajes en Estados Unidos: 500.000. Barriles de petróleo consumidos en todo el mundo: 12.000.000. Toneladas métricas de dióxido de carbono vertidas a la atmósfera: 11.000.000. Tiburones sacrificados por sus aletas y dejados flotando en el agua sin aletas: 150.000... Los cálculos, que repitió conforme la hora se alargaba aún más, le produjeron una extraña satisfacción perversa. Hay días tan malos que sólo su empeoramiento, sólo un descenso hacia una orgía absoluta de maldad, puede redimirlos.

Ya eran casi las nueve cuando Lalitha regresó al coche. Uno de los conductores, dijo, había encontrado un punto en el camino, unos doscientos metros más atrás, donde un automóvil podía hacerse a un lado y dejar paso a las máquinas. El conductor del último vehículo iba a dar marcha atrás hasta la autovía y telefonar desde allí a la policía.

—¿Quieres intentar subir a pie hasta Forster Hollow? —le preguntó Walter.

—No —respondió Lalitha—. Quiero que nos vayamos de inmediato. Jocelyn tiene una cámara. No nos conviene que nos fotografíen cerca de una intervención policial.

A eso siguió media hora de chirridos de caja de cambios y de frenos, y nubes negras de humo de gasóleo, y después cuarenta y cinco minutos respirando el fétido humo de escape del último camión mientras retrocedía centímetro a centímetro valle abajo. Por fin, ya en la autovía, en la libertad de la carretera abierta, Lalitha condujo de regreso a Beckley a velocidades descabelladas, pisando el acelerador a fondo incluso en las rectas más cortas, dejando caucho en las curvas.

Cuando estaban en los decrepitos aldeaños del pueblo, la BlackBerry de Walter entonó su canto cerúleo, haciendo oficial su retorno a la civilización. La llamada era desde un número de las Ciudades Gemelas, quizá conocido, quizá no.

—¿Papá?

Walter frunció el entrecejo en una mueca de asombro.

—¿Joey? ¡Vaya! Hola.

—Sí. Eh, hola.

—¿Todo bien? Hacía tanto que no llamabas... ni siquiera he reconocido tu número.

La línea pareció perderse, como si la llamada se hubiera cortado, o quizá Walter había dicho algo que no debía. Pero de pronto Joey volvió a hablar, con una voz que parecía la de otra persona. La de un niño tembloroso y vacilante.

—Sí, esto, el caso es... papá, mmm, ¿tienes un segundo?

—Adelante.

—Sí, bueno, esto, supongo que la cuestión... es que estoy metido en una especie de lío.

—¿Qué?

—He dicho que estoy metido en un lío.

Era la clase de llamada que todo padre temía recibir; pero Walter, por un momento, no se sintió como el padre de Joey. Dijo:

—¡Vaya, igual que yo! ¡Igual que todo el mundo!

Ya está bien

Pocos días después de que el joven Zachary colgara la entrevista en su blog, el buzón de voz del móvil de Katz empezó a llenarse de mensajes. El primero era de un alemán pesadísimo, Matthias Dróhner, a quien Katz recordaba vagamente porque había tenido que esforzarse para quitárselo de encima durante la breve gira de Walnut Surprise por la patria teutona. «Ahora que vuelves a conceder entrevistas —decía Dróhner—, espero que tengas la amabilidad de concederme una a mí, como prometiste, Richard. ¡Me lo prometiste!». En su mensaje, Dróhner no explicaba cómo había conseguido el número de móvil de Katz, pero bien podía haber sido por una filtración blogosférica a partir de una servilleta de papel entregada en un bar a alguna tía que se hubiese ligado en la gira. Sin duda, ahora mismo estaba recibiendo solicitudes de entrevistas por correo electrónico, probablemente en mayor cantidad, pero desde el verano anterior no había tenido la fortaleza moral de aventurarse en la red. Al mensaje de Dróhner siguieron las llamadas de una tía de Oregon llamada Euphrosyne; una periodista musical bulliciosa y jovial de Melbourne, Australia; y un DJ de la radio universitaria de Iowa City que parecía tener diez años. Todos querían lo mismo. Querían que Katz repitiera —pero con palabras un poco distintas, para poder colgarlo o publicarlo firmado por ellos— exactamente lo que le había dicho a Zachary.

—Estuviste brillante, colega —comentó Zachary en la terraza de White Street una semana después de colgar la entrevista mientras esperaban la llegada del objeto de deseo de Zachary, Caitlyn. El tratamiento de «colega» era nuevo e irritaba a Katz, pero concordaba plenamente con su experiencia en materia de entrevistadores. En cuanto se sometía a ellos, dejaban de simular admiración.

—No me llames colega —dijo no obstante.

—Vale, como quieras —contestó Zachary. Recorría un largo tablón de Trex con sus brazos flacos en cruz, como si caminara sobre una barra de equilibrio. Era una tarde fresca y borrasca.

—Sólo digo que mi contador de visitas ha enloquecido. Mi enlace aparece en webs de todo el mundo. ¿Miras alguna vez las páginas de tus fans?

—No.

—Ahora mismo soy el primero de la lista en la mejor de todas. Si quieres voy a buscar el ordenador y te lo enseño.

—Te aseguro que no me hace ninguna falta.

—Creo que la gente tiene unas ganas tremendas de cantarle las verdades al poder. Bueno, hay una pequeña minoría que dice que en la entrevista parecías un gilipollas y un quejica. Pero eso sólo son los cuatro gatos a los que les repatea el éxito ajeno. Yo no me preocuparía.

—Gracias por los ánimos —dijo Katz.

Cuando la tal Caitlyn apareció en la terraza, acompañada por un par de comparsas femeninas, Zachary siguió encaramado en su barra de equilibrio, demasiado impasible para encargarse de las presentaciones, mientras Katz dejaba su pistola de clavos y se sometía al examen de las visitantes. Caitlyn iba vestida de hippie, con un chaleco de brocado y un abrigo de pana como los que en su día llevaban Carole King y Laura Nyro, y sin duda habría sido un digno objetivo de Katz de no ser porque, en la semana posterior a su encuentro con Walter Berglund, se había renovado su interés por Patty. En ese momento, conocer a una adolescente de primera era como oler fresas cuando uno tenía hambre de filete.

—¿En qué puedo ayudaros, chicas? —preguntó.

—Te hemos hecho pan de plátano —dijo la comparsa más rolliza, blandiendo un pan envuelto en papel de aluminio.

Las otras dos miraron al cielo con cara de desesperación.

—Es ella la que ha hecho el pan —aclaró Caitlyn—. Nosotras no tenemos nada que ver con eso.

—Espero que te gusten las *nueces* —dijo la panadera.

—Ah, ya capto —dijo Katz.

Siguió un silencio en el posterior desconcierto. Las hélices de un helicóptero sacudían el espacio aéreo del sur de Manhattan y se producían efectos sonoros extraños a causa del viento.

—Somos grandes admiradoras de *Lago sin nombre* —declaró Caitlyn—. Nos hemos enterado de que estabas construyendo una terraza aquí.

—Pues, como ves, tu amigo Zachary hace honor a su palabra.

Zachary se balanceaba en el tablón de Trex con sus zapatillas naranja, simulando impaciencia por quedarse otra vez a solas con Katz y demostrando con ello buenas aptitudes básicas para el ligue.

—Zachary es un gran músico —afirmó Katz—. Cuenta con mi más sincero apoyo. Es un joven talento digno de tenerse en cuenta.

Las chicas se volvieron hacia Zachary con cierta expresión de aburrimiento triste.

—En serio —insistió Katz—. Deberíais pedirle que baje con vosotras para escucharlo tocar.

—A nosotras en realidad nos va más el country alternativo —explicó Caitlyn—. No tanto el rock de chicos.

—Tiene unas cuantas frases country excelentes —insistió Katz.

Caitlyn cuadró los hombros, alineando la postura como una bailarina, y lo miró a los ojos, como para darle la oportunidad de rectificar la indiferencia que le mostraba. Era evidente que no estaba acostumbrada a la indiferencia.

—¿Por qué construyes una terraza? —preguntó.

—Por el aire libre y el ejercicio.

—¿Por qué necesitas ejercicio? Se te ve bastante en forma.

Katz se sintió muy, muy cansado. Ser incapaz de obligarse a jugar ni siquiera diez segundos al juego que Caitlyn deseaba jugar con él equivalía a comprender la atracción de la muerte. Morir sería la manera más limpia de cortar su vínculo con aquello que era una carga para él: la idea de Richard Katz que tenía formada la chica. A lo lejos, al sudoeste de donde ellos se hallaban, se alzaba el enorme edificio funcional de la era Eisenhower que estropeaba las vistas arquitectónicas del siglo XIX a casi todos los vecinos de Tribeca que vivían en un loft. En su día, el edificio había ofendido el sentido de la estética urbana de Katz, pero ahora le complacía porque ofendía el sentido de la estética urbana de los millonarios que se habían adueñado del barrio. Se cernía como la muerte sobre las excelentes vidas vividas allí abajo; había acabado siendo una especie de amigo para él.

—Echémosle un vistazo a ese pan de plátano —le propuso a la chica rolliza.

—También te he traído unos chicles de menta —dijo ella.

—¿Y si te firmo un autógrafo en el paquete y te lo quedas?

—¡Eso sería una pasada!

Katz sacó un rotulador de una caja de herramientas.

—¿Cómo te llamas?

—Sarah.

—Encantado de conocerte, Sarah. Voy a llevarte tu pan de plátano a casa y me lo comeré de postre esta noche.

Caitlyn, con algo semejante a la indignación moral, observó brevemente esa falta de respeto a su linda persona. Luego se acercó a Zachary, seguida por la otra chica. Y he aquí un concepto nuevo, pensó Katz: en lugar de intentar follarse a las chicas que detestaba, ¿por qué no hacerles un buen desaire? Para mantener la atención en Sarah y negársela a la magnética Caitlyn, sacó su lata de tabaco de mascar Skoal, que había comprado para conceder a sus pulmones un descanso de los cigarrillos, y se introdujo un grueso pellizco entre la encía y la mejilla.

—¿Puedo probarlo? —preguntó Sarah, envalentonada.

—Te dará náuseas.

—Pero... ¿y una hebra?

Katz negó con la cabeza y se guardó la lata en el bolsillo, tras lo cual Sarah le preguntó si podía disparar la pistola de clavos. Era como un anuncio andante de la educación parental último modelo que había recibido: ¡Tienes permiso para pedir cosas! ¡Que no seas guapa no significa que no lo tengas! ¡Tus ofrecimientos, si

tienes el atrevimiento de plantearlos, serán bien acogidos por el mundo! A su manera, era igual de cargante que Caitlyn. Katz se preguntó si él a los dieciocho años era igual de cargante, o si, como ahora le parecía, su rabia contra el mundo —su percepción del mundo como un adversario hostil, merecedor de su rabia— había hecho de él una persona más interesante que aquellos jóvenes dechados de autoestima.

Permitió a Sarah disparar la pistola de clavos (la chica lanzó un alarido al sentir el retroceso y casi se le cayó de las manos) y acto seguido la despachó. El desaire a Caitlyn había sido tan eficaz que ésta ni siquiera se despidió, limitándose a seguir a Zachary escaleras abajo. Katz se acercó a la claraboya del dormitorio principal con la esperanza de echarle un ojo a la madre de Zachary, pero sólo vio la cama DUX, el lienzo de Eric Fischl, el televisor de pantalla plana.

La propensión de Katz a las mujeres por encima de treinta y cinco años era motivo de cierto bochorno. Se le antojaba una circunstancia triste y un tanto enfermiza en el sentido de que parecía remitir a su propia madre desquiciada y ausente, pero ya no había manera de alterar la estructura básica de su cerebro. Las niñas eran una tentación permanente y una insatisfacción permanente casi de la misma manera que le producía insatisfacción la coca: siempre que la dejaba, la recordaba como algo fantástico e insuperable y la ansiaba, pero en cuanto volvía a tomarla, recordaba que no era tan fantástica en absoluto, era estéril y vacía: neuromecanicista, con sabor a muerte. Las tías jóvenes, sobre todo hoy en día, eran hiperactivas a la hora de follar, pasando atropelladamente por cada una de las posturas conocidas por la especie, haciendo esto y aquello, sus chochos infantiles demasiado inodoros y bien afeitados para considerarse siquiera partes del cuerpo humano. Recordaba más detalles de sus pocas horas con Patty Berglund que de una década de niñas. Aunque, claro, a Patty la conocía desde siempre y lo había atraído desde siempre; la larga anticipación sin duda había sido un factor. Pero había asimismo algo intrínsecamente más humano en ella que en las jovencitas. Más difícil, más fascinante, más digno de poseerse. Y ahora que su polla profética, su varita de zahori, le señalaba otra vez en dirección a Patty, era incapaz de recordar por qué no había aprovechado más plenamente su oportunidad con ella. Una idea equivocada de la bondad, ahora incomprensible para él, le había impedido acudir a su hotel en Filadelfia y servirse otra ración de ella. Después de traicionar a Walter una vez, en la fría noche septentrional, debería haber seguido adelante y hacerlo otras cien veces y sacudírselo de encima. La prueba de lo mucho que lo había deseado estaba presente en las canciones compuestas para *Lago sin nombre*. Había transformado en arte su deseo insatisfecho. Pero ahora, una vez completado ese arte y cosechados sus dudosos frutos, no existía motivo alguno para seguir renunciando a lo que todavía deseaba. Y si de paso Walter se sentía, a su vez, con derecho a la tía india y dejaba de comportarse como un irritante moralista, tanto mejor para

todos los interesados.

A última hora de la tarde del viernes cogió un tren de Newark a Washington. Aún no podía escuchar música, pero su reproductor MP3 no-Apple llevaba grabada una pista de ruido rosa —ruido blanco con cambios de frecuencia tendentes al extremo más grave de la escala, capaz de neutralizar todo sonido ambiental que el mundo pudiera arrojar sobre él—, y encajándose unos enormes auriculares almohadillados y colocándose en ángulo hacia la ventanilla y sosteniendo una novela de Bernhard cerca de la cara, consiguió una intimidad completa hasta que el tren paró en Filadelfia. Allí, una pareja blanca de poco más de veinte años, ambos vestidos con camisetas blancas y comiendo helado blanco de vasitos de papel encerado, se acomodó delante de él en los asientos recién desocupados. El blanco extremo de sus camisetas se le antojó el color del régimen de Bush. La tía enseguida reclinó el respaldo, invadiendo el espacio de Katz, y cuando terminó el helado, al cabo de unos minutos, tiró el vasito y la cucharilla hacia atrás por debajo del asiento, donde él tenía los pies.

Con un sonoro suspiro, Katz se quitó los auriculares, se puso en pie y le tiró el vasito a la falda.

—¡Dios mío! —exclamó ella con vehemente repugnancia.

—Eh, tío, ¿de qué vas? —dijo su compañero relucientemente blanco.

—Me has lanzado esto a los pies —contestó Katz.

—Pero no te lo ha tirado al regazo.

—Eso sí es toda una proeza —dijo Katz—: tu novia lanza un vasito sucio de helado a los pies de otra persona y tú te crees con derecho a ofenderte.

—Esto es un tren público —afirmó la chica—. Deberías coger un jet privado si no eres capaz de tratar con otra gente.

—Sí, ya lo tendré en cuenta la próxima vez.

La pareja se pasó el resto del viaje hasta Washington dejándose caer una y otra vez contra los respaldos, intentando reclinarlos más allá de su tope e invadir su espacio. Al parecer, no lo habían reconocido, pero si sabían quién era, seguro que pronto estarían bloqueando lo gilipollas que era Richard Katz.

Aunque había tocado en Washington con relativa frecuencia a lo largo de los años, la horizontalidad y las molestas avenidas en diagonal de la ciudad nunca dejaban de horrorizarlo. Allí se sentía como una rata en un laberinto gubernamental. Por lo que él veía desde el asiento de atrás del taxi, el taxista bien podía estar llevándolo no a Georgetown, sino a la embajada israelí para someterlo a un interrogatorio intensivo. Los peatones de todos los barrios parecían haber tomado las mismas píldoras de la insipidez. Como si el estilo individual fuese una sustancia volátil que se evaporaba en la vacuidad de las aceras de Washington y las plazas infernalmente amplias. Toda la ciudad era un como un imperativo dirigido a Katz con su gastada cazadora de motero. Diciéndole: muérete.

Sin embargo, la mansión de Georgetown poseía cierto carácter. Walter y Patty no la habían elegido ellos mismos, pero aun así reflejaba el excelente gusto de aristocracia urbana que a esas alturas Richard ya esperaba de ellos. Tenía tejado de pizarra y múltiples mansardas y ventanales en la planta baja que daban a algo parecido a un auténtico jardincito. Encima del timbre, una placa de latón reconocía discretamente la presencia de la FUNDACIÓN MONTE CERÚLEO.

Abrió la puerta Jessica Berglund. Katz no la veía desde que iba al instituto, y sonrió con placer al hallarse frente a una mujer tan adulta y femenina. Sin embargo, ella parecía contrariada y un poco alterada, y apenas lo saludó.

—Hola, mmm, acompáñame a la cocina, ¿quieres? —dijo, y lanzó una ojeada por encima del hombro al largo pasillo con parquet.

De pie en el otro extremo estaba la chica india.

—Hola, Richard —saludó, levantando la mano con gesto nervioso.

—Dame un segundo —dijo Jessica.

Se alejó por el pasillo con andar altivo, y Katz la siguió con su bolsa de viaje, pasando frente a una habitación espaciosa llena de escritorios y archivadores y otra más pequeña con una mesa de reuniones. Aquello olía a semiconductores calientes y material de papelería nuevo. En la cocina había una gran mesa rústica francesa que Richard ya conocía de Saint Paul.

—Discúlpame un segundo —repitió Jessica mientras entraba detrás de Lalitha en una sala de aspecto más ejecutivo en la parte trasera—. Soy una persona joven —la oyó decir—. ¿Vale? Aquí la persona joven soy yo. ¿Lo entiendes?

Lalitha:

—¡Sí! Claro. Por eso es maravilloso que hayas venido. Lo único que digo es que yo tampoco soy tan mayor, ¿sabes?

—¡Tienes veintisiete años!

—¿Y eso no es ser joven?

—¿A qué edad tuviste el primer móvil? ¿Cuándo empezaste a conectarte a internet?

—En la universidad. Pero, Jessica, escucha...

—Hay una *gran diferencia* entre la universidad y el instituto. Ahora la gente se comunica de una manera totalmente distinta. De una manera que las personas de mi edad aprendimos mucho antes que tú.

—Lo sé. En eso no discrepamos. La verdad es que no entiendo por qué estás tan enfadada conmigo.

—¿Que por qué estoy enfadada? Porque has llevado a mi padre a pensar que eres la gran experta en jóvenes, y sin embargo no eres la gran experta ni mucho menos, como acabas de demostrar clarísimamente.

—Jessica, conozco la diferencia entre un sms y un e-mail. Lo he dicho mal porque estoy cansada. Llevo casi toda la semana casi sin dormir. No es justo que montes semejante número por eso.

—¿Acaso tú mandas algún sms?

—No tengo necesidad. Usamos BlackBerrys, que hacen lo mismo, sólo que mejor.

—¡No es lo mismo! Dios mío. ¡A eso me refiero precisamente! Si no tuviste móvil en el instituto, no entiendes que tu móvil es muy, muy distinto de tu correo electrónico. Es una manera totalmente distinta de estar en contacto con la gente. Tengo amigos que apenas consultan ya su correo. Y si mi padre y tú vais a dirigir la campaña a los universitarios, es vital que entendáis eso.

—Pues vale. Enfádate conmigo. Adelante, enfádate. Pero todavía tengo que trabajar esta noche, y ahora déjame en paz.

Jessica volvió a la cocina, negando con la cabeza, con la mandíbula tensa.

—Perdona —dijo—. Seguramente te apetece ducharte y cenar algo. Arriba hay un comedor que resulta agradable usar de vez en cuando. Tengo un... mmm... —Miró alrededor, muy alterada—. He preparado para cenar una ensalada enorme y un poco de pasta que voy a recalentar. También tengo un buen pan, la proverbial barra de pan que, por lo que se ve, mi madre es incapaz de comprar cuando vamos a tener la casa llena de gente un fin de semana.

—Por mí no te preocupes —respondió Katz—. Aún llevo medio bocadillo en la bolsa.

—No; subiré y me sentaré contigo. Es sólo que aquí las cosas están un tanto desorganizadas. Esta casa es... es... es... —Contrajo los dedos y sacudió los puños—. ¡Aag! ¡Esta casa!

—Tranquila. Me alegro de verte.

—No sé ni cómo viven cuando no estoy aquí. Eso es lo que no entiendo. Cómo funciona esto siquiera a niveles tan básicos como sacar la basura. — Jessica cerró la puerta de la cocina y bajó la voz—. Y a saber qué come ella. Por lo visto, según cuenta mi madre, subsiste a base de Cheerios, leche y sandwiches de queso. Y plátanos. Pero ¿dónde está esa comida? En la nevera ni siquiera hay leche.

Katz movió las manos en un gesto impreciso, dando a entender que él no tenía la culpa.

—Y da la casualidad —prosiguió Jessica— de que conozco bastante bien la cocina regional india. Porque en la universidad tenía muchos amigos indios. Y hace tiempo, cuando vine aquí por primera vez, le pregunté si me podía enseñar algo de cocina regional, por ejemplo de Bengala, donde nació. Respeto mucho las tradiciones de la gente, y pensaba que podíamos preparar una comilona juntas, ella y yo, y sentarnos a la mesa como una familia. Como ella es india y a mí me interesa la gastronomía, me pareció una buena idea. Pero ella se rio de mí y me dijo que no sabía ni freír un huevo. Según parece, sus padres son ingenieros y no han preparado una comida de verdad en su vida. Y en eso quedó el plan.

Katz le sonreía, complacido de ver la homogeneidad con que se combinaban

y fundían, en su persona unitaria y compacta, los caracteres de sus padres. Hablaba como Patty y se indignaba como Walter, y a la vez era plenamente ella misma. Era rubia y llevaba el cabello recogido en un severo peinado que parecía estirarle las cejas hasta enarcárselas, lo que contribuía a darle aquella expresión de horrorizada sorpresa e ironía. No lo atraía en absoluto, y por eso mismo sentía aún más simpatía por ella.

—¿Y dónde están todos?—preguntó.

—Mi madre está en el gimnasio, «trabajando». Y mi padre... la verdad es que no lo sé. Una reunión en Virginia o algo así. Me ha pedido que te diga que ya os veréis por la mañana; tenía la intención de volver esta noche, pero le ha surgido algo.

—¿A qué hora llega tu madre a casa?

—Tarde, seguro. Aunque ahora no lo parezca, cuando yo era pequeña, resultaba una madre más que aceptable, ¿me entiendes? O sea, que cocinaba, ¿sabes? Con ella, la gente se sentía bienvenida. Ponia flores en un jarrón junto a la cama. Por lo visto, todo eso es cosa del pasado.

En su función de anfitriona de emergencia, Jessica condujo a Katz por una estrecha escalera de la parte de atrás y le enseñó los amplios dormitorios de la primera planta, convertidos en salón, comedor y sala de estar, la pequeña habitación donde Patty tenía un ordenador y un sofá cama, y luego, ya en la segunda planta, la habitación igualmente pequeña donde él dormiría.

—Oficialmente ésta es la habitación de mi hermano —explicó—, pero juraría que no ha pasado aquí ni diez noches desde que se mudaron.

En efecto, en el cuarto no se advertía el menor rastro de la presencia de Joey, sino únicamente más muestras del buen gusto en mobiliario de Walter y Patty.

—Por cierto, ¿cómo van las cosas con Joey?

Jessica se encogió de hombros.

—No soy la persona más indicada para responder a eso.

—¿No os habláis?

Ella miró a Katz con aquellos ojos suyos, un poco protuberantes, muy abiertos en una expresión jocosa.

—Hablamos a veces, de vez en cuando.

—Y entonces, ¿qué? ¿Cuál es la situación?

—Bueno, ahora es republicano, así que las conversaciones no suelen ser muy agradables.

—Ah.

—Te he puesto unas toallas. ¿Necesitas también una manopla?

—Nunca uso manopla, no.

Cuando al cabo de media hora bajó duchado y con una camiseta limpia, se encontró la cena esperándolo en la mesa del comedor. Jessica se sentó en el extremo opuesto con los brazos cruzados en una postura muy tensa —en conjunto

era una chica muy tensa y crispada— y lo observó comer.

—Por cierto —dijo—, enhorabuena por todo lo que ha pasado. Se me hizo muy raro empezar a oírte de pronto por todas partes, y verte en las listas de reproducción de medio mundo.

—¿Y tú qué? ¿A ti qué te gusta escuchar?

—A mí me va más la música étnica, sobre todo la africana y la sudamericana. Pero tu disco me gustó. El lago lo reconocí, eso desde luego.

Cabía la posibilidad de que escondiera una insinuación detrás de eso, y también cabía la posibilidad de que no. ¿Podía ser que Patty le hubiera contado lo sucedido en el lago? ¿A ella y no a Walter?

—¿Y qué está pasando aquí? —preguntó—. Me ha dado la impresión de que tenías algún problema con Lalitha.

De nuevo los ojos muy abiertos con aquella expresión jocosa o irónica.

—¿Qué? —dijo él.

—Bah, no era nada. Es que últimamente mi familia acaba con mi paciencia.

—Tengo la sensación de que ella se ha convertido en un problema para tus padres.

—Mmm.

—A mí me parece una chica estupenda. Lista, enérgica, comprometida.

—Mmm.

—¿Hay algo que quieras contarme?

—¡No! Sólo pienso que es como si Lalitha le hubiera echado el ojo a mi padre. Y es como si eso estuviera destrozando a mi madre. Verlo delante de sus narices. Yo creo que, digamos... cuando una persona está casada, hay que dejarla en paz, ¿no? Si está casada, es coto vedado, ¿no?

Katz se aclaró la garganta, sin saber muy bien adonde iría a parar aquello.

—En teoría, sí —contestó él—. Pero con la edad la vida se complica.

—Pero eso no significa que tenga que caerme bien. No significa que tenga que aceptarla. No sé si te han contado que vive aquí mismo, en el piso de arriba. Está aquí a todas horas. Está aquí más tiempo que mi madre. Y eso no me parece del todo justo. Mi opinión es que tendría que marcharse de aquí y buscarse otro sitio para vivir. Pero dudo que eso sea lo que quiere mi padre.

—¿Y por qué no quiere?

Jessica esbozó una tensa sonrisa, muy descontenta.

—Mis padres tienen muchos problemas. Su matrimonio tiene muchos problemas. No hace falta ser vidente para darse cuenta. O sea, mi madre está francamente deprimida. Desde hace años. Y es incapaz de salir de eso. Pero se quieren, me consta que se quieren, y la verdad es que me molesta ver lo que está pasando aquí. Si ella se marchara... me refiero a Lalitha... si ella se marchara sin más, para que mi madre tuviera otra oportunidad...

—¿Tu madre y tú estáis muy unidas?

—No. La verdad es que no.

Katz comió en silencio y esperó a oír más. Había tenido la suerte de encontrar a Jessica de un humor propicio para revelar cosas al primero que se le cruzara.

—O sea, ella lo intenta —explicó Jessica—. Pero tiene un don especial para decir lo que no debe. No respeta mi opinión. Por ejemplo... el hecho de que soy básicamente una persona adulta e inteligente, capaz de pensar por su cuenta, ¿entiendes? Yo tenía un novio en la universidad, un chico encantador, y lo trató fatal. Era como si le diera miedo que nos casáramos, así que no paró de burlarse de él. Fue mi primer novio de verdad, y yo sólo quería disponer de un tiempo para disfrutarlo, pero ella no aflojaba. Una vez, William y yo vinimos a pasar un fin de semana, para visitar museos y participar en una manifestación a favor del matrimonio homosexual. Nos quedamos a dormir aquí, y a ella no se le ocurrió otra cosa que preguntarle si le gustaba eso de que las chicas enseñaran los pechos en las fiestas de las fraternidades. Había leído un artículo absurdo en el periódico sobre unos chicos que les pedían a gritos a las chicas que enseñaran las tetas. Y yo, que no, mamá, que no estoy en Virginia. En mi universidad no hay fraternidades, esos son estupideces cavernícolas de los chicos del sur, no voy a Florida para las vacaciones de primavera, no somos como esa gente de tu artículo absurdo. Pero ella no aflojaba. Siguió preguntándole a William qué opinaba de los pechos de las otras chicas. Y siguió haciendo como si se sorprendiera cuando él le contestaba que no le interesaban. Ella sabía muy bien que era sincero, y que lo abochornaba tremendamente que la madre de su novia le hablara de tetas, pero ella hizo como si no le creyera. Se lo tomó todo a broma. Quería que yo me riera de William. Y sí, es verdad, a veces era un poco pesado. Pero de verdad, ¿no puede dejarme que lo descubra por mi cuenta?

—Eso es que se preocupa por ti. No quería que te casaras con un hombre que no te convenía.

—¡No iba a casarme con él! ¡Ahí está la cuestión!

A Katz se le fueron los ojos a los pechos de Jessica, prácticamente ocultos tras sus brazos cruzados. Los tenía pequeños como su madre, pero su cuerpo no era de formas tan bien proporcionadas. En ese momento sentía que su amor por Patty era aplicable por extensión a su hija, sin el deseo de follársela. Entendió lo que había querido decir Walter sobre ella: que era una joven que permitía a los mayores albergar esperanzas sobre el futuro. Desde luego, no tenía un pelo de tonta.

—La vida te sonreirá —comentó.

—Gracias.

—Tienes buena cabeza. Me alegro mucho de volver a verte.

—Lo sé, lo mismo digo —contestó ella—. Ni siquiera recuerdo la última vez que te vi. ¿Estaba aún en el instituto, quizá?

—Trabajabas en un comedor de beneficencia. Tu padre me llevó a verte allí.

—Ya, los años de esfuerzos para hacer currículum. Llegué a tener unas diecisiete actividades extraescolares. Era como la madre Teresa con un chute de anfetaminas.

Katz se sirvió más pasta, que llevaba aceitunas y unas hojas verdes. Ah, sí, rúcula: había vuelto sano y salvo al seno de la burguesía. Le preguntó a Jessica qué haría si sus padres se separaran.

—Uf, no lo sé —contestó—. Espero que no ocurra. ¿Tú crees que lo harán? ¿Eso te ha dicho mi padre?

—Yo no lo descartaría.

—Pues entonces pasaré a ser una de tantos. La mitad de mis amigos vienen de hogares rotos. Pero yo no imaginaba que fuera a pasarnos a nosotros. Al menos hasta que apareció Lalitha.

—Ya sabes que esas cuestiones son cosa de dos. No debes culparla a ella más de la cuenta.

—No, si te aseguro que también culpo a mi padre. Ya lo creo que lo culpo. Lo noto en su voz y la verdad es que sencillamente... me confunde. Sencillamente me parece mal. O sea, siempre he pensado que lo conocía bien. Pero se ve que no.

—¿Y qué me dices de tu madre?

—Ella tampoco está muy contenta con la situación, eso desde luego.

—No, pero ¿y si fuera ella la que se marchara? ¿Qué opinarías de eso?

La perplejidad de Jessica ante la pregunta disipó toda sospecha de que Patty se hubiera confiado a ella.

—No creo que haga nunca una cosa así —respondió—, a menos que mi padre la obligue.

—¿No es feliz?

—Bueno, Joey dice que no. Creo que a Joey le cuenta muchas cosas que a mí no me cuenta. O quizá Joey se lo inventa todo para fastidiarme. Es decir, ella desde luego se burla de mi padre, y continuamente, pero eso no significa nada. Se burla de todo el mundo; seguro que también de mí cuando no estoy delante. Nos encuentra muy gracioso a todos, y eso a mí desde luego me saca de quicio. Pero la verdad es que está muy entregada a la familia. No creo que conciba la posibilidad de cambiar algo.

Katz se preguntó si eso era verdad. La propia Patty le había dicho, cuatro años atrás, que no le interesaba dejar a Walter. Pero el profeta bajo el pantalón de Katz sostenía insistentemente lo contrario, y quizá Joey era más fiable que su hermana en cuanto a la felicidad de su madre.

—Tu madre es una mujer extraña, ¿no te parece?

—Me da pena —dijo Jessica—, eso cuando no estoy enfadada con ella. Es muy lista, y nunca ha hecho nada de provecho aparte de ser una buena madre.

Lo único que sé con certeza es que nunca me quedaré en casa a jornada completa con mis hijos.

—Así que quieres tener hijos. A pesar de la crisis demográfica mundial.

Lo miró con los ojos muy abiertos y se sonrojó.

—Tal vez uno o dos. Si encuentro al hombre adecuado. Cosa que no parece muy probable en Nueva York

—Nueva York es un lugar difícil.

—Vaya, gracias. Gracias por decírmelo. Nunca en la vida me he sentido tan empuñecida e invisible y totalmente menospreciada como en los últimos ocho meses. Creía que Nueva York teóricamente era el sitio ideal para salir con tíos. Pero allí todos son perdedores o capullos, y si no, están casados. Es horrible. Es decir, sé que no soy una chica despampanante ni nada por el estilo, pero me considero digna al menos de cinco minutos de conversación cortés. Ya llevo allí ocho meses, y aún espero esos cinco minutos. A estas alturas ni siquiera quiero salir, tan desmoralizada estoy.

—El problema no eres tú. Eres guapa. Puede que seas demasiado buena chica para Nueva York. Aquello es una economía bastante descarnada.

—Pero ¿cómo es que hay tantas chicas como yo y ningún tío? ¿Acaso todos los que valen la pena han decidido marcharse a otro sitio?

Katz repasó la lista de los jóvenes conocidos suyos en el área metropolitana de Nueva York, incluidos sus antiguos compañeros de Walnut Surprise, y no se le ocurrió ninguno a quien confiarle a Jessica en una cita.

—Las chicas vienen todas para trabajar en el mundo editorial y el arte y las ONG —dijo él—. Los tíos vienen por el dinero y la música. Ahí tienes un sesgo de selección. Las chicas están bien y son interesantes, los hombres son todos gilipollas como yo. No deberías tomártelo como algo personal.

—Me conformo con salir una sola vez con un chico agradable.

Katz empezaba a lamentar haberle dicho que era guapa. Había sonado un poco a invitación, ojalá ella no lo hubiese interpretado de ese modo. Pero, por desgracia, parecía que sí.

—¿De verdad eres un gilipollas? —preguntó ella—. ¿O lo has dicho por decir?

El tonillo de coqueteo provocador era alarmante y convenía atajarlo de raíz.

—He venido a hacerle un favor a tu padre —contestó.

—Eso no parece propio de un gilipollas —dijo ella en tono socarrón.

—Lo es, créeme. —Le dirigió la mirada más severa que era capaz de dirigir a una persona, y vio que la asustaba un poco.

—No lo entiendo —respondió ella.

—En el frente indio no soy tu aliado. Soy tu enemigo.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Y a ti qué más te da?

—Ya te lo he dicho. Soy un gilipollas.

—Vaya por Dios. Vale, pues. —Fijó la mirada en la mesa con las cejas muy

enarcadas, confusa y asustada y cabreada todo a la vez.

—Por cierto, la pasta está excelente. Gracias por prepararla.

—Claro. Come un poco de ensalada también. —Jessica se levantó de la mesa —. Me parece que voy a subir a leer un rato. Si necesitas algo más, ya dirás.

Katz asintió, y ella abandonó el comedor. Se sintió mal por la chica, pero lo que lo llevaba a Washington era un asunto sucio, y no tenía sentido edulcorarlo. Cuando acabó de cenar, examinó atentamente la enorme colección de libros de Walter y la colección aún más enorme de cedés y elepés, y luego se retiró a la habitación de Joey en el piso de arriba. Quería ser la persona que entrase en una habitación donde estaba Patty, no la persona que esperaba en una habitación a que entrase ella. Ser la persona en espera era colocarse en una posición demasiado vulnerable; no era nada katziano. Aunque normalmente evitaba los tapones para los oídos, por la auténtica sinfonía en que convertían sus acúfenos, se insertó unos a fin de no quedarse tendido en la cama, aguardando a oír pasos y voces como un cobarde.

A la mañana siguiente se quedó en la habitación casi hasta las nueve antes de bajar por la escalera de atrás en busca del desayuno. La cocina estaba vacía, pero alguien, había suponer que Jessica, había preparado café y troceado fruta y sacado unos bollos. Caía una llovizna primaveral en el pequeño jardín trasero, en los narcisos y junquillos, y en las vertientes de los tejados de las casas cercanas. Al oír voces procedentes de la parte delantera de la casa, Katz recorrió el pasillo con un café y un bollo y encontró a Walter, Jessica y Lalitha, todos con la piel bien restregada e hidratada y el pelo lavado, esperándolo en la sala de reuniones.

—¡Bueno, aquí estás! —exclamó Walter—. Podemos empezar.

—No sabía que nos reuníamos tan temprano.

—Son las nueve —dijo Walter—. Para nosotros hoy es un día laborable.

Lalitha y él ocupaban asientos contiguos cerca de la parte central de la amplia mesa. Jessica estaba más alejada, cerca de la cabecera opuesta, con los brazos cruzados, irradiando tensamente una actitud escéptica y defensiva. Katz se sentó frente a los demás.

—¿Has dormido bien? —preguntó Walter.

—Bastante bien. ¿Dónde está Patty?

Walter se encogió de hombros.

—No vendrá a la reunión, si es eso lo que quieres saber.

—Nos proponemos conseguir algo concreto —añadió Lalitha—, no pasarnos el día entero riéndonos de lo imposible que es conseguirlo.

¡Uf!

Jessica lanzaba miradas a unos y otros, a modo de espectadora. Walter, inspeccionado de cerca, tenía unas ojeras tremendas, y sus dedos, sobre la superficie de la mesa, realizaban un movimiento medio temblor, medio tamborileo. La propia Lalitha presentaba un estado un tanto lamentable, con

aquella palidez azulada en el rostro propia de las pieles oscuras. Al observar la relación entre sus cuerpos, la intencionada inclinación para distanciarse, Katz se preguntó si la química había obrado ya su efecto. Se los veía hoscos y culpables, como amantes obligados a comportarse en público. O, a la inversa, como personas que aún no habían llegado a un acuerdo y se sentían a disgusto la una con la otra. En cualquier caso, la situación merecía una supervisión atenta.

—Empecemos por el problema, pues —dijo Walter—. El problema es que nadie se atreve a convertir la superpoblación en parte del debate nacional. ¿Y por qué no? Porque el tema da mal rollo. Porque ya no es noticia. Porque, al igual que el calentamiento global, aún no hemos llegado al punto en que las consecuencias pasan a ser innegables. Y porque queda muy elitista decirles a los pobres e incultos que no tengan tantos hijos. Existe una relación inversamente proporcional entre el tamaño de la familia y la situación económica, y lo mismo puede decirse respecto a la edad a la que las chicas empiezan a tener hijos, lo que es igual de perjudicial desde una perspectiva numérica. Puede reducirse la tasa de crecimiento a la mitad sólo doblando de dieciocho a treinta y cinco la edad media de las madres primerizas. Esa es una de las razones por las que las ratas se reproducen mucho más que los leopardos: porque alcanzan la madurez sexual mucho antes.

—Esa analogía en sí es ya un problema, claro está —comentó Katz.

—Exacto —convino Walter—. Otra vez el elitismo. El leopardo es una especie « superior » a la rata o el conejo, así que ésa es otra parte del problema. Convertimos a los pobres en roedores cuando llamamos la atención sobre su alto índice de natalidad y su corta edad para la primera reproducción.

—Creo que la analogía del tabaco no está mal —dijo Jessica desde el otro extremo de la mesa. Saltaba a la vista que había ido a una universidad cara y había aprendido a expresar su opinión en los seminarios—. La gente con dinero puede conseguir Zolof y Xanax. Así que al aumentar la carga impositiva sobre el tabaco, y también el alcohol, los más afectados por la subida son los pobres. Se encarecen las drogas baratas.

—Cierto —dijo Walter—. Ésa es una buena argumentación, y es aplicable también a la religión, que es otra gran droga para las personas sin oportunidades económicas. Si intentamos meternos con la religión, que es el verdadero villano, estamos metiéndonos con la gente económicamente oprimida.

—Y lo mismo pasa con las armas —añadió Jessica—. La caza es también muy de clase baja.

—Ja, eso díselo al señor Haven —señaló Lalitha con su marcado acento—. Díselo a Dick Cheney.

—No, en realidad Jessica tiene razón —terció Walter.

Lalitha le respondió cortante.

—¿Ah, sí? No veo en qué. ¿Qué tiene que ver la caza con la demografía?

Jessica miró al techo con gesto de impaciencia.

Este puede llegar a ser un día muy largo, pensó Katz.

—Todo gira en torno al problema de las libertades personales —explicó Walter—. La gente vino a este país por el dinero o la libertad. Si no tienes dinero, te aferras aún más furiosamente a tus libertades. Aunque fumar te mate, aunque no puedas dar de comer a tus hijos, aunque a tus hijos los mate a tiros un loco con un fusil de asalto. Puedes ser pobre, pero lo único que nadie te puede quitar es la libertad de joderte la vida como te dé la gana. Esa es la conclusión a la que llegó Bill Clinton: que no podemos ganar elecciones actuando contra las libertades personales. Y menos contra las armas, si a eso vamos.

El hecho de que Lalitha expresara su conformidad con estas palabras con un sumiso gesto de asentimiento en lugar de enfurruñarse dejó la situación más clara. Ella seguía suplicando y Walter seguía conteniéndose. Y él estaba en su elemento, en su fortaleza personal, cuando se le permitía hablar en abstracto. No había cambiado en absoluto desde sus años en Macalester.

—Ahora bien, el verdadero problema —intervino Katz— es el capitalismo de libre mercado. ¿Verdad? A menos que habléis de ilegalizar la reproducción, vuestro problema no son las libertades civiles. La verdadera razón por la que os falta gancho cultural en el asunto de la superpoblación es que hablar de menos niños implica hablar de límites al crecimiento. ¿Verdad? Y el crecimiento no es precisamente una cuestión secundaria en la ideología del mercado libre. Es la esencia misma. ¿Verdad? En la teoría económica del libre mercado, hay que dejar fuera de la ecuación cosas como el medio ambiente. ¿Cómo era esa palabra que tanto te gustaba? ¿Externalidades?

—Esa es la palabra, exacto —confirmó Walter.

—No creo que la teoría haya cambiado mucho desde nuestros tiempos universitarios. La teoría es que no hay ninguna teoría. ¿Verdad? El capitalismo no admite hablar de límites, porque el capitalismo en sí consiste en el crecimiento incesante del capital. Si uno quiere hacerse oír en los medios capitalistas, y comunicarse en la cultura capitalista, no puede presentar la superpoblación como algo negativo. Es todo lo contrario. Y he ahí vuestro verdadero problema.

—En ese caso tal vez debamos tirar la toalla —dijo Jessica irónicamente—. Puesto que no hay nada que hacer.

—El problema no me lo he inventado yo —replicó Katz—. Yo no hago más que señalarlo.

—Conocemos el problema —intervino Lalitha—. Pero somos una organización pragmática. No pretendemos derrocar todo el sistema, sólo mitigarlo. Pretendemos contribuir a que el debate cultural se ponga a la altura de la crisis, antes de que sea demasiado tarde. Queremos conseguir con la demografía lo mismo que Gore con el cambio climático. Tenemos un millón de dólares en efectivo, y ahora mismo podemos tomar medidas muy prácticas.

—A mí ya me parecería bien derrocar el sistema entero, la verdad —dijo Katz—. Para eso firmo ahora mismo.

—En este país no puede derrocar el sistema —contestó Walter— por una cuestión de libertad. La razón por la que en Europa el libre mercado se ve atenuado por el socialismo es que allí no están tan obsesionados con la libertad individual. Tienen asimismo un índice de crecimiento demográfico inferior, pese a que los niveles de renta son comparables. En general, los europeos son más racionales. Y el debate sobre los derechos en este país no es racional. Se desarrolla en el plano de las emociones y los resentimientos de clase, y por eso la derecha sabe explotarlo tan bien. Y por eso quiero volver sobre lo que Jessica ha dicho sobre el tabaco.

Ella lo invitó a seguir con un gesto, como si le dijera: ¡gracias!

Del pasillo llegó un ruido: era Patty, que se movía por la cocina con tacones. Katz, deseando un cigarrillo, cogió la taza de café vacía de Walter y se preparó una bola de tabaco de mascar.

—Los cambios sociales positivos se producen de arriba abajo —prosiguió Walter—. El Departamento de Sanidad publica su informe, las personas cultas lo leen, los chicos listos se dan cuenta de que fumar es una idiotez, no mola, y el índice nacional de consumo de tabaco baja. O Rosa Parks se sienta en su autobús, los estudiantes universitarios se enteran, se manifiestan en Washington, viajan en autobús al Sur, y de pronto tenemos un movimiento nacional en favor de los derechos civiles. Ahora nos encontramos en un punto donde cualquier persona medianamente culta es capaz de entender el problema del crecimiento demográfico. El siguiente paso, pues, es presentarlo como algo molón para que los universitarios se preocupen por el tema.

Mientras Walter se explayaba sobre los universitarios, Katz aguzó el oído para saber qué hacía Patty en la cocina. Empezaba a caer en la cuenta de que, en el fondo, su situación denotaba falta de coraje. La Patty que él deseaba era la Patty que no deseaba a Walter: el ama de casa que ya no deseaba ser ama de casa; el ama de casa que deseaba follarse a un rockero. Pero en lugar de coger y llamarla para decirle que la deseaba, estaba allí sentado como un pipiolo universitario, consintiendo a su viejo amigo aquella sarta de fantasías intelectuales. ¿Qué había en Walter que lo dejaba a él siempre fuera de juego? Se sentía como un insecto volador atrapado en una pegajosa telaraña familiar. No podía dejar de ser buena persona con Walter, porque le caía bien; si no le hubiera caído tan bien, probablemente no habría deseado a Patty; y si no la hubiera deseado, no habría estado allí sentado fingiendo. Vaya lío.

Y ahora los pasos de ella se acercaban por el pasillo. Walter dejó de hablar y respiró hondo, armándose de valor perceptiblemente. Katz giró la silla en dirección a la puerta, y allí estaba ella. La madre de rostro lozano que tenía su lado oscuro. Llevaba botas negras, una ceñida falda roja y negra de brocado de

seda y una elegante gabardina corta, que le quedaban magníficas y a la vez no eran propias de ella. Katz no recordaba haberla visto más que con vaqueros.

—Hola, Richard —saludó mirando hacia él—. Hola a todos. ¿Cómo va?

—Acabamos de empezar —respondió Walter.

—Entonces no quiero interrumpiros.

—Vas muy arreglada —comentó Walter.

—Me voy de compras. Tal vez os vea esta noche si andáis por aquí.

—¿Vas a preparar la cena? —preguntó Jessica.

—No; trabajo hasta las nueve. Si queréis, puedo pasar a comprar algo de comer antes de irme.

—Nos vendría de maravilla —dijo Jessica—, porque estaremos reunidos todo el día.

—Ya, y con mucho gusto os prepararía la cena si no tuviese que trabajar ocho horas.

—Bueno, da igual —respondió Jessica—. Déjalo estar. Saldremos a cenar fuera o lo que sea.

—Eso parece lo más sencillo —convino Patty.

—Pues nada —dijo Walter.

—Bien, pues nada —dijo ella—. Espero que os lo paséis todos estupendamente.

Después de haber irritado, hecho caso omiso o decepcionado en un abrir y cerrar de ojos a los cuatro, se alejó por el pasillo y salió a la calle. Lalitha, que había estado pulsando los botones de la BlackBerry desde el momento en que Patty apareció, era a quien más se le notaba el descontento.

—¿Es que ahora trabaja los siete días de la semana o qué? —preguntó Jessica.

—No, normalmente no —contestó Walter—. No sé muy bien a qué viene esto.

—Pero siempre viene a cuento de algo, ¿verdad que sí? —masculló Lalitha mientras tecleaba en su aparato con los pulgares.

Jessica se volvió hacia ella, redirigiendo al instante su enfado.

—Ya nos avisarás cuando hayas acabado con tu correo, ¿vale? Mientras tanto, esperearemos de brazos cruzados hasta que estés lista, ¿vale?

Lalitha, con los labios apretados, siguió tecleando.

—¿Quizá podrías dejarlo para después? —sugirió Walter con delicadeza.

Lalitha dejó bruscamente la BlackBerry en la mesa.

—Vale —dijo—. ¡Ya estoy!

Katz empezó a sentirse mejor cuando la nicotina le recorrió el cuerpo. Patty se había mostrado desafiante, y el desafío estaba bien. Tampoco le había pasado inadvertido lo «arreglada» que iba. Arreglada ¿por qué razón? Para presentarse ante él. Y trabajar hasta tarde el viernes y el sábado ¿por qué razón? Para eludirlo. Sí, para jugar al escondite igual que él. Ahora que se había ido, Katz la

veía mejor, recibía sus señales sin tanta interferencia estática, se imaginaba poniendo las manos en aquella bonita falda suya, y recordaba con qué intensidad lo había deseado ella en Minnesota.

Pero entretanto el problema de la procreación excesiva: la primera tarea concreta, dijo Walter, era concebir un nombre para la iniciativa. A modo de idea de trabajo manejaba Juventud Contra la Locura, un homenaje personal a *Youth Against Fascism*, que consideraba (y Katz estaba de acuerdo con él) una de las mejores canciones grabadas por Sonic Youth. Pero Jessica insistía en elegir un nombre que expresara un planteamiento positivo, no uno negativo. Algo pro, no contra.

—Los chicos de mi edad son mucho más libertarios de lo que erais vosotros explicó—. Son alérgicos a cualquier cosa que huela a elitismo, o que no respete el punto de vista de otra persona. Vuestra campaña no puede basarse en decir a los demás lo que no deben hacer. Debe basarse en una elección positiva y molona, una elección en la que participemos todos.

Lalitha propuso el nombre « Los Vivos Primero », que, pensó Katz, ofendía el oído, y que Jessica desechó con un desprecio corrosivo. Y así pasaron toda la mañana, desgranando ideas, y enseguida se puso de manifiesto, a juicio de Katz, que allí faltaban las aportaciones de un asesor en relaciones públicas profesional. Consideraron sucesivamente Planeta Más Solitario, Aire Más Puro, Sociedad Ilimitada de Condomes, Coalición de los Ya Nacidos, Espacio Libre, Calidad de Vida, Tienda de Campaña Menor y ¡Ya está bien! (que a Katz le gustó pero los otros encontraron demasiado negativo; se lo guardó como posible título para una canción o un álbum futuro). Se plantearon Dad de Comer a los Vivos, Sed Sensatos, Cabezas Más Frías, Una Manera Mejor, La Disminución Hace la Fuerza, Menos Es Más, Nidos Más Vacíos, El Placer de Ninguno, Libre de Niños para Siempre, Ningún Bebé a Bordo, Aliméntate a ti Mismo, Para de Parir, ¡Despoblemos!, Dos Hurras por la Gente, Quizá Ninguno, Menos que Cero, Pisa el Freno, Acaba con la Familia, Tómatelo con Calma, Espacio Vital, Más para Mí, Criado Solo, Respiro, Más espacio, Amemos lo que Hay Aquí, Estéril por Decisión Propia, El Fin de la Infancia, Todos los Niños Se Quedan Atrás, Núcleos de Dos, Quizá Nunca y ¿Qué Prisa Hay?, y los descartaron todos. Para Katz, el ejercicio ilustró la inviabilidad general de la empresa y la ranciedad específica del rollo guay prefabricado, pero Walter dirigió la discusión con una sensatez optimista que reflejaba largos años en el mundo artificial de las ONG. Y por increíble que pareciera, los dólares que planeaba gastar eran reales.

—Propongo que nos quedemos con Espacio Libre —declaró por fin—. Me gusta cómo le roba la palabra « libre » al otro bando y se apropia de la retórica de los grandes espacios abiertos del Oeste. Si esto despegá, puede ser también el nombre de todo un movimiento, no sólo de nuestro grupo. El movimiento del Espacio Libre.

—¿Soy la única que al oír «espacio libre» piensa en una plaza de aparcamiento libre? —preguntó Jessica.

—Ésa no es una connotación tan mala —respondió Walter—. Todos sabemos lo que es tener problemas para aparcar. Menos gente en el planeta, mayores oportunidades de aparcamiento. En realidad es un ejemplo cotidiano real de por qué la superpoblación es mala.

—Hay que ver si Espacio Libre ya está registrado —recordó Lalitha.

—A la mierda las marcas registradas —saltó Katz—. No hay frase conocida por el hombre que no esté registrada.

—Podríamos añadir un espacio entre las palabras —sugirió Walter—. Lo contrario de «EarthFirst!», digamos, y sin el signo de exclamación. Si nos demandan por la marca registrada, podemos basar nuestra defensa en que somos reacios a perder el espacio de más. Eso suena bien, ¿no? Somos Reacios a Perder el Espacio.

—Mejor que no nos demanden, creo —dijo Lalitha.

Por la tarde, después de encargar y comer unos bocadillos y llegar Patty a casa y marcharse de nuevo sin haber hablado con ellos (Katz alcanzó a ver sus vaqueros negros de recepcionista de gimnasio cuando sus piernas se alejaban por el pasillo), los cuatro miembros del consejo asesor de Espacio Libre fraguaron un plan para los veinticinco estudiantes en prácticas de verano a quienes Lalitha ya había empezado a captar y contratar. Había ideado un festival de música y concienciación a finales del verano en una granja de cabras de ocho hectáreas ahora propiedad de la Fundación Monte Cerúleo en el límite meridional de la reserva de la reinita, idea a la que Jessica puso pegas de inmediato. ¿Acaso Lalitha no entendía absolutamente nada de la nueva relación de los jóvenes con la música? ¡No bastaba con incorporar a una figura de renombre! Tenían que enviar a veinte estudiantes en prácticas a veinte ciudades de todo el país y encargarles la organización de festivales a nivel local. «La batalla de las bandas», dijo Katz. «Sí, exacto, veinte versiones locales de «la batalla de las bandas»», confirmó Jessica. (Había estado fría con Katz todo el día, pero pareció agradecer su ayuda para aplastar a Lalitha). Ofreciendo premios en metálico, atraerían a cinco bandas muy buenas en cada una de las veinte ciudades, todas compitiendo por el derecho a representar su movida musical local en una batalla entre bandas de todo un fin de semana en Virginia Occidental, bajo los auspicios de Espacio Libre, con la presencia de grandes figuras para emitir la votación final y prestar su imagen a la causa de invertir el crecimiento demográfico global y difundir la idea de que tener hijos es poco guay.

Katz, que incluso para lo habitual en él había consumido cantidades colosales de cafeína y nicotina, acabó en un estado casi maniaco en el que accedió a todo lo que se le pidió: escribir canciones para Espacio Libre, volver a Washington en

mayo para reunirse con los estudiantes en prácticas de Espacio Libre y colaborar en el adoctrinamiento, hacer una aparición estelar sorpresa en la batalla entre bandas de Nueva York, actuar como maestro de ceremonias en el festival de Espacio Libre en Virginia Occidental, acometer la labor de reunir a Walnut Surprise para que pudiera actuar allí, y dar la vara a grandes figuras para que aparecieran con él y se incorporaran también al jurado final. A su modo de ver, no hacía más que extender cheques con cargo a una cuenta sin fondos, porque, pese a las sustancias químicas reales que había ingerido, la verdadera sustancia de su estado era la obsesión palpitante de apartar a Patty de Walter: ésa era la base rítmica, todo lo demás era sofisticación irrelevante. Acaba con la Familia: otro título para una canción. Y en cuanto acabase con la familia, no tendría que cumplir ninguna de sus promesas.

Estaba tan acelerado que cuando la reunión terminó a eso de las cinco, y Lalitha regresó a su despacho para empezar a materializar los planes y Jessica desapareció en el piso de arriba, accedió a salir con Walter. Pensó que ésa sería la última vez que saldrían juntos. Daba la casualidad de que el grupo Bright Eyes, que había saltado a la fama recientemente y estaba encabezado por un joven de talento llamado Conor Oberst, tocaba esa noche en un conocido local de Washington. Se habían agotado las entradas, pero Walter tenía mucho interés en ir a ver a Oberst en el camerino y venderle Espacio Libre, y Katz, recurriendo a sus contactos de altos vuelos, hizo las llamadas telefónicas un tanto degradantes necesarias para conseguir un par de pases en la entrada. Cualquier cosa era mejor que quedarse en la mansión, esperando a que llegara Patty.

—No me puedo creer que hagas todo esto por mí —dijo Walter en el restaurante tailandés, cerca de Dupont Circle, donde entraron a cenar de camino al concierto.

—No es nada, tío. —Katz cogió un pincho de *satay*, se planteó si su estómago lo aguantaría y decidió que no. Seguir con el tabaco era una pésima idea, pero sacó la lata de todos modos.

—Es como si por fin hubiéramos conseguido hacer las cosas de las que hablábamos en la universidad —continuó Walter—. Para mí, significa mucho.

Katz recorrió el restaurante con mirada desasosegada, posándola en todo excepto en su amigo. Tenía la sensación de haberse lanzado desde lo alto de un precipicio, de que seguía agitando las piernas, pero estaba a punto de estamparse contra el suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Walter—. Se te ve un poco crispado.

—No; estoy bien, estoy bien.

—No se te ve bien. Hoy te has pulido una lata entera de esa mierda.

—Es sólo por no fumar delante de ti.

—Pues te lo agradezco.

Walter se acabó el *satay* mientras Katz escupía en el vaso de agua, sintiéndose

momentáneamente tranquilo, a la falsa manera de la nicotina.

—¿Cómo van las cosas entre tú y la chica? —preguntó—. Hoy emitías unas vibraciones extrañas.

Walter, sonrojado, se abstuvo de contestar.

—¿Ya te acuestas con ella?

—¡Por Dios, Richard! Eso no es asunto tuyo.

—¡Vaya! ¿Me estás diciendo que sí?

—No; no es asunto tuyo, no me jodas.

—¿Estás enamorado de ella?

—¡Por Dios! ¡Ya está bien!

—¿Lo ves?, ese nombre me parece mejor: ¡Ya está bien! Con signos de exclamación. Espacio Libre suena a canción de Lynyrd Skynyrd.

—¿Por qué te interesa que me acueste con ella? ¿A qué viene eso?

—Yo sólo me guío por lo que veo.

—Bueno, tú y yo somos distintos. ¿Lo entiendes? ¿Es que no sabes que hay valores superiores a echar un polvo?

—Sí, eso lo entiendo. En abstracto.

—Pues entonces corta ya el rollo con eso, ¿vale?

Katz miró alrededor con impaciencia en busca del camarero. Estaba de un humor de perros, y lo irritaba todo lo que decía o hacía Walter. Si Walter no tenía huevos para ir a por Lalitha, si quería dárselas de hombre recto, a Katz le traía sin cuidado.

—Vamonos de aquí de una puta vez —dijo.

—¿Y si antes esperamos a que me llegue el segundo? Puede que tú no tengas hambre, pero yo sí.

—No, claro. Por supuesto. No me había dado cuenta.

Al cabo de una hora, su ánimo empezó a desmoronarse, en medio del apiñamiento de jóvenes a las puertas del Club 9:30. Hacía años que Katz no iba como espectador a un concierto, no había ido a ver a un ídolo de chavales desde que él mismo era chaval, y se había acostumbrado tanto a los espectadores de cierta edad de los conciertos de Traumatic y Walnut Surprise que se había olvidado de lo distinto que podía ser un ambiente de chavales, casi religioso por su seriedad colectiva. A diferencia de Walter, quien, como entusiasta cultural que era, tenía la obra completa de Bright Eyes y los había ensalzado hasta la saciedad en el restaurante tailandés, Katz sólo conocía al grupo por reputación osmótica. Walter y él casi doblaban la edad a todos los presentes en el local: los chicos de pelo lacio y las chicas que, como dictaba la moda, no estaban precisamente en los huesos. Se sintió observado y reconocido, aquí y allá, mientras se abrían paso hacia la pista, que había quedado vacía durante el intermedio, y pensó que difícilmente podría haber tomado una decisión peor que la de aparecer en público y otorgar así, con su mera presencia, aprobación a un grupo del que

prácticamente no sabía nada. No sabía qué podía ser peor en esas circunstancias: si verse señalado y adulado o pasar inadvertido en el anonimato de la mediana edad.

—¿Quieres que intentemos llegar al camerino? —preguntó Walter.

—Soy incapaz, colega. No estoy de humor.

—Sólo para las presentaciones. No tardaremos. Ya les soltaré mi discursito en otro momento.

—No estoy de humor. No conozco a esa gente de nada.

El mix del intermedio, cuya selección era prerrogativa del grupo principal, era impecablemente estrafalario. (Katz, cuando actuaba encabezando el grupo principal, siempre dejaba eso en manos de sus compañeros, porque detestaba las poses y la manipulación y la petulancia a la hora de elegir el mix, la presión para demostrar que uno estaba en la onda en cuanto a gustos musicales). Los utileros estaban instalando un sinfín de micrófonos e instrumentos mientras Walter, deshaciéndose en elogios, contaba la historia de Conor Oberst: que si había empezado a grabar a los doce años, que si seguía viviendo en Omaha, que si su grupo parecía más un colectivo o una familia que un grupo de rock al uso. Los chavales irrumpían en la pista desde todos los accesos, con sus ojos brillantes (como el nombre del grupo, Bright Eyes, menudo nombrecito irritante y condescendiente con los jóvenes, pensó Katz) y sus pubis afeitados. Su sensación de haberse desmoronado no se debía a la envidia exactamente, ni siquiera del todo al hecho de haberse sobrevivido a sí mismo. Era más bien desesperación por el astillamiento del mundo. El país libraba sucias guerras terrestres en dos países, el planeta estaba calentándose como un gratinador, y allí, en el 9:30, en torno a él, había centenares de chicos cortados por el mismo patrón que Sarah, la del pan de plátano, alimentando todos sus dulces anhelos, sintiéndose inocentemente con derecho a... ¿a qué? A la emoción. A la adoración sin adular de un grupo superespecial. A que durante una o dos horas, un sábado por la noche, los dejaran a sus anchas para repudiar ritualmente el cinismo y la ira de sus mayores. Como Jessica había insinuado en la anterior reunión, parecían no albergar malevolencia hacia nadie. Katz lo veía en su indumentaria, que revelaba la ausencia de la rabia y desafección de los ambientes a los que él había pertenecido en su juventud. No se reunían movidos por la ira, sino en celebración por haber encontrado, como regeneración, una manera de ser más delicada y más respetuosa. Una manera, no por casualidad, más en armonía con el consumo. Y por tanto le decían a él: muérete.

Oberst salió al escenario solo, con un esmoquin azul pastel, se colgó al hombro una guitarra acústica y cantó con voz arrulladora un par de piezas largas en solitario. Él era una figura de verdad, un joven genio, y por eso mismo tanto más insufrible para Katz. Su imagen de Artista Atormentado y Enternecedor, su propensión a llevar las canciones más allá de su límite natural, sus artificiosos

crímenes contra las convenciones del pop: estaba interpretando la sinceridad, y cuando la interpretación amenazó con revelar la falsedad de esa sinceridad, interpretó su sincera angustia por la dificultad de la sinceridad. Luego salió el resto del grupo, incluidas tres jóvenes y encantadoras Gracias vestidas de vampiresas a modo de coro, y en conjunto fue una magnífica actuación: Katz no se rebajó a negarlo. Simplemente se sintió como la única persona sobria en una sala llena de borrachos, el único ateo en una reunión evangelista. Sintió una punzada de añoranza por Jersey City, por sus calles aniquiladoras de la fe. Le pareció que tenía algo que hacer allí, en su propio espacio astillado, antes de que el mundo se acabara del todo.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Walter atolondradamente, después en el taxi.

—Creo que me estoy haciendo mayor —contestó.

—A mí me han parecido muy buenos.

—Quizá demasiados temas sobre dramones adolescentes.

—Todos tienen que ver con la fe —dijo Walter—. El último disco es uno de esos esfuerzos panteístas por mantener la fe en algo en un mundo lleno de muerte. Oberst introduce en cada canción la palabra *lift* («elevar o levantar»), que además da título al disco: *Lifted*. Es como la religión sin las chorradas del dogma religioso.

—Admiro tu capacidad para admirar —respondió Katz. Y mientras el taxi avanzaba lentamente entre el tráfico en un complicado cruce en diagonal, añadió —: Creo que no voy a poder hacer esto para ti, Walter. Empiezo a experimentar altos niveles de vergüenza.

—Tú haz lo que puedas. Descubre tus propios límites. Si lo único que quieres es venir en mayo un par de días y conocer a los estudiantes en prácticas, quizá acostarte con alguna, por mí no hay problema. Eso ya sería mucho.

—Estoy pensando en volver a componer.

—¡Eso es genial! Una noticia excelente. Casi preferiría que hicieras eso a que trabajaras para nosotros. Pero deja lo de las terrazas, por el amor de Dios.

—Puede que necesite seguir con las terrazas. Puede que sea inevitable.

La mansión estaba a oscuras y en silencio cuando regresaron, con sólo una luz encendida en la cocina. Walter se fue derecho a la cama, pero Katz se quedó un rato en la cocina, pensando que quizá Patty lo oyera y bajara. Aparte de todo lo demás, ahora anhelaba la compañía de alguien con sentido de la ironía. Comió un poco de pasta fría y se fumó un cigarrillo en el jardín de atrás. Luego subió a la primera planta y fue a la pequeña habitación de Patty. Por las almohadas y las mantas que había visto en el sofá cama la noche anterior, tenía la impresión de que ella dormía allí. La puerta estaba cerrada y no se veía luz por el resquicio.

—Patty —dijo en un tono que ella oiría si estaba despierta. Aguzó el oído, resonante de acúfenos—. Patty —repitió.

Su polla no se creyó ni por un instante que ella dormía, pero era posible que tras la puerta hubiera una habitación vacía, y él sintió una curiosa reticencia a abrirla y mirar. Necesitaba una mínima incitación o confirmación de sus instintos. Volvió a la cocina, se acabó la pasta y leyó el *Post* y el *Times*. A las dos, todavía bullendo de nicotina, y empezando a cabrearse con Patty, regresó a la habitación, llamó a la puerta y abrió.

Ella estaba sentada en el sofá a oscuras, vestida aún con el uniforme negro del gimnasio, la mirada al frente, las manos entrelazadas en el regazo.

—Perdona —dijo Katz—. ¿Te importa?

—No —contestó sin mirarlo—. Pero deberíamos bajar.

Él sintió una tensión poco habitual en el pecho mientras descendía otra vez por la escalera de atrás, una expectación sexual de una intensidad que no experimentaba, pensó, desde el instituto. Después de entrar en la cocina detrás de él, Patty cerró la puerta que daba a la escalera. Llevaba unos calcetines de aspecto mullido, los de alguien cuyos pies no son ya tan jóvenes ni están bien almohadillados. Incluso sin los centímetros añadidos por unos zapatos, su estatura seguía causándole la misma grata sorpresa de siempre. Le vino a la cabeza la letra de una de sus propias canciones, aquella que decía que el cuerpo de ella era el cuerpo idóneo para él. Hasta ese extremo había llegado el viejo Katz: se conmovía con sus propias letras. Y el cuerpo idóneo para él seguía estando muy bien, sin ser visiblemente desagradable en nada: fruto, seguramente, de muchas horas de ejercicio en el gimnasio. En la pechera de la camiseta negra se leía, en mayúsculas blancas, la palabra *lift*.

—Voy a tomar una manzanilla —dijo ella—. ¿Quieres?

—Sí. Creo que nunca he tomado manzanilla.

—Vaya, por lo que veo has vivido entre algodones.

Fue al despacho y regresó con dos tazones de agua calentada al instante de los que colgaban sendas etiquetas de bolsitas de hierbas.

—¿Por qué no has contestado cuando he subido la primera vez? —preguntó Katz—. Me he pasado dos horas aquí sentado.

—Debía de estar abstraída en mis pensamientos.

—¿Pensabas que iba a acostarme sin más?

—No lo sé. Estaba como pensando sin pensar, no sé si me explico. Pero entendía que quisieras hablar conmigo, y sabía que debía hacerlo. Así que aquí estoy.

—No estás obligada a nada.

—No; me parece bien, tenemos que hablar. —Se sentó a la mesa rústica enfrente de él—. ¿Cómo lo habéis pasado? Me ha dicho Jessie que habéis ido a un concierto.

—Nosotros y unos ochocientos veinteañeros.

—¡Ja, ja, ja! Pobrecito.

—Walter se ha divertido.

—Ah, no me cabe duda. Últimamente le entusiasman los jóvenes.

Katz se sintió alentado por el tonillo de descontento.

—¿Deduzco que a ti no?

—¿A mí? Te puedo asegurar que no. O sea, excepto mis hijos. Aún me caen bien mis hijos. Pero ¿los demás? ¡Ja, ja, ja!

Su risa estimulante y sensual no había cambiado. Detrás de su nuevo peinado, sin embargo, detrás del maquillaje de ojos, se la veía mayor. Eso no tenía vuelta atrás, el envejecimiento, y el núcleo autoprotector de Katz, al percibirlo, le dijo que se largara ahora que aún estaba a tiempo. Había viajado hasta allí obedeciendo un instinto, pero existía una gran diferencia, empezaba a comprender, entre un instinto y un plan.

—¿Qué es lo que no te gusta de ellos? —preguntó.

—En fin, ¿por dónde empezar? —respondió Patty—. ¿Lo de las chanclas, por ejemplo? Llevo mal eso de las chanclas. Es como si el mundo entero fuera su dormitorio. Y ni siquiera oyen su chancleteo, porque todos van con sus aparatitos, todos van con sus auriculares. Cada vez que empiezo a aborrecer a mis vecinos de por aquí, me tropiezo con algún chico de la Universidad de Georgetown en la acera y de pronto perdono a los vecinos porque al menos ellos son adultos. Al menos no andan de acá para allá en chanclas, pregonando que son personas mucho menos crispadas y más razonables que nosotros los adultos, que una envarada como yo, que preferiría no ver los pies descalzos de la gente en el metro. Porque, en serio, ¿quién pondría reparos a ver esos dedos de los pies tan hermosos? ¿Esas uñas tan perfectas? Sólo una persona que para su desgracia ya es de mediana edad y no puede imponer al mundo el espectáculo de sus propios dedos de los pies.

—Nunca me han llamado la atención especialmente las chanclas.

—Pues entonces has vivido muy entre algodones, desde luego.

Empleaba un tono distante, como si hablara de memoria, en lugar de bromear de un modo que pudiera darle pie a Katz a participar. Denegada la incitación, la expectación de éste decayó. Patty empezaba a inspirarle antipatía por no hallarse en el estado en que él imaginaba que la encontraría.

—¿Y lo de las tarjetas de crédito? —continuó ella—. ¿Eso de pagar con tarjeta un perrito caliente o un paquete de chicles? O sea, el dinero en efectivo está tan desfasado, ¿verdad? El dinero en efectivo te obliga a sumar y restar. Tienes que prestar atención a la persona que te da el cambio. Es decir, por un mínimo instante dejas de ser un tío superguay y de estar totalmente encerrado en tu pequeño mundo. Pero con una tarjeta de crédito eso no pasa. La entregas lánguidamente, la recoges lánguidamente, y ya está.

—Algo así venía a ser el público de esta noche —dijo Katz—. Buenos chicos, sólo que un poco ensimismados.

—Pues más vale que te acostumbres, ¿no? Dice Jessica que te vas a pasar el verano rodeado de jóvenes.

—Sí, es posible.

—A mí más bien me ha parecido que lo daba por hecho.

—Sí, pero ya estoy planteándome abandonar. A decir verdad, ya se lo he comentado a Walter.

Patty se levantó para echar al fregadero las bolsas de la infusión y se quedó de pie, de espaldas a él.

—Esta puede ser tu única visita, pues.

—Exacto.

—Entonces creo que debería lamentar no haber bajado antes.

—Siempre puedes venir a verme a Nueva York.

—Ya. Como si me hubieran invitado alguna vez.

—Te invito ahora.

Giró sobre sus talones con los ojos entornados.

—No juegues conmigo, ¿vale? No quiero ver esa faceta tuya. En realidad me da asco. ¿Vale?

Él le sostuvo la mirada, intentando demostrarle que lo decía en serio — intentando sentir que lo decía en serio—, pero sólo consiguió exasperarla. Patty, negando con la cabeza, retrocedió hasta el rincón más alejado de la cocina.

—¿Cómo os va a Walter y a ti? —preguntó Katz con cierta crueldad.

—Eso no es asunto tuyo.

—De un tiempo a esta parte oigo eso continuamente. ¿Qué significa?

Ella se sonrojó un poco.

—Significa que no es asunto tuyo.

—Según Walter, no puede decirse que os vaya muy bien.

—Bueno, se acerca bastante a la verdad. En gran medida. —Volvió a sonrojarse—. Pero tú preocúpate sólo por Walter, ¿vale? Preocúpate por tu mejor amigo. Ya elegiste: entre su felicidad y la mía, dejaste muy claro cuál te importaba más. Tuviste tu oportunidad conmigo, y lo escogiste a él.

Katz sintió que empezaba a perder la calma, y eso era muy desagradable. Una presión entre los oídos, una creciente ira, una necesidad de discutir. Era como ser súbitamente Walter.

—Tú me echaste —dijo.

—¡Ja, ja, ja! «Lo siento, no puedo ir a Filadelfia ni siquiera un día, por el pobre Walter».

—Eso lo dije durante un minuto. Durante treinta segundos. Y luego tú, durante una hora, pasaste a...

—A cagarla. Lo sé. Lo sé lo sé lo sé. Sé quién la cagó. ¡Sé que fui yo! Pero, Richard, tú sabías que para mí era más difícil. ¡Podías haberme echado un cable! Por ejemplo, tal vez durante ese minuto podías no haber hablado del pobre

Walter y su pobre sensibilidad, sino de mí. Por eso digo que tú ya elegiste. Puede que no fueras consciente de que lo hacías, pero lo hiciste. Así que ahora apechuga.

—Patty.

—Es posible que no haga más que cagadas, pero no puede negarse que en los últimos años he tenido tiempo para pensar, y he sacado más de una conclusión. Ahora tengo una idea algo más clara de quién eres y cómo funcionas. Imagino lo duro que debe de resultarte que nuestra amiguita bengalí no se interese por ti. Lo muuucho que debe de desestabilizarte. ¡El mundo está patas arriba! ¡Qué mal rollo! Supongo que podrías intentarlo con Jessica, pero te deseo buena suerte. Si estás realmente desesperado, tu mejor opción podría ser Emily, la responsable de recaudación. Pero a Walter no le atrae, así que imagino que a ti no te interesará.

A Katz le hervía la sangre, tenía los nervios de punta. Era como haber tomado coca muy cortada con meta de la mala.

—He venido aquí por ti —dijo.

—¡Ja, ja, ja! No te creo. No te lo crees ni tú. Mientes que da pena.

—¿Por qué iba a venir, si no?

—Y yo que sé. ¿Porque te preocupa la biodiversidad y la demografía sostenible?

Katz recordaba lo desagradable que había sido la discusión con ella por teléfono. Lo burdamente desagradable, lo criminalmente atroz para su paciencia. Lo que no recordaba era por qué había aguantado todo aquello. Por algo en su manera de desearlo, en su manera de ir a por él. Algo que ya no estaba presente.

—Me he pasado mucho tiempo furiosa contigo —dijo Patty—. ¿Te haces una idea? Te envié aquel montón de e-mails a los que no contestaste, mantuve aquella humillante conversación unilateral contigo. ¿Llegaste siquiera a leer aquellos mails?

—La mayoría.

—Ja. No sé qué es peor. Supongo que ni siquiera importa, dado que igualmente estaba todo en mi cabeza. Me he pasado tres años queriendo algo que sabía que no me haría feliz. Pero no por eso dejaba de quererlo. Eras como una mala droga que me resultaba imposible no desear. Toda mi vida ha sido como una especie de lamentación por haberme quedado sin una droga maligna que yo sabía que me haría daño. Fue ayer literalmente, al verte en carne y hueso, cuando me di cuenta de que en realidad no necesitaba la droga. Fue como si de pronto me dijera: « Pero ¿dónde tenía yo la cabeza? Si está aquí es por Walter» .

—No. Es por ti.

Ella ni siquiera lo oyó.

—Me siento muy vieja, Richard. Que una persona no dé buen uso a su vida no significa que su vida deje de transcurrir. De hecho, su vida transcurre aún más deprisa.

—No se te ve vieja. Se te ve estupenda.

—Bueno, y eso es lo que de verdad cuenta, ¿no? Me he convertido en una de esas mujeres que dedican un montón de energía a mantener un buen aspecto. Si puedo seguir así y acabar convertida en un cadáver hermoso, ya habré resuelto prácticamente mi problema.

—Ven conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—Vente conmigo. Nos iremos a algún sitio y Walter tendrá su libertad.

—No, aunque es agradable oírte decirlo por fin. Puedo aplicarlo retroactivamente a los últimos tres años y crear una fantasía aún mejor de lo que podría haber sido. Enriquecerá mi mundo de fantasía, ya de por sí rico. Ahora puedo imaginar que me quedo en tu apartamento mientras tú te vas de gira mundial y te follas a niñas de diecinueve años, o que me voy contigo y me convierto en la mamá gallina del grupo... ya sabes, leche y galletas a las tres de la mañana... o en tu Yoko y dejo que todo el mundo me eche la culpa por lo acabado que estás y lo soso que te has vuelto, y luego monto numeritos espantosos y dejo que te des cuenta, de la manera más lenta, de qué mala idea es tenerme en tu vida. Eso daría para soñar despierta meses y meses.

—No entiendo qué quieres.

—Créeme, si yo misma lo entendiera, no tendríamos esta conversación. De hecho, creía que sí sabía lo que quería. Creía saberlo, aunque a la vez sabía que no era algo bueno. Y ahora estás aquí, y es como si no hubiera pasado el tiempo.

—Sólo que Walter está cada vez más colado por la chica.

Ella asintió.

—Exacto. ¿Y sabes una cosa? Ahora va y resulta que eso me duele extraordinariamente. Me duele abrumadoramente. —Los ojos se le anegaron en lágrimas y se apresuró a volver la cabeza para ocultarlas.

Katz había asistido en su día a más de una escena de llanto, pero era la primera vez que tenía que ver llorar a una mujer por amor a otro hombre. No le gustó lo más mínimo.

—El jueves por la noche llegó a casa de un viaje a Virginia Occidental —dijo Patty—. Puedo contártelo, ya que somos viejos amigos, ¿no? El jueves por la noche llegó a casa de un viaje a Virginia Occidental, y vino a mi habitación, y lo que pasó, Richard, fue lo que siempre he deseado. Lo que siempre he deseado. Durante toda mi vida adulta. ¡Casi ni le reconocí la cara! Era como si estuviese fuera de sí. Pero la única razón por la que me lo concedía era que él ya se había ido. Fue como un pequeño adiós. Un pequeño regalo de despedida, para mostrarme lo que yo nunca más tendría. Porque le había amargado la vida durante demasiado tiempo. Y ahora por fin está listo para algo mejor, pero no va a tenerlo conmigo, porque le he amargado la vida durante demasiado tiempo.

Oyéndola, Katz dedujo que había llegado con cuarenta y ocho horas de

retraso. Cuarenta y ocho horas. Increíble.

—Aún puedes tenerlo —dijo—. Hazlo feliz. Sé una buena esposa. Se olvidará de la chica.

—Puede ser. —Patty se llevó el dorso de la mano a los ojos—. Si yo fuera una persona cuerda, entera, probablemente eso es lo que intentaría. Porque, verás, a mí antes me gustaba ganar. Era una luchadora. Pero he desarrollado una especie de alergia a lo sensato. Me paso la vida asombrándome de mi propia frustración conmigo misma.

—De ahí mi amor por ti.

—Vaya, ahora hablamos de amor. Amor. Richard Katz hablando de amor. Debe de ser la señal de que es hora de irme a la cama.

Fue el mutis; Katz no intentó detenerla. Aun así, tan firme era su fe en sus instintos que cuando él mismo subió a su habitación al cabo de diez minutos, todavía imaginaba que la encontraría esperándolo en su cama. En cambio encontró, encima de la almohada, un voluminoso manuscrito sin encuadernar con el nombre de ella en la primera página. El título era « Se cometieron errores» .

Sonrió al verlo. Luego se llevó un gran pellizco de tabaco de mascar a la boca y se sentó a leer, escupiendo de vez en cuando en un jarrón de la mesilla de noche, hasta que vio claridad en la ventana. Advirtió que las páginas sobre él le despertaban mucho más interés que las otras; confirmó su arraigada sospecha de que, en última instancia, las personas sólo quieren leer sobre sí mismas. Advirtió además, con satisfacción, que esa persona que él era había fascinado verdaderamente a Patty; le recordó por qué la apreciaba. Y sin embargo, su sensación más clara, cuando leyó la última página y dejó caer en el jarrón con un ¡plop! la ya muy aguada bola, era de derrota. No derrota por Patty: su pericia como escritora era impresionante, pero él se defendía bien en el apartado de la expresión personal. Quien lo había derrotado era Walter, porque obviamente el documento había sido escrito para Walter, a modo de disculpa compungida e impronunciable. En el drama de Patty, Walter era el protagonista, y Katz sólo un interesante personaje secundario.

Por un momento, en lo que pasaba por ser su alma, se abrió una puerta lo justo para permitirle vislumbrar su orgullo herido en todo su patetismo; pero la cerró de un portazo y pensó en lo estúpido que había sido al permitirse desearla. Sí, le gustaba su manera de hablar, sí, sentía una debilidad fatídica por cierta clase de tía depresiva y lista, pero la única manera que conocía de interactuar con una tía así era follársela, marcharse, volver y follársela otra vez, y marcharse otra vez, odiarla otra vez, follársela otra vez, y así sucesivamente. Deseó retroceder en el tiempo y felicitar a la persona que había sido a los veinticuatro años, en aquel inmundo piso de okupas del South Side de Chicago, por haber comprendido que una mujer como Patty estaba hecha para un hombre

como Walter, quien, al margen de cuáles fueran sus demás memeces, tenía la paciencia y la imaginación necesarias para manejarla. El error cometido por Katz desde entonces había sido volver una y otra vez al escenario en que no podía evitar sentirse derrotado. El documento entero de Patty daba fe de la agotadora dificultad de discernir, en un escenario como ése, qué era «bueno» y qué no lo era. A él se le daba muy bien saber qué era bueno para él, y normalmente eso le bastaba para todo en la vida. Sólo en compañía de los Berglund tenía la sensación de que no le bastaba. Y estaba harto de esa sensación; estaba listo para acabar con ella.

—Bien, amigo mío —dijo—. Aquí se termina nuestra historia. Me has ganado, compañero.

La claridad en la ventana era cada vez mayor. Fue al baño y echó en el váter el tabaco mascado y luego devolvió el jarrón al lugar donde lo había encontrado. El radiodespertador marcaba las 5.57. Metió sus cosas en la bolsa de viaje, bajó al despacho de Walter con el documento y lo dejó en medio de su escritorio. Un pequeño regalo de despedida. Allí alguien tenía que aclarar las cosas, alguien tenía que poner fin a las chorradas, y obviamente Patty no estaba por la labor. ¿Conque quería que Katz hiciera el trabajo sucio? Pues muy bien. Estaba dispuesto a ser el que tenía huevos en ese equipo. Su misión en la vida era exponer la sucia verdad. Ser el cabrón. Recorrió el pasillo principal y salió por la puerta de la calle, que tenía un cierre con resorte. El chasquido, cuando la cerró a sus espaldas, sonó irrevocable. Adiós a los Berglund.

Durante la noche había llegado un aire húmedo, cubriendo de rocío los coches de Georgetown y mojando las baldosas ligeramente desiguales de la acera de Georgetown. Los pájaros bullían de actividad en los árboles, que empezaban a retoñar; un avión, uno de los primeros vuelos del día, surcaba ruidosamente el pálido cielo primaveral. Incluso los acúfenos de Katz parecían acallados en la quietud de la mañana. «¡Este es un buen día para morir!». Intentó recordar quién lo había dicho. ¿Caballo Loco? ¿Neil Young?

Con la bolsa al hombro, caminó cuesta abajo en dirección al susurrante tráfico y finalmente llegó a un largo puente que conducía al centro de la dominación mundial estadounidense. Se detuvo hacia la mitad del puente, bajó la vista y vio a una mujer que hacía footing en el camino paralelo al río, e intentó determinar, por la intensidad de la interacción fotónica entre el culo de ella y las retinas de él, hasta qué punto aquél era de verdad un buen día para morir. La altura bastaba para matarlo si se lanzaba de cabeza, y sin duda lanzarse de cabeza era la manera de hacerlo. Sé hombre, tírate con la cabeza por delante. Sí. Ahora su polla decía que sí a algo, y ese algo desde luego no era el culo más bien ancho de la mujer que hacía footing y ya se alejaba.

¿Había sido en realidad la muerte el mensaje que quería transmitirle su polla al mandarlo a Washington? ¿Acaso había malinterpretado su profecía? Estaba

casi seguro de que nadie lo echaría mucho de menos cuando muriera. Podía liberar a Patty y Walter de la molestia que les representaba, liberarse él mismo de la molestia de ser una molestia. Podía ir a dondequiera que Molly hubiera ido antes que él, y su propio padre antes que ella. Escudriñó el punto donde probablemente caería, un recuadro de grava y tierra muy pisoteado, y se preguntó si ese trozo de suelo anodino era digno de matarlo. ¡A él, el gran Richard Katz! ¿Era digno, ese suelo?

Se rio de la pregunta y siguió avanzando por el puente.

De vuelta en Jersey City, se levantó en armas contra el mar de trastos de su apartamento. Abrió las ventanas al aire cálido e hizo una limpieza a fondo. Lavó y secó todos los platos, tiró toneladas de papel inútil, y eliminó manualmente tres mil mensajes de *spam* de su ordenador, deteniéndose repetidas veces para inhalar los olores de las marismas y el puerto y la basura de los meses más cálidos en Jersey City. Al anochecer bebió un par de cervezas y desembaló su banjo y sus guitarras, comprobando que el ajuste del mástil de su Strat no se había arreglado por arte de magia durante los meses que había hibernado en la funda. Bebió una tercera cerveza y llamó al baterista de Walnut Surprise.

—Hola, capullo —lo saludó Tim—. ¿Me alegro de saber de ti? Pues no.

—¿Qué quieres que te diga —dijo Katz.

—¿Qué tal algo así como « Siento ser un pringado absoluto y dejarte plantado y soltarte cincuenta mentiras distintas » ? Capullo.

—Ya, bueno, lamentablemente tenía que ocuparme de unos asuntos.

—Claro, ser un capullo requiere mucho tiempo. ¿Para qué coño me llamas?

—Quería saber cómo os iban las cosas.

—O sea, ¿aparte del hecho de que eres un absoluto pringado y nos has jodido de cincuenta maneras distintas y nos has mentido continuamente?

Katz sonrió.

—Tal vez podrías poner por escrito tu lista de agravios y presentármela, y así ahora podemos hablar de otras cosas.

—Eso ya lo hice, gilipollas. ¿Has mirado tu correo en este último año?

—Bueno, pues llámame en otro momento, si te apetece, más tarde. Vuelvo a tener teléfono.

—¡Vuelves a tener teléfono! Esa sí que es buena, Richard. ¿Y qué me dices del ordenador? ¿También vuelves a tener?

—Sólo digo que estoy disponible si quieres llamar.

—Y vete a la mierda es lo único que digo yo.

Katz colgó, satisfecho con la conversación. Le pareció poco probable que Tim se hubiera molestado en insultarlo si hubiese tenido entre manos algo mejor que Walnut Surprise. Bebió una última cerveza, se tomó una de aquellas mirtzapinas letales que le había dado un médico de Berlín poco escrupuloso en extender recetas y durmió trece horas.

Despertó en medio de una tarde tórrida y cegadora y dio una vuelta por el barrio, examinando a las mujeres, ligeras de ropa en consonancia con los dictados de la moda de ese año, e incluso llegó a comprar comida de verdad: mantequilla de cacahuete, plátanos, pan. Después se fue en su pickup a Hoboken para dejarle la Strat a su técnico en guitarras y sucumbió al impulso de cenar en el Maxwell's y pillar la actuación de esa noche. El personal del Maxwell's lo trató como al general MacArthur a su regreso de Corea en desafiante deshonra. Las tías no pararon de inclinarse ante él con las tetas saliéndoseles de los pequeños tops, un individuo a quien no conocía o a quien había conocido en su día pero había olvidado hacia tiempo lo mantuvo bien aprovisionado de cerveza, y el grupo local que tocaba, Tutsi Picnic, no le causó repulsión. En conjunto, le pareció que la decisión de no tirarse de cabeza desde el puente de Washington había sido acertada. Librarse de los Berglund estaba resultando una especie de muerte más suave y no del todo desagradable, una muerte sin aguijón, un estado de inexistencia meramente parcial en el que fue capaz de irse al apartamento de una editora cuarentona («una gran, gran admiradora») que había estado adulándolo mientras tocaba Tutsi Picnic, mojar con ella unas cuantas veces, y luego, por la mañana, comprar unas rosquillas con azúcar cuando volvía por Washington Street para retirar su pickup antes de que empezase el horario de los parquímetros.

En casa tenía un mensaje de Tim y ninguno de los Berglund. Se premió tocando la guitarra durante cuatro horas. Era un día de un calor magnífico y llegaba el bullicio de la vida callejera, despertando después de un largo invierno de letargo. Las yemas de los dedos de la mano izquierda, ahora sin callos, casi le sangraban, pero los nervios subyacentes, sacrificados hacia varias décadas, seguían convenientemente muertos. Bebió una cerveza y fue a su chiringuito de gyros preferido, a la vuelta de la esquina, con la intención de comer algo y luego tocar un poco más. Cuando volvió a su edificio, cargado con la carne, se encontró con Patty sentada en la escalinata de la entrada.

Vestía una falda de hilo y una blusa azul sin mangas con círculos de sudor que le llegaban casi a la cintura. Tenía a su lado una maleta grande y una pequeña pila de prendas de abrigo.

—Bueno, bueno, bueno —dijo él.

—Me han desalojado —explicó ella con una sonrisa triste y dócil—. Gracias a ti.

Al menos una parte de él, su polla, se alegró de la ratificación de sus facultades adivinatorias.

Una fuente de problemas

La madre de Jonathan y Jenna, Tamara, se había lesionado en Aspen. En su intento de eludir la colisión con un adolescente exhibicionista, se le habían cruzado los esquíes y se había fracturado dos huesos de la pierna izquierda, por encima de la bota, quedando así inhabilitada para acompañar a Jenna en su viaje de enero a la Patagonia para montar a caballo. Para Jenna, que había presenciado la caída y había perseguido y denunciado al adolescente mientras Jonathan auxiliaba a su madre caída, el accidente no fue más que el último episodio de una larga lista de adversidades en su vida desde su titulación en Duke la primavera anterior; pero para Joey, que en las últimas semanas venía hablando con Jenna dos o tres veces al día, el accidente fue un pequeño regalo de los dioses muy necesario: la oportunidad que llevaba esperando más de dos años. Después de licenciarse, Jenna se había mudado a Manhattan para trabajar con un famoso organizador de fiestas e intentar vivir con su casi prometido, Nick, pero en septiembre alquiló un apartamento para ella sola, y en noviembre, cediendo a la implacable y manifiesta presión de su familia y a los más sutiles intentos de sabotaje de Joey, que se había convertido en su Buen Entendedor Designado, declaró nula e irreparable su relación con Nick. A esas alturas, tomaba una dosis tirando a alta de Lexapro y no había en su vida *absolutamente nada* que la ilusionara, excepto cabalgar en la Patagonia, cosa que Nick repetidamente había prometido hacer con ella y repetidamente había aplazado, pretextando un enorme volumen de trabajo en Goldman Sachs. Daba la casualidad de que Joey había montado un par de veces a caballo, aunque torpemente, el verano que pasó en Montana cuando aún estudiaba en el instituto. Por la avalancha de llamadas y mensajes de Jenna a su móvil, Joey sospechaba ya que había sido ascendido a la categoría de objeto transicional, si no a la de novio potencial con todas las de la ley, y sus últimas dudas se disiparon cuando ella lo invitó a compartir la lujosa habitación del complejo turístico argentino reservada por Tamara antes del accidente. Como, además, daba la causalidad de que Joey tenía un negocio en marcha en el vecino Paraguay y sabía que, probablemente, tarde o temprano le tocaría ir allí, lo quisiera o no, contestó a Jenna que sí sin vacilar. El único argumento de peso contra ese viaje con ella a Argentina era el hecho de que, cinco meses antes, a los veinte años, en un arranque de locura en Nueva York,

había ido a un juzgado del Bajo Manhattan y se había casado con Connie Monaghan. Pero ésa no era ni mucho menos la peor de sus preocupaciones, y decidió pasarla por alto de momento.

La noche antes de volar a Miami, donde Jenna estaba de visita en casa de uno de sus abuelos y se reuniría con él en el aeropuerto, Joey llamó a Connie a Saint Paul para anunciarle su inminente viaje. Lamentaba tener que recurrir a turbiedades y simulaciones con ella, pero sus planes en Sudamérica le proporcionaron una buena excusa para aplazar aún más el traslado de Connie al este a fin de instalarse en el apartamento junto a una autopista alquilado por Joey en un insípido rincón de Alexandria. Hasta pocas semanas antes la excusa era la universidad, pero ahora se había cogido un semestre libre para ocuparse de su negocio, y Connie, que lo estaba pasando muy mal en casa con Carol y Blake y las dos niñas pequeñas, sus hermanastras, no entendía por qué no podía vivir con su marido.

—Tampoco entiendo por qué vas a Buenos Aires —dijo ella— si tu proveedor está en Paraguay.

—Quiero practicar un poco el español —contestó Joey—, antes de tener que usarlo de verdad. Todo el mundo dice que Buenos Aires es una ciudad fantástica. De todos modos tengo que hacer escala allí.

—¿Y no querrías tomarte toda una semana y pasar la luna de miel allí?

La luna de miel pendiente era uno de los temas espinosos entre ellos. Joey repitió su argumentación oficial al respecto —a saber, que estaba tan desquiciado con el negocio que le sería imposible relajarse en unas vacaciones—, y Connie se sumió en uno de los silencios que utilizaba en lugar de reproches. Seguía sin reprocharle nada con claridad.

—Literalmente cualquier lugar del mundo —aseguró él—. En cuanto cobre, te llevaré a cualquier lugar del mundo que elijas.

—Me conformo con vivir contigo y despertarme a tu lado.

—Lo sé, lo sé. Eso sería genial. Lo que pasa es que ahora estoy sometido a una gran presión, y dudo mucho que sea muy divertido tenerme cerca.

—No necesito divertirme —respondió ella.

—Ya hablaremos cuando vuelva, ¿vale? Te lo prometo.

De fondo, en Saint Paul, oyó débilmente por el teléfono el berrido de una niña de un año. No era hija de Connie, pero estaba lo bastante cerca como para ponerlo nervioso. Sólo había visto a Connie una vez desde agosto, en Charlottesville, durante el puente de Acción de Gracias. Las navidades (otro tema espinoso) las había dedicado a la mudanza de Charlottesville a Alexandria, dejándose caer alguna que otra vez por casa de su familia en Georgetown. Le había dicho a Connie que andaba muy ocupado por la contrata con el gobierno, pero en realidad se había pasado días enteros viendo partidos de fútbol, escuchando a Jenna por teléfono y sintiéndose en general condenado al desastre.

Connie podría haberlo convencido para que la dejara coger un avión e ir de todas maneras si no la hubiese postrado una gripe. A Joey le había causado cierto malestar oír su voz débil y saber que era su esposa y no acudir sin pérdida de tiempo junto a ella, pero tenía que ir a Polonia. Lo que descubrió en Lodz y Varsovia, durante tres frustrantes días con un «intérprete» norteamericano expatriado cuyo polaco resultó excelente para pedir en los restaurantes, pero dependía sobremanera de un traductor electrónico cuando trataba con curtidos hombres de negocios eslavos, lo consternó y lo asustó a tal punto que, en las semanas desde su regreso, había sido incapaz de concentrarse en el negocio durante más de cinco minutos seguidos. Ahora todo dependía de Paraguay, y era mucho más agradable imaginar la cama que iba a compartir con Jenna que pensar en ese país.

—¿Llevas puesta la alianza? —le preguntó Connie.

—Eh... no —respondió sin pensar—. La tengo en el bolsillo.

—Mmm.

—Ahora mismo me la pongo —dijo él, acercándose a la bandejita de monedas de la mesilla de noche, donde había dejado el anillo. La mesilla de noche era una caja de cartón—. Se me ajusta a la perfección, está muy bien.

—Yo llevo la mía —lo informó Connie—. Me encanta ponérmela. Procuero acordarme de pasármela a la mano derecha cuando no estoy en la habitación, pero a veces me olvido.

—No te olvides. No conviene.

—No te preocupes, cariño, Carol no se fija en esas cosas. Ni siquiera le gusta mirarme. Las dos nos resultamos desagradables a la vista.

—Pero tenemos que ir con mucho cuidado, ¿vale?

—No sé qué decirte.

—Sólo un poco más —insistió él—. Sólo hasta que se lo diga a mis padres. Entonces podrás ponértela cuando quieras. Mejor dicho, la llevaremos siempre los dos. Eso quería decir.

No era fácil comparar silencios, pero dio la impresión de que esta vez el silencio de ella era especialmente dolido, especialmente triste. Joey sabía que para ella era un martirio mantener el matrimonio en secreto, y esperaba que la perspectiva de anunciárselo a sus propios padres empezara a darle menos miedo, pero en realidad, con el paso de los meses, la perspectiva fue dándole cada vez más miedo. Intentó ponerse la alianza en el dedo, pero se le quedó atascada en el último nudillo. La había comprado precipitadamente, en agosto, en Nueva York, y le quedaba un poco pequeña. Se la llevó a la boca y exploró su perímetro con la lengua, como si fuera un orificio de Connie, y eso lo excitó un poco. Lo llevó a conectar con ella, lo trasladó de nuevo a agosto y a la locura que habían cometido. Se deslizó el anillo, resbaladizo por la saliva, en el dedo.

—Dime qué llevas puesto —pidió él.

—Ropa normal.

—Pero ¿qué?

—Nada. Ropa.

—Connie, te juro que se lo diré en cuanto cobre. Lo que pasa es que necesito compartimentar un poco. Esta puta contrata me tiene desquiciado y ahora mismo no puedo hacer frente a nada más. Así que dime qué llevas puesto, ¿vale? Quiero imaginarte.

—Ropa.

—¿Por favor?

Pero Connie había empezado a llorar. Joey oyó un levisimo lamento, el microgramo de desdicha que ella se permitió exteriorizar.

—Joey —susurró—. Cariño. Lo siento mucho, mucho. No me veo capaz de seguir así.

—Espera sólo un poco más —pidió él—. Al menos hasta que vuelva del viaje.

—No sé si podré. Necesito ya un mínimo detalle. Un mínimo... detalle que sea real. Un mínimo detalle que no sea insignificante. Ya sabes que no quiero complicarte las cosas. Pero ¿no podría al menos decirselo a Carol? Sólo quiero que lo sepa alguien. La obligaré a jurar que no se lo dirá a nadie.

—Se lo contará a los vecinos. Sabes que es una cotilla.

—No; la obligaré a jurarlo.

—Y luego resultará que alguien enviará con retraso sus felicitaciones de Navidad —dijo Joey fuera de sí, resentido no con Connie sino por la manera en que el mundo conspiraba contra él— y se lo mencionará a mis padres. Y entonces... ¡y entonces...!

—¿Y qué puedo tener si no puedo tener eso? ¿Cuál es ese mínimo detalle que puedo tener?

El instinto de Connie debió de decirle que algo olía mal en ese viaje a Sudamérica. Y ahora Joey sin duda se sentía culpable, pero no exactamente a causa de Jenna. Según sus cálculos morales, haberse casado con Connie lo autorizaba a un último uso por todo lo grande de su licencia sexual, que ella le había concedido tiempo atrás y nunca había revocado expresamente. Si por casualidad Jenna y él se avenían de verdad, ya lo resolvería más adelante. Ahora lo que le pesaba era el contraste entre la abundancia de lo que poseía —una contrata firmada que prometía rendirle unos 600.000 dólares si salía bien lo de Paraguay; la perspectiva de una semana en el extranjero con la chica más guapa que había conocido— y la nada absoluta que en ese momento, a su juicio, podía ofrecerle a Connie. La culpabilidad había sido uno de los factores del impulso de casarse con ella, pero cinco meses después no se sentía menos culpable. Se quitó la alianza del dedo y volvió a metérsela nerviosamente en la boca, la mordió con los incisivos, le dio vueltas con la lengua. La dureza del oro de dieciocho quilates era sorprendente. Joey hubiese dicho que el oro era un metal blando.

—Dime algo bueno que vaya a suceder —le pidió Connie.

—Vamos a ganar un montón de dinero —dijo él, arrastrando el anillo con la lengua y colocándolo detrás de las muelas—. Y haremos un viaje increíble a algún sitio y celebraremos una segunda boda y nos lo pasaremos genial. Acabaremos la universidad y montaremos un negocio. Todo irá bien.

El silencio con que ella recibió esto sabía a incredulidad. Ni siquiera él se creía sus palabras. Aunque sólo fuera por el temor enfermizo que le producía comunicarles a sus padres la boda —se había representado la escena de la revelación en dimensiones imaginarias monstruosas—, el documento que Connie y él habían firmado en agosto empezaba a parecer más un pacto suicida que un certificado de boda: derivaba hacia un muro de ladrillo. Su relación sólo tenía sentido en el presente, cuando estaban juntos cara a cara y podían fundir sus identidades y crear su propio mundo.

—Ojalá estuvieras aquí —dijo él.

—Ojalá.

—Tendrías que haber venido en Navidad. Eso fue un error mío.

—Sólo habría servido para contagiarte la gripe.

—Dame unas semanas más. Te juro que te compensaré.

—No sé si puedo. Pero lo intentaré.

—Lo siento mucho.

Y lo sentía. Pero también experimentó un alivio inexpresable cuando ella le permitió colgar y dirigir sus pensamientos hacia Jenna. Se quitó el anillo del interior de la mejilla, con la intención de secarlo y guardarlo, pero en lugar de eso, involuntariamente, sin saber cómo, en una especie de maniobra de doble embrague con la lengua, se lo tragó.

—¡Mierda!

Lo sintió casi al final del esófago, una dureza iracunda allí abajo, la protesta de los tejidos blandos. Intentó regurgitarlo, pero sólo consiguió tragárselo más, hasta tenerlo allí donde ya no lo notaba, junto con el resto del bocadillo de Subway de treinta centímetros que había cenado. Se acercó corriendo al fregadero de su pequeña cocina integrada y se metió dos dedos en la garganta. No vomitaba desde que era pequeño, y las arcadas que eran el preludeo le recordaron lo mucho que entonces había llegado a temer el vómito. Su violencia. Era como intentar pegarse un tiro en la cabeza: no pudo obligarse a hacerlo. Se inclinó sobre el fregadero con la boca abierta, con la esperanza de que el contenido de su estómago se vertiera quizá de manera natural, sin violencia; pero eso no sucedió, claro.

—¡Joder! ¡Cobarde de mierda!

Eran las diez menos veinte. Su vuelo a Miami salía de Dulles a las once de la mañana siguiente, y ni loco se subiría a un avión con el anillo todavía dentro. Se paseó por la manchada moqueta beige de su sala de estar y decidió que lo mejor

sería ir a un médico. Tras una rápida búsqueda en internet, dio con el hospital más cercano, en Seminary Road.

Se puso un abrigo y bajó corriendo a Van Dorn Street, en busca de un taxi que parar, pero la noche era fría y el tráfico anormalmente escaso. Tenía suficientes fondos en la cuenta del negocio para comprarse un coche, incluso un buen coche, pero como parte del dinero era de Connie y el resto era un préstamo bancario avalado por ella, vigilaba mucho el gasto. Bajó de la acera, pensando que si se presentaba a sí mismo como blanco quizá atrajera más tráfico y así, de paso, un taxi. Pero esa noche no había taxis.

En el móvil, cuando dirigió sus pasos hacia el hospital, encontró un nuevo mensaje de texto de Jenna: ilusionada, tú? Él contestó: cantidad. Las comunicaciones de Jenna con él, el mero hecho de ver su nombre o su dirección de correo electrónico seguía teniendo un efecto pavloviano en sus gónadas. El efecto era muy distinto del que Connie ejercía sobre él (de un tiempo a esa parte percibía la incidencia de Connie cada vez más arriba: en el estómago, en los músculos respiratorios, en el corazón), pero no era menos insistente ni intenso. Jenna lo excitaba igual que las grandes sumas de dinero, igual que la deliciosa renuncia de la responsabilidad social y la aceptación del excesivo consumo de recursos. Sabía perfectamente que Jenna era una fuente de problemas. En realidad, lo que lo excitaba era preguntarse si él, para conseguirla, podía llegar a ser igual de problemático que ella.

De camino al hospital pasó justo por delante de la fachada de espejos azules del bloque de oficinas donde había trabajado todos los días y muchas noches del verano anterior para una organización llamada RESIA (Restituyamos la Empresa Secular Iraquí Ahora), una subsidiaria de LBI que había conseguido una contrata sin concurso previo para privatizar en el nuevo Iraq liberado la industria panificadora, antes bajo control estatal. Su jefe en RESIA había sido Kenny Bartles, un hombre de veintitantos años, natural de Florida, bien relacionado, a quien Joey había conseguido impresionar un año antes, cuando trabajaba en el gabinete del padre de Jonathan y Jenna. Ese verano, el puesto de Joey en el gabinete había sido uno de los cinco financiados por LBI, y su cometido, aunque en apariencia era asesorar a entidades gubernamentales, consistió en realidad en investigar qué posibilidades tenía LBI de explotar comercialmente una invasión y una ocupación de Iraq por parte de Estados Unidos, y luego plasmar por escrito esas opciones comerciales como argumentos a favor de la invasión. Para recompensar a Joey por llevar a cabo la investigación básica sobre la producción panificadora iraquí, Kenny Bartles le ofreció un empleo a jornada completa en RESIA, allá en Bagdad, en la Zona Verde. Por numerosas razones, incluida la oposición de Connie, las advertencias de Jonathan, el deseo de estar cerca de Jenna, el miedo a que lo mataran, la necesidad de conservar la residencia en Virginia y una persistente sensación de que Kenny no era de fiar, Joey rechazó la

oferta y, a cambio, accedió a dedicar el verano a montar la oficina de RESIA en Estados Unidos y actuar de enlace con el gobierno.

El chaparrón de mierda que tuvo que aguantar de Walter era una de las razones por las que no se animaba a comunicarles a sus padres que se había casado, y una de las razones por las que venía intentando, ya desde entonces, ver hasta qué punto poseía la capacidad de ser despiadado. Tenía prisa por enriquecerse lo suficiente y curtirse lo suficiente para no tener que aguantar toda esa mierda de su padre. Para poder simplemente reírse y encogerse de hombros y largarse: para ser más como Jenna, quien, por ejemplo, estaba al corriente de casi todo respecto a Connie salvo del hecho de que Joey se había casado con ella, y que no obstante consideraba a Connie, como mucho, un elemento más de emoción y gracia en los juegos que le gustaba practicar con Joey. Jenna encontraba especial satisfacción en preguntarle si su novia sabía lo mucho que él hablaba con la novia de otro, y en oírle repetir las mentiras que le había contado. Era una fuente de problemas aún mayor de lo que le había contado su hermano.

En el hospital, Joey comprendió por qué las calles de los alrededores estaban tan vacías: la población entera de Alexandria había confluído en urgencias. Sólo para el trámite en la ventanilla de ingresos tardó veinte minutos, y la enfermera no se dejó impresionar por el severo dolor de estómago que fingió con la esperanza de colarse. Durante la hora y media que permaneció allí sentado inhalando las toses y los estornudos de sus vecinos de Alexandria, viendo la última media hora de *Urgencias* en el televisor de la sala de espera, y enviando mensajes de texto a amigos de la Universidad de Virginia que disfrutaban aún de sus vacaciones de invierno, pensó que sería mucho más fácil y más barato comprar otra alianza. No le costaría más de trescientos dólares, y Connie ni se enteraría. El hecho de que sintiera tal apego romántico por un objeto inanimado —que sintiera que tenía la obligación para con Connie de rescatar aquel anillo en concreto que ella lo había ayudado a elegir en la calle Cuarenta y siete una tarde sofocante— no auguraba nada bueno para su proyecto de convertirse en alguien problemático.

El médico de urgencias que por fin lo atendió era un joven blanco de ojos llorosos con una tremenda irritación de piel por el afeitado.

—No hay por qué preocuparse —le aseguró a Joey—. Estas cosas se resuelven solas. El objeto debería salir sin que se dé cuenta siquiera.

—No es mi salud lo que me preocupa. Lo que me preocupa es recuperar el anillo esta noche.

—Mmm —dijo el médico—. ¿Es un objeto de valor?

—De mucho valor. Supongo que existe algún... ¿procedimiento?

—Si tiene que recuperar el objeto, el procedimiento es esperar un par de días o tres. Y luego... —El médico sonrió para sí—. En urgencias tenemos un viejo chiste sobre la madre que viene con el niño pequeño que se ha tragado unas

monedas. Le pregunta al médico si es grave, y el médico le contesta: « No, pero compruebe el cambio en las heces». Un chiste muy malo. Pero ése es el procedimiento si tiene que recuperar el objeto.

—Pero yo me refiero a un procedimiento que pueda practicarse ahora mismo.

—Pues ya le digo que no, no lo hay.

—Oiga, muy gracioso, el chiste —dijo Joey—. Me he reído mucho. Ja, ja. Lo cuenta muy bien.

La consulta le costó 275 dólares. Como no tenía seguro médico —el estado de Virginia consideraba que el seguro pagado por los padres era una clase de ayuda económica—, se vio obligado a pagar con tarjeta allí mismo. A menos que tuviese estreñimiento, que era justo lo contrario del problema que relacionaba con Latinoamérica, le había esperar unos inicios muy olorosos de sus días con Jenna.

Al volver a su apartamento, ya bien pasada la medianoche, hizo la maleta para el viaje y luego se tumbó en la cama y supervisó el avance de su digestión. Había digerido cosas cada minuto de su vida sin prestar la menor atención. Resultaba extraño pensar que las paredes de su estómago y su misterioso intestino delgado formaban parte de él en igual medida que su cerebro, su lengua o su pene. Mientras yacía allí y se esforzaba por sentir los sutiles chasquidos y rumores y reubicaciones dentro de su abdomen, tuvo una visión de su cuerpo como un pariente lejano que lo esperaba al final de un largo camino. Un pariente sombrío a quien justo en ese momento alcanzaba a ver por primera vez. Algún día, con suerte en un futuro muy lejano, dependería de la fortaleza de su cuerpo para seguir viviendo, y algún día posterior a ése, con suerte en un futuro aún más lejano, el cuerpo le fallaría, y moriría. Imaginaba su alma, la identidad personal que conocía, como un anillo de oro inmaculado abriéndose paso lentamente por un territorio cada vez más ignoto y maloliente, hacia una muerte con olor a mierda. Estaba solo con su cuerpo; y como, extrañamente, él *era* su cuerpo, eso significaba que estaba totalmente solo.

Echaba de menos a Jonathan. Por extraño que pareciera, su inminente viaje era una traición mayor a Jonathan que a Connie. Pese a los tropiezos de su primer día de Acción de Gracias, en los últimos dos años habían acabado siendo amigos íntimos, y sólo en los últimos meses, primero a causa del negocio de Joey con Kenny Bartles y después al descubrir Jonathan, para colmo, los planes de su viaje con Jenna, se había agriado la relación. Hasta entonces, una vez tras otra, Joey había sentido la grata sorpresa de comprobar lo sincero que era el afecto de Jonathan por él. Un afecto por todo él, no sólo las partes de sí mismo que él consideraba oportuno mostrar al mundo como estudiante razonablemente enrollado de la Universidad de Virginia. La mayor y más grata sorpresa había sido lo bien que Connie le caía a Jonathan. De hecho, era justo decir que, sin la

validación de Jonathan a su emparejamiento, Joey no habría llegado al extremo de casarse con ella.

Aparte de sus webs porno preferidas, que eran en sí conmovedoramente descafeinadas en comparación con aquellas a las que recurría Joey en los momentos de necesidad, Jonathan no tenía vida sexual. Era tirando a empollón, sí, pero empollones mucho peores que él se emparejaban. Sólo que él era irremediamente torpe con las chicas, torpe hasta el punto de no interesarse por ellas, y Connie, cuando por fin la conoció, resultó ser la única chica con quien podía relajarse y actuar con naturalidad. Sin duda contribuyó el hecho de que ella estuviera centrada tan profunda y exclusivamente en Joey, liberando así a Jonathan de la tensión de intentar impresionarla o de la preocupación de que ella pudiera querer algo de él. Connie se comportaba con él como una hermana mayor, una hermana mayor mucho más agradable e interesada en él que Jenna. Mientras Joey estudiaba o trabajaba en la biblioteca, ella se pasaba horas jugando a videojuegos con Jonathan, riéndose amigablemente cuando perdía y escuchando, a su manera límpida, las explicaciones de él sobre las características de los juegos. Aunque por norma Jonathan tenía una relación fetichista con su cama y su almohada especial de la infancia y su necesidad diaria de nueve horas de sueño, abandonaba discretamente la habitación de la residencia, sin que Joey tuviera siquiera que pedirselo para disponer de cierta intimidad. Cuando Connie regresó a Saint Paul, Jonathan le dijo que pensaba que su novia era increíble, de lo más sexy y al mismo tiempo muy tratable, y ante eso, Joey, por primera vez, se sintió orgulloso de ella. Ya no pensó tanto en Connie como una debilidad suya, un problema que resolver a las primeras de cambio, y pasó a verla más bien como una novia cuya existencia no le importaba reconocer ante sus amigos. Cosa que, a su vez, lo llevaba a enfurecerse aún más por la hostilidad velada pero implacable de su madre.

—Una pregunta, Joey —había dicho su madre por teléfono durante las semanas en que Connie y él habían cuidado la casa de su tía Abigail—. ¿Me permites una pregunta?

—Depende —respondió.

—¿Connie y tú os peleáis?

—Mamá, no, no pienso hablar de eso.

—Quizá tengas curiosidad por saber a qué se debe que te haga esa pregunta en particular. ¿Ni una mínima curiosidad?

—No.

—Se debe a que lo normal sería que os pelearais, y si no es así, algo falla.

—Ya, según eso, a papá y a ti os va muy bien.

—¡Ja, ja, ja! Eso es graciosísimo, Joey.

—¿Por qué debería pelearme? La gente se pelea cuando no se lleva bien.

—No, la gente se pelea cuando se quiere, y aun así tiene personalidades

plenas y vive en el mundo real. No quiero decir, obviamente, que sea bueno pelearse demasiado.

—No; sólo en su justa medida. Ya capto.

—Si no os peleáis nunca, debéis preguntaros por qué, yo sólo digo eso.

Pregúntate: ¿de dónde viene esa fantasía?

—No, mamá. Lo siento. No pienso hablar de eso.

—O de quién viene, no sé si me explico.

—Voy a colgar, te lo juro, y no volveré a llamarte en un año.

—¿Qué realidades están desatendidas?

—¡Mamá!

—Bueno, ésa era mi única pregunta, y ya te la he hecho, y no volveré a hacértela.

Aunque los niveles de felicidad de su madre no eran como para sentirse muy orgullosa, insistía en imponerle a Joey las normas de su propia vida. Probablemente creía que así lo protegía, pero a él sólo le llegaba el redoble de la negatividad. A ella le «preocupaba» especialmente el hecho de que Connie no tuviera amigos aparte de él. Una vez, su madre mencionó a su amiga Eliza, la loca de la universidad, que no tenía un solo amigo más, cosa que ella debería haber tomado como señal de advertencia. Joey contestó que Connie sí tenía amigos, y cuando su madre lo desafió a nombrarlos, él se negó rotundamente a hablar de asuntos de los que ella no sabía nada de nada. Connie sí tenía viejos amigos de la escuela, al menos dos o tres, pero cuando hablaba de ellos, era sobre todo para diseccionar su superficialidad o para comparar su inteligencia con la de Joey en términos desfavorables, y él siempre confundía sus nombres. Con esto su madre se había anotado, pues, un tanto incuestionable. Y ella sabía más que de sobra que no convenía poner dos veces el dedo en una llaga, pero o bien era la mayor experta del mundo en el arte de insinuar, o bien Joey tenía la sensibilidad más desarrollada del mundo para deducir. Bastaba con que ella mencionara la inminente visita de su vieja compañera de equipo Cathy Schmidt para que Joey percibiera una crítica insidiosa a Connie. Si él se lo hacía notar, ella se ponía en plan psicóloga y le pedía que analizara su propia susceptibilidad al respecto. El único contragolpe que la habría obligado a callar —preguntarle cuántos amigos había hecho ella después de la universidad (respuesta: ninguno)— era el único al que él era incapaz de recurrir. Ella tenía la injusta ventaja final, en todas las discusiones, de darle lástima.

Connie no correspondía a la madre de Joey en su enemistad. Tenía todo el derecho del mundo a quejarse, pero nunca lo hacía, y por eso mismo la injusticia de la enemistad de su madre era aún más flagrante. De niña, Connie, por propia voluntad, sin necesidad de que Carol la incitara a ello, le regalaba a la madre de Joey por su cumpleaños tarjetas de felicitación hechas por ella. Su madre hablaba enternecida de esas felicitaciones todos los años hasta que Connie y él

empezaron a tener relaciones sexuales. Connie había seguido haciéndole tarjetas después, y Joey, cuando aún estaba en Saint Paul, había visto a su madre abrir una, echarle un vistazo con expresión impasible y dejarla junto con el correo basura. Más recientemente, Connie le había enviado además pequeños regalos de cumpleaños —un año, unos pendientes; otro, bombones— y en agradecimiento obtuvo acuses de recibo tan rígidamente impersonales como una notificación de Hacienda. Connie hizo cuanto pudo para volver a ganarse a la madre de Joey, excepto lo único que habría surtido efecto, que era dejar de verse con Joey. Era una joven de corazón puro, y Patty le escupía. Esa injusticia era otra de las razones por las que se había casado con ella.

Esa misma injusticia, indirectamente, lo llevó también a sentirse más atraído por el Partido Republicano. Su madre se comportaba como una esnob con respecto a Carol y Blake y le echaba en cara a Connie el mero hecho de que viviera con ellos. Daba por sentado que todas las personas razonables, incluido Joey, pensaban lo mismo sobre los gustos y opiniones de los blancos pertenecientes a entornos menos privilegiados que el de ella. Lo que le gustaba a Joey de los republicanos era que no despreciaban a la gente como lo hacían los demócratas progresistas. Odiaban a los progresistas, sí, pero sólo porque los progresistas los habían odiado a ellos primero. Sencillamente, estaban hartos de la total condescendencia con que las personas como su madre trataban a la gente como los Monaghan. En los últimos dos años, poco a poco, Joey y Jonathan habían trocado posiciones en sus discusiones sobre política, en especial en torno a Iraq. Joey había llegado a la convicción de que la invasión era necesaria para salvaguardar los intereses petropolíticos de Estados Unidos y eliminar las armas de destrucción masiva de Saddam, mientras que Jonathan, que había conseguido dos apetecibles trabajos de becario durante el verano, primero en el *Hill* y luego en el *Washington Post*, y esperaba llegar a ser periodista político, se fiaba cada vez menos de gente como Feith y Wolfowitz y Perle y Chalabi, que hacían campaña a favor de la guerra. Para los dos había sido una satisfacción invertir sus papeles previstos y distanciarse políticamente de sus respectivas familias: Joey hablaba cada vez más como el padre de Jonathan y Jonathan cada vez más como el de Joey. Cuanto más insistía Joey en ponerse del lado de Connie y en defenderla del esnobismo de su madre, más cómodo se sentía con el partido del antiesnobismo rabioso.

¿Y por qué demonios se había quedado con Connie? La única respuesta razonable era que la quería. Había tenido oportunidades para librarse de ella —de hecho, había creado intencionadamente unas cuantas—, pero una y otra vez, en el momento decisivo, había optado por desaprovecharlas. La primera gran ocasión fue al marcharse a la universidad. La siguiente oportunidad llegó al cabo de un año, cuando Connie lo siguió al este para estudiar en el Morton College, en Morton's Glen, Virginia. Si bien es verdad que con ese traslado quedaba a un corto

viaje de Charlottesville en el Land Cruiser de Jonathan (que Jonathan, que simpatizaba con Connie, le prestaba a Joey), también la ponía en camino de ser una estudiante universitaria normal y desarrollar una vida independiente. Después de la segunda visita de Joey a Morton, durante la que se dedicaron básicamente a esquivar a la compañera de habitación coreana de Connie, Joey propuso que, «por el bien de ella» (ya que no parecía estar adaptándose a la universidad), intentaran romper de nuevo su dependencia e interrumpir sus comunicaciones durante un tiempo. Su propuesta no era del todo falsa; no excluía del todo un futuro para ellos. Pero había estado muy en contacto con Jenna y esperaba pasar las vacaciones de invierno con ella y Jonathan en McLean. Cuando finalmente Connie se enteró de esos planes, pocas semanas antes de Navidad, Joey le preguntó si no quería volver a Saint Paul y ver a sus amigos y a su familia (es decir, como haría una estudiante universitaria normal de primero). «No —respondió ella—, quiero estar contigo». Espoleado por la perspectiva de Jenna y envalentonado por un ligue especialmente satisfactorio que le había caído como llovido del cielo en un reciente baile semiformal, trató a Connie con dureza, y ella rompió a llorar por teléfono tan desconsoladamente que le entró hipo. Dijo que no quería volver a su casa nunca más, que no quería volver a pasar otra noche con Carol y las niñas nunca más. Pero Joey la obligó igualmente. Y aunque apenas habló con Jenna durante las fiestas —primero ella se fue a esquiar, luego estuvo en Nueva York con Nick—, siguió adelante con su estrategia de evasión hasta la noche de primeros de febrero en que Carol lo llamó para darle la noticia de que Connie había colgado los estudios en Morton y vuelto a Barrier Street, más deprimida que nunca.

Al parecer, Connie había sacado sobresaliente en dos exámenes finales de diciembre pero sencillamente no se había presentado a los otros dos, y existía una virulenta antipatía entre ella y su compañera de habitación, que escuchaba a los Backstreet Boys a tal volumen que los graves que escapaban de sus auriculares habrían enloquecido a cualquiera, y dejaba el televisor sintonizado en un canal de teletienda a todas horas del día, y lanzaba pullas a Connie por su novio «estirado», y la invitaba a imaginar a todas las putillas estiradas que se follaba a sus espaldas, y dejaba la habitación apestando a pepinillos en vinagre. Readmitida en período de prueba, Connie volvió a la universidad en enero, pero se quedaba tanto tiempo en la cama que al final el servicio sanitario del campus intervino y la mandó a casa. Todo eso se lo contó Carol a Joey con sobria preocupación y, por suerte, sin recriminación alguna.

El hecho de que hubiese dejado pasar esa última y excelente oportunidad para librarse de Connie (que ya no podía aparentar que su depresión sólo era fruto de la imaginación de Carol) guardó relación hasta cierto punto con la reciente y amarga noticia de la «especie» de compromiso de Jenna con Nick, pero sólo hasta cierto punto. Si bien Joey sabía de sobra que una enfermedad

mental grave era algo temible, tenía la impresión de que, si eliminaba de su abanico de posibilidades a todas las chicas interesantes en edad universitaria con cierto historial de depresión, se quedaría con un abanico ciertamente reducido. Y a Connie no le faltaban razones para deprimirse: su compañera de habitación era insufrible y ella se moría de soledad. Cuando Carol le pasó el teléfono, Connie pronunció las palabras «lo siento» cien veces. Sentía haberle fallado a Joey, sentía no haber sido más fuerte, sentía distraerlo de sus estudios, sentía haber malgastado el dinero para su formación, sentía ser una carga para Carol, sentía ser una carga para todos, sentía aburrirlo cuando hablaban. Aunque (o porque) estaba tan hundida que era incapaz de pedirle nada a Joey —por fin parecía medio dispuesta a dejarlo ir—, él le dijo que iba sobrado de pasta, por el dinero que le mandaba su madre, y que cogería un avión para ir a verla. Cuanto más insistió ella en que no era necesario, más supo él que sí lo era.

La semana que pasó en Barrier Street fue la primera semana verdaderamente adulta de su vida. Sentado con Blake en el gran salón, cuyas dimensiones eran más modestas de lo que él recordaba, vio el ataque a Bagdad en Fox News y sintió que su arraigado resentimiento por el 11-S empezaba a disolverse. El país por fin se ponía en marcha, por fin volvía a empuñar el timón de la historia, y esto se correspondió en cierto modo con la consideración y la gratitud con que Blake y Carol lo trataron. Obsequió a Blake con anécdotas del laboratorio de ideas, de cómo se codeaba con personalidades que aparecían en las noticias y de los planes posteriores a la invasión de los que él era partícipe. La casa era pequeña y él se sentía grande en ella. Aprendió a coger un bebé en brazos y a ladear un biberón. Connie estaba pálida y alarmantemente delgada, con los brazos tan esqueléticos y el vientre tan cóncavo como a los catorce años, cuando él se los acarició por primera vez. Por la noche, en la cama, la abrazaba e intentaba excitarla, se esforzaba por traspasar la gruesa corteza afectiva de su trastorno, al menos lo suficiente para no sentirse mal por hacer el amor con ella. Las pastillas que tomaba aún no le hacían efecto, y él casi se alegraba de lo enferma que estaba: eso le confería a él seriedad y un objetivo. Ella repetía continuamente que le había fallado, pero él tenía casi la sensación contraria. Como si se hubiese revelado un mundo de amor nuevo y más adulto: como si aún les quedara un sinfín de puertas interiores por abrir. Por una de las ventanas de la habitación de Connie, Joey veía la casa en que se había criado, una casa ocupada ahora por una pareja negra, unos estirados que iban a la suya, según Carol, con sus títulos universitarios enmarcados en una pared del comedor. (« En el comedor —remarcó Carol—, donde todo el mundo puede verlos, incluso desde la calle »). Joey descubrió con satisfacción que apenas lo conmovía ver su antigua casa. Desde que guardaba memoria, quería dejarla atrás en el pasado, y ahora daba la impresión de que lo había conseguido realmente. Una noche llegó al extremo de telefonar a su madre para contarle lo que estaba ocurriendo.

—O sea... —dijo ella—. Vale. Por lo visto, estoy un poco en la inopia. ¿Dices que Connie fue a la universidad en el este?

—Sí. Pero le tocó una mala compañera de habitación y tuvo una depresión.

—Pues gracias por informarme ahora que todo ha pasado.

—No puede decirse que me facilitarás mucho las cosas a la hora de hablarte de ella.

—No, claro, aquí la mala soy yo. Siempre tan negativa. Seguro que ésa es la imagen que tienes de mí.

—Tal vez si tengo esa imagen, es por algo. ¿No te has parado a pensarlo?

—Yo sólo tenía la impresión de que estabas libre y sin ataduras. Ya sabes, la universidad no dura eternamente, Joey. Yo acepté ataduras cuando aún era joven y me perdí muchas experiencias que probablemente habrían sido provechosas para mí. Aunque por otra parte, quizá yo no era tan madura como tú.

—Sí —dijo él sintiéndose imperturbable y, de hecho, maduro—. Quizá.

—Sólo me gustaría señalar que en cierto modo me mentiste hace... no sé cuánto... dos meses, cuando te pregunté si sabías algo de Connie. Y eso, lo de mentir, tal vez no sea lo más maduro del mundo.

—Tu pregunta no era bienintencionada.

—¡Y tu respuesta no fue sincera! Tampoco es que estés obligado a ser sincero conmigo, pero al menos ahora seamos claros al respecto.

—Era Navidad. Te dije que creía que Connie estaba en Saint Paul.

—Pues ahí tienes. Y no es que quiera seguir dándole vueltas a esto, pero cuando una persona dice «creo», en general da a entender que no está seguro. Simulaste no saber algo que sabías perfectamente.

—Dije dónde creía que estaba. Pero podía estar en Wisconsin o vete a saber dónde.

—Ya, visitando a alguna de sus muchas amistades íntimas.

—¡Por favor! —exclamó Joey—. Si aquí la única culpable eres tú.

—No me malinterpretes. Me parece admirable que ahora estés ahí con ella, y lo digo muy en serio. Habla bien de ti. Estoy orgullosa de que quieras cuidar de alguien que te importa. Yo misma tengo cierta experiencia con la depresión, y me consta que no es cosa fácil. ¿Connie está tomando algo?

—Sí, Celexa.

—Bueno, espero que le vaya bien. A mí la medicación no me sentó precisamente bien.

—¿Tomaste antidepresivos? ¿Cuándo?

—Ah, no hace mucho.

—Dios mío, no tenía ni idea.

—Eso es porque cuando digo que quiero que estés libre y sin ataduras, lo digo en serio. No quería que te preocuparas por mí.

—Santo cielo, pero al menos podrías habérmelo dicho.

—De todos modos, fueron sólo unos meses. No fui lo que se dice una paciente ejemplar.

—Esa medicación requiere un tiempo —dijo él.

—Ya, eso decía todo el mundo. Sobre todo tu padre, que está, digamos, en primera línea conmigo. Lamentó mucho ver que esos buenos tiempos quedaban atrás. Pero yo me alegré de recuperar mi propia cabeza, por decirlo de algún modo.

—Lo siento mucho.

—Sí, lo sé. Si me hubieses contado todo eso sobre Connie hace tres meses, mi respuesta habría sido: ¡la la la! Ahora, en cambio, tienes que acostumbrarte a que vuelvo a tener sentimientos.

—Quería decir que siento mucho que lo estés pasando mal.

—Gracias, cariño. Y yo te pido disculpas por mis sentimientos.

Por extendida que estuviera en apariencia la depresión en esos tiempos, Joey consideraba un tanto preocupante que las dos mujeres que más lo amaban la sufrieran clínicamente. ¿Era casualidad? ¿O ejercía él algún efecto activamente nefasto en la salud mental de las mujeres? En el caso de Connie, concluyó, la verdad era que su depresión era una manifestación de la propia intensidad que él siempre había adorado en ella. En su última noche en Saint Paul, antes de volver a Virginia, se quedó sentado viéndola explorarse el cráneo con las yemas de los dedos, como si pretendiera extraer de su cerebro el exceso de sentimiento. Dijo que la razón por la que lloraba en momentos aparentemente aleatorios era que incluso los malos pensamientos más insignificantes eran una tortura, y sólo le acudían a la mente malos pensamientos, nunca buenos. Pensaba en que había perdido una gorra de béisbol de la Universidad de Virginia que él le había regalado una vez; en que cuando él la visitó por segunda vez en Morton, estaba tan agobiada por su compañera de habitación que no le había preguntado qué nota había sacado en su importantísimo trabajo de Historia de Estados Unidos; en que Carol le había comentado en una ocasión que gustaría más a los chicos si sonriera más; en que una de sus hermanastras, Sabrina, se había puesto a berrear la primera vez que ella la cogió en brazos; que había admitido como una estúpida ante la madre de Joey que se iba a verlo a Nueva York; en que había estado sangrando asquerosamente la víspera del día en que él se marchó a la universidad; en que había escrito lo que no debía en las postales que le había enviado a Jessica, la hermana de Joey, en un intento de recuperar su amistad, y, como era lógico, Jessica no le había contestado; y así sucesivamente. Estaba perdida en un bosque tenebroso de lamentaciones y autoaversión en el que incluso los árboles más pequeños adquirirían proporciones monstruosas. Joey nunca había estado en esa clase de bosques, pero se sentía inexplicablemente atraído por el que había dentro de ella. Incluso lo excitó que ella empezara a sollozar mientras él acometía la tarea de echar el polvo de despedida, al menos

hasta que los sollozos se convirtieron en convulsiones y sacudidas y autodesprecio. El nivel de angustia de Connie parecía haber alcanzado un límite peligroso, próximo al suicidio, y Joey se pasó media noche en vela, intentando disuadirla de sentirse tan mal consigo misma por sentirse tan mal consigo misma que no podía darle a él nada de lo que quería. Fue agotador y circular e inaguantable, y sin embargo, la tarde del día siguiente, cuando volvía al este, temió de pronto los posibles efectos del Celexa cuando por fin se produjeron. Pensó en lo que había dicho su madre, que los antidepresivos anulaban los sentimientos: una Connie sin mares de sentimiento era una Connie a la que no conocía y a la que, sospechaba, no desearía.

Entretanto, el país estaba en guerra, pero era una guerra extraña en la que, con un margen de error por redondeo, las únicas bajas eran del otro bando. Joey se alegraba de comprobar que la ocupación de Iraq era exactamente el juego de niños que él había previsto, y Kenny Bartles le enviaba e-mails eufóricos sobre la necesidad de montar y poner en marcha su panificadora cuanto antes. (Joey explicaba una y otra vez que él aún era estudiante universitario y no podía empezar a trabajar hasta después de los exámenes finales). Jonathan, en cambio, estaba más agrio que nunca. Tenía una fijación, por ejemplo, con las antigüedades iraquíes robadas en el saqueo del Museo Nacional.

—Eso fue un pequeño error —dijo Joey—. Siempre hay alguna cagada, ¿no? Lo que pasa es que no quieres reconocer que las cosas van bien.

—Lo reconoceré cuando encuentren el plutonio y los misiles cargados de viruela —replicó Jonathan—. Cosa que no pasará, porque fue todo una sarta de falsedades, falsedades inventadas, porque los que pusieron esto en marcha son unos payasos incompetentes.

—Chaval, todo el mundo dice que hay armas de destrucción masiva. Hasta el *New Yorker*. Mi madre dice que mi padre quiere anular la suscripción, de lo enfadado que está. Mi padre, el gran experto en política exterior.

—¿Cuánto te juegas a que tu padre tiene razón?

—No lo sé. ¿Cien dólares?

—¡Hecho! —dijo Jonathan, y le tendió la mano—. Cien pavos a que a final del año no han encontrado armas.

Joey le estrechó la mano y de inmediato pasó a preocuparle que Jonathan estuviera en lo cierto sobre las armas de destrucción masiva. No es que le importaran los cien dólares; iba a ganar ocho mil al mes con Kenny Bartles. Pero Jonathan, adicto a las noticias políticas, parecía tan seguro de sí mismo que Joey se preguntó si no se le habría escapado el chiste en sus conversaciones con los jefes del laboratorio de ideas y Kenny Bartles: si había sido incapaz de percibir el guiño o la inflexión irónica en la voz cuando los otros hablaban de las razones, aparte de su propio enriquecimiento personal o el de sus empresas, para invadir Iraq. En opinión de Joey, ellos tenían en efecto un motivo secreto para apoyar la

invasión: la protección de Israel, que, a diferencia de Estados Unidos, se hallaba al alcance incluso de los misiles cutres que pudieran fabricar los científicos de Saddam. Pero creía que los neoconservadores eran sinceros al menos en su temor por la seguridad de Israel. Ahora, cuando marzo daba paso a abril, ya hacían gestos de indiferencia y se comportaban como si les trajese sin cuidado que salieran o no a la luz armas de destrucción masiva, como si lo más importante fuese la libertad de los iraquíes. Y Joey, cuyo propio interés en la guerra era sobre todo económico, pero cuyo refugio moral era la idea de que mentes más sabias tenían motivos mejores, empezó a sentir que lo habían embaucado. No por eso perdió las ganas de embolsarse su parte, pero sí se sintió más sucio.

Con este turbio ánimo, le fue más fácil hablar con Jenna de sus planes para el verano. Jonathan, entre otras cosas, estaba celoso de Kenny Bartles (se cabreaba cuando oía a Joey hablar con él por teléfono); Jenna, en cambio, tenía dibujados signos de dólar en los ojos y era siempre partidaria de llenarse el bolsillo.

—Es posible que nos veamos en Washington este verano —dijo—. Iré desde Nueva York y puedes llevarme a cenar para celebrar mi compromiso.

—Claro —respondió él—. Seguro que será una noche divertida.

—Debo advertirte que tengo unos gustos muy caros en lo que se refiere a restaurantes.

—¿Y qué opinará Nick de que yo te lleve a cenar?

—Que será una pequeña tregua para su cartera. Nunca se le ocurriría tenerte miedo. Pero ¿qué opinará tu novia?

—No es celosa.

—Mejor. Los celos no tienen ningún encanto, ja, ja.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Sí, y hay muchas cosas que los suyos no ven, ¿verdad? ¿Cuántos deslices has tenido ya?

—Cinco.

—Esos son cuatro más de los que Nick tendría antes de que yo le extirpara quirúrgicamente los testículos.

—Ya, pero si tus ojos no lo vieran, tu corazón no lo sentiría, ¿no?

—Créeme —dijo Jenna—, me enteraría. Esa es la diferencia entre tu novia y yo. Yo sí soy celosa. En lo tocante a andar follando por ahí, yo soy la Inquisición española. Guerra sin cuartel.

Era interesante oír eso, ya que era Jenna quien el otoño anterior lo había incitado a aprovechar todas las oportunidades intrascendentes que le salieran al paso en la universidad, y era a Jenna a quien él creía impresionar al aprovecharlas. En el comedor, ella lo había aleccionado sobre el arte de cortar por lo sano, con una chica cuya cama había abandonado cuatro horas antes. «No seas blandengue —le había aconsejado Jenna—. Quieren que pases de ellas. Si

no pasas, no les haces ningún favor. Tienes que actuar como si no las hubieras visto en la vida. Lo último que desean es que andes rondándolas o con la mirada perdida y te comportes como si te sintieras culpable. Están ahí sentadas rogando a Dios que no las abochornes». Estaba claro que hablaba por propia experiencia, pero Joey no se lo había creído del todo hasta la primera vez que lo puso en práctica. Desde entonces, su vida había sido más fácil. Pese a tener la gentileza de no mencionarle a Connie sus indiscreciones, siguió pensando que a ésta no le importaría. (La persona a quien tuvo que ocultárselo activamente fue a Jonathan, quien poseía un concepto artúrico del comportamiento romántico y había arremetido furiosamente contra Joey, como si fuera el hermano mayor o el caballero guardián de Connie, al filtrarse y llegar hasta él la noticia de uno de sus ligues. Joey le aseguró que nadie se había bajado siquiera una sola cremallera, pero tal falsedad era demasiado absurda para no responder a ella con una sonrisa de sorna, y Jonathan lo llamó capullo y mentiroso, indigno de Connie). Ahora tenía la sensación de que Jenna, con sus cambiantes pautas sobre la fidelidad, lo había embaucado igual que sus jefes del laboratorio de ideas. Ella había hecho por diversión, por pura maldad hacia Connie, lo que los belicistas habían hecho por los beneficios. Pero eso no lo disuadió ni remotamente de invitarla a una gran cena ni de ganar, en RESIA, el dinero para hacerlo.

Sentado a solas en el único despacho de la fría oficina de RESIA en Alexandria, Joey convirtió los enmarañados faxes enviados por Kenny desde Bagdad en informes convincentes sobre la sensatez de destinar los dólares del contribuyente a la reconversión de las panificadoras financiadas por Saddam en prósperos negocios con la ayuda de la Autoridad Provisional de la Coalición. Empleó sus análisis monográficos de las cadenas Breadmasters y Hot & Crusty, redactados el verano anterior, a fin de crear un atractivo modelo de negocio que después seguirían los futuros empresarios. Desarrolló un plan de dos años para elevar los precios del pan y acercarlos a un valor justo de mercado, asignando al *khubz*, el pan básico iraquí, un precio de reclamo que generaría pérdidas y aplicando un recargo a las pastas y todos los tipos de café, presentados de manera atractiva para sacar de ahí los beneficios con el objetivo de eliminar las ayudas de la Coalición hacia el año 2005 sin desencadenar disturbios a causa del pan. Todo lo que hacía era puro camelo como mínimo en parte y muchas veces por completo. No tenía ni idea de cómo era un escaparate de Basora; sospechaba que, por ejemplo, el expositor frigorífico de pastas al estilo de los escaparates de cristal cilíndrico de Breadmasters tal vez no sería lo idóneo en una ciudad salpicada de coches bomba y con temperaturas de 54 grados en verano. Pero los camelos del mercado moderno constituían un lenguaje que él, como había descubierto complacido, dominaba con fluidez, y Kenny le aseguró que allí lo único importante era la apariencia de febril actividad y los resultados inmediatos. «Tú consigue salvar ahí las apariencias, como si todo fuera bien y estuviese

hecho desde ayer —dijo Kenny—, y nosotros haremos aquí, sobre el terreno, lo posible para estar a la altura de esas apariencias. Jerry quiere mercado libre de la noche a la mañana, y eso es lo que vamos a darle». («Jerry» era Paul Bremer, el mandamás de Bagdad, a quien Kenny tal vez conociera, o tal vez no). En sus ociosas horas en la oficina, sobre todo los fines de semana, Joey chateaba con sus amigos de la universidad que hacían prácticas sin cobrar o asaban hamburguesas en sus lugares de origen y le prodigaban su envidia y sus felicitaciones por haber conseguido el mejor trabajo de verano de todos los tiempos. Se sentía como si la evolución de su vida, que había descarrilado en el 11-S, hubiese recuperado por completo su sensacional trayectoria ascendente.

Durante un tiempo, las únicas sombras que empañaron su satisfacción fueron los aplazamientos del viaje a Washington de Jenna. Un tema recurrente en sus conversaciones era la preocupación de ella por no haberse desmadrado lo suficiente antes del compromiso con Nick («No sé hasta qué punto haber sido un pendón en Duke durante un año cuenta de verdad», dijo). Joey creyó oír los susurros de la oportunidad en esa preocupación, y se quedó desconcertado cuando, pese a los coqueteos cada vez más descarados de sus conversaciones telefónicas, ella pospuso dos veces el plan de ir a verlo, y más desconcertado aún cuando supo por Jonathan que ella había estado en McLean con sus padres sin decirle nada.

Luego, el Cuatro de Julio, durante una visita a la familia que hizo sólo por cumplir, se dignó explicarle a su padre los detalles de su trabajo en RESIA, esperando impresionarlo con la cuantía de su sueldo y el alcance de sus responsabilidades; y su padre prácticamente lo repudió en el acto. Hasta ese momento, a lo largo de toda su vida, la relación entre ellos había sido esencialmente un pulso sin vencedor, un choque de voluntades acabado en tablas. Pero esta vez su padre no se conformó con mandarlo a paseo después de un sermón sobre su frialdad y su arrogancia. Esta vez declaró a gritos que Joey le daba «asco», que le «repugnaba físicamente» haber criado a un hijo tan egoísta e irreflexivo que estaba dispuesto a conchabarse con los monstruos que destrozaban el país para su propio enriquecimiento personal. Su madre, en lugar de defenderlo, huyó despavorida escaleras arriba, a su pequeña habitación. Joey sabía que ella le telefonearía a la mañana siguiente, intentando suavizar las cosas, soltándole el rollo de que su padre se enfadaba sólo porque lo quería. Pero ella era demasiado cobarde para quedarse allí, y él mismo no podía hacer nada salvo cruzarse de brazos con firmeza y convertir su rostro en una máscara y negar con la cabeza y repetirle a su padre, una y otra vez, que no criticase cosas que no entendía.

—¿Qué no entiendo? —replicó su padre—. Ésta es una guerra por una cuestión de política y beneficios. ¡Y punto!

—Que no te gusten las ideas políticas de determinadas personas —dijo Joey

— no significa que todo lo que hagan sea incorrecto. Para ti, es como si todo lo que hacen fuera malo, esperas que fracasen en todo, porque detestas sus ideas políticas. Ni siquiera quieres oír el lado bueno de lo que está pasando.

—*No hay lado bueno en lo que está pasando.*

—Ya, vale. Es un mundo en blanco y negro. Nosotros somos todos malos y vosotros sois todos buenos.

—¿Crees que es así como funciona el mundo? ¿Que para que vosotros os forréis hay que volarles la cabeza y las piernas a chicos de tu edad en Oriente Medio? ¿Ése es el mundo perfecto en el que vives?

—Claro que no, papá. ¿Podrías dejar de decir estupideces por un segundo? Allí la gente muere porque su economía está jodida. Nosotros intentamos arreglar esa economía, ¿vale?

—No deberías estar ganando ocho mil dólares al mes —dijo su padre—. Sé que te crees muy listo, pero hay algo que va mal en un mundo donde un chico de diecinueve años sin formación consigue eso. Tu situación apesta a corrupción. Esto tuyo me huele muy mal.

—Por Dios, papá. Como tú digas.

—Ya ni me interesa saber qué haces. Me da demasiado asco. Puedes contárselo a tu madre, pero hazme el favor de dejarme al margen.

Joey desplegó una sonrisa feroz para no llorar. Experimentaba un dolor que percibía como algo estructural, como si su padre y él hubiesen elegido sus respectivas ideologías políticas sin otro fin que odiarse mutuamente, y la única escapatoria de aquella situación fuera el distanciamiento. No contarle nada a su padre, no volver a verlo a menos que fuera absolutamente necesario, también a él le parecía buena idea. Ni siquiera estaba enfadado, sólo quería dejar atrás el dolor. Volvió en taxi a su estudio amueblado, cuyo alquiler su madre le había ayudado a pagar, y envió mensajes a Connie y Jenna. La primera debía de haberse ido a dormir temprano, pero la segunda lo llamó a las doce de la noche. No era quien mejor escuchaba en el mundo, pero captó la esencia de su desastroso Cuatro de Julio lo suficiente como para asegurarle que el mundo no era justo y nunca lo sería, que siempre habría grandes ganadores y grandes perdedores, y que ella, en la vida trágicamente finita que se le había concedido, prefería ser una ganadora y rodearse de ganadores. Cuando a continuación Joey le echó en cara que no lo hubiera llamado desde McLean, ella contestó que le había parecido «arriesgado» salir a cenar con él.

—¿Por qué habría sido arriesgado?

—Es que eres una especie de mal hábito mío —respondió ella—. Necesito mantenerlo a raya. Necesito concentrarme en el trofeo.

—Por lo que se ve, el trofeo y tú no os divertís mucho.

—El trofeo está muy ocupado intentando quitarle el puesto a su jefe. A eso se dedican en ese mundillo: intentan comerse vivos los unos a los otros. Es

asombroso que no esté mal visto. Pero por otra parte es algo que lleva mucho tiempo. Una chica quiere que la saquen de vez en cuando, sobre todo en su primer verano después de la carrera.

—Por eso tienes que venir —insistió él—. Yo te sacaré, eso te lo aseguro.

—Sin duda. Pero mi jefe está hasta los topes de encargos en los Hamptons durante las próximas tres semanas. Se requieren mis servicios como portadora del sujetapapeles. Lástima que tú también estés tan ocupado, o si no podría conseguirte algún trabajito.

Joey había perdido la cuenta de las citas y promesas frustadas que ella le había hecho desde que la conoció. Ninguna de las cosas divertidas que sugería llegaba a materializarse, y él nunca entendió por qué se molestaba en seguir sugiriéndolas. A veces pensaba que era por competir con su hermano o algo así. O tal vez fuera porque Joey era judío y agradaba a su padre, que era la única persona a quien ella nunca criticaba. O tal vez la fascinaba la relación de Joey con Connie y se deleitaba como una reina en los retazos de información íntima que él ponía a sus pies. O tal vez le gustaba de verdad y quería ver en qué se convertiría cuando fuera mayor y cuánto dinero era capaz de ganar. O tal vez por todas esas razones. Jonathan no tenía ninguna interpretación perspicaz que ofrecer, aparte del hecho de que su hermana era una fuente de problemas, un monstruo del Planeta de los Malcriados, con la conciencia ética de una esponja marina, pero Joey creía atisbar cosas más profundas en ella. Se resistía a aceptar que alguien provisto del poder que le daba tal belleza pudiese carecer de ideas interesantes acerca de cómo utilizarlo.

Al día siguiente, cuando le contó a Connie la discusión con su padre, ella no entró a juzgar los méritos de sus respectivas argumentaciones, sino que pasó directamente al dolor de él y le dijo que lo sentía mucho. Había vuelto a trabajar de camarera y parecía dispuesta a esperar todo el verano hasta volver a verlo. Kenny Bartles le había prometido a Joey vacaciones pagadas las últimas dos semanas de agosto si accedía a trabajar todos los fines de semana hasta entonces, y Joey no quería a Connie cerca para complicarle las cosas por si Jenna iba a Washington; no imaginaba cómo escabullirse una noche, o dos o tres, sin decirle a Connie la clase de mentira descarada que procuraba reducir al mínimo.

Joey atribuyó al Celexa la ecuanimidad con que ella aceptó la demora. Pero una noche, durante una llamada telefónica de rutina, mientras él bebía cerveza en su apartamento, ella se sumió en un silencio especialmente prolongado, y al final anunció: «Cariño, tengo que decirte unas cuantas cosas». La primera era que había dejado la medicación. La segunda era que la razón por la que había dejado de tomarla era que se acostaba con el encargado del restaurante y ya estaba harta de no correrse. Lo confesó con una objetividad curiosa, como si hablara de una chica que no era ella, una chica cuyos actos eran deplorables pero comprensibles. El encargado, dijo, estaba casado y tenía dos hijos

adolescentes y vivía en Hamline Avenue.

—He pensado que era mejor decírtelo —añadió—. Puedo dejar de hacerlo si quieres.

Joey se estremeció. Casi tembló. Entró una corriente de aire por una puerta mental que creía cerrada a cal y canto, pero en realidad estaba abierta de par en par; una puerta por la que podía huir.

—¿Tú quieres dejar de hacerlo? —preguntó.

—No lo sé —contestó Connie—. Díganos que me gusta, por el sexo, pero no siento nada por él. Sólo siento algo por ti.

—Vaya, cielo santo. Supongo que tendré que pensármelo.

—Sé que está muy mal, Joey. Tenía que habértelo dicho en cuanto pasó. Pero durante un tiempo me pareció muy agradable que alguien se interesara por mí. ¿Sabes cuántas veces hemos hecho el amor tú y yo desde octubre?

—Sí, ya lo sé. Soy consciente.

—Dos veces, o ninguna si no contamos cuando estaba enferma. Aquí hay algo que no va bien.

—Lo sé.

—Nos queremos pero no nos vemos nunca. ¿Tú no lo echas de menos?

—Sí.

—¿Te has acostado con otras? ¿Por eso lo llevas bien?

—Sí, un par de veces. Pero nunca más de una vez con la misma persona.

—Estaba casi segura, pero no quería preguntártelo. No quería que creyeras que yo no te lo permitiría. Y yo no lo he hecho por eso. Lo he hecho porque me siento sola. Me siento muy sola, Joey. Me muero de soledad. Y la razón por la que me siento tan sola es que te quiero y tú no estás aquí. Me he acostado con otro porque te quiero a ti. Sé que te parecerá confuso, o no muy honesto, pero es la verdad.

—Te creo —dijo Joey.

Y así era. Pero el dolor que lo traspasaba no parecía guardar relación con lo que creía o dejaba de creer, con lo que ella pudiera decir o dejar de decir en ese momento. El hecho mudo de que su dulce Connie se hubiera ido a la cama con un asqueroso cuarentón, de que se hubiera quitado los vaqueros y las braguitas y se hubiera abierto de piernas *repetidamente*, se había plasmado en palabras sólo el tiempo necesario para que ella las pronunciara y para que Joey las oyera antes de que el hecho recuperara su mutismo y se alojara dentro de Joey, fuera del alcance de las palabras, como una bola de cuchillas de afeitar que se hubiera tragado. Entendía, en buena lógica, que el cerdo del encargado podía no importarle a Connie más de lo que a él le importaron esas otras chicas, todas ellas ebrias o muy ebrias, en cuyas camas en extremo perfumadas había acabado él durante el año anterior, pero le era tan imposible acceder a su dolor mediante la lógica como detener un autobús lanzado a toda velocidad con sólo pensar

¡Detente! El dolor era francamente extraordinario. Y sin embargo también curiosamente bienvenido y reparador, dándole a conocer que estaba vivo y atrapado en una historia más amplia que él.

—Di algo, cariño —pidió Connie.

—¿Cuándo empezó?

—No lo sé. Hará unos tres meses.

—Pues quizá debas seguir —dijo él—. Tal vez debas seguir adelante y tener un hijo con él, y a ver si te monta una casa.

Fue de mal gusto aludir a Carol así, pero Connie, en respuesta, se limitó a preguntarle con transparente sinceridad:

—¿Eso quieres que haga?

—No sé qué quiero.

—No es lo que yo quiero, ni mucho menos. Lo que yo quiero es estar contigo.

—Sí, ya. Pero no antes de follarte a otro durante tres meses.

Eso debería haberla llevado a llorar y pedir perdón, o al menos a arremeter a su vez contra él, pero ella no era una persona corriente.

—Es verdad —admitió—. Tienes razón. Es un comentario totalmente justo. Podía habértelo dicho la primera vez, y luego dejar de hacerlo. Pero hacerlo por segunda vez no me pareció mucho peor que hacerlo una sola vez. Y lo mismo con la tercera y la cuarta. Y entonces quise abandonar la medicación, porque me pareció una estupidez tener relaciones sexuales cuando apenas sentía nada. Y entonces hubo que poner el contador a cero, por decirlo de alguna manera.

—Y ahora sientes algo, y es magnífico.

—Sin duda es mejor. Tú eres la persona a quien quiero, pero ahora al menos vuelven a funcionarme las terminaciones nerviosas.

—¿Y por qué me lo has dicho ahora? ¿Por qué no has seguido hasta los cuatro meses? Cuatro no es peor que tres, ¿no?

—Cuatro es exactamente lo que tenía previsto —respondió ella—. Pensaba decírtelo cuando fuera a verte el mes que viene, y pudiéramos planear estar juntos más a menudo, para empezar a ser monógamos otra vez. Eso es lo que quiero todavía. Pero anoche volví a tener remordimientos, y decidí que debía decírtelo.

—¿Vuelves a estar deprimida? ¿Sabe tu médico que has dejado la medicación?

—Mi médico sí, pero Carol no. Por lo visto, Carol piensa que la medicación va a arreglarlo todo entre ella y yo. Piensa que va a resolver su problema permanentemente. Saco una pastilla del frasco cada noche y la escondo en el cajón de los calcetines. Creo que las cuenta cuando me voy a trabajar.

—Probablemente deberías tomarlas —dijo Joey.

—Volveré a tomarlas si no puedo verte nunca más. Pero si te veo, quiero sentirlo todo. Y no creo que las necesite si sigo viéndote. Sé que eso suena a

amenaza o algo así, pero es la pura verdad. No pretendo influir en tu decisión de volver a verme o no. Soy consciente de que he actuado mal.

—¿Te arrepientes?

—Sé que debería decir que sí, pero en realidad no lo sé. ¿Tú te arrepientes de haberte acostado con otras?

—No. Y menos ahora.

—A mí me pasa lo mismo, cariño. Soy exactamente igual que tú. Sólo espero que seas capaz de recordar eso, y me dejes volver a verte.

La confesión de Connie fue la mejor y última oportunidad de Joey para escapar con la conciencia limpia. Con una causa tan justificada le habría sido muy fácil despacharla si hubiese sentido la ira necesaria para ello. Después de colgar, atacó la botella de Jack Daniels de la que en condiciones normales, con la debida disciplina, se mantenía a distancia, y luego salió a pasear por las calles húmedas de su inhóspito no-barrio, deleitándose con el contundente calor estival y el rugido colectivo de los aparatos de aire acondicionado que lo complementaban. En un bolsillo del pantalón caqui llevaba un puñado de calderilla, que sacó y empezó a lanzar a la calle, unas cuantas monedas cada vez. Las tiró todas, los últimos centavos de su inocencia, las últimas monedas de diez y veinticinco de su autosuficiencia. Necesitaba despojarse, despojarse. No podía hablarle de su dolor a nadie, no a sus padres, desde luego, pero tampoco a Jonathan, por miedo a dañar la buena opinión que tenía su amigo sobre Connie, y por supuesto no a Jenna, que no entendía el amor, ni a sus compañeros de la universidad: todos ellos, sin excepción, consideraban a las novias un impedimento absurdo para acceder a los placeres que pensaban procurarse durante los siguientes diez años. Estaba totalmente solo y no se explicaba cómo había llegado a ese punto. Cómo era posible que un dolor llamado Connie ocupase el centro de su vida. Lo enloquecía sentir con tal precisión lo que sentía ella, comprenderla tan bien, ser incapaz de imaginar la vida de ella sin él. Cada vez que se le presentaba la oportunidad de escapar de Connie, la lógica del interés personal le fallaba: era reemplazada por la lógica de ellos dos juntos, como si en la caja de cambios de su mente una marcha se desengranara una y otra vez.

Pasó una semana entera sin que ella le telefonara, y luego otra. Él tomó conciencia, por primera vez, de la mayor edad de Connie. Ahora tenía veintinueve años, era legalmente adulta, una mujer interesante y atractiva para los hombres casados. Presa de los celos, de pronto se vio a sí mismo como el afortunado de los dos, el simple chico a quien ella había otorgado su ardor. En su imaginación, ella adquirió una forma fantásticamente atractiva. A veces, él había intuido vagamente que su vínculo era extraordinario, mágico, como de cuento de hadas, pero hasta entonces no había sabido valorar lo mucho que él contaba con ella. Durante los primeros días de su silencio, consiguió creer que la castigaba no llamándola, pero no tardó en tener la sensación de que el castigado era él, la

persona que esperaba a ver si ella, en su mar de sentimientos, encontraba acaso una gota de compasión y rompía el silencio por él.

Entretanto, su madre le comunicó que ya no le enviaría los cheques mensuales de quinientos dólares. «Lamentablemente, papá ha puesto fin a eso —dijo con una ligereza que lo irritó—. Espero que al menos haya sido útil mientras ha durado». Joey sintió cierto alivio por no tener que seguir satisfaciendo el deseo de su madre de mantenerlo y por librarse de la obligación de llamarla asiduamente a cambio; se alegró de dejar de mentir al estado de Virginia en cuanto a su nivel de ayuda paterna. Pero había acabado dependiendo de las inyecciones mensuales para llegar a fin de mes, y ahora lamentaba haber cogido tantos taxis y encargado tantas comidas a domicilio ese verano. No podía evitar aborrecer a su padre y sentirse traicionado por su madre, quien por lo visto, a la hora de la verdad, pese a las muchas quejas sobre su matrimonio con que atormentaba a Joey, siempre acababa claudicando ante la voluntad de su padre.

Entonces lo llamó su tía Abigail para ofrecerle el uso de su apartamento a finales de agosto. Desde hacía un año y medio, estaba incluido en la lista de correo que Abigail utilizaba para anunciar las actuaciones que ofrecía en pequeños locales de nombres estrambóticos en Nueva York, y lo llamaba cada tantos meses para soltarle uno de sus monólogos autojustificatorios. Si él no atendía la llamada, ella no dejaba un mensaje sino que sencillamente seguía telefoneando hasta que él contestaba. Tenía la impresión de que los días de Abigail consistían en gran medida en recorrer todos los números telefónicos que guardaba hasta que por fin alguien descolgaba, y Joey no quería ni pensar en quién más constaba en su lista de llamadas, dado lo tenue que era su vínculo con ella. «Me he concedido el pequeño obsequio de unas vacaciones en la playa —dijo ahora—. El pobre *Tigger* murió de cáncer felino, aunque no antes de unos tratamientos contra el cáncer felino muuy caros, y *Piglet* está muuy solo». Aunque Joey se sentía un poco sucio por su coqueteo con Jenna, consecuencia de unos nuevos escrúpulos más generales acerca de la infidelidad, aceptó el ofrecimiento de Abigail. Si no volvía a saber nada de Connie, pensó, podría consolarse acercándose al barrio de Jenna e invitándola a cenar.

Y entonces lo llamó Kenny Bartles para anunciarle que vendía RESIA y sus contratas a un amigo de Florida. De hecho, ya las había vendido.

—Mike te llamará mañana por la mañana —dijo Kenny—. Le he dicho que debía tenerte en plantilla hasta el quince de agosto. De todos modos, yo no quería pasar por todo el lío de sustituirte pasada esa fecha. Tengo entre manos asuntos de más envergadura que atender.

—¿Ah, sí? —dijo Joey.

—Sí, LBI está dispuesta a subcontratarme para suministrar una flota de camiones todoterreno. No es un encargo para estómagos delicados, y aquí voy a amasar más pasta de la que he amasado nunca en el negocio del pan, no sé si me

entiendes. Es entrar y salir... sin esas chorradas de los informes trimestrales ni nada de eso. Me presento con los camiones, ellos extienden el cheque, y se acabó la historia.

—Enhorabuena.

—Sí, ya, la cuestión es la siguiente —dijo Kenny—: puedes seguir siéndome de utilidad allí en Washington. Busco a un socio que invierta conmigo y cubra el déficit en el que me veo ahora. Si tienes ganas de trabajar, también podrías sacarte un pequeño salario.

—Me parece genial —contestó Joey—, pero tengo que volver a la universidad, y no dispongo de dinero para invertir.

—Vale. Claro. Es tu vida. Pero ¿qué me dices de participar a menor escala? Por lo que he visto en las especificaciones, el Pladsky A10 polaco cumplirá de sobra. Ya no se fabrica, pero quedan flotas enteras en las bases militares de Hungría y Bulgaria, y también en algún lugar de Sudamérica, cosa que a mí no me sirve para nada. Pero voy a contratar a conductores del este de Europa, mandar los convoyes de camiones a través de Turquía y entregarlos en Kirkuk. Eso va a tenerme inmovilizado Dios sabe hasta cuándo, y también hay una subcontrata valorada en novecientos mil dólares por piezas de repuesto. ¿Crees que podrías hacerte cargo de las piezas de repuesto a modo de subsubcontrata?

—No sé nada de piezas de camión.

—Yo tampoco. Pero Pladsky, en su día, fabricó sus buenos veinte mil A10. Debe de haber por ahí toneladas de piezas. Tú sólo tienes que seguirles el rastro, embalarlas y enviarlas. Pones trescientos mil, sacas novecientos mil al cabo de seis meses. Eso es un margen de beneficio sumamente razonable dadas las circunstancias. Y la impresión que tengo es que es un margen de beneficios pequeño en el sector de suministros. Nadie pestañeará siquiera. ¿Crees que puedes hacerte con trescientos mil dólares?

—Apenas puedo hacerme con el dinero que necesito para comer —respondió Joey—. Tengo que pagarme la matrícula y todo lo demás.

—Ya, bueno, pero siendo realistas basta con que consigas cincuenta mil. Con eso, más un contrato firmado en mano, cualquier banco te dará el resto. Puedes hacerlo casi todo por internet en la habitación de tu residencia o donde sea. Desde luego es mejor que fregar platos en un restaurante, ¿no?

Joey pidió que le dejara un tiempo para pensárselo. Aun con todos los taxis y la comida a domicilio que se había permitido, tenía diez mil dólares ahorrados para el siguiente curso académico, más otros ocho mil de saldo disponible en su tarjeta de crédito, y en una rápida búsqueda por internet vio numerosos bancos dispuestos a conceder préstamos a intereses altos sin exigir demasiadas garantías, así como múltiples páginas de resultados de Google para repuestos Pladsky A10. Era consciente de que Kenny no le habría ofrecido la contrata de las piezas si encontrarlas fuera tan sencillo como él lo había pintado, pero Kenny había

cumplido todas sus promesas respecto a RESIA, y Joey no podía dejar de imaginar la excelencia de poseer medio millón de dólares cuando cumpliera los veintiuno, al cabo de un año. Siguiendo un impulso, porque estaba emocionado y por una vez no preocupado por su relación, rompió su silencio telefónico con Connie para pedirle su opinión. Mucho después se reprocharía haber tenido en el fondo del pensamiento los ahorros de Connie, junto con el hecho de que ella ya tenía control legal sobre ese dinero, pero en el momento de llamar se sintió ajeno a motivaciones egoístas.

—Dios mío, cariño —dijo Connie—. Empezaba a pensar que nunca más sabría de ti.

—Han sido unas semanas muy duras.

—Dios mío, lo sé, lo sé. Empezaba a pensar que no debería haberte contado nada. ¿Puedes perdonarme?

—Probablemente.

—¡Uf! Eso es mucho mejor que probablemente no.

—Muy probablemente —añadió él—. Si aún quieres venir a verme.

—Ya sabes que sí. Más que nada en el mundo.

Por como hablaba, Connie no parecía en absoluto la mujer mayor e independiente que él había imaginado, y un cosquilleo en el estómago le avisó que fuera más despacio y se asegurase de que de verdad quería volver con ella. Le avisó que no confundiera el dolor de perderla con un deseo activo de tenerla. Pero estaba impaciente por cambiar de tema, por no empantanarse en un territorio emocional abstracto y pedirle su opinión sobre la oferta de Kenny.

—Caramba, Joey —dijo ella cuando él acabó de explicárselo—, tienes que hacerlo. Yo te ayudaré.

—¿Cómo?

—Te daré el dinero —respondió ella, como si fuera una tontería por parte de Joey preguntarlo siquiera—. Me quedan aún más de cincuenta mil dólares en la cuenta del fideicomiso.

La simple mención de esta cifra lo excitó sexualmente. Lo llevó a sus primeros tiempos de pareja en Barrier Street, a su primer otoño en el instituto. *Achtung Baby*, de U2, que tanto entusiasmaba a ambos, pero sobre todo a Connie, había sido la banda sonora de su desfloramiento mutuo. La primera canción, en la que Bono reconocía que estaba dispuesto a todo, listo para el «empujón», había sido su canción de amor, de amor mutuo y amor al capitalismo. Oyendo la canción, Joey se había sentido listo para el sexo, listo para abandonar la infancia, listo para ganar un buen dinero vendiendo relojes en el colegio católico de Connie. Los dos habían empezado como socios en el sentido pleno de la palabra, él como empresario y fabricante, ella como su mula leal y vendedora de sorprendente talento. Hasta que la operación se vio truncada por unas monjas resentidas, ella había demostrado ser maestra de la venta con guante de seda,

despertando fervoroso interés entre sus compañeras de clase por su producto con su actitud distante y fría. En Barrier Street todo el mundo, incluida la madre de Joey, había confundido siempre la calma de Connie con falta de luces, con lentitud mental. Sólo Joey, que tenía acceso de primera mano a ella, había visto su potencial, y eso parecía ahora la historia de su vida juntos: él ayudándola y animándola para desmentir las expectativas de todos, en particular las de su madre, que infravaloraba sus cualidades ocultas. Eso, la capacidad de identificar el valor, detectar las oportunidades allí donde otros no sabían hacerlo, era un elemento central de la fe de Joey en su propio futuro como hombre de negocios, y también un elemento central de su amor por Connie. ¡Los caminos de ella son inescrutables! Los dos habían empezado a foliar entre las pilas de billetes de veinte dólares que ella llevaba a casa del colegio.

—Necesitas el dinero del fideicomiso para volver a la universidad —dijo no obstante.

—Eso puedo hacerlo más adelante —respondió ella—. Tú lo necesitas ahora, y yo puedo dártelo. Ya me lo devolverás.

—Podría devolvértelo multiplicado por dos. Tendrías de sobra para los cuatro años.

—Si tú quieres —dijo ella—. Pero no hace falta.

Quedaron en reunirse para el vigésimo cumpleaños de Joey en Nueva York, escenario de sus semanas más felices como pareja desde que él se había marchado de Saint Paul. Al día siguiente, por la mañana, Joey telefoneó a Kenny y se declaró listo para meterse en el negocio. La siguiente gran ronda de contrataciones en Iraq no se concedería hasta noviembre, explicó Kenny, así que Joey dispondría del semestre de otoño y hasta entonces sólo debía asegurarse de tener la financiación a punto.

Sintiéndose pródigo por adelantado, despilfarró su dinero en un billete a Nueva York a bordo del Acela Express y compró una botella de champán de cien dólares de camino al apartamento de Abigail. La casa estaba más abarrotada de objetos que nunca, y con gusto salió, cerró la puerta a sus espaldas y fue en taxi a LaGuardia para esperar el vuelo de Connie, ya que él había insistido en que viajara en avión, no en autobús. Toda la ciudad —los peatones medio desnudos bajo el calor de agosto, los ladrillos y los puentes blanqueados por la calina— era como un afrodisíaco. Yendo a buscar a su novia, que había estado acostándose con otro pero ahora volvía a entrar en su vida con paso firme, un imán para un imán, podría haber sido ya el rey de la ciudad. Cuando la vio atravesar el vestíbulo del aeropuerto, avanzando con un brusco zigzag para esquivar a los otros viajeros, como si de tan abstraída no los viera hasta el último segundo, se sintió pródigo en algo más que dinero. Se sintió pródigo en importancia, en vida que derrochar, en riesgos descabellados que asumir, en la historia de los dos. Ella lo vio y empezó a asentir, mostrándose de acuerdo con algo que él aún no había

dicho, con el rostro rebosante de alegría y asombro.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —dijo Connie espontáneamente, soltando el tirador extraíble de su maleta y chocando con Joey—. ¡Sí!

—¿Sí? —preguntó él, riendo.

—¡Sí!

Sin siquiera besarse, bajaron corriendo a la planta de recogida de equipajes y salieron a la parada de taxis, donde, milagrosamente, no había nadie esperando. En el asiento de atrás del taxi, ella se quitó la rebeca de algodón sudada y se sentó en el regazo de Joey y rompió a llorar de una manera rayana en el orgasmo o un ataque epiléptico. Su cuerpo se le antojó a Joey nuevo, totalmente nuevo, entre los brazos. Parte del cambio era real —estaba un poco menos angulosa, un poco más mujer—, pero casi todo era fruto de su imaginación. Se sintió inexpresablemente agradecido por la infidelidad de ella. Su sentimiento era tan amplio que tuvo la impresión de que sólo proponiéndole matrimonio podría abarcarlo. Y quizá se lo habría propuesto en el acto, allí mismo, si no hubiese visto las extrañas marcas en la cara interna de su antebrazo izquierdo. Una serie de incisiones rectas, paralelas, descendía por su suave piel, cada una de unos cinco centímetros de longitud, las más cercanas al codo tenues y del todo cicatrizadas, las que estaban casi en la muñeca más recientes y rojas.

—Sí —dijo ella con la cara bañada en lágrimas, contemplándose las cicatrices con asombro—. Me lo hice yo. Pero no te preocupes.

Joey preguntó qué había ocurrido, aunque conocía la respuesta. Ella le besó la frente, le besó la mejilla, le besó los labios, y escrutó sus ojos muy seria.

—No te asustes, cariño. Es sólo una cosa que tuve que hacer a modo de penitencia.

—Dios mío.

—Joey, escucha. Escúchame bien. Tomé la precaución de echar alcohol en la hoja. Solamente tenía que hacerme un corte cada noche que no sabía nada de ti. Me hice tres la tercera noche, y a partir de entonces uno cada noche. Lo dejé en cuanto supe de ti.

—¿Y si no te hubiera llamado? ¿Qué habrías hecho? ¿Abrirte las venas de la muñeca?

—No. No tenía intenciones suicidas. Hacía esto para no tener esa clase de pensamientos. Sólo necesitaba un poco de dolor. ¿Puedes entenderlo?

—¿Seguro que no era con intenciones suicidas?

—Yo nunca te haría eso. Jamás.

Joey recorrió las cicatrices con las yemas de los dedos. Luego cogió la muñeca ileña y se la apretó contra los ojos. Se alegraba de que ella se hubiese cortado por él; no podía evitarlo. Los caminos de ella eran inescrutables, pero para él tenían sentido. En algún lugar de su mente, Bono cantaba que iba todo bien, todo bien.

—¿Y sabes qué es lo realmente increíble? —añadió Connie—. Dejé de hacerlo al llegar a quince, que es exactamente el número de veces que te fui infiel. Me llamaste la noche exacta. Fue como una especie de señal. Y mira. — Sacó un cheque certificado, doblado por la mitad, del bolsillo de atrás del vaquero. Había tomado la forma curva de su culo y estaba impregnado de sudor —. Quedaban cincuenta y un mil dólares en la cuenta del fideicomiso. Eso era casi la cantidad exacta que dijiste que necesitabas. Fue otra señal, ¿no te parece?

Desplegó el cheque, pagadero a JOSEPH R. BERGLUND, por la cantidad de cincuenta mil dólares. Por norma, Joey no era supersticioso, pero debía admitir que esas señales eran impresionantes. Eran como las señales que les indicaban a los perturbados « Mata al presidente AHORA » , o a los deprimidos « Tirate por la ventana AHORA ». Aquí, el apremiante imperativo irracional parecía ser: « Unios en matrimonio AHORA » .

En Grand Central Parkway el tráfico de salida estaba detenido, pero el de entrada avanzaba fluidamente, y con él el taxi, y ésa era otra señal. Que no hubieran tenido que hacer cola para el taxi era una señal. Que al día siguiente fuera su cumpleaños era una señal. Ni siquiera recordaba en qué estado se encontraba una hora antes, de camino al aeropuerto. Con Connie sólo existía el momento presente, y si bien antiguamente, cuando caían en su mundo bipersonal por una fisura cósmica, ocurría sólo de noche, en un dormitorio u otro espacio acotado, ahora sucedía a plena luz del día, bajo una calina que cubría toda la ciudad. La estrechó entre sus brazos, con el cheque apoyado en la clavícula sudorosa de Connie, entre los tirantes húmedos de su top. Ella le apretaba un pecho con la mano como si fuera a sacar leche. El olor a mujer adulta de sus axilas embriagó a Joey, y deseó que fuera mucho más intenso, y tuvo la sensación de que la intensidad de ese deseo de que le apestaran las axilas era ilimitada.

—Gracias por follarte a otro —susurró.

—No me fue fácil.

—Lo sé.

—O sea, en un sentido fue muy fácil, pero en otro casi imposible. Tú eso lo sabes, ¿verdad?

—Sí, absolutamente.

—¿Para ti también fue difícil? ¿Lo que fuera que hiciste el año pasado?

—En realidad, no.

—Eso es porque eres hombre. Yo sé cómo es ser tú, Joey. ¿Me crees?

—Sí.

—Entonces todo irá bien.

Y durante los siguientes diez días todo fue bien. Después, claro, Joey comprendió que los primeros días saturados de hormonas tras un largo período de abstinencia no eran ni mucho menos el momento ideal para tomar decisiones

importantes sobre el futuro. Comprendió que, en lugar de intentar compensar el insostenible peso del regalo de cincuenta mil dólares de Connie con algo a su vez tan pesado como una propuesta de matrimonio, debería haber firmado un pagaré con una previsión de plazos para el pago de los intereses y el capital principal. Comprendió que si se hubiese separado de ella durante siquiera una hora, para dar un paseo a solas o para hablar con Jonathan, tal vez habría alcanzado una lucidez y un distanciamiento provechosos. Comprendió que las decisiones poscoitales eran mucho más realistas que las precoitales. En ese momento, sin embargo, no existía ningún «pos»; todo era pre tras pre tras pre. El ciclo de su deseo mutuo se repitió una y otra vez día y noche, como el del compresor del infatigable aparato de aire acondicionado instalado en la ventana del dormitorio de Abigail. Ante las nuevas dimensiones de su placer, ante la sensación de seriedad adulta conferida por su empresa conjunta y por la enfermedad y la infidelidad de Connie, todos sus placeres previos parecían, en comparación, infantiles y dignos de consignarse al olvido. Tan grande era su placer, y tan insondable su necesidad de él que, cuando menguó durante una hora, la tercera mañana en la ciudad, Joey alargó el dedo para pulsar la primera tecla que encontró a mano capaz de procurarle más. Dijo:

—Deberíamos casarnos.

—Eso mismo estaba pensando yo —respondió Connie—. ¿Quieres hacerlo ahora?

—¿Te refieres a hoy?

—Sí.

—Creo que hay un período de espera. ¿No hay que hacerse análisis de sangre o algo así?

—Pues vayamos a hacérselos ahora. ¿Quieres?

A Joey el corazón le bombeaba sangre hacia las ingles.

—¡Sí!

Pero antes fue necesario el polvo por la emoción de tener que hacerse los análisis de sangre. Luego fue necesario el polvo por la emoción de enterarse de que no hacían falta. Luego se pasearon por la Sexta Avenida como una pareja tan borracha que ya ni les importaba lo que los demás pensarán de ellos, como asesinos sorprendidos con las manos manchadas de sangre, Connie sin sujetador y descocada y atrayendo las miradas de los hombres, Joey en un estado de inconsciencia inducida por la testosterona en el que, si alguien lo hubiera desafiado, le habría asestado un puñetazo por puro placer. Estaba dando el paso que debía dar, el paso que había deseado dar desde la primera vez que sus padres le dijeron que no. La caminata de cincuenta manzanas hacia la parte alta de la ciudad con Connie, en medio de un agobiante caos de taxis tocando la bocina y aceras mugrientas, se le antojó tan larga como toda su vida hasta entonces.

Entraron en la primera joyería que vieron vacía en la calle Cuarenta y siete

y pidieron dos anillos de oro que pudieran llevarse en el acto. El joyero iba con todas las galas jasídicas: yarmulke, tirabuzones, filacterias, chaleco negro y demás parafernalia. Miró primero a Joey, que llevaba la camiseta blanca manchada de mostaza a causa de un perrito caliente que había engullido por el camino, y luego a Connie, cuya cara ardía por el calor y por tanto roce con la cara de Joey.

—¿Van a casarse?

Los dos asintieron, sin atreverse ninguno a contestar que sí en voz alta.

—Pues entonces *mazel tov* —dijo el joyero, abriendo los cajones—. Tengo anillos de todos los tamaños para ustedes.

A Joey, de muy lejos, a través de una fina fisura en su burbuja de locura por lo demás resistente, le llegó una punzada de pesar por Jenna. No como persona a quien deseaba (el deseo regresaría después, cuando volviese a estar solo y cuerdo), sino como la esposa judía que ahora y a nunca tendría: como la persona que tal vez habría dado verdadera importancia al hecho de que fuera judío. Por su parte, hacía tiempo que había desistido de interesarse por su judaísmo, y sin embargo, al ver al joyero con sus ajados atavíos jasídicos, la indumentaria de una religión minoritaria, lo asaltó la peculiar idea de que, casándose con una gentil, defraudaba a los judíos. Por moralmente dudosa que fuera Jenna en casi todos los sentidos, era judía, con tataratíos que habían muerto en los campos de concentración, y eso la humanizaba, atenuaba su belleza inhumana, y de ahí que lamentara defraudarla. Curiosamente, sólo sentía eso por Jenna, no por Jonathan, que ya era plenamente humano para Joey y no requería que el judaísmo lo humanizara más.

—¿Qué opinas? —le preguntó Connie, contemplando los anillos expuestos sobre terciopelo.

—No lo sé —contestó él desde su pequeña nebulosa de pesar—. Todos me parecen bien.

—Cójjanlos, pruébenselos, tóquenlos —los instó el joyero—. Es imposible hacerle daño al oro.

Connie se volvió hacia Joey y escrutó sus ojos.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Creo que sí. ¿Y tú?

—Sí. Si tú lo estás.

El joyero se apartó del mostrador y buscó algo en que ocuparse. Y Joey, viéndose a través de los ojos de Connie, no soportó la incertidumbre en su propio rostro. Se encolerizó ferozmente en consideración a ella. Todos dudaban de ella, y ella necesitaba, pues, que él no dudara, y por tanto decidió no dudar.

—Por supuesto que lo estoy —afirmó—. Echémosles un vistazo.

Después de seleccionar los anillos, Joey intentó regatear, como, según sabía, debía hacerse en una tienda de aquellas características, pero el joyero se limitó a

dirigirle una mirada de decepción, como diciendo: «¿Vas a casarte con esta chica y quieres escatimarme cincuenta dólares?» .

Al salir de la tienda, Joey, con los anillos en el bolsillo delantero, casi se dio de bruces en la acera con Casey, su antiguo compañero de planta en la residencia.

—¡Tío! —exclamó Casey—. ¿Qué haces por aquí?

Vestía un terno y ya empezaba a perder pelo. Joey y él se habían distanciado, pero Joey había oído que trabajaba en el bufete de su padre durante el verano. Tropezarse con él en ese momento se le antojó otra señal importante, aunque no supo cómo interpretarla exactamente.

—Te acuerdas de Connie, ¿verdad? —preguntó.

—Hola, Casey —saludó ella con unos ojos diabólicamente radiantes.

—Sí, claro, hola. Pero, tío, ¿qué coño haces aquí? Te hacía en Washington.

—Estoy de vacaciones.

—Pero, hombre, haberme llamado. No tenía ni idea. ¿Y qué hacéis en esta calle, por cierto? ¿Comprar un anillo de compromiso?

—Sí, ja ja, eso mismo —contestó Joey—. ¿Y tú qué haces por aquí?

Casey sacó un reloj con cadena del bolsillo del chaleco.

—¿Mola o no? Era del padre de mi padre. Lo he traído a limpiar y reparar.

—Es precioso —comentó Connie.

Se inclinó para admirarlo, y Casey le lanzó a Joey una ceñuda mirada de curiosidad y cómica alarma. Entre las diversas respuestas de hombre a hombre aceptables a su disposición, Joey eligió una mueca avergonzada que insinuaba sexo excelente en cantidad, las exigencias irracionales de las novias, su necesidad de que les regalasen chucherías, y demás. Casey lanzó una fugaz mirada de conceder a los hombros desnudos de Connie y asintió en un gesto de discernimiento. El intercambio completo duró cuatro segundos, y Joey comprobó con alivio lo fácil que era, incluso en un momento como aquél, aparentar ante Casey que él era una persona como Casey; lo fácil que era compartimentar. Era un buen presagio para la perspectiva de proseguir con su vida normal en la universidad.

—Tío, ¿no tienes calor con ese traje? —preguntó.

—Tengo sangre del sur —contestó Casey—. No sudamos como vosotros los de Minnesota.

—Sudar es maravilloso —observó Connie—. A mí me encanta sudar en verano.

Se notó que a Casey ese comentario le parecía demasiado intenso. Volvió a guardarse el reloj en el bolsillo y echó una ojeada calle abajo.

—En fin —dijo—, si os apetece salir o algo, dadme un toque.

Cuando se quedaron solos otra vez, en medio del tumulto de trabajadores de las cinco de la tarde en la Sexta Avenida, Connie preguntó si había dicho algo inadecuado.

—¿Te he abochornado?

—No —respondió él—. Es un imbécil de cuidado. Estamos a treinta y cinco grados, ¿y lleva traje con chaleco? Es un imbécil y un pedante de cuidado, con ese reloj absurdo. Ya empieza a convertirse en su padre.

—Abro la boca y salen de ella cosas extrañas.

—No te preocupes por eso.

—¿Te avergüenzas de casarte conmigo?

—No.

—Me ha dado esa impresión. No digo que sea tu culpa. Es sólo que no quiero avergonzarte delante de tus amigos.

—No me avergüenzas —confirmó Joey, enfadado—. Lo que pasa es que casi ninguno de mis amigos tiene siquiera novia. Me encuentro en una posición un tanto rara.

En ese momento, habría sido lógico esperar una pequeña discusión, que ella intentara arrancarle, vía mohines o reproches, un reconocimiento más definitivo de su deseo de casarse con ella. Pero era imposible pelearse con Connie. La inseguridad, la desconfianza, los celos, la posesividad, la paranoia —todos esos inconvenientes que tanto irritaban a aquellos amigos suyos que, aunque fuera por un breve tiempo, habían tenido novia— eran ajenos a ella. Joey nunca llegó a determinar si carecía realmente de esos sentimientos o si una poderosa inteligencia animal la impulsaba a reprimirlos. Cuanto más se fundía con ella, más sentía también, extrañamente, que no la conocía en absoluto. Ella sólo aceptaba la existencia de lo que tenía justo enfrente. Hacía lo que hacía, respondía a lo que él le decía, y por lo demás parecía del todo indiferente a lo que ocurría fuera de su campo visual. Joey estaba obsesionado con la insistencia de su madre en que las peleas eran buenas en una relación. De hecho, casi tenía la impresión de que se casaba con Connie para ver si por fin empezaba a pelearse con él: para llegar a conocerla. Pero cuando en efecto se casó con ella, al día siguiente por la tarde, nada cambió en absoluto. Después de pasar por el juzgado, en el asiento de atrás de un taxi, ella entrelazó su mano izquierda ensortijada con la mano izquierda ensortijada de él y apoyó la cabeza en su hombro en una actitud que no podía describirse exactamente como satisfacción, porque eso habría implicado que antes estaba insatisfecha. Fue más bien un mudo sometimiento al acto, al crimen que había sido necesario llevar a cabo. Cuando Joey volvió a ver a Casey, una semana después en Charlottesville, ninguno de los dos la mencionó siquiera.

La alianza nupcial seguía encallada en algún punto de su abdomen mientras se abría paso a través del mar cálido y encrespado de viajeros en Miami International y localizaba a Jenna en la zona más fresca y tranquila de una sala de clase business. Llevaba gafas de sol y se defendía, además, con un iPod y el último número del *Condé Nast Traveler*. Lanzó a Joey una mirada, recorriéndolo

de arriba abajo, tal como una persona podría verificar que un producto encargado llegaba en un estado aceptable, y luego retiró su equipaje de mano del asiento contiguo y —aparentemente un poco de mala gana se quitó los auriculares. Joey se sentó sin poder reprimir una sonrisa por el asombro de viajar con ella. Nunca había volado en business.

—¿Qué? —dijo Jenna.

—Nada, sólo sonrío.

—Ah. Creía que tenía un grano en la cara.

Cerca de ellos varios hombres lo observaban con resentimiento. Se obligó a devolverles la mirada uno por uno, a reafirmar su derecho sobre Jenna. Iba a resultar agotador, comprendió, tener que hacer eso cada vez que estuvieran en público. A veces, los hombres miraban también a Connie, pero por lo general parecían aceptar, sin más pesar del debido, que era suya. Con Jenna tenía la sensación de que el interés de otros hombres no cedía ante la presencia de él, sino que seguían buscando la forma de sortearlo.

—Te adelanto que estoy un poco irritable —dijo ella—. Me va a venir la regla y acabo de pasar tres días entre vejesterios, mirando fotos de sus nietos. Además, no te lo creerás, pero en esta sala ahora te cobran el alcohol. Para eso me hubiera quedado en la sala de embarque.

—¿Quieres que te traiga algo?

—Pues sí. Me apetecería un gin-tonic doble de Tanqueray.

Al parecer, no se le ocurrió pensar, como por suerte tampoco al camarero, que Joey era menor de edad. Cuando volvió con las copas y el billetero aligerado, encontró a Jenna con los auriculares puestos otra vez y la cara hundida en la revista. Se preguntó si de algún modo no estaría ella confundiendo con Jonathan, tan poca importancia concedía a su llegada. Sacó la novela que su hermana le había regalado en Navidad, *Expiación*, y se esforzó por interesarse por sus descripciones de salones y jardines, pero tenía la mente en el mensaje de texto que Jonathan le había enviado esa tarde: espero que te diviertas mirándole el culo a un caballo todo el día. Era la primera noticia que tenía de él desde que le había telefonado tres semanas antes para ser el primero en anunciarle sus planes de viaje.

—Así que supongo que todo te ha salido a pedir de boca —había dicho Jonathan—. Primero la insurgencia y ahora la pierna de mi madre.

—Tampoco es que yo quisiera que tu madre se rompiera la pierna —dijo Joey.

—No, seguro que no. Seguro que también querías que los iraquíes nos recibieran con coronas de flores. Seguro que lamentas lo mucho que se ha jodido todo. Claro que no lo lamentas tanto como para abstenerme de sacar tajada.

—¿Y yo qué iba a hacer? ¿Decir que no? ¿Dejarla ir sola? La verdad es que está bastante depre. Está muy ilusionada con este viaje.

—Y seguro que Connie lo entiende. Seguro que has recibido su aprobación absoluta.

—Si eso fuese asunto tuyo, quizá me dignase contestar.

—Oye, entérate: es muy asunto mío si tengo que mentirle al respecto. Ya tengo que mentir en cuanto a mi opinión de Kenny Bartles siempre que hablo con ella, porque has aceptado su dinero y no quiero que se preocupe. ¿Y ahora se supone que también tengo que mentir por esto?

—¿Y qué tal si dejaras de hablar con ella continuamente?

—Continuamente no hablo, capullo. Hemos hablado unas... tres veces en los últimos tres meses. Ella me considera un amigo, ¿lo entiendes? Y por lo visto se pasa semanas enteras sin recibir noticias tuyas. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿No descolgar cuando llama? Me llama para obtener información sobre ti. Cosa que... en fin, hay algo un poco raro en esta situación, ¿no? Ya que sigue siendo tu novia.

—No voy a Argentina para acostarme con tu hermana.

—Ja. Ja. Ja.

—Te lo juro por Dios, voy como amigo. Igual que Connie y tú sois amigos. Porque tu hermana está deprimida y es un gesto amable por mi parte. Pero eso Connie no lo entendería, así que si pudieras... digamos... abstenerse de mencionarlo, en caso de que te llame, sería lo mejor por el bien de todos.

—Eres un mentiroso de mierda, Joey, y no quiero hablar más contigo. A ti está pasándote algo que me revuelve el estómago. Si Connie me llama en tu ausencia, no sé qué voy a decirle. Lo más probable es que no le diga nada. Pero a mí sólo me llama porque habla poco contigo, y ya me he cansado de estar en medio. Así que haz lo que te salga de los cojones, pero a mí déjame al margen.

Después de jurarle a Jonathan que no se acostaría con Jenna, Joey se sintió como si tuviera un seguro contra cualquier contingencia en Argentina. Si no ocurría nada, quedaría demostrado que era un hombre de honor. Si ocurría algo, no tendría que sufrir la mortificación y la decepción causadas por el hecho de que no hubiera ocurrido. Se disiparía la duda, aún sin resolver en su mente, de si era una persona blanda o una persona dura, y qué podía depararle el futuro. Sentía mucha curiosidad por su futuro. A juzgar por el mensaje de texto envenenado, Jonathan no tenía interés en formar parte de ese futuro en ninguno de los casos. Y desde luego el mensaje escocía, pero Joey, por su parte, ya estaba cansado de la incesante actitud moralista de su amigo.

En el avión, en la intimidad de sus amplios asientos, y bajo la influencia de otra generosa copa, Jenna se dignó quitarse las gafas de sol y conversar. Joey le habló de su reciente viaje a Polonia, en pos del espejismo de las piezas del Pladsky A10, y el descubrimiento de que, entre las aparentes decenas de proveedores que anunciaban dichas piezas por internet, casi todos eran falsos o se aprovisionaban en un único punto de venta en Lodz, donde Joey y su intérprete,

cuya utilidad fue menos que nula, habían encontrado poquísimas existencias que comprar a cualquier precio. Luces de posición, guardabarros, rampas de carga, baterías y calandras, pero contadas piezas del motor y la suspensión, que eran vitales para el mantenimiento de un vehículo cuya producción se había interrumpido en 1985.

—Internet está totalmente jodido, ¿verdad que sí? —dijo Jenna. Se había acabado todas las almendras de su cuenco de frutos secos y ahora empezaba con las de Joey.

—Está jodido, sí, totalmente —confirmó él.

—Nick siempre dice que el comercio electrónico internacional es para perdedores. Y de hecho, toda web financiera, a menos que tenga un sistema propietario. Dice que la información gratuita carece de valor por definición. O sea, cuando un proveedor chino aparece en internet... eso por sí solo indica que de ahí no puede salir nada bueno.

—Sí, lo sé, lo tengo muy claro —afirmó Joey, que no quería oír hablar de Nick—. Pero tratándose de piezas de camión debería parecerse más a eBay o algo así. Simplemente, una manera eficaz de poner en contacto a compradores y vendedores que quizá de otra forma no podrían encontrarse.

—Yo sólo sé que Nick nunca compra por internet. No se fía ni de PayPal. Y él... en fin, ya lo sabes... está muy al corriente de esas cosas.

—Bueno, precisamente por eso fui a Polonia. Porque esas cosas hay que hacerlas en persona.

—Sí, eso mismo dice Nick.

Aquella manera suya de masticar las almendras con la mandíbula flácida lo irritaba, igual que sus dedos, por bonitos que fueran, cuando se hundían metódicamente en su cuenco de frutos secos.

—Creía que no te gustaba beber —comentó él.

—Je je. Últimamente he estado entrenándome para aumentar mi nivel de tolerancia. He hecho grandes avances.

—En fin —dijo Joey—, el caso es que necesito que en Paraguay las cosas salgan bien, o no sé qué voy a hacer. Me he gastado una fortuna en fletar esa chatarra polaca, y ahora mi socio, Kenny, me viene con que no hay suficiente siquiera para hacerme un pago parcial. Está todo tirado en un pastizal para cabras en las afueras de Kirkuk, seguramente ni siquiera vigilado. Y Kenny se ha cabreado conmigo porque no le mandé piezas de otro camión, pese a que serían totalmente inútiles si no se corresponden con el modelo y fabricante. Kenny va en plan tú mándame kilos porque nos pagan por kilo, aunque te cueste creerlo. Y yo voy en plan esos son camiones de hace treinta años que no se construyeron para las tormentas de polvo ni para los veranos de Oriente Medio, van a averiarse, y cuando intentas mover convoyes en medio de una situación de insurgencia, no te conviene que tu camión se averíe. Y mientras tanto tengo un

montón de gastos y ningún ingreso.

Podría haberle preocupado reconocer todo eso ante Jenna si ella le hubiese prestado atención, pero estaba tirando de la pantalla de video empotrada, forcejeando malhumorada para sacarla del hueco. Él, galante, le echó una mano.

—Disculpa —dijo ella—. ¿Cómo decías...? ¿Algo de que no te pagan?

—No, no, seguro que me pagarán. De hecho, es probable que acabe el año ganando más que Nick

—Eso lo dudo, francamente.

—En todo caso será mucho.

—En cuanto a remuneración, Nick se mueve en un universo totalmente distinto.

Para Joey, eso ya fue el colmo.

—¿Se puede saber por qué estoy aquí? —preguntó—. ¿Tú quieres que esté aquí? O no me haces ni caso, o hablas de Nick, con quien creía que habías roto.

Jenna se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que estoy muy irritable. ¿Y quieres que te diga la verdad? Tus negocios no es que me interesen mucho... La única razón por la que estás tú aquí, y no Nick, es que me he hartado de oírlo hablar de dinero a todas horas del día y la noche.

—Creía que te gustaba el dinero.

—Eso no significa que me guste oír hablar de él. Eres tú quien ha sacado el tema.

—¡Lamento haberlo sacado!

—Vale, pues. Disculpa aceptada. Pero, además... no entiendo por qué no puedo mencionar a Nick si tú vas a hablar de tu chica todo el tiempo.

—Yo te hablo de ella porque tú me preguntas por ella.

—No sé si acabo de ver la diferencia.

—Bueno, y además... todavía es mi novia.

—Ya. Supongo que eso sí es una diferencia. —Y de pronto se inclinó hacia él y le ofreció los labios. Primero un simple roce, luego una suavidad casi como de nata montada tibia, y luego la carne en plenitud. Al tacto, sus labios eran tan hermosos, tan completamente animados y valiosos como siempre le habían parecido a la vista. Joey se dejó atraer hacia el beso, pero ella se apartó y desplegó una sonrisa de aprobación—. Hala, el niño está contento.

Cuando se acercó una auxiliar de vuelo para tomar nota de la cena, él pidió ternera. No pensaba comer más que ternera en todo el viaje, partiendo de la teoría de que causaba estreñimiento; esperaba no tener que dedicarse a la pesca del anillo en un cuarto de baño antes de llegar a Paraguay. Jenna vio *Piratas del Caribe* mientras comía, y Joey se puso los auriculares y la vio con ella, invadiendo incómodamente el espacio de Jenna en lugar de extraer su propia

pantalla, pero no hubo más besos, y el inconveniente de los asientos de la clase business, como descubrió cuando acabó la película y se recostaron bajo sus respectivos edredones, era que no existía ninguna posibilidad de acurrucarse juntos o tener el menor contacto accidental.

Empezaba a pensar que le sería imposible conciliar el sueño, cuando de pronto ya era de día y servían el desayuno, y poco después estaban en Argentina. No era un país tan exótico como él había imaginado ni mucho menos. Salvo por el hecho de que todo estaba en español y había más fumadores, allí la civilización se parecía a la civilización de cualquier sitio. Los cristales templados y los suelos embaldosados y las sillas de plástico y los apliques de luz eran exactamente iguales, y en el vuelo a Bariloche el embarque se inició por los asientos traseros, como en cualquier vuelo de enlace estadounidense, y no había nada maravillosamente distinto en el 727, ni en las fábricas ni en los campos de labranza ni en las autopistas que vio por la ventana. La tierra seguía siendo tierra, y las plantas seguían creciendo en ella. La mayoría de los pasajeros de los asientos de primera clase hablaban en inglés, y seis de ellos —una pareja inglesa y una madre estadounidense con sus tres hijos—, junto con Joey y Jenna, cargaron en carritos su equipaje, marcado con la etiqueta de prioritario, y fueron hasta el cómodo microbús blanco de la Estancia El Triunfo, que los esperaba frente al aeropuerto de Bariloche en una zona donde estaba prohibido aparcar.

El conductor, un joven muy serio cuya camisa medio desabotonada dejaba ver el espeso vello negro del pecho, corrió a cogerle la bolsa a Jenna y la metió en el maletero; acto seguido, la acomodó a ella en el asiento delantero antes de que Joey pudiese siquiera asimilar qué ocurría. La pareja inglesa ocupó los dos asientos siguientes, y Joey se vio obligado a sentarse en la parte de atrás con la madre y una hija, que leía una novela juvenil de caballos.

—Me llamo Félix —dijo el conductor por el innecesario micrófono—, bienvenidos a la provincia de Río Negro por favor abróchense los cinturones un viaje por carretera de dos horas algunas zonas de baches tengo refrescos para quienes quieran El Triunfo está lejos pero es lujoso y disculpen por los baches en la carretera gracias.

Era una tarde despejada y luminosa, y el recorrido hasta El Triunfo los llevó a través de un próspero paisaje subalpino tan parecido al oeste de Montana que Joey no pudo por menos de preguntarse por qué había viajado trece mil kilómetros para eso. Lo que quiera que Félix estuviese contándole a Jenna, incesantemente, susurrado en español, quedó ahogado por los incesantes bramidos del inglés, Jeremy. Bramó acerca de aquellos tiempos gloriosos en que Inglaterra estaba en guerra con Argentina por las Malvinas (« nuestra segunda hora más gloriosa »), de la captura de Saddam Hussein (« Ja, me pregunto cómo olía el señor cuando salió de aquel agujero »), del camelo del calentamiento global y el irresponsable fomento del miedo por parte de sus perpetradores (« El

año que viene nos prevendrán sobre la peligrosa nueva glaciación»), de la risible ineptitud de los bancos centrales de Sudamérica (« Cuando el índice de inflación está al mil por ciento, yo diría que el problema no se reduce a la mala suerte»), de la loable indiferencia de los sudamericanos ante el « fútbol» femenino (« Os dejamos a vosotros los norteamericanos destacar en esa particular forma de travestismo»), de los tintos asombrosamente bebibles que producía Argentina (« Dan trepicientas mil vueltas a los mejores vinos de Sudáfrica»), y de su propia abundante salvación ante la perspectiva de comer filete en el desayuno, el almuerzo y la cena (« Soy un *carnívoro*, un *carnívoro*, un brutal y repugnante *carnívoro* »).

Para descansar de Jeremy, Joey entabló conversación con la madre, Ellen, que era guapa sin ser atractiva y llevaba uno de esos pantalones cargo ajustados que hoy en día eran tan del gusto de ciertas madres.

—Mi marido es promotor inmobiliario y le van muy bien las cosas —dijo ella—. Yo estudié arquitectura en Stanford, pero ahora me quedo en casa con los niños. Optamos por la escolarización en casa, que es muy gratificante, y es genial en el sentido de que te permite tomarte vacaciones cuando te conviene, pero si te he de ser sincera, da mucho trabajo.

Sus hijos, la niña lectora y los dos niños con sus consolas detrás de ella, o bien no la oyeron, o les traía sin cuidado causar mucho trabajo. Cuando supo que Joey tenía un pequeño negocio en Washington, le preguntó si conocía a Daniel Jennings.

—Dan es un amigo nuestro de Morongo Valley —explicó ella—, y ha llevado a cabo una minuciosa investigación sobre nuestros impuestos. De hecho, ha llegado al punto de revisar las actas de las sesiones del Congreso, ¿y sabes qué ha descubierto? Que no existe fundamento jurídico para el impuesto sobre la renta federal.

—En realidad, si uno va al fondo de las cosas, no existe fundamento jurídico para nada —comentó Joey.

—Pero obviamente el gobierno federal no quiere que sepamos que todo el dinero recaudado en los últimos cien años nos pertenece legítimamente a los ciudadanos. Dan tiene una página web donde diez profesores de historia le dan la razón: no existe ningún fundamento jurídico. Sin embargo, en los principales medios de comunicación, nadie está dispuesto a tocar el tema. Y en fin... ¿eso no te parece un poco raro? ¿No crees que al menos una televisión o un periódico debería interesarse en cubrirlo?

—Supongo que el asunto tiene otra interpretación —dijo Joey.

—Pero ¿por qué a nosotros nos llega sólo esa otra interpretación? ¿Acaso no es noticia que el gobierno federal deba a los contribuyentes trescientos billones de dólares? Porque ésa es la cifra, según los cálculos de Dan, sumando el interés compuesto. Trescientos billones de dólares.

—Eso es mucho —concedió Joey educadamente—. Eso equivaldría a un millón de dólares para cada habitante del país.

—Exacto. Es un escándalo, ¿no te parece?, lo mucho que nos deben.

Joey pensó en señalar lo difícil que sería para el Tesoro devolver, pongamos, el dinero gastado en ganar la Segunda Guerra Mundial, pero tuvo la impresión de que Ellen no era la clase de persona con quien uno pudiera discutir, y empezaba a marearse por el movimiento del microbús. Oía a Jenna hablar en un excelente español, y él, que sólo lo había estudiado en el instituto, no entendió nada aparte de la repetición de caballos esto y caballos lo otro. Allí, con los ojos cerrados, en un microbús lleno de gilipollas, lo asaltó la idea de que las tres personas a quienes más quería (Connie), apreciaba (Jonathan) y respetaba (su padre) estaban todas, por decir poco, disgustadas con él, si no «asqueadas», según ellas mismas habían dicho. No podía librarse de esa idea; era como una especie de voz de la conciencia que se presentaba ante él para dar el parte. Se obligó a no vomitar, porque ¿acaso no sería el colmo de la ironía vomitar entonces, sólo treinta y seis horas después del momento en que una buena vomitada le habría sido muy útil? Había imaginado que el camino para convertirse en alguien muy duro, en alguien problemático, iría haciéndose más empinado y más arduo, pero poco a poco, con muchos placeres compensatorios en el recorrido, y que tendría tiempo de aclimatarse a cada una de las etapas. Y sin embargo allí estaba, al principio mismo del camino, ya con la sensación de que quizá no tenía estómago para eso.

Con todo, la Estancia El Triunfo era incuestionablemente paradisíaca. Enclavada junto a un arroyo de aguas cristalinas, rodeada de montes amarillentos que ascendían sinuosamente hacia una cordillera violácea, tenía unos jardines exuberantes y bien regados, prados, cuerdas y chalets de piedra plenamente modernizados. La habitación de Joey y Jenna tenía una extensión exquisitamente inútil de fresco suelo embaldosado y amplios ventanales abiertos al impetuoso murmullo del arroyo que discurría más abajo. Joey había temido que hubiera dos camas, pero o bien Jenna tenía previsto compartir una cama de matrimonio con su madre, o bien había cambiado la reserva. Joey se tendió sobre la colcha de brocado de intenso color rojo, hundiéndose en medio de aquel lujo valorado en mil dólares la noche. Pero Jenna se ponía ya a la ropa de montar y las botas.

—Félix va a enseñarme los caballos —dijo—. ¿Quieres venir?

Joey no quería ir, pero sabía que más le valía. «Su mierda apesta igual» era la frase que flotaba en su cabeza cuando se acercaron a las olorosas cuerdas. En la dorada luz vespertina, Félix y un mozo sacaban un espléndido corcel negro sujeto por la brida. Brincó, braceó, corcoveó un poco, y Jenna se fue derecho hacia él, encandilada —con una expresión que a Joey le recordó a Connie y lo llevó a apreciarla más—, y tendió la mano para acariciarle un lado de la cabeza.

—¡Cuidado! —advirtió Félix en español.

—Tranquilo —respondió Jenna, mirando al caballo fijamente a los ojos—. Ya le caigo bien. Confía en mí, lo sé. ¿Verdad, cariño?

—¿Desea que *esto, esto y esto*? —prosiguió Félix, tirando de la brida.

—Hable en inglés, por favor —pidió Joey con frialdad.

—Está preguntando si quiero que lo ensillen —explicó Jenna, y luego habló fluidamente en español con Félix, que objetó que ese «esto, esto y esto» era «peligroso»; pero Jenna no era una persona que aceptara un no por respuesta. Mientras el mozo tiraba de la brida con cierta brutalidad, ella se agarró a la crin del caballo, y Félix, agarrándole los muslos con sus peludas manos, la alzó hasta el lomo desnudo del caballo. Éste clavó las patas y se volvió hacia un lado, tensando la brida, pero Jenna ya se inclinaba hacia delante, apoyando el pecho en la crin, acercando la cara a la oreja del animal, susurrándole sonidos tranquilizadores. Joey estaba muy impresionado. Una vez apaciguado el caballo, Jenna cogió las riendas y se dirigió trotando hacia el rincón más lejano del cercado, donde inició abstrusas negociaciones ecuestres, obligando al caballo a quedarse quieto, a dar unos pasos atrás, a agachar y levantar la cabeza.

El mozo le comentó algo a Félix sobre la «chica» con voz ronca y tono admirativo.

—Por cierto, me llamo Joey —dijo Joey.

—Hola —contestó Félix, sin quitarle ojo a Jenna—. ¿Usted también quiere un caballo?

—De momento estoy bien así. Pero hágame el favor de hablar en inglés, ¿vale?

—Como usted quiera.

Al corazón de Joey le sentó bien ver a Jenna tan feliz a lomos del caballo. Había estado tan negativa y depresiva, no sólo durante el viaje, sino también por teléfono en los meses anteriores, que empezaba a preguntarse si de verdad había en ella algo que apreciar aparte de su belleza. Ahora veía que al menos sabía disfrutar de lo que le proporcionaba el dinero. Aunque a la vez era sobrecogedor ver la cantidad de dinero que se requería para hacerla feliz, para ser la persona que le financiara caballos excelentes: no era tarea para pusilánimes.

No sirvieron la cena hasta pasadas las diez, en una larga mesa comunitaria labrada enteramente a partir del tronco de un árbol que debía de haber medido casi dos metros de diámetro. Los legendarios filetes argentinos eran excelentes, y el vino arrancó bramidos de aprobación a Jeremy. Joey y Jenna dieron buena cuenta de un vaso tras otro, y quizá por eso, pasadas las doce, cuando por fin se magreaban en la inconmensurable cama, él experimentó su primer ataque de un fenómeno del que había oído hablar mucho, pero nunca había imaginado que pudiera llegar a experimentar personalmente. Incluso con el menos apetecible de sus ligués, su rendimiento había sido admirable. Incluso ahora, con el pantalón aún puesto, tuvo la impresión de que la tenía tan dura como la madera de la mesa

comunitaria del comedor, pero o bien se había equivocado al respecto, o bien no soportó mostrarse desnudo ante Jenna. Mientras ella se restregaba contra la pierna desnuda de Joey a través de las bragas, gruñendo un poco a cada embestida, él se sintió como si saliera volando centrífugamente, un satélite desprendiéndose de la gravedad, cada vez más alejado mentalmente de la mujer cuya lengua estaba en su boca y cuyas tetas satisfactoriamente abundantes se apretaban contra su pecho. Ella actuaba con mayor impetuosidad, menos mansedumbre, que Connie: eso era sólo una parte del problema. Además, en la oscuridad él no le veía la cara, y si no la veía, sólo tenía el recuerdo, la idea de su belleza. Se repetía una y otra vez que por fin había conseguido a Jenna, que aquélla era *Jenna, Jenna, Jenna*. Pero a falta de constatación visual, sólo tenía entre sus brazos a una mujer sudorosa cualquiera en plena arremetida.

—¿Podemos encender una luz? —propuso.

—Es demasiado fuerte. No me gusta.

—¿Y qué tal la luz del baño? No se ve nada.

Ella se apartó de él y, malhumorada, suspiró profundamente.

—Quizá sea mejor que nos durmamos. Es tarde, y de todos modos yo estoy desangrándome.

Él se tocó el pene y, para su pesar, lo encontró aún más flácido de lo que esperaba.

—Puede que haya bebido un poco más de la cuenta.

—Yo también. Durmamos, pues.

—Sólo voy a encender la luz del baño, ¿vale?

La encendió, y al verla despatarrada en la cama, y constatar su identidad concreta como la chica más guapa que conocía, albergó la esperanza de que todos los dispositivos se activaran otra vez. Se arrastró hacia ella y dio inicio al proyecto de besar todo su cuerpo, empezando por los pies y los tobillos perfectos y ascendiendo luego por las pantorrillas y la cara interior de los muslos...

—Lo siento, pero eso es demasiado asqueroso —dijo ella de pronto cuando él llegó a las bragas—. Ven.

Con un suave empujón, le hizo tenderse de espaldas y se llevó su pene a la boca. Volvía a tenerla dura al principio, y la boca le pareció celestial, pero se le escapó un poco y notó que se le reblandecía. Temiendo que se le reblandeciera del todo, intentó mantener la erección con un puro acto de voluntad, mantener la conexión, pensar de quién era la boca donde la tenía, y de pronto, por desgracia, recordó que nunca le había interesado mucho la felación, y se preguntó qué problema tenía. El atractivo de Jenna siempre había consistido básicamente en la imposibilidad de poseerla. Ahora que ella era una persona sangrante, borracha, cansada y agazapada entre sus piernas, llevando a cabo un eficiente trabajo oral, podría haber sido casi cualquier mujer, excepto Connie.

En honor de ella, debía reconocerse que perseveró en su esfuerzo hasta

mucho después de que él mismo perdiera la fe. Cuando por fin se interrumpió, le examinó el pene con neutra curiosidad; le dio un ligero meneo.

—Nada, ¿eh?

—No me lo explico. Esto es francamente vergonzoso.

—Bienvenido al mundo del Lexapro.

Cuando Jenna se durmió y empezó a emitir suaves ronquidos, él se quedó allí tendido, con la sangre bulléndole de vergüenza y pesar y añoranza. Estaba muy, muy defraudado consigo mismo, aunque no sabía muy bien por qué, exactamente, tenía que sentirse tan defraudado por su incapacidad para follarse a una chica de la que no estaba enamorado y que ni siquiera le inspiraba gran simpatía. Pensó en el heroísmo de sus padres por permanecer juntos tantos años, la necesidad mutua que subyacía incluso a sus peores peleas. Vio la actitud complaciente de su madre respecto a su padre bajo una nueva luz, y la perdonó un poco. Era una desgracia tener que necesitar a alguien, revelaba una extrema debilidad, pero ahora, por primera vez, no se veía a sí mismo tan infinitamente capaz de cualquier cosa, tan orientable al ciento por ciento hacia cualquier objetivo en que fijase la mira.

En la primera luz del alba austral, despertó con una monstruosa erección de cuya durabilidad no le cupo el menor asomo de duda. Se incorporó y contempló la maraña de pelo de Jenna, sus labios separados, la delicada y sedosa línea de su mandíbula, su belleza casi sagrada. Ahora había mejor luz, le costaba creer lo estúpido que había sido en la oscuridad. Volvió a meterse entre las sábanas y, con suavidad, le hincó un dedo en la zona lumbar.

—¡Para! —exclamó ella de inmediato, levantando la voz—. Intento volver a dormirme.

Él hundió la nariz entre sus omóplatos e inhaló su aroma a pachuli.

—Lo digo en serio —insistió ella, y se apartó con brusquedad—. Yo no tengo la culpa de que nos quedáramos despiertos hasta las tres.

—No eran las tres —musitó él.

—Parecían las tres. ¡Parecían las cinco!

—Ahora son las cinco.

—¡Uf! ¡No quiero ni saberlo! Necesito dormir.

Joey se quedó allí tendido supervisando manualmente, interminablemente, su erección, intentando mantenerla, por lo menos en parte. De fuera llegaban relinchos, un golpeteo metálico lejano, el canto de un gallo, los sonidos de cualquier sitio rural. Mientras Jenna dormía, o lo simulaba, se anunció un arremolinamiento en las tripas de él. Por más que se resistió, el arremolinamiento fue en aumento hasta convertirse en un apremio que se impuso a todos los demás. Con sigilo, fue al cuarto de baño y se encerró. En su neceser de afeitado tenía un tenedor que había llevado en previsión de la tarea sumamente desagradable que le esperaba. Se sentó empuñándolo con la mano

sudorosa mientras la mierda se escurría de su cuerpo. Era abundante, la cantidad acumulada en dos o tres días. Al otro lado de la puerta sonó el teléfono: la llamada del servicio de despertador a las seis y media.

Se arrodilló en el frío suelo y escudriñó los cuatro grandes cagarros que flotaban en la taza con la esperanza de ver el destello del oro. El cagarro más antiguo era oscuro y firme y noduloso, los de más adentro eran de color más claro y empezaban a disolverse un poco. Aunque él, como todo el mundo, se deleitaba en secreto con el olor de sus propios pedos, el olor de su mierda era cosa aparte: olía tan mal que hasta parecía repugnante en un sentido moral. Hincó el tenedor en uno de los cagarros más blandos a fin de girarlo para examinar el lado inferior, pero se dobló y empezó a disgregarse, tiñendo el agua de marrón. Comprendió que la idea del tenedor había sido una fantasía poco realista. Pronto el agua se enturbiaría de tal modo que sería imposible ver en ella un anillo, y si el anillo se desprendía de la materia envolvente, se hundiría hasta el fondo y probablemente se iría por el desagüe. No le quedaba más remedio que extraer los cagarros uno por uno y revisarlos con los dedos, y debía hacerlo deprisa, antes de que el agua los saturara. Conteniendo la respiración, con los ojos llorosos, cogió el cagarro más prometedor y renunció a su última fantasía, que era que a lo mejor le bastaría con una sola mano. Tuvo que emplear las dos, una para sostener la mierda, y la otra para escarbar en ella. Le sobrevino una arcada, seca, y se puso manos a la obra, hundiendo los dedos en el cilindro de excremento blando y sorprendentemente ligero, a temperatura corporal.

Jenna llamó a la puerta.

—¿Qué pasa?

—¡Un momento!

—¿Qué haces ahí dentro? ¿Meneártela?

—¡He dicho que un momento! Tengo diarrea.

—Por Dios. ¿Puedes pasarme un tampón al menos?

—¡Un momento!

Por suerte, el anillo apareció en el segundo cagarro desmenuzado. Un contacto duro en medio de la materia blanda, un círculo límpido dentro del caos. Se enjuagó las manos lo mejor que pudo en el agua inmunda, tiró de la cadena con el codo y acercó el anillo al lavabo. El mal olor era espantoso. Se lavó las manos y limpió el anillo y los grifos tres veces con mucho jabón, mientras Jenna, ante la puerta, se quejaba de que faltaban veinte minutos para que sirvieran el desayuno. Y fue una sensación extraña pero sin duda la experimentó: cuando salió del baño con el anillo en el dedo anular, y Jenna pasó junto a él precipitadamente y volvió a salir disparada, chillando y maldiciendo por el hedor, Joey era otra persona. Vio a esa persona con tal claridad que fue como hallarse fuera de sí mismo. Era la persona que había manipulado su propia mierda para recuperar su alianza nupcial. Ésa no era la persona que él creía ser,

o la que habría elegido ser si hubiese tenido la libertad de elegir, pero había algo reconfortante y liberador en ser una persona real y definida, y no una colección de personas potenciales y contradictorias.

De inmediato, le pareció que el mundo se ralentizaba y se equilibraba, como si también estuviese adaptándose a una nueva necesidad. El primer caballo brioso que le dieron en las cuadras lo tiró al suelo casi con delicadeza, sin mala intención, sin más violencia que la estrictamente necesaria para expulsarlo de la silla. A continuación, le asignaron una yegua de veinte años, desde cuyo amplio lomo vio alejarse rápidamente a Jenna en su corcel por un camino polvoriento, con el brazo izquierdo en alto, como si se despidiera con un gesto de revés, o quizá fuera sólo la postura ecuestre correcta, mientras Félix adelantaba a Joey al galope para alcanzarla. Joey comprendió que sería lógico que ella acabara follando con Félix, y no con él, ya que Félix era un jinete infinitamente superior; esta posibilidad era un alivio, incluso una *mitzvá*, ya que la pobre Jenna desde luego necesitaba que alguien se la follara. Él, por su parte, fue casi toda la mañana al paso, y al final al trote, en compañía de Meredith, la joven hija de Ellen, la lectora de novelas, escuchándola mientras ella exhibía su impresionante bagaje de conocimientos equinos. Eso no le daba sensación de debilidad; le daba sensación de firmeza. El aire andino era magnífico. Meredith pareció encapricharse un poco de él y, pacientemente, lo aleccionó sobre cómo dirigir su caballo sin confundirlo tanto. Cuando el grupo se reunió para el tentempié de media mañana junto a un manantial, sin rastro de Jenna y Félix, Jeremy fue más severo en el aleccionamiento a su mujer, callada y sonrojada, a quien al parecer consideraba responsable de que se rezagaran tanto respecto a los que iban en cabeza. Joey, ahuecando las manos limpias para beber agua del manantial acumulada en una pila de piedra, y ya sin importarle lo que pudiera estar haciendo Jenna, sintió lástima por Jeremy. Era divertido montar a caballo en la Patagonia: en eso Jenna tenía razón.

La sensación de paz le duró hasta media tarde, cuando comprobó su buzón de voz desde el teléfono de la habitación, a cargo de la madre de Jenna, y encontró mensajes de Carol Monaghan y Kenny Bartles. «Hola, cielo, soy tu *suegra* —decía Carol—. ¿Qué tal te suena eso? ¿Eh? ¡Suegra! No me dirás que no suena raro. Me parece una noticia extraordinaria, pero ¿sabes qué, Joey? Seré sincera contigo. Creo que si para ti Connie es tan importante como para casarte con ella, y si tienes tu propia madurez en tan alto concepto como para meterte en el matrimonio, deberías tener la decencia de decirselo a tus padres, en mi modesta opinión. Pero no veo ninguna razón para mantener esto tan en secreto, a menos que te avergüences de Connie, y francamente no sabría qué decir de un yerno que se avergonzara de mi hija. Quizá baste decir que la discreción no es lo mío, personalmente estoy en contra de tanto secreto. ¿Vale? Quizá con eso ya está todo dicho» .

«¿Qué coño pasa, tío?—decía Kenny Bartles—. ¿Dónde coño te has metido? Acabo de enviarte como diez mails. ¿Estás en Paraguay? ¿Por eso no me contestas? Cuando en la contrata pone el 31 de enero Defensa quiere decir el puto 31 de enero. Espero sinceramente que haya algo en camino para mí, porque para el 31 faltan nueve putos días. LBI ya se me ha echado encima, porque esos putos camiones se averían. Un defecto de fábrica absurdo en el eje trasero. Espero que me hayas conseguido unos cuantos putos ejes traseros. O lo que sea, tío. Quince toneladas de putos embellecedores para el capó, y te estaré muy agradecido. Mientras no me consigas algo que pese, mientras no veamos una fecha de entrega confirmada de algo que pese lo suyo, cualquier cosa, no tengo a qué agarrarme».

Jenna regresó al atardecer, más espectacular aún cubierta de polvo.

—Estoy enamorada —dijo—. He encontrado al caballo de mis sueños.

—Tengo que marcharme —anunció Joey sin más—. Tengo que irme a Paraguay.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. Aunque lo ideal sería esta noche.

—Dios mío, ¿tanto te has cabreado conmigo? Yo no tengo la culpa de que me mintieras sobre tus aptitudes ecuestres. No he venido aquí para ir al paso. Tampoco he venido aquí a desperdiciar cinco noches en una habitación doble.

—Ya, lo siento mucho. Pagaré mi mitad.

—Qué pagar ni qué coño. —Lo miró de arriba abajo con desdén—. Es sólo que... ¿no podrías encontrar otra manera de ser decepcionante? No sé si has marcado ya todas las casillas de decepciones concebibles.

—Eso es muy cruel —susurró él.

—Créeme, puedo decir cosas mucho más crueles, y ésa es mi intención.

—Además, no te he dicho que estoy casado. Estoy casado. Me he casado con Connie. Vamos a vivir juntos.

Jenna lo miró con los ojos como platos, como si sintiera dolor.

—¡Joder, mira que eres raro! Eres un bicho raro de cojones.

—Soy muy consciente de eso.

—Creía que me comprendías de verdad. A diferencia de los otros hombres que he conocido. ¡Qué tonta soy!

—No lo eres —dijo él, compadeciéndola por la desventaja que suponía su belleza.

—Pero si crees que lamento oír que estás casado, te equivocas. Si crees que te veía como candidato matrimonial... en fin, dejémoslo. Ni siquiera me apetece cenar contigo.

—Entonces a mí tampoco me apetece cenar contigo.

—Bien, estupendo —contestó ella—. Ahora eres ya oficialmente el peor compañero de viaje posible.

Mientras Jenna se duchaba, él hizo la maleta y luego se tendió en la cama ociosamente, pensando que, quizá, ahora que las cosas estaban claras, podían hacer el amor una vez, para evitar la vergüenza y la derrota de no haberlo hecho, pero cuando Jenna salió del baño, en un grueso albornoz de la Estancia El Triunfo, interpretó correctamente la expresión de su cara y dijo:

—Ni hablar.

Joey se encogió de hombros.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Vete a casa con tu mujercita. No me gustan los bichos raros que me mienten. Sinceramente, ahora mismo me resulta violento compartir la habitación contigo.

Así las cosas, Joey se marchó a Paraguay, y fue un desastre. Armando da Rosa, el dueño del concesionario de excedentes militares más grande del país, era un ex oficial sin cuello, con las cejas juntas y blancas y el pelo muy negro, como teñido con betún. Su despacho, en una barriada de Asunción, tenía un suelo de linóleo bien encerado y una enorme mesa metálica detrás de la cual una bandera paraguaya pendía lánguidamente de un asta de madera. La puerta trasera daba a hectáreas de malas hierbas y polvo y cobertizos de tejado acanalado y herrumbroso, vigilados por enormes perros todo colmillos y esqueleto y pelo de punta y con aspecto de haber sobrevivido por poco a una electrocución. La impresión que Joey sacó del monólogo laberíntico de Da Rosa, en un inglés sólo un poco mejor que el español de Joey, fue que había sufrido un contratiempo en su carrera unos años antes y había escapado del consejo de guerra gracias a los esfuerzos de ciertos oficiales, amigos leales suyos, recibiendo a cambio, a modo de «justicia», la concesión para la venta de excedentes y material militar declarado obsoleto. Vestía uniforme de faena y llevaba al cinto un arma que incomodó a Joey cuando salió delante de él. Avanzaron entre la mala hierba, cada vez más alta y leñosa, poblada de descomunales avispones sudamericanos, hasta llegar al filón principal de repuestos para el camión Pladsky A10, junto a una valla trasera coronada de alambre concertina. Lo bueno era que desde luego había muchas piezas. Lo malo era que se hallaban en un estado lamentable. En hilera, los capós de camión, orlados de óxido, yacían semicaídos, como piezas de dominó volcadas; los ejes y los parachoques formaban pilas enmarañadas como viejos huesos de pollo gigantesco; los motores se hallaban dispersos entre la mala hierba como los excrementos de un tiranosaurio; en los montículos cónicos de piezas menores, más oxidadas, crecían flores silvestres. Deambulando entre la mala hierba, Joey descubrió nidos de piezas de plástico embarradas y/o rotas, escondrijos de manguitos y correas agrietados por la intemperie, y cajas de cartón descompuestas con palabras estampadas en polaco. Al ver todo aquello, tuvo que reprimir unas lágrimas de decepción.

—Mucha herrumbre aquí —dijo.

—¿Qué es « herrumbre» ?

Joey desprendió una enorme escama del tapacubos más cercano.

—Herrumbre. Óxido de hierro.

—Eso es por lluvia —explicó Da Rosa.

—Puedo darle diez mil dólares por el lote entero —dijo Joey—. Si pesa más de treinta toneladas, le daré quince. Eso está muy por encima de su valor como chatarra.

—¿Para qué quiere esta mierda?

—Tengo una flota de camiones que necesito mantener.

—Usted... usted es muy joven. ¿Para qué lo quiere?

—Porque soy tonto.

Da Rosa lanzó una mirada hacia la selva secundaria al otro lado de la valla.

—No puedo dárselo todo.

—¿Por qué no?

—Estos camiones, el ejército no usar. Pero puede usar si hay guerra.

Entonces mis piezas son valiosas.

Joey cerró los ojos y se estremeció ante tamaña estupidez.

—¿Qué guerra? ¿Contra quién? ¿Bolivia?

—Sólo digo que si guerra, necesitamos piezas.

—Estas piezas son una mierda. Le estoy ofreciendo quince mil dólares por ellas. Quince mil dólares.

Da Rosa negó con la cabeza.

—Cincuenta mil.

—¿Cincuenta mil dólares? Y un carajo. ¿Lo entiende? De eso nada.

—Treinta.

—Dieciocho.

—Veinticinco.

—Me lo pensaré —dijo Joey, volviéndose en dirección al despacho—. Me pensaré si le doy veinte, en caso de que haya más de treinta toneladas. Veinte, ¿de acuerdo? Es mi última oferta.

Durante un minuto o dos, después de estrechar la grasienta mano de Da Rosa y regresar al taxi que había dejado esperando en la calle, se sintió bien consigo mismo, por la manera en que había manejado la negociación y por su valentía al viajar a Paraguay para llevarla a cabo. Lo que su padre no entendía de él, lo que en realidad sólo entendía Connie, era que poseía una cabeza privilegiada para los negocios. Sospechaba que había heredado ese instinto de su madre, que era una competidora nata, y poder ejercerlo le proporcionaba una peculiar satisfacción filial. El precio que había arrancado a Da Rosa era muy inferior al que se había permitido esperar, y aun sumando el coste de un transportista local para cargar las piezas en los contenedores y trasladarlas al aeropuerto, aun añadiendo la

exorbitante suma que después le representaría enviar los contenedores por aire a Iraq, aun así, se mantendría dentro de los parámetros que le garantizaban unos beneficios de escándalo. Pero mientras el taxi serpenteaba por las zonas coloniales más antiguas de Asunción, empezó a temer que quizá no fuera capaz de hacerlo. Que no fuera capaz de enviar una chatarra casi descaradamente inservible a las fuerzas estadounidenses que intentaban ganar una guerra dura y poco convencional. Si bien el problema no lo había creado él —había sido cosa de Kenny Bartles, al elegir el Pladsky obsoleto, a precio de ganga, para cumplir su propia contrata—, era igualmente un problema suyo. Y creaba un problema aún mayor: con los costes iniciales y el envío insignificante pero caro de las piezas desde Lodz, había gastado ya todo el dinero de Connie y la mitad del primer plazo del préstamo bancario. Aun cuando en ese momento consiguiera echarse atrás, dejaría a Connie sin blanca y él se quedaría con una deuda agobiante. Nervioso, dio vueltas a su alianza nupcial en el dedo, vueltas y más vueltas, deseando llevársela a la boca en busca de consuelo pero temiendo tragársela de nuevo. Intentó convencerse de que tenía que haber más piezas del A10 en algún sitio, en algún almacén abandonado pero al amparo de la lluvia en el este de Europa, pero había dedicado largos días a buscar en internet y a hacer llamadas, y las probabilidades eran escasas.

—El jodido Kenny— dijo en voz alta, pensando en lo inoportuno que era empezar a tener conciencia en ese preciso momento—. Jodido delincuente.

De vuelta en Miami, mientras esperaba el último vuelo de enlace, se obligó a llamar a Connie.

—Hola, cariño —dijo ella, animada—. ¿Qué tal va por Buenos Aires?

Sin entrar en detalles acerca de su itinerario, fue derecho a explicarle sus inquietudes.

—Parece que lo has hecho muy bien —comentó Connie—. O sea, veinte mil dólares, eso es un precio buenísimo, ¿no?

—Salvo por el hecho de que son unos diecinueve mil más de lo que vale.

—No, cariño, vale lo que Kenny esté dispuesto a pagar.

—¿Y no crees que eso debería... digamos... preocuparme moralmente? ¿Venderle chatarra al gobierno?

Ella guardó silencio mientras reflexionaba.

—Supongo que, si te disgusta mucho —contestó por fin—, quizá no deberías hacerlo. Sólo quiero que hagas cosas con las que te sientas a gusto.

—No pienso perder tu dinero —dijo él—. Eso es lo único que tengo claro.

—Ah, no, sí que puedes perderlo. Da igual. Ya ganarás dinero con otra cosa. Confío en ti.

—No pienso perderlo. Quiero que vuelvas a la universidad. Quiero que tengamos una vida juntos.

—¡Pues tengámosla! Yo estoy lista si tú lo estás. Estoy más que lista.

Fuera, en la pista, bajo un inestable cielo gris propio de Florida, armas de destrucción masiva de eficacia probada rodaban de aquí para allá. Joey deseó que hubiera otro mundo, un mundo más sencillo en el que fuera posible disfrutar de una buena vida sin hacerlo a costa de nadie.

—He recibido un mensaje de tu madre —dijo.

—Lo sé. Estuve mal, Joey. No le conté nada, pero ella me vio el anillo y me preguntó, y no pude callarme.

—Me vino con el sermón de que debo decírselo a mis padres.

—Pues déjala que sermonee. Ya se lo dirás cuando estés listo.

Cuando llegó a Alexandria, estaba de un humor lúgubre. Sin la opción de ilusionarse con Jenna o fantasear con ella, incapaz de imaginar un resultado favorable en Paraguay, sin nada salvo tareas ingratas ante sí, se comió una bolsa de patatas fritas onduladas y telefoneó a Jonathan para expresarle su arrepentimiento y buscar consuelo en la amistad.

—Y ahora viene lo peor —anunció—: fui allí siendo un hombre casado.

—¡No me jodas! —exclamó Jonathan—. ¿Te has casado con Connie?

—Sí. Me he casado. En agosto.

—Esa es la mayor locura que he oído en la vida.

—He pensado que era mejor decírtelo, porque probablemente te enterarás por Jenna. Quien, puedo decir sin miedo a equivocarme, ahora mismo no está muy contenta conmigo.

—Debe de tener un cabreo soberano.

—Oye, ya sé que la consideras horrorosa, pero no lo es. Lo que pasa es que está perdida, y los demás sólo ven en ella su aspecto físico. Tiene mucha menos suerte que tú.

Joey pasó a contar a Jonathan la anécdota del anillo, y la horrenda escena en el cuarto de baño, con las manos llenas de mierda y Jenna llamando a la puerta, y encontró el consuelo que buscaba en su propia risa y en la risa y los gemidos de asco de Jonathan. Lo que había sido repugnante durante cinco minutos dio pie a una fantástica anécdota que quedaría para siempre. Cuando a continuación admitió que Jonathan tenía razón sobre Kenny Bartles, la respuesta de su amigo fue clara y categórica:

—Tienes que salirte de esa contrata.

—No es tan fácil. Debo proteger la inversión de Connie.

—Busca una escapatoria. Tienes que hacerlo. Lo que está pasando allí es un verdadero desastre. Es peor de lo que imaginas.

—¿Todavía me odias? —preguntó Joey.

—Yo no te odio. Creo que has sido un gilipollas integral. Pero creo que no soy capaz de odiarte.

Con esta conversación, Joey se animó lo suficiente como para irse a la cama y dormir doce horas de un tirón. A la mañana siguiente, cuando en Iraq era

media tarde, telefonó a Kenny Bartles y le pidió que le permitiera abandonar la contrata.

—¿Y qué pasa con las piezas de Paraguay?—preguntó Kenny.

—Había peso de sobra. Pero todo es mierda oxidada e inservible.

—Mándalo igualmente. Me la estoy jugando.

—Eres tú quien compró esos ridículos A10 —dijo Joey—. No tengo la culpa de que no haya piezas de repuesto.

—Acabas de decirme que había piezas de sobra. Y yo te digo que las mandes. ¿Qué es lo que se me escapa aquí?

—Estoy diciendo que debes buscar a alguien que compre mi parte. No quiero participar en esto.

—Un momento, Joey, tío, escucha. Firmaste un contrato. Y no es que se esté acabando el plazo para el Envío Número Uno, sino que el plazo está ya más que vencido. No puedes dejarme en la estacada. No a menos que quieras renunciar a lo que has desembolsado. Ahora mismo ni siquiera tengo efectivo suficiente para comprar tu parte, porque el ejército todavía no me ha pagado las piezas, porque tu envío polaco pesaba poco. Intenta ver las cosas desde mi punto de vista, ¿quieres?

—Pero el material de Paraguay tiene tan mala pinta que dudo mucho que vayan a aceptarlo.

—Eso déjame a mí. Conozco a la gente de LBI destacada aquí in situ. Puedo colarlo. Sólo tienes que mandarme treinta toneladas, y luego podrás dedicarte otra vez a leer poesía o lo que sea.

—¿Cómo sé yo que puedes colarlo?

—Eso es mi problema, ¿vale? Tu contrato es conmigo, y yo te digo que me consigas peso y recibirás tu dinero.

Joey no sabía qué era peor, si el temor de que Kenny estuviera mintiendo y no sólo se viera despojado del dinero ya gastado, sino también de los grandes desembolsos adicionales pendientes, o que Kenny dijera la verdad y LBI fuera a pagar ochocientos cincuenta mil dólares por piezas casi inservibles. No vio otra opción que puentear a Kenny y hablar directamente con LBI. Esto supuso una mañana entera viéndose remitido telefónicamente de una persona a otra en la sede de LBI, en Dallas, hasta que lo pusieron en comunicación con el vicepresidente adecuado. Joey explicó su dilema con la mayor claridad posible:

—No hay piezas útiles disponibles para ese camión, Kenny Bartles no está dispuesto a comprar mi parte de la contrata, y yo no quiero mandarles piezas defectuosas.

—¿Bartles está dispuesto a aceptar lo que tiene usted? —preguntó el vicepresidente.

—Sí. Pero no sirve.

—Eso no es asunto suyo. Si Bartles lo acepta, usted queda libre de

responsabilidades. Le aconsejo que haga el envío de inmediato.

—Me parece que no me ha entendido bien —insistió Joey—. Estoy diciendo que ese envío no les conviene.

El vicepresidente digirió sus palabras y añadió:

—No volveremos a tratar con Kenny Bartles en el futuro. Estamos muy descontentos con la situación del A10. Pero eso a usted no tiene por qué preocuparle. Lo que debería preocuparle es que lo demanden por incumplimiento de contrato.

—¿Quién? ¿Kenny?

—Es sólo una hipótesis. No va a suceder, siempre y cuando envíe las piezas. Sólo debe recordar que ésta no es una guerra perfecta en un mundo perfecto.

Y Joey intentó recordarlo. Intentó recordar que lo peor que podía suceder, en este mundo no precisamente perfecto, era que todos los A10 se averiasen y necesitaran ser sustituidos por camiones mejores, y que por esa razón la victoria en Iraq se retrasara mínimamente, y que los contribuyentes estadounidenses hubiesen malgastado unos cuantos millones de dólares en él y Kenny Bartles y Armando da Rosa y los maleantes de Lodz. Con la misma determinación que había demostrado para coger sus propios cagarros, volvió a Paraguay y contrató un expedidor y supervisó la operación de carga de las treinta y dos toneladas de piezas en contenedores y bebió cinco botellas de vino en las cinco noches que tuvo que esperar a que Logística Internacional las subiera a un veterano C-130 y se las llevara; pero en ese montón de mierda en particular no había un anillo de oro escondido. Cuando regresó a Washington, siguió bebiendo, y cuando por fin Connie apareció con tres maletas y se instaló en su casa, siguió bebiendo, y durmiendo mal, y cuando Kenny llamó desde Kirkuk para comunicarle que la entrega había sido aceptada y que los 850.000 de Joey estaban al caer, pasó tan mala noche que telefonó a Jonathan y le confesó lo que había hecho.

—Tío, eso está muy mal —dijo Jonathan.

—A mí me lo vas a contar.

—Más vale que no te pillen. Empiezan a llegarme no pocos rumores sobre esos dieciocho mil millones en contratas que aceptaron en noviembre. No me extrañaría que el asunto acabara en el Congreso.

—¿No hay nadie a quien pueda contárselo? Ni siquiera me interesa quedarme con el dinero, salvo lo que les debo a Connie y al banco.

—Muy noble de tu parte.

—No podía dejar a Connie sin su dinero. Sabes que sólo lo he hecho por eso. Pero me pregunto si no podrías contarle a alguien del *Post* lo que está pasando. En plan... me ha llegado algo de fuentes anónimas.

—No si quieres seguir en el anonimato. Y si no quieres, ya sabes quién va a acabar pringando, ¿no?

—Pero ¿y si soy yo quien descubre el pastel?

—En cuanto descubras el pastel, ya se encargará Kenny de que pringues tú. Y lo mismo hará LBI. Esa gente tiene una partida en el presupuesto para hacer pringar a todo aquel que descubra el pastel. Serás el chivo expiatorio ideal. El universitario de cara bonita con las piezas de camión oxidadas. El *Post* se te comerá vivo. Y no es que tus sentimientos no te honren. Pero te recomiendo encarecidamente que no digas ni pío.

Connie encontró un empleo por medio de una agencia de trabajo temporal mientras esperaban a que los 850.000 dólares sucios pasaran por los filtros del sistema. Joey mataba el tiempo viendo la televisión y jugando con la videoconsola y aprendiendo a organizarse en la vida doméstica, a planificar una cena y hacer la compra para prepararla, pero la visita más breve y simple al supermercado lo agotaba. La depresión que durante años había acechado a las mujeres que tenía cerca parecía haber identificado por fin a su legítima presa e hincado el diente en él. Lo único que debía hacer por fuerza, es decir, comunicar a su familia que se había casado con Connie, era incapaz de hacerlo. Esa necesidad llenaba el pequeño apartamento como si fuese un Pladsky A10, confinando a Joey a los márgenes, privándolo de aire suficiente para respirar. Allí estaba esa necesidad cuando se despertaba y también cuando se acostaba. No se imaginaba dándole la noticia a su madre, porque inevitablemente percibiría el matrimonio como un golpe personal dirigido contra ella. Y probablemente así era, en cierto modo. Pero no temía menos la conversación con su padre, la reapertura de esa herida. Así que cada día, pese a sentirse asfixiado por el secreto, pese a imaginar a Carol pregonando la noticia entre los antiguos vecinos de Joey, alguno de los cuales no tardaría en contárselo a sus padres, postergaba el anuncio otro día más. El hecho de que Connie nunca lo atosigara sólo hacía que el problema fuera, aún más, exclusivamente suyo.

Y de pronto, una noche, en la CNN vio la noticia de una emboscada a las afueras de Faluya en la que varios camiones estadounidenses se habían averiado, quedando los conductores civiles a merced de los insurgentes, que acabaron con ellos. Aunque no distinguió ningún A10 en las imágenes de la CNN, le entró tal ansiedad que tuvo que tomarse unas copas para poder dormirse. Se despertó varias horas después, bañado en sudor, casi sobrio, junto a su mujer, que dormía literalmente como un bebé —con esa tierna inmovilidad propia de quien confía en el mundo—, y supo que debía llamar a su padre por la mañana. Nunca nada le había infundido tanto miedo como esa llamada. Pero ahora comprendía que nadie más podía aconsejarle qué hacer, si descubrir el pastel y sufrir las consecuencias o no decir ni pío y quedarse con el dinero, y que nadie más podía absolverlo. El amor de Connie era demasiado incondicional, el de su madre demasiado ensimismado, el de Jonathan demasiado secundario. Era a su estricto padre, hombre de sólidos principios, a quien debía darle una explicación completa. Había combatido contra él toda su vida, y había llegado la hora de

admitir la derrota.

El ogro de Washington

El padre de Walter, Gene, era el hijo menor de un sueco complicado que se llamaba Einar Berglund y había emigrado a principios del siglo XX. Eran muchas las cosas que podían desagradarle a uno de la Suecia rural —el servicio militar obligatorio, los pastores luteranos entrometiéndose en la vida de sus feligreses, una jerarquía que impedía casi por completo el ascenso social—, pero lo que en realidad empujó a Einar a marcharse a Estados Unidos, según la versión que Dorothy le contó a Walter, fue un conflicto con su madre.

Einar era el mayor de ocho hijos, el príncipe de la familia en su granja del sur de Osterland. Su madre, que quizá no fuera la primera mujer insatisfecha en su matrimonio con un Berglund, trató con descarado favoritismo a su primogénito, vistiéndolo con ropa mejor que la de sus hermanos, dándole la nata de la leche de los otros y eximiéndolo de las labores de la granja para que pudiera consagrarse a su educación y su cuidado personal. («El hombre más vanidoso que he conocido», decía Dorothy). El sol materno iluminó a Einar durante veinte años, pero entonces, por un desliz, su madre tuvo un hijo tardío, varón, y se prendó de él como antes se había prendado de Einar; y Einar nunca se lo perdonó. Incapaz de soportar no ser el predilecto, zarpó rumbo a América el día de su vigésimo segundo aniversario. Una vez allí, no regresó jamás a Suecia y no volvió a ver a su madre. Reconocía con orgullo que había olvidado hasta la última palabra de su lengua materna y profería, a la menor provocación, largas diatribas contra «el país más estúpido, más petulante y más estrecho de miras del mundo». Se convirtió en otra coordenada en el mapa del experimento norteamericano de autogobierno, un experimento estadísticamente distorsionado desde el principio, porque no fueron las personas con genes sociables las que huyeron del superpoblado Viejo Mundo hacia el nuevo continente: fueron las que no congeniaban con los demás.

De joven, en Minnesota, trabajando primero de leñador en la tala de los últimos bosques vírgenes y luego de excavador en una cuadrilla de peones camineros, y sin ganar gran cosa en ninguno de los dos oficios, Einar se sintió atraído por el concepto comunista de que su trabajo era objeto de la explotación de los capitalistas de la Costa Este. Hasta que un día, escuchando la soflama de un vehemente orador comunista en Pioneer Square, tuvo un momento de inspiración

y comprendió que la manera de salir adelante en su nuevo país era explotar a alguien él mismo. Junto con varios de sus hermanos menores, que lo habían seguido a Estados Unidos, se estableció como contratista de la construcción de carreteras. Para mantenerse ocupados en los meses fríos, sus hermanos y él fundaron además un pueblo a orillas del alto Misisipi y abrieron una tienda. Puede que su ideología política fuera aún radical por aquel entonces, porque concedía crédito ilimitado a los campesinos comunistas, muchos de ellos finlandeses, que se afanaban por ganarse la vida fuera del alcance del capital de la Costa Este. La tienda pronto empezó a tener pérdidas, y Einar estaba a punto de vender su parte cuando un antiguo amigo suyo, un tal Christiansen, abrió en la acera de enfrente una tienda que le hacía la competencia directa. Por puro despecho, según Dorothy, Einar mantuvo la tienda otros cinco años, atravesando el punto álgido de la Gran Depresión, acumulando pagarés incobrables de todos los campesinos en un radio de quince kilómetros, hasta que el pobre Christiansen por fin se vio empujado a la quiebra. Entonces, Einar se trasladó a Bemidji, donde prosperó en la construcción de carreteras, pero acabó vendiendo su empresa a un precio catastróficamente bajo a un contratista de modales untuosos que había fingido afinidades socialistas.

Para Einar, Estados Unidos era la tierra de la libertad no sueca, el lugar de espacios abiertos donde un hijo aún podía imaginar que era especial. Pero nada altera tanto la sensación de ser especial como la presencia de otros seres humanos que se sienten igual de especiales. Tras alcanzar, gracias a su inteligencia innata y al duro trabajo, cierto grado de prosperidad e independencia, pero no lo suficiente de lo uno ni de lo otro, se convirtió en todo un modelo de ira y decepción. Después de jubilarse, en los años cincuenta, empezó a mandar cada Navidad cartas a sus familiares en las que despotricaba contra la estupidez del gobierno de Estados Unidos, las injusticias de su economía política y la necesidad de su religión, estableciendo, por ejemplo, en una felicitación navideña especialmente cáustica, un sagaz paralelismo entre la virgen no desposada de Belén y la «fulana sueca» Ingrid Bergman, que había dado a luz a su propia «bastarda» (Isabella Rossellini), cuyo nacimiento celebraban últimamente los medios de comunicación estadounidenses, controlados por «intereses corporativos». Aunque él mismo era empresario, Einar aborrecía a las grandes compañías. Aunque había hecho carrera a base de contratos con el gobierno, aborrecía también al gobierno. Y aunque adoraba la carretera, la carretera le amargó la vida y lo enloqueció. Compraba sedanes estadounidenses con los motores más grandes disponibles, para poder ir a ciento cincuenta y ciento sesenta por las llanas y rectas carreteras estatales de Minnesota, muchas construidas por él, y adelantar con un rugido a los estúpidos que se encontraba. Si un coche se le acercaba de frente por la noche con las largas encendidas, Einar respondía poniendo también las largas y dejándolas puestas. Si un mentecato se

atreví a intentar adelantarlo en una carretera de doble sentido, pisaba a fondo el acelerador para igualar la velocidad del otro coche y luego desaceleraba para impedir que el aspirante a adelantarlo pudiera volver a colocarse detrás, obteniendo especial placer cuando existía peligro de colisión con un camión que venía de frente. Si otro conductor lo obstaculizaba o se negaba a cederle el paso, perseguía al causante de la ofensa e intentaba sacarlo de la carretera, para poder apearse e insultar a gritos al conductor. (El carácter propenso a la fantasía de la libertad ilimitada es también, cuando la fantasía se echa a perder, un carácter proclive a la misantropía y la rabia). Einar tenía setenta y ocho años cuando una pésima decisión al volante lo obligó a elegir entre un choque frontal y una profunda zanja en la cuneta de la carretera federal 2. Su mujer, que viajaba en el asiento del acompañante y, a diferencia de Einar, llevaba puesto el cinturón de seguridad, sobrevivió tres días en el hospital de Grand Rapids antes de expirar a causa de las quemaduras. Según la policía, se habría salvado si no hubiese intentado sacar a su marido muerto de su Eldorado en llamas. « La trató como a un perro toda su vida —decía después el padre de Walter—, y al final la mató » .

De los cuatro hijos de Einar, Gene era el que carecía de ambición y se quedó cerca de casa, el que quería disfrutar de la vida, el que tenía un millar de amigos. Eso era en parte su manera de ser y en parte un reproche consciente a su padre. Gene había sido una estrella del hockey en el instituto en Bemidji y, después de Pearl Harbor, para mortificación de su antimilitarista padre, fue uno de los primeros en alistarse en el ejército. Se alistó para un segundo período en el Pacífico y salió ileso y sin ascender más allá de soldado raso de primera, y a su regreso a Bemidji se dedicó a irse de farra con sus amigos y trabajar en un taller mecánico y desoir las severas órdenes de su padre, que quería que aprovechara la Ley G.I. de ayuda financiera a los estudios de los excombatientes. No estaba claro si se habría casado con Dorothy si no la hubiera dejado embarazada, pero, una vez casados, se propuso amarla con toda la ternura que, según creía, su padre había negado a su madre.

El hecho de que aun así Dorothy acabase trabajando como una mula para él, y su propio hijo, Walter, acabase odiándolo por eso, fue sólo uno de esos giros del destino de una familia. Al menos Gene, a diferencia de su padre, no insistió en que era superior a su mujer. Por el contrario, la esclavizó con su debilidad: su tendencia a la bebida en particular. También llegó a parecerse a Einar de otras maneras, que tenían análogamente un origen indirecto. Era de un populismo agresivo, exhibía desafiante y orgulloso su vulgaridad, y se sentía atraído, en consecuencia, hacia el lado oscuro de la política derechista. Se mostraba afectuoso y agradecido con su mujer; entre sus amigos y compañeros excombatientes era conocido por su generosidad y lealtad, y sin embargo, con la edad, se volvió cada vez más propenso a hirientes efusiones de resentimiento berglundiano. Odiaba a los negros, a los indios, a los instruidos, a los estirados y,

sobre todo, al gobierno federal, y valoraba sus libertades (beber, fumar, marcharse a una cabaña con sus compinches para practicar la pesca en el hielo) tanto más por lo modestas que eran. Sólo trataba mal a Dorothy cuando ella le sugería, con tímida solicitud —porque culpaba sobre todo a Einar de los defectos de Gene—, que bebiera menos.

La parte de la herencia de Einar correspondiente a Gene, aunque muy menguada por las lesivas condiciones de la venta del negocio de Einar, que él mismo propició, bastó para poner a su alcance el pequeño motel de carretera que, según pensaba desde hacía tiempo, sería «ideal» tener y regentar. Cuando Gene lo compró, el Pinos Susurrantes tenía un conducto séptico perforado, un grave problema de humedades y estaba demasiado cerca del arcén de una autovía con un denso tráfico de camiones de mineral que pronto sería ensanchada. En la parte de atrás había un barranco lleno de basura y ansiosos abedules jóvenes, uno de ellos creciendo a través de un carrito de supermercado maltrecho que acabaría estrangulándolo y atrofiándolo. Gene debería haber sabido que, con toda seguridad, en el mercado local aparecería un motel más alegre, y bastaba con tener un poco de paciencia. Pero las malas decisiones empresariales tienen su propia inercia. Para invertir con criterio, debería haber sido una persona más ambiciosa, y como él no era así, estaba impaciente por dejar atrás su error, apechugar con lo que había y empezar a esforzarse por olvidar la cantidad de dinero que había gastado, en olvidarla literalmente, recordando literalmente una suma más parecida a la que después le dijo a Dorothy que había pagado. Al fin y al cabo, hay cierta felicidad en la infelicidad, si es la infelicidad adecuada. Gene ya no debía temer una decepción en el futuro, porque ya la había tenido; había superado ese obstáculo, se había convertido permanentemente en víctima del mundo. Había contraído una segunda hipoteca asfixiante para pagar un sistema séptico nuevo, y todos los desastres posteriores, grandes o pequeños —un pino que cayó sobre el tejado de la oficina, un cliente que pagó en efectivo y limpió unas luciopercas sobre la colcha de la habitación número 24, el cartel de neón de COMPLETO que quedó encendido durante la mayor parte del puente del Cuatro de Julio hasta que Dorothy se dio cuenta y lo apagó— le sirvieron para confirmar su visión del mundo y su mísero lugar en él.

Durante los primeros veranos en el Pinos Susurrantes, los hermanos de Gene, en mejor situación económica, llevaban a sus familias desde otros estados y se alojaban allí durante una o dos semanas a precios especiales, cuya negociación dejaba insatisfechos a todos. Los primos de Walter se apropiaban de la piscina manchada de taninos mientras sus tíos ayudaban a Gene a sellar el asfalto del aparcamiento o apuntalar con traviesas de ferrocarril la pendiente trasera de la finca, muy erosionada. Abajo, en el barranco palúdico, cerca de los restos del carrito de supermercado reventado, el sofisticado primo de Chicago de Walter, Leif, contaba anécdotas informativas y angustiosas sobre los barrios residenciales

de la gran ciudad; la más memorable y preocupante, para Walter, fue la de un chico de Oak Park que a los trece años había conseguido quedarse desnudo con una niña y luego, al no saber muy bien qué hacer, se meó en las piernas de ella. Como los primos urbanos de Walter se parecían más a él que sus hermanos, esos primeros veranos fueron los más felices de su infancia. Cada día traía consigo nuevas aventuras y percances: picaduras de avispa, vacunas antitetánicas, cohetes de agua fallidos, casos espantosos de urticaria, incidentes en los que casi se ahogaban. Ya entrada la noche, cuando el tráfico disminuía, los pinos cercanos a la oficina en efecto susurraban.

Pero las otras esposas Berglund no tardaron en decir basta colectivamente, y se acabaron las visitas. Gene se lo tomó como una prueba más de que sus hermanos lo miraban por encima del hombro, se consideraban demasiado refinados para su motel, y en términos generales pertenecían a esa clase privilegiada de estadounidenses a quienes él empezaba a considerar un gran placer vilipendiar y rechazar. Eligió a Walter como blanco de sus burlas simplemente porque a Walter le caían bien sus primos de la ciudad y los echaba de menos. Con la esperanza de conseguir que le cayeran peor, Gene asignaba a aquel ratón de biblioteca que tenía por hijo las tareas de mantenimiento más sucias y degradantes. Walter rascaba pintura, restregaba las manchas de sangre y semen de las moquetas y usaba alambre de percha para extraer masas de mugre y pelo en descomposición de los desagües de las bañeras. Si un huésped había dejado un inodoro especialmente salpicado por la diarrea, y si Dorothy no andaba cerca para adelantársele y limpiarlo, Gene llevaba a los tres chicos para que vieran la porquería y luego, tras animar a los hermanos de Walter a reírse de asco, lo dejaba a él allí solo para limpiarlo. « Le hará bien », decía. « ¡Sí, le hará bien! », repetían los hermanos. Y si Dorothy se enteraba y lo reprendía, Gene, allí sentado, sonreía y fumaba con especial regodeo, absorbiendo la ira de Dorothy sin devolverla: enorgulleciéndose, como siempre, de no levantarle nunca la voz ni la mano. « Baaah, Dorothy, déjalo estar —decía—. El trabajo le hará bien. Le enseñará a no creerse superior ».

Era como si toda la hostilidad que Gene podría haber dirigido contra su esposa, por ser una mujer con formación universitaria, pero que no se permitía por temor a ser como Einar, hubiese hallado un blanco más aceptable en su hijo mediano, quien, como la propia Dorothy percibía, poseía fortaleza suficiente para soportarlo. Para ella, la justicia se cumplía a largo plazo. A corto plazo, quizá fuera injusto que Gene tratara con tal dureza a Walter, pero a la larga su hijo triunfaría, mientras que su marido nunca llegaría muy lejos. Y el propio Walter, al no quejarse por hacer las tareas desagradables que su padre le imponía, al negarse a acudir a Dorothy con llantos o quejas, le demostraba a su padre que podía vencerlo incluso en su propio juego. Los tropezones cotidianos de Gene contra los muebles ya entrada la noche, sus ataques de pánico infantil cuando se

le acababa el tabaco, su instintivo menosprecio por la gente con éxito: si Walter no hubiese estado perpetuamente ocupado en odiarlo, tal vez lo habría compadecido. Y eran pocas las cosas que Gene temía más que la compasión.

Cuando tenía nueve o diez años, Walter colgó un cartel de Prohibido Fumar escrito a mano en la puerta de la habitación que compartía con su hermano menor, Brent, a quien molestaba el tabaco de Gene. Walter no lo habría hecho por sí mismo; habría permitido a su padre echarle el humo directamente a los ojos antes que darle la satisfacción de quejarse. Y éste, por su parte, no se sentía tan cómodo con Walter como para limitarse a arrancar el cartel. Se conformó con burlarse de él.

—¿Y si tu hermanito quiere un pitillo a medianoche? ¿Vas a obligarlo a salir al frío?

—De tanto humo, por las noches ya tiene una respiración rara —dijo Walter.

—Es la primera noticia que tengo.

—Yo estoy al lado, lo oigo.

—Yo sólo digo que has colgado ese cartel en nombre de los dos, ¿no? ¿Y qué opina Brent? Comparte la habitación contigo, ¿no?

—Tiene seis años —respondió Walter.

—Gene, creo que quizá Brent sea alérgico al humo —intervino Dorothy.

—Pues yo creo que Walter es alérgico a mí.

—No queremos que nadie fume en nuestra habitación, es sólo eso —aclaró el chico—. Puedes fumar delante de la puerta pero no en la propia habitación.

—No veo qué diferencia hay entre que el cigarrillo esté a un lado u otro de la puerta.

—Sencillamente es la nueva norma de nuestra habitación.

—Así que ahora eres tú quien impone las normas en esta casa, ¿eh?

—En nuestra habitación, sí, soy yo —respondió Walter.

Gene estaba a punto de dejarse llevar por la ira cuando de pronto asomó a su rostro una expresión de hastío. Negó con la cabeza y esbozó la sonrisa torcida e irreductible con que había respondido toda su vida a las reafirmaciones de autoridad. Quizá había visto en la alergia de Brent la excusa que venía buscando para adosar a la oficina del motel un «salón» donde poder fumar en paz y recibir a sus amigos y cobrarles unas monedas por beber con él. Dorothy había previsto acertadamente que ese salón acabaría con él.

El gran alivio de Walter en su infancia, aparte del colegio, fue la familia de su madre. Su abuelo era médico rural, y entre los hermanos y tíos de su madre había profesores universitarios, un matrimonio de antiguos actores de vodevil, un pintor aficionado, dos bibliotecarios, y varios solteros probablemente gays. Los parientes de Dorothy en las Ciudades Gemelas invitaban a Walter a pasar deslumbrantes fines de semana de museos y música y teatro; los que aún vivían en las Montañas de Hierro organizaban grandes picnics estivales y fiestas

navideñas en sus casas. Les gustaba jugar a las charadas y a juegos de naipes anticuados como la canasta; tenían pianos y entonaban canciones a coro. Todos eran tan manifiestamente inofensivos que en compañía de ellos incluso Gene se relajaba, tomándose a risa sus gustos e ideas políticas por considerarlos excentricidades, compadeciéndolos amablemente por su inutilidad en las cosas de hombres. Sacaban a la superficie una faceta domesticada de Gene que Walter adoraba pero rara vez veía en otras circunstancias, salvo en navidades, cuando se preparaban golosinas.

La elaboración del caramelo era demasiado laboriosa e importante para dejarla sólo en manos de Dorothy y Walter. Empezaba el primer Domingo de Adviento y continuaba durante casi todo diciembre. Del fondo de los armarios salían cacharros metálicos de nigromante: calderos y rejillas de hierro, pesados utensilios de aluminio para el procesamiento de frutos secos. Aparecían grandes dunas de azúcar estacionales y torres de latas. Se utilizaban varios litros de mantequilla no edulcorada, que se fundían con leche y azúcar (para un dulce de azúcar sin chocolate) o sólo con azúcar (para el famoso toffee navideño de Dorothy), o para que Walter untara el escuadrón de sartenes y cazuelas poco profundas de reserva que su madre, a lo largo de los años, había comprado en mercadillos. Tenían largas discusiones sobre «bolas duras» y «bolas blandas» y «craqueo». Gene, con un delantal, revolvió los calderos como un remero vikingo, esmerándose para que la ceniza del cigarrillo no cayera dentro. Tenía antiguos termómetros para caramelo cuyas carcasas metálicas parecían esas palas de madera que hacen los estudiantes para acceder a las fraternidades universitarias y cuya función era no mostrar el menor aumento de temperatura durante varias horas, hasta que, de pronto y todos a la vez, registraban temperaturas a las que el dulce de azúcar se quemaba y el toffee se endurecía como resina epoxídica. Dorothy y él nunca actuaban tan en equipo como cuando trabajaban contra reloj para añadir y mezclar los frutos secos y verter el caramelo. Y luego venía la titánica tarea de cortar el durísimo toffee: la hoja del cuchillo arqueándose bajo la colosal presión que ejercía Gene, el desagradable sonido (más que oírse, se sentía en el tuétano de los huesos, en los nervios de los dientes) de un filo raspando el fondo de una sartén, las explosiones de pegajoso ámbar marrón, las exclamaciones paternas («me cago en la puta leche»), y los quejumbrosos ruegos maternos para que no empleara ese vocabulario.

El último fin de semana de Adviento, después de forrar ochenta o cien latas con papel de cera y llenarlas de dulce de azúcar y toffee y adornarlas con peladillas, Gene y Dorothy y Walter salían a repartirlas. Les llevaba todo el fin de semana, a menudo más. El hermano mayor de Walter, Mitch, se quedaba en el motel con Brent, quien, pese a que en el futuro sería piloto de las Fuerzas Aéreas, de niño se mareaba con facilidad en el coche. Llevaban el caramelo primero a los numerosos amigos de Gene en Hibbing y luego, con frecuentes

marchas atrás en callejones sin salida, a otros amigos y parientes que vivían más lejos, atravesando las Montañas de Hierro hasta Grand Rapids y más allá. Era inconcebible no aceptar un café o una galleta en cada casa. Entre parada y parada, Walter iba sentado en el asiento de atrás con un libro, observando un débil recuadro de sol en forma de ventanilla mantenerse fijo en el asiento y de pronto, cuando por fin tomaban una curva a la derecha, deslizarse por el desfiladero del suelo y reaparecer, deformado, en el respaldo del asiento delantero. Fuera estaban las sempiternas parcelas de mísero bosque, las sempiternas ciénagas nevadas, las placas de latón circulares con anuncios de fertilizantes clavadas en los postes telefónicos, los halcones con las alas recogidas y los audaces cuervos. A su lado, en el asiento, se alzaba la creciente pila de paquetes de las casas y a visitadas —especialidades escandinavas al horno, exquisitices finlandesas y croatas, botellas de «licor cordial» de los amigos solteros de Gene— y la menguante pila de latas de los Berglund. El principal mérito de esas latas era que contenían el mismo caramelo que Gene y Dorothy habían estado repartiendo desde su boda. Con los años, el caramelo se había metamorfoseado gradualmente, pasando de ser una golosina a ser el recuerdo de golosinas pasadas. Era el obsequio anual con que los pobres Berglund aún podían mostrarse pródigos.

Cuando Walter acababa su penúltimo curso en el instituto, el padre de Dorothy murió y le dejó a ésta la pequeña casa a orillas del lago en la que ella había pasado los veranos de su infancia. Walter asociaba la casa a las discapacidades de su madre, porque fue allí donde, de niña, pasó largos meses luchando contra la artritis que le atrofió la mano derecha y le deformó la pelvis. En un estante bajo, junto a la chimenea, seguían los tristes «juguetes» viejos con los que en otra época ella «jugaba» durante horas —un artefacto parecido a un cascanueces con muelles de acero, una trompeta de madera con cinco pistones — para tratar de conservar y mejorar la movilidad en las articulaciones de sus castigados dedos. Los Berglund, siempre muy ocupados con el motel, no pasaban mucho tiempo en la casita, pero Dorothy le tenía apego, soñaba con retirarse allí en compañía de Gene si llegaban a librarse del motel, y por tanto, cuando su marido propuso venderla, no dio el visto bueno de inmediato. Gene andaba mal de salud, tenían el motel hipotecado hasta el último ladrillo, y el escaso encanto que en algún momento pudo llegar a tener visto desde la carretera se había diluido plenamente por efecto de los crudos inviernos de Hibbing. Aunque Mitch ya no estudiaba y trabajaba en una chapistería y seguía viviendo con sus padres, se pulía la paga en chicas, alcohol, armas, material de pesca y su Thunderbird trucado. Tal vez Gene habría tenido en mejor consideración la casa si en su pequeño lago sin nombre hubiesen habitado peces más dignos de capturarse que los peces sol y las percas, pero, como no era así, no veía el menor sentido a conservar una segunda residencia que en todo caso no tendrían tiempo de

disfrutar. Dorothy, en general modelo de pragmatismo resignado, se entristeció tanto que se quedó en la cama varios días, quejándose de jaqueca. Y Walter, que estaba dispuesto a sufrir pero no soportaba ver sufrir a su madre, intervino.

—Puedo instalarme en la casa y repararla este verano, y quizá sea posible empezar a alquilarla —propuso a sus padres.

—Necesitamos tu ayuda en el motel —contestó Dorothy.

—En todo caso, sólo voy a estar aquí un año más. ¿Qué haréis cuando me vaya?

—Eso ya se verá en su día —respondió Gene.

—Tarde o temprano tendréis que contratar a alguien.

—Por eso necesitamos vender la casa.

—Tiene razón, Walter —secundó Dorothy—. No me gusta perder la casa, pero tu padre tiene razón.

—¿Y qué hay de Mitch? Al menos podría pagar un alquiler, y eso os permitiría contratar a alguien.

—El ya va por libre —dijo Gene.

—¡Mamá sigue preparándole la comida y lavándole la ropa! ¿Por qué no paga al menos un alquiler?

—Eso no es asunto tuyo.

—¡Es asunto de mamá! ¡Prefieres vender la casa de mamá a obligar a Mitch a madurar!

—Ésa es su habitación, y no pienso echarlo de allí.

—¿De verdad crees que podríamos alquilar la casa? —preguntó Dorothy, esperanzada.

—Tendríamos que limpiarla cada semana y lavar la ropa —adujo Gene—. Sería el cuento de nunca acabar.

—Yo podría ir en coche una vez a la semana —propuso Dorothy—. Tampoco sería tan complicado.

—Necesitamos el dinero ya —insistió Gene.

—¿Y si yo hiciera lo que hace Mitch? —preguntó Walter—. ¿Y si sencillamente dijera que no? ¿Y si sencillamente me voy a la casa este verano y la arreglo?

—No eres Dios —dijo su padre—. Podemos apañarnos aquí sin ti.

—Gene, ¿y si intentamos al menos alquilar la casa el verano que viene? Si no sale bien, siempre podemos venderla.

—Iré allí los fines de semana —ofreció Walter—. ¿Qué os parece? Mitch puede sustituirme los fines de semana, ¿no?

—Prueba tú mismo a convencer a Mitch de eso —respondió Gene.

—¡Yo no soy su padre!

—Ya está bien —atajó Gene, y se retiró al salón.

La razón por la que Gene le consentía todo a Mitch estaba muy clara: veía en

su primogénito una réplica casi exacta de sí mismo, y no quería hostigar a su hijo como Einar lo había hostigado a él. Más misteriosa era para Walter, en cambio, la timidez de Dorothy con Mitch. Tal vez su marido la había agotado tanto que simplemente no tenía la fuerza o el ánimo para batallar también contra su hijo mayor, o quizá veía ya el futuro fracaso de Mitch y deseaba que disfrutara de unos años más de amabilidad en casa antes de que el mundo le enseñara sus asperezas. En todo caso, en Walter recayó la tarea de llamar a la puerta de Mitch, cubierta de pegatinas de STP y Pennzoil, e intentar ejercer de padre de su hermano mayor.

Mitch, tumbado en la cama, fumaba un cigarrillo y escuchaba a Bachman-Turner Overdrive en el equipo de música que se había comprado con su salario en la chapistería. Dirigió a Walter una sonrisa refractaria parecida a la de su padre, pero más burlesca.

—¿Qué quieres?

—Quiero que empieces a pagar un alquiler en esta casa, o que aportes algo de trabajo, o que si no te largues.

—¿Desde cuándo mandas tú?

—Papá me ha dicho que hable contigo.

—Dile que venga él a hablar conmigo.

—Mamá no quiere vender la casa del lago, así que algo tiene que cambiar.

—Eso es problema de ella.

—Joder, Mitch. Eres la persona más egoísta que he conocido.

—Ya, claro. Tú te marchas a Harvard o a donde sea, y yo acabaré ocupándome de este motel. Pero el egoísta soy yo.

—¡Lo eres!

—Intento ahorrar un dinero por si Brenda y yo lo necesitamos, pero el egoísta soy yo.

Brenda era la chica guapa cuyos padres prácticamente la habían repudiado por salir con Mitch.

—¿Y en qué consiste exactamente ese gran plan de ahorro? —preguntó Walter—. ¿En comprarte un sinfín de cosas que más tarde puedas empeñar?

—Trabajo mucho. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿No comprarme nunca nada?

—Yo también trabajo mucho, y no tengo nada porque no me pagan.

—¿Y qué me dices de esa cámara de cine?

—Me la presta el instituto, capullo. No es mía.

—Pues a mí nadie me presta nada, porque no soy un mierda lameculos.

—En todo caso, eso no es motivo para que no pagues alquiler, o al menos eches una mano los fines de semana.

Mitch lanzó una mirada al cenicero como si observara el patio de una cárcel atestado de reclusos polvorientos planteándose cómo embutir otro allí.

—¿Quién te ha nombrado Dios aquí? —preguntó en una salida muy poco original—. No tengo por qué negociar contigo.

Pero Dorothy se negó a hablar con Mitch (« Antes vendería la casa », dijo), y al final del año académico, que coincidía con el principio de la temporada alta en el motel, por llamarla de algún modo, Walter decidió forzar la situación declarándose en huelga. Si se quedaba en el motel, no podía evitar hacer todo lo que había que hacer. La única manera de obligar a Mitch a asumir sus responsabilidades era marcharse, así que anunció que iba a dedicar el verano a la reforma de la casa del lago, y de paso realizaría una película experimental sobre la naturaleza. Su padre dijo que si lo que pretendía era mejorar el estado de la casa para venderla, por él no había inconveniente, pero la casa se vendería de todas formas. Su madre le suplicó que se olvidara de la casa. Añadió que había sido egoísta por su parte concederle tanta importancia, que a ella la casa le traía sin cuidado, sólo quería evitar las discordias en la familia, y cuando Walter afirmó que iría de todos modos, ella exclamó que si a él de verdad le importaban sus deseos, no se marcharía. Pero Walter, por primera vez, estaba francamente enfadado con ella. Daba igual lo mucho que ella lo quisiera o lo bien que él la comprendiera: la aborrecía por someterse tan mansamente a su padre y a su hermano. Estaba hasta la coronilla de aquello. Consiguió que su mejor amiga, Mary Siltala, lo llevara en coche a la casa del lago con la ropa en un petate, cuarenta litros de pintura, su vieja bicicleta sin marchas, un ejemplar de segunda mano de *Walden* en rústica, la cámara de Super 8 que le habían prestado en el Departamento Audiovisual del instituto, y ocho cajas amarillas de película Super 8. Era de lejos el mayor acto de rebeldía de su vida.

La casa estaba llena de excrementos de ratón y cochinillas muertas, y necesitaba, además de una capa de pintura, un tejado nuevo y mosquiteras. En su primer día allí, Walter limpió la casa y cortó las malas hierbas durante diez horas, y luego se fue a pasear por el bosque, bajo la inmutable luz de media tarde, buscando la belleza en la naturaleza. Sólo disponía de veinticuatro minutos de película virgen, y después de malgastar tres en ardillas listadas, cayó en la cuenta de que necesitaba algo menos asequible en que centrarse. El lago era demasiado pequeño para los somorgujos, pero cuando cogió la canoa de tela de su abuelo y visitó las zonas más recónditas, rara vez alteradas, espantó a un ave parecida a una garza real, un avetoro que anidaba entre los juncos. Los avetoros eran perfectos: tan retraídos que podía acecharlos todo el verano sin consumir veintidós minutos de película. Se imaginó realizando un corto experimental titulado « Los avatares del avetoro » .

Se levantaba a las cinco de la mañana, se aplicaba repelente para insectos y remaba muy despacio y en silencio hacia los juncos con la cámara en el regazo. El avetoro tenía por costumbre merodear entre los juncos, camuflado por sus finas listas verticales de colores beige y marrón, y ensartar animales pequeños

con su pico. Al presentir el peligro se quedaba inmóvil, con el cuello estirado y el pico apuntando hacia el cielo, adoptando la apariencia de un junco seco. Cuando Walter se acercaba, con la esperanza de ver a través del telémetro los avatares del avetoro en lugar de un espacio vacío, por lo general se escabullían y perdían de vista, pero a veces alzaban el vuelo y él se echaba atrás desesperadamente para seguirlos con la cámara. Si bien eran puras máquinas de matar, él los encontraba simpatiquísimos, sobre todo por el contraste entre el insulso plumaje empleado para el acecho y los espectaculares gris intenso y negro pizarra de sus alas extendidas cuando estaban en el aire. En tierra, cerca de su hogar pantanoso, eran humildes y furtivos, pero en el cielo eran majestuosos.

Después de diecisiete años viviendo hacinado con su familia, había desarrollado una sed de soledad cuya insaciabilidad no descubrió hasta entonces. No oír más que el viento, el canto de los pájaros, los insectos, los saltos de los peces, los chasquidos de las ramas, el roce de las hojas de abedul al caer unas sobre otras: se detenía continuamente a saborear ese silencio no silente mientras rascaba la pintura de las paredes exteriores de la casa. El recorrido de ida y vuelta a la cooperativa de Fen City representaba noventa minutos en bicicleta. Preparaba grandes cazuelas de estofado de lentejas y sopa de judías, siguiendo recetas de su madre, y por la noche jugaba con el pinball de muelles, un máquina antigua pero todavía utilizable, que estaba en la casa desde siempre. Leía en la cama hasta pasadas las doce y ni siquiera entonces se dormía inmediatamente, sino que yacía allí embebiéndose del silencio.

Un viernes por la tarde, a última hora, su décimo día en el lago, cuando volvía en la canoa con nuevas imágenes poco satisfactorias del avetoro oyó motores de coche, música estridente, y luego unas motos acercarse por el largo camino de acceso. Para cuando sacó la canoa del agua, Mitch y la sexy Brenda, junto con otras tres parejas —tres matones compinches de Mitch y tres chicas con pantalones de pata de elefante pintados con spray y camisetas abiertas por la espalda—, descargaban cerveza y equipo de acampada y neveras en el césped detrás de la casa. Una pickup diesel ronroneaba al ralenti con tos de fumador, alimentando un equipo de sonido que escupía andanadas de Aerosmith. Uno de los matones amigos de Mitch tenía un rottweiler con un collar de tachones y una cadena de remolque a modo de correa.

—Hola, chico naturalista —dijo Mitch—. Espero que no te moleste un poco de compañía.

—Pues sí, me molesta —respondió Walter, sonrojándose a su pesar, por lo poco enrollado que debió de parecerle al grupo—. Me molesta mucho. Estoy aquí solo. Tú no puedes estar aquí.

—Sí puedo —dijo Mitch—. De hecho, eres tú quien no debería estar aquí. Puedes quedarte esta noche si quieres, pero ahora estoy yo aquí. Estás en mi propiedad.

—Esto no es tu propiedad.

—La he alquilado. Querías que pagara un alquiler, y esto es lo que he alquilado.

—¿Y tu trabajo?

—Lo he dejado. Me he largado.

Walter, al borde de las lágrimas, entró en la casa y escondió la cámara en la cesta de la ropa sucia. Luego, en un crepúsculo súbitamente despojado de encanto y plagado de mosquitos y hostilidad, fue en bicicleta a Fen City y telefoneó a casa desde la cabina que había frente a la cooperativa. Sí, confirmó su madre, Mitch, su padre y ella habían cruzado unas palabras airadas y decidido que la mejor solución era conservar la casa en la familia y permitirle a Mitch encargarse de las reformas y aprender a asumir más responsabilidad.

—Mamá, esto va a ser una juerga continua. Acabará quemando la casa.

—Mira, me siento más cómoda si tú estás aquí y Mitch va por libre —dijo ella—. En eso tenías razón, cariño. Y ahora puedes volver a casa. Te echamos de menos, y no tienes edad para quedarte allí solo todo el verano.

—Pero si me lo paso en grande... Estoy avanzando mucho con las reformas.

—Lo siento, Walter. Pero ésa es la decisión que hemos tomado.

Volviendo a la casa en bicicleta, y a casi a oscuras, oyó el ruido a un kilómetro de distancia. Un solo de guitarra de rock duro, un vocerío ebrio y ordinario, los ladridos del perro, petardos, el tableteo y el aullido de las motos. Mitch y sus amigos habían plantado tiendas y encendido una gran fogata e intentaban asar hamburguesas a la llama en medio de una nube de humo de maría. Ni siquiera miraron a Walter cuando entró. Se encerró en la habitación y, tumbado en la cama, se dejó torturar por el ruido. ¿Por qué tenían que armar tanto escándalo? ¿Por qué aquella necesidad de agredir sónicamente a un mundo en el que algunos agradecían el silencio? El estruendo prosiguió interminablemente. Le provocaba una fiebre a la que por lo visto todos los demás eran inmunes. Una fiebre de enajenamiento autocompasivo que, al desencadenarse en Walter esa noche, le dejó cicatrices permanentes de odio a la estridente vox pópuli y también, curiosamente, una aversión al mundo al aire libre. Había llegado a la naturaleza con el corazón abierto, y la naturaleza, en su debilidad, afin a la debilidad de su madre, lo había defraudado dejándose arrollar muy fácilmente por una pandilla de idiotas bulliciosos. Adoraba la naturaleza, pero sólo en abstracto, y no más de lo que adoraba las buenas novelas o las películas extranjeras, y menos de lo que llegó a adorar a Patty y a sus hijos, y por tanto, durante los siguientes veinte años se convirtió en una persona urbana. Incluso cuando se marchó de 3M para dedicarse al conservacionismo, su interés principal en trabajar para Conservancy, y más tarde para la fundación, fue salvaguardar reductos de naturaleza de patanes como su hermano. El amor que sentía por las criaturas cuyo hábitat protegía se fundaba en la proyección: en la identificación con su

propio deseo de que lo dejaran en paz los seres humanos ruidosos.

Salvo por unos meses en la cárcel, cuando Brenda se quedó allí sola con sus niñas, Mitch vivió en la casa del lago ininterrumpidamente hasta la muerte de Gene, seis años después. Puso un tejado nuevo y detuvo su decadencia general, pero también taló algunos de los árboles más grandes y hermosos de la propiedad, deforestó la pendiente del lago a fin de usarla como espacio de juego para sus perros, y abrió una senda para su motonieve por la orilla del lago hasta el rincón más alejado, donde antes anidaban los avetoros. Por lo que Walter pudo saber, nunca les pagó a Gene y Dorothy un centavo de alquiler.

¿Acaso el fundador de los Traumaticos sabía siquiera qué era un trauma? Un trauma era esto: bajar a tu despacho a primera hora de un domingo, pensando tan contento en tus hijos, que habían sido motivo de orgullo para ti en los últimos dos días, y encontrar en tu mesa un largo manuscrito redactado por tu mujer que confirmaba tus peores temores sobre ella y sobre ti y sobre tu mejor amigo. La única experiencia remotamente comparable en la vida de Walter había sido la primera vez que se masturbó, en la habitación 6 del Pinos Susurrantes, siguiendo las amistosas instrucciones (« Usa vaselina») de su primo Leif. Tenía catorce años, y el placer había eclipsado a tal punto todos los placeres previos conocidos y el resultado había sido tan cataclísmico y asombroso, que se había sentido como un héroe de ciencia ficción transportado cuatridimensionalmente desde un planeta envejecido hasta uno nuevo. El manuscrito de Patty fue igual de absorbente y transformador. Le pareció que su lectura, al igual que aquella primera masturbación, duraba sólo un segundo. Se levantó una sola vez, muy al principio, para echar el pestillo de la puerta del despacho, y de pronto leía ya la última página, y eran exactamente las 10.12 horas, y el sol que penetraba por las ventanas del despacho era un sol distinto del que siempre había conocido. Era un astro amarillento y maléfico en un rincón extraño y abandonado de la galaxia, y su propia cabeza no estaba menos alterada por la distancia interestelar recorrida. Salió del despacho con el manuscrito y pasó por delante de Lalitha, que mecanografiaba en su mesa.

—Buenos días, Walter.

—Buenos días —saludó él, estremeciéndose al percibir su agradable olor matutino.

Siguió hasta la cocina y subió por la escalera de atrás a la pequeña habitación donde el amor de su vida seguía en pijama de franela, arrellanada en el sofá en medio de un nido de ropa de cama, con un tazón de café con leche en las manos, viendo un resumen del campeonato de baloncesto de la NCAA en un canal deportivo. La sonrisa que le dirigió —una sonrisa que fue como el último destello del sol familiar que Walter había perdido— se convirtió en horror cuando vio lo

que él tenía en las manos.

—Joder —dijo, apagando la televisión—. Joder, Walter, no. —Negó con vehemencia—. No —repitió—. No, no, no.

Walter cerró la puerta y, apoyando la espalda contra la madera, se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo. Patty tomó aliento, y volvió a tomar más aliento, y más aliento, y no habló. La luz en las ventanas parecía sobrenatural. Walter volvió a estremecerse, y le castañetearon los dientes en su esfuerzo por controlarse.

—No sé de dónde has sacado eso —dijo Patty—, pero no era para ti. Se lo di anoche a Richard para apartarlo de mí. ¡Lo quería fuera de nuestra vida! Intentaba deshacerme de él, Walter. ¡No sé por qué ha hecho una cosa así! ¡Es una atrocidad que haya hecho una cosa así!

Desde una distancia de muchos párrafos, Walter la oyó echarse a llorar.

—No era mi intención que lo leyeras —se lamentó Patty con voz aguda. Te lo juro por Dios, Walter. Te lo juro por Dios. Me he pasado la vida entera procurando no hacerte daño. Eres muy bueno conmigo, y no te mereces esto.

Lloró durante largo rato, unos diez o cien minutos. Todas las actividades habituales previstas para la mañana dominical se cancelaron en atención a esa emergencia, aniquilando el curso normal del día tan absolutamente que Walter ni siquiera sintió nostalgia de él. Por una cuestión de azar, el suelo justo delante de él había sido escenario de una emergencia de otra clase tres noches antes, una emergencia benigna, un apareamiento placenteramente traumático que ahora, en retrospectiva, parecía un presagio de aquella emergencia maligna. El jueves por la noche había subido bastante tarde y agredido a Patty sexualmente. Había llevado a cabo, con el sorprendido consentimiento de ella, las acciones violentas que, sin su consentimiento, habrían sido las de un violador: le había arrancado el pantalón negro de trabajo, la había tirado al suelo de un empujón y la había penetrado. Si en el pasado alguna vez se le hubiera ocurrido hacerlo, no lo habría hecho, porque no podía olvidar que la habían violado en su adolescencia, pero el día había sido tan largo y desorientador —su casi infidelidad con Lalitha tan enardecedora, el camino cortado en Wyoming tan indignante, la humildad en la voz de Joey por teléfono tan inaudita y gratificante— que de pronto, cuando entró en la habitación de Patty, la vio como su objeto. Su objeto obstinado, su esposa frustrante. Y estaba harto de eso, harto de tanto razonamiento y comprensión, y por eso la echó al suelo y se la folló como un salvaje. La expresión de descubrimiento que asomó entonces al rostro de Patty, que debió de ser reflejo de la expresión de él, lo hizo detenerse casi tan repentinamente como había empezado. Detenerse y sacarla y sentarse a horcajadas sobre el pecho de ella y apuntarle a la cara con su miembro erecto, que parecía el doble de su tamaño habitual. Mostrarle en quién se estaba convirtiendo. Los dos sonreían como locos. Y entonces él volvió a penetrarla, y ella, en lugar de alentarle con sus pudorosos

suspiritos de siempre, dejó escapar sonoros chillidos, y eso lo enardeció aún más; y a la mañana siguiente, cuando bajó al despacho, adivinó por el frío silencio de Lalitha que los chillidos se habían oído en toda la amplia casa. El jueves por la noche había empezado algo, aunque él no sabía bien qué. Pero ahora el manuscrito le había revelado el qué. El final era el qué. En realidad, ella nunca lo había querido. Siempre había deseado lo que ese amigo malvado suyo tenía. Todo ello lo llevó a alegrarse de no haber roto la promesa hecha a Joey durante la cena en Alexandria la noche siguiente, la promesa de que no le contaría a nadie, y menos a Patty, que su hijo se había casado con Connie Monaghan. Este secreto, así como otros varios más alarmantes que Joey le había contado, venía pesándole a Walter a lo largo de todo el fin de semana, a lo largo de toda la reunión y el concierto del día anterior. Sentía haberle ocultado a Patty lo de la boda, por la sensación de que la traicionaba. Pero ahora veía que, en cuanto a traiciones, ésa era risiblemente nimia. Lacrimógenamente nimia.

—¿Richard sigue en la casa? —preguntó ella por fin, enjugándose la cara con una sábana.

—No. Lo he oído marcharse antes de levantarme. No creo que haya vuelto.

—Algo es algo, dentro de lo malo.

¡Cómo le gustaba a Walter su voz! Ahora lo martirizaba oírlo.

—¿Anoche follasteis? —preguntó él—. Os oí de charla en la cocina.

Él mismo tenía la voz ronca como un cuervo, y Patty tomó aire, como si se preparara para una larga sesión de insultos.

—No —contestó—. Hablamos y luego me acosté. Ya te lo he dicho: se ha acabado. Hubo un pequeño problema hace unos años, pero se ha acabado.

—Se cometieron errores.

—Debes creerme, Walter. De verdad se ha acabado, de verdad.

—Sólo que físicamente no te despierto lo mismo que te despierta mi mejor amigo. Ni ahora ni nunca, por lo visto.

—Aaay —gimió ella, cerrando los ojos en actitud de oración—, por favor, no me cites textualmente. Llámame puta, llámame la pesadilla de tu vida, pero por favor no me cites. Ten ese poco de misericordia, si es posible.

—Puede que el ajedrez se le dé fatal, pero en este otro juego desde luego lleva las de ganar.

—Vale —dijo ella, apretando los párpados—. Vas a citarme. Vale. Cítame. Adelante. Haz lo que tengas que hacer. Sé que no merezco misericordia. Sólo has de saber que eso es lo peor que puedes hacer.

—Lo siento. Creía que te gustaba hablar de él. De hecho, creía que ése era tu principal interés para hablar conmigo.

—Tienes razón. Lo era. No te mentiré. Lo fue durante unos tres meses. Pero de eso hace unos veinticinco años, antes de enamorarme de ti e iniciar una vida contigo.

—Y qué vida tan satisfactoria ha sido. «La verdad es que después de todo tampoco estaba tan mal», creo que decías. Aunque los hechos, sobre el terreno, parecerían indicar lo contrario.

Ella, con los ojos aún cerrados, torció el gesto.

—Quizá te apetezca leerlo todo ahora y entresacar las peores frases. ¿Quieres hacer eso y dar el asunto por concluido de una vez?

—En realidad lo que quiero es hacértelo tragar. Quiero ver cómo te ahogas con esta mierda.

—Vale. Puedes hacerlo. En comparación con lo que siento ahora, casi sería un alivio.

Walter tenía el manuscrito tan aferrado que se le había acalambrado la mano. Lo soltó y lo dejó deslizarse entre sus piernas.

—La verdad es que no tengo nada más que añadir —dijo—. Creo que en realidad ya hemos tratado los puntos principales.

Ella asintió.

—Bien.

—Sólo que no quiero volver a verte. No quiero volver a estar en la misma habitación contigo. No quiero volver a oír el nombre de esa persona. No quiero saber nada más de ninguno de vosotros dos. Nunca. Únicamente quiero quedarme solo para reflexionar sobre cómo he malgastado la vida entera amándote.

—Sí, vale —dijo ella, y volvió a asentir con la cabeza—. Aunque en realidad no vale. No, no estoy de acuerdo.

—Me da igual si no estás de acuerdo.

—Ya lo sé. Pero escúchame. —Se sorbió la nariz con fuerza, recomponiéndose, y dejó el tazón de café en el suelo. Con las lágrimas, se le habían suavizado los ojos y enrojecido los labios, y estaba muy guapa, si es que a uno le interesaba su guapura, y ése ya no era el caso de Walter—. No era mi intención que leyeras eso.

—¿Qué coño hace esto en mi casa si no era ésa tu intención?

—Puedes creerme o no, pero es la verdad. Tuve que escribirlo para mí, para intentar sentirme mejor. Era un proyecto terapéutico, Walter. Se lo di anoche a Richard para explicarle por qué me quedé contigo. *Siempre* me he quedado contigo. *Todavía* quiero quedarme contigo. Sé que te habrás horrorizado con algunas de las cosas que has leído ahí, ni siquiera alcanzo a imaginar cuánto, pero eso no es lo único que contiene. Lo escribí cuando estaba deprimida, y esas páginas incluyen todo lo malo que sentía entonces. Pero por fin he empezado a sentirme mejor. Sobre todo después de lo que pasó la otra noche... ¡desde entonces me he sentido mejor! ¡Como si por fin hiciéramos algún avance! ¿Tú no te sentiste así?

—No sé qué sentí.

—También escribí cosas agradables sobre ti, ¿o no? Muchas, muchas más cosas agradables que desagradables, si lo miras objetivamente... cosa que ya sé que no puedes hacer. Aun así, cualquiera excepto tú vería la parte agradable. Que has sido más bueno conmigo de lo que yo creía merecer. Que eres la persona más excelente que he conocido. Que tú, Joey y Jessie sois toda mi vida. Que fue sólo una parte pequeña de mí la que miró en otra dirección, durante muy poco tiempo, en un pésimo momento de mi vida.

—Tienes razón —grazno él—. Por algún motivo, todo eso se me ha pasado por alto.

—¡Está ahí, Walter! Tal vez cuando pienses en ello, más adelante, recuerdes que está ahí.

—No tengo la intención de pensar mucho en ello.

—Ahora no, pero más adelante. Aunque sigas sin querer hablar conmigo, quizá me perdones al menos un poco.

De pronto, la luz se atenuó en las ventanas con el paso de una nube de primavera.

—Me has hecho lo peor que podías hacerme —dijo Walter—. Lo peor, y tú sabías muy bien que era lo peor, y lo hiciste de todos modos. ¿En qué parte de eso voy a querer pensar?

—Lo siento muchísimo —contestó ella, y rompió a llorar otra vez—. Siento muchísimo que no puedas verlo como yo. Siento muchísimo lo que pasó.

—No «pasó». *Lo hiciste tú*. Te follaste a ese mierda malévolo capaz de dejar esto en mi mesa para que yo lo leyera.

—Por el amor de Dios, Walter, fue sólo sexo.

—Le dejaste leer cosas sobre mí que nunca me habrías dejado leer a mí.

—Un poco de sexo absurdo hace cuatro años, nada más. ¿Qué es eso en comparación con toda nuestra vida?

—Oye —dijo él, poniéndose en pie—. No quiero levantarte la voz. No con Jessica en casa. Pero para eso tienes que ayudarme y no hacerte la inocente, o te levantaré la voz hasta dejarte sorda.

—No me hago la inocente.

—Lo digo en serio —insistió él—. No voy a levantarte la voz. Voy a salir de esta habitación, y después ya no quiero volver a verte. Y tenemos un pequeño problema, porque resulta que trabajo en esta casa, así que no me va a ser fácil mudarme.

—Lo sé, lo sé. Sé que tengo que irme. Esperaré a que se marche Jessica, y luego me perderás de vista. Entiendo perfectamente cómo te sientes. Pero necesito decirte una cosa antes de irme, sólo para que lo sepas. Quiero asegurarme de que sabes que dejarte aquí con tu ayudante es para mí como una puñalada en el corazón. Es como si me despellejaran los pechos. No lo resisto, Walter. —Lo miró con una expresión de súplica—. Estoy tan dolida y celosa que

no sé qué voy a hacer.

—Lo superarás.

—Puede ser. Un año de éstos. Un poco. Pero ¿entiendes lo que significa que me sienta así? ¿No ves que demuestra a quién quiero de verdad? ¿No te das cuenta de lo que está pasando aquí?

Ver su mirada suplicante y extraviada fue, en ese momento, tan culminantemente doloroso y repugnante para él —le produjo tal paroxismo de repulsión acumulada ante el dolor que se habían causado el uno al otro en su matrimonio— que sin querer empezó a gritar:

—¿Quién me ha empujado a esto?! ¿Para quién nunca he sido bastante bueno?! ¿Quién ha necesitado siempre más tiempo para pensárselo?! ¿Acaso veintiséis años no son tiempo suficiente para pensárselo? ¿Cuánto tiempo más necesitas, joder? ¿Crees que hay algo en tu manuscrito que me haya sorprendido? ¿Crees que no lo he sabido absolutamente todo cada minuto del putó camino? ¿Y no te he querido igual, porque no podía evitarlo? ¿Y no he malgastado toda mi vida?

—Eso no es justo, no es justo.

—¿Justo? ¡A tomar por el culo tú y la justicia!

Asestó un puntapié al manuscrito, cuyas hojas se esparcieron en un remolino blanco, pero tuvo la disciplina necesaria para no cerrar de un portazo al salir. Abajo, en la cocina, Jessica se tostaba un bagel, con la bolsa de viaje junto a la mesa.

—¿Dónde está la gente esta mañana?

—Mamá y yo hemos tenido una pequeña discusión.

—Eso me ha parecido —dijo Jessica, abriendo mucho los ojos en la irónica expresión que se había convertido en su respuesta habitual al hecho de pertenecer a una familia menos estable que ella—. ¿Ya está todo en orden?

—Ya veremos, ya veremos.

—Esperaba coger el tren de las doce, pero si quieres puedo irme más tarde.

Como siempre había estado muy unido a Jessica y sentía que podía contar con su apoyo, no se le ocurrió pensar que cometía un error táctico al quitársela de encima en ese momento y dejarla marchar. No comprendió que era crucial ser el primero en darle la noticia y encuadrar debidamente la historia: no imaginaba lo deprisa que Patty, con su instinto de ganadora, actuaría para consolidar su alianza con su hija e hincharle la cabeza con su versión de los hechos (Papá Abandona a Mamá con un Pretexto Trivial, Se Lía con la Joven Ayudante). No pensaba en nada más allá del momento presente, y en su cabeza se arremolinaba precisamente esa clase de sentimientos que no tenían nada que ver con la paternidad. Abrazó a Jessica y le dio las gracias efusivamente por viajar hasta allí para ayudarlos en el lanzamiento de Espacio Libre, y luego fue a su despacho para quedarse mirando por la ventana. El estado de emergencia

había amainado lo suficiente como para permitirle recordar todo el trabajo que tenía por delante, pero no tanto, ni mucho menos, como para permitirle hacerlo. Contempló a un sinsonte brincar de rama en rama en una azalea a punto de retoñar; envidió a aquel pájaro por no saber nada de lo que él sabía; habría cambiado su alma por la de él sin pensárselo dos veces. Y luego levantaría el vuelo, sabría qué era flotar en el aire aunque sólo fuera por una hora: el intercambio era una obviedad, y el sinsonte, con su vital indiferencia hacia él, la certidumbre de su identidad física, parecía muy consciente de lo preferible que era ser un ave.

Pasado un rato sobrenaturalmente largo, después de oír Walter el sonido de las ruedas de una maleta grande y el golpe de la puerta de la calle, Lalitha llamó a la puerta de su despacho y asomó la cabeza.

—¿Todo bien?

—Sí —contestó él—. Ven a sentarte en mi regazo.

Ella enarcó las cejas.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. ¿Cuándo, si no? Mi mujer se ha ido, ¿no?

—Se ha marchado con una maleta, sí.

—Pues no volverá. Así que ven. Por qué no. No hay nadie más en la casa.

Y ella obedeció. Lalitha no era una persona vacilante. Pero la silla de oficina era poco apta para sentarse en un regazo; tuvo que agarrarse al cuello de Walter para permanecer a bordo, y aun así la silla se balanceó peligrosamente.

—¿Esto quieres? —preguntó ella.

—En realidad, no. No quiero estar en este despacho.

—Opino lo mismo.

Walter tenía mucho en que pensar, sabía que estaría pensando ininterrumpidamente durante semanas si en ese momento se abandonaba a las cavilaciones. La única manera de no pensar era huir hacia delante. Arriba, en la pequeña habitación de techo abuhardillado de Lalitha, en otro tiempo el dormitorio del servicio, que él no había visitado desde que ella se instaló allí, y cuyo suelo era un circuito de obstáculos formado por pilas de ropa limpia y rebujos de ropa sucia, la arrimó contra la pared lateral del desván y se entregó ciegamente a la única persona que lo deseaba sin reservas. Era otro estado de emergencia, no era ninguna hora de ningún día, era desesperación. La sostuvo sobre sus caderas y se tambaleó de aquí para allá, fundiéndose los labios de ambos, y al cabo de un momento se restregaban enfebrecidamente a través de la ropa, en medio de todas aquellas pilas de ropa, y al cabo de un momento se impuso una de esas pausas, la incómoda rememoración de lo universales que eran los pasos ascendentes hacia el sexo; lo impersonales, o pre-personales. De repente, él se apartó, fue hasta la cama individual deshecha y derribó una pila de libros y documentos relacionados con la superpoblación.

—Uno de los dos tiene que ir a las seis al aeropuerto para recoger a Eduardo —recordó él—. Lo digo sólo para que lo tengamos en cuenta.

—¿Qué hora es?

Walter volvió el polvoriento despertador para consultarlo.

—Las dos y diecisiete —contestó, asombrado. Era la hora más extraña que había visto en toda su vida.

—Disculpa el desorden en la habitación —dijo Lalitha.

—Me gusta. Te quiero tal como eres. ¿Tienes hambre? Yo un poco.

—No, Walter. —Lalitha sonrió—. No tengo hambre. Pero puedo traerte algo.

—Pensaba, quizá, en un vaso de leche de soja. Un preparado de soja.

—Iré a buscarlo.

Lalitha bajó, y Walter pensó con extrañeza que los pasos que oyó subir al cabo de un minuto pertenecían a la persona que ocuparía el lugar de Patty en su vida. Ella se arrodilló a su lado y lo observó atenta, ávidamente, mientras él bebía la leche de soja. A continuación, le desabrochó la camisa con sus flexibles dedos de uñas pálidas. Vale, pues, pensó él. Vale. Adelante. Pero mientras acababa de desvestirse él mismo, las escenas de la infidelidad de su mujer, que ella había narrado tan exhaustivamente, se arremolinaron en él, acompañadas de un leve pero genuino impulso de perdonarla; y supo que debía aplastar ese impulso. Su odio hacia ella y su amigo era todavía nuevo y vacilante, aún no se había endurecido, la imagen y el sonido del patético llanto de Patty eran para él aún demasiado recientes. Por suerte, Lalitha se había desnudado y ahora llevaba sólo unas bragas blancas de topos rojos. Se hallaba de pie ante él con toda naturalidad, sometiéndose a su inspección. Su cuerpo, en la flor de la juventud, era absurdamente magnífico. Inmaculado, desafiaba la gravedad, era casi insoportable contemplarlo. Si bien era verdad que en otro tiempo Walter había conocido el cuerpo de una mujer incluso algo más joven, ya no conservaba el recuerdo de ese cuerpo; él mismo era entonces demasiado joven para reparar en la juventud de Patty. Alargó el brazo y, con la base de la mano, apretó el montículo caliente y aún cubierto entre las piernas de Lalitha. Ella dejó escapar un chillido ahogado, se le doblaron las rodillas y se desplomó sobre él, envolviéndolo en dulce tormento.

Fue en ese momento cuando empezó en serio la lucha por evitar comparaciones, en particular la lucha por apartar de su cabeza la frase de Patty: « Tampoco estaba tan mal ». Vio, en retrospectiva, que su anterior ruego a Lalitha para que fuera despacio se había basado en un preciso conocimiento de sí mismo. Pero ir despacio, en cuanto echó a Patty de casa, ya no era una opción. Necesitaba un chute rápido sólo para mantenerse en marcha —para no sucumbir al odio y la autocompasión— y, en un sentido, el chute fue en efecto muy grato, porque Lalitha estaba de verdad loca por él, goteaba casi literalmente de deseo, desde luego rezumaba profusamente. Lo miró a los ojos con amor y regocijo,

declaró hermosa y perfecta y magnífica la virilidad que Patty en su documento había calumniado y despreciado. ¿Qué había allí que no pudiera gustar? Él era un hombre en lo mejor de la vida, ella era adorable, joven e insaciable; y eso era, de hecho, lo que no podía gustar. Sus emociones no iban a la par del vigor y el apremio de su atracción animal, de su interminable apareamiento. Ella necesitaba montarlo, necesitaba sentirse aplastada bajo él, necesitaba tener las piernas en los hombros de él, necesitaba ponerse en la postura del perro boca abajo y ser embestida desde atrás, necesitaba doblarse contra el borde de la cama, necesitaba que le apretaran la cara contra la pared, necesitaba envolverlo con las piernas y echar la cabeza hacia atrás y dejar que sus pechos, muy redondos, se balancearan en todas direcciones. Ella parecía ver un intenso significado en todo, era un pozo sin fondo de gemido!, y él estaba dispuesto a todo. En buena forma cardiovascular, enardecido por la exaltación de Lalitha, en sintonía con sus deseos, y sintiendo un gran afecto por ella. Y sin embargo no era del todo personal, y no encontraba el camino al orgasmo. Y eso fue de lo más raro, un problema totalmente nuevo e imprevisto, debido en parte, quizá, a su escasa familiaridad con los condones y a lo extraordinariamente mojada que estaba ella. ¿Cuántas veces, en los últimos dos años, se había masturbado pensando en su ayudante, corriéndose siempre en cuestión de minutos? Cien veces. Obviamente ahora su problema era psicológico. El despertador indicaba las 3.52 cuando por fin se apaciguaron. En realidad no estaba claro si ella tampoco se había corrido, y él no se atrevió a preguntar. Y allí, en su agotamiento, la acechante Comparación aprovechó la oportunidad para imponerse, ya que Patty, siempre que era posible despertar su interés, llevaba a cabo el trabajo fiablemente para ambos, dejándolos a los dos razonablemente satisfechos, dejándolo a él en disposición de irse a trabajar o leer un libro y a ella de hacer las pequeñas cosas que le eran propias y le gustaba hacer. Las propias dificultades de ella creaban fricción, y la fricción llevaba a la satisfacción...

Lalitha le besó la boca hinchada.

—¿En qué piensas?

—No lo sé —respondió él—. En muchas cosas.

—¿Te arrepientes de que lo hayamos hecho?

—No, no, soy muy feliz.

—No se te ve muy feliz.

—Bueno, es que acabo de echar a mi mujer de casa después de veinticuatro años de matrimonio. Acaba de suceder hace unas horas.

—Lo siento, Walter. Aún puedes dar marcha atrás. Yo puedo despedirme y dejaros a los dos en paz.

—No, eso puedo prometértelo: no daré marcha atrás.

—¿Quieres estar conmigo?

—Sí.

Walter se llenó las manos con el pelo negro de ella, que olía a champú de coco, y se tapó la cara con él. Ahora tenía ya lo que deseaba, pero le creaba cierta sensación de soledad. Después de su gran anhelo, de alcance infinito, estaba en la cama con cierta chica finita, que era muy guapa y brillante y comprometida, pero también desordenada, poco apreciada por Jessica y mala cocinera. Y era lo único, el único baluarte que lo separaba de la maraña de pensamientos que no deseaba tener. La idea de Patty y su amigo en el lago Sin Nombre; la manera muy humana e ingeniosa en que los dos se habían hablado; la adulta reciprocidad de su sexo; lo mucho que se alegraban de que él no estuviera allí. Se echó a llorar en el pelo de Lalitha, y ella lo consoló, le enjugó las lágrimas e hicieron el amor otra vez, más cansados y doloridos, hasta que por fin él se corrió, sin alharacas, en la mano de ella.

Siguieron unos días difíciles. Eduardo Soquel, llegado de Colombia, fue recogido en el aeropuerto e instalado en la habitación «de Joey». A la rueda de prensa del lunes por la mañana asistieron doce periodistas, y Walter y Soquel sobrevivieron, y se concedió una prolongada entrevista telefónica a Dan Caperville del *Times*. Walter, que había trabajado en relaciones públicas toda su vida, consiguió reprimir su agitación íntima y ceñirse al mensaje y eludir la carnaza periodística inflamatoria. El Parque Panamericano de la Reinita, dijo, representaba un nuevo paradigma de conservación de la fauna basada en métodos científicos y con financiación privada; el innegable horror de la explotación minera a cielo abierto quedaba más que compensado por la perspectiva de «empleo verde» sostenible (ecoturismo, reforestación, silvicultura certificada) en Virginia Occidental y Colombia; Coyle Mathis y los demás montañeses desplazados habían cooperado plena y loablemente con la fundación y pronto tendrían trabajo en una empresa subsidiaria del generoso socio empresarial de la fundación, LBI. Walter necesitó especial autocontrol para elogiar a LBI, después de lo que Joey le había contado. Tras la conversación telefónica con Dan Caperville, salió a cenar, ya tarde, con Lalitha y Soquel y bebió dos cervezas, con lo que ascendió a tres el consumo total a lo largo de su vida.

Al día siguiente, por la tarde, cuando Soquel ya había regresado al aeropuerto, Lalitha cerró la puerta del despacho de Walter y se arrodilló entre sus piernas para recompensarlo por sus esfuerzos.

—No, no, no —dijo él, haciendo girar la silla para apartarse.

Ella lo persiguió caminando de rodillas.

—Sólo quiero verte. Tengo hambre de ti.

—Lalitha, no. —Oía a sus empleados trajinar en la parte delantera de la casa.

—Sólo un segundo —perseveró ella a la vez que le abría la bragueta—. Por favor, Walter.

Walter pensó en Clinton y Lewinsky, y después, viendo la boca de su

ayudante llena de carne suya y la sonrisa en sus ojos, pensó en la profecía de su malvado amigo. A ella parecía hacerla feliz, y sin embargo...

—No, lo siento —dijo, apartándola con toda la delicadeza posible.

Ella frunció el cejo. Estaba dolida.

—Si me quieres, tienes que permitirme —insistió.

—Te quiero, pero éste no es el momento adecuado.

—Deseo que me lo permitas. Deseo hacerlo todo ahora mismo.

—Lo siento, pero no.

Se levantó y se la guardó y se cerró la bragueta. Lalitha permaneció de rodillas por un momento, con la cabeza gacha. Por fin se levantó también, se alisó la falda a la altura de los muslos y se dio media vuelta, visiblemente disgustada.

—Antes hay un problema del que debemos hablar —dijo él.

—De acuerdo. Hablemos de tu problema.

—El problema es que tenemos que despedir a Richard.

El nombre, que Walter se había negado a pronunciar hasta ese momento, quedó flotando en el aire.

—¿Y eso por qué? —preguntó Lalitha.

—Porque lo odio, porque tuvo una aventura con mi mujer y no quiero volver a oír su nombre nunca más, y no pienso trabajar con él por nada del mundo.

Lalitha pareció encogerse. Hundió la cabeza, encorvó los hombros, se convirtió en una niña triste.

—¿Por eso se marchó tu mujer el domingo?

—Sí.

—Aún estás enamorado de ella, ¿verdad?

—¡No!

—Sí lo estás. Por eso no me quieres cerca de ti ahora.

—No, eso no es verdad. No es verdad en absoluto.

—Bueno, sea como sea —dijo ella, e irguió la espalda enérgicamente—, no podemos despedir a Richard. Este es mi proyecto, y lo necesito. Ya se lo he anunciado a los estudiantes en prácticas, y lo necesito para organizar los concursos de talentos en agosto. Así que tú puedes tener tu problema con él, y lamentarte mucho por lo de tu mujer, pero no pienso despedirlo.

—Cariño... Lalitha. De verdad que te quiero. Todo irá bien. Pero intenta verlo desde mi punto de vista.

—¡No! —exclamó ella, volviéndose bruscamente hacia él en actitud de animosa insurrección—. ¡Tu punto de vista me trae sin cuidado! Mi trabajo es ocuparme de la superpoblación, y pienso hacerlo. Si a ti de verdad te importa ese trabajo, y te importo yo, me permitirás hacerlo a mi manera.

—Claro que me importa. Me importa muchísimo. Pero...

—Pero nada. No volveré a mencionar su nombre. Puedes irte de viaje a

donde quieras cuando se reúna con los estudiantes en mayo. Y ya veremos qué pasa en agosto cuando llegue el momento.

—Se negará a hacerlo. El sábado ya apuntó la posibilidad de retirarse.

—Déjame hablar con él. Como quizá recuerdes, se me da bastante bien convencer a la gente para que haga cosas que no quiere hacer. Soy una eficaz empleada tuya, y espero que tengas la bondad de permitirme hacer mi trabajo.

Él rodeó apresuradamente el escritorio para abrazarla, pero ella escapó a la antesala.

Como le encantaba el espíritu y el sentido del compromiso de Lalitha y lo afligía su enfado, no insistió más. Pero al ver que pasaban las horas, y luego varios días, sin que ella informara de que Richard se retiraba de Espacio Libre, Walter dedujo que debía de seguir a bordo. ¡Richard, el que no creía en una mierda! La única explicación imaginable era que Patty hubiera hablado con él por teléfono y le hubiera hecho sentirse lo bastante culpable como para que no abandonase la campaña. Y ante la idea de los dos hablando de cualquier tema, aunque fuera sólo cinco minutos, y hablando en concreto de cómo ahorrarle complicaciones al «pobre Walter» (ay, esas palabras de ella, esas abominables palabras) y salvar su proyecto preferido, a modo de premio de consolación o algo así, se sentía enfermizamente débil y corrupto y contemporizador e insignificante. Esa misma idea se interpuso entre Lalitha y él. Sus contactos sexuales, aunque diarios y prolongados, quedaron ensombrecidos por la sensación de que también ella lo había traicionado con Richard, un poco, y por tanto no se convirtieron en algo más personal como él esperaba. Allí donde miraba, estaba Richard.

Igual de inquietante, aunque de una manera distinta, era el problema de LBI. Cuando cenaron juntos, en un derroche conmovedor de humildad y autorrecreación, Joey le había explicado el sórdido negocio en el que se había involucrado, y el principal villano, a ojos de Walter, era LBI. Kenny Bartles era a todas luces uno de esos payasos temerarios, un sociópata de poca monta que no tardaría en acabar en la cárcel o en el Congreso. La pandilla de Cheney-Rumsfeld, fuera cual fuese la podredumbre de sus motivos para invadir Iraq, sin duda habría preferido recibir piezas de camión utilizables en lugar de la chatarra paraguaya que Joey había entregado. Y el propio Joey, aunque debería haber tenido la inteligencia de no entrar en tratos con Bartles, había convencido a Walter de que sólo había seguido adelante en interés de Connie; había que reconocer su lealtad a ella, sus horribles remordimientos, y su valentía general (¡tenía veinte años!). La parte responsable, por lo tanto —la que tenía pleno conocimiento del timo y la autoridad para aprobarlo—, era LBI. Walter no conocía al vicepresidente con quien Joey había hablado, el que lo había amenazado con un pleito, pero sin duda ese hombre trabajaba en el mismo pasillo que el compinche de Vin Haven que había accedido a abrir una fábrica de

blindaje corporal en Virginia Occidental. Joey le había preguntado a Walter, en la cena, qué opinaba que debía hacer. ¿Descubrir el pastel? ¿O sencillamente donar los beneficios a una organización benéfica de ayuda a los veteranos discapacitados y volver a la universidad? Walter le había prometido pensar en ello durante el fin de semana, pero el fin de semana no había propiciado, por expresarlo delicadamente, una reflexión moral serena. Sólo cuando se halló frente a los periodistas el lunes por la mañana, presentando a LBI como una destacada empresa asociada pro ecologista, tomó conciencia del grado de su propia implicación.

Ahora intentaba separar sus propios intereses —el hecho de que si el hijo del director ejecutivo de la fundación llevaba su fea historia a los medios, cabía la posibilidad de que Vin Haven lo despidiera y LBI incluso renegara de su acuerdo en Virginia Occidental— de lo que más convenía a Joey. Pese al comportamiento arrogante y codicioso de éste, parecía demasiado severo pedirle a un chico de veinte años con padres complicados que asumiera la responsabilidad moral plena y se sometiera al oprobio público, o incluso a un proceso judicial. Y sin embargo, Walter era consciente de que el consejo que quería darle a Joey —«Dona las ganancias a la caridad y sigue adelante con tu vida»— era muy beneficioso para él y la fundación. Quería pedirle su opinión a Lalitha, pero le había prometido a Joey no contárselo a nadie, y por consiguiente le telefoneó y le dijo que seguía pensando en ello, y que si Connie y él querían cenar con él el día de su cumpleaños, la semana siguiente.

—Encantados —contestó Joey.

—También necesito comunicarte —prosiguió Walter— que tu madre y yo nos hemos separado. Me cuesta decírtelo, pero así ha sido, este domingo pasado. Se ha marchado durante un tiempo, y no sabemos bien qué ocurrirá.

—Ya.

«¿Ya?». Walter frunció el cejo.

—¿Has entendido lo que acabo de decir?

—Sí. Ella y a me lo ha dicho.

—Por supuesto. Cómo no. ¿Y te ha...?

—Sí. Me ha contado muchas cosas. Demasiada información, como siempre.

—Entiendes, pues, mi...

—Sí.

—¿Y aun así no tienes inconveniente en cenar conmigo el día de mi cumpleaños?

—No. Allí estaremos, te lo aseguro.

—Pues te lo agradezco, Joey. Te lo agradezco de corazón. Esto y muchas otras cosas.

—Ya.

Después, Walter le dejó un mensaje a Jessica en el móvil, como venía

haciendo dos veces diarias desde aquel fatídico domingo, sin haber recibido aún respuesta suya. «Jessica, escúchame —dijo—. No sé si has hablado con tu madre, pero al margen de lo que ella te haya dicho, tienes que devolverme la llamada y escuchar lo que yo tengo que decir. ¿De acuerdo? Llámame, por favor. Hay dos versiones muy distintas de lo que pasó, y creo que debes oír las dos». Habría sido muy útil añadir que no había nada entre él y su ayudante, pero, en realidad, tenía las manos y la cara y la nariz tan impregnadas del olor de su vagina que éste persistía ligeramente incluso después de ducharse.

Se hallaba en una situación comprometida y perdía en todos los frentes. Encajó otro severo golpe el segundo domingo de su libertad, en forma de largo artículo en la primera plana del *Times*, firmado por Dan Caperville: «Fundación conservacionista afín a los intereses mineros destruye montañas para salvarlas». A decir verdad, el artículo no era necesariamente impreciso, pero quedaba claro que el *Times* no se había dejado camelar por la opinión de Walter sobre la explotación minera a cielo abierto. La unidad sudamericana del Parque de la Reinita ni siquiera se mencionaba en el artículo, y los mejores argumentos de Walter —nuevo paradigma, economía verde, recuperación basada en métodos científicos— aparecían enterrados casi al final, muy por debajo de las declaraciones de Jocelyn Zorn describiendo cómo Walter vociferaba, «¡Soy el dueño de estas [p...] tierras!»), y cómo Coyle Mathis relataba que «Me llamó estúpido a la cara». En resumidas cuentas, el artículo venía a decir que, aparte del hecho de que Walter era una persona muy desagradable, la Fundación Monte Cerúleo estaba conchabada con la industria carbonífera y el contratista de Defensa LBI permitía la ECA a gran escala en su reserva supuestamente immaculada, se había granjeado la animadversión de los ecologistas locales, había desplazado a la gente del campo, la sal de la tierra, de sus hogares ancestrales, y había sido fundada y financiada por un magnate del sector de la energía reacio a la publicidad, Vincent Haven, quien, en connivencia con la administración Bush, destruía otras partes de Virginia Occidental con la perforación de pozos de gas.

—No está tan mal, no está tan mal —dijo Vin Haven cuando Walter lo llamó a su casa de Houston el domingo por la tarde—. Tenemos nuestro Parque de la Reinita, y eso no nos lo quita nadie. Tú y tu chica habéis hecho bien las cosas. Por lo demás, ya ves por qué nunca me tomo la molestia de hablar con la prensa. Todo son desventajas y no hay ninguna ventaja.

—Hablé con Caperville durante dos horas —explicó Walter—. Me quedé convencido de que veía los puntos principales desde mi óptica.

—Bueno, y esos puntos están ahí —observó Vin—. Aunque no demasiado visibles. Pero por eso no te preocupes.

—¡Sí me preocupo! Es decir, sí, tenemos el parque, lo cual es estupendo para la reinita. Pero se supone que todo esto debería ser un *modelo*. Y según este

artículo, parece un modelo de cómo *no* deben hacerse las cosas.

—Caerá en el olvido. En cuanto extraigamos el carbón e iniciemos la recuperación, la gente verá que obraste bien. Para entonces, ese Caperville estará escribiendo necrológicas.

—Pero ¡para eso aún faltan años!

—¿Tienes otros planes? ¿Es ése el problema? ¿Te preocupa tu currículum?

—No, Vin, sólo me siento frustrado con la prensa. Los pájaros no cuentan para nada; todo se reduce al interés humano.

—Y así seguirá siendo hasta que los pájaros tengan el control de la prensa —contestó Vin—. ¿Nos veremos en Whitmanville el mes que viene? Le he dicho a Jim Eider que haría acto de presencia en la inauguración de la fábrica de blindaje corporal, siempre y cuando no tenga que posar para las fotografías. Podría recogeros con el jet de camino allí.

—Gracias, pero tomaremos un vuelo comercial —dijo Walter—. Así se gasta menos combustible.

—Procura recordar que me gano la vida vendiendo combustible.

—Ya, ja ja, en eso tienes razón.

Le complació contar con la aprobación paternal de Vin, pero le habría complacido más si Vin le hubiese parecido menos turbio como padre. Lo peor del artículo del *Times* —aparte del bochorno de quedar como un gilipollas en una publicación que leían y en la que confiaban todos los conocidos de Walter— era su miedo a que el *Times*, efectivamente, estuviera en lo cierto sobre la Fundación Monte Cerúleo. Ya antes temía que la prensa lo hiciera picadillo, y ahora que lo hacía picadillo, debía reflexionar más en serio sobre sus razones para temerlo.

—Yo te oí durante la entrevista —dijo Lalitha—. Estuviste perfecto. El único motivo por el que el *Times* no puede darnos la razón es que tendría que retractarse de todos sus editoriales contra la ECA.

—De hecho, precisamente eso están haciendo ahora con Bush e Iraq.

—En fin, tú ya has cumplido. Y ahora nosotros dos vamos a recibir nuestra pequeña recompensa. ¿Le has dicho al señor Haven que seguimos adelante con Espacio Libre?

—Me sentía tan afortunado al ver que no me despedía —respondió Walter— que no me ha parecido el momento oportuno para contarle que pienso gastar todos los fondos discrecionales en algo que probablemente tendrá aún peor prensa.

—Ay, cariño —dijo ella, y lo abrazó, apoyando la cabeza en su corazón—. Nadie más entiende las cosas buenas que haces. Yo soy la única.

—Es muy posible —respondió él.

Walter habría deseado que Lalitha lo estrechara así un rato, pero su cuerpo tenía otras intenciones, y el cuerpo de él accedió. Ahora dormían en la cama de ella, demasiado pequeña, ya que en la zona de la casa de Walter aún quedaban

innumerables vestigios de Patty, respecto a los cuales ella no había dejado instrucciones, y él no se sentía con ánimos para ocuparse de ellos. No le extrañaba que Patty no se hubiera puesto en contacto con él, y a la vez lo consideraba una maniobra por su parte, una maniobra de confrontación. Para ser una persona que, según ella misma reconocía, se pasaba la vida cometiendo errores, proyectaba una sombra sobrecogedora mientras hacía lo que fuera que hiciese allí en el mundo exterior. Walter se sentía como un cobarde por esconderse de ella en la habitación de Lalitha, pero ¿qué podía hacer? Estaba asediado desde todos los flancos.

El día de su cumpleaños, mientras Lalitha le enseñaba a Connie la oficina de la fundación, Walter se llevó a Joey a la cocina y le dijo que aún no sabía cuál era el plan de acción más recomendable.

—La verdad es que creo que no debes descubrir el pastel —afirmó—. Pero desconfío de mis propias motivaciones para proponértelo. De un tiempo a esta parte noto cierta desorientación moral. El asunto con tu madre, y el asunto con el *New York Times*... ¿lo leíste?

—Sí —contestó Joey. Tenía las manos en los bolsillos y vestía aún como un universitario republicano, con americana azul y mocasines bien lustrados. Por lo que Walter sabía, efectivamente era un universitario republicano.

—No daba muy buena imagen de mí, ¿eh?

—No —confirmó Joey—. Pero seguro que casi todo el mundo se dio cuenta de que no era un artículo justo.

Al ver que su hijo no le hacía preguntas, Walter aceptó agradecido sus palabras tranquilizadoras. Ciertamente se sentía muy pequeño.

—El caso es que tengo que ir a un acto de LBI en Virginia Occidental la semana que viene —explicó—. Abren allí una fábrica de blindaje corporal donde van a trabajar todas esas familias desplazadas. Así que desde luego no soy la persona indicada para consultarme sobre LBI, por lo implicado que yo mismo estoy.

—¿Qué necesidad tienes de ir a ese acto?

—He de pronunciar un discurso. He de dar las gracias en nombre de la fundación.

—Pero ya tienes tu Parque de la Reinita. ¿Por qué no te quitas eso de encima?

—Porque hay en marcha otro gran proyecto de Lalitha relativo a la superpoblación y debo mantenerme en buenas relaciones con mi jefe. Es su dinero el que estamos gastando.

—Entonces será mejor que vayas, ¿no? —dijo Joey.

No se lo veía muy convencido, y a Walter no le gustaba mostrarse tan débil y pequeño ante él. Como para mostrarse aún más débil y pequeño, le preguntó si sabía qué le pasaba a Jessica.

—He hablado con ella —contestó Joey con las manos en los bolsillos—. Me

parece que está un poco enfadada contigo.

—¡Le he dejado como veinte mensajes en el buzón de voz!

—Eso mejor olvídalos. Dudo mucho que los escuche. De todos modos, la gente no escucha todos los mensajes que recibe en el móvil; sólo mira quién ha llamado.

—Ya, ¿y le has dicho que hay dos versiones de esta historia?

Joey se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Hay dos versiones?

—¡Sí que las hay! Tu madre me ha hecho algo terrible. Algo increíblemente doloroso.

—La verdad es que no quiero más información —atajó Joey—. Además, seguramente ya me lo contó, creo. No me apetece tomar partido.

—Te lo contó ¿cuándo? ¿Cuánto hace?

—La semana pasada.

Joey sabía, pues, lo que había hecho Richard: lo que Walter había permitido que hiciera su mejor amigo, su amigo la estrella de rock. Ahora su empequeñecimiento a ojos de su hijo ya era total.

—Como es mi cumpleaños, voy a tomar una cerveza —anunció.

—¿Podemos tomar otra Connie y yo?

—Sí, por eso os pedimos que vinierais un poco antes. En realidad, Connie puede beber lo que quiera en el restaurante, tiene ya veintinueve años, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y por pura información, sin ánimo de agobiar: ¿le has dicho a tu madre que te has casado?

—Estoy en ello, papá —respondió Joey con la mandíbula tensa—. Déjame hacerlo a mi manera, ¿vale?

A Walter siempre le había caído bien Connie (incluso, en secreto, le había caído bastante bien la madre de Connie, por cómo coqueteaba con él). Llevaba unos tacones peligrosamente altos y demasiada sombra de ojos para la ocasión; aún era tan joven como para querer aparentar más edad. En La Chaumière, Walter observó con el corazón henchido la ternura con que Joey la atendía, inclinándose a un lado para leer la carta con ella y coordinar los platos elegidos, y que Connie, como Joey aún era menor de edad, rechazó el cóctel que le ofreció Walter y pidió una Coca-Cola light. Tenían entre sí un trato de confianza tácita, un trato que le recordó a Walter el de Patty y él cuando eran muy jóvenes, el trato de una pareja que formaba un frente ante el mundo; se le empañaron los ojos al fijarse en sus alianzas nupciales. Lalitha, incómoda, intentando distanciarse de la joven pareja y alinearse con un hombre que le doblaba la edad, pidió un Martini y procedió a llenar el vacío en la conversación con comentarios sobre Espacio Libre y la crisis demográfica mundial, que Joey y Connie escucharon con la exquisita cortesía de una pareja que se sentía segura

en su mundo bipersonal. Si bien Lalitha evitó toda alusión posesiva respecto a Walter, a éste no le cupo duda de que Joey sabía que ella era algo más que su ayudante. Mientras bebía su tercera cerveza de la velada, se avergonzó cada vez más de lo que había hecho y agradeció cada vez más que Joey se mostrara tan indiferente. A lo largo de los años nada en Joey lo había enfurecido tanto como su caparazón de indiferencia, ¡y cuánto lo agradecía ahora! Su hijo había ganado esa guerra, y él lo agradecía.

—Entonces, ¿Richard sigue colaborando con vosotros? —preguntó Joey.

—Mmm, sí —respondió Lalitha—. Sí, está siendo de gran ayuda. De hecho, acaba de decirme que los White Stripes quizá colaboren en nuestro gran festival de agosto.

Joey, mientras reflexionaba al respecto con el entrecejo fruncido, se cuidó mucho de mirar a Walter.

—Tendríamos que ir —le propuso Connie a Joey. Y volviéndose hacia Walter, preguntó—: ¿Te parece bien si vamos?

—Claro que sí —contestó él con una sonrisa forzada—. Seguro que será muy divertido.

—A mí me gustan mucho los White Stripes —declaró Connie alegremente, y sin dobleces, como era propio de ella.

—Y tú me gustas mucho a mí —dijo Walter—. Me alegro mucho de que formes parte de nuestra familia. Me alegro mucho de que estés aquí esta noche.

—Yo también estoy muy contenta.

A Joey no pareció molestarle esta charla sentimental, pero era evidente que tenía la cabeza en otra parte. En Richard, en su madre, en el desastre familiar que estaba desarrollándose. Y Walter no podía decir nada para facilitarle las cosas.

Cuando estaban de nuevo en la mansión, ya solos, Walter le dijo a Lalitha:

—No puedo, es superior a mí. No soporto que ese gilipollas siga metido en esto.

—Esa discusión y la tuvimos —respondió ella, y se alejó enérgicamente por el pasillo hacia la cocina—. El asunto ya quedó zanjado.

—Pues habrá que volver a tenerla —dijo él, persiguiéndola.

—No, ni hablar. ¿Has visto cómo se le iluminaba la cara a Connie cuando he mencionado a los White Stripes? ¿Quién más puede conseguirnos a gente con tanto talento? Ya tomamos una decisión, una buena decisión, y francamente no me interesa oír lo celoso que estás de la persona con quien tu mujer tuvo relaciones sexuales. Estoy cansada y he bebido más de la cuenta; necesito acostarme.

—Era mi mejor amigo —musitó Walter.

—Me da igual. De verdad que me da igual, Walter. Sé que me ves como a otra persona joven más, pero en realidad soy mayor que tus hijos, tengo casi

veintiocho años. Sabía que era un error enamorarme de ti. Sabía que no estabas preparado, y ahora estoy enamorada de ti, y tú sólo puedes seguir pensando en ella.

—Pienso en ti continuamente. Dependo mucho de ti.

—Te acuestas conmigo porque te deseo y porque puedes. Pero el resto del mundo sigue girando en torno a tu mujer. Nunca entenderé qué tiene ella de tan especial. Se pasa la vida dando disgustos a la gente. Y yo necesito descansar de eso, para poder dormir. Así que esta noche quizá deberías dormir en tu propia cama y pensar qué quieres hacer.

—Pero ¿yo qué he dicho? —preguntó Walter con tono suplicante—. Pensaba que estábamos celebrando un agradable cumpleaños.

—Estoy cansada. Ha sido una velada agotadora. Ya nos veremos mañana.

Se despidieron sin un beso. En el contestador del teléfono fijo, Walter encontró un mensaje de Jessica, dejado expresamente a la hora en que calculó que estaría cenando fuera, felicitándole el cumpleaños. «Perdona por no haberte devuelto los mensajes —decía—. La verdad es que he estado muy ocupada y no sabía bien qué decir. Pero hoy he estado pensando en ti, y espero que hayas pasado un buen día. Quizá podamos charlar en algún momento, aunque no sé muy bien cuándo tendré un rato».

Clic.

A lo largo de la semana siguiente fue un alivio dormir solo. Estar en una habitación todavía llena de ropa y libros y fotos de Patty, aprender a endurecerse frente a ella. Durante el día, tenía mucho trabajo atrasado en el despacho: sistemas de gestión de la tierra que organizar en Colombia y Virginia Occidental, una contraofensiva mediática que lanzar, nuevos donantes que buscar. Incluso había pensado en la posibilidad de tomarse un descanso en la relación sexual con Lalitha, pero la proximidad cotidiana no lo permitía: necesitaban más y más. Aun así, para dormir, él se retiraba a su propia cama.

La noche anterior al viaje a Virginia Occidental, mientras preparaba la maleta, recibió una llamada de Joey para informarle que había decidido no descubrir el pastel en cuanto a LBI y Kenny Bartles.

—Son repugnantes —dijo—. Pero mi amigo Jonathan insiste en que si lo hago público, él único perjudicado seré yo. Estoy planteándome, pues, donar el dinero sobrante. Así al menos me ahorraré un montón de impuestos. Pero quería asegurarme de que aún consideras que es lo correcto.

—Me parece bien, Joey —contestó Walter—. Por mí, muy bien. Sé lo ambicioso que eres, sé lo difícil que debe de ser renunciar a todo ese dinero. Eso ya es mucho.

—Bueno, no es que haya salido perdiendo en el negocio; simplemente no he ganado nada. Y ahora Connie puede volver a la universidad, y eso es bueno. Estoy pensando dedicarme un año a trabajar para que ella se ponga a la par de

mí.

—Eso es fantástico. Es fantástico veros a los dos cuidaros mutuamente de esa manera. ¿Alguna otra novedad?

—Bueno, sólo que he visto a mamá.

Walter sostenía aún en las manos dos corbatas, una roja y una verde, entre las que intentaba elegir. La decisión, comprendió, no tenía especial trascendencia.

—¿Ah, sí? —dijo a la vez que escogía la verde—. ¿Dónde? ¿En Alexandria?

—No; en Nueva York

—Así que está en Nueva York

—Bueno, en Jersey City, concretamente —informó Joey.

A Walter se le tensó el pecho y se le quedó así.

—Sí, Connie y yo queríamos decirselo en persona. Ya sabes, lo de la boda. Y la verdad es que no fue muy mal. La verdad es que se portó bastante bien con Connie. Ya sabes, en plan paternalista, un poco falsa, por cómo se reía, pero sin maldad. Tiene la atención puesta en otras muchas cosas, supongo. El caso es que nos pareció que todo fue relativamente bien. O al menos eso le pareció a Connie. A mí más bien me pareció que la cosa fue regular. Pero quería que supieras que ella ya lo sabe, o sea que... no sé... si alguna vez hablas con ella, ya no es un secreto.

Walter se miró la mano izquierda, ahora pálida, y se le antojó muy desnuda sin la alianza nupcial.

—Está viviendo en casa de Richard, ¿verdad? —consiguió decir.

—Mmm, creo que sí, de momento —respondió Joey—. ¿No tenía que habértelo dicho?

—¿Él estaba allí cuando fuisteis?

—Pues sí. Allí estaba. Y Connie se lo pasó muy bien, porque le va mucho su música. Richard le enseñó sus guitarras y todo. No sé si te he contado que Connie está pensando en estudiar guitarra. Tiene muy buena voz.

Walter no habría sabido decir dónde creía que Patty podía haberse instalado. Con su amiga Cathy Schmidt, o con otra de sus antiguas compañeras de equipo, o tal vez con Jessica, o incluso cabía la posibilidad de que estuviera con sus padres. Pero después de oírla afirmar tan *sinceramente* que todo había terminado entre Richard y ella, ni se le habría pasado por la cabeza que pudiera estar en Jersey City.

—¿Papá?

—Qué.

—Mira, ya sé que es raro, ¿vale? Todo esto es muy raro. Pero tú también tienes novia, ¿no? Así que eso es lo que hay, ¿no? Ahora las cosas son distintas y todos deberíamos empezar a afrontarlo. ¿No crees?

—Sí —dijo Walter—. Es verdad. Tenemos que afrontarlo.

En cuanto colgó, abrió un cajón de la cómoda, sacó la alianza nupcial del

estuche de gemelos donde la había dejado y la tiró al váter. Barriendo con el brazo las fotografías de Patty en el tocador de ella, las lanzó todas al suelo —Joey y Jessica sin tener culpa de nada, instantáneas del equipo de baloncesto femenino con sus uniformes de un conmovedor estilo años setenta, sus retratos de él preferidos y más favorecedores— y aplastó e hizo añicos a pisotones los marcos y cristales hasta que perdió interés y tuvo que darse cabezazos contra la pared. Enterarse de que Patty había vuelto con Richard debería haber sido una liberación, debería haberle dado libertad para disfrutar de Lalitha con la conciencia totalmente tranquila, pero no lo vivió como una liberación; lo vivió como una muerte. Ahora comprendía (como Lalitha había comprendido desde el principio) que las últimas tres semanas no habían sido más que una especie de venganza, una satisfacción que se le debía en recompensa por la traición de Patty. Pese a haber declarado que su matrimonio había terminado, en el fondo no se lo había creído en absoluto. Se echó en la cama y lloró en un estado ante el cual cualquier otro estado anterior de su existencia era, en comparación, infinitamente preferible. El mundo seguía adelante, el mundo estaba lleno de ganadores: LBI y Kenny Bartles se forraban, Connie volvía a la universidad, Joey actuaba como era debido, Patty vivía con una estrella de rock, Lalitha libraba su guerra justa, Richard volvía a su música, Richard recibía buena prensa por ser mucho más ofensivo que Walter, Richard fascinaba a Connie, Richard aportaba la participación de los White Stripes... mientras que Walter se rezagaba con los muertos y los moribundos y los olvidados, las especies en peligro de extinción de este mundo, los incapaces de adaptarse...

A eso de las dos de la mañana, entró tambaleante en el cuarto de baño y encontró un antiguo frasco de trazodonas de Patty caducado hacía dieciocho meses. Se tomó tres, sin saber si aún le harían efecto, pero por lo visto sí se lo hicieron: lo despertó Lalitha a las siete con enérgicas sacudidas. Él aún llevaba puesta la ropa del día anterior, todas las luces estaban encendidas, la habitación se hallaba patas arriba, tenía la garganta irritada a causa de sus propios ronquidos, presumiblemente violentos, y le dolía la cabeza por muy diversas y buenas razones.

—Tenemos que coger un taxi ahora mismo —dijo Lalitha tirándole del brazo—. Pensaba que ya estabas listo.

—No puedo ir.

—Venga, ya vamos con retraso.

Él se incorporó e intentó mantener los ojos abiertos.

—Debería ducharme, en serio.

—No hay tiempo.

Se durmió en el taxi y despertó todavía en el taxi, en la autovía, en medio de un atasco debido a un accidente. Lalitha hablaba por teléfono con la aerolínea.

—Tenemos que ir vía Cincinnati —le explicó—. Hemos perdido el vuelo.

—¿Por qué no pasamos de todo? —propuso él—. Estoy harto de ser el bueno de la película.

—Nos saltaremos el almuerzo e iremos directo a la fábrica.

—¿Y si fuera el malo? ¿Seguiría gustándote?

Ella lo miró con expresión ceñuda.

—Walter, ¿has tomado alguna pastilla?

—Hablo en serio. ¿Seguiría gustándote?

Lalitha frunció aún más el cejo, y no contestó. Él se durmió en la sala de embarque del National, en el avión a Cincinnati, en Cincinnati, en el avión a Charleston, y en el coche de alquiler que Lalitha pilotó a altas velocidades hasta Whitmanville, donde despertó ya mejor, de pronto hambriento, bajo un cielo encapotado de abril y un paisaje rural bióticamente desolado, de esos en los que Estados Unidos había acabado especializándose. Megaiglesias con revestimiento vinílico, un Walmart, un Wendy's, amplios carriles de giro a la izquierda, fortalezas automóviles blancas. Allí no había nada que pudiera atraer a un ave silvestre a menos que el ave en cuestión fuera un estornino o un cuervo. La fábrica de blindaje corporal (ARDEE, UNA COMPAÑÍA DE LA FAMILIA DE COMPAÑÍAS LBI) se hallaba en una gran estructura de bloques de hormigón cuyo aparcamiento recién asfaltado tenía los contornos irregulares y se desintegraba entre las malas hierbas. El aparcamiento estaba llenándose de grandes vehículos de pasajeros, incluido un Navigator negro del que se apeaban Vin Haven y unos hombres trajeados justo en el momento en que Lalitha detuvo el coche de alquiler con un chirrido.

—Sentimos habernos perdido el almuerzo —le dijo a Vin.

—Me parece que la cena será la mejor comida del día —contestó él—. O eso espero, después de lo que hemos visto en el almuerzo.

Dentro de la nave flotaban los intensos y agradables olores de la pintura, el plástico y la maquinaria nueva. Walter reparó en la ausencia de ventanas, la dependencia de la luz eléctrica. Habían instalado sillas plegables y un atril ante un telón de fondo de imponentes rectángulos retractilados de materia prima. Pululaban por allí un centenar de virginianos, entre ellos Coyle Mathis, con una sudadera holgada y unos vaqueros aún más holgados que parecían tan nuevos que bien podría haberlos comprado en el Walmart de camino hacia allí. Dos unidades móviles de la televisión local tenían las cámaras enfocadas hacia el atril y la pancarta que colgaba encima: EMPLEO + SEGURIDAD NACIONAL = SEGURIDAD EN EL EMPLEO.

Vin Haven («Podrías pasarte la noche buscándome en Nexis sin encontrar una sola cita directa de mis cuarenta y siete años en activo») se sentó directamente detrás de las cámaras, mientras Walter cogía de manos de Lalitha una copia del discurso que él había escrito y ella revisado y se unía a los otros hombres trajeados —Jim Eider, vicepresidente primero de LBI, y Roy Dennett,

presidente de la subsidiaria epónima— en las sillas situadas detrás del atril. En la primera fila del público, con los brazos cruzados ante el pecho, muy arriba, se hallaba Coyle Mathis. Walter no lo había visto desde su malhadado encuentro en el patio delantero de Mathis (convertido ahora en un erial de escombros). Miraba a Walter con una expresión que le recordó una vez más a su padre. La expresión de un hombre que intentaba anticiparse, con la ferocidad de su desprecio, a cualquier posibilidad de vergüenza para él o de compasión por parte de Walter hacia él. Se entristeció por él. Mientras Jim Eider, ante el micrófono, inició el elogio de nuestros valientes soldados en Iraq y Afganistán, Walter dirigió una dócil sonrisa a Mathis, para mostrarle que se entristecía por él, se entristecía por ambos. Pero Mathis, imperturbable, no apartó la mirada.

—Creo que ahora vamos a oír unas palabras de la Fundación Monte Cerúleo —anunció Jim Eider—, que es la responsable de aportar estos puestos de trabajo excelentes y sostenibles a Whitmanville y la economía local. Si son tan amables, demos la bienvenida a Walter Berglund, director ejecutivo de la fundación. ¿Walter?

Su tristeza por Mathis se había convertido en una tristeza general, una tristeza por el mundo, una tristeza por la vida. De pie ante el atril, buscó con la mirada a Vin Haven y Lalitha, que estaban sentados juntos, y dirigió a cada uno una parca sonrisa de pesar y disculpa. Acto seguido se inclinó hacia el micrófono.

—Gracias —dijo—. Bienvenidos. Bienvenidos sean especialmente el señor Coyle Mathis y los demás hombres y mujeres de Forster Hollow que van a trabajar en esta fábrica de una pasmosa ineficiencia energética. Qué diferente de Forster Hollow, ¿no?

Aparte del zumbido del sistema de megafonía de baja calidad, se oía sólo el eco de su voz amplificadas. Dirigió una rápida mirada a Mathis, cuya expresión permanecía inamovible en el desprecio.

—O sea que, eso, bienvenidos —prosiguió—. ¡Bienvenidos a la clase media! Eso quiero decir. Aunque, antes de seguir, quiero dirigir unas breves palabras al señor Mathis, ahí sentado en primera fila: sé que no le caigo bien. Y usted no me cae bien a mí. Pero, verá, cuando usted no quería saber nada de nosotros, yo lo respetaba. No me gustaba, pero sentía respeto por su postura, por su independencia. Porque debe saber que yo me crie en un lugar más o menos como Forster Hollow, antes de incorporarme a la clase media. Y ahora ustedes también son de clase media, y quiero darles a todos la bienvenida, porque es algo maravilloso, nuestra clase media americana. ¡Es el puntal de todas las economías del planeta!

Vio que Lalitha le susurraba algo a Vin.

—Y ahora que tienen puestos de trabajo en esta *fábrica de blindaje corporal* —continuó—, podrán participar en esas economías. ¡Ustedes también contribuirán a arrasar hasta el último retazo de hábitat natural en Asia, África y

Sudamérica! ¡Ustedes también comprarán televisores de plasma de setenta y dos pulgadas que consumen una cantidad inmensa de energía, incluso cuando no están encendidos! Pero ya está bien así, porque para eso los echamos de sus casas, para poder abrir la tierra en sus montes ancestrales y explotarlos a fin de alimentar los generadores de carbón que son la primera causa del calentamiento global y otros fenómenos maravillosos como la lluvia ácida. Éste es un mundo perfecto, ¿no? Este es un sistema perfecto, porque siempre y cuando ustedes tengan su televisor de plasma de setenta y dos pulgadas y la electricidad necesaria para que funcione, no tienen que pararse a pensar en ninguna de las consecuencias desagradables. ¡Pueden ver *Supervivientes: Indonesia* hasta que ya no quede nada de Indonesia!

Coyle Mathis fue el primero en abuchearle. Enseguida se unieron otros. Periféricamente, por encima del hombro, Walter vio levantarse a Eider y Dennett.

—No me alargaré —prosiguió—, porque tengo la intención de abreviar al máximo mis comentarios. Sólo unas palabras más sobre este mundo perfecto. Quiero mencionar esos vehículos grandes y nuevos con un rendimiento de tres kilómetros por litro que podrán comprar y conducir cuanto quieran, ahora que se han unido a mí como miembros de la clase media. La razón por la que este país necesita tanto blindaje corporal es que ciertas personas en ciertas partes del mundo no quieren que les robemos el petróleo para nuestros vehículos. ¡Así que cuanto más conduzcan ustedes sus vehículos, más seguros estarán sus puestos de trabajo en esta fábrica de blindaje corporal! Perfecto, ¿verdad?

El público se había puesto en pie y empezaba a gritarle, exigiendo que se callara.

—Ya basta —dijo Jim Eider, intentando apartarlo del micrófono.

—¡Sólo un par de cosas más! —exclamó Walter, sacando a tirones el micrófono del soporte y alejándose con paso ágil—. ¡Deseo darles la bienvenida a todos ahora que van a trabajar para una de las corporaciones más corruptas y despiadadas del mundo! ¿Me oyen? ¡A LBI le importa un carajo que los hijos e hijas de ustedes mueran desangrados en Iraq con tal de que ellos se embolsen su mil por ciento de beneficios! ¡Esto lo sé fehacientemente! ¡Tengo datos que lo demuestran! ¡Eso forma parte del mundo perfecto de la clase media al que están incorporándose! ¡Ahora que trabajan para LBI pueden por fin ganar dinero suficiente para evitar que sus hijos se alistén en el ejército y mueran en los camiones averiados de LBI y con ese blindaje corporal de tres al cuarto!

Le habían quitado el sonido al micro y Walter retrocedió rápidamente, apartándose de la turba que comenzaba a formarse.

—¡Y ENTRETANTO —continuó, alzando la voz—, AÑADIMOS TRECE MILLONES DE SERES HUMANOS A LA POBLACIÓN CADA MES! ¡TRECE MILLONES MÁS DE PERSONAS PARA QUE SE MATEN COMPITIENDO

POR UNOS RECURSOS FINITOS! ¡Y PARA ELIMINAR DE PASO A TODOS LOS DEMÁS SERES VIVOS! ¡ES UN PUTO MUNDO PERFECTO SIEMPRE Y CUANDO NO SE TENGAN EN CUENTA LAS DEMÁS ESPECIES QUE LO HABITAN! ¡SOMOS EL CÁNCER DEL PLANETA! ¡EL CÁNCER DEL PLANETA!

Llegado a este punto, el propio Coyle Mathis le atizó en la mandíbula. Mientras se tambaleaba de lado, llenándosele la visión de insectos como fogonazos de magnesio, ahora sin gafas, Walter concluyó que quizá ya había hablado más que suficiente. Lo rodearon Mathis y una decena de hombres y empezaron a causarle dolor de verdad. Cayó al suelo e intentó escapar a través del bosque de piernas que lo pateaban con sus zapatillas de fabricación china. Se hizo un ovido, temporalmente sordo y ciego, con sangre en la boca y al menos un diente roto, y siguió encajando puntapiés. Por fin los puntapiés remitieron y otras manos se posaron en él, incluidas las de Lalitha. Al volver el sonido, la oyó exclamar furiosamente: « ¡Apártense de él! ¡Apártense de él!» . Él se atragantó y escupió una bocanada de sangre en el suelo. Lalitha se arrodilló a su lado, manchándose de sangre a la vez que lo miraba fijamente a la cara.

—¿Estás bien?

Él sonrió como buenamente pudo.

—Empiezo a sentirme mejor.

—Ay, jefe mío. Mi pobre y querido jefe.

—Sin duda me siento mejor.

Era la temporada de la migración, del vuelo, el canto y el sexo. Allá abajo, en el neotrópico, donde la diversidad era mayor que en cualquier otro lugar del mundo, unos cuantos centenares de especies de aves empezaban a inquietarse y dejaban atrás a otros miles de especies, muchas de ellas parientes taxonómicos cercanos, que se contentaban con quedarse en el sitio y coexistir hacinadamente y reproducirse a su ocioso ritmo tropical. Entre los centenares de especies sudamericanas de tångara, cuatro exactamente emprendían el vuelo hacia Estados Unidos, arriesgándose a los desastres de un viaje en busca de la abundancia de comida y sitios donde anidar en los bosques templados en verano. Las reinitas cerúleas ascendían a golpe de ala por las costas de México y Texas y se desplegaban en los bosques de caducifolias de los Apalaches y los Ozarks. Los colibrís gorgirrubis se engordaban en las flores de Veracruz y volaban mil doscientos kilómetros para atravesar el golfo de México, consumiendo la mitad de su peso corporal, y se posaban en Galveston para tomar aliento. Los charranes subían de una región subártica a otra, los vencejos seстеaban en el aire y no se posaban jamás, los tordos cantarines aguardaban a que soplara viento del sur y entonces volaban sin parar durante doce horas, atravesando estados enteros en

una sola noche. Los rascacielos y los cables de alta tensión y las turbinas eólicas y los repetidores de señales de telefonía móvil y el tráfico rodado segaban las vidas de millones de aves migratorias, pero otros muchos millones llegaban a su destino, muchas de ellas regresando al mismísimo árbol donde habían anidado el año anterior, a la mismísima cumbre o zona pantanosa donde habían sido polluelos, y allí, si eran machos, empezaban a cantar. Todos los años, al llegar, se encontraban cada vez más con que sus antiguos hogares habían sido pavimentados para usar como aparcamientos o carreteras, o talados para obtener madera con que construir palés, o parcelados o deforestados para la extracción de petróleo o carbón, o fragmentados para construir centros comerciales, o labrados para la producción de etanol, o desnaturalizados de las más diversas maneras para crear pistas de esquí y senderos para bicicletas y campos de golf. Las aves migratorias, agotadas tras su viaje de ocho mil kilómetros, competían con las que habían llegado previamente por las porciones de territorio restantes; buscaban en vano una pareja, desistían de anidar y subsistían sin criar, morían a garras de gatos que las cazaban por diversión. Pero Estados Unidos seguía siendo un país rico y relativamente joven, y aún podían encontrarse reductos rebosantes de vida aviar si uno los buscaba.

Cosa que Walter y Lalitha, a finales de abril, con una furgoneta cargada de equipo de acampada, se dispusieron a hacer. Disponían de un mes libre antes de ponerse manos a la obra en serio con Espacio Libre, puesto que sus responsabilidades al servicio de la Fundación Monte Cerúleo habían terminado. En cuanto a la huella de carbono que dejaban, a bordo de una furgoneta sedienta de gasolina, Walter buscó cierto consuelo en el hecho de haber ido a trabajar en bicicleta o a pie durante los últimos veinticinco años y no poseer residencia alguna aparte de la casa pequeña y cerrada del lago Sin Nombre. Consideraba que se le debía un derroche de petróleo después de toda una vida de virtud, un verano en plena naturaleza a cambio del verano del que se había visto privado en la adolescencia.

Mientras estaba internado en el hospital del condado de Whitman, donde lo atendieron de la mandíbula dislocada y las heridas abiertas en la cara y las contusiones en las costillas, Lalitha había presentado desesperadamente su exabrupto como un *brote psicótico inducido por la trazodona*.

—Era un sonámbulo, literalmente —alegó ante Vin Haven—. No sé cuántas trazodonas tomó, pero fue más de una, y sólo unas horas antes. No sabía lo que decía, literalmente. La culpa fue mía por dejarle dar el discurso. Debería despedirme a mí, no a él.

—A mí me dio la impresión de que tenía una idea bastante clara de lo que decía —contestó Vin, curiosamente casi sin ira—. Es una lástima que tuviera que intelectualizar tanto el asunto. Hace un trabajo excelente, y después va y lo intelectualiza.

Vin había organizado una conferencia telefónica con los miembros del consejo de la fundación, obteniendo el visto bueno a su propuesta de dar el finiquito a Walter de inmediato, y había indicado a sus abogados que ejercieran la opción de recompra de la parte de la mansión de Georgetown que era propiedad de los Berglund. Lalitha comunicó a los aspirantes del trabajo en prácticas para Espacio Libre que se habían quedado sin financiación, que Richard Katz se retiraba del proyecto (Walter, desde su cama del hospital, por fin había impuesto su voluntad al respecto) y que la existencia misma de Espacio Libre estaba en duda. Algunos aspirantes contestaron a su mensaje para cancelar las solicitudes; dos de ellos declararon que aún albergaban la esperanza de colaborar como voluntarios; los demás ni contestaron. Como Walter se enfrentaba al desahucio de la mansión y se negaba a hablar con su mujer, Lalitha la telefoneó en su nombre. Patty llegó con una furgoneta de alquiler pocos días después, mientras Walter se escondía en el Starbucks más cercano, y cargó en ella las pertenencias que no quería dejar en un guardamuebles.

Fue al final de ese día tan desagradable, cuando Patty se hubo marchado y Walter hubo regresado de su exilio cafeínico, cuando Lalitha consultó su BlackBerry y encontró ochenta nuevos mensajes de jóvenes de todo el país, preguntando si aún estaban a tiempo de trabajar voluntariamente para Espacio Libre. Sus direcciones de correo tenían más chispa que las típicas `estudianteprogre@universidadcara.edu` de los aspirantes anteriores. Eran del tipo `frikifreegan` y `explosivodefabricacioncasera`; del tipo `pornofetal` y `chavaljainista3` y `jwlinhdjr`, `@gmail` y `@cruzio`. A la mañana siguiente había otros cien mensajes, junto con ofertas de bandas de garaje de cuatro ciudades —Seattle, Missoula, Buffalo y Detroit— para ayudar a organizar las actividades de Espacio Libre en sus comunidades.

Lo que ocurría, como Lalitha no tardó en deducir, fue que las imágenes de la diatriba de Walter y el posterior alboroto ofrecidas por la televisión local se habían propagado como un virus. Desde hacía poco tiempo podían verse vídeos por internet sin descarga previa, y el clip de `Whitmanville` (`Cancerdelplaneta.wmv`) había desfilado por los márgenes radicales de la blogosfera, las páginas de quienes difundían la teoría de la conspiración del 11-S y quienes protestaban encaramándose a los árboles y los devotos de *El club de la lucha*, así como los miembros de Personas por el Trato Ético a los Animales, uno de los cuales había descubierto el link de Espacio Libre en la página web de la Fundación Monte Cerúleo. Y de la noche a la mañana, pese a haber perdido la financiación y al músico estrella, Espacio Libre adquirió una auténtica base de admiradores y, en la persona de Walter, un héroe.

Hacía mucho tiempo que Walter no se reía, pero ahora se reía continuamente, y luego gemía porque le dolían las costillas. Una tarde salió y volvió a casa con una furgoneta Econoline blanca de segunda mano y un bote de

pintura verde en spray y, sin especial cuidado, escribió ESPACIO LIBRE en los flancos y la parte de atrás de la furgoneta. Quería seguir adelante y destinar su propio dinero, que obtendría de la inminente venta de la casa, a financiar el equipo de trabajo durante ese verano, a imprimir folletos y pagar una pequeña cantidad a los estudiantes en prácticas y ofrecer premios en metálico a los grupos contendientes, pero Lalitha previó posibles complicaciones legales en relación con el divorcio y no se lo permitió. Ante lo cual Joey, después de conocer los planes para el verano de su padre, inesperadamente extendió un cheque por valor de cien mil dólares a nombre de Espacio Libre.

—Esto es absurdo, Joey —dijo Walter—. No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes —insistió Joey—. El resto irá a los veteranos de guerra, pero Connie y yo opinamos que tu causa también es interesante. Tú me cuidaste cuando era pequeño, ¿no?

—Sí, porque eras mi hijo. Eso hacen los padres. No esperamos que nos lo devuelvan. Tú al parecer nunca entendiste del todo ese concepto.

—Pero ¿no es gracioso que yo pueda hacer esto? ¿No es una broma de las buenas? Esto es sólo dinero del Monopoly. Para mí no significa nada.

—Tengo mis propios ahorros, que podría gastar si quisiera.

—Bueno, pues guárdatelos para cuando seas viejo —sugirió Joey—. Tampoco es que vaya a entregarlo todo a la caridad cuando empiece a ganar dinero de verdad. Éstas son circunstancias especiales.

Walter estaba tan orgulloso de Joey, tan agradecido de no seguir peleándose con él, y tan predispuesto, por tanto, a dejarle hacerse el mayor, que aceptó el cheque sin oponer resistencia. Su único verdadero error fue mencionárselo a Jessica. Habían hablado por fin mientras estaba internado en el hospital, pero ella dejó claro con su tono que aún no estaba dispuesta a ser amiga de Lalitha. Por lo demás, sus declaraciones en Whitmanville tampoco la habían convencido. «Aun dejando de lado el hecho de que «cáncer del planeta» es precisamente una de esas expresiones que todos consideramos contraproducentes —dijo—, creo que no has elegido el enemigo adecuado. Cuando pones en bandos opuestos la ecología y a las personas ignorantes que intentan mejorar sus vidas, envías un mensaje que no hace ningún bien. Es decir, me consta que esa gente no te inspira simpatía. Pero eso debes procurar disimularlo, no utilizarlo como elemento de partida». En una llamada posterior, aludió con cierta impaciencia al republicanismo de su hermano, y Walter insistió en que Joey no era el mismo desde que se había casado con Connie. De hecho, añadió, Joey era ahora uno de los principales donantes de Espacio Libre.

—¿Y de dónde ha sacado el dinero? —preguntó Jessica.

—Bueno, tampoco es gran cosa —rectificó Walter, dando marcha atrás consciente de su error—. Somos pocos, ya lo sabes, así que todo es relativo. Es sólo el hecho simbólico de que nos dé algo... eso dice mucho de cómo ha

cambiado.

—Mmm.

—O sea, no es nada comparable a tu contribución. La tuya fue enorme: pasar ese fin de semana con nosotros, ayudarnos a elaborar la idea. Eso fue extraordinario.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella—. ¿Vas a dejarte crecer el pelo y ponerte un pañuelo en la cabeza? ¿Ir de aquí para allá en tu furgoneta? ¿Montar todo ese número de la mediana edad? ¿Es eso lo que debemos esperar en adelante? Porque a mí me gustaría ser la vocecilla tranquila que dice que te prefería como eras antes.

—Te prometo que no me dejaré crecer el pelo. Te prometo que no me pondré un pañuelo en la cabeza. No te abochornaré.

—Me temo que es un poco tarde para eso.

Tal vez por fuerza tenía que suceder: Jessica hablaba cada vez más como Patty. Su ira le habría dolido más a Walter si no hubiese estado disfrutando, cada minuto de cada día, del amor de una mujer que lo deseaba tal como era. Su felicidad le recordaba los primeros años con Patty, sus días de trabajo en equipo para criar a los hijos y reformar la casa, pero ahora él se percibía mucho más presente en su propia vida, apreciaba su felicidad de una manera más vivida, en toda su textura, y Lalitha no era la preocupación ni el enigma ni la terca desconocida que Patty, a cierto nivel, había sido siempre para él. Con Lalitha no había ni trampa ni cartón. El tiempo que pasaban en la cama, una vez recuperado él de sus heridas, se convirtió en lo que siempre le había faltado sin saber que le faltaba.

Cuando los transportistas eliminaron todo rastro de los Berglund en la mansión, Lalitha y él partieron en la furgoneta hacia Florida, con la intención de desplazarse hacia el oeste por la franja meridional del país antes de que apretara el calor. Walter estaba empeñado en enseñarle un avetoro, y encontraron el primero en la reserva de Corkscrew Swamp, en Florida, junto a una charca umbría y una pasarela que crujía bajo el peso de jubilados y turistas, pero era un avetoro que no se comportaba como un avetoro, posado claramente a la vista mientras los destellos de las cámaras de los turistas reverberaban en su irrelevante camuflaje. Walter insistió en recorrer los diques sin asfaltar de Big Cypress en busca de un avetoro de verdad, uno esquivo, y obsequió a Lalitha con una larga diatriba acerca de los daños ecológicos causados por los conductores de los todoterrenos recreativos, gente de la misma ralea que Coyle Mathis y Mitch Berglund. De algún modo, pese a los daños, el monte bajo y las charcas de aguas negras seguían repletos de aves, así como de innumerables caimanes. Walter por fin divisó un avetoro en una marisma salpicada de cartuchos de escopeta y latas de Budweiser desteñidas por el sol. Lalitha frenó en medio de una nube de polvo y admiró debidamente el ave con los prismáticos hasta que pasó

atronadoramente un camión de plataforma cargado con tres todoterrenos.

Lalitha nunca había ido de acampada, pero mostraba buena predisposición y Walter la veía increíblemente sexy con su ropa transpirable de safari. Contribuía el hecho de que fuera inmune a las quemaduras solares y de que repelia a los mosquitos tanto como él los atraía. Walter intentó enseñarle los rudimentos culinarios, pero ella prefería otras tareas, como el montaje de la tienda y la planificación de la ruta. Él se levantaba todas las mañanas antes del amanecer, preparaba un café exprés en su cafetera de seis tazas y le llevaba a ella a la tienda un café con leche de soja. Después salían a pasear entre el rocío y la luz de color miel. Ella no compartía los sentimientos de él por la fauna, pero tenía un don para avistar pájaros pequeños en el denso follaje, estudiaba las guías de fauna y flora locales y se pavoneaba con deleite cuando lo pillaba a él en un error de identificación y lo corregía. Más avanzada la mañana, cuando la vida aviar se apaciguaba, conducían hacia el oeste unas horas más y buscaban aparcamientos de hotel con redes inalámbricas sin código de seguridad, para que ella pudiera coordinarse mediante el correo electrónico con sus futuros estudiantes en prácticas y él pudiera escribir textos para el blog que ella le había creado. Luego otro parque estatal, otra cena al aire libre, otra ronda extática de revolcones en la tienda.

—¿No te has hartado de esto? —le preguntó él una noche en una zona de acampada especialmente bonita y vacía en la tierra de mezquites del sudoeste de Texas—. Podríamos alojarnos en un motel durante una semana, nadar en la piscina, trabajar.

—No; me encanta ver lo mucho que disfrutas buscando animales —dijo ella—. Me encanta verte feliz, después de haber sido infeliz durante tanto tiempo. Me encanta viajar en coche contigo.

—Pero quizá ya te has hartado.

—Todavía no —aseguró ella—, aunque me parece que en realidad no entiendo la naturaleza. No como tú. Yo la veo como algo muy violento. Ese cuervo que se comía las crías de gorrión, esos papamoscas, el mapache que se comía los huevos, los halcones que lo mataban todo. La gente habla de la paz de la naturaleza, pero a mí me parece todo lo contrario de pacífica. Es una matanza continua. Es incluso peor que los seres humanos.

—Para mí —dijo Walter—, la diferencia está en que las aves sólo matan porque tienen que comer. No lo hacen con ira, no lo hacen gratuitamente. No es un acto neurótico. Para mí, la naturaleza es pacífica por eso. Los seres viven o no viven, pero no está todo emponzoñado por el resentimiento y la neurosis y la ideología. Alivia mi propia ira neurótica.

—Pero ahora ya ni siquiera se te ve enfadado.

—Eso es porque paso contigo todos los minutos del día y no estoy en una situación tan comprometida; además, no tengo que tratar con gente. Sospecho

que la ira volverá.

—A mí me da igual si vuelve —afirmó ella—. Respeto tus razones para sentirla. En parte te quiero precisamente por eso. Pero me hace muy feliz verte feliz.

—No dejo de pensar que no podrías ser más perfecta —dijo él, cogiéndola por los hombros—. Y de pronto dices algo aún más perfecto.

En realidad, lo inquietaba lo irónico de su situación. Desahogando por fin su ira, primero con Patty y luego en Whitmanville, y liberándose de su matrimonio y de la fundación, había eliminado dos causas básicas de esa ira. Durante un tiempo, en su blog, había intentado matizar y restar importancia a su «heroísmo» en la denuncia del cáncer del planeta y hacer hincapié en que el villano era el sistema, no los habitantes de Forster Hollow. Pero sus admiradores lo habían reprendido tan categórica y copiosamente por ello («échale huevos, tío, tu discurso fue una pasada», etcétera) que llegó a pensar que les debía una exposición sincera de todas las ideas venenosas que había ido acumulando mientras iba de un lado a otro en Virginia Occidental, todas las opiniones más radicales contra el crecimiento que siempre se había guardado en nombre de la profesionalidad. Había estado reuniendo argumentos incisivos y datos condenatorios desde los tiempos de la universidad; lo mínimo que podía hacer ahora era compartirlos con los jóvenes a quienes, milagrosamente, parecía importarles de verdad. Sin embargo, la rabia delirante de sus lectores era preocupante y desentonaba con el ánimo apacible de Walter. Lalitha, por su parte, no daba abasto con la selección entre los centenares de nuevos aspirantes para las prácticas y las llamadas telefónicas a aquellos que en apariencia eran más responsables y menos violentos; casi todos los que consideró en sus cabaes eran chicas. El compromiso de Lalitha en la lucha contra la superpoblación era tan práctico y humanitario como el de Walter era abstracto y misantrópico, y una medida de su amor por ella, cada vez más profundo, era lo mucho que la envidiaba y deseaba parecerse a ella.

El día antes del último destino de su viaje de placer —condado de Kern, California, hábitat natural de un número asombroso de aves canoras reproductoras—, se detuvieron a visitar al hermano de Walter, Brent, en el pueblo de Mojave, cerca de la base aérea donde estaba destinado. Brent, que no se había casado, y cuyo héroe personal y político era el senador John McCain y cuyo desarrollo emocional parecía haber terminado cuando se alistó en las Fuerzas Aéreas, no podría haber mostrado más perfecto desinterés por la separación de Walter y Patty o su relación con Lalitha, a quien se dirigió en más de una ocasión con el nombre de «Lisa». No obstante, pagó el almuerzo, y les dio noticias de su otro hermano, Mitch.

—Se me ha ocurrido —dijo— que, si la casa de mamá sigue vacía, quizá no te importaría dejársela a Mitch durante un tiempo. No tiene teléfono ni dirección

fija, y me consta que todavía bebe, y arrastra una morosidad de unos cinco años en la pensión de alimentos de sus hijos. Ya sabrás que Stacy y él tuvieron otro niño poco antes de romper.

—¿Y con ése cuántos son? —preguntó Walter—. ¿Seis?

—No; sólo cinco. Dos con Brenda, uno con Kelly, dos con Stacy. No creo que sirva de nada enviar dinero, porque se lo gastará en bebida. Pero no le vendría mal tener un sitio donde vivir.

—Eso es muy considerado de tu parte, Brent.

—Sólo es una idea. Conozco tu conflicto con él. Lo digo sólo por si la casa está vacía, y a me entiendes.

Cinco era una prole adecuada para un ave canora, desde el momento en que, en todas partes, las aves eran perseguidas o expulsadas por la humanidad, pero no para un ser humano, y ante esa cantidad a Walter le costaba aún más sentir compasión por Mitch. Apenas oculto en el fondo de su mente se hallaba el deseo de que todo el mundo se reprodujese un poco menos, para que él pudiera reproducirse un poco más, *una* vez más, con Lalitha. Era un deseo vergonzoso, claro está: encabezaba un grupo anticrecimiento, y había tenido dos hijos a una edad joven demográficamente deplorable, y no se sentía defraudado por su hijo, casi podría ser abuelo. Y aun así, no podía dejar de imaginarse a Lalitha embarazada de él. Eso estaba en la raíz de todos sus polvos, era el significado cifrado en la belleza que él veía en su cuerpo.

—No, no, no, cielo —dijo ella, sonriente, rozándole la nariz con la suya cuando él sacó el tema en la tienda de campaña, en un camping del condado de Kern—. Así son las cosas conmigo. Tú ya lo sabías. No soy como las otras chicas. Soy un bicho raro, igual que tú, sólo que de otra manera. Lo dejé claro, ¿no?

—Absolutamente. Sólo estaba comprobándolo.

—Bueno, puedes comprobarlo, pero la respuesta será siempre la misma.

—¿Sabes por qué? ¿Por qué eres distinta?

—No, pero sé que lo soy. Soy la chica que no quiere un hijo. Ésa es mi misión en el mundo. Ese es mi mensaje.

—Me encanta cómo eres.

—Entonces deja que ése sea el detalle que no es perfecto para ti.

Pasaron junio en Santa Cruz, donde la mejor amiga de Lalitha en la universidad, Lydia Han, cursaba un doctorado en Literatura. Primero durmieron en el suelo de su casa, luego acamparon en el jardín de atrás, y más tarde acamparon en el bosque de secuoyas. Con el dinero de Joey, Lalitha había comprado billetes de avión para los veinte estudiantes en prácticas seleccionados. El director de tesis de Lydia, Chris Connery, un marxista desgrefado y sinólogo, dejó que los estudiantes en prácticas desplegaran sus sacos de dormir en su jardín y usaran sus cuartos de baño, y facilitó al cuadro directivo de Espacio Libre una

sala de reuniones en el campus para tres días de formación y planificación intensivos. La aparente fascinación de Walter por las dieciocho chicas que había entre ellos —con rastas o rapadas, con angustiosos piercings y/o tatuajes, con una fertilidad colectiva tan intensa que casi se oía— lo llevaba a sonrojarse continuamente mientras predicaba los males del crecimiento demográfico descontrolado. Para él fue un alivio escapar e irse de excursión con el profesor Connery por los espacios libres de los alrededores de Santa Cruz, por los montes marrones y los húmedos claros en los bosques de secuoyas, escuchar las profecías optimistas de Connery sobre el hundimiento de la economía global y la revolución obrera, ver los pájaros desconocidos del litoral californiano, y conocer a algunos de los jóvenes *freegans* y colectivistas radicales que ocupaban tierras públicas y vivían en la miseria por principio. Debería haber sido profesor universitario, pensó.

Sólo en julio, cuando abandonaron la seguridad de Santa Cruz y volvieron a la carretera, se sumieron en la rabia que empezaba a adueñarse del país ese verano. Para Walter, era en cierto modo un enigma que los conservadores, que controlaban los tres poderes del gobierno federal, siguieran tan furiosos: con los moderados escépticos ante la guerra de Iraq, con las parejas homosexuales que deseaban casarse, con el soso Al Gore y la cauta Hillary Clinton, con las especies en peligro de extinción y sus defensores, con unos impuestos y un precio del combustible que se hallaban entre los más bajos de los países industrializados, con la mayoría de los medios de comunicación cuyos dueños corporativos eran también conservadores, con los mexicanos que les cortaban el césped y les fregaban los platos. Su padre había exhibido esa misma rabia, desde luego, pero en una época mucho más progresista. Y la rabia conservadora había generado una contrarrabia izquierdista que a Walter prácticamente le chamuscó las cejas en los actos de Espacio Libre en Los Angeles y San Francisco. Entre los jóvenes con quienes habló, el epíteto multiuso para todos, desde George Bush y Tim Russert hasta Tony Blair y John Kerry, era «pringado». Era un artículo de fe casi universal que el 11-S había sido orquestado por Halliburton y la familia real saudí. Tres grupos de garaje distintos interpretaron canciones en las que fantaseaban burdamente con la idea de torturar y matar al presidente y al vicepresidente («Me cago en tu boca / gran Dick y me sienta muy bien / Sí, Georgie / bastará con un tiro en la sien»). Lalitha había insistido a los estudiantes en prácticas, y sobre todo a Walter, acerca de la necesidad de ser disciplinados en su mensaje, de ceñirse a los datos sobre la superpoblación, de abarcar el mayor espacio posible. Pero sin el tirón de grupos de primera fila como los que Richard podría haber aportado, los festivales atrajeron básicamente al sector marginal ya convencido, la clase de descontentos que se echaban a las calles con pasamontañas para manifestarse violentamente contra la OMC. Cada vez que Walter subía al escenario, lo vitoreaban por su estallido incontrolado en

Whitmanville y por el descomedimiento en las entradas de su blog, pero en cuanto decía que había que actuar con inteligencia y dejar que los datos hablaran por sí solos, los asistentes se quedaban en silencio y empezaban a entonar las palabras más incendiarias de Walter, sus preferidas: « ¡Cáncer del planeta! », « ¡A la mierda el Papa! ». En Seattle, donde el ambiente fue especialmente deplorable, abandonó el escenario en medio de un disperso abucheo. Lo recibieron mejor en el Medio Oeste y el Sur, especialmente en las ciudades universitarias, pero allí se congregó mucho menos público. Para cuando Lalitha y él llegaron a Athens, Georgia, le costaba ya levantarse por las mañanas. Estaba agotado por la carretera y lo oprimía la idea de que la furia desatada en el país no era más que un eco amplificado de su propia rabia, y de que había permitido que su resentimiento personal contra Richard privara a Espacio Libre de una base de seguidores más amplia, y de que estaba gastando un dinero de Joey que habría sido mejor donar a Planificación Familiar. De no haber sido por Lalitha, que conducía casi siempre y aportaba todo el entusiasmo, quizá habría abandonado la gira y simplemente se habría ido a observar pájaros.

—Sé que estás desanimado —dijo ella mientras salían de Athens en la furgoneta—. Pero estamos consiguiendo llamar la atención sobre el problema. Los semanarios gratuitos reproducen textualmente nuestros argumentos en sus reseñas. Los blogs y las revistas online hablan todos de superpoblación. Nadie habla en público de ello desde los años setenta, y de pronto, de la noche a la mañana, se empieza a hablar. De pronto, la idea está presente en el mundo. Las ideas nuevas siempre prenden primero en los sectores marginales. No debes desanimarte sólo porque las cosas no sean siempre bonitas.

—Salvé veinticinco mil hectáreas en Virginia Occidental, e incluso más en Colombia —dijo él—. Ese fue un buen trabajo, con resultados reales. ¿Por qué no seguí con eso?

—Porque sabías que no bastaba. Lo único que va a salvarnos realmente es conseguir que la gente cambie de manera de pensar.

Walter miró a su novia, fijándose en sus manos firmes en el volante, sus ojos radiantes en la carretera, y tuvo la sensación de que podía reventar de tan grande como era su deseo de parecerse a ella; de tan grande como era su gratitud porque a ella no le importara que él fuera él.

—Mi problema es que no me gusta mucho la gente —dijo—. La verdad es que no creo que las personas puedan cambiar.

—Sí te gusta la gente. Nunca te he visto tratar mal a nadie. Cuando hablas con alguien, siempre sonríes.

—En Whitmanville no sonreía.

—Sí sonreías. Incluso allí. Eso fue lo más raro.

De todos modos, en plena canícula no había muchos pájaros que observar. Una vez ocupado el territorio y llevada a cabo la reproducción, no dejarse ver

era lo más conveniente para un pájaro pequeño. Walter paseaba cada mañana por las reservas ornitológicas y los parques que, como sabía, aún estaban rebosantes de vida, pero la tupida mala hierba y los frondosos árboles permanecían inmóviles en la humedad del verano, como casas que le cerraban sus puertas, como parejas que no tenían ojos más que para sí mismos. El hemisferio norte estaba absorbiendo la energía del sol, convirtiendo silenciosamente la flora en comida para los animales, sin más subproducto sónico que el zumbido y los chirridos de los insectos. Para las aves migratorias neotropicales era la época de la retribución, eran los días que había que aprovechar. Walter las envidiaba por tener una tarea que hacer, y se preguntaba si se estaba deprimiendo porque ése era el primer verano en cuarenta años que no tenía que trabajar.

La batalla de las bandas de Espacio Libre a nivel nacional se había programado para el último fin de semana de agosto y, por desgracia, en Virginia Occidental. El estado no se hallaba en una zona céntrica y era difícil acceder a él por medio del transporte público, pero cuando Walter propuso en su blog cambiar de emplazamiento, sus admiradores veían ya con entusiasmo la perspectiva de viajar a Virginia Occidental y avergonzar a ese estado por su alto índice de natalidad, su pertenencia a la industria carbonífera, su numerosa población de fundamentalistas cristianos y su responsabilidad a la hora de decantar el resultado de las elecciones de 2000 en favor de George Bush. Lalitha le había pedido permiso a Vin Haven para celebrar el acto en lo que había sido una granja de cabras propiedad de la fundación, tal como tenía previsto desde el principio, y Haven, desconcertado ante su temeridad, y tan incapaz como cualquiera de resistirse a su presión con guante de seda, había dado su consentimiento.

Un extenuante recorrido a través del Cinturón Industrial del país los llevó a un kilometraje total superior a quince mil y un consumo de petróleo superior a treinta barriles. Resultó que su llegada a las Ciudades Gemelas, a mediados de agosto, coincidió con el primer frente frío del verano con olor a otoño. En todo el gran bosque boreal de Canadá y el norte de Maine y Minnesota, aún básicamente intacto, las reinitas y los papamoscas y los patos y los gorriones habían completado sus funciones parentales y mudado el plumaje de reproducción por colores de camuflaje más eficaces, y ahora recibían, con el frío del viento y el ángulo del sol, el aviso de que era momento de emprender el vuelo de regreso al sur. A menudo los padres partían primero, dejando a sus crías atrás para que ejercitaran el vuelo y el aprovisionamiento de comida y luego encontrarán por sí solas el camino, más torpemente y con un índice de mortalidad más alto, hacia sus territorios invernales. Menos de la mitad de los que partían en otoño volverían en primavera.

Los Sick Chelseas, un grupo de Saint Paul que Walter había visto actuar una vez como telonero de los Traumaticos y al que entonces no había augurado un año

más de supervivencia, seguían en activo y lograron atraer al festival de Espacio Libre seguidores suficientes para garantizarles con sus votos el acceso al gran festival de Virginia Occidental. Los otros únicos rostros conocidos entre el público eran los de Seth y Merrie Paulsen, los antiguos vecinos de Walter en Barrier Street, que aparentaban treinta años más que cualquier otro asistente excepto el propio Walter. Seth, prendado de Lalitha, no podía quitarle los ojos de encima, e insistió en una cena tardía, post-batalla, en Taste of Thailand, desestimando los ruegos de Merrie, que pretextó que estaba cansada. Aquello acabó siendo una auténtica orgía de intromisión, ya que Seth le sonsacó a Walter información de primera mano sobre la ya notoria boda de Joey y Connie, sobre el paradero de Patty, sobre la historia exacta de la relación entre Walter y Lalitha, y sobre las circunstancias que se ocultaban tras el varapalo a Walter del *New York Times* («Dios, qué mal te dejaban»), mientras Merrie bostezaba y adoptaba una expresión resignada.

De regreso a su motel, ya muy tarde, Walter y Lalitha tuvieron algo parecido a una pelea de verdad. Habían planeado cogerse unos días de descanso en Minnesota para visitar Barrier Street, el lago Sin Nombre e Hibbing e intentar localizar a Mitch, pero ahora Lalitha quería dar media vuelta e ir directamente a Virginia Occidental.

—La mitad de las personas que tenemos allí se autodenominan anarquistas —adujo—. No se llaman anarquistas porque sí. Debemos ir allí de inmediato y ocuparnos de la logística.

—No —contestó Walter—. La única razón por la que dejamos Saint Paul para el final era con la idea de pasar aquí unos días y descansar. ¿No quieres ver el lugar donde me crié?

—Claro que sí. Y lo veremos más adelante. Lo veremos el mes que viene.

—Pero ahora ya estamos *aquí*. No pasa nada porque nos cojamos dos días y luego vayamos directo a Wyoming. Así no tendremos que desandar el camino. Es absurdo alargar el viaje otros tres mil kilómetros.

—Pero ¿por qué te pones así? —preguntó ella—. ¿Por qué no quieres ocuparte de lo que es importante ahora mismo, y dejar el pasado para más tarde?

—Porque ése era el plan.

—Era un *plan*, no un contrato.

—Bueno, y además supongo que estoy un poco preocupado por Mitch.

—Pero ¡si odias a Mitch!

—No por eso voy a querer que mi hermano viva en la calle.

—Ya, pero un mes más no le hará ningún daño. Podemos volver justo después.

Él negó con la cabeza.

—También necesito echar un vistazo a la casa. Hace más de un año que no va nadie.

—Walter, no. Esto es un asunto tuyo y mío, nuestro, y está ocurriendo ahora mismo.

—Incluso podríamos dejar la furgoneta aquí, coger un avión y alquilar un coche. Solamente perderíamos un día. Nos quedaría una semana entera para organizar la logística. ¿No puedes hacerlo por mí?

Lalitha le cogió la cara entre las manos y fijó en él una mirada de border collie.

—No —dijo—. Hazlo tú por mí.

—Ve tú —respondió él, apartándose—. Coge el avión. Yo te seguiré dentro de un par de días.

—¿Por qué te pones así? ¿Es por culpa de Seth y Merrie? ¿Te han hecho pensar demasiado en el pasado?

—Sí.

—Pues quítatelo de la cabeza y ven conmigo. Tenemos que permanecer juntos.

Como un manantial de agua fría en el fondo de un lago de aguas templadas, la arraigada depresión fruto de su carga genética sueca se filtraba en él desde las profundidades: la sensación de que no merecía a una compañera como Lalitha; de que no estaba hecho para la vida en libertad y el heroísmo del bandolero; de que necesitaba una situación de descontento más gris y duradero contra la que luchar y en la que dar forma a una existencia. Y veía que por el mero hecho de experimentar esas sensaciones empezaba a crear una nueva situación de descontento con Lalitha. Y era mejor, pensó depresivamente, que ella supiera cuanto antes cómo era él en realidad. Que entendiera su afinidad con su hermano y su padre y su abuelo. Por tanto, volvió a negar con la cabeza.

—Me ceñiré al plan previsto —afirmó—. Me llevaré la furgoneta un par de días. Si no quieres acompañarme, compraremos un billete de avión para ti.

Todo habría sido distinto si ella hubiese llorado en ese instante. Pero era tozuda y decidida y estaba enfadada con él, y por la mañana Walter la llevó al aeropuerto, disculpándose hasta que ella lo obligó a callar.

—Tranquilo —dijo Lalitha—, ya se me ha pasado. Esta mañana ya no me preocupa. Estamos haciendo lo que debemos. Te llamaré cuando llegue, y ya nos veremos.

Era un domingo por la mañana. Walter telefoneó a Carol Monaghan y luego, al volante de la furgoneta, fue hasta Ramsey Hill por las avenidas que tan bien conocía. En el jardín de Carol, Blake había talado unos cuantos árboles y arbustos, pero, por lo demás, casi todo seguía igual en Barrier Street. Carol lo abrazó afectuosamente, apretando sus pechos contra él de una manera que no parecía del todo apropiada en el trato entre parientes, y luego, durante una hora, mientras las gemelas correteaban y chillaban por el gran salón a prueba de niños y Blake se levantaba nerviosamente y salía y regresaba y volvía a salir, los dos

padres sacaron el mayor provecho posible a su relación de consuegros.

—Me moría de ganas de llamarte en cuanto me enteré —dijo Carol—. Tuve que sentarme literalmente encima de la mano para no marcar tu número. No entendía por qué Joey no quería decíroslo él mismo.

—Bueno, ya sabes, ha tenido sus más y sus menos con su madre —contestó Walter—. Y también conmigo.

—¿Y cómo está Patty? Me he enterado de que os habéis separado.

—Así es.

—En esto no voy a morderme la lengua, Walter. Voy a decir lo que pienso, aunque siempre acabo metiéndome en líos por culpa de eso. En mi opinión, esa separación se veía venir desde hacía tiempo. Me horrorizaba ver cómo te trataba. Daba la impresión de que todo debía girar siempre alrededor de ella. En fin, ahí tienes: ya lo he dicho.

—Bueno, Carol, ya sabes que estas cosas son complicadas. Y ahora también es la suegra de Connie. Así que espero que las dos encontréis la manera de resolver vuestras diferencias.

—Ja. Por mí, no hace ninguna falta que nos veamos. Sólo espero que reconozca que mi hija tiene un corazón de oro.

—Yo personalmente lo reconozco sin la menor duda. Opino que Connie es una chica excepcional, que promete mucho.

—Bueno, de los dos, tú siempre has sido mejor persona. Tú también tienes un corazón de oro. Nunca lamenté ser tu vecina, Walter.

Él prefirió pasar por alto la injusticia de esas palabras, prefirió no recordarle a Carol los muchos años de generosidad que Patty les había dedicado a ella y a Connie, pero sí sintió una gran tristeza por Patty. Sabía lo mucho que se había esforzado para dar lo mejor de sí misma, y le dolía verse ahora en el bando de las muchas personas que sólo veían en ella su lado detestable. El nudo que tenía en la garganta era prueba de lo mucho que, a pesar de todo, la quería aún. Poniéndose de rodillas para tener un poco de contacto amable con las gemelas, recordó que ella siempre se había sentido mucho más cómoda que él con los niños pequeños, cómo era capaz de olvidarse de sí misma cuando Jessica y Joey tenían la edad de las gemelas; con qué felicidad se abstraía. Era mucho mejor, decidió, que Lalitha se hubiera ido a Virginia Occidental y lo hubiera dejado solo con su sufrimiento por el pasado.

Tras huir de Carol, y deducir por la fría despedida de Blake que no lo había perdonado por ser progresista, condujo hasta Grand Rapids, paró a comprar algo de comida y llegó al lago Sin Nombre a media tarde. Allí, un ominoso cartel anunciaba la venta de la propiedad contigua, la de los Lundner, pero su propia casa había aguantado 2004 medianamente bien, como había aguantado antes otros muchos años. La llave de reserva colgaba aún debajo del viejo banco rústico de abedul, y descubrió que no le resultaba demasiado insufrible estar en

las habitaciones donde su mujer y su mejor amigo lo habían traicionado; lo asaltaron otros muchos recuerdos tan vívidamente como para imponerse. Rastrilló y barrió hasta la noche, satisfecho de tener un trabajo real que hacer para variar, y después, antes de acostarse, telefoneó a Lalitha.

—Menuda *locura* es esto —dijo ella—. Menos mal que he venido yo sola y tú te has quedado, porque te llevarías un disgusto. Esto parece Fort Apache o qué sé yo. Los nuestros casi necesitan servicio de seguridad para protegerse de los fans que se han presentado antes de tiempo. Da la impresión de que todos aquellos capullos de Seattle hayan venido directamente aquí. Tenemos un pequeño campamento junto al pozo, con un sanitario portátil, pero ya hay unas trescientas personas más sitiándolo. Andan por toda la finca, bebiendo del mismo arroyo en que cagan, y están desquiciando a los lugareños. Hay pintadas a lo largo de toda la carretera que lleva hasta allí. Por la mañana tengo que mandar a los estudiantes en prácticas a presentar disculpas a las personas cuyas propiedades han sido manchadas y a ofrecerse a dar una capa de pintura. Yo he ido de aquí para allá pidiéndoles un poco de calma, pero están dispersos en cuatro hectáreas y están todos colocados, y no hay un líder, es una masa amorfa. Luego ha oscurecido y empezado a llover, y he tenido que volver al pueblo a buscar un motel.

—Puedo coger un avión mañana —propuso Walter.

—No, ven con la furgoneta. Nos conviene acampar en la propia granja. Ahora mismo sólo te pondrías furioso. Yo puedo resolverlo sin enfadarme tanto, y para cuando tú llegues seguro que el panorama habrá mejorado.

—Bueno, conduce con prudencia, ¿eh?

—Descuida —respondió ella—. Te quiero, Walter.

—Yo también te quiero.

La mujer a quien amaba lo amaba a él. Eso lo sabía con certeza, pero no supo nada más con certeza, ni entonces ni nunca; los otros hechos vitales jamás llegaron a conocerse. Si en efecto ella condujo con prudencia. Si en el viaje de regreso a la granja de cabras a la mañana siguiente fue o no demasiado deprisa por la carretera del condado, resbaladiza a causa de la lluvia, si tomó o no las cerradas curvas de montaña a una velocidad peligrosa. Si un camión cargado de carbón salió de pronto de una de esas curvas e hizo lo que cada semana hacía un camión cargado de carbón en algún lugar de Virginia Occidental. O si alguien en un todoterreno de chasis alto, quizá alguien en cuyo establo habían pintado las palabras ESPACIO LIBRE o CÁNCER DEL PLANETA, vio a una joven de piel oscura conducir un utilitario de alquiler de fabricación coreana e invadió su carril o la siguió pegado a ella o la adelantó, cortándole el paso, o incluso la sacó intencionadamente de la carretera sin arcén.

Comoquiera que fuese exactamente, a eso de las 7.45 de la mañana, a ocho kilómetros al sur de la granja, el coche de Lalitha se despeñó por un terraplén alto

y escarpado y fue a estrellarse contra un nogal. El informe policial ni siquiera ofrecía el tenue consuelo de una muerte en el acto. Pero los traumatismos eran graves, tenía la pelvis fracturada y una arteria femoral seccionada, y sin duda había muerto antes de que Walter, a las 7.30 hora de Minnesota, volviera a colgar la llave de la casa en el clavo bajo el banco y partiera hacia el condado de Aitkin en busca de su hermano.

Por su larga experiencia con su padre, sabía que era mejor conversar con los alcohólicos por la mañana. Lo único que Brent había podido decirle sobre la última ex de Mitch, Stacy, era que trabajaba en un banco de Aitkin, la capital del condado, y por tanto fue apresuradamente de uno a otro banco, hasta encontrar a Stacy en el tercero. Era bonita, al estilo robusto de las chicas de campo, aparentaba unos treinta y cinco años y hablaba como una adolescente. Aunque no conocía a Walter, pareció dispuesta a atribuirle buena parte de la responsabilidad por el abandono en que Mitch había dejado a sus hijos.

—Prueba en la granja de su amigo Bo —dijo Stacy, encogiéndose de hombros en un gesto de contrariedad—. Lo último que supe es que Bo le dejaba su apartamento del garaje, pero de eso hace unos tres meses.

El condado de Aitkin, pantanoso, erosionado por los glaciares y desprovisto de minerales, era el condado más pobre de Minnesota y, por tanto, abundaban las aves, pero Walter no se detuvo a buscarlas mientras conducía por la carretera comarcal 5, totalmente recta, hasta que por fin localizó la granja de Bo. Vio en un extenso campo el rastrojo de una cosecha de colza, y un maizal de menor tamaño más invadido por la mala hierba de lo que debería haber estado. Bo en persona se hallaba arrodillado en el camino de acceso, cerca de la casa, reparando una bicicleta de niña adornada con cintas de plástico rosa, mientras varios niños entraban y salían de la casa por la puerta abierta. Asomaba a sus mejillas la rubicundez de la ginebra, pero era joven y poseía los músculos de un luchador.

—Conque eres el hermano de la gran ciudad —dijo, mirando perplejo la furgoneta con los ojos entornados.

—El mismo —contestó Walter—. Me han dicho que Mitch vive contigo.

—Sí, va y viene. Seguramente ahora lo encontrarás en el lago Peter, en el camping del condado. ¿Lo necesitas para algo en particular?

—No, sólo pasaba por la zona.

—Sí, las ha pasado canutas desde que Stacy lo puso en la calle. Hago lo posible por ayudarlo un poco.

—¿Lo puso en la calle?

—Bueno, y a sabes, en todas las historias hay dos versiones, ¿no?

El lago Peter estaba a casi una hora de viaje, en el camino de vuelta hacia Grand Rapids. Al llegar al camping, que tenía cierto parecido con una chatarrería y bajo el sol del mediodía carecía especialmente de encanto, Walter vio a un

viejo barrigudo en cuclillas junto a una tienda de campaña roja manchada de barro, quitando las escamas a un pescado sobre una hoja de periódico. Sólo después de pasar con la furgoneta por su lado se percató, por el parecido con su padre, de que era Mitch. Aparcó muy cerca de un álamo, para tener un poco de sombra, y se preguntó qué hacía allí. No estaba dispuesto a ofrecerle a Mitch la casa del lago Sin Nombre; pensaba que quizá Lalitha y él pudieran vivir allí durante una o dos estaciones mientras decidían qué hacer con su futuro. Pero quería parecerse más a Lalitha, ser más atrevido y humanitario, y si bien era consciente de que quizá en realidad fuera más benévolo por su parte dejar a Mitch en paz, respiró hondo y desanduvo el camino hacia la tienda roja.

—Mitch —dijo.

Mitch estaba escamando un pez luna de veinte centímetros y no alzó la vista.

—Sí.

—Soy Walter. Tu hermano.

Entonces sí alzó la vista, y en un acto reflejo asomó a sus labios una mueca burlona que pasó a convertirse en una sonrisa sincera. Había perdido su atractivo físico, o más exactamente éste se había encogido hasta quedar reducido a un pequeño oasis facial en medio de un desierto de abotargamiento curtido por el sol.

—¡Hay que joderse! —exclamó—. ¡El pequeño Walter! ¿Qué haces tú por aquí?

—Pasaba cerca y he hecho un alto para verte.

Mitch se limpió las manos en el pantalón cargo corto, muy sucio, y le tendió la derecha. Era una mano flácida, y Walter se la estrechó con fuerza.

—Sí, claro, me parece muy bien —dijo Mitch, sin referirse a nada en concreto—. Estaba a punto de abrir una cerveza. ¿Te apetece una cerveza? ¿O todavía eres abstemio?

—Tomaré una cerveza —contestó Walter.

Se dio cuenta de que habría sido todo un detalle, y muy propio de Lalitha, llevarle a Mitch unos cuantos packs de cervezas, y luego pensó que también era un detalle por su parte dejar a Mitch mostrarse generoso en algo. No supo cuál era el más amable de ambos detalles. Mitch cruzó su descuidado camping hasta la enorme nevera y volvió con dos latas de PBR.

—Sí —dijo—, he visto pasar esa furgoneta y me he preguntado qué clase de hippies iban a instalarse aquí. ¿Ahora vas de hippy?

—No exactamente.

Mientras las moscas y los avispones se daban un festín con las tripas del proyecto de limpieza de pescado dejado a medias por Mitch, se sentaron en un par de viejos taburetes plegables, de madera y lona enmohecida, que habían sido de su padre. Walter reconoció otros elementos igualmente viejos desperdigados por el recinto. Mitch, como su padre, era un gran conversador, y mientras ponía

a Walter al corriente de su actual modo de existencia, y la retahíla de malas fracturas y lesiones de espalda y accidentes de tráfico y diferencias conyugales irreconciliables que lo habían llevado a esa existencia, Walter se asombró al comprobar que era un borracho muy distinto de como lo había sido su padre. El alcohol o el paso del tiempo parecían haber borrado todo recuerdo de la enemistad entre ellos. No exhibía el menor asomo de sentido de la responsabilidad, y por tanto tampoco una actitud defensiva ni resentimiento. Lucía el sol y él se ocupaba de lo suyo. Bebía ininterrumpidamente pero sin prisa; quedaba mucha tarde por delante.

—¿Y de qué vives?—le preguntó Walter—. ¿Tienes trabajo?

Mitch se inclinó con cierta inestabilidad y abrió una caja de aparejos de pesca donde había un pequeño fajo de billetes y quizá cincuenta dólares en monedas.

—Mi banco —dijo—. Me alcanza para ir tirando hasta que llegue el frío. El invierno pasado tuve un empleo de vigilante nocturno en Aitkin.

—¿Y qué harás cuando eso se acabe?

—Ya encontraré algo. Sé cuidar de mí mismo bastante bien.

—¿Te preocupan tus hijos?

—Sí, me preocupan, a veces. Pero tienen buenas madres que saben cuidar de ellos. Por ese lado no soy de gran ayuda. Eso por fin lo entendí. Yo sólo soy capaz de cuidar de mí mismo.

—Eres un hombre libre.

—Eso sí.

Se quedaron en silencio. Se había levantado una suave brisa, esparciendo un millón de diamantes sobre la superficie del lago Peter. En el extremo opuesto, unos cuantos pescadores permanecían ociosos en botes de remos de aluminio. Un poco más cerca graznaba un cuervo, y otro campista cortaba leña. Walter se había pasado todo el verano al aire libre, muchos días en lugares bastante más remotos y despoblados que aquél, pero en ningún momento se había sentido tan lejos de todo lo que constituía su vida como entonces. Sus hijos, su trabajo, sus ideas, las mujeres a quienes quería. Sabía que su hermano no tenía el menor interés por esa vida —estaba más allá de sentir interés por cualquier cosa—, y él tampoco deseaba hablar de eso, imponerle eso. Pero en el preciso instante en que sonó el teléfono y en la pantalla vio un número desconocido de Virginia Occidental, estaba pensando en lo afortunada y dichosa que había sido su vida.

**SE COMETIERON ERRORES
(CONCLUSIÓN)**

**Una especie de carta a su lector
por Patty Berglund**

4. Seis años

La autobiógrafa, en atención a su lector y a la pérdida que ha sufrido, y en atención al hecho de que cierta voz haría bien en callarse ante la creciente negrura de la vida, se propuso en vano escribir estas páginas en primera y segunda persona. Pero por desgracia parece condenada, en cuanto escritora, a ser una de esas deportistas que hablan de sí mismas en tercera persona. Aunque considera que ha cambiado de verdad, y que ahora le va infinitamente mejor que en los viejos tiempos, y que por tanto merece ser oída de nuevo, aún no es capaz de desprenderse de esa voz que encontró cuando no tenía nada más a qué agarrarse, aunque ello signifique que su lector tire este documento directamente a su vieja papelera de Macalaster College.

La autobiógrafa empieza por admitir que seis años es un silencio larguísimo. Muy al principio, nada más marcharse de Washington, Patty consideró que callarse era lo más benévolo que podía hacer por sí misma y por Walter. Sabía que él se enfurecería al enterarse de que ella se había instalado en casa de Richard. Sabía que él llegaría a la conclusión de que ella no sentía el menor respeto por sus sentimientos y debía de haber estado mintiendo o engañándose al insistir en que lo amaba a él y no a su amigo. Pero para que conste: antes de ir a Jersey City, pasó una noche sola en un Marriott de Washington, contando los potentes somníferos que se había llevado y examinando la bolsita de plástico con que los huéspedes del hotel se supone que revisten el cubo para el hielo. Y es muy fácil decir «Sí, pero no llegó a quitarse la vida, ¿verdad?» y pensar que simplemente había caído en el autodramatismo y la autocompasión y el autoengaño y otros autosentimientos nocivos. La autobiógrafa sostiene, no obstante, que Patty atravesaba horas muy bajas esa noche, las más bajas de su vida, y tuvo que obligarse una y otra vez a pensar en sus hijos. Sus niveles de dolor, aunque quizá no superiores a los de Walter, eran ciertamente altos. Y Richard era la persona que la había metido en esa situación. Richard era la única persona que podía comprenderla, la única persona a la que ella podía ver sin morir de vergüenza, la única persona de quien ella sabía con certeza que aún la deseaba. Le había destrozado la vida a Walter, y en cuanto a eso ya no podía hacer nada; así pues, pensó, bien podía intentar salvar la suya propia.

Pero por otro lado, para ser sincera, estaba furiosa con Walter. Por doloroso

que hubiera sido para él leer ciertas páginas de su autobiografía, ella seguía convencida de que había cometido una injusticia al echarla de casa. Pensaba que había reaccionado desproporcionadamente y le había dado un trato inmerecido y se había engañado a sí mismo sobre lo mucho que deseaba librarse de ella y quedarse con su chica. Y la rabia de Patty se vio agravada por los celos, porque la chica de verdad amaba a Walter, en tanto que Richard no es la clase de persona que de verdad pueda querer a nadie (salvo, hasta un punto conmovedor, a Walter). Aunque indudablemente Walter no veía así las cosas, Patty se sintió justificada para ir a Jersey City en busca del consuelo y la venganza y el refuerzo de la autoestima que podía proporcionarle acostarse con un músico egoísta.

La autobiógrafa pasará por alto los detalles de los meses de Patty en Jersey City, limitándose a admitir que matar el antiguo gusanillo no estuvo exento de placeres breves pero intensos, y a señalar que ojalá hubiese matado el gusanillo cuando tenía veintiún años y Richard se mudaba a Nueva York; luego, a finales del verano, hubiese vuelto a Minnesota y comprobado si Walter aún la aceptaba. Porque asimismo cabe señalar otra cosa: no hizo el amor ni una sola vez en Jersey City sin pensar en la última ocasión en que ella y su marido lo habían hecho, en el suelo de su habitación en Georgetown. Aunque sin duda Walter imaginaba a Patty y Richard como monstruos indiferentes a sus sentimientos, en realidad nunca fueron capaces de eludir su presencia. Por ejemplo, en cuanto a si Richard cumpliría su compromiso de ayudar a Walter en la iniciativa contra la superpoblación, sencillamente dieron por sentado que Richard tenía que hacerlo. Y no por culpabilidad, sino por amor y admiración. Cosa que, considerando lo mucho que le costó a Richard simular ante músicos más famosos que le preocupaba la superpoblación mundial, debería haber sido reveladora para Walter. Lo cierto es que nada entre Patty y Richard podía durar, porque les era imposible no defraudarse mutuamente, porque ninguno de los dos era tan digno de amor para el otro como lo era Walter para ambos. Cada vez que Patty se quedaba sola después del sexo, se sumía en la tristeza y la soledad, porque Richard siempre sería Richard, mientras que, con Walter, siempre había existido la posibilidad, por escasa que fuera, y por despacio que cristalizara, de que su historia cambiara y se hiciera más profunda. Cuando Patty se enteró por sus hijos del disparatado discurso que él había pronunciado en Virginia Occidental, sintió una gran desesperación. Daba la impresión de que a Walter le hubiese bastado con deshacerse de ella para convertirse en una persona más libre. La vieja teoría de ambos —que él la amaba y la necesitaba más de lo que ella lo amaba y lo necesitaba a él— se había invertido. Y ahora ella había perdido al amor de su vida.

Y entonces llegó la espantosa noticia de la muerte de Lalitha, y Patty experimentó muchos sentimientos a la vez: un gran pesar y compasión por

Walter, una gran culpabilidad por el sinfín de veces que había deseado ver muerta a Lalitha, un repentino miedo a su propia muerte, un fugaz asomo de esperanza egoísta ante la posibilidad de que Walter la aceptara de nuevo, y luego el atroz arrepentimiento por haber acudido a Richard, asegurándose así de que Walter nunca volviera a aceptarla. Mientras Lalitha vivía, existía una mínima posibilidad de que Walter se cansara de ella, pero en cuanto murió, se acabaron las esperanzas para Patty. Después de aborrecer a esa chica sin el menor disimulo, ahora no tenía derecho a consolar a Walter y sabía que sería una monstruosidad por su parte aprovechar circunstancias tan tristes para intentar entrar de nuevo sibilinamente en su vida. Durante varios días trató de redactar un pésame digno del dolor de Walter, pero el abismo entre la pureza de los sentimientos de él y la impureza de los suyos era insalvable. Lo mejor que podía hacer era transmitirle su pesar por mediación de terceros, en concreto de Jessica, y esperar que Walter llegara a creer que el anhelo de ofrecerle consuelo estaba de verdad presente en ella y se diera cuenta de que, como no le había dado el pésame, ya no podía comunicarse con él sobre ningún otro asunto. De ahí, por lo que a ella se refería, esos seis años de silencio.

La autobiógrafa desearía poder informar que Patty abandonó a Richard inmediatamente después de la muerte de Lalitha, pero en realidad se quedó allí otros tres meses. (Nadie la tomará nunca erróneamente por un pilar de determinación y dignidad). Para empezar, ella sabía que pasaría mucho tiempo antes de que alguien que le gustase de verdad deseara acostarse con ella, si es que eso volvía a ocurrir. Y Richard, a su manera leal aunque poco convincente, hacía lo posible por ser un Hombre Bueno ahora que Patty había perdido a Walter. Ella no quería mucho a Richard, pero sí lo quería un poco por ese esfuerzo (aunque incluso a este respecto, para que conste, en realidad era a Walter a quien ella quería, porque era Walter quien había metido en la cabeza de Richard la idea de ser un Hombre Bueno). Como un hombre, Richard se sentaba a comer los platos que ella le preparaba, se obligaba a quedarse en casa y ver videos con ella, sobrellevaba los frecuentes chaparrones de emotividad de Patty, pero ella nunca olvidaba que su llegada había coincidido inoportunamente con el renacido compromiso de Richard con la música —su necesidad de pasarse toda la noche fuera con sus compañeros de grupo, o solo en su habitación, o en las habitaciones de numerosas chicas—, y aunque ella respetaba esas necesidades en abstracto, no podía evitar tener sus propias necesidades, como por ejemplo la necesidad de no percibir en él el olor de otra chica. Para ausentarse y ganar un dinero, por las tardes trabajaba de camarera, preparando precisamente las distintas variedades de café cuya preparación en otro tiempo había ridiculizado. En casa, hacía un verdadero esfuerzo por ser divertida y agradable y no un coñazo, pero su situación no tardó en ser un tanto insufrible, y la autobiógrafa, que probablemente ya se ha explayado sobre estos asuntos mucho más de lo que

al lector le interesa oír, le ahorrará las escenas de celos mezquinos y recriminaciones mutuas y decepción manifiesta que la llevó a separarse de Richard en no muy buenas relaciones. La autobiografía se acuerda del empeño de su país por salir de Vietnam a toda costa, cuyo colofón fue el momento en que nuestros amigos vietnamitas fueron arrojados desde lo alto del edificio de la embajada y apartados a empujones de los helicópteros que se marchaban y abandonados allí para morir masacrados o padecer una reclusión brutal. Pero eso es desde luego todo lo que va a decir sobre Richard, salvo por un breve comentario más hacia el final de este documento.

Durante los últimos cinco años Patty ha vivido en Brooklyn trabajando como maestra auxiliar en un colegio privado, donde ayuda a niños de primero con sus aptitudes lingüísticas y entrena a los equipos de fútbol y baloncesto de los primeros cursos de secundaria. La explicación de cómo llegó a este empleo pésimamente remunerado, pero por lo demás casi ideal, es la siguiente.

Después de dejar a Richard se instaló en casa de su amiga Cathy en Wisconsin, y resultó que la pareja de Cathy, Donna, había tenido gemelas dos años antes. Entre el trabajo de Cathy como abogada de oficio y el de Donna en un centro de acogida para mujeres, las dos ingresaban entre ambas un salario aceptable y conseguían dormir entre ambas las horas de sueño aceptables de una persona. Así las cosas, Patty ofreció sus servicios como canguro a jornada completa y de inmediato se prendó de las niñas a su cargo. Se llaman Natasha y Selena y son niñas maravillosas y poco comunes. Parecían haber nacido con un sentido Victoriano del comportamiento infantil: incluso sus berrinches, cuando se sentían obligadas a recurrir a ellos, venían precedidos de unos momentos de juiciosa reflexión. Las niñas tenían toda su atención puesta esencialmente la una en la otra, claro, observándose siempre, consultándose, aprendiendo la una de la otra, comparando sus respectivos juguetes o cenas con vivo interés, pero casi nunca con ánimo competitivo o envidia; parecían *sensatas* conjuntamente. Cuando Patty hablaba con una de ellas, la otra también escuchaba, con una atención respetuosa sin ser tímida. Como tenían dos años, había que vigilarlas en todo momento, pero Patty no se cansaba nunca, literalmente. La verdad era —y se sintió mejor al encontrar algo que se lo recordara— que se le daban tan bien los niños pequeños como mal los adolescentes. Obtenía una satisfacción profunda y continua de los milagros de la adquisición de las habilidades psicomotrices, la formación del lenguaje, la socialización, el desarrollo de la personalidad —viéndose a veces claramente los progresos de las gemelas de un día para otro—, así como en la nula conciencia que tenían de lo graciosas que eran, en la transparencia de sus necesidades, y en la absoluta confianza que depositaban en ella. La autobiografía no tiene palabras para expresar la concreción de ese placer, pero en aquellos momentos se dio cuenta de que su decisión de ser madre no había sido un error.

Tal vez se habría quedado mucho más tiempo en Wisconsin si su padre no hubiera enfermado. Sin duda, el lector ha tenido noticia del cáncer de Ray, la agresividad de su repentina aparición y la rapidez de su evolución. Cathy, que es también muy sensata, instó a Patty a volver a su casa en Westchester antes de que fuera demasiado tarde. Patty regresó con mucho miedo y aprensión y se encontró con que el hogar de su infancia apenas había cambiado desde la última vez que había puesto los pies allí. Las cajas de material de campañas electorales antiguas eran aún más numerosas; las manchas de moho en el sótano, más intensas; las torres de libros recomendados por el *Times* de Ray, más altas y tambaleantes; los archivadores con recetas no probadas de la sección gastronómica del *Times* de Joyce, aún más gruesos; las pilas de dominicales sin leer del *Times*, aún más amarillentas; los cubos de reciclaje, aún más rebosantes; los resultados de los ilusos intentos de Joyce de dedicarse a la jardinería floral, aún más patéticamente infestados de malas hierbas y dispersos; el progresismo automático de su visión del mundo, aún más impermeable a la realidad; su malestar ante la presencia de su hija mayor, aún más acusado; y la insidiosa jovialidad de Ray, aún más desorientadora. El asunto serio del que ahora Ray se reía sin el menor respeto era su muerte inminente. Su cuerpo, a diferencia de todo lo demás, había experimentado un cambio enorme. Estaba consumido, demacrado y pálido. Cuando Patty llegó, iba aún a su bufete unas horas cada mañana, pero eso duró sólo una semana más. Al verlo tan enfermo, Patty se recriminó su prolongada frialdad en el trato con él y su pueril rechazo a perdonar.

Y no era que Ray no siguiera siendo Ray, claro está. Siempre que Patty lo abrazaba, él le daba unas palmadas por un segundo y, retirando los brazos, los dejaba flotando en el aire, como si no pudiera devolverle el abrazo ni apartarla de un empujón. Para desviar la atención de sí mismo, buscaba otras cosas de las que reírse: la carrera de Abigail como artista de performance, la religiosidad de su nuera (de la que se hablará más adelante), la participación de su mujer en la «broma» del gobierno del estado de Nueva York y las penalidades profesionales de Walter, sobre las que había leído en el *Times*.

—Por lo visto, tu marido se lio con una panda de maleantes —comentó un día—. Como si él también tuviera algo de maleante, quizá.

—No es un maleante —replicó Patty—. Eso es obvio.

—Eso mismo dijo Nixon. Me acuerdo de aquel discurso como si fuese ayer. El presidente de Estados Unidos asegurando a la nación que no era un maleante. Esa misma palabra: «maleante». Me desternillaba. «No soy un maleante». Para morirse de risa.

—No vi el artículo sobre Walter, pero según Joey fue muy injusto.

—A ver, Joey es tu hijo republicano, ¿me equivoco?

—Es más conservador que nosotros, desde luego.

—Abigail nos contó que prácticamente tuvo que quemar las sábanas cuando

su novia y él estuvieron en su apartamento. Manchas por todas partes, según parece. También en la tapicería.

—Ray, Ray. ¡No quiero oír hablar de eso! Procura recordar que yo no soy como Abigail.

—Ja. Cuando leí el artículo, no pude evitar acordarme de aquella noche en que Walter se exaltó tanto al hablar del Club de Roma. Siempre ha estado un poco chalado. Ésa ha sido siempre mi impresión. Ahora puedo decirlo, ¿no?

—¿Por qué? ¿Porque estamos separados?

—Sí, también por eso. Pero yo lo decía porque, como no me queda mucho tiempo de vida, puedo hablar claro.

—Tú *siempre* has hablado claro. Nunca te has cortado.

Algo en esas palabras arrancó una sonrisa a su padre.

—No siempre, Patty. En realidad, menos de lo que crees.

—Dime una ocasión en la que hayas querido decir algo y te hayas contenido.

—Nunca se me ha dado bien expresar el afecto. Sé que eso fue duro para ti. Para la que más, probablemente. En comparación con los otros, siempre te lo has tomado todo muy en serio. Y luego estuvo aquel desafortunado incidente cuando ibas al instituto.

—Lo desafortunado fue cómo lo manejasteis vosotros.

Ante eso, Ray levantó una mano en señal de advertencia, como para atajar esa actitud tan poco razonable.

—Patty —dijo.

—¡Es la verdad!

—Patty, a ver, a ver... Todos cometemos errores. La cuestión es que siento... esto, mmm... siento afecto por ti. Mucho amor. Sólo que me cuesta manifestarlo.

—Pues qué mala suerte la mía, supongo.

—Estoy intentando hablar en serio, Patty. Estoy intentando decirte algo.

—Ya lo sé, papá —dijo ella, deshaciéndose en lágrimas un tanto amargas.

Y él repitió su gesto de las palmadas, apoyando la mano en su hombro, retirándola indeciso y dejándola en el aire; y ella vio con toda claridad, por fin, que él era incapaz de ser de otra manera.

Mientras Ray agonizaba, y una enfermera particular iba y venía, y Joyce, con forzadas disculpas, se escabullía repetidamente a Albany para una votación «importante», Patty durmió en su cama de la infancia y releyó sus libros infantiles preferidos y combatió el desorden de la casa, sin molestarse en pedir permiso para tirar revistas de los años noventa y cajas de folletos de la campaña de Dukakis. Era la temporada de los catálogos de semillas, y Joyce y ella aprovecharon agradecidas la pasión esporádica de su madre por la jardinería, que les procuró un interés común del que hablar, sin el cual no habrían tenido ninguno. Pero en la medida de lo posible Patty se quedaba con su padre, lo cogía de la mano y se permitía quererlo. Casi podía sentir físicamente cómo se

redistribuían sus propios órganos emocionales, situándose por fin la autocompasión claramente a la vista, en toda su obscenidad, como una horrenda excrecencia roja amoratada que era necesario extirpar. Después de pasar tanto tiempo oyendo a su padre burlarse de todo, aunque un poco más débilmente cada día, la perturbó ver lo mucho que ella se parecía a él, y por qué sus propios hijos no veían con más humor su capacidad para el humor, y por qué habría sido mejor para ella obligarse a visitar más a sus padres en los años críticos de su propia maternidad, para comprender mejor las reacciones de sus hijos ante ella. Su sueño de fundar una nueva vida partiendo de cero, del todo independiente, no había sido más que eso: un sueño. Era digna hija de su padre. Ni él ni ella habían querido nunca crecer de verdad, y ahora se dedicaban a eso mismo los dos juntos. De nada serviría negar que Patty, que será siempre competitiva, encontró satisfacción en sentirse menos incómoda ante la enfermedad de él, menos asustada que sus hermanos. De niña, había querido creer que él la quería más que a nada en el mundo, y ahora, mientras le apretaba la mano intentando ayudarlo a superar los tramos de dolor que la morfina sólo podía acortar —no hacer desaparecer—, aquello pasó a ser verdad, los dos lo convirtieron en verdad, y eso la cambió.

En el oficio fúnebre, celebrado en la iglesia unitaria de Hastings, ella se acordó del funeral del padre de Walter. También en aquella ocasión el número de asistentes fue enorme: por lo menos quinientas personas. Daba la impresión de que estaban allí todos los abogados, jueces y fiscales actuales o pasados de Westchester, y cuantos participaron en el panegírico dijeron lo mismo: que no sólo era el abogado más competente que habían conocido, sino también el más amable y trabajador y honrado. La amplitud y estatura de su prestigio profesional dejaron anonadada a Patty y fueron una revelación para Jessica, que estaba sentada junto a ella; Patty podía prever ya (con toda precisión, resultó) los reproches que Jessica le dirigiría después, y con razón, por haberla privado de una relación significativa con su abuelo. Abigail se subió al púlpito y habló en representación de la familia, intentó ser graciosa y dio una imagen de impropiedad y ensimismamiento, y luego se redimió parcialmente deshaciéndose en sollozos de dolor.

Sólo cuando la familia salió en fila, al final del oficio, Patty vio el variopinto grupo de desfavorecidos que ocupaban los últimos bancos, más de cien en total, en su mayoría negros o hispanos o de otras minorías étnicas, de todas las formas y tamaños, con trajes y vestidos que, saltaba a la vista, eran lo mejor que tenían, y sentados con la dignidad paciente de personas con mayor experiencia en funerales que ella. Eran los antiguos clientes pro bono de Ray, o las familias de esos clientes. En la recepción, uno por uno, se acercaron a los varios Emerson, incluida Patty, y les cogieron las manos y los miraron a los ojos y les ofrecieron un breve testimonio de lo que Ray había hecho por ellos. Las vidas que él había

rescatado, las injusticias que había evitado, la bondad que había demostrado. Patty no se sintió *del todo* abrumada por eso (conocía de sobra el precio pagado en casa por las buenas acciones en el mundo), pero sí bastante abrumada, y no podía dejar de pensar en Walter. Ahora lamentaba amargamente lo mucho que lo había atormentado por sus cruzadas en favor de otras especies; comprendió que la había llevado a ello la envidia: envidia de sus aves por ser para él dignas de su amor más puro, y envidia del propio Walter por su capacidad para amarlas. Deseó poder acudir a él en ese momento, mientras aún vivía, y decirse lo sin rodeos: te adoro por tu bondad.

Un rasgo de Walter que Patty pronto descubrió que valoraba especialmente era su indiferencia respecto al dinero. De niña, había tenido la suerte de desarrollar su propia indiferencia y luego, como les sucede a las personas afortunadas, se había visto recompensada con la posterior buena suerte de casarse con Walter, de cuya nula codicia ella había disfrutado sin pararse a pensarlo ni agradecerlo hasta que Ray murió y ella se vio arrojada de nuevo a la pesadilla de los asuntos de su familia. Los Emerson, como Walter le había dicho a Patty en muchas ocasiones, representaban una economía de la escasez. En la medida en que él lo decía metafóricamente (es decir, emocionalmente), Patty a veces veía que tenía razón, pero como ella se había criado ajena a la familia y se había excluido de la competición por los recursos entre ellos, tardó mucho tiempo en comprender hasta qué punto la riqueza siempre al alcance de la mano, y sin embargo siempre inaccesible, de los padres de Ray —la *artificialidad* de la escasez— se hallaba en la raíz de los conflictos de la familia. No lo entendió del todo hasta que cogió por banda a Joyce, en los días posteriores al oficio fúnebre de Ray, y le sonsacó la historia de la finca de la familia Emerson en Nueva Jersey, y se enteró del dilema en que Joyce se hallaba.

La situación era la siguiente: como cónyuge sobreviviente de Ray, Joyce era ahora propietaria de la finca rústica, que había heredado Ray tras la muerte de August, hacia seis años. Ray tenía la facultad de reírse y hacer caso omiso de las súplicas de las hermanas de Patty, Abigail y Verónica, para que «se ocupara» de la finca (es decir, la vendiera y les diera su parte del dinero), pero ahora que él ya no estaba, Joyce se veía sometida a un redoble diario de presión por parte de sus hijas menores, y Joyce no tenía el carácter adecuado para oponer resistencia a esa presión. Y sin embargo, por desgracia, seguía teniendo las mismas razones que había tenido Ray para ser incapaz de «ocuparse» de la finca, salvo por el apego sentimental de Ray a ésta. Si ponía la finca en venta, los dos hermanos de Ray tendrían un sólido derecho moral a reclamar partes importantes del valor de venta. Por otro lado, la vieja casa de piedra la ocupaba por entonces el hermano de Patty, Edgar, su mujer Galina y sus hijos, que pronto serían cuatro, y presentaba las irreversibles cicatrices de las permanentes «renovaciones» que acometía el propio Edgar, y que, dado que éste no tenía

trabajo ni ahorros y sí muchas bocas que alimentar, hasta el momento no habían pasado de ciertas demoliciones aleatorias. Además, si Joyce los desahuciaba, Edgar y Galina amenazaban con trasladarse a un asentamiento israelí en Cisjordania, llevándose a los únicos nietos presentes en la vida de Joyce, y vivir de la caridad de una fundación con sede en Miami cuyo agresivo sionismo incomodaba sumamente a Joyce.

Ésta había entrado voluntariamente en la pesadilla, desde luego. De joven, cuando estudiaba con ayuda de una beca, se había sentido atraída por la privilegiada condición de blanco-anglosajón-protestante de Ray, por su riqueza familiar y por su idealismo social. No tenía ni idea de dónde se metía, del precio que acabaría pagando, de las décadas de repugnante excentricidad y pueriles juegos de dinero e imperiosa descortesía de August. Ella, la judía pobre de Brooklyn, muy pronto se encontró viajando a Egipto y al Tibet y a Machu Picchu a costa de los Emerson; cenaba con Dag Hammarskjöld y Adam Clayton Powell. Como tantas personas que entraban en política, Joyce no era una persona madura; era una persona aún menos madura que Patty. Necesitaba sentirse extraordinaria, y convertirse en una Emerson reforzó su sentimiento de que lo era, y cuando empezó a tener hijos sintió la necesidad de que también ellos fueran extraordinarios, para compensar aquello de lo que ella carecía en su esencia. De ahí su cantinela durante la infancia de Patty: no somos como las demás familias. Otras familias tienen seguros, pero papá no cree en los seguros. Los hijos de otras familias tienen pequeños empleos después del horario escolar, pero nosotros preferimos que exploréis vuestro extraordinario talento y persigáis vuestros sueños. Otras familias han de preocuparse de reservar dinero para una urgencia, pero gracias al dinero del abuelo no es nuestro caso. Otras personas han de ser realistas y desarrollar una carrera y ahorrar para el futuro, pero a vosotros, incluso con todas las donaciones a la beneficencia, os espera un buen filón de oro.

Después de transmitir estos mensajes a lo largo de los años, y permitir que deformaran la vida de sus hijos, Joyce se sentía ahora, como confesó a Patty con voz trémula, «incómoda» y «un poquitín culpable» ante las exigencias de Abigail y Verónica respecto a la liquidación de la finca. En el pasado, su culpabilidad se había manifestado subterráneamente, en transferencias de efectivo irregulares pero sustanciosas a sus hijas, y absteniéndose de emitir juicios cuando, por ejemplo, Abigail corrió al lecho de muerte de August en el hospital una noche ya tarde y le sacó un cheque de diez mil dólares en el último momento (Patty se enteró de esta treta por mediación de Galina y Edgar, que lo consideraban en extremo injusto pero, más que nada, se lamentaban, o esa impresión tuvo ella, de que la treta no se les hubiera ocurrido a ellos), pero ahora Patty gozaba de la interesante satisfacción de ver, aplicada a sus propios hijos a plena luz del día, la culpabilidad de su madre, implícita desde siempre en sus

ideas políticas progresistas.

—No sé qué hicimos papá y yo —dijo—. Supongo que hicimos algo. Que tres de nuestros cuatro hijos no estén muy bien preparados para... muy bien preparados para... en fin... para mantenerse por sí solos. Supongo que... bueno, no sé. Pero si Abigail vuelve a preguntarme una vez más por la venta de la casa del abuelo... Y supongo, imagino, que en cierto modo lo merezco. Imagino que, a mi manera, soy hasta cierto punto responsable.

—Sólo tienes que plantarle cara —le aconsejó Patty—. Tienes derecho a no dejarte torturar por ella.

—Lo que no entiendo es cómo has salido tú tan distinta, tan independiente —dijo Joyce—. Desde luego no da la impresión de que tengas esa clase de problemas. Es decir, sé que tienes problemas, pero pareces... más fuerte, por alguna razón.

Sin exagerar: ése fue uno de los diez momentos más gratificantes en la vida de Patty.

—Walter supo cuidar de nosotros muy bien —replicó ella—. Un gran hombre. Eso ayuda.

—¿Y tus hijos...? ¿Son...?

—Son como Walter. Saben trabajar. Y Joey es prácticamente el chico más independiente de Norteamérica. Supongo que algo de eso lo ha heredado de mí.

—Me gustaría ver más a... Joey —dijo Joyce—. Espero que... ahora que las cosas han cambiado... ahora que hemos sido... —Dejó escapar una risa extraña, ronca y artificiosa—. Ahora que hemos sido *perdonados*, espero poder llegar a conocerlo un poco.

—Seguro que a él también le gustaría. Ha empezado a interesarse por su ascendencia judía.

—Bueno, no creo ser la persona más indicada para hablar de *eso*. Le iría mejor con... Edgar. —Y volvió a reír de una manera extrañamente artificiosa.

En realidad, Edgar no se había vuelto más judío, salvo en el más pasivo de los sentidos. A principios de los noventa había hecho lo que cualquier doctor en Lingüística habría hecho: convertirse en agente de Bolsa. Cuando dejó de estudiar las estructuras gramaticales del Asia Oriental y se dedicó al mercado de valores, en poco tiempo amasó dinero suficiente para captar y retener la atención de una bonita y joven judía rusa, Galina. En cuanto se casaron, se reafirmó el lado materialista ruso de Galina. Empujó a Edgar a ganar cada vez más dinero y gastarlo en una mansión de Short Hills, Nueva Jersey, y en abrigos de piel y joyas ostentosas y otros artículos llamativos. Durante un breve tiempo, Edgar, al frente de su propia empresa, tuvo tanto éxito que su abuelo, normalmente distante e imperioso, puso la mira en él y, en un momento de posible demencia senil precoz, poco después de la muerte de su mujer, permitió codiciosamente que Edgar le renovara la cartera de valores, y éste se desprendió de las acciones de

empresas americanas consolidadas e invirtió grandes sumas en el Sudeste asiático. August revisó por última vez su testamento y fideicomiso en el punto álgido de la burbuja bursátil asiática, cuando parecía sumamente justo dejarles sus inversiones a sus hijos menores y la finca de Nueva Jersey a Ray. Pero Edgar era poco fiable en cuestión de renovaciones. Como era de esperar, la burbuja asiática reventó, August murió poco después, y los dos tíos de Patty no heredaron prácticamente nada, en tanto que la finca, debido a la construcción de nuevas carreteras y la rápida urbanización del noroeste de Nueva Jersey, duplicaba su valor. Ray sólo podía resistirse a las reclamaciones morales de sus hermanos conservando la propiedad de la finca y dejando vivir en ella a Edgar y Galina, cosa que éstos hicieron gustosamente, ya que se habían quedado en bancarota cuando las propias inversiones de Edgar cayeron en picado. También fue entonces cuando despertó el lado judío de Galina. Se acogió a la tradición ortodoxa, abandonó los anticonceptivos y agravó la difícil situación económica de ambos teniendo un montón de hijos. Edgar no sentía más pasión por el judaísmo que cualquier otro miembro de la familia, pero era el títere de Galina, y más aún desde la bancarota, y le siguió la corriente por no discutir. Y ay, cuánto odiaban Abigail y Verónica a Galina.

Ésa fue la situación a la que Patty se dispuso a hacer frente en nombre de su madre. Reunía unas condiciones excepcionales para hacerlo, siendo como era la única hija de Joyce dispuesta a trabajar para ganarse la vida, y eso le produjo una sensación en extremo maravillosa y grata: que Joyce era afortunada de tener una hija como ella. Patty pudo disfrutar de esta sensación durante varios días, hasta que cuajó en la toma de conciencia de que, en realidad, estaba viéndose atrapada en dañinos esquemas familiares y volviendo a competir con sus hermanos. La verdad era que ya había sentido ramalazos competitivos cuando ayudaba a cuidar de Ray, pero nadie había puesto en duda su derecho a estar con él, y tenía la conciencia tranquila en cuanto a sus propias motivaciones. Sin embargo, bastó una tarde con Abigail para desatarle otra vez plenamente la vena competitiva.

Cuando vivía con un hombre muy alto en Jersey City e intentaba parecerse menos a un ama de casa de mediana edad que se había equivocado de salida en la autopista, Patty se había comprado un par de elegantes botas de tacón, y tal vez fuera la parte menos bondadosa de ella la que eligió calzarse dichas botas cuando fue a ver a su hermana, la de menor estatura. Descollaba por encima de Abigail, descollaba como un adulto por encima de un niño, mientras iban desde el apartamento de Abigail hasta la cafetería del barrio donde ella era cliente asidua. Como para compensar su baja estatura, Abigail se alargó con su discurso inaugural —dos horas—, lo que permitió a Patty formarse una imagen bastante completa de su vida: el hombre casado, conocido ahora exclusivamente como « el Capullo », con quien ella había malgastado los mejores doce años de su etapa

casadera, esperando a que los hijos del Capullo acabaran por fin el instituto para que él pudiera abandonar a su mujer, cosa que en efecto hizo, pero por otra persona más joven que Abigail; ciertos gays —de esos que desprecian a los hombres heterosexuales— a quienes ella había acudido en busca de compañía masculina más agradable; la increíblemente amplia comunidad de actores y dramaturgos y cómicos y artistas de performance con poco trabajo entre los que por lo visto ella era miembro valorado y generoso; el círculo de amistades que compraban circularmente entradas para sus mutuos espectáculos y actos de recaudación de fondos con dinero que manaba, gota a gota, de fuentes tales como el talonario de Joyce; la vida del bohemio, ni glamurosa ni destacada pero aun así admirable y esencial para el funcionamiento de Nueva York. Patty se alegró sinceramente de que Abigail hubiese encontrado su lugar en el mundo. No fue hasta que se retiraron a su apartamento a tomar un «digestivo», y Patty abordó el tema de Edgar y Galina, cuando las cosas se pusieron feas.

—¿Has estado ya en el kibbutz de Nueva Jersey? —le preguntó Abigail—. ¿Has visto su *milch cow*, su vaca lechera?

—No; iré mañana —respondió Patty.

—Con un poco de suerte, Galina se olvidará de quitarle el collar y la correa a Edgar antes de que llegues; así está muuuy guapo. Muuuy masculino y religioso. De una cosa puedes estar segura: no se molestará en limpiar la mierda de vaca del suelo de la cocina.

Entonces Patty le explicó su propuesta, que consistía en que Joyce vendiera la finca, diera la mitad de las ganancias a los hermanos de Ray y dividiera el resto entre Abigail, Verónica, Edgar y ella misma (es decir, Joyce, no Patty, cuyo interés económico era nulo). Abigail negaba con la cabeza continuamente mientras Patty lo explicaba.

—Para empezar —dijo—, ¿no te ha hablado mamá del accidente de Galina? *Atropelló a un vigilante de tráfico en un paso de peatones delante de un colegio*. A ningún niño, gracias a Dios, sólo al viejo con su chaleco naranja. La distrajo su prole, que iba en el asiento de atrás, y embistió al hombre sin más. De eso hace sólo dos años y, como era de esperar, Edgar y Galina no habían renovado el seguro del coche, porque ellos son así. Da igual la ley del estado de Nueva Jersey, da igual que hasta papá tuviera seguro del coche. Edgar no le veía la necesidad, y Galina, pese a vivir aquí desde hace quince años, dijo que en Rrrrusia todo era distinto, que ella no tenía ni idea. El seguro del colegio indemnizó al vigilante, que ahora prácticamente no puede caminar, pero la compañía de seguros ha presentado una reclamación de embargo de bienes, por una cantidad inmorral. Todo el dinero que reciban ahora irá directo a la compañía de seguros.

Joyce, curiosamente, no había mencionado ese detalle a Patty.

—Bueno, probablemente es lo correcto —dijo Patty—. Si ese hombre se ha

quedado lisiado, es ahí adonde debe ir el dinero, ¿no?

—Ésa es una razón más para que huyan a Israel, ya que no tienen un centavo. Cosa que a mí ya me parece bien: *sayonara*. Pero intenta colárselo a mamá. Ella le tiene más cariño a la prole que yo.

—¿Y eso por qué supone un problema para tí?

—Porque —contestó Abigail— Edgar y Galina no deberían recibir nada, porque han tenido el usufructo de la finca durante seis años y la han dejado en un estado lamentable, y porque el dinero volará de todos modos. ¿No crees que debería ir a manos de gente capaz de darle un buen uso?

—A mí me parece que el vigilante le daría un buen uso.

—A él y a le han pagado. Ahora es la compañía de seguros la única a la que le falta cobrar, y las compañías tienen sus propios seguros para estas cosas.

Patty frunció el entrecejo.

—En cuanto a los tíos —prosiguió Abigail—, hay que joderse. Con ellos pasó un poco lo mismo que contigo: se largaron. No tuvieron que soportar los pedos del abuelo en vacaciones como nosotros. Papá iba allí prácticamente cada semana y comía las espantosas galletas de nueces pasadas de la abuela, y eso durante toda su vida. Desde luego, que yo recuerde, sus hermanos no lo hacían.

—¿Estás diciendo que, en tu opinión, merecemos cobrar por eso?

—¿Por qué no? Es mejor que no cobrar. Además, los tíos no necesitan el dinero. Se las apañan muuy bien. Mientras que a mí, y a Ronnie, nos cambiaría la vida.

—¡Por favor, Abigail! —prorrumpió Patty—. Nunca nos vamos a entender, ¿verdad que no?

Tal vez captando un amago de lástima en su voz, Abigail adoptó una mueca de estúpida, una mueca cruel.

—No soy yo quien se largó —dijo—. No soy yo quien se daba aires y nunca podía soportar una broma, ni quien se casó con Don Buen Tío Sobrehumano de Minnesota y Bicho Raro Moralista Amante de la Naturaleza, y ni siquiera fingía no odiarnos. Te crees que te va muy bien, te crees muy superior, y de pronto Don Buen Tío Sobrehumano te deja plantada por alguna razón inexplicable que obviamente no tiene nada que ver con tus maravillosas cualidades personales, y entonces te crees que puedes volver y ser la Adorable y Simpática Señorita Florence Nightingale Embajadora en Misión de Buena Voluntad. Es todo muuy interesante.

Patty se aseguró de respirar hondo varias veces antes de contestarle.

—Como he dicho —dijo—, me parece que tú y yo nunca nos entenderemos.

—La única razón por la que tengo que llamar a mamá a diario —aclaró Abigail— es que tú estás allí, intentando echarlo todo a perder. Dejaré de molestarla en cuanto tú te vayas y te ocupes de tus asuntos. ¿Trato hecho?

—¿En qué sentido no es asunto mío?

—Tú misma has dicho que te da igual el dinero. Si quieres quedarte una parte y dársela a los tíos, allá tú. Si eso te sirve para sentirte más superior y moralista, allá tú. Pero no nos digas a los demás lo que tenemos que hacer.

—Vale, me parece que con eso ya casi está todo dicho. Pero sólo una última duda, para ver si lo he entendido bien: ¿crees que aceptando cosas de Ray y Joyce has estado haciéndoles un favor durante toda tu vida? ¿Crees que Ray hacía un favor a sus padres aceptando cosas de ellos? ¿Y que mereces una recompensa por todos esos grandes favores?

Abigail hizo otra mueca peculiar y pareció detenerse a pensarlo.

—¡Pues la verdad es que sí! —afirmó—. La verdad es que lo has expresado muy bien. Eso es lo que creo. Y el hecho de que por lo visto, te extrañe tanto es la razón por la que esto no es asunto tuyo. A estas alturas, tú ya no formas parte de la familia más que Galina. Quizá lo creas, pero sólo es una impresión tuya. Así que ¿por qué no dejas a mamá en paz y le permites tomar sus propias decisiones? Tampoco quiero que hables con Ronnie.

—La verdad es que no es asunto tuyo si hablo o no con ella.

—Sí es asunto mío, y te digo que la dejes en paz. No hará más que confundirla.

—Estamos hablando de la misma persona que tiene un coeficiente de inteligencia de... ¿cuánto? ¿Ciento ochenta?

—No anda muy fina desde que murió papá, y no hay motivo para atormentarla. Dudo que me hagas caso, pero sé de qué hablo, porque he pasado aproximadamente mil veces más tiempo con Ronnie que tú. Ten un mínimo de consideración.

La finca de los Emerson, en otro tiempo primorosamente cuidada, parecía, cuando Patty fue allí la mañana siguiente, un cruce entre Walker Evans y la Rusia decimonónica. Había una vaca en medio de la pista de tenis, ahora sin red y con la cinta de plástico que la delimitaba despegada y retorcida. Edgar araba el antiguo prado de los caballos con un pequeño tractor, reduciendo la marcha hasta detenerse cada quince metros cuando el tractor se hundía en la tierra primaveral empapada por la lluvia. Vestía una camisa blanca embarrada y botas de goma también cubiertas de barro; había acumulado grasa y desarrollado músculo y por alguna razón, al verlo, Patty se acordó del Pierre de *Guerra y paz*. Dejó el tractor peligrosamente inclinado en el campo y se abrió paso entre el barro hasta el camino de acceso, donde ella había aparcado. Le explicó que estaba plantando patatas, muchas patatas, con el objetivo de que la familia gozara de una autosuficiencia más plena al año siguiente. En ese momento, llegada ya la primavera, con la cosecha del año anterior y las existencias de carne de venado agotadas, la familia dependía en gran medida de las donaciones de comida de la Congregación Beit Midrash: ante la puerta del establo, en el suelo, había cajas de cartón con alimentos envasados, cereales secos a granel y palés retractilados con

su carga de comida para bebés. En algunos palés el plástico estaba rasgado y faltaba parte del contenido, lo que indujo a Patty a pensar que la comida llevaba un tiempo a la intemperie sin que nadie se preocupara de entrarla en el establo.

Aunque la casa era un caos de juguetes y platos sucios y en efecto olía vagamente a estiércol, el bosquejo de Degas y el lienzo de Monet y el pastel de Renoir colgaban aún donde siempre habían estado. Al instante, Patty se encontró entre los brazos a un bebé de un año, guapo, cálido, adorable y no demasiado limpio, entregado por Galina, que estaba visiblemente embarazada y supervisaba la escena con la mirada apagada de un aparcerero. Patty había conocido a Galina el día del oficio fúnebre de Ray, pero apenas había hablado con ella. Era una de esas madres abrumadas, abstraídas en los hijos; despeinada, con las mejillas encendidas, vestida con desaliño y con las carnes escapando azarosamente por debajo de la ropa, pero sin duda aún podría haber estado guapa si se hubiera dedicado unos minutos a sí misma.

—Gracias por venir a vernos —dijo—. Ahora para nosotros movernos es un suplicio, con eso de organizar los desplazamientos y demás.

Antes de exponer el asunto en cuestión, Patty sintió la necesidad de disfrutar del niño que tenía en brazos, frotarle la nariz con la suya, hacerlo reír. Concibió la disparatada idea de adoptarlo, para aligerar la carga de Galina y Edgar e iniciar una nueva forma de vida. Como si el pequeño le adivinara el pensamiento, le tocó toda la cara con las manos, pellizcándosela jubilosamente.

—Le gusta su tía —dijo Galina—. Su tía Patty, desaparecida hace mucho tiempo.

Edgar entró por la puerta de atrás sin las botas, con unos gruesos calcetines grises también sucios de barro y agujereados.

—¿Quieres salvado con pasas o algo así? —preguntó—. También tenemos cereales Chex.

Patty rechazó el ofrecimiento y se sentó a la mesa de la cocina con su sobrino en una rodilla. Los otros niños no eran menos maravillosos —curiosos, atrevidos sin ser groseros, de ojos oscuros—, y entendió por qué Joyce estaba tan prendada de ellos y no quería que se fueran del país. En conjunto, después de su desagradable conversación con Abigail, a Patty le costaba ver a aquella familia como los villanos. Le parecieron más bien, literalmente, los protagonistas de un cuento de niños perdidos en el bosque.

—Contadme, pues, cómo veis el futuro —dijo.

Edgar, obviamente acostumbrado a dejar que Galina hablara por él, se sentó a quitarse las costras de barro de los calcetines mientras su mujer explicaba que las labores agrícolas iban cada vez mejor, que el rabino y la sinagoga les proporcionaban un apoyo extraordinario, que Edgar estaba a punto de recibir autorización para producir vino kosher a partir de las vides del abuelo, y que había caza abundante.

—¿Caza? —preguntó Patty.

—Ciervos —contestó Galina—. Una cantidad increíble de ciervos. Edgar, ¿cuántos cazaste el otoño pasado?

—Catorce.

—¡Catorce en nuestra propiedad! Y siguen viniendo y viniendo, es magnífico.

—Veréis, el caso es que —dijo Patty, intentando recordar si comer ciervo era siquiera kosher— esto en realidad no es propiedad vuestra. Ahora podríamos decir que es de Joyce. Y sólo me preguntaba, ya que a Edgar se le dan tan bien los negocios, si no sería más lógico, quizá, que él volviera a trabajar y tuviera un sueldo de verdad para que Joyce pueda tomar su propia decisión sobre esta finca.

Galina negaba con la cabeza porfiadamente.

—Están los seguros. Los seguros quieren quedarse con todo lo que gane Edgar, hasta cubrir una cantidad de no sé cuántos cientos de miles.

—Ya, bueno, pero si Joyce vendiera esto, podríais saldar los seguros, quiero decir la deuda con las compañías de seguros, y así empezar de cero.

—¡Ese hombre es un farsante! —protestó Galina, echando chispas por los ojos—. Ya conocerás la historia, supongo. Ese vigilante es un auténtico farsante. Yo apenas lo toqué, apenas lo rocé, ¿y ahora resulta que no puede andar?

—Patty —dijo Edgar con un tono asombrosamente parecido al de Ray cuando se ponía paternalista—, en realidad no entiendes la situación.

—Perdona, pero ¿qué hay tan difícil de entender?

—Tu padre quería que la granja se quedara en la familia —afirmó Galina—. No quería que fuera a parar a los bolsillos de productores teatrales espantosos e indecentes que supuestamente hacen « arte », o de esos psiquiatras de quinientos dólares la sesión que se embolsan el dinero de tu hermana pequeña sin lograr que mejore nunca. Así, al menos tendremos la granja, tus tíos se olvidarán de ella y si alguna vez surge una necesidad real, y no ese supuesto « arte », ese arte espantoso, ni esos psiquiatras farsantes, Joyce siempre puede vender una parte.

—¿Edgar? —dijo Patty—. ¿Ése es tu plan también?

—Básicamente, sí.

—Bueno, imagino que es muy desinteresado por tu parte: mantener viva la llama de los deseos de papá.

Galina se inclinó hacia Patty, como para ayudarla a comprender.

—*Están los niños* —dijo—. Pronto seremos seis bocas que alimentar. Tus hermanas creen que quiero ir a Israel; yo no quiero ir a Israel. Aquí disfrutamos de una buena vida. ¿Y no ves ningún mérito en tener los hijos que tus hermanas nunca tendrán?

—Desde luego, los niños tienen su gracia —admitió Patty. Su sobrino dormitaba entre sus brazos.

—Pues no le des más vueltas —dijo su cuñada—. Ven a ver a los niños siempre que quieras. No somos malas personas, no estamos chiflados, nos

encanta tener visitas.

Patty regresó a Westchester con una sensación de tristeza y desaliento, y se consoló viendo baloncesto en la televisión (Joyce estaba en Albany). Al día siguiente por la tarde volvió a la ciudad y vio a Verónica, la menor de la familia, la más dañada de todos. Verónica siempre había tenido cierto aire de otro mundo. Durante mucho tiempo eso tuvo que ver con su aspecto de duendecillo del bosque, acentuado por su delgadez y sus ojos oscuros, imagen a la que se había adaptado por medio de diversos métodos autodestructivos, entre los que se incluía la anorexia, la promiscuidad y los excesos con la bebida. Ahora había perdido casi por completo su atractivo —se la veía más pesada, pero no en el sentido de gorda; a Patty le recordó a su antigua amiga Eliza, a quien había entrevisto, muchos años después de la universidad, en una delegación de Tráfico abarrotada de gente—, y su aire de otro mundo era más espiritual: una falta de conexión con la lógica corriente, una especie de bienestar distante frente a la existencia de un mundo exterior a ella. En su día prometía mucho (al menos a ojos de Joyce) como pintora y bailarina, y había recibido proposiciones de un sinfín de jóvenes meritorios y salido con ellos, pero después se había visto vapuleada por graves episodios de depresión en comparación con los cuales las depresiones de Patty parecían un agradable paseo otoñal en un carro de heno por un manzano. Según Joyce, en ese momento trabajaba como auxiliar administrativa de una compañía de danza. Vivía en un apartamento de un solo dormitorio sin apenas muebles en Ludlow Street, donde Patty, pese a haber telefoneado previamente, tuvo la impresión de haberla interrumpido en medio de un profundo ejercicio de meditación. Le abrió por el interfono y dejó abierta la puerta delantera, para que Patty fuera a buscarla a su dormitorio, donde se hallaba sobre una colchoneta de yoga, vestida con un chándal del Sarah Lawrence College, ya muy desteñido; la elasticidad de bailarina de su juventud había evolucionado para convertirse en una asombrosa flexibilidad yóguica. Era evidente que habría preferido que Patty no la visitara, y ésta tuvo que quedarse sentada en su cama durante media hora, esperando una eternidad las respuestas a sus preguntas de elemental cortesía, hasta que Verónica por fin se concilió con la presencia de su hermana.

—Esas botas me gustan —comentó.

—Ah, gracias.

—Yo ya no me pongo nada de cuero, pero a veces, cuando veo una buena bota, todavía lo echo de menos.

—¿Ah, sí? —dijo Patty, alentándola a seguir.

—¿Te importa si las huelo?

—¿Las botas?

Verónica asintió con la cabeza y se arrastró hasta ella para inhalar el olor del empeine.

—Soy muy sensible a los olores —dijo, cerrando los ojos con expresión de

placer—. Me pasa lo mismo con el beicon: todavía me encanta el olor pese a que no lo como. Para mí es tan intenso que es casi como si lo comiera.

—¿Ah, sí?—la alentó Patty.

—Desde mi experiencia práctica es, literalmente, ni me lo guiso, ni me lo como.

—Ya. Lo entiendo. Muy interesante. Aunque es de suponer que nunca has comido *cuero*.

Verónica soltó una carcajada y durante un rato adoptó una actitud relativamente fraternal. A diferencia de los demás miembros de la familia, excepto Ray, le hizo a Patty muchas preguntas sobre su vida y los giros que había dado en los últimos tiempos. Le parecieron graciosas a niveles cósmicos precisamente las partes más dolorosas de la historia, y en cuanto Patty se acostumbró a verla reírse del naufragio de su matrimonio, comprendió que a Verónica le hacía bien oírle hablar de sus problemas. Parecía confirmarle una verdad sobre la familia y tranquilizarla. Pero luego, con un té verde por medio, del que Verónica afirmó que tomaba al menos cuatro litros al día, Patty sacó el tema de la finca, y las risas de su hermana pasaron a ser más difusas y escurridizas.

—En serio—dijo Patty—. ¿Por qué incordias a Joyce por el dinero? Creo que si la incordiara sólo Abigail, ella podría afrontarlo, pero viniendo también de ti, la incomoda de verdad.

—No creo que mamá necesite mi ayuda para sentirse incómoda—respondió Verónica, encontrando graciosa la idea—. Para eso se basta sola.

—Bueno, tú consigues que se sienta aún *más* incómoda.

—Lo dudo mucho. Pienso que cada uno se crea su propio cielo e infierno. Si quiere sentirse menos incómoda, puede vender la finca. Lo único que pido es dinero suficiente para no tener que trabajar.

—¿Qué hay de malo en trabajar?—preguntó Patty, oyendo el eco de una pregunta parecida que Walter le había formulado a ella en otro tiempo—. Trabajar es bueno para la autoestima.

—Puedo trabajar—aseguró Verónica—. Ahora estoy trabajando. Es sólo que preferiría no hacerlo. Me aburre, y me tratan como a una secretaria.

—Pero si *eres* una secretaria. Probablemente seas la secretaria con el coeficiente intelectual más alto de Nueva York.

—Cuento los días que me faltan para dejarlo, sólo te digo eso.

—Estoy segura de que Joyce te pagaría los estudios si quisieras volver a la universidad y conseguir un empleo más acorde con tu talento.

Verónica se echó a reír.

—Por lo visto, el mío no es la clase de talento que interesa al mundo. Por eso es mejor si puedo ejercitarlo por mi cuenta. Yo sólo quiero que me dejen en paz, Patty. A estas alturas es lo único que pido. Que me dejen en paz. Es Abigail quien

no quiere que el tío Jim y el tío Dudley reciban nada. A mí la verdad es que me da igual, siempre y cuando yo pueda pagar el alquiler.

—No es eso lo que dice Joyce. Según ella, tú tampoco quieres que reciban nada.

—Sólo intento ayudar a Abigail a conseguir lo que quiere. Quiere crear su propia compañía cómica femenina y llevarla a Europa, donde la gente sabrá valorarla. Quiere vivir en Roma y ser *reverenciada*. —Otra carcajada—. Y eso a mí ya me vendría bien. No necesito verla tanto como ahora. Es muy amable conmigo, pero ya sabes cómo habla. Al final de una tarde con ella, siempre acabo con la sensación de que habría sido mejor pasar la tarde sola. Me gusta estar sola. Prefiero dar rienda suelta a mis pensamientos sin distracciones.

—¿O sea que estás atormentando a Joyce porque quieres ver menos a Abigail? ¿Por qué no ves menos a Abigail y ya está?

—Porque me han dicho que no es bueno no ver a nadie. Y ella viene a ser como un televisor encendido sonando de fondo. Me hace compañía.

—Pero ¡acabas de decirme que ni siquiera te gusta verla!

—Lo sé. Es difícil de explicar. Tengo una amiga en Brooklyn a quien seguramente vería más a menudo si no viera tanto a Abigail. Eso seguramente también estaría bien. De hecho, ahora que lo pienso, estoy casi segura de que estaría bien. —Y se rio al pensar en esa amiga.

—¿Y por qué Edgar no habría de plantearse las cosas igual que vosotras? —preguntó Patty—. ¿Por qué no habrían de seguir viviendo en la granja Galina y él?

—Probablemente no hay ningún motivo. Probablemente tienes razón. Galina es sin duda espantosa, y creo que Edgar lo sabe, creo que por eso se casó con ella, para imponérsela. Ella es su venganza por ser el único varón de la familia. A mí me da igual siempre y cuando no tenga que verla, pero Abigail no consigue superarlo.

—O sea que básicamente haces todo esto por Abigail.

—Ella quiere cosas. Yo no quiero cosas, pero me gusta ayudarla a conseguirlas.

—Salvo que también quieres dinero suficiente para no tener que trabajar nunca más.

—Sí, eso sin duda estaría bien. No me gusta ser secretaria de nadie. Me fastidia sobre todo atender el teléfono. —Se echó a reír—. Opino que en general la gente habla demasiado.

Patty sintió que pugnaba con una enorme bola de chicle Bazooka que no podía despegarse de los dedos; los hilos de la lógica de Verónica eran infinitamente elásticos y se adherían no sólo a Patty sino entre sí.

Después, mientras salía de la ciudad, otra vez en tren, le llamó la atención, como nunca antes, hasta qué punto sus padres habían gozado de mayor holgura

económica y más éxito que cualquiera de sus hijos, ella incluida, y lo extraño que era que ninguno de ellos hubiera heredado ni un ápice del sentido de la responsabilidad social que había impulsado a Joyce y Ray toda su vida. Sabía que Joyce se sentía culpable de eso, sobre todo por la pobre Verónica, pero también sabía que debía de haber sido un duro golpe para el ego de Joyce tener hijos tan poco halagüeños, y que probablemente Joyce achacaba la rareza e inutilidad de sus hijos a los genes de Ray, la maldición del viejo August Emerson. Patty comprendió entonces que la carrera política de Joyce no sólo había originado o agravado los problemas de la familia: también había sido su válvula de escape ante esos problemas. En retrospectiva, Patty vio algo conmovedor o incluso admirable en la determinación de Joyce de ausentarse, de dedicarse a la política y hacer el bien en el mundo, y de ese modo salvarse a sí misma. Y Patty, como persona que había tomado a su vez medidas extremas para salvarse, veía que no sólo Joyce era afortunada por tener una hija como ella: también ella era afortunada por haber tenido una madre como Joyce.

Con todo, aún quedaba una cosa importante que no alcanzaba a entender. Cuando Joyce regresó de Albany al día siguiente por la tarde, indignada con los senadores republicanos que estaban paralizando el gobierno del estado (sin Ray ya presente, por desgracia, para pincharla señalando la responsabilidad de los propios demócratas en esa parálisis), Patty esperaba en la cocina con una pregunta para ella. En cuanto vio que se quitaba la gabardina, disparó:

—¿Por qué nunca asistías a mis partidos de baloncesto?

—Tienes razón —admitió Joyce de inmediato, como si llevara treinta años esperando esa pregunta—. Tienes razón, tienes razón, tienes razón. Debería haber ido a más partidos tuyos.

—¿Y por qué no lo hacías?

Joyce reflexionó un momento.

—La verdad es que no sabría explicarlo —respondió—, como no sea diciendo que teníamos tantas cosas en marcha que no dábamos abasto. Como padres, cometimos errores. A estas alturas seguramente tú misma has cometido algunos. Probablemente puedas entender lo confuso y ajetreado que se vuelve todo. Lo difícil que es cumplir con todo.

—Pero la cuestión es que sí tenías tiempo para otras cosas. Era en concreto a mis partidos adonde no ibas. Y no digo que debieras haber ido a todos, sino que no fuiste *nunca a uno*.

—¿Por qué sacas esto ahora? Ya te he dicho que lamento haber cometido un error.

—No te culpo de nada —dijo Patty—. Lo pregunto porque era realmente buena jugando al baloncesto. Era muy, muy buena. Probablemente he cometido más errores como madre que tú, así que esto no es una crítica. Sólo pienso que te habría hecho feliz ver lo bien que jugaba. Ver el talento que tenía. Te habrías

sentido bien contigo misma.

Joyce apartó la mirada.

—Supongo que nunca he sido muy aficionada a los deportes.

—Pero sí íbas a los combates de esgrima de Edgar.

—No a muchos.

—Más que a mis partidos. Y tampoco era que te gustara mucho la esgrima. Ni que a Edgar se le diera muy bien.

Joyce, cuyo autocontrol era por lo general perfecto, fue al frigorífico y sacó una botella de vino blanco que Patty casi había liquidado la noche anterior. Se sirvió lo que quedaba en un vaso de zumo, bebió la mitad, se rio de sí misma y bebió la otra mitad.

—No sé por qué a tus hermanas no les va mejor —dijo, como si cambiara de tema—. Pero una vez, Abigail me dijo algo interesante. Algo terrible, que todavía me resulta desgarrador. No debería contártelo, pero por alguna razón confío en que no le hablarás a nadie de estas cosas. Abigail estaba muy... etílica. Fue hace mucho tiempo, cuando aún aspiraba a ser actriz de teatro. Había un papel excelente que pensaba que le darían, pero no fue así. Y yo intenté animarla, y le dije que creía en su talento y que sencillamente tenía que seguir intentándolo. Y entonces me dijo algo terrible. Dijo que yo era la razón por la que ella había fracasado. Yo, que no había hecho nada, nada, nada más que darle mi apoyo. Pero eso dijo.

—¿Te lo explicó?

—Dijo que..., —Joyce lanzó una mirada afligida a las flores del jardín—. Dijo que la razón por la que no triunfaba era porque, si alguna vez lo hacía, yo le quitaría el mérito. Sería *mi triunfo*, no el suyo. ¡Y eso no es verdad! Pero así se sentía ella. Y la única manera que tenía de mostrarme cómo se sentía, y hacerme seguir sufriendo, y no permitirme pensar que todo le iba bien, era seguir sin triunfar. ¡Ay, todavía hoy me horroriza pensarlo! Le contesté que no era verdad, y espero que me creyese, porque *no es verdad*.

—Vale, eso parece difícil de digerir —admitió Patty—. Pero ¿qué tiene que ver con mis partidos de baloncesto?

Joyce negó con la cabeza.

—No lo sé. Ha sido algo que se me ha ocurrido ahora de repente.

—Yo triunfaba, mamá. Eso es lo curioso. Yo triunfaba plenamente.

En ese momento, de pronto, Joyce contrajo el rostro de una manera espantosa. Volvió a negar con la cabeza, como si sintiera repugnancia, intentando contener las lágrimas.

—Lo sé —dijo—. Tendría que haber estado allí. Yo sí me culpo a mí misma.

—De verdad que no importa que no estuvieras. Quizá incluso fuera mejor, a la larga. Sólo lo preguntaba por curiosidad.

La recapitulación de Joyce, tras un largo silencio, fue:

—Supongo que mi vida no siempre ha sido feliz, ni fácil, ni exactamente como la deseaba. Llegado un punto, tengo que procurar no pensar demasiado en ciertas cosas, o de lo contrario me parten el corazón.

Y eso fue todo lo que Patty consiguió arrancarle, tanto en ese momento como después. No era gran cosa, no resolvía ningún misterio, pero tenía que conformarse. Esa misma noche presentó los resultados de sus investigaciones y propuso un plan de acción que Joyce, asintiendo muy dócilmente, aceptó hasta el último detalle. Se vendería la finca y Joyce daría la mitad de las ganancias a los hermanos de Ray, administraría la parte del resto correspondiente a Edgar en un fideicomiso del que Galina y él podrían sacar lo necesario para vivir (siempre y cuando no emigraran), y ofrecería una gran suma única a Abigail y Verónica. Patty, que acabó aceptando 75.000 dólares para iniciar una nueva vida sin la ayuda de Walter, se sintió fuzgamente culpable en nombre de éste, pensando en los bosques vacíos y los campos no cultivados que ella había contribuido a condenar a la fragmentación y la urbanización. Confiaba en que él entendería que la desdicha colectiva del tordo arrocero y el pájaro carpintero y la oropéndola cuyos hogares ella iba a destruir no era mucho mayor, en este caso en particular, que la de la familia que vendía las tierras.

Y la autobiógrafa dirá lo siguiente sobre su familia: el dinero que habían esperado durante tanto tiempo, y por el que se habían comportado tan desconsideradamente, no estuvo del todo mal empleado. Abigail en concreto empezó a abrirse camino en cuanto tuvo cierto peso económico para despilfarrar en los círculos bohemios; Joyce ahora llama a Patty cada vez que el nombre de Abigail aparece de nuevo en el *Times*; por lo visto, ella y su compañía son el no va más en Italia, Eslovenia y otros países europeos. Verónica ha conseguido quedarse sola en su apartamento, en un *ashram* del norte del estado y en su taller, y es posible que sus cuadros, pese a parecerle a Patty ensimismados e inacabados, sean aclamados por las generaciones futuras como la obra de un genio. Edgar y Galina se han trasladado a la comunidad ultraortodoxa de Kiryas Joel, en Nueva York, donde han tenido un último (quinto) hijo y por lo que se ve no causan daño activamente a nadie. Patty los ve a todos, excepto a Abigail, varias veces al año. Sus sobrinos son el mayor placer, claro está, pero también ha acompañado recientemente a Joyce en un itinerario por jardines británicos, disfrutando más de lo que se habría imaginado, y Verónica y ella siempre encuentran algún motivo para reírse juntas.

Pero básicamente vive su modesta vida. Aún sale a correr todos los días, en Prospect Park, aunque ya no es adicta al ejercicio, ni a nada, en realidad. Ahora una botella de vino le dura dos días, a veces tres. En su colegio, tiene la fortuna de no tener que tratar directamente con los padres de hoy en día, que están mucho más enloquecidos y bajo mayor presión de lo que ella estuvo en su vida. Al parecer, creen que el colegio debería ayudar a los niños de primero a redactar

los borradores de los ensayos exigidos para ingresar en la universidad y desarrollar su vocabulario para la prueba de acceso, a diez años vista. Pero Patty es capaz de tratar a los niños sólo como niños: como pequeños individuos interesantes y en esencia aún no contaminados, deseosos de aprender a escribir para poder contar sus historias. Se reúne con ellos en grupos reducidos y los anima a hacerlo, y no son tan pequeños como para que ninguno se acuerde de la señora Berglund cuando crezcan. Los niños de los primeros cursos de secundaria sin duda la recordarán, porque la parte preferida de su trabajo es ésta: devolver, como entrenadora, la total dedicación y el disciplinado afecto y las lecciones del trabajo en equipo que sus propias entrenadoras le dieron a ella en otro tiempo. Casi todos los días del año lectivo, después de clase, durante unas horas, consigue desaparecer y olvidarse de sí misma y volver a ser una de las chicas, estar unida por amor a la causa de ganar partidos y ansiar de todo corazón que sus jugadoras triunfen. Un universo que le permite hacer esto, en este momento relativamente tardío de su vida y pese a no haber sido la mejor persona posible, no puede ser tan cruel.

Los veranos son más difíciles, no cabe duda. Los veranos son cuando la autocompasión y la competitividad de antes vuelven a crecer dentro de ella. Patty se obligó en dos ocasiones a ofrecerse como voluntaria al Departamento Municipal de Parques y trabajar al aire libre con niños, pero está visto que se le da asombrosamente mal controlar a niños mayores de seis o siete años, y le representa un gran esfuerzo interesarse en una actividad puramente por la actividad en sí; necesita un auténtico equipo, su propio equipo, al que disciplinar y conducir a la victoria. Las maestras solteras y más jóvenes del colegio, que son unas juerguistas muy graciosas (juerguistas, por ejemplo, que vomitan en el cuarto de baño, que se toman unos tequilas en la sala de reuniones a las tres de la tarde), escasean en verano, y una no puede dedicar más que un número limitado de horas a leer libros sola, o a limpiar su apartamento minúsculo y ya limpio mientras escucha música country, sin desear correrse una pequeña juerga también ella. Los dos simulacros de relación que tuvo con hombres de su colegio considerablemente más jóvenes, dos ligues con los que salió de una manera semicontinua, de los que el lector con toda seguridad no quiere saber nada y en cualquier caso consistieron básicamente en situaciones incómodas y discusiones atormentadas, empezaron en los meses de verano. Durante los últimos tres años, Cathy y Donna han tenido la amabilidad de permitirle pasar todo el mes de julio en Wisconsin.

Su puntal es, por supuesto, Jessica. Tanto es así, de hecho, que Patty se cuida rigurosamente de no excederse ni asfixiarla con sus necesidades. A diferencia de Joey, Jessica es más un perro de trabajo que perro de concurso, y en cuanto Patty hubo abandonado a Richard y recuperado cierto grado de respetabilidad moral, Jessica hizo suyo el proyecto de recomponer la vida de su madre. Muchas

de sus sugerencias fueron bastante obvias, pero Patty, en su gratitud y arrepentimiento, le presentaba dócilmente informes de sus progresos en sus cenas de los lunes por la noche. Aunque sabía mucho más de la vida que Jessica, también había cometido muchos más errores. Le costaba muy poco dejar que su hija se sintiera importante y útil, y sus conversaciones llevaron directamente a su actual empleo. En cuanto volvió a estar en condiciones, pudo ofrecer apoyo a Jessica a cambio, pero también en eso tuvo que andarse con cuidado. Cuando leyó una de las entradas excesivamente poéticas de su blog, llena de frases fácilmente mejorables, lo único que se permitió decir fue: «¡Un post excelente!». Cuando Jessica entregó su corazón a un músico, el baterista menudo y aniñado que había colgado los estudios en la Universidad de Nueva York, Patty tuvo que olvidar todo lo que sabía de los músicos y respaldar, al menos tácitamente, la convicción de Jessica de que en los últimos tiempos la naturaleza humana había experimentado un cambio esencial: que la gente de su propia edad, incluso los músicos de sexo masculino, era *muy distinta* de la gente de la edad de Patty. Y cuando después a Jessica se le partió el corazón, poco a poco pero totalmente, Patty tuvo que fingir su sorpresa por lo indigno e imprevisible que era aquello. Aunque fue difícil, hizo el esfuerzo encantada, en parte porque Jessica y sus amigos sí son en realidad un tanto distintos de Patty y su generación —para ellos el mundo parece más temible, y el camino a la vida adulta más difícil y menos gratificante—, pero sobre todo porque ahora depende del amor de Jessica y daría casi cualquier cosa por conservarla en su vida.

Una ventaja indiscutible de su separación de Walter es que ha unido más a sus hijos. En los meses posteriores a su marcha de Washington, Patty advirtió, por el hecho de que los dos compartían información que ella había facilitado sólo a uno, que se comunicaban de manera regular, y no costaba mucho adivinar que el contenido de su comunicación era lo destructivos y egoístas y bochornosos que eran sus padres. Incluso después de perdonar a Walter y Patty, Jessica siguió en estrecho contacto con su compañero de armas, después de establecer un sólido lazo con él en las trincheras.

Para Patty, dadas sus propias deficiencias en ese ámbito, ha sido interesante ver cómo los dos hermanos han logrado atenuar los marcados contrastes entre sus personalidades. Al parecer, Joey fue especialmente perspicaz en lo referente a la duplicidad del muchachito de Jessica, el baterista, explicándole ciertas cosas que Patty por diplomacia se había abstenido de mencionar. Sin duda también contribuye a ello el hecho de que Joey, que estaba destinado a alcanzar un éxito fulgurante en algo, haya prosperado en un negocio que Jessica aprueba. Eso no significa que no queden cosas que provoquen que Jessica ponga los ojos en blanco y despierten su espíritu competitivo. Le duele que Walter, gracias a sus contactos en Sudamérica, orientara a Joey hacia el café cultivado bajo la sombra en el preciso momento en que podían amasarse fortunas con eso, mientras que ni

Walter ni Patty han hecho nada por ayudarla a ella en la carrera editorial que ha elegido. Le resulta frustrante haberse consagrado, al igual que su padre, a una actividad en declive y en peligro de extinción y poco rentable mientras que Joey se enriquece casi sin el menor esfuerzo. Tampoco puede ocultar lo mucho que envidia a Connie sus viajes por el mundo con Joey, sus visitas precisamente a esos países húmedos que suscitan en ella tanto entusiasmo multicultural. Pero Jessica, aunque a regañadientes, admira la sagacidad de Connie por retrasar la maternidad; incluso se la ha oído admitir que Connie viste bastante bien « para ser del Medio Oeste ». Y nadie puede negar que el café cultivado bajo la sombra de los árboles es mejor para el medio ambiente, y mejor sobre todo para los pájaros, y hay que reconocer a Joey el mérito de pregonar esta circunstancia y comercializarla con astucia. En otras palabras, Joey tiene a Jessica bastante derrotada, y ésa es otra razón por la que Patty se esfuerza tanto por ser su amiga.

La autobiógrafa desearía poder contar que también entre ella y Joey la relación es fluida. Por desgracia, no es así. Con Patty, Joey sigue tras una puerta blindada, una puerta más fría y dura que nunca, una puerta que, como ella bien sabe, permanecerá cerrada hasta que demuestre que ha aceptado a Connie. Y por desgracia, aunque Patty ha dado grandes pasos en muchos aspectos, aprender a querer a Connie no es uno de ellos. El hecho de que Connie cumpla diligentemente todos los requisitos de una buena nuera, casilla por casilla, sólo empeora las cosas. Patty intuye que Connie en realidad no la aprecia más de lo que ella aprecia a Connie. Hay algo en el trato de Connie con Joey, algo implacablemente posesivo y competitivo y *excluyente*, algo *extraño*, que a Patty le eriza el vello. Aunque quiere convertirse en una persona mejor en todos los sentidos, lamentablemente ha empezado a comprender que ese ideal puede ser inalcanzable, y que su fracaso se interpondrá siempre entre Joey y ella, y será su perdurable castigo por los errores que cometió con él. Joey, huelga decir, trata a Patty con una cortesía exquisita. Le telefonea una vez por semana y recuerda los nombres de sus compañeros de trabajo y sus alumnos preferidos; la invita y a veces acepta las invitaciones de ella; le dedica los pequeños retazos de atención que le permite su lealtad a Connie. En los últimos dos años ha llegado al punto de devolverle con intereses el dinero que ella le enviaba cuando él estaba en la universidad, dinero que ahora Patty necesita demasiado, en sentido práctico y emocional, como para rechazarlo. Pero la puerta interior de Joey permanece cerrada a cal y canto ante Patty, y ella no imagina cómo puede llegar a abrirse de nuevo.

O en realidad, para ser exactos, imagina sólo una manera, de la que, teme la autobiógrafa, su lector no querrá saber nada, pero que mencionará igualmente. Imagina que si de algún modo pudiera estar otra vez con Walter y sentirse otra vez segura del amor de él, y se levantara de su cama cálida por las mañanas y volviera a ella por las noches sabiendo que es suya otra vez, tal vez por fin podría

perdonar a Connie y ser sensible a las cualidades que todos los demás encuentran atractivas en ella. Podría disfrutar sentándose a la mesa de Connie, y podría sentirse reconfortada ante la lealtad y devoción de Joey a su mujer, y Joey a su vez podría abrirla la puerta un poco, eso si ella volviese a casa en coche con Walter después de la cena y apoyara la cabeza en su hombro y supiera que ha sido perdonada. Pero ésta es, desde luego, una posibilidad en extremo improbable, y ella no la merece bajo ningún concepto de justicia.

La autobiografía tiene ahora cincuenta y dos años y los aparenta. Últimamente ha tenido una regla extraña e irregular. Todos los años, hacia las fechas de la declaración de renta, tiene la impresión de que el año que acaba de pasar ha sido más breve que el anterior. Los años empiezan a parecerse mucho entre sí. Puede imaginar varias razones desalentadoras por las que Walter no le ha pedido el divorcio —por ejemplo, quizá la odie aún tanto que no quiera mantener el mínimo contacto con ella—, pero su corazón insiste en hacerse ilusiones por el hecho de que no se lo haya pedido. Bochornosamente, Patty ha indagado, por mediación de sus hijos, si existe una mujer en su vida y se ha alegrado al saber que no. No porque no desee que él sea feliz, no porque ella conserve el menor derecho, o siquiera una gran inclinación, a los celos, sino porque significa que existe aún una mínima probabilidad de que él todavía piense, como piensa ella más que nunca, que su relación no fue únicamente lo peor que les ha ocurrido, sino también lo mejor. Habiendo cometido tantos errores en su vida, tiene sobradas razones para dar por sentado que en esto también ha sido poco realista: no consigue imaginar ningún impedimento fatal reconocible para volver a estar juntos. Pero la idea no la abandona. La asalta un día tras otro, un año tras otro año casi idéntico al anterior, este anhelo de la cara y la voz y la ira y la bondad de Walter, este anhelo de su compañero.

Y esto es todo lo que la autobiografía tiene que decirle a su lector, excepto comentar, antes de concluir, qué la llevó a escribir estas páginas. Hace unas semanas, en Spring Street, en Manhattan, volviendo a casa de una lectura ofrecida en una librería por un novelista joven y serio que Jessica estaba emocionada de publicar, Patty vio a un hombre alto de mediana edad acercarse a ella por la acera y cayó en la cuenta de que era Richard Katz. Ahora tiene el pelo gris y corto, y lleva unas gafas que le dan un aire extrañamente *distinguido*, pese a que aún viste como un veinteañero de finales de los setenta. Al verlo en el Bajo Manhattan, donde uno no puede ser tan invisible como en el Brooklyn profundo, Patty tomó conciencia de lo mayor que debe de parecer ahora, de su aspecto de madre irrelevante de alguien. Si hubiese habido alguna posibilidad de esconderse, lo habría hecho, para ahorrarle a Richard el bochorno de verla y a sí misma el bochorno de ser su objeto sexual desechado. Pero no pudo esconderse, y Richard, con una esforzada decencia propia de él, tras un saludo incómodo, la invitó a una copa de vino.

En el bar donde fueron a parar, Richard escuchó las novedades sobre la vida de Patty con la atención dividida de un hombre ocupado y triunfador. Al parecer, ha hecho por fin las paces con su éxito: mencionó, sin avergonzarse ni disculparse, que había compuesto una de esas cosillas orquestales de vanguardia para la Academia de Música de Brooklyn, y que su novia actual, por lo visto una importante realizadora de documentales, lo ha presentado a varios jóvenes directores de la clase de cine de arte y ensayo que a Walter siempre le ha encantado, y que tiene varios proyectos de banda sonora en marcha. Patty se permitió una pequeña punzada al ver lo relativamente satisfecho que parecía, y otra pequeña punzada al pensar en esa novia de altos vuelos, antes de abordar, como siempre, el tema de Walter.

—¿No estás en contacto con él en absoluto? —preguntó Richard.

—No —respondió ella—. Parece un cuento de hadas. No hemos vuelto a hablar desde el día que me marché de Washington. Seis años, y ni una palabra. Sólo tengo noticias tuyas a través de mis hijos.

—Quizá deberías llamarlo.

—No puedo, Richard. Perdí la oportunidad hace seis años y ahora creo que prefiere que lo dejen en paz. Vive en la casa del lago y colabora con la delegación que tiene allí Nature Conservancy. Si quisiera ponerse en contacto conmigo, siempre podría llamarme.

—Quizá él piense lo mismo.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que todo el mundo reconoce que él ha sufrido más que yo. Dudo que haya nadie tan cruel como para creer que le corresponde a él llamarme. Además, ya le he dicho a Jessie, y muy claramente, que me gustaría volver a verlo. Me sorprendería que ella no le hubiese transmitido esa información: nada le gustaría más a Jessie que arreglar las cosas. Así que sin duda sigue dolido, y furioso, y nos odia a ti y a mí. Y la verdad, ¿quién puede reprochárselo?

—Yo puedo, un poco —dijo Richard—. ¿Te acuerdas de cuando me castigó con su silencio en la universidad? Eso fue una gilipollez. Es malo para su alma. Es la faceta de él que nunca he aguantado.

—Pues quizá deberías llamarlo tú.

—No. —Se echó a reír—. Pero sí le hice finalmente un regalito: ya lo verás dentro de un par de meses si estás atenta. Un pequeño grito de amigo a través de los husos horarios. Yo nunca he tenido estómago para disculpas, pero tú...

—¿Pero yo?

Richard pedía ya la cuenta a la camarera con una seña.

—Tú sabes contar historias —dijo—. ¿Por qué no le cuentas una historia?

LAGO DE CANTERBRIDGE ESTATES

Son muchas las maneras en que puede morir un gato doméstico fuera de su casa, entre ellas el desmembramiento a garras de los coyotes o el aplastamiento bajo las ruedas de un coche, pero cuando *Bobby*, la querida mascota de la familia Hoffbauer, no volvió a casa un día de primeros de junio y, por más que lo llamaron y buscaron dentro de los límites de Canterbury Estates y recorrieron arriba y abajo la carretera comarcal y graparon la fotocopia con su imagen en los árboles de la zona, no apareció el menor rastro de él, casi todos en Canterbury Court dieron por supuesto que *Bobby* había muerto a manos de Walter Berglund.

Canterbury Estates era una urbanización nueva, compuesta por doce amplias viviendas con muchos cuartos de baño al estilo de ciertas casas modernas, al sudoeste de una masa de agua menor llamada ahora oficialmente lago de Canterbury Estates. Si bien en realidad el lago estaba en un rincón perdido, últimamente el sistema financiero del país prestaba dinero casi sin coste, y la construcción de la urbanización, así como el ensanchamiento y pavimentado de la carretera que conducía a ella, había dado vida momentánea a la estancada economía del condado de Itasca. Los bajos tipos de interés habían permitido asimismo a varios jubilados de las Ciudades Gemelas y jóvenes familias locales, incluidos los Hoffbauer, comprarse una casa de ensueño. Cuando empezaron a ocupar sus viviendas, en el otoño de 2007, la calle aún se veía bastante desangelada. Los jardines delanteros y traseros eran terrenos desiguales cubiertos de hierba débil, salpicados de intratables peñascos glaciares y unos cuantos abedules, los pocos que se habían librado de la tala, y en conjunto semejaban un proyecto escolar de terrario terminado precipitadamente. Como era lógico, los gatos del nuevo vecindario preferían acechar en el bosque y entre las matas de la finca contigua, propiedad de Berglund, donde estaban las aves. Walter, incluso antes de que se ocupara la última casa de Canterbury, había pasado ya puerta por puerta para presentarse y pedir a sus nuevos vecinos que, por favor, no dejaran salir a sus gatos.

Walter era un buen ciudadano de Minnesota, y relativamente cordial, pero había algo en él, un temblor político en su voz, una incipiente barba gris de fanático en las mejillas, que despertaba cierta tirria entre las familias de

Canterbridge Court. Walter vivía solo en una vieja casa de veraneo pequeña y aislada, y aunque sin duda para las familias era mucho más agradable ver su pintoresca finca al mirar el lago que para él ver sus jardines desnudos, y aunque algunos incluso se pararon a imaginar lo ruidosa que debía de haber sido la construcción de sus casas, a nadie le gusta sentirse un intruso en el edén de otra persona. Al fin y al cabo, habían desembolsado un dinero; tenían derecho a estar allí. A decir verdad, colectivamente pagaban unos impuestos sobre la propiedad inmobiliaria muy superiores a los de Walter, y la mayoría se enfrentaba a un gran aumento en las cuotas de la hipoteca y vivía de ingresos fijos o estaba ahorrando para la educación de sus hijos. Cuando Walter, que obviamente no tenía tales preocupaciones, fue a quejarse de sus gatos, ellos tuvieron la impresión de que entendían mucho mejor su preocupación por los pájaros de lo que él entendía hasta qué punto era un privilegio hiperrefinado preocuparse por las aves. Linda Hoffbauer, que era evangelista y la persona más politizada de la calle, se sintió especialmente ofendida.

—Conque *Bobby* mata pájaros —le dijo a Walter—. ¿Y qué?

—Bueno, la cuestión es —contestó él— que los pequeños felinos no son fauna autóctona de América del Norte, y por esa razón nuestras aves canoras no han desarrollado ninguna forma de defensa contra ellos. El hecho es que no se trata de una lucha justa.

—Los gatos cazan pájaros —contestó Linda—. Eso hacen, forma parte de la naturaleza.

—Sí, pero los gatos son una especie del Viejo Mundo —insistió Walter—. No forman parte de nuestra naturaleza. No estarían aquí si no los hubiéramos introducido nosotros. Ahí está el problema.

—Para serte sincera —dijo Linda—, lo único que me importa es que mis hijos aprendan a cuidar de un animal doméstico y asuman esa responsabilidad. ¿Estás diciéndome que no pueden hacerlo?

—No, claro que no —respondió Walter—. Pero así como ahora en invierno no dejas salir a *Bobby*, sólo te pido que hagas lo mismo en verano, por el bien del ecosistema autóctono. Vivimos en una importante zona de reproducción para varias especies de ave que están en declive en América del Norte. Y esas aves también tienen crías. Cuando *Bobby* mata a un pájaro en junio o julio, deja un nido lleno de polluelos que no sobrevivirán.

—Entonces los pájaros tendrán que buscar otro sitio donde anidar. A *Bobby* le encanta correr en libertad fuera de casa. No es justo tenerlo encerrado cuando hace tan buen tiempo.

—Claro. Sí. Ya sé que quieres a tu gato. Y si él se quedara en tu jardín, no pasaría nada. Pero esta tierra en realidad pertenecía a los pájaros antes de pertenecernos a nosotros. Y tampoco hay manera de decirles a las aves que éste es un mal sitio para anidar. Así que siguen viniendo y siguen matándolas. Y el

mayor problema es que están quedándose sin espacio en general, porque cada vez hay más terreno urbanizado. Es importante, pues, que intentemos ser administradores responsables de esta tierra magnífica que hemos ocupado.

—Pues lo siento mucho —dijo Linda—, pero a mí me importan más mis hijos que los hijos de un pájaro. No creo que eso sea una postura extrema en comparación con la tuya. Dios ofreció este mundo a los seres humanos, y por lo que a mí se refiere, ahí se acaba la discusión.

—Yo también tengo hijos, y eso lo entiendo —prosiguió Walter—. Pero se trata sólo de no dejar salir a *Bobby* de casa. A menos que seas capaz de hablar con *Bobby*, no me explico cómo sabes que le molesta quedarse sin salir.

—Mi gato es un animal. Las bestias de la tierra no recibieron el don del lenguaje. Sólo lo tenemos las personas. Es una de las facultades por las que sabemos que Dios nos creó a su imagen y semejanza.

—Ya, pero lo que pregunto es: ¿cómo sabes que le gusta correr en libertad?

—A los gatos les gusta estar al aire libre. A todo el mundo le gusta estar al aire libre. Cuando mejora el tiempo, *Bobby* se planta ante la puerta con ganas de salir. No me hace falta hablar con él para entender eso.

—Pero si *Bobby* es sólo un animal, es decir, no es un ser humano, ¿por qué su leve preferencia por estar al aire libre tiene prioridad sobre el derecho de las aves canoras a criar a su familia?

—Porque *Bobby* forma parte de nuestra familia. Mis hijos lo adoran, y queremos lo mejor para él. Si tuviéramos un pájaro doméstico, también querríamos lo mejor para él. Pero no tenemos un pájaro, tenemos un gato.

—En fin, gracias por escucharme —dijo Walter—. Espero que reflexiones al respecto y, quizá, te lo replantees.

Linda se sintió muy ofendida por esta conversación. En realidad Walter ni siquiera era vecino, no pertenecía a la asociación de vecinos, y el hecho de que condujera un híbrido japonés en cuyo parachoques había pegado en fecha reciente un adhesivo de OBAMA indicaba, a su modo de ver, irreligiosidad e insensibilidad ante la complicada situación de las familias diligentes y trabajadoras, como la suya, que a duras penas llegaban a fin de mes y educaban a sus hijos para convertirlos en ciudadanos honrados y afectuosos en un mundo lleno de peligros. Linda no gozaba de grandes simpatías en Canterbridge Court, pero se la temía porque era quien llamaba a tu puerta si dejabas la barca estacionada en tu camino de acceso durante la noche, violando los estatutos de la comunidad de vecinos, o si un hijo suyo había visto a un hijo tuyo encender un cigarrillo detrás del colegio, o si había descubierto un defecto menor en la construcción de su casa y deseaba saber si tu casa también tenía ese mismo defecto menor. Después de la visita de Walter, éste se convirtió, en los incesantes comentarios de ella, en el fanático de los animales que le había preguntado si hablaba con su gato.

Al otro lado del lago, un par de fines de semana de ese verano, la gente de Canterbridge Estates advirtió la presencia de visitantes en la finca de Walter, una pareja joven de buena presencia que conducía un Volvo nuevo negro. El chico era rubio y atlético; su esposa o novia, esbelta como las típicas mujeres sin hijos de las grandes ciudades. Linda Hoffbauer los definió como una pareja «de aspecto arrogante», pero para la mayor parte de la comunidad fue un alivio ver a esos visitantes respetables, ya que hasta entonces Walter, pese a su cortesía, les parecía un ermitaño potencialmente degenerado. Algunos de los vecinos de mayor edad de Canterbridge que solían dar largos paseos matutinos se animaban ahora a charlar con él cuando se lo cruzaban en el camino. Se enteraron de que la joven pareja eran su hijo y su nuera, dueños de algún tipo de próspero negocio en Saint Paul, y de que además tenía una hija soltera en Nueva York. Formularon las preguntas clave para averiguar su estado civil, con la esperanza de sonsacarle si era divorciado o simplemente viudo, y cuando demostró su destreza para eludir tales preguntas, uno de los más duchos en cuestiones de tecnología entró en internet y descubrió que Linda Hoffbauer estaba en lo cierto, después de todo, al sospechar que Walter era un chiflado y una amenaza. Por lo visto, había fundado un grupo radical ecologista disuelto tras la muerte de la cofundadora, una joven de nombre extraño que obviamente no había sido la madre de sus hijos. En cuanto esta interesante noticia se propagó por el vecindario, los paseantes madrugadores volvieron a dejar a Walter en paz: no tanto, quizá, porque los inquietara su extremismo, sino más bien porque su existencia eremítica ahora desprendía un fuerte tufo a dolor, ese dolor atroz del que es mejor mantenerse a distancia; ese dolor perdurable que, como todas las formas de locura, resulta amenazador, posiblemente incluso contagioso.

Ya avanzado el siguiente invierno, cuando la nieve empezaba a fundirse, Walter volvió a presentarse en Canterbridge Court, esta vez con una caja llena de petos de neopreno de vivos colores para gatos. Sostenía que un gato con uno de esos petos podía jugar a su antojo al aire libre, realizando cualquier actividad, desde trepar a los árboles hasta lanzar zarpazos a las mariposas, excepto abalanzarse eficazmente sobre las aves. Dijo que poner un cascabel al gato, como se había demostrado, era inútil para prevenir a las aves. Añadió que el número de aves canoras asesinadas a diario por gatos en Estados Unidos, en un cálculo por lo bajo, era de un millón, es decir, 365.000.000 al año (y esto, recalco, era un cálculo conservador, y no incluía la muerte por inanición de los polluelos de los pájaros asesinados). Aunque al parecer Walter no entendía lo molesto que sería atar un peto al cuello de un gato cada vez que salía de casa, y lo ridículo que quedaría un gato con un brillante peto de neopreno azul o rojo, los dueños y ya mayores de gatos que vivían en la calle aceptaron educadamente los petos y prometieron probarlos, para que Walter los dejara en paz y poder tirarlos a la basura. Sólo Linda Hoffbauer rechazó el peto de plano. A ella, Walter le

pareció uno de esos partidarios de un gobierno intervencionista que querían repartir condones en los colegios y quitarle las armas a la población y obligar a todos los ciudadanos a llevar un carnet de identidad nacional. Sintió el impulso de preguntarle si los pájaros de su finca eran de su propiedad, y si no lo eran, por qué consideraba asunto suyo que *Bobby* disfrutara cazándolos. Walter contestó con lenguaje burocrático algo sobre el Tratado de Aves Migratorias Norteamericanas, que supuestamente prohibía causar daño a cualquier ave que no fuera de caza y cruzara la frontera canadiense o mexicana. Eso le recordó a Linda, para disgusto suyo, al nuevo presidente del país, que quería dejar la soberanía nacional en manos de las Naciones Unidas, y le dijo a Walter, de la manera más educada posible, que estaba muy ocupada criando a sus hijos y le agradecería que no volviera a llamar a su puerta nunca más.

Desde una perspectiva diplomática, Walter había elegido un mal momento para presentarse con los petos. El país había caído en una profunda recesión económica, la Bolsa estaba por los suelos y casi resultaba indecente que lo obsesionaran aún las aves canoras. Incluso las parejas de jubilados de Canterbury Court se habían resentido —la deflación de sus inversiones había obligado a varios de ellos a cancelar su retiro anual de invierno en Florida o Arizona— y dos de las familias más jóvenes de la calle, los Dent y los Dolberg, se habían atrasado en los pagos de la hipoteca (que se habían disparado precisamente en el peor momento) y corrían el riesgo de perder sus casas. Mientras Teagan Dolberg esperaba las respuestas de empresas de consolidación de préstamos que parecían cambiar de número de teléfono y dirección de correo electrónico cada semana, y de asesores crediticios federales de bajo coste que al final, como se vio, no eran federales ni de bajo coste, el saldo pendiente de su Visa y su MasterCard se incrementaba en saltos mensuales de tres y cuatro mil dólares y las amigas y vecinas a quienes ella había vendido bonos de diez sesiones de manicura para el salón de manicura que había abierto en su sótano, seguían presentándose allí para que les hiciera las uñas sin aportar más ingresos. Incluso Linda Hoffbauer, cuyo marido tenía contratos seguros para el mantenimiento de carreteras con el condado de Itasca, había adquirido la costumbre de bajar el termostato y dejar que sus hijos fueran al colegio en el autobús escolar en lugar de llevarlos y recogerlos con su Suburban. Las preocupaciones flotaban como una nube de mosquitos en Canterbury Court; invadían todas las casas a través de los noticieros de la televisión por cable y las tertulias de la radio e internet. Había mucho tuiteo en Twitter, pero el mundo de la naturaleza, con sus gorjeos y aleteos, que Walter invocaba como si a la gente aún tuviera que importarle, era una preocupación para la que ya no daban abasto.

La siguiente vez que se supo de Walter fue en septiembre, cuando distribuyó panfletos por el vecindario al amparo de la noche. Las casas de los Dent y los

Dolberg ya habían quedado vacías, sus ventanas oscurecidas como el piloto de llamada en espera de quienes habían telefonado a las líneas de los servicios de urgencia y finalmente, resignados, habían colgado, pero una buena mañana los demás residentes de Canterbridge Estates, al despertar, encontraron ante sus puertas una carta dirigida a los « Queridos vecinos », redactada educadamente, donde volvían a enumerarse los argumentos antigato que Walter ya había esgrimido en dos ocasiones, más cuatro páginas adjuntas de fotografías que eran todo lo contrario de educadas. Por lo visto, Walter se había pasado el verano documentando las muertes de aves en su finca. Cada fotografía (había más de cuarenta) llevaba un rótulo con una fecha y el nombre de una especie. Las familias de Canterbridge que no tenían gato se ofendieron al verse incluidas en el reparto de panfletos, y las que sí tenían se ofendieron porque Walter parecía convencido de que sus mascotas eran las culpables de la muerte de todas las aves asesinadas en su finca. Linda Hoffbauer se indignó aún más al descubrir un panfleto donde uno de sus hijos podría haber quedado expuesto a imágenes traumáticas de gorriones decapitados y entrañas sanguinolentas. Telefonó al sheriff del condado, con quien su marido y ella mantenían trato social, para averiguar si quizá Walter había incurrido en acoso ilegal. El sheriff dijo que no, pero accedió a pasarse por casa de Walter y decirle unas palabras de advertencia, visita que propició la inesperada noticia de que Walter tenía el título de abogado y no sólo era versado en los derechos que le garantizaba la Primera Enmienda, sino también en los estatutos de la comunidad de propietarios de Canterbridge, que contenían una cláusula según la cual los animales domésticos debían estar bajo el control de sus dueños en todo momento; el sheriff le aconsejó a Linda que rompiera el panfleto y siguiera con su vida.

Y luego llegó el blanco invierno, y los gatos del vecindario se retiraron a sus casas (donde, como incluso Linda tuvo que admitir, se los veía la mar de contentos), y el marido de Linda asumió personalmente la tarea de limpiar de nieve la carretera comarcal de forma que después de cada nevada Walter tuviese que pasarse una hora retirando a paladas la nieve de su camino de acceso. Con los árboles deshojados, el vecindario tenía una vista despejada de la casa de Berglund en la orilla opuesta del lago helado, en cuyas ventanas nunca se veía parpadear ningún televisor. Era difícil imaginar qué podía hacer Walter allí, solo, en la oscura noche invernal, además de abandonarse a cavilaciones hostiles y severos juicios. Su casa permaneció a oscuras durante una semana en navidades, lo que indujo a pensar en una visita a su familia en Saint Paul, lo que también era difícil de imaginar: que semejante cascarrabias, a pesar de todo, disfrutara del amor de alguien. Para Linda en particular fue un alivio cuando las fiestas terminaron y el cascarrabias reanudó su vida de ermitaño, y ella pudo volver a su odio no enturbiado por la idea de que alguien lo quería. Una noche de febrero, su marido informó que Walter había presentado una denuncia ante las

autoridades del condado por la obstrucción intencionada de su camino de acceso, y a ella en cierto modo le complació enterarse. Era bueno saber que Walter sabía que lo odiaban.

De esa misma manera perversa, cuando la nieve se fundió otra vez y los bosques reverdecieron otra vez y *Bobby* pudo salir otra vez de la casa y no tardó en desaparecer, Linda sintió como si le rascaran un intenso picor, la clase de picor primario que empeora al rascarse. Supo de inmediato que Walter era el responsable de la desaparición de *Bobby*, y sintió una honda satisfacción al comprobar que él se había puesto a la altura de su odio, le había proporcionado una nueva causa y nuevo alimento: que estaba dispuesto a enzarzarse con ella en el juego del odio y ser el representante local de todo lo que iba mal en el mundo de Linda. Incluso mientras organizaba la búsqueda del animal perdido de sus hijos y difundía la angustia de éstos por todo el vecindario, saboreó en secreto esa angustia y obtuvo placer en instarlos a odiar a Walter por ello. Sentía cierto afecto por *Bobby*, pero le constaba que era pecado idolatrar falsamente a una bestia. El pecado que odiaba estaba en su supuesto vecino. En cuanto quedó claro que *Bobby* nunca volvería, llevó a sus hijos a la protectora de animales local y les permitió elegir tres nuevos gatos, a los que, tan pronto como llegaron a casa, dejaron salir de sus cajas de cartón y ahuyentó en dirección al bosque de Walter.

A Walter nunca le habían gustado los gatos. Los consideraba los sociópatas del mundo de las mascotas, una especie domesticada como un mal necesario para el control de los roedores y posteriormente convertida en fetiche de la misma manera que los países infelices convierten en fetiches a sus militares, saludando a los uniformes de los asesinos igual que los dueños de los gatos acarician el precioso pelaje de sus animales y perdonan sus uñas y colmillos. En la cara de un gato nunca había visto nada salvo egoísmo y una remilgada indiferencia; bastaba con incitar a uno con un ratón de juguete para ver cuáles eran sus verdaderas inclinaciones. Sin embargo, hasta que se fue a vivir a la casa de su madre, había tenido que lidiar con otros muchos males peores. Sólo ahora, cuando recaía en él la responsabilidad de los estragos causados por la población de gatos asilvestrados en las tierras que él administraba para Nature Conservancy, cuando el daño infligido a su lago por Canterbridge Estates se agravó debido a la agresión de los animales domésticos en libertad de los vecinos, su prejuicio antifelino creció hasta convertirse en la clase de sufrimiento y resquemor contundentes y cotidianos que a todas luces necesitaban los varones depresivos de la familia Berglund para conceder significado y contenido a sus vidas. El resquemor que le había sido útil durante los dos años anteriores —el sufrimiento por las motosierras y las excavadoras y las detonaciones a pequeña escala y la erosión, por los martillos y las cortadoras de azulejos y el rock clásico

de los estéreos portátiles— se había acabado y necesitaba algo nuevo.

Algunos gatos son asesinos holgazanes o ineptos, pero *Bobby*, negro de patas blancas, no era uno de ellos. *Bobby* tenía astucia suficiente para retirarse a la casa de los Hoffbauer al anochecer, cuando los mapaches y los coyotes se convertían en un peligro, pero todas las mañanas de los meses sin nieve se lo veía hacer nuevas incursiones por la orilla sur deforestada y entrar en la finca de Walter para matar. Gorriones, pipilos, tordos, mascaritas, azulejos, jilgueros, carrizos. Los gustos de *Bobby* eran universales, su capacidad de concentración ilimitada. Nunca se cansaba de matar, y como tenía el defecto añadido de la deslealtad o la ingratitud, rara vez se molestaba en llevar las presas a sus dueños. Capturaba y jugueteaba y descuartizaba, y luego a veces comía un poco, pero normalmente se limitaba a abandonar el cadáver. El despejado bosque herboso que se extendía por debajo de la casa de Walter y el hábitat lindante eran zonas especialmente atractivas para las aves y para *Bobby*. Walter tenía a mano una pequeña pila de piedras para lanzárselas, y en una ocasión había acertado de pleno con un tiro acuoso mediante la boquilla a presión de la manguera del jardín. Pero *Bobby* pronto había aprendido a quedarse en el bosque a primera hora de la mañana, esperando a que Walter se marchara al trabajo. Algunas tierras de Conservancy se hallaban tan lejos que a menudo se ausentaba varias noches, y cuando volvía, casi invariablemente se encontraba con una nueva carnicería en la pendiente de detrás de la casa. Si eso solo hubiese sucedido en ese único lugar, tal vez lo habría tolerado, pero lo desquiciaba saber que ocurría por todas partes.

Y sin embargo era demasiado blando y respetuoso con la ley para matar a la mascota de otra persona. Pensó en llevar allí a su hermano Mitch para acometer la tarea, pero los antecedentes penales de Mitch desaconsejaban correr ese riesgo, y Walter sabía que Linda Hoffbauer probablemente se limitaría a conseguir otro gato. Sólo después del fracaso de su diplomacia y esfuerzos didácticos del segundo verano, y después de que el marido de Linda Hoffbauer le obstruyese la entrada del camino de acceso con nieve una vez más de lo tolerable, decidió que si bien *Bobby* no era más que un gato entre setenta y cinco millones de gatos en Estados Unidos, había llegado el momento de que *Bobby* pagara personalmente su sociopatía. Walter consiguió una trampa e instrucciones detalladas por medio de uno de los contratistas que libraban una guerra casi desesperada contra los animales silvestrados en las tierras de Conservancy, y una mañana de mayo, antes del amanecer, colocó la trampa, cebada con hígados de pollo y beicon, en el camino que *Bobby* acostumbraba a tomar para acceder a su finca. Sabía que, con un gato listo, uno tenía una sola oportunidad para usar una trampa. Los maullidos que llegaron del pie de la pendiente al cabo de dos horas fueron música para sus oídos. Sin pérdida de tiempo, llevó a su Prius

la trampa, que se agitaba y olía a mierda, y la metió en el maletero. Como Linda Hoffbauer nunca le había puesto collar a *Bobby* —demasiado restrictivo para la preciada libertad de su gato, cabía suponer—, a Walter le fue muy fácil, después de un viaje en coche de tres horas, dejar al animal en una protectora de Minneapolis, donde lo sacrificarían o se lo endosarían a una familia urbana que lo tendría dentro de su casa.

No estaba preparado para la depresión que lo asalto en el viaje de regreso desde Minneapolis. El sentimiento de pérdida y desperdicio y pesar: la sensación de que *Bobby* y él en cierto modo habían estado casados, y de que incluso un matrimonio espantoso generaba menos soledad que la ausencia de matrimonio. Contra su voluntad, se representó la severa jaula en la que ahora viviría *Bobby*. Sabía que era absurdo pensar que echaría de menos a los Hoffbauer personalmente —los gatos no hacían más que utilizar a las personas—, y aun así, su privación de libertad tenía algo digno de lástima.

Hacía ya casi seis años que vivía solo y había encontrado maneras de sobrellevarlo. La delegación estatal de Conservancy, que en otro tiempo había dirigido él y cuya estrecha relación con empresas y multimillonarios ahora le despertaba escrúpulos de conciencia, había atendido su deseo de ser contratado de nuevo como administrador de tierras de bajo rango y, en los meses de frío extremo, como ayudante para tareas burocráticas que resultaban especialmente largas y tediosas. No favorecía de forma espectacular las tierras que supervisaba, pero tampoco las perjudicaba, y los días que conseguía pasar solo entre las coníferas, los somorgujos, las juncias y los pájaros carpinteros eran, felizmente, olvidadizos. Su otro trabajo —redactar propuestas para subvenciones, repasar el material publicado sobre poblaciones de fauna silvestre, hacer campaña telefónica a favor de un nuevo impuesto sobre las ventas para financiar un fondo de Conservación del Medio Ambiente en el estado, que finalmente había cosechado en las elecciones de 2008 más votos incluso que Obama— era igualmente inobjetable. Por la noche se hacía una de las cinco cenas sencillas que ahora se molestaba en prepararse, y luego, como ya no podía leer novelas, ni escuchar música ni hacer nada relacionado con los sentimientos, se obsequiaba con unas partidas de ajedrez y póquer por ordenador y, a veces, con la clase de pornografía descarnada que no guardaba ninguna relación con las emociones humanas.

En momentos así se sentía como un viejo degenerado, un habitante del bosque, y tomaba la precaución de desconectar el teléfono por miedo a que Jessica lo llamara para ver cómo estaba. Con Joey podía mostrarse tal como era, porque Joey no sólo era un hombre, sino además un Berglund, y era tan inmutable y discreto que jamás se entrometería, y aunque con Connie lo tenía más complicado, porque el sexo siempre estaba presente en la voz de Connie, el sexo y el coqueteo inocente, nunca le costaba mucho hacerla hablar de sí misma

y de Joey, por lo feliz que era. El verdadero suplicio eran las llamadas de Jessica. Su voz se parecía más que nunca a la de Patty, y Walter acababa las conversaciones perlado de sudor por el esfuerzo de mantenerlas centradas en torno a la vida de ella o, en su defecto, al trabajo de él. Hubo un tiempo en que, después del accidente de tráfico que a todos los efectos puso fin a su vida, Jessica descendió sobre él y lo atendió en su aflicción. Lo hizo en parte con la perspectiva de que él mejorase, y cuando se dio cuenta de que no mejoraría, de que no le apetecía mejorar, de que deseaba no mejorar nunca, se puso furiosa con él. Walter había necesitado varios años difíciles para enseñarle, por medio de la frialdad y la severidad, a dejarlo en paz y ocuparse de su propia vida. Ahora cada vez que un silencio se imponía entre ambos, él percibía que ella se preguntaba si debía renovar o no su ataque terapéutico, y a él le resultaba en extremo agotador inventar nuevas tácticas de conversación, semana tras semana, para impedirselo.

Cuando por fin regresó a casa tras cumplir su recado en Minneapolis, después de una productiva visita de tres días a un extenso terreno de Conservancy en el condado de Beltrami, encontró una hoja de papel grapada en el abedul a la entrada de su camino de acceso. ¿ME HAS VISTO?, preguntaba. ME LLAMO BOBBY Y MI FAMILIA ME ECHA DE MENOS. La negra cara de *Bobby* no se reproducía bien en fotocopia —sus ojos claros, como suspendidos en el aire, se veían espectrales y extraviados—, pero de pronto Walter comprendió, como nunca antes, que alguien pudiera encontrar una cara así digna de protección y ternura. No lamentaba haber retirado una amenaza del ecosistema, y salvado con ello las vidas de muchas aves, pero la vulnerabilidad de animal pequeño en la cara de *Bobby* lo llevó a tomar conciencia de un fatídico defecto en su propia estructura mental, el defecto de compadecer incluso a los seres que más odiaba. Siguió adelante por el camino de acceso, procurando disfrutar de la paz momentánea que había invadido su finca, la ausencia de malestar por *Bobby*, el crepúsculo primaveral, los gorriones de cuello blanco cantando *pure sweet Canadá Canadá Canadá*, pero él tenía la sensación de haber envejecido muchos años en las cuatro noches que había pasado fuera.

Esa misma noche, mientras freía unos huevos y tostaba un poco de pan, recibió una llamada de Jessica. Quizá ella lo había llamado con un propósito, o quizá percibió algo en su voz al hablar con él, cierta pérdida de determinación, pero en cuanto apuraron las exiguas noticias que a ella le había deparado la semana anterior, él se quedó en silencio tanto rato que Jessica se armó de valor para renovar su antiguo ataque.

—Pues la otra noche vi a mamá —anunció—. Me dijo algo interesante que pienso que quizá deberías oír. ¿Quieres oírlo?

—No —contestó él con severidad.

—¿Y puedo preguntarte por qué, si no es molestia?

En el crepúsculo azul, por la ventana abierta de la cocina, llegó de fuera el grito de un niño que a lo lejos llamaba: ¡Bobby!

—Mira —dijo Walter—, sé que estáis muy unidas, y eso me parece bien. Lo sentiría mucho si no lo estuvierais. Quiero que tengas un padre y una madre. Pero si me interesara saber algo de ella, la llamaría yo mismo. No quiero verte haciendo de mensajera.

—No me importa hacerlo.

—Digo que a mí sí me importa. No me interesa recibir mensajes.

—No creo que el mensaje que quiere hacerte llegar sea malo.

—Me da igual si es bueno o malo.

—Pues en ese caso, ¿me permites que te pregunte por qué no te divorcias de una vez si no quieres saber nada de ella? Porque, mientras no te divorcies, es como si le dieras esperanza.

La voz de un segundo niño se había sumado a la primera, llamando ambas al unísono: ¡Bobbyyyy! ¡Bobbyyyy! Walter cerró la ventana y le dijo a Jessica:

—No quiero saber nada.

—De acuerdo, papá, muy bien, pero ¿podrías al menos contestar a mi pregunta? ¿Por qué no te divorcias?

—Sencillamente, es algo que no quiero plantearme en estos momentos.

—Pero ¡si ya han pasado seis años! ¿No es hora de empezar a planteártelo? ¿Aunque sólo sea por una simple cuestión de justicia?

—Si ella quiere el divorcio, que me mande una carta. Puede pedirle a un abogado que me mande una carta.

—Pero lo que te estoy diciendo es: ¿por qué no quieres tú el divorcio?

—No quiero enfrentarme a todo lo que removería. Tengo derecho a no hacer algo que no quiero hacer.

—¿Qué removería?

—El dolor. Ya he tenido más que suficiente dolor. Sigo sintiendo dolor.

—Ya lo sé, papá. Pero Lalitha ya no está. No está desde hace seis años.

Walter sacudió la cabeza violentamente, como si le hubieran arrojado amoníaco a la cara.

—No quiero pensar en ello. Sólo quiero salir cada mañana y ver pájaros que no tienen nada que ver con todo eso. Pájaros que tienen su propia vida, su propia lucha. E intentar hacer algo por ellos. Son lo único que aún considero digno de amor. Aparte de ti y de Joey, claro. Y eso es todo lo que tengo que decir al respecto, y no quiero que me hagas más preguntas.

—¿Y has pensado en ver a un psicoterapeuta? O sea, para poder seguir adelante con tu vida. No eres tan viejo, ¿sabes?

—No quiero cambiar —dijo él—. Paso unos minutos malos cada mañana, y luego voy y me agoto, y si me acuesto tarde, consigo dormirme. Uno sólo va a un psicoterapeuta si quiere cambiar algo. Yo no tendría nada que decirle a un

psicoterapeuta.

—Antes también querías a mamá, ¿no?

—No lo sé. No me acuerdo. Sólo recuerdo lo que pasó después de que se fuera.

—Pues te diré que ella también es bastante digna de amor. Es bastante distinta de como era antes. Se ha convertido en una especie de madre perfecta, por increíble que parezca.

—Como he dicho, me alegro por ti. Me complace que esté presente en tu vida.

—Pero tú no la quieres en la tuya.

—Oye, Jessica, ya sé que eso es lo que quieres. Sé que quieres un final feliz. Pero no puedo cambiar mis sentimientos sólo porque tú lo quieras.

—Y tus sentimientos consisten en odiarla.

—Ella eligió. Y no tengo nada más que decir.

—Lo siento, papá, pero es terriblemente injusto, así de simple. Fuiste tú quien eligió. Ella no quería irse.

—Seguro que eso es lo que te cuenta. Tú la ves todas las semanas, seguro que te ha vendido su versión, y seguro que se presenta muy libre de culpa. Pero tú no viviste con ella durante los últimos cinco años antes de que se marchara. Fue una pesadilla, y yo me enamoré de otra persona. Nunca fue mi intención enamorarme de otra persona, y sé que lamentas mucho que eso ocurriera. Pero si pasó fue sólo porque era imposible vivir con tu madre.

—Pues en ese caso deberías divorciarte de ella. ¿No es lo mínimo que le debes después de tantos años de matrimonio? Si tenías tan buen concepto de ella como para permanecer a su lado durante todos los años buenos, ¿no le debes al menos el respeto de divorciarte honradamente?

—No fueron años tan buenos, Jessica. Me mintió todo el tiempo: dudo que le deba gran cosa por eso. Y como te he dicho, si quiere el divorcio, está en sus manos.

—¡No quiere el divorcio! ¡Quiere volver contigo!

—No puedo siquiera imaginar verla durante un minuto. Sólo puedo imaginar un dolor insoportable si la viera.

—Pero ¿no es posible, papá, que la razón por la que te resulta tan doloroso es porque todavía la quieres?

—Tenemos que cambiar de tema, Jessica. Si te importan mis sentimientos, no vuelvas a sacarlo. No quiero vivir con miedo a contestar el teléfono cuando llames.

Se quedó sentado largo rato con la cara entre las manos, la cena intacta, mientras la casa se oscurecía muy lentamente, sucumbiendo el mundo terrenal de la primavera al mundo celeste, más abstracto: volutas estratosféricas de color rosa, el frío profundo del espacio profundo, las primeras estrellas. Esa era ahora

la mecánica de su vida: alejaba a Jessica y la echaba de menos en cuanto se iba. Se planteó volver a Minneapolis por la mañana, recuperar el gato y devolvérselo a los niños que lo echaban de menos, pero le era tan imposible hacer eso como llamar otra vez a Jessica y pedirle perdón. Lo hecho, hecho estaba. Lo acabado, acabado estaba. Una mañana encapotada en el condado de Mingo, Virginia Occidental, la mañana más fea de su vida, les había preguntado a los padres de Lalitha si les importaba que fuera a ver el cuerpo de su hija. Sus padres eran personas frías y excéntricas, ingenieros, con un marcado acento. El padre no lloraba, pero la madre prorrumpía en llanto una y otra vez, sonoramente, sin incitación alguna, con un penetrante gemido extranjero que era casi como una canción; sonaba extrañamente ceremonial e impersonal, como un lamento por una idea. Walter fue solo al depósito de cadáveres, sin nada planificado. Su amada descansaba bajo una sábana en una camilla a una altura incómoda, demasiado alta para arrodillarse junto a ella. Tenía el pelo como siempre, sedoso y negro y espeso, como siempre, pero había algo anómalo en su mandíbula: una herida atrozmente cruel e imperdonable, y su frente, cuando la besó, estaba más fría de lo que ningún universo justo habría permitido que estuviera la frente de una persona tan joven. Esa frialdad penetró a través de sus labios y ya nunca lo abandonó. Lo acabado, acabado estaba. El goce de Walter en el mundo había muerto, y nada tenía sentido. Comunicarse con su esposa, como insistía Jessica, habría implicado desprenderse de sus últimos momentos con Lalitha, y él tenía derecho a no hacerlo. Tenía derecho, en un universo tan inicuo, a ser injusto con su mujer, y tenía derecho a dejar que los niños de los Hoffbauer llamaran en vano a su *Bobby*, porque todo carecía de sentido.

Sacando fuerzas de sus negaciones —fuerzas suficientes, desde luego, para obligarlo a levantarse de la cama por la mañana e impulsarlo durante la larga jornada sobre el terreno y los largos viajes por carreteras congestionadas por veraneantes y ex urbanitas—, sobrevivió otro verano, el más solitario de su vida hasta entonces. Les dijo a Joey y Connie, con algo de verdad (pero no mucha), que estaba muy ocupado para recibirlos de visita, y renunció a la lucha contra los gatos que seguían invadiendo su bosque; no se veía sometiéndose a otro drama como el de *Bobby*. En agosto, recibió un grueso sobre de su mujer, una especie de manuscrito relacionado, cabía suponer, con el « mensaje » del que Jessica le había hablado, y lo guardó sin abrir en el cajón del archivador, donde tenía sus antiguas declaraciones de la renta conjuntas, sus extractos bancarios de cuentas conjuntas, y su testamento jamás modificado. No habían pasado aún tres semanas cuando recibió un sobre almohadillado del tamaño de un compact disc, con el remite de Katz en Jersey City, y también lo sepultó sin abrir en el mismo cajón. En estos dos envíos, así como en los titulares de los periódicos que inevitablemente leía cuando iba a hacer la compra a Fenn City —nuevas crisis en el país y en el extranjero, nuevos dementes de derechas vomitando mentiras,

nuevas catástrofes ecológicas desplegándose en el fin del juego global—, sintió que el mundo exterior estrechaba el cerco en torno a él, reclamándole atención, pero mientras se quedara solo en el bosque podría mantenerse fiel a su negativa. Descendía de una larga sucesión de negadores, contaba con la constitución necesaria para eso. Parecía no quedar casi nada de Lalitha; se le desintegraba del mismo modo que las aves canoras muertas se desintegraban en la naturaleza — para empezar, eran extraordinariamente ligeras, y en cuanto sus pequeños corazones dejaban de latir, eran poco más que bolitas de pelusa y hueso hueco que el viento esparcía fácilmente—, pero ante eso se empeñó aún más en aferrarse a lo poco que le quedaba de ella.

Por eso, la mañana de octubre en que por fin el mundo llegó, en forma de sedán Hyundai nuevo aparcado hacia la mitad del camino de acceso, en el ensanchamiento invadido por la hierba donde Mitch y Brenda tenían en otro tiempo su barca, no se detuvo a ver quién era. Tenía prisa por emprender viaje hacia Duluth para asistir a una reunión de Conservancy y redujo la velocidad lo justo para ver que el asiento del conductor estaba reclinado, y el conductor quizá dormido. Cabía albergar la esperanza de que quienquiera que hubiese en el coche ya no estuviese allí cuando él regresara, o de lo contrario, ¿por qué no habían llamado a su puerta? Pero el coche seguía allí, y los faros de Walter iluminaron sus reflectantes traseros cuando se desvió de la carretera comarcal a las ocho de esa tarde.

Se apeó y escrutó a través de las ventanillas y vio que el coche estaba vacío, con el respaldo del asiento del conductor de nuevo en posición vertical. En el bosque hacía frío; el aire estaba quieto y olía a posibilidad de nieve; el único sonido era un leve burbujeo humano procedente de Canterbridge Estates. Volvió a su coche y siguió hacia la casa, donde había una mujer, Patty, sentada a oscuras en el escalón delantero. Llevaba un vaquero azul y una fina chaqueta de pana. Tenía las piernas encogidas contra el pecho para darse calor, y el mentón apoyado en las rodillas.

Walter apagó el motor y esperó un buen rato, unos veinte o treinta minutos, a que ella se pusiera en pie y le hablara, si es que era eso lo que la había llevado hasta allí. Pero ella se negó a moverse, y al final él, haciendo acopio de valor, salió del coche y se encaminó hacia la puerta. Se detuvo brevemente en la entrada, a menos de medio metro de ella, para darle ocasión de hablar. Pero ella siguió con la cabeza gacha. La negativa del propio Walter a hablar era tan infantil que no pudo contener una sonrisa. Pero esa sonrisa entrañaba una admisión peligrosa. La reprimió brutalmente, blindándose, entró en la casa y cerró la puerta a sus espaldas.

Con todo, sus fuerzas no eran infinitas. No pudo evitar quedarse esperando a oscuras junto a la puerta otro largo rato, tal vez una hora, y aguzar el oído para ver si ella se movía, aguzar el oído para no perderse siquiera la más leve llamada

a la puerta. Lo que en cambio oyó, en su imaginación, fue a Jessica decirle que tenía que ser justo: que debía a su mujer al menos la cortesía de decirle que se largara. Y sin embargo, después de seis años de silencio, le parecía que pronunciar siquiera una palabra sería retractarse de todo: echaría por tierra todas sus negativas e invalidaría todo lo que había querido decir con ellas.

Al final, como si despertara de un sueño en duermevela, encendió una luz y bebió un vaso de agua y se sintió atraído, a modo de solución intermedia, hacia su archivador; al menos podía echar una ojeada a lo que el mundo tenía que decirle. Primero abrió el sobre de Jersey City. No contenía ninguna nota, sólo un CD en un impenetrable envoltorio de plástico. Al parecer, era un esfuerzo en solitario de Richard Katz en una pequeña discográfica, con un paisaje boreal en la carátula y, superpuesto, el título *Canciones para Walter*.

Oyó un penetrante grito de dolor, suyo, como si fuera de otro. *El muy cabrón*, *el muy cabrón...* aquello no era justo. Dio vuelta al CD con manos trémulas y leyó la lista de temas. La primera canción se titulaba « Dos Hijos Bien: Ningún Hijo Mejor ».

—Dios mío, mira que eres capullo —dijo, sonriendo y llorando—. Esto es muy injusto, pedazo de capullo.

Después de llorar un rato por la injusticia, y por la posibilidad de que Richard no careciera del todo de corazón, volvió a meter el CD en su sobre y abrió el otro, el de Patty. Contenía un manuscrito del que leyó sólo un breve párrafo antes de correr a la puerta, abrirla de un tirón y blandir las hojas ante ella.

—¡No quiero esto! —vociferó—. ¡No quiero leerte! Quiero que cojas esto y te metas en el coche y entres en calor, porque aquí hace un frío de cojones.

Patty, ciertamente, temblaba de frío, pero parecía inmovilizada en su postura encogida y no levantó la vista para ver qué sostenía él. Si acaso, bajó aún más la cabeza, como si él se la golpeara.

—¡Súbete al coche! ¡Entra en calor! ¡Yo no te he pedido que vinieras!

Quizá fuese en realidad un temblor especialmente violento, pero dio la impresión de que Patty negaba con la cabeza, un poco.

—Te prometo que te llamaré —dijo Walter—. Te prometo que mantendré una conversación por teléfono contigo si te vas ahora y entras en calor.

—No —contestó ella con voz muy débil.

—¡Pues vale! ¡Congélate!

Cerró de un portazo y, corriendo, cruzó la casa, salió por la puerta de atrás y bajó hasta el lago. Estaba decidido a pasar frío también si ella se empeñaba en congelarse. Sin saber por qué, tenía aún el manuscrito en la mano. Al otro lado del lago se veían las resplandecientes y despilfarradoras luces de Canterbury Estates, los destellos de las pantallas gigantes que mostraban lo que el mundo creía que ocurría en él esa noche. Todos bien cobijados del frío en sus guardias, distribuida la corriente a través de la red eléctrica desde las centrales térmicas de

carbón de las Montañas de Hierro, con el Ártico todavía lo bastante ártico para hacer llegar escarcha a los bosques templados de octubre. Si bien a lo largo de la vida jamás había sabido muy bien cómo vivir, en ningún momento había sabido menos de lo que sabía entonces. Pero cuando el frío cortante del aire pasó a ser menos tonificante y más serio, hasta penetrar en sus huesos, empezó a preocuparse por Patty. Con los dientes castañeteándole, subió por la cuesta y rodeó la casa hacia la puerta de entrada, donde la encontró caída de costado, y a no tan avoillada, con la cabeza en la hierba. Ya no temblaba, y eso era mala señal.

—Vale, Patty —dijo arrodillándose—. Esto no me gusta, ¿vale? Voy a llevarte dentro.

Ella se movió un poco, aterida. Sus músculos parecían haber perdido la elasticidad, y a través de la pana de su chaqueta no se percibía calor. Intentó ponerla en pie, pero le fue imposible, así que la entró en brazos, la tendió en el sofá y la cubrió de mantas.

—Ha sido una estupidez por tu parte —dijo, poniendo agua a calentar—. Hay gente que muere por cosas así. ¿Patty? No hace falta estar a veinte grados bajo cero; con uno o dos bajo cero ya te puedes morir. Ha sido una estupidez quedarte ahí sentada tanto rato. En serio. ¿Cuántos años viviste en Minnesota? ¿Es que no aprendiste nada? Ha sido una verdadera estupidez, joder.

Subió la temperatura de la caldera y le llevó un tazón de agua caliente y la obligó a incorporarse para tomar un trago, pero ella lo escupió en el acto sobre la tapicería. Cuando Walter intentó darle un poco más, ella negó con la cabeza y emitió sonidos imprecisos de oposición. Tenía los dedos helados, los brazos y los hombros mortecinamente fríos.

—Joder, Patty, qué estupidez. ¿En qué estabas pensando? Ésta es la mayor estupidez que me has hecho en la vida.

Ella se quedó dormida mientras él se desvestía, y despertó sólo un poco mientras él apartaba las mantas y le quitaba la chaqueta y, con no pocos esfuerzos, el pantalón, y luego se tendía junto a ella, sin nada más que el calzoncillo, y reacomodaba las mantas encima de ellos.

—Vale, ahora mantente despierta, ¿vale? —ordenó, apretando la mayor parte posible de su propia superficie corporal contra la piel marmóreamente fría de Patty—. Ahora lo que ya sería el colmo de la estupidez es que perdieras el conocimiento. ¿Queda claro?

—Mmm —dijo ella.

Walter la abrazó y le hizo suaves friegas, sin dejar de maldecirla, de maldecir la situación en la que lo había puesto. Durante largo rato Patty no recuperó el calor ni mínimamente, siguió adormilándose y despertando apenas, pero al final algo se activo dentro de ella y empezó a temblar y a agarrarse a él. Walter continuó masajéandola y abrazándola, hasta que, de pronto, ella abrió muchísimo

los ojos y fijó la vista en él.

No parpadeaba. Aún se advertía en su mirada algo casi mortecino, algo muy remoto. Parecía traspasarlo con la vista y ver más allá de él, el espacio frío del futuro en el que no tardarían en estar los dos muertos, la nada a la que habían accedido ya Lalitha y la madre y el padre de Walter, y sin embargo lo miraba directamente a los ojos, y él notó que recobraba el calor por momentos. Y por tanto dejó de mirarle los ojos y empezó a mirarla a los ojos, devolviéndole la mirada antes de que fuera demasiado tarde, antes de que esa conexión entre la vida y lo que venía después de la vida se perdiera, y eso le permitió ver toda la vileza que había dentro de él, todos los odios de dos mil noches solitarias, mientras los dos seguían en contacto con el vacío en que la suma de todo lo que habían dicho o hecho alguna vez, todo el dolor que habían infligido, toda la alegría que habían compartido, pesarían menos que la pluma más insignificante flotando en el viento.

—Soy yo —dijo ella—. Sólo yo.

—Lo sé —dijo él, y la besó.

En la lista de desenlaces respecto a Walter concebidos por los residentes de Canterbridge Estates, la posibilidad de que llegaran a lamentar su marcha se hallaba entre las últimas posiciones. Nadie, y menos Linda Hoffbauer, habría podido prever que una tarde de domingo de principios de diciembre la mujer de Walter, Patty, aparcara el Prius de él en Canterbridge Court y empezara a llamar a las puertas, presentándose brevemente a los vecinos, sin entrometerse, obsequiándolos con bandejas de galletas navideñas hechas por ella y envueltas en film transparente. Al conocer a Patty, Linda se vio en una posición incómoda, porque no había en ella nada visiblemente antipático, y porque era inconcebible no aceptar un regalo navideño. La curiosidad, si no otra cosa, la llevó a invitarla a entrar, y al cabo de un instante, sin previo aviso, Patty estaba de rodillas en el suelo de su sala de estar, llamando a sus gatos para que se acercaran y se dejaran acariciar y preguntando sus nombres. En apariencia, era una persona tan cálida como frío era su marido. Cuando Linda preguntó cómo era posible que no se hubieran visto nunca, Patty se echó a reír con un gorjeo y dijo: « Ah, bueno, es que Walter y yo nos tomamos un pequeño respiro en la relación ». Fue una manera extraña y bastante sagaz de formularlo, en la que resultaba difícil detectar un claro defecto moral. Patty se quedó el tiempo suficiente para admirar la casa y la vista del lago nevado, y al salir invitó a Linda y su familia a la fiesta que Walter y ella ofrecerían el día de Año Nuevo.

Linda no sentía gran predisposición a entrar en la casa del asesino de *Bobby*, pero cuando se enteró de que todas las familias de Canterbridge Court (salvo dos que ya estaban en Florida) irían a la fiesta, sucumbió a una combinación de

curiosidad y tolerancia cristiana. La cuestión era que Linda tenía ciertos problemas de aceptación en el vecindario. Aunque gozaba de su propio plantel de amigos y aliados incondicionales en la parroquia, también creía firmemente en las buenas relaciones vecinales, y al adquirir tres nuevos gatos para sustituir a su *Bobby*, que ciertos vecinos indecisos creían que tal vez había muerto por causas naturales, quizá se había pasado de la raya; existía la sensación de que había actuado de una manera un tanto vengativa. Y por tanto, aunque dejó a su marido y a sus hijos en casa, condujo su Suburba a la casa de los Berglund en Año Nuevo y se quedó debidamente desconcertada por la especial hospitalidad que Patty le dispensó. Le presentó a sus hijos y luego, sin apartarse de su lado, la llevó fuera y la acompañó hasta el lago para que viera su propia casa a lo lejos. Linda pensó que estaba en manos de una experta, y que podía aprender de Patty una o dos cosas acerca de cómo granjearse corazones y voluntades; en menos de un mes Patty había conseguido cautivar incluso a aquellos vecinos que ya no abrían la puerta de par en par cuando Linda acudía a quejarse a ellos: la obligaban a quedarse fuera en el frío. Con audacia, le lanzó varias estocadas a Patty para que ésta, en un desliz, revelara su desagradable faceta progresista preguntándole si también ella era amante de los pájaros (« No, pero soy amante de Walter, así que algo de eso tengo », respondió Patty), y si estaba interesada en encontrar una iglesia a la que asistir en la zona (« Me parece maravilloso que haya tantas entre las que elegir », contestó Patty), antes de llegar a la conclusión de que su nueva vecina era una adversaria demasiado peligrosa para enfrentarse a ella frontalmente. Como para rematar la aplastante victoria, Patty había preparado un amplio y muy apetitoso despliegue de platos de los que Linda, con una sensación de derrota casi placentera, se sirvió copiosamente.

—Linda —dijo Walter, acercándose mientras ella repetía—. Muchas gracias por venir.

—Ha sido todo un detalle por parte de tu mujer invitarme —contestó Linda.

Con el regreso de su esposa, Walter había vuelto a afeitarse con regularidad: ahora se lo veía más sonrosado.

—Oye —dijo él—, me dio mucha pena cuando me enteré de la desaparición de tu gato.

—¿Ah, sí? Creía que odiabas a *Bobby*.

—Y lo odiaba. Era una máquina de matar pájaros. Pero sé que lo queríais, y perder a un animal es duro.

—Bueno, ahora tenemos otros tres, así que...

Él asintió con calma.

—Tú procura no dejarlos salir de casa, si es posible. Allí estarán más a salvo.

—Perdona, ¿es una amenaza?

—No, ninguna amenaza —respondió él—. Sólo es un hecho. Éste es un mundo peligroso para los animales pequeños. ¿Te traigo algo más de beber?

Aquel día, y en los meses posteriores, quedó claro para todos que en quien más se notaba la calidez de Patty era en el propio Walter. Ahora, en lugar de pasar a toda velocidad ante los vecinos con su iracundo Prius, se detenía para bajar la ventanilla y saludar. Los fines de semana llevaba a Patty a la porción de hielo que los chicos del vecindario conservaban despejada de nieve para jugar al hockey y le enseñaba a patinar, cosa que ella aprendió bastante bien en un plazo notablemente breve. Cuando la nieve empezó a derretirse, se veía a los Berglund dar largos paseos juntos, a veces casi hasta Fen City, y cuando, allá por abril, llegó el verdadero deshielo y Walter volvió a llamar puerta por puerta en Canterbridge Court, no fue para reprender a los vecinos por sus gatos, sino para invitarlos a que los acompañaran a él y a un amigo suyo científico en una serie de excursiones por la naturaleza en mayo y junio, y conocieran así su patrimonio local y vieran de cerca parte de la maravillosa vida que poblaba aquellos bosques. Llegado ese punto, Linda Hoffbauer abandonó hasta el último vestigio de resistencia a Patty, admitiendo sin reservas que aquella mujer sabía manejar a un marido, y ese nuevo tono en Linda agradó al vecindario, que empezó a abrirle un poco más sus puertas.

Y por eso, en definitiva, resultó inesperadamente triste para todos enterarse, a mediados de un verano en el que los Berglund ofrecieron varias barbacoas y, a cambio, recibieron múltiples invitaciones, de que a finales de agosto se iban a vivir a Nueva York. Patty explicó que tenía un buen trabajo en la enseñanza al que quería volver, y que su madre y sus hermanos y su hija y el mejor amigo de Walter vivían todos en Nueva York o cerca, y que si bien la casa del lago había significado mucho para ellos a lo largo de los años, nada duraba eternamente. Cuando le preguntaron si aún regresarían en vacaciones, se le ensombreció el semblante y contestó que no era ése el deseo de Walter. Cedía su propiedad a una fundación local para que la administrara como reserva de aves.

Pocos días después de la marcha de los Berglund en un enorme camión de alquiler, cuyo claxon Walter tocó mientras Patty se despedía con la mano, llegó una empresa especializada y levantó una alta valla antigatos en torno a toda la propiedad (Linda Hoffbauer, ahora que Patty se había ido, se atrevió a declarar que la valla era un poco fea), y pronto llegaron otros trabajadores para derruir el interior de la pequeña casa de los Berglund, dejando en pie sólo las paredes exteriores y el tejado como refugio para lechuzas o golondrinas. Hasta el día de hoy sólo se permite libre acceso a la reserva a las aves y los vecinos de Canterbridge Estates, a estos últimos por una puerta con una cerradura cuya combinación conocen, bajo un pequeño rótulo de cerámica con un retrato de la hermosa joven de piel oscura a quien debe su nombre la reserva.

Por la ayuda prestada en este libro, el autor desea expresar su especial gratitud a Kathy Chetkovich y Elisabeth Robinson; a Joel Baker, Bonnie y Cam Blodgett, Scott Cheshire, Rolland Comstock, Nick Fowler, Sarah Graham, Charlie Herlovic, Tom Hjelm, Lisa Leonard, David Means, George Packer, Deanna Shemek, Brian Smith, Lorin Stein y David Wallace; a la Academia Americana en Berlín y al Cowell College de la Universidad de California, en Santa Cruz.



JONATHAN FRANZEN. (Chicago, Illinois, 17 de agosto de 1959) es un escritor estadounidense, que saltó a la fama en 2001 con su novela *Las correcciones*, ganadora del National Book Award, de la que ha vendido 2,8 millones de ejemplares en el mundo (datos de 2010).

Franzen, aunque nacido en Chicago, Illinois, creció en Webster Groves, un barrio de San Luis, Misuri. Estudió en Swarthmore College, famosa institución educativa fundada en 1864 por los cuáqueros que queda a unos 18 kilómetros al suroeste de Filadelfia, y también en Alemania gracias a una beca Fulbright. Actualmente vive en el Upper East Side de Manhattan, Nueva York y escribe para la revista *The New Yorker*: Habla con fluidez alemán.

La ciudad veintisiete, su primera novela, apareció en 1988 y tuvo buena crítica. Cuatro años más tarde publicó *Movimiento fuerte*, sobre una familia disfuncional.

Para que llegara la auténtica fama hubo que esperar nueve años: en 2001 publicó su monumental *Las correcciones*. Y otros nueve años tuvieron que pasar antes de que apareciera su cuarta novela, *Libertad*, calificada de «obra maestra» por la *Sunday Book Review* del *New York Times*.

Notas

[1] Patty no vio una foto de Gaddafi hasta unos años después de la universidad, y ni siquiera entonces, pese a chocarle de inmediato su parecido con Richard Katz, dio mayor importancia al hecho de que, a su juicio, Libia tuviera el jefe de Estado más guapo del mundo. <<

[2] En el viaje en autobús de Chicago a Hibbing, Patty llegó a pensar que tal vez Richard la había rechazado porque a ella no le interesaba su música, y eso lo fastidiaba. Aunque ella no podría haber hecho gran cosa al respecto. <<